

IDAD ANTONIO DE SANTIAGO
CCION CENTRAL DE BIBLIOTE

SAJON CHEN

BOJAS TO ESTOJO

deixe la Santa Bible

BS1157

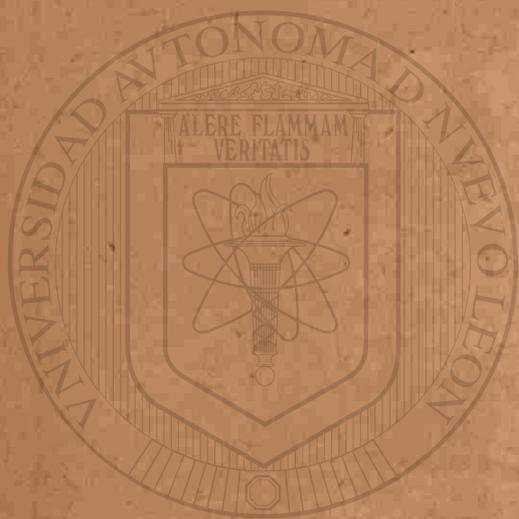
Ch5

C.1

221



1080043265

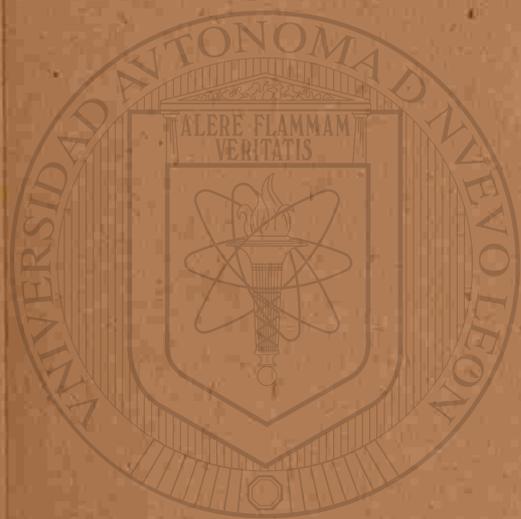


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





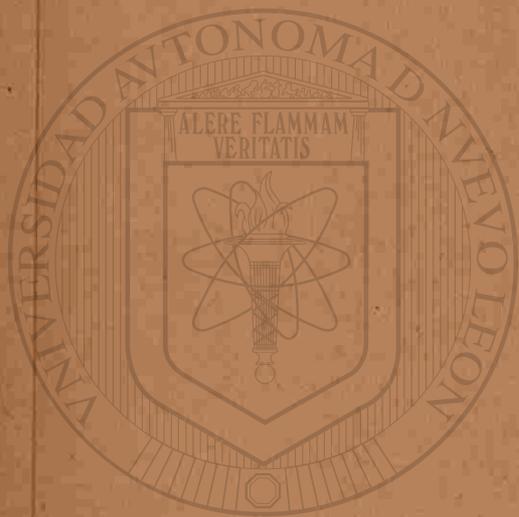
2022
242
A.P.G.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

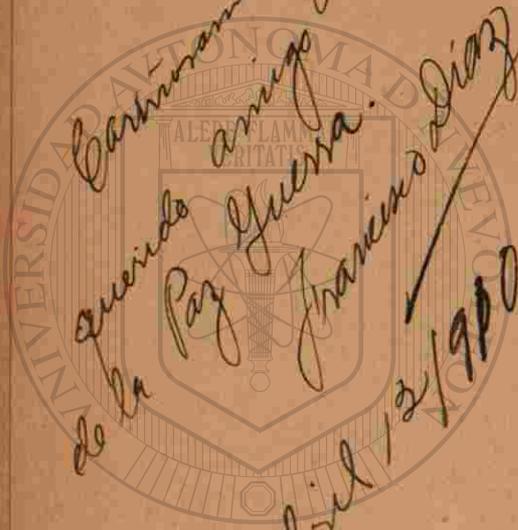
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y ARCHIVOS
RAMÓN CHÍES Y GÓMEZ
(EDUARDO DE RIOFRANCO)



Nació en Medina de Pomar (Burgos), el 13 de Octubre de 1845.
Murió en Madrid el 15 de Octubre de 1893.

37679

*Carísimamente a mi
querido amigo Antonio
de la Paz Guerra.
Francisco Díaz Huesas
Abril 12/1900.*



NOTAS DE ESTUDIO

SOBRE LA

Santa Biblia



ANTIGUO TESTAMENTO

por

D. RAMÓN CHIES
(Eduardo de Ríofranco)

UANT



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

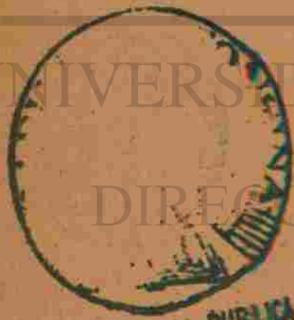
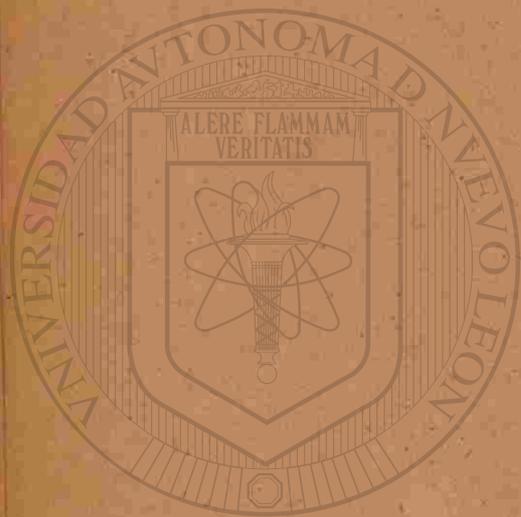
COSMÓPOLIS
CASA EDITORIAL

ALCALÁ, 172 dpl. (Hotel)
MADRID
1904.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

53455

B. 1157
Ch 5
4



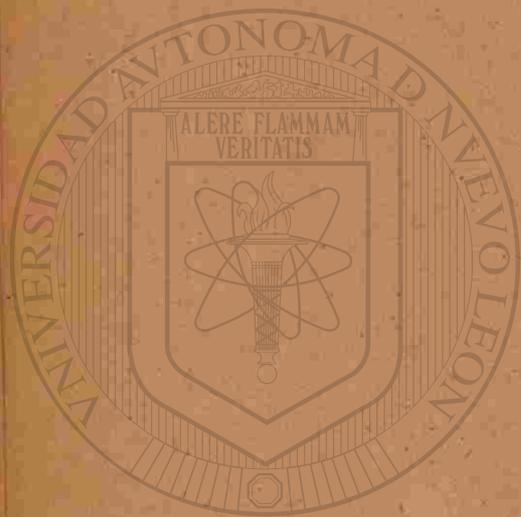
FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

El Último Dómine

Yo padeci bajo su odiosa férula; mas como su recuerdo aparece en mi memoria envuelto en los arredoles de una adolescencia espléndida, que se desarrolla al amor entrañable de la familia y entre los halagos de amistades que se inician enérgicas y lozanas, el transecurso del tiempo le ha arrancado las odiosidades legítimas que me le hicieron antipático, y hoy puedo juzgarle con tanta más imparcialidad, cuanto que para este juicio he de hacer revivir en mi fantasía seres queridísimos que, aun reducidos á polvo como están, todavía informan la trama de mis sentimientos.

Necesito, para hacer surgir al Dómine en la integridad de su fea y terrible catadura, trazar una especie de autobiografía comprensiva de los años felicísimos de la infancia, que nada interesante para los demás contienen, y en que hasta las pequeneces, las nimiedades, las monadas constituyen para cada individualidad, en el recuerdo, cosa así como un circuito de montañas, dentro del cual se desenvuelve la existencia entera; porque la conciencia de cada cual brotó al

B. 1157
Ch 5
4



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

El Último Dómine

Yo padeci bajo su odiosa férula; mas como su recuerdo aparece en mi memoria envuelto en los arredoles de una adolescencia espléndida, que se desarrolla al amor entrañable de la familia y entre los halagos de amistades que se inician enérgicas y lozanas, el transcurso del tiempo le ha arrancado las odiosidades legítimas que me le hicieron antipático, y hoy puedo juzgarle con tanta más imparcialidad, cuanto que para este juicio he de hacer revivir en mi fantasía seres queridísimos que, aun reducidos á polvo como están, todavía informan la trama de mis sentimientos.

Necesito, para hacer surgir al Dómine en la integridad de su fea y terrible catadura, trazar una especie de autobiografía comprensiva de los años felicísimos de la infancia, que nada interesante para los demás contienen, y en que hasta las pequeneces, las nimiedades, las monadas constituyen para cada individualidad, en el recuerdo, cosa así como un circuito de montañas, dentro del cual se desenvuelve la existencia entera; porque la conciencia de cada cual brotó al

petrificarse esas pequeñeces gigantescas, y el hombre no es otra cosa que una conciencia.

Vine al mundo en el seno de una familia modesta y honrada, unida por los lazos del más vivo y puro afecto, naciendo en una pequeña é histórica villa de la provincia de Burgos, que se considera cabeza del vigoroso, sesudo y honrado pueblo castellano.

Pocas criaturas humanas habrán tenido la fortuna de hallar á su alrededor tanto cariño y atenciones como encontré yo desde el primer aliento de la vida, puesto que un conjunto de circunstancias me convirtió, desde luego, en objeto de predilección para mis abuelos, mis padres, mis tías y mis hermanas, entre quienes fuí muchos años el único varón. Fuí un verdadero niño mimado, sin que, por fortuna, tanto amor causara celos á nadie ni me pervirtiera á mí mismo. Debo á la naturaleza un corazón agradecido, que todavía se cree obligado á pagar, aun desaparecidos los acreedores, los intereses de aquel capital de amor que disfruté tanto tiempo. Debo también á mi padre el haber crecido en plena y absoluta libertad. Hubiérase considerado aquel hombre, tan fuerte como sencillo y bueno, indigno de sí mismo de haberseme impuesto y castigado á la vieja usanza de la severidad paterna; delicadeza tanto más loable cuanto más rara entre catalanes, como él era. Abstúveme yo siempre, por puros impulsos instintivos, de abusar de aquella libertad dulcísima que se me concedió por afecto, y firmemente creo que á ella es debida esta pasión desbordada de mi alma, que me ha llevado continuamente á combatir por los débiles, por los affigidos y por los opresos.

Llegué á los nueve años entre caricias, juegos y diversiones, alternados con achaques y enfermedades que acrecentaban el mimo y la libertad en la misma proporción que acrecían los

peligros que de suyo amenazan continuamente á la infancia. Mi madre, que era la dulzura y la discreción hechas carne de mujer, insinuó en muchas ocasiones, como avergonzada de las comparaciones que sobre mi abandono y los aprovechamientos de sus hijos establecían las vecinas, la conveniencia de enviarme á la escuela; pero mi padre, que consideraba una crueldad apartar á los niños de sus juegos, y tal vez creía que la siembra prematura corre muchos riesgos, opuso siempre su veto decisivo, diciendo con sorna: «Que sea hombre antes que sabio.»

Gracias á estas estrafalarias teorías, tan brillantemente combatidas por los modernos pedagogos, que al quitar la teta á los niños de la boca les ponen en las manos la cartilla, ilustrada con variedad de láminas multicolores, sabía yo á los nueve años copia de tonterías acerca de las plantas, los pájaros, los peces, los cuadrúpedos, las estrellas, las nubes, los vientos y las piedras, que juntamente con muchos cuentos, acertijos, adivinanzas, chascarrillos y otras bobadas, me habían enseñado mi padre, mi abuelo, mi madre, mis tías, los criados y los camaradas, sin contar algunas que había aprendido yo solo en mis escurribandas al campo y al río, que eran mis delicias; tales como correr, nadar, escalar las tapias, subir á los árboles, montar á caballo, tirar la honda, hacer bolas de nieve, cazar con red y con cepo y otras salvajadas por el estilo. En esto había pocos que me pusieran el pie delante, así como en recitar de memoria ¡cosa extraña! las más famosas proclamas que dirigió Napoleón á sus ejércitos, las cuales me enseñaba mi padre, poquito á poco, por las mañanas mientras me vestían, y que aún hoy podría recitar sin trocar una palabra, ¡tan fuertemente grabó el amor aquellas sublimes explosiones de la elocuencia militar en mi infantil espíritu!

De lo que no sabía ni poco ni mucho era de lo

que realmente interesa y dispone á los muchachos para sabios, como es leer y escribir, debiendo avergonzarme delante de mis camaradas, que ya leían de corrido y escribían en blanco, cuando yo todavía no conocía la *a*. En vano mi buenísima madre, queriendo lucir mis habilidades en ciertos casos extremos, me obligaba á recitar mis proclamas napoleónicas; las vecinas mandaban á sus hijos decir el «Todo fiel cristiano», el «Credo», las «Obras de misericordia» y otras dificultades del *Catecismo*, y resultaba yo humillado y vencido. Porque tampoco en los ronditos misterios y dulcísimas promesas de la jeligión me ilustró mi padre, picado ya de herecía, transigiendo solamente con que mi madre me enseñase el «Padre nuestro» y mi abuelo, que era un viejo profundamente religioso, me llevase por las tardes á la iglesia, donde se rezaba el Rosario, á que atendía yo bastante menos que á jugar y subir al campanario con el hijo del sacristán.

Pero como todo llega en este mundo, llegó un día de otoño en que, colgándome á la espalda una carterita de badana que me había traído de la feria de Haro, mi padre me cogió de la mano, me llevó á la escuela y me entregó á su grande amigo el señor maestro, que se llamaba D. Bernardo. No sin pena y sin recelo ocupó mi selvática, ignorantísima y diminuta personalidad el asiento que D. Bernardo me señaló, el último de los últimos, que eran unos rapazueltos llenos de mocos, á quienes miré con el más soberano desprecio, porque me sentía capaz de hacerlos correr delante de mi honda á todos juntos. Sin embargo, aquellos rapazueltos, á quienes llevaba yo la cabeza, fueron los que caritativamente me iniciaron en los misterios del abecedario sobre un cartelón amarillento colgado á la pared, cuyas letras tendrían, bien que mal, tres pulgadas de altura; pues D. Bernardo, que juraría en mi

ánima murió de ochenta años sin haber oído hablar jamás de Fröbel ni Pestalozzi, para descargarse de trabajo hacía ¡el comodón! que sus discípulos se enseñasen los unos á los otros.

Verdad es que le espoleó en el camino de esta pedagógica invención la necesidad, madre adusta pero generosa de todo progreso; porque el buenísimo señor había de atender solo á más de ochenta discípulos, que nos disputábamos su ciencia y sus confites en una especie de granero descomunal, resquebajado por todas partes y amenazando ruina inminente, donde estaba situada la escuela, en que nunca se conocieron las sabias divisiones de párvulos y adultos, viéndose deplorablemente confundidos bajo el mismo techo de cañizo, mal tomado de yeso, mozos en disposición de ir á servir al rey, con rapazueltos apenas salidos de andadores; así los herederos de bien acomodadas familias, como los hijos de los más humildes destripaterrones de la villa.

No obstante, aquella escuela babilónica, adonde subíamos por una escalera que se tambaleaba bajo nuestros pies, despidiendo de sí, á los fuertes pisotones de los más espigados, un polvillo de carcoma que cegaba á los que quedaban abajo; aquel granero destartelado, de cuyo techo caían cascotes que más de una vez nos descalaron, donde tiritábamos en invierno al rigor del cierzo que penetraba silbando por las desventajadas ventanas, aparece en mis recuerdos como un templo y un paraíso juntamente. Era templo porque allí oficiaba de pontifical un sacerdote, D. Bernardo. Y era paraíso porque le inundaba la alagria interna, radiosa é inmaculada con que recogíamos de sus labios, siempre sonrientes, las más sencillas y nobles ideas acerca del honor, del deber y de la cortesía, desparramadas en lecciones de doctrina cristiana que nos exponía con sencillez evangélica, ó en fábulas

ingeniosas que recitaba con soltura y comentaba con suma gracia.

Aún me parece estar viendo á aquel anciano tan respetable, vestido de pantalón de paño negro excesivamente ancho, reluciente y abombado por las rodilleras, y que, á pesar de su edad indeterminable, no tenía una sola mancha; prenda que había recibido varios tijeretazos por su parte inferior, reforzada con una trencilla de seda. Sobre la pretina de este pantalón, uno de los últimos que en la villa ostentaron famosa trampa, caía, después de abrigar el pecho de D. Bernardo, un holgado chaleco de pana rojiza, salpicada de flores de seda negra primorosamente bordadas. Al chaleco y al pantalón los recubría, en parte, otra prenda, cuyo nombre no sabría decir si no fuese propio el de *francoli*, con que la designaba D. Bernardo, pero que venía á ser una cosa entre frac y chaqueta; quiero decir, una chaqueta que llevaba pegadas á la parte de atrás dos muy cortas aldetas, todo ello de paño azul con muchos botones dorados. Si á este terno se le adornara con una camisa de lienzo, de pechera de infinitos pliegues y cuello ancho, sin almidonar, que se doblaba sobre sí mismo para sujetar un corbatín de suela forrada de tafetán, y se le hiciera descansar sobre unas fuertes y relucientes botas de campana, se tendría completo el único traje que yo conocí á D. Bernardo en todo tiempo y ocasión; el único también de que han noticia cuantos camaradas he consultado después sobre este interesante punto de la indumentaria escolar.

Aunque esté ropaje tenía mucho que admirar, lo más admirable de D. Bernardo era su cabeza, quizá demasiado grande para su exigua talla, pero soberanamente hermosa, coronada de una blanca y sedosa cabellera que caía ensortijada sobre el cuello del *francoli*. La cara era de un color blanco sonrosado, afeitada siempre, como

para dejar ver mejor la frescura de una boca cuyos purpurinos labios parecían moldeados sobre el nácar de una dentadura perfectísima, para denunciar la dulzura inagotable de un alma noble y sincera, que se explayaba en dos ojos negros, grandes, rasgados y saltones, colocados bajo unas cejas arqueadas que ya empezaban á encanecer, muy separadas una de otra, como los ojos mismos, señal de longevidad al decir de los fisonomistas más conspicuos. Sobre las cejas se alzaba una frente alta, muy alta, despejada, surcada de arrugas horizontales en su parte superior, que acentuaban su expresión de candidez, y bajo las cejas se dilataba una nariz grande, recta, proeminente, algo arremangada, con las ventanas muy abiertas y dejando ver en ellas algunos pelos. En esta cara, cuyos costados adornaban dos grandes orejas, se advertían dos rasgos característicos, á saber: el piquito muy pronunciado del labio superior, y un hoyo en la barbilla que la edad había puesto rígido, pero no quitado su expresión de alegre benevolencia.

Porque D. Bernardo era alegre, con la alegría irreflexiva de la infancia; dulce, bondadoso, benévolo y cándido, por más que otra cosa quisiera ante nosotros aparentar. De ordinario, sentado en un sillón de paja, detrás de una mesa que sobre una tarima se alzaba en la cabecera de la escuela, presidía tranquilo, risueño y calmoso el coro de nuestras recitaciones, semejante al ruido enfadoso y molesto de un centenar de abejorros revoloteando furiosos. Pero cuando se enfadaba levantábase airado, cogía su arma, que eran unos zorros de orillo de bayeta con pretensiones de disciplinas, se dirigía iracundo al grupo de los revoltosos que habían traspasado el diapasón normal ó repartidose algunos mojicones, y gritando desafortadamente: «¡Ea! ¡A callar! ¡Ya os arreglaré yo las cuentas, galopines!»

repartía sobre las espaldas y posaderas de los perversos media docena de golpes, con la misma fuerza y coraje que una doncella romántica que limpia el polvo á unos floreros.

Restablecido el orden por estos contundentes y despóticos procedimientos, D. Bernardo se encarraba, puestos los zorros debajo del brazo izquierdo y ambas manos cruzadas sobre los lomos, con el mas sacudido de los delincuentes, que gimoteaba de lo lindo, y después de echarle una reprimenda terrorífica, traía al frente la mano derecha, que había antes metido en el bolsillo del *francoli*, le acariciaba las mejillas, le llamaba primere galopo, que era su adjetivo favorito, luego perillán y, por último, bobo y le daba dos confites, siempre dos, tamaños como perdigones loberos, pero dulces y sabrosos, que dejaban al aporreado más contento que unas pascuas y con deseos vivos de que se repitiera la función que, en efecto, se repetía con harta frecuencia.

Resuelto el conflicto, D. Bernardo volvía radioso y triunfante á su sillón, sobre el cual, en un doselillo de damasco rojo galoneado de oro que era la gala de la escuela, tendía sus brazos ensangrentados un Crucifijo de madera que parecía bendecirle con su agonizante mirada llena de piedad infinita.

Este hombre fué el que me enseñó á leer en *El amigo de los niños*; el que me enseñó á escribir, copiando gallardas muestras de Iturzaeta; el que me enseñó á contar y ejecutar con los números las cuatro operaciones fundamentales; el que me enseñó su miájita de gramática, su miájita de historia y un par de docenas de fábulas de Iriarte y Samaniego, que era todo lo que él sabía, y todo en el espacio de un año que asistí á su escuela; año imperecedero en mis recuerdos, por haberle escrito cientos de veces al pie de mis planas, entre el nombre amado de mi pueblo natal y mi propio nombre y apellido.

Fué el año 1854; pues mientras España estaba convulsa en las agitaciones de una revolución democrática, en aquel rincón de Castilla, donde entre Trueba y Nela se alza sobre una loma Medina de Pomar, garrapateaba yo las letras tras de las palabras de mis planas, entre las cuales, venida de no sé dónde, trazada no sé por quien, resplandecía para mí como un sol, esa que ha encerrado después todos los años de mi vida: República.

Ni un sólo retortijón, ni un sólo golpe, ni un sólo retortijón, ni un sólo palmetazo, ninguno de esos otros repugnantes é indignos castigos con que solían y aun suelen abrumar á los niños en las escuelas, puedo yo decir haber sufrido ni visto sufrir á mis compañeros en la destartalada escuela del bueno y sencillo D. Bernardo, que en mis recuerdos aparece como un ángel, envejecido en la sublime tarea de evocar almas dormidas en la ignorancia al noble ejercicio del pensamiento. Una noche de invierno muy fría, quince años después de aquel en que me enseñó á leer, su sonrisa se petrificó en sus labios, sus ojos dejaron de rodar las anchas órbitas que los cobijaban, su cabeza quedó yerta sobre la blanca almohada y á la mañana apareció muerto, sin enfermedad. ¡Que en el rincón de tierra que te guarda para siempre, dulce y amado maestro, te sirva de epitafio la bendición que te envía el agradecimiento del que más de una vez, galopescamemente obrando, provocó tus iras para alcanzar los confites del *francoli* que te sirvió de uniforme y de mortaja.

Entre este maestro, que me inició en la vida racional entre risas y dulzainas, y el domine, que me atronó los oídos con bárbaros latinajos, desprovistos de toda idea clara y útil, martirizando mi cuerpo y torturando mi espíritu, median tres años, y dos viajes que decidieron mi vida. El primero me condujo á Zaragoza, la inmortal ciudad de los fuertes brazos y de los va-

lientes corazones, donde el niño se hizo adolescente, correteando al pie de muros que transformó en altares el patriotismo. El segundo me llevó á santander, la hermosa perla del Cantábrico, la ciudad de los espléndidos estíos, de los inviernos templados, de los alborotados sures, de los asoladores vendavales, de los horizontes sublimes, de las perspectivas bellas y de los melancólicos ocasos, donde el adolescente alcanzó la juventud y sintió su corazón preñado de pasiones ardorosas.

Un viaje á los doce años es una transplatación. Al llegar á Santander no conocía á nadie, ni nadie me conocía á mí: todo me era punzantemente extraño; los hombres, las costumbres, los trajes, hasta la misma tierra, que se hundió en el Océano, rindiéndose á su imperio sin límites. Mis ojos no se cansaban de mirar tantas cosas nuevas, quedándose encantado ante los barcos que en el muelle cargaban y descargaban sus mercancías, saliendo sólo de la especie de embobamiento en que me hallaba sumido los primeros días, para deplorar el apartamiento de tantos queridos y alegres camaradas como había dejado á las orillas del Ebro. Nadie tan solitario en el mundo como el mozalbete de mis años suelto en una ciudad totalmente para él desconocida y sin relaciones. Aquella soledad era una angustia para mi corazón, tanto mayor cuanto es más grave, severo y contenido el carácter del pueblo santanderino que el del zaragozano. Mi propia manera de hablar, á la aragonesa, franca y atrevida, al chocar con el nuevo medio que me rodeaba, contribuían á un retraimiento, que era entonces la nota más saliente de mi carácter, á tal extremo llevada, que sentía prurito de pasar desapercibido para no ser distraído en mis devaneos de pensamiento. Los mayores esfuerzos que he tenido que hacer sobre mí mismo han sido pera vencer la natural tendencia á bajar los

ojos y ponerme encendido como una amapola cada vez que alguna persona se fijaba en mí y me miraba con detención.

Había yo en Zaragoza ingresado en el Instituto y aprobado el primer año de latín, con un catedrático que, si mal no recuerdo, se apellidaba Abadía, y era D. un Bernardo el de Medina forrado en la gramática de Araujo, con una sota-barba de contra maestre de barco para no cosquillearse la enorme nuez de su cuello cada vez que se afeitaba. Aquel santo varón, si realmente no sacó, que yo sepa, Cicerones en su aula, tampoco descalabró, ni maltrató, ni molestó siquiera jamás á ningún muchacho, dejando á la providencia de Dios que hiciese florecer en ellos las buenas semillas del *musa musæ* y del *quis vel qui*, que él á manos llenas y con la más sana voluntad les arrojaba desde una especie de púlpito, donde tenía su cátedra. El viaje á Santander exigió un cambio de matrícula, bien raro por cierto en aquella edad mía y entre aquellos dos tan apartados establecimientos docentes; de modo que, cuando despedido cordialmente por el Sr. Abadía, que me deseó buen viaje y buena suerte, después de un mes de descanso y correteo en el pueblo natal y una semana de encantamiento ante las novedades santanderinas, me advirtió mi padre que era preciso volver de nuevo á los estudios, eché á temblar por dentro, como presintiendo lo que me aguardaba.

El presentarme solo, desconocido, extraño, raro, en un avispero de estudiantillos, me producía terror. Temía ser objeto de sus burlas y tener que comenzar aporreando á los que deseaba fuesen mis amigos. Temía también al profesor incógnito que me estaba reservado, pues el viaje y las detenciones, agregándose á las benignidades del Sr. Abadía, me habían retrasado tanto en el curso, que sospechaba había de hacer un malditísimo papel en la clase. Además, el

latín no me placía: aquello de luchar á brazo partido con el *Diccionario* de Valbuena, para rastrear el sentido de una oración, no se avenía con la invencible tendencia de mi espíritu á penetrar la substancia de las cosas, sin pararse en la forma que revisten. Seré el último, me decía, y esto me angustiaba, y me picaba también, saliendo de mis luchas íntimas tan abatido, que de haberme dado á elegir en aquellas horas, hubiera preferido ir á guardar cabras á un monte, ó á baldear un barco como grumete, que presentarme á continuar mi segundo curso de latinidad.

Pero no hubo escape. Bajo la severa mirada de mi padre, y sobre los labios un beso de mi madre, con los libros en la mano y la papeleta de matrícula en la faldriquera, salí una mañana de invierno de mi casa camino del Instituto Cántabro, que hube de preguntar dónde caía, no sin extrañeza de las gentes, que se admiraban de un estudiante que no sabía el camino de su clase.

Llegué, encontré abierta la puerta, y entré, saludando muy respetuosamente á un bigotudo portero que, con un galón de plata en una de las bocamangas de la levita, custodiaba el atrio de aquel templo de la sabiduría, y me miró con ese aire repulsivo que inspiran las novedades á los viejos gruñones.

Presentóse ante mis ojos un gran patio húmedo, en cuyo primer término, á la derecha, se extendía un cobertizo, bajo el cual se paseaban gran número de estudiantes, ya hablando, ya repasando sus lecciones, los cuales me miraron con curiosidad, é hicieron corro á mi alrededor cuando yo, con el corazón palpitante y la cara encendida, llevándome la mano á la gorra, pregunté al que me pareció más simpático por la clase de latín.

—¿La de qué año?—me preguntó á su vez, en lugar de responderme.

—La del segundo—contesté.

—Esa está en el infierno.

—¿Cómo en el infierno!—le repliqué, tomando cierto aire de fiereza, para indicarle que, si acaso aquello era burla, no estaba dispuesto á soportarla.

—Pues en el infierno, digo, dirigida por el mismo Lucifer, que reparte linternazos como éste.

Y señaló á un muchacho del corro que llevaba una venda en la cabeza, la cual separó, mostrándome en lo alto de la frente una herida amoratada é hinchadiza que me causó horror.

No sabiendo qué decir, ni qué hacer, no hubiera salido nunca del asombro que aquellas cosas tan nuevas y tan extraordinarias me causaban, si un mozalbete moffetudo, con la cara más alegre y picaresca del mundo, rodeada de una cabellera encaracolada, no hubiera cortado el fatigoso silencio preguntándome con la mayor lisura:

—¿Qué! ¿Vienes á estudiar con D. Bernabé?

—Y ¿quién es D. Bernabé—le dije.

Púsose serio, con toda la seriedad que cabe en una cara de risa de trece años, y me contestó:

—El Lucifer que reparte en el infierno esos linternazos; porque el infierno es nuestra clase, sobre todo los lunes como hoy. ¿De dónde vienes?

Cref de mi deber decirles que venía de Zaragoza, y explicarles mis circunstancias, teniendo la fortuna de caerles en gracia, sobre todo, á mi parecer, al del pelo ensortijado, y al primero á quien me dirigí, que luego fueron por espacio de veinte años mis mejores y más íntimos amigos.

Dijéronme ellos que D. Bernabé era el catedrático del segundo año de latín, que ellos como yo cursaban; que era severo hasta la crueldad, pero que sacaba muy buenos latinistas; que se estaba en su clase tres horas por la mañana y dos por la tarde; que no tardaría en llegar, y que aquella día, como lunes, eran más de temer las explosio-

nes de sus cóleras; porque después de fiesta traía más enconadas las almorranas que de ordinario padecía.

«A todo esto, ya paseábamos los tres enfilados por debajo del cobertizo, como buenos camaradas, lo que me sirvió de grande complacencia; pero como las noticias que me daban acerca del Lucifer latino, de sus ferocidades, procedimientos y exigencias eran cada vez más alarmantes, y contradecían tanto aquello á que yo estaba acostumbrado bajo el suave yugo del Sr. Abadía, el miedo se me iba extendiendo por todo el cuerpo, poniéndome carne de gallina y provocando en mi conciencia estudiantil los más torcedores remordimientos; porque yo no dudaba un instante que había de ser el último de los latinos de la clase y víctima propiciatoria, en consecuencia, del Lucifer que la regentaba.

En estas zozobras dieron las nueve en un relojillo de campana que había en la capilleja en cuyo atrio paseábamos, y apareció en la portera una figura siniestra, envuelta en una capa azul, cubierta la cabeza canosa con una chistera descomunal, y que se apoyaba, al andar muy despacio, en un robusto bastón de caña. El centenar de estudiantes que zumbaban en el patio enmudeció como por ensalmo, descubriéndose todos, lo mismo los latinos que los más adelantados, al paso del fiero profesor, que cruzó por entre las filas sin mover la cabeza, clavando en los grupos la mirada felina de unos ojillos azulados que fulguraban rayos y centellas detrás de unas cejas espesísimas y lacias, que los resguardaban á modo de fleco. Yo también me descubrí y quedé clavado como un poste en el suelo, porque no necesité que nadie me lo dijese, para comprender que aquel fantasma era D. Bernabé, el verdugo de quien me acababan de hablar.

Detrás de él, como arrastrados por una mano invisible que saliese de entre los anchos pliegues

de la capa azul, echaron á andar hasta treinta mozalbetes de mi lámina y condiciones, á quienes me agregué, adivinando que ellos eran la presa natural del monstruo, ó sean los discípulos del dómine (que por tal reputé inmediatamente al profesor que la suerte me había deparado en sustitución del bueno y simpático Sr. Abadía), los cuales cruzaron el largo y húmedo patio con el paso receloso y el aire tímido de la res que se conduce al matadero.

Estaba el aula situada en el piso bajo del antiguo convento que las revoluciones habían transformado en instituto, dándola acceso una puerta de servicio, la cual atravesamos en seguimiento de D. Bernabé, que, tieso, silencioso, huraño y altivo, se detuvo ante otra puerta que se abría á mano derecha sobre una espaciosa antesala; y sacando entonces de debajo de la capa una mano amarillenta y descarnada, y en ella una llave con que abrió la puerta, penetramos en el aula uno tras otro, desfilando mudos y amedrentados por ante el profesor que, parado en el dintel, revistaba su tropa con la marcialidad y la fiereza del general que forma el cuadro para un fusilamiento.

Yo, que sentía una angustia indecible en mi corazón, al advertir un maestro tan diferente de aquellos á que estaba tan acostumbrado, y que además padecía bajo el horrible peso de la necesidad, que me obligaba á llamar la atención de tan espantable profesor y tan cariacontecidos discípulos, entré como los demás, en seguimiento de mis camaradas del soportal, y con ellos me senté en los bancos de la izquierda, ó sean los pertenecientes á los cartagineses infieles, destinados á la muerte en el consejo de los dioses de la antigüedad pagana.

Después de entrar todos, D. Bernabé, girando sus ojillos verdosos por la antesala y lo que desde ella se alcanzaba á ver del patio, entró tam-

bién, y cerró tras sí la puerta, echando por dentro la llave, como diciendo:

—Aquí no hay escapatoria; ¡ay de los que entrásteis en esta ratonera del Padre Nebrija!

La vuelta de la llave me alarmó grandemente; mas lo que puso el colmo al espanto de que me hallaba poseído, fué ver que D. Bernabé, quitándose la enorme chistera la colgó de una percha, y seguidamente, colgada también la enorme capa, abrió un cajón de la mesa, de donde sacó media docena de varas, que colocó ruidosamente sobre ella, diciendo en alta voz y riéndose como podría reirse un gato presidiendo un Congreso de ratones:

—El Sr. D. Juan de Acebo, grande enderezador de estudiantes torcidos.

No pude reprimir un escalofrío, y á punto estuve de caer desfallecido en el banco; pero el miedo me dió fuerzas, y permanecí tieso y grave, al igual de mis compañeros, que semejaban dos filas de estacas plantadas una en frente de la otra, como guardando los campos enemigos de cartagineses y romanos, presididos por el cruel dios de la guerra.

Después de las varas de acebo, sacó D. Bernabé del cajón unas soberbias disciplinas de correas retorcidas, á cuyas puntas se observaban unas rugosidades abultadas, sumamente sospechosas, y colocándolas junto á D. Juan de Acebo, exclamó con una voceilla burlona:

—La Santa Disciplina, domadora de latinistas rebeldes y casquivanos.

Puede figurarse el amable lector el efecto que estas palabras y aquellas disciplinas me causarían. Sentí un repeluzno en las espaldas, como si viese ya caer sobre ellas las abultadas y sospechosas puntas de aquellas retorcidas correas, que D. Bernabé agitaba convulsivamente en sus manos, que de nuevo introdujo en el cajón para sacar de él un chirimbolo en forma de espuma-

dera, y no era otra cosa que una palmeta descomunal, que colocó al lado de las varas y de las disciplinas, diciendo:

—¡La Santísima Trinidad de los vagos y desobedientes!

Aquello era más de lo que yo había oído, y más de lo que había podido pensar; de modo que empecé á dar diente con diente, acordándome de los nombres del Infierno y de Lucifer, con que me habian designado mis camaradas la clase y el profesor; y sin duda alguna hubiera huído de aquel antro escolar, sin la precaución sapientísima de D. Bernabé de cerrar con llave la puerta del aula. Una observación oportunísima, pero huera, calmó un tanto mis ansias y me infundió aliento en aquel instante de desesperación, y fué advertir que las ventanas de la clase estaban casi al ras del suelo, y que en caso de urgente necesidad podría forzarlas y escapar por ellas. ¡Necio de mí! Ignoraba todavía los efectos del terror que inspiraba el catedrático.

No habia éste concluido con tales cosas los preparativos obligados de la enseñanza que nos daba; pues todavía sacó del cajón un gorro de terciopelo negro, que se caló muy gallardamente en la cabeza, y después un aparato que veía yo, no sin zozobra, por la primera vez de mi vida. Era un ruedo de goma, con una llave de metal amarillo, por donde se puso á soplar desafortunadamente hasta hincharle á su satisfacción, colocándole después en su sillón de paja y sentándose encima. Entonces recordé lo que me habian dicho de las almórranas, irritables los dias festivos, y temblé de nuevo á su voz, que gritó:

—¡Los puntos!

En el acto, y como movidos por un resorte que pusiera repentinamente en acción sus brazos y bocas, cada uno de los romanos y cada uno de los cartagineses de ambas filas, sacando sus gramáticas comenzaron á tomar las lecciones á

los que tenían detrás de sí, armando un ruido como el del cuchicheo de las gentes que se transmiten una fatal noticia. Como yo era un novato, ó mejor un intruso, los cartagineses que me tenían en medio, sin andarse en cortesías me echaron de la fila para comunicarse, á modo de confesor y confesado, las intimidades del Nebrija; y avergonzado de la situación desairada, y advirtiéndome en la mirada que me dirigió D. Bernabé algo así como una interrogación, tomando una resolución suprema, saqué mi papeleta de traslado de matrícula, y, colorado como un pavo, sintiendo un zumbido espantoso en mis oídos, avancé hasta la mesa del fatídico profesor, y, sin decir palabra, alargué la mano y le entregué el papel.

Antes de leerle me dirigió, de pies á cabeza, una mirada escrutadora, que cuando analizó mi frente pareció querer penetrar hasta el fondo del cerebro, y cuando registró mi traje trató de pensar y medir á conciencia la clase, el género y hasta la raza social en que debía clasificarme, lo cual aumentó mi naturalismo atolondramiento, y por decir algo, dije esta tontería:

—Tengo el honor de saludar á usted, y ponerme á sus órdenes y bajo su dirección.

Arrugó las cejas al oír el cumplido y sacó el fino y amoratado labio inferior media pulgada sobre el superior, haciéndome una mueca de soberano desprecio, sin duda para significarme que se le daba una higa de mis cortesías. Quedéme con esto afligidísimo é irritado contra mi mismo, mientras él, sacando sus gafas de una cajita de plata, y poniéndoselas muy despacio, después de limpiar los cristales con el pañuelo, leyó detenidamente la papeleta, que tal vez fuese la primera de su clase que caía en sus manos durante su larga vida de maestro de latinidad.

En este tiempo, tomadas unas á otras las lecciones los estudiantes habían callado y estaban

á modo de estatuas plantados en sus sitios, con lo cual me vi convertido en el objeto de todas las miradas, posición que, aumentando mis inquietudes y recelos, llevaron al último punto de alarma mis sentimientos y de rubicundez mis mejillas. ¡Yo no sé lo que hubiera dado por desaparecer en aquel momento de aquel lugar y hallarme en campo abierto, honda en mano, apedreando enemigos! Yo, que allí me sentía desfallecer de miedo, me hubiera atrevido fuera contra ciento. ¡Tan vana y estrafalariamente juzgaba entonces de las situaciones y de mí mismo!

Revisada la papeleta, quitadas las gafas y vueltas á la cajita, D. Bernabé se puso de pie, y, mirándome furioso, me preguntó:

—¿Pero cuál es tu enrevesado apellido? ¡Te llamas Ches, Chis ó Chus, como el patriarca de los negros!

—Me llamo Chies—dije amohinado y sentido de aquella burla;—es un apellido catalán bien fácil de pronunciar, y más bonito que otros muchos castellanos, como Cuerno, Barrigón ó Pichardo. Cruzó un relámpago de ira por la cara del dómine, al verse devuelta la burla, en que juro por mis antepasados que llevaron mi apellido, no entró para nada la intención de atacar, sino la de defenderlos; pero, sea que domase sus pasiones, sea que creyese de mal gusto comenzar mi educación vapuleándome, lo cierto es que se contuvo, y se contentó con decir:

—¡Hola! ¡hola! ¡hola! ¡Con que te llamas Chi... Chi... Chies! Pues más parece eso un estornudo que un apellido.

Soltaron la carcajada sin poderlo remediar mis condiscípulos, y yo aseguro que si en aquel momento la ira que inundó mi pecho hubiera podido estallar, no me habría contentado con menos que estrangular al bárbaro que de tal manera, y tan sin motivo, me ofendía en lo más caro al hombre bien nacido, que es el nombre

honrado de los que le dieron el ser. Era un niño asustado y sentido, y me eché á llorar. Dos lágrimas de fuego rodaron lentamente por mis mejillas, escaldándolas y amargando mis labios, mientras miraba sin pestañear al mónstruo, que, aunque satisfecho de su hazaña, hubo de contener su gozo para velar por la santa disciplina, y recogiendo de sobre la mesa las correas, recorrió ambas filas de estudiantes, sacudiendo á diestra y siniestra furiosos disciplinazos, que mis compañeros recibieron haciendo las más extravagantes contorsiones, pero sin lanzar un solo grito de dolor ó de protesta.

—(Risas aquí)—gritaba el domine—ya os daré yo que os riáis como lloran en Francia.

Aquel espectáculo miserable aumentó mi confesión y mi quebranto, doliéndome de ser la causa inconsciente de tamaño recorrido, porque me imaginaba que me haría antipático á mis camaradas.

No fué así, sin embargo, como advertí más adelante; pues los pobrecillos estaban sobrado acostumbrados á tales desafueros, y sabían bien que nacían, no de la ocasión, sino de la idiosincrasia del domine, que, volviéndose á mí después de sentarse triunfante en su sillón, me preguntó por mi procedencia, por el profesor que había tenido, por los libros en que había estudiado y por mi aprovechamiento en el año anterior. Cuantas noticias le di, balbuciendo á causa de la viva emoción que sentía, le parecieron mal, sobre todo lo de haber estudiado por la Gramática de Araujo y el blando método y dulces costumbres del señor Abadía. Hizome, además, conjugar un par de verbos y traducir cuatro líneas, y todo ello le persuadió, no sin razón, de que yo apenas si sabía deletrear el latín, lo cual me parece que contribuyó á infatuarle y encariñarle con su favorita sentencia de que «la letra con sangre entra», porque dijo con arrogancia:

—Todas esas Gramáucas nuevas y esos cate-dráticos modernos, muy estirados de levita y con esos cuellos de camisa que parecen foques, con su horita y media de clase y mucha bambolla de explicaciones, no pueden dar otros resultados que estos de no saber una palabra de latín los muchachos. Vicentón te va á echar la pata. Pero yo soy justo, y te doy tres días de plazo, para comprar el Nebrija y el Valbuena, aprenderte la lección sin seis puntos y estar á la puerta al dar las nueve. Ponte el primero de los cartagineses estos tres días, que al cuarto yo te aseguro, si no cambias de piel, que te la haré cambiar yo, para que sepas lo que es estudiar latín de formalidad.

Tras este discurso, que me hizo temblar de piés á cabeza, me colocó él mismo el primero de la banda, y allí me dejó como una cosa abandonada, dirigiéndose á sus discípulos. Todos ellos, á excepción de las cabezas de las filas, se fueron con él confesando de una extraña manera, pues decían esta palabra, *sin*, ó esta otra palabra, *con*, seguida de un número. El *sin* quería decir que el estudiante á quien el manifestante había tomado la lección, la había dado sin errar seis veces; el *con*, que había errado, descontadas las seis faltas consentidas, las veces que indicaba el número que seguía á la preposición.

Entonces pude observar otra cosa no menos extraña, pero infinitamente más cruel. D. Bernabé se dirigió á la mesa, cogió la palmeta, y, repanchigado en su sillón, sobre el ruedo de goma que le servía de asiento, fué recibiendo las visitas de todos los que erraron más de seis puntos, repartiéndoles tantos palmetazos como tropezones habían dado en la lección. Nada comparable á la resignación de aquellos infelices niños, que acudían á recibir los dolorosos golpes haciendo contorsiones con los brazos, y volvían del palmeteo llorando y restregándose las amoratadas palmas de las manos en la ropa. Diz fueron aquel lunes,

para mí tan famoso, los que recibieron una ración de palmétas variable entre una y ocho; pues en honra de ellos y de su cruel maestro, debo decir, que ninguno pasó de este número, cosa verdaderamente admirable tratándose de una enrevesada lección de género de nombres latinos, en latín, que ocupaba más de página y media del Nebrija. Después de esto, recuerdo, porque las circunstancias de aquel día han quedado indeleblemente impresas en mi memoria, que D. Bernabé tomó por sí la lección á Escipión y á Anibal, quiero decir, á los jefes de las filas de los romanos y cartagineses. Eran dos niños delicados y hermosos que llevaban el sello característico de la aplicación y del talento en sus caras, los cuales dijeron sus lecciones sin un solo tropiezo, fluyendo las palabras de sus bocas como fluye el agua en una fuente, lo que hirió al mismo tiempo mi admiración y mi amor propio. El que tenía á mi derecha, ó sea Anibal, á quien enterramos tres años adelante, víctima en la adolescencia de una fiebre perniciosa, era un americano extremadamente simpático, que me miraba hosca-mente con sus grandes ojos negros, como diciendo:

—¿Quién será este espantajo que ha venido á obscurecer mi gloria?

Yo, en cambio, le miraba á él con humildad y dulzura, como suplicándole su amistad y su consideración, en el breve tiempo que me imaginaba había de tenerle á mis órdenes.

A todo esto me sentía yo rendido y anheloso de que se acabase la clase, para volar á mi casa y desahogarme en llanto de tanta pena como me afligía. Tan largo y pesado se me había hecho el tiempo que en el aula llevaba, que consideraba debían ser ya muy cerca de las doce, cuando con gran sorpresa y abatimiento oí que la campana del reloj de la capilla tocó las diez. ¡Dos horas todavía de potroi me dije. ¿Quién podrá resistir-

las? Tenía sed, pero ¿quién se atrevía allí á pedir agua? Sentía necesidad de orinar, pero ¿quién osaba pedir licencia para salir, al cancebero que había comenzado por cerrar la puerta con llave? Recordando al bueno de D. Bernardo y al complaciente Sr. Abadía se aumentaban mi disgusto, mi temor y la aversión que me causaba todo lo que en aquella clase veía, á excepción del adelanto de los discípulos, que me inspiraba envidia y me determinaba á comprometerme conmigo mismo á imitarlos.

Tomadas las lecciones, D. Bernabé exigió á sus discípulos una composición latina, ó sea una serie de oraciones castellanas vertidas á la lengua de Cicerón y Horacio. Traían ellos su trabajo extendido en una cuartilla de papel, que presentaban al dómine temblando, porque casi ninguno dejó de ser premiado con estirones de orejas ó pellizcos, en recompensa de los tropiezos que había dado en su trabajo. Uno principalmente, abrigado con un gabán muy fuerte que casi le arrastraba, fué objeto de los más crueles tratamientos, á causa de llevar incompleta la versión, quizá copiada á prisa de cualquier compañero momentos antes de entrar en clase, como indicó el dómine. A los pellizcos y tirones de orejas ordinarios, agregó el fiero catedrático una buena ración de *coquetazos*, que le dió en la cabeza con el dedo gordo de la mano derecha cerrada en forma de puño. El chico, que era un filipino, calmoso é indiferente como buen cipayo, recibió los golpes con flemma que irritó al monstruo, que gozaba en la tortura de sus víctimas, y cogiendo una de las varas de acebo la emprendió á lapos con el pobre muchacho, cuyo fuerte y largo gabán desprendió de sí una verdadera nube de polvo, circunstancia que encolerizándole más todavía, hizo que le dirigiese los varazos á las piernas. Empero, el filipino que era un habilísimo defensor de sus pantorrillas, bajándose cada

vez que D. Bernabé le tiraba el golpe, convertía el gabán en miriñaque salvador; espectáculo que con ser tan cómico é incitante á la risa, contemplábamos todos serios y mudos; ¡tal era el miedo que el domine inspiraba!

Por fin, le dejó; pasóse otra hora en el repaso de las composiciones latinas, donde sabe el cielo cuantos gramaticales gatuperios se contendrían, y vino la de las traducciones. Los chicos á decir verdad eran unos Salomones, en comparación de los que yo había dejado en Zaragoza y de mí mismo, que los veía amedrentado y entontecido traducir de corrido la *Guerra de Iugurta* y buscar un verbo ó un participio perdido en el abismo de un elegantísimo hiperbaton; pero no era de extrañar puesto que alentaban. Al que erraba, traduciendo mal una palabra, ó ignoraba su significado castellano, un tirón de orejas ó un pellizco le advertían de su pereza en registrar el diccionario de Valbuena; mas no por esto D. Bernabé se lo decía, sino que lo preguntaba á cualquiera de los demás, y ¡ay de los que no lo sabían! sobre ellos descargaba la nube de pellizcos y bofetones cuajada siempre en la formidable mano del domine. Aquel día la palabra *foedus, foederis*, costó treinta pellizcos, puesto que ninguno supo lo que significaba. Acudió á mí D. Bernabé, como para hacer un cómputo ó arqueo de mi sabiduría, y como le dije sin titubear que significaba *alianza, contrato*, hizo un gesto de asombro, y exclamó:

—Parece imposible que hayas estudiado por el Araujo y sepas eso.

Con esto dieron las doce y salimos de la clase entumecidos, fatigados, cariacontecidos y hambrientos. Yo, aunque aliviado algo de mis sustos y congojas por el inesperado final de mi iniciación en el Infierno, me hallaba sofocado y calenturiento, con más ganas de llorar y acostarme que de jugar, á lo que me invitaron algunos

camaradas, que sentían gran curiosidad por saber quién yo era, y qué cosas podía contarles de tan lejanas tierras como venía.

La juventud todo lo vence y todo lo dora. Al poco de abandonar el Instituto, ya estaba yo con tres ó cuatro camaradas, más alegres que unas castañuelas, corroteando y charloteando por la Rivera, preguntándoles por los libros que debía comprar, la hora de volver á la clase y los nombres de los palos y velas de los barcos arrimados al muelle, hallando encantadoras aquellas nuevas amistades y aquellas nuevas y deliciosas perspectivas de la marina.

Al fin volví á casa, y cuando conté lo que había visto y sufrido en la clase, torné á angustiarme, angustiando también á mi madre, que no pudo remediar esta exclamación, al referirle el vapuleo del filipino:

—Qué bárbaro de hombre! Debía estar eso prohibido por las leyes.

Apenas comí, con bien poco apetito por cierto, hícame acompañar á comprar los libros de texto del gusto de D. Bernabé, y en seguida me puse á estudiar la lección de la tarde, que logré encontrar en Nebrija. No estaba acostumbrado á tanta aplicación, y este ejercicio de pura memoria me levantó dolor de cabeza, pero conseguí aprenderla sin un punto, obligando á mi buentísima madre á que me la tomara varias veces. Satisfecho de mí mismo, salí para la clase más tranquilo y hasta tuve un rato de alegría al verme agasajado por mis nuevos camaradas, á quienes no disgustaba mi franqueza y buenas aptitudes para los juegos en que se entretenían.

Mas dieron las tres, y la siniestra figura del domine, envuelto en su capa azul, cubierto con su enorme chistera y apoyándose en el imprescindible bastón de caña, apareció en la portería, sembrando el terror en todos los ánimos, acabando todos los entretenimientos y llevándose nos

tras sí á la clase como por una atracción magnética. Con él estuvimos hora y media encerrados, ya conjugando verbos estrafalarios, ya traduciendo, ya componiendo oraciones en latín, todo ello alternado de golpes y mojicones, aunque en menos cantidad que por la mañana; pues sin duda la comida apaciguaba la bilis y las almorranas del profesor.

Salimos; é invitado por los camaradas, me fui con ellos de escorribanda por el Alta, deseoso de respirar en libertad y de estrechar las nuevas relaciones. Ocasión propicia se presentó para ello. Una docena de granujillas, que merodeaban por los prados de la Atalaya, comenzaron á apedrearnos, viéndonos inferiores en número, descalabrando lindamente á las primeras peladillas de arroyo que cambiamos, al de los ensortijados cabellos negros que me había por la mañana sido tan simpático. A la vista de la sangre de mi amigo me enardecí, y, anheloso de vengarle dignamente, cerré los ojos, eché á correr furioso contra los enemigos, y, llegando sin contratiempo hasta ellos, me agarré á uno de los más granados, le derribé al suelo y comencé á golpearle. Aquel rasgo de valor alentó á mis compañeros, que avanzaron intrépidamente en mi socorro, y este ataque decisivo sembró el pánico entre los granujas, que se dieron á correr en todas direcciones. No sin su carga, más que mediana, huyó también el que yo tenía bajo mi rodilla, y, cuando orgulloso de mi triunfo, recibía el incienso de las felicitaciones de mis camaradas, principalmente del de los ensortijados cabellos, que valientemente soportaba los dolores de su herida, cádate que hubimos también de huir y desbandarnos, perseguidos por los guindillas, ó sean los guardias del ayuntamiento, que, sable en mano, celando diligentemente por la pública tranquilidad, aparecieron sobre el campo de la pedrea con su acostumbrada oportunidad,

quiero decir, cuando ya no podían impedir los daños, sino aumentarlos con una carrera deserrada que nos hicieron dar. Yo apenas conocía el terreno y estuve á punto de ser acuchillado, pero el de los pelos rizosos me salvó, guiándome por sitios cubiertos y alentándome en la corrida con frases como ésta:

—¡Anda, valiente aragonés; por aquí, no tengas cuidado! ¡Salta! ¡Agáchate!

Aquella palabra *aragonés* me sirvió algunos días de calificativo; pues como venía de Zaragoza, y esta primera *fazaña* me acreditó de *bravo*, por aragonés me tuvieron muchos, hasta que, intimando más, supieron mi origen castellano, y mi procedencia de una villa de que hay muchos naturales avecindados en Santander.

Grande era la confusión de mis sentimientos al recogerme en casa aquella tarde. La escurribanda, la pedrea y la huída por entre callejas y sembrados me alentaban y distraían en el goce de las nuevas amistades de una existencia libre, pero la sinistra figura del dómine, con sus varas de acebo, sus disciplinas, su palmeta y sus burlas crueles me atormentaba de una manera indecible, arrancándame á las caricias de mi madre para arrastrarme á mi mesa de estudio, donde la gramática de Nebrija y el diccionario de Valbuena, á modo de dos monstruos infernales, me amenazaban en un lenguaje misterioso é indecifrable.

Y estudié, estudié largas horas, confundíndome más y más en mis estudios con la nueva dirección que aquellos libros los daban, sin ver luz en la obscura noche de tan bárbaras desinencias y enrevesadas construcciones, logrando ser aplaudido por mi madre, que, abriendo la puerta del cuarto y viéndome engolfado en la traducción de una endiablada frase, me dijo:

No aprobaré yo que os peguen tan sin piedad, pero no hay duda que conviene en los profesores

un poco de severidad, si han de aplicarse los señores estudiantes. ¡Aquí parece que se hila más delgado que en la Universidad de Zaragoza!

Aquellas palabras terminaron mi primer día de estudiante santanderino bajo la férula del dómine, y me acosté, para estar puntual, como un cronómetro, á las ocho y media en el patio del Instituto.

Ni aquel día, ni el siguiente se metió para nada conmigo D. Bernabé, gran cumplidor de sus palabras, limitándose mis angustias en la clase á la contemplación de los fieros y desusados castigos con que affigia á mis compañeros. Mas, al cumplirse el plazo fatal, ó sea el tercer día, que lo fué uno nublado y lluvioso del mes de Febrero, el dómine, terminados los preparativos ordinarios de quitarse la capa y el sombrero, ponerse el gorro, sacar las varas, la palmeta y las disciplinas, ó hinchar el rueda de goma defensor de sus hemorroides, me llamó á capítulo en su propia mesa, y me dijo:

—Veamos la lección.

Abri la gramática por la página correspondiente, y, alargándosela abierta, iba á comenzar una relación de supinos irregulares, cuando con grande espanto y vergüenza senti que, dándome un fuerte manotazo en el libro, y arrojándole con desprecio al suelo, me contestó:

—¿Crees tú, belitre, que yo necesito tus libros para contar las faltas que hagas?

Aquel monstruo, sin duda, se sabia el Nebrija de memoria, por cualquier página que se abriese, y, herido en su amor propio por mi demostración, puso una cara feroz y con un gesto avinagrado, exclamó:

—Empecemos.

Juro en mi ánima que diez minutos antes, en el soporal de la capilla, habria recitado mis supinos sin el más pequeño tropiezo; pero, asustado entonces por la voz, el golpe en el libro y el ges-

to del dómine, comencé la recitación balbuciente, y fui corregido diez veces. Inmediatamente que acabé, D. Bernabé, tomando su palmeta y poniéndose en pie, se vino á mí gruñendo:

—¡La mano!

Y, por primera vez de mi vida senti caer sobre mis palmas cuatro veces la dura y agujereada madera, que me las dejó amoratadas y doloridas, y haciendo gestos y contorsiones con todo el cuerpo.

—¡Pues no eres poco sensible!—decía el dómine, con una risa sarcástica que inspiraba aversión é ira.—¡Sin duda el señorito, por no saber, no sabe lo que es un tirón de orejas sobre el puño de plata del bastón. ¡A tu sitio!

Marché, en efecto, después de recoger mi libro del suelo, á la cabeza del bando cartaginés, y comencé la dación mutua de las lecciones entre mis compañeros, que fueron lindamente palmeteados. Luego vino la traducción, y allí fué mi derrota completa, y el escarnio de mis mal aprovechados estudios zaragozanos.

El fementido cartaginés, á quien por tres dias habia yo arrebatado el mando del ejército púnico, á la primera dificultad que se ofreció al traductor de tanda, que era un romano medio tartamudo, á quien le titilaba con desesperante y cómica frecuencia el parpado superior del ojo izquierdo, se atrevió conmigo, pronunciando esta frase sacramental.

—¡El de arriba!

Que venia á ser un cartel de desafio gramatical dirigido al compañero que se tenia á la izquierda, el cual debia dar la traducción de la palabra cuestionada, y determinar cuantos accidentes gramaticales sobre ella se le exigiesen.

Yo determiné el significado propio de la palabra, pero en los accidentes mostré tan deplorable ignorancia, que en dos minutos descendí seis lugares; pues ¡oh vergüenza!; trás del capitán,

se atrevieron conmigo el teniente, el alférez, el sargento y algunos soldados cartagineses, y gracias á que el asunto se agotó por entonces, que, de lo contrario, voy á la cola de la fila sin remisión. Quedéme el sexto, todo mohino y cariacontecido, como gallo en corral ajeno, ó como rey de casualidad privado en un santiamén del cetro y la corona. A la semana, en la dolorosa compañía de palmotazos, mojicones, cosques y varazos, descendí al abismo, quiero decir, junto á un mozancon patiestevado, bronco de la voz, bizco de ambos ojos, ancho de espaldas y con unas manos y unos pies como celemines, molestísimo y peligrosísimo vecino, que desprendía de sí un olorcillo agrio y nauseabundo, y además pifaba como un corcel de guerra siempre que era objeto de alguna pregunta del domine, con lo cual el que estaba á su lado salía pisoteado irremisiblemente. Llamábanle Vicentón, y fué luego un famoso presbítero andariego, quiero decir que recorrió muchas parroquias rurales, de las cuales hubo de salir precipitadamente á causa de su desordenado amor á las mujeres, única semejanza que tenía con Salomón. Por entonces era sencillamente un lugareño que mascullaba el latín para devastarse en la carrera teológica, y objeto predilecto de los golpes y porrazos de D. Bernabé, cuyo furor exaltaba hasta el delirio, á causa de su inagotable resignación con los castigos, que sufría con la indiferencia de un mártir ó de un buey.

Junto á este poste sufrí durante quince días los menosprecios justísimos de D. Bernabé y las brutales caricias de sus instrumentos de tortura; y eso que el bárbaro, siempre que me castigaba, decía con énfasis que lo hacía suavemente, porque no tenía yo toda la culpa de mi ignorancia, sino los catedráticos á la moderna, que me habían antes que él enseñado; gente que, de haber caído bajo su férula, creo yo que hubiera cobrado

en palos y bofetones su deuda con la tradición sangrienta de las aulas.

Al cabo de este tiempo, el barullo que en mi imaginación habían causado el cambio de textos y de maestro, se fué poco á poco disipando; comencé á decir sin puntos mis lecciones, y, gracias á la aplicación que el miedo había en mí despertado, pude avanzar algunos puestos, colocándome, después de varias oscilaciones, al promedio de mi fila; á lo que no sé que contribuyó más, si el amor propio complicado con el temor al castigo, ó la repulsión que me inspiraba el olorcillo de Vicentón y el horror á sus pisotones. Y quizá hubiera yo llegado á ser, al fin un buen estudiante de latinidad á la antigua usanza de las aulas de los domines, especie de ángeles malos, destinados á vengar en la infancia el merecido castigo de su destierro eterno; porque en aquella dichosa edad de los trece años, yo, al igual que todos los niños me hallaba dotado de una facilidad pasmosa de adaptación al medio, é íbame poco á poco acostumbrado al rudo trato del adusto profesor, y al estudio en los nuevos textos, sin duda más completos que los que hasta entonces me guiaron por los laberínticos senderos del hiperbaton y las construcciones lógicas de los períodos latinos.

Pero á fines de Marzo, cuando la naturaleza, despertando del pesado sueño del invierno, abre los campos, templá las brisas, despeja los horizontes y cuaja de flores los árboles, las hemorroides de D. Bernabé debieron sufrir crueles exacerbamientos, puesto que aquel hombre, fiero y adusto de suyo, como he manifestado, se transformó en un demonio, convirtiéndose su clase en un verdadero seno del infierno. Una mañana, que entró en el aula con paso más incierto y vacilante que de ordinario, por este ó por el otro pretexto nos vapuleó á todos ferozmente, sin excluir las sagradas personalidades de Escipión y

Aníbal, que como cualquiera Vicentón de las colas sufrieron ignominiosos disciplinazos y palmetazos. Un detalle de aquel día terrible ha quedado tan vivamente grabado en mi memoria, que los treinta años que sobre él han pasado, no han podido empalidecer sus rasgos más salientes, y voy á referirle, para que sepan los adolescentes de la nueva generación lo que deben al progreso, que ha hecho desaparecer del mundo de la enseñanza á los dómínes, de que fué última y monstruosa encarnación el D. Bernabé sanderino.

Formaban en la fila de los romanos dos hermanos gemelos, hijos de distinguida familia, que se amaban tiernamente y se parecían tanto en lo físico cuanto se diferenciaban en lo moral; pues mientras el uno era un alma de artista, dulce, comunicativa, alegre, vivaracha y radiosa, el otro se distinguía, sobre el mismo fondo de bondad y talento, por su carácter reservado, serio, firme y tesonudo. Sacó á traducir D. Bernabé al primero, y por esta equivocación ó por la otra le hartó de golpes. Vino acaso en la traducción una palabra, que el traductor vertió en otra castellana que provocó las risas, y aquello fué ocasión de una feroz paliza que le dió, haciéndole luego arrodillar sobre unas chinás. Lloraba el infeliz muchacho á lágrima viva, mientras entre sollozos seguía traduciendo, cuando la adición de un puntapié en el libro, que se le estampó en la cara, fué la gota de agua que llenó la medida del sufrimiento de su hermano, que al ver tan cruelmente tratado al que con él había compartido las entrañas de una madre dignísima, hizo un vivo movimiento de protesta y de defensa al mismo tiempo de su hermano.

¡Qué más quiso el monstruo, que ver aquella pequeña señal de indisciplina y rebelión para excederse en sus fierezas! Dejando al que traducía, se fué derecho, vara en mano, al insurrecto, y,

cogiéndole del cuello, como si quisiera ahogarle, le zurró hasta que más no pudo, gritando como un energúmeno:

—¡Miserable! ¡Amenazas á mí! ¡Canalla! ¡Te atreverías con tu catedrático?

Aquel monstruo, que deshonraba la enseñanza con palabrotas que, aparte las transcritas, suprimo para no caer en la incultura de su lenguaje; que hubiera tal vez, á la usanza del antiguo régimen, sufrido en paciencia las más horribles y vergonzosas vejaciones de sus superiores; no pudiendo soportar la instintiva protesta de un niño, que ve martirizar á su hermano gemelo, habría quizá reducido á polvo al insurrecto si el deseo de gallear su triunfo, no le hubiese movido á plantarse, al fin, en la actitud de un gladiador en medio de la clase, para gritarnos á todos con voz estentórea:

—¡Quién se atreverá á levantar los ojos en mi presencia? Ahora está á tiempo de sublevarse el que quiera.

Lo diré en honra de la prudencia de mis compañeros y de la mía propia: nadie osó hacer el más leve movimiento insurreccional, y el energúmeno, tranquilizándose por un momento, se sentó triunfante en su sillón. Aquel repugnante abuso de la autoridad y de la fuerza, produjo en mi ánimo una cólera sorda tan grande y tan persistente, que todavía hoy, cuando observo en alguien, cualquiera que él sea, algo que semeja la infatuación del poder que se impone, no puedo remediar el decirme por lo bajo, indignado:

—¡He ahí otro D. Bernabé!

No había pasado media hora, cuando el calorillo del ruedo de goma en que descansaba arrojó de sí al dómíne, que, levantándose de nuevo, la emprendió conmigo, poniéndome en solfa de de golpes una oración latina en las espaldas; mas no contentándose con esto, no sólo á mí, sino á los dos hermanos gemelos y á otro joven-

zuelo hermosísimo, que parecía una niña vestida de hombrecito, nos dejó castigados sin comer, ó lo que es lo mismo, encerrados en la clase las tres horas que los demás tendrían de asueto.

Dadas las doce, D. Bernabé y los compañeros se fueron, quedándonos los cuatro del castigo sentados en nuestros bancos, hechos un mar de lágrimas, acosados por la sed y el hambre, afligidos por el disgusto que pensábamos habían de experimentar nuestras familias con la ausencia. Yo, que por primera vez sufría aquella detención, sin poder avisar á mi casa, estaba inconsolable con la pena que preveía habían de sentir mis padres al notar mi falta: los otros tres, que en seguida intimaron conmigo, me animaron á ser valiente y consoláronme como mejor pudieron, y acostumbrados al caso, sólo se curaban de procurarse vituallas y discurrir los medios de comunicarnos con el exterior.

Puesto á discusión este punto, yo, naturalmente, opiné por abrir una de las ventanas, saltar al patio y comprar en la tienda más cercana pan, queso y vino. Mofáronse los otros de mi plan, que acusaba mi inexperiencia. D. Bernabé sabría en seguida por el portero, ó cualquiera de los espías el desaguisado, y nos molería á palos. Desechóse, en consecuencia, el ataque directo de abrir la ventana, y se acudió á medios indirectos. Jugaba por el patio un chicuelo, hijo de un dependiente de la casa, con quien, tras de muchos habilidosos manejos, nos pusimos al habla por el agujero de la llave. Después de mucho suplicar y de mucho ofrecerle, logramos persuadirle á que nos sirviera en el duro trance en que nos hallábamos, y reuniendo nuestros recursos pecuniarios, logramos juntar dos pesetas, que le echamos por la rendija de la puerta, empujándolas con un cortaplumas. Prometió volver en dos minutos y entregarnos las vituallas en un papel, por una de las ventanas, que quedamos

en abrir no más que lo indispensablemente necesario, y en esta confianza nos pusimos á jugar alegremente al paso. En aquella hora se ahondaron las raíces de la amistad que nos unía, sublime sentimiento del alma humana que sobrevive en los corazones al sujeto mismo que le despierta, y es la luz más clara y tranquila que ilumina nuestra existencia.

El juego duró una hora, como he dicho, sin que en este tiempo pareciera el recadista, y el hambre, y sobre todo la sed, llamándonos á la realidad, nos llevó á las ventanas de la clase, por donde registramos ansiosos el patio buscando al descuidado portador de las vituallas, á quien llamábamos ya por su nombre, ya imitando el cacareo de la gallina que pone sus huevos, según habíamos convenido. En vano le esperamos media hora más, angustiados y mohinos; no parecía. En cambio nuestros ojos, vagando por el espacio, tropezaron con una visión sublime. En un balcón, en pleno sol, y rodeadas del follaje de unos tiestos de madreSelva y jazmín, había dos gentiles señoritas de nuestra edad, vestidas de blanco, con sus negras trenzas caídas sobre las espaldas, riéndose felices, mientras chicheaban á un canario que saltaba ufano en su jaula dorada al sentirse objeto de las caricias de aquellas beldades. Yo no sé qué sentirían los otros prisioneros; de mí sé decir que, ante aquella visión, me olvidé de mis sufrimientos, y, algo así como una musa desconocida, tarareó á mi oído las primeras notas de la canción sublime del amor, que tan variadas estrofas modula en la existencia, ya para halagarnos, ya para sumirnos en crueles desesperaciones.

Retiráronse á poco las señoritas del balcón, y quedamos en nuestro encierro mudos y displicentes, cuando apareció el recadista, deslizándose furtivamente á lo largo del muro para no ser visto. Abrimos callada y discretamente la ven-

tana y recogimos, sin decir palabra ni hacer ruido, el papelón que nos traía. Le abrimos, y ¡oh defecación! sólo contenía dos chorizos, un panecillo y media docena de merengues. En vano maldecimos de su estolidez y de su propensión invencible á la sisa; no había ya remedio y hubimos de contentarnos con aquella nimiedad, que, repartida equitativamente entre cuatro hambrientos, resultó para cada cual una nonada. Atacámosla, sin embargo, con valentía; y aunque los chorizos estaban rancios y el pan era una piedra, encontramoslos deliciosos, así como los merengues, extraño y peligroso postre para los que padecían más aun de sed que de hambre, porque, aumentándonosla extraordinariamente la empalagosa dulzama, nos condujo á una situación desesperada.

—¿Qué sed tengo, ¡vive Dios!—exclamaba el castigado por insurrecto, que tuvo toda la vida el ¡vive Dios! por su exclamación favorita.

—¡Vaya una sed.—decía el hermano gemelo;—me bebería la fuente de la Alhameda por sus once caños á la vez.

—¡Tengo sed, tengo sed!—repetía todo asustado el hermoso mancebo de la cara de niña.

—¡Agua, agua!—gritaba yo, yendo de la puerta á las ventanas y de las ventanas á la puerta, por si alguna alma caritativa me oía y nos auxiliaba en tan angustiosa necesidad.

Nadie respondió, sin embargo; el alto silencio del abandono nos cercaba; transcurriendo una hora terrible, en que para templar la sed, que pegaba nuestras lenguas al paladar, hicimos mil diabluras, como lamer los hierros de las fallebas y meter monedas en la boca para provocar la saliva. A eso de las dos aparecieron bajo las ventanas dos ó tres estudiantes, de los internos que había en el mismo Instituto, bajo la inspección de su director, muchachos americanos ó filipinos en su mayoría, cuyas familias, oriundas por

lo general de la Montaña, cuidaban de educarlos en la madre patria, sin duda en previsión de sustraerlos á la influencia del filibusterismo, que ya empezaba á picar en la Isla de Cuba principalmente.

Uno de ellos, que había intimado conmigo, fué después muchos años un abogado distinguido en la Habana, su patria; era un espíritu cándido y generoso, que nos traía en un papel envuelto su principio y su postre, que se había hurtado á sí mismo, considerando nuestra situación, y nos los alargó por la ventana, que entreabrimos con la mejor voluntad del mundo. Los otros nos dieron también alguna cosa. Pero ¿quién comía con la sed devoradora que sentíamos?

—¡Agua!—le grité á mi amigo—¡agua! Pepito, que nos morimos de sed.

—Y ¿en qué os la traigo?—me replicó.

—En un cucurucho de papel, en la gorra, en lo primero que encuentres.

—¡Pero si no hay fuente en este patio y no podemos salir, ni dejarnos ver desde los balcones!

—¡Agua, agua, agua!—gritamos todos en coro.—¡Agua, por favor!

A este grito de desesperación, uno de los internos, que era un cubano pícoso de viruelas, con el pelo rizado y medio mulato, quizá el más aventajado de los alumnos del Instituto, mozo que estaba ya para tomar su grado de bachiller, quitándose la levita azul de su uniforme, para no ser conocido, echó á correr, y atravesando el patio se fué á la tapia baja de un jardín botánico en miniatura que acababan de plantar aquella misma semana, y cogiendo el pluviómetro que sobre el muro había, nos le trajo.

Quitada la tapa del meteorológico aparato, encontramos en él una regular ración de agua, que nos repartimos fraternalmente los cuatro

prisioneros, sintiendo algún alivio en nuestras ansias desesperadas; pero no quedamos satisfechos. Nuestro salvador, orgulloso de su idea, cuando le devolvimos agradecidos el pluviómetro, viendo que teníamos aún mucha sed, calóse los lentes, porque era sumamente corto de vista, miró á toda la extensión del patio, quedóse un momento pensativo, y luego se encaminó furtivamente á la portería, volviendo al poco tiempo con el pluviómetro lleno de agua cristalina, que bebimos anhelosamente y dando fuertes resoplidos.

La adquisición de aquella agua templadora de nuestra ardiente sed constituye una de las más audaces travесuras estudiantiles, felizmente ejecutada por el cubano á costa de la respetabilidad del portero, hombre que jamás perdonó la burla á nuestro amigo.

Era el portero, como he dicho, un viejo grunón, hábil disecador, que vivía solo, separado de su mujer, á quien aborrecía con el odio del mal casado. Hallábase en su zaquizami rellenando de paja el vientre de un hermoso pelicano, cuando se le presentó al improviso, alarmado y en mangas de camisa, con el pluviómetro en la mano, para decirle con precipitación:

—Señor Melquiades, señor Melquiades, acaba de decirme una muchacha en la portería que haga usted el favor de ir á casa de su mujer corriendo, porque á la pobrecita le ha dado un ataque y está acabando.

No esperó el Sr. Melquiades á que le repitieran noticia que tan agradablemente le sorprendía, sino que, tal como estaba, sin sombrero en la cabeza, sin el galón de plata en la bocamanga de la levita, y sin levita siquiera, pues trabajaba en chaleco de mangas de ante y con manguitos de percalina negra, echó á correr escalera abajo con la agilidad de un joven, salió á la calle de estampía y se encaminó á casa de su señora, dejando

el campo libre al americano, que llenó el pluviómetro con el agua del botijo del portero, y hubiera cargado, según era su intención, con las provisiones de éste, de haberle sorprendido antes de comer, pues no era mozo que hacía las cosas á medfás.

Reímonos de la hazaña cuando nos la contó, y temiendo que á la vuelta el airado viejo enterase de lo sucedido al dómine, cerramos nosotros la ventana, fuéronse los internos á su estudio, comimos luego las provisiones que estos nos habían suministrado, y esperamos estudiando en nuestros bancos la hora de la clase, no sin haber hecho desaparecer cuidadosamente los papeles, migas y pellejos que hubieran podido denunciar á D. Bernabé, que era un lince, nuestro improvisado festín.

Por fortuna, como la mujer del portero era verdaderamente una arpia, y la encontró el digno esposo recién comida, saboreando el vaso de caña que la servía de postre cotidiano, la embañada del accidente repentino la tomó tan por lo picanta, que después de hartar á su cónyuge de

esta, el Sr. Melquiades, un hombre de gran fuerza, salió de las garras de la furia sino después de titánicos esfuerzos y muy lindamente arañado; por lo cual el severo funcionario y habilísimo disecador, considerando exigencia de su respetabilidad ocultar el matrimonial desaguizado, se calló prudentemente, guardando en el pecho para mejor ocasión su vehemente deseo de venganza contra el cubano de la jugarreta.

Dieron las tres, y D. Bernabé, seguido de sus discípulos, se presentó en la clase, aún más hosco y desabrido que por la mañana, dirigiendo sobre nosotros miradas fulminantes, precursoras de los fieros castigos con que nos agobió, en razón á que el encierro, con las angustias de la sed y las distracciones del festín, en vez de corregir-

nos, nos había estudiantilmente depravado. ¡Qué hubiera hecho aquel monstruo, de saber lo de los merengues, el pluviómetro y matrimonial quere-lla del bigotudo portero?

Como este día terrible fueron todos los de aquella semana atrocísima. D. Bernabé parecía un loco, presa de la monomanía del tormento, al pasearse con sus instrumentos de tortura en la mano á lo largo de la clase, eligiendo entre cartagineses y romanos las víctimas de su furor. A tal extremo llegó éste, que á un estudiante rural, notable por el desmesurado grandor de su cabeza siempre espeluznada, le desgarró una oreja á fuerza de estirársela y comprimírsela con la uña del dedo pulgar sobre el puño de plata del bastón; á otro, el más menudo de la clase, niño angelical de cabellos rubios, cuyas mejillas parecían una fresa espolvoreada de azúcar, le dislocó un dedo de un palmetazo; á otro le infirió una larga herida en la cabeza, de que siempre conservó la señal; en fin, que ninguno, absolutamente ninguno, ni bueno ni mal estudiante, dejó de tener alguna brutalidad que contar toda la vida, realizada en aquellos días sobre su persona por el domine.

Trascendió fuera la orgia á que se entregaba el monstruo con nosotros, y hubieron de hacerle algunas observaciones; mas D. Bernabé se indignó con esto más y más, de suerte que el sábado, excediéndose á sí mismo, en vindicación de su sistema de palo y tente tieso, alfa y omega de la pedagogía de su predilección, nos trató como á verdaderos galeotes. Yo salí de clase sofocado y enfurecido, con las orejas como la grana y un chichón más que mediano en el occipucio, adonde me alcanzó con el mango de las disciplinas.

Pasáronseme pronto la corajina y el dolor, porque como el lunes siguiente era fiesta, veía cuarenta y ocho horas de libertad delante de mí, y procuré aprovecharlas en las dulces expansio-

nes de las recientes amistades con mis predilectos compañeros.

¡Qué delicioso el domingo aquel! Amaneció uno de los más espléndidos días de primavera: la brisa del Nordeste, barriendo del cielo las nubes, le permitió lucir el intenso azul propio de nuestras costas septentrionales. Pasamos la mañana pescando en la bahía, mecidos en nuestro bote por los empujones de la marea, que traían á nuestros anzuelos sabrosísimos pescados. Formábamos la marítima excursión los mismos cuatro que habíamos sufrido juntos el encierro, y recordando las angustias de aquellas horas de sed y de hambre, y las fierezas horribles del domine iracundo, nos reíamos á boca llena en la plena libertad de lo infinitamente suave y bello que nos rodeaba y envolvía con caricias y halagos inefables, vengándonos del duro catedrático en frases cáusticas y punzantes, que la alegría ponía en nuestros labios sin malicia.

Al día siguiente, por la tarde, llovió; mas esto, que suele ser una grave contrariedad para el recreo infantil en los climas secos y extremados, en la costa, donde la mayor parte del año llueve con desesperante insistencia, no empecé á las diversiones, antes, por el contrario, tal vez las favorece y avalora.

Los camaradas del encierro, ya mis inseparables amigos, lleváronme á pasear en los Mercados cubiertos de detrás del muelle de Calderón, donde entonces tenían costumbre de solazarse, en una adorable confusión, las clases todas de la ciudad. Veíanse allí, en efecto, junto á las criadas y costureras, muchas señoritas, mujeres en su mayoría hermosas, con la hermosura dulcísima y atractiva del Norte; cuyos ojos, ya negros, ya azules, fulguraban en miradas preñadas de misterio; cuyas caras ostentaban ese color blanco sonrosado, ligeramente oscurecido por la brisa del mar, que constituyen la gala de las san-

tanderinas, y cuyos talles flexibles y elegantemente ataviados acusan la fortaleza de la raza y la riqueza de la ciudad.

Confundímonos en la muchedumbre adorable que llenaba aquella tarde el Mercado, y, sin darnos cuenta, cediendo al puro instinto sexual que comenzaba á balbucear en nosotros las lenguas de fuego de las pasiones, empezamos á mariposear atolondrados junto á pollitas que luego han sido mujeres célebres por su belleza, en una generación afortunada de hermosuras.

En una de las vueltas, que aparajados del brazo dimos el de los cabellos rizados y yo, el azar nos puso al lado de las dos adorables criaturas que, desde el fondo de nuestro encierro, habíamos visto brillar en la plena luz del balcón cuajado de flores. Mirámoslas, y ellas nos miraron. ¿Qué las dijimos? Nada. ¿Qué nos dijeron? Nada tampoco; y, sin embargo, ellas y nosotros nos pusimos colorados como amapolas, y giramos la vista á otra parte. Luego que pasaron, nos apretamos los brazos y dijimos bajito:

—¡Qué guapas son!

Y aceleramos el paso para volver á tropezar con ellas, sin cuidar de la gente que atropellábamos. A los pocos minutos, entre el mar de cabezas que á lento paso abanzaban, distinguimos las plumas blancas de sus elegantes capotitas de seda, y, ¡cosa extraña! al pasar y mirarnos, en vez de seguirnos, nos quedamos tiesos y graves, sin saber qué hacer ni qué decir.

Por fin, mi amigo, que era más resuelto y *desacorado* que yo, me propuso hablarlas; pero no hubo medio de convencerme; una timidez invencible, que sólo me consentía mirarlas de lejos y con vacilación, fué el primer síntoma, si estas bobadas y niñerías son algo, que caracterizó mi simpatía por la mayorcita de aquellas mujeres en capullo.

Al salir del paseo, llovía, y, sea efecto del agua

que me mojó, sea una disposición morbosa que se desenvolvía, sentí un fuerte escalofrío, que me hizo tiritar y me obligó á apoyarme en la pared para no caer al suelo. Alarmóse mi amigo, pero como el acceso pasó pronto, nos tranquilizamos ambos, siguiendo nuestro camino hasta mi casa, á cuya puerta me dejó, después de hablar buen rato sobre la nube que obscurecía nuestra existencia, ó sea el maldito dómine, bajo cuya férula debíamos caer de nuevo á la mañana siguiente.

En vano traté de estudiar aquella noche. Al fijarme en las letras del Nebrija, estas parecía que bailaban una danza macabra ante mi vista, y luego se dispersaban, y se extendían por un espacio sin linderos, en que después se me aparecían, envuelta en luz la hermosa figura de la niña del balcón florido, ó rodeada de sus instrumentos de castigo la horrible catadura del dómine. Sentía en mitad de la frente un agudo dolor, como si me hincaran en ella un clavo; tenía la boca seca, los ojos saltones y brillantes, los labios amoralados, las manos ardiendo, el cuerpo todo sudoroso y quebrantado. ¿Qué era aquello? Era la horrible enfermedad del tífus, que me acometía espada en mano, arrastrándome prematuramente al sepulcro; pues ni fuerzas me dejó el ataque para ir por mi pie á la cama, sino que huí de llamar á mi madre, que al verme en aquel estado, quedó aterrada, voceó á la familia toda, pidiendo un médico, y me llevó sollozando al lecho en que caí como un tronco, presa de una violentísima calentura y de un desesperado delirio.

Allí pasé veintiocho días casi sin sentido, saliendo de los más exaltados delirios para caer en la insensibilidad y el aplanamiento de la muerte, haciendo encanecer á mi madre, que temía verme expirar á cada instante; santa mujer que nadie logró separar un solo minuto de mi lado, ni aun en las horas de relativa esperanza.

Al fin, en aquel combate ferocísimo, triunfó la vida, considerando todos, así el médico como la familia, que mi salvación era un verdadero milagro. Al cabo de las cuatro semanas, amanecí un día limpio de calentura, y comencé á hablar, preguntando por mis libros, por D. Bernabé, que que había sido la pesadilla constante de mis delirios, por mis hermanas, por mi hermano menor, encantadora criatura de pocos meses, á quien mi madre criaba á sus pechos entre aquellas zozobras; y al verlos á todos alrededor de mi cama, y al ver el sol á través de los cristales del balcón, y al oír la voz robusta de mi padre, que me decía no me acordase de libros, ni temiese al domine con quien no volvería á estudiar más, sentí algo así como una resurrección, una nueva toma de posesión de la vida, que hubiese abandonado por tiempo que no sabía calcular.

¡Cuántos dulces encantos encierran esas resurrecciones, que se llaman convalecencias, cuando la mano de una madre amantísima satisface todos los caprichos y templa todas las impacencias! Circundado de almohadas en la cama, era un pequeño déspota para cuantos me rodeaban, que habían de traerme cien cosas que reclamaba, entretenerme de mil maneras, y sufrir mis enfados y displicencias con resignación. Mi mayor delicia era distraer el mal humor que siguió á la enfermedad, haciéndome contar historias por mi madre, que se pasó interminables horas refiriéndome multitud de anécdotas, cuentos, chascarrillos, consejas, juegos de palabras y cuanto la buena señora había oído de niña en el pueblo, donde como en todos los de aquella parte de Castilla, existe un fondo riquísimo de tradiciones, que el día que se recojan cuidadosamente y se exornen con las galas de la literatura, constituirán una de las más brillantes manifestaciones del arte popular.

Ella, por distraerme y verme reír, después de

haberme creído muerto tantas veces en aquellas cuatro semanas de perpétua crisis, poniendo en tortura su imaginación, inventaba mil casos estupendos, de enanos que cada día crecían media vara y lograban al fin tocar las campanas de las iglesias desde el suelo, ó de gigantes que menguando, menguando con los filtros de algún sabio encantador, se hacían tan chiquitos como una lenteja, y se metían por las cerraduras de las puertas para robar las infantas, hijas del rey, y llevárselas á los caballeros que estaban en la guerra del moro. Pero mi convalecencia duró más que sus recursos, y me aburría, y bostezaba, y concluía por enfadarme tontamente, cuando la santa casualidad hizo que por bajo de la puerta echasen las primeras entregas de una novela que se publicó de este modo, que entonces se inauguraba, y tanto ha contribuido á generalizar la lectura en España y á corromper el gusto literario de nuestro pueblo y hasta las más brillantes disposiciones de algunos escritores. Titulábase aquella novela *Las Hijas del Cid*, y mi madre, que me la trajo á la cama, donde no me retenía ya el mal, sino la debilidad indecible que éste me produjo, hubo de sufrir la pena de su improvisación, pues la obligué á leérmela, con tanto entusiasmo de mi parte, que la hacía repetir cien veces los más interesantes pasajes, llenos de esa grandeza y poesía sin igual, que anima las crónicas de aquel famoso caballero, avaloradas por la narración sencilla y correcta con que ha vertido el romancero en este libro, su distinguido autor Antonio Trueba.

Toda la vida he conservado con religioso respeto esta obra, perfectamente encuadrada, en mi librería, porque ella me inició en las lecturas amenas é instructivas; ella exaltó en ocasión bien propicia mis sentimientos patrióticos y mis instintos democráticos, de que era espejo para mí entonces aquel Rodrigo sublime, mi paisano,

que humilla al rey haciéndole jurar tres veces en sus manos antes de darle la corona, y trata á los infantes de Carrión, apaleadores de sus hijas, como á rufianes; ella, por fin, y este es su principal mérito á mis ojos, me recuerda en cada una de sus páginas el amor y la paciencia de mi madre, cuya voz argentina parece como que brota todavía de entre sus páginas, hiriendo mis oídos con modulaciones de ultratumba.

Al cabo, recobradas las fuerzas un tanto, á los veintiocho días justos de caer en cama, pude abandonarla, saliendo de ella en brazos de mis padres, convertido en una especie de esqueleto, recubierto de una piel amarillenta, terrosa, salpicada de manchas negruzcas, que denunciaban toda la gravedad del mal que había sufrido; los primeros días los pasé sentado junto al balcón, sin apenas moverme, mirando discurrir la gente por la hermosa plazoleta del Príncipe, en que las acacias se cubrían de hojas, bajo cuya sombra correteaban los muchachos, produciéndome un deseo vehementísimo de salir de mi cárcel y lanzarme como ellos al movimiento y alegría de la vida.

En vano, sin embargo, hacía esfuerzos por andar en mi habitación; las piernas no me querían tener de pie, y había de sentarme otra vez fatigado y sudoroso, entreteniéndome en probar el alcance de mi vista en los carteles anunciadores de viajes de los barcos de vapor, que comenzaban entonces á regularizar el servicio postal á las Antillas.

Así pasé todavía otra semana, hasta que el buen régimen alimenticio, el vino de Jerez, y, sobre todo, la edad, se sobrepusieron á la dolencia, recobrando las fuerzas con rapidez tan grande, que pude ya salir de casa el domingo, del brazo de mi padre. ¡Qué espectáculo para mí las calles, el reloj de esfera negra de la casa de Ayuntamiento, el de esfera blanca de la Catedral, los

barcos de la Ribera y la fila de elegantes casas del muelle! Todo me parecía, incluso el cielo azul, la mar verdosa, el aire cargado de los picantes aromas del marisco, recién salido de las manos de Dios para mi uso particular y sostenimiento de una nueva vida que fluía á borbotones en mi organismo.

A todo esto estábamos á primeros de Mayo, y antes de encontrarme del todo bien, se aproximó Junio. ¡Cómo volver donde el odioso domine, para sufrir unos cuantos días más sus vapuleos y afrentas, puesto que no debía examinarme entonces! Además, los delirios del tifus, en que la siniestra figura de D. Bernabé me había atormentado ferozmente, habían concluido por hacerme aborrecible, rehuyendo cuanto pude volver al Instituto para caer en sus garras.

Todo, por fortuna, lo arregló mi padre, gracias á la bondad del director de aquel establecimiento. Un joven sumamente discreto, decaído de posición, me repasó aquel verano en casa la asignatura, á que bajo sus indicaciones, tomé, por fin, afición, logrando traducir medianamente el Salustio, que era el autor favorito de D. Bernabé, más aún que atraído por las sublimidades del estilo, deseoso de completar las noticias que daba del carácter extraordinario de Catilina y de las tendencias revolucionarias de su famosa conjuración contra la República aristocrática de Roma. Y, cuando en Septiembre, entre los suspensos y rezagados, me presenté á examen, el domine, no sé si en consideración á mi cruel enfermedad, ó por otras razones tocantes á la reforma radical que la enseñanza y hasta el mobiliario del Instituto sufrieron en aquellos días, no fué duro conmigo, limitándose á mirarme con fiereza y amenazarme con la mano, aprobándome, finalmente, y no con la última nota.

A los pocos días, nuevos estudios más conformes á mis aficiones; nuevos catedráticos, más hu-

manos y más propios de la cultura del siglo, me hicieron olvidar á D. Bernabé y sus crueles tratamientos, que fui el último en experimentar con mis compañeros de aquel curso. Porque en el nuevo que se inauguraba, la clase de D. Bernabé sufrió, como las demás, una transformación completa, desapareciendo los bancos de cartagineses y romanos, que habíamos puesto relucientes con nuestros pantalones, para ser sustituidos con elegantes y cómodas graderías de respaldo y pupitre; desapareció la carcomida mesa para ser reemplazada por una elevada cátedra pintada imitando al nogal, con su buena butaca de gutapercha para el profesor; desaparecieron las varas de acebo, la palmeta de haya y las disciplinas de cuero; desapareció, por último, el método del palo, de la sangre y del ayuno de D. Bernabé, para inaugurar el actual de reprensiones y expulsión.

El espíritu bravío y las viejas mañas de don Bernabé, no pudieron resistir mucho tiempo aquella ruda transformación, que se le impuso. Colgado en su cátedra, parecía una fiera encadenada en su cubil, y la violencia que había de hacer sobre sus nervios para adaptarse al nuevo método de blandura, le producía continuos ataques de bilis, que se le derramaba en la boca mezclándose á una saliva viscosa y negruzca para transformarse en palabras de cólera y protesta y en terribles amenazas, que amedrentaban á sus discípulos. Al fin del curso era una sombra de sí mismo, y, cuando por acaso le encontramos un día de las vacaciones en el paseo algunos amigos que andábamos correteando, olvidando sus durezas con nosotros, al verle tan decaído y flaco nos acercamos á saludarle, nos habló con tanto sentimiento de lo que sucedía, y de la relajación de los tiempos que alcanzaba, que no parecía sino que consideraba un crimen social el haberle quitado su extraño derecho de atormentar criaturas,

sermón bizarro que aún me repugnó más que el vaho de aguardiente que desprendía su aliento, y me explicó muchas cosas horribles que yo había visto en su clase.

Al otro curso, ya comenzó á faltar á clase, pasando algunos días sentado en su cama, recitando el Nebrija y gruñendo contra las reformas de la enseñanza, hasta que, agravándosele las hemorroides y la alcoholización, á que para olvidar sus penas se había á última hora furiosamente entregado, sucumbió en el invierno, murmurando su apotegma de que la letra con sangre entra.

Hizosele un suntuoso entierro, como el decano que era de los profesores, dejando tras sí una fama muy discutida; pues mientras unos le exaltaban, recordando los buenos latinistas que de su clase habían salido, otros le tildaban de bárbaro y cruel por los feroces castigos con que afligió á los estudiantes. Hasta entre estos últimos estaba dividida la opinión; empero, la mía, fué desde el primer momento de resuelta condenación para aquel hombre, sin mujer, sin hijos, sin afectos, especie singular de islote yermo, sin más objeto ni ocupación en la vida que martirizar á la juventud en la época de sus más espontáneas y puras alegrías, con el pretexto fútil de aleccionarla en una lengua muerta, que dudo él supiera bien, dado lo mal que hablaba la suya propia.

Muchas veces expresé esta opinión con vehemencia, protestando así del maestro como de sus feroces procedimientos de enseñanza, prometiéndome encuadrar, como hoy lo hago, entre mis desaliñados bocetos de tipos que fueron, para execración general de la barbarie escolar, la silueta fúnebre y tétrica del último domine; que esto fué, y no más, reducidas las cosas á sus justas medidas y proporciones, este D. Bernabé de mis angustias juveniles:

No obstante, al dejarle repodrirse en su tumba,

con sus varas, su palmeta y sus disciplinas, que por mandamiento suyo expreso colocaron junto á su cadáver en el ataúd, aún recogiendo todas las cóleras que en mí sobrecitó con sus insultos, todos los dolores que me hizo sentir con sus castigos, y todos los sobresaltos y miedos que me hizo sufrir su iracundia, mi corazón no puede maldecirle. Junto á su siniestra cara, al lado de su silueta formidable, aparecen en mis recuerdos, rodeándole, rostros de ángel que se desvanecieron en la nada del sepulcro, figuras encantadoras que pasaron como una sombra ante mis ojos, seres queridísimos, cuyas voces argentinas, me dicen desde allá arriba: ¡Perdón! ¡Perdón!

Y mi corazón le perdona, ¿pues qué sería la vida sin el supremo sentimiento de la piedad, que extiende la misericordia de las almas generosas hasta sobre los que nos hicieron padecer, inconscientes enviados quizá de alguien que en la sombra de lo invisible empuja las generaciones, por la senda del dolor, que obliga á meditar, á las cumbres rosadas del Bien y del Progreso?

RAMÓN CUEVAS.

Madrid, 24 de Julio de 1892.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



con sus varas, su palmeta y sus disciplinas, que por mandamiento suyo expreso colocaron junto á su cadáver en el ataúd, aún recogiendo todas las cóleras que en mí sobrecitó con sus insultos, todos los dolores que me hizo sentir con sus castigos, y todos los sobresaltos y miedos que me hizo sufrir su iracundia, mi corazón no puede maldecirle. Junto á su siniestra cara, al lado de su silueta formidable, aparecen en mis recuerdos, rodeándole, rostros de ángel que se desvanecieron en la nada del sepulcro, figuras encantadoras que pasaron como una sombra ante mis ojos, seres queridísimos, cuyas voces argentinas, me dicen desde allá arriba: ¡Perdón! ¡Perdón!

Y mi corazón le perdona, ¿pues qué sería la vida sin el supremo sentimiento de la piedad, que extiende la misericordia de las almas generosas hasta sobre los que nos hicieron padecer, inconscientes enviados quizá de alguien que en la sombra de lo invisible empuja las generaciones, por la senda del dolor, que obliga á meditar, á las cumbres rosadas del Bien y del Progreso?

RAMÓN CUEVAS.

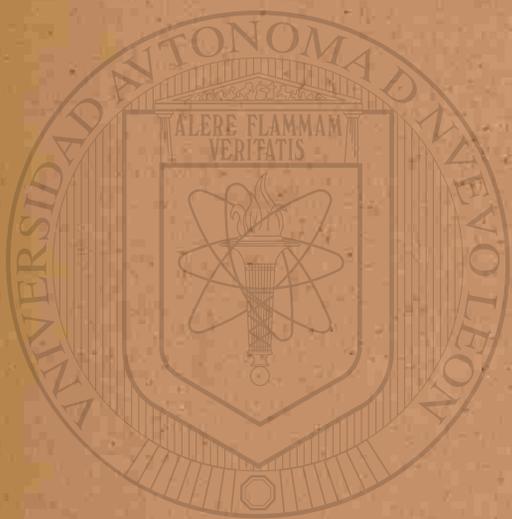
Madrid, 24 de Julio de 1892.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

NOTAS DE ESTUDIO

SOBRE LA

Santa Biblia

Generalidades.

Desde la infancia fui aficionado á inquirir la razón y fundamento de las cosas. De la mayor parte de ellas, bien que mal, dábanme explicación más ó menos cumplida, tranquilizando mi infantil curiosidad, ya mis padres, ya mis compañeros, mis profesores, por último.

Sólo cuando de religión se traba, me fué totalmente imposible obtener á mis preguntas respuestas que de alguna manera pudiesen satisfacerme. Las fórmulas más sencillas, los preceptos más elementales, las más vulgares prácticas, se me presentaban, ó totalmente ininteligibles, ó rodeadas de circunstancias y precedentes imposibles, ó veladas por el misterio. Los compañeros me remitían á los maestros, los maestros á los sacerdotes, los sacerdotes á la autoridad de un libro santo y á la gracia de la fe, reprendiendo á veces con excesiva acritud mis juveniles conatos de investigación, mostrándome esta

senda, que en todo lo demás es la única que conduce á la sabiduría y á la virtud, por caminos de sinsabores y de eterna condenación.

Rodeáronme en mi adolescencia personas y circunstancias que, por el ejemplo y el consejo, emanciparon pronto mi espíritu del temor en que las enérgicas admoniciones de algún sacerdote le habían sumido. Mi alma, ansiosa de saber, libre de estos temores, buscó con afán entonces la explicación del conjunto de dogmas, doctrinas, prácticas y ceremonias que la religión católica apostólica romana con tanta pompa y con tanta frecuencia predica, exhibe y ejecuta en el pasmoso número de magníficos templos con que cuenta España. El peligro que en las investigaciones religiosas se me había indicado, sirvió de aliciente á mi juvenil ardor. El misterio que rodea los dogmas fué estímulo á mi curiosidad, y la autoridad imperiosa con que el sacerdocio habla y condena, me incitaba poderosa y secretamente á ponerme en condiciones de replicar ó insurreccionarme contra tan inusitado como contraproducente despotismo.

Eran unos años aquellos en que esto sucedía, que España, á la sordina, lo discutía todo, lo examinaba todo, lo analizaba todo, preparando el pensamiento para aquella gloriosa revolución del 1868, que dió al traste con la monarquía tradicional y la tradicional intolerancia religiosa. En los pasillos de las Universidades, en las sociedades particulares ó públicas, en los cafés, en los paseos, en todas partes, excepto en los sitios en que debiera efectuarse, se hablaba y contendía libremente de política y de religión, á despecho de insensatos Gobiernos, desconocedores de su siglo y de la eficacia de las ideas.

En las polémicas con los católicos, éstos, agotados todos los argumentos de segunda mano, los lugares comunes, la autoridad pontificia, los decretos de los concilios, al verse estrechados,

acudían indefectiblemente á la autoridad de la *Palabra divina*, y por divina, infalible. La *Santa Biblia*, el libro de los libros, el libro por excelencia, base y fundamento de todo dogma, de toda institución, de toda práctica, fuente eterna de verdad y de moral, era su última trinchera, fortaleza inexpugnable contra sus impugnadores.

El oír tantas veces citar este libro, ensalzar sus bellezas, proclamar la indestructible certeza de su contenido; el verle sublimado por elocuentísimos oradores, como bello; el mirarle respetado y adorado por los sabios, como profundo, además de excitar en mí un deseo vehemente de leerle y estudiarle, me le hicieron considerar desde luego obra perfecta en el orden literario, lógica y alabada en el científico, por todo extremo delicada y pudorosa en el moral.

Le adquirí: le lei... ¡Oh defección! Su lectura me fué fatigosa en muchos lugares, y necesité una fuerza de voluntad más que mediana para no arrojarle desencantado en muchas ocasiones. ¡Cuántas veces interrumpí la lectura lleno de cólera contra los que ofendieron á Dios al punto de atribuirle tantos disparates, maldades é indecencias como ponen en su boca autores que después de explayar su ignorancia y su vileza en sendas páginas, tuvieron la petulancia de que por los siglos de los siglos hubiera necios que las creyeran dictadas por la sabiduría y la bondad eternas!

En muchas ocasiones, años después, he vuelto á hojear la *Santa Biblia*. Ni trato de desconocer sus excelencias literarias, ni su valor como documento histórico, ni su influencia sobre la humanidad. Quédesé todo esto aparte por ahora, ni concedido, ni negado, ni discutido siquiera. Me propongo solamente publicar algunas notas escritas al correr de la pluma, con el texto delante, sobre muchos pasajes de la *Santa Biblia*. En ellas hallará el lector tal vez más de un argu-

mento indestructible que le persuada del error profundo en que caería, creyendo, como creen, ó afectan creer, los católicos, que la *Biblia* es un libro auténtico, sabio, moral. De ser, como dicen, la palabra de Dios, habría de tener estas condiciones. Si no las tiene, ¿cuál es la consecuencia? Y sino las tuviera, siendo ella, como es, la base y fundamento proclamado indestructible, de la religión católica, y en general de todas las iglesias cristianas, ¿podrán en adelante unas y otras pretender ser otra cosa que obra humana, y como tal, imperfecta, reformable y destructible, para ser reemplazada por otra más acabada, verdadera y propiamente divina?

I

El *Pentateuco*. Divídese la *Biblia* en dos grandes partes: el Antiguo y el Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento contiene todos los libros que constituyen la religión judaica. El Nuevo, la reforma de Jesucristo, su enseñanza y la enseñanza de sus apóstoles.

Comienza el Antiguo Testamento por el *Pentateuco*, ó sean *Los Cinco Libros* de Moisés, cuyos nombres son: el Génesis, el Exodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio.

Lo mismo judíos que cristianos, católicos que protestantes, sostienen que el autor de estos cinco libros es el célebre caudillo y legislador hebreo Moisés. Este gran profeta, dicen, único que ha hablado con Dios boca á boca, escribió estos libros por su orden y bajo su directa inspiración, con objeto de que los hombres conociesen los mandatos divinos.

Esta primera afirmación sobre el autor del *Pentateuco* es una insigne falsedad, como se prueba por el *Pentateuco* mismo. Por grande y por elegido que fuera Moisés, al cabo fué mor-

tal, y murió, sin que nadie haya dicho que resucitase. Pues nada menos que resucitar, coger la pluma, el estilo, ó lo que fuese, necesitó para poder escribir el capítulo XXXIV del *Deuteronomio*, donde en doce versículos se cuenta la muerte, sepultura y elogio del propio Moisés. Ante prueba tan elocuente de la existencia de una mano audaz y falsaria que ha pegado este capítulo al *Deuteronomio*, ¿á qué detenerse en el estilo, orden, ó mejor dicho desorden de las narraciones, repetición indigesta é inútil de historias y disposiciones legislativas? ¿A qué discutir entre cristianos el valor de unos preceptos divinos de que es una protesta viva y una condenación enérgica el Cristo? Rabinos y doctores disputan sobre lo conservado por el Mesías y lo condenado: á nosotros nos basta notar que el *Pentateuco*, tal como la *Biblia* canónica le contiene, no está escrito por Moisés, según el mismo *Pentateuco* prueba.

El *Génesis*. El capítulo I cuenta la creación del mundo por Dios en seis días. Este cuento le tiene deshecho totalmente la geología. Cuenta igualmente la creación del hombre, que hizo de barro. No entramos ni salimos en este negocio. En el II, hace la mujer de una costilla del hombre. El hombre y la mujer, según enseña la anatomía, tienen, sin embargo, el mismo número de costillas. Hay quien cree, no obstante, que el hombre tiene una costilla menos: con su pan se lo coma.

En el capítulo III, Eva come la manzana, la come Adán y la echan á perder, puesto que antes eran inmortales y felices, y desde entonces quedan sujetos á las enfermedades y la muerte. Tala larga ofrece este cambio de Adán y de Eva á las meditaciones de un filósofo. Si Adán antes era inmortal, ¿podía ser de la carne y hueso que nosotros? ¿Entonces no podía ahogarse, envenenarse, ser aplastado por una piedra, romperse una pierna ó la cabeza de una caída?

En el capítulo IV, Caín mata á Abel: ¡bella acción! Un fratricidio es la primera edificación que nos presenta la Biblia. El fratricida, á pesar de ser maldecido, progresa en hijos y en riquezas, hasta el punto de que más adelante sus descendientes, tan perversos como el padre, hacen arrepentirse á Dios de haber creado al hombre, ni más ni menos que se arrepiente un estudiante de haberle prestado un par de duros á un camarada ingrato.

En esta parte del Génesis, los hombres viven siglos y más siglos, como si los siglos no tuvieran los cien años que ahora tienen, ó como si en aquella edad no hubiera pulmonías, mal de piedra, almorranas y otras jerigonzas.

Y aparece Noe en los capítulos VI, VII, VIII y IX. Este varón era la única persona decente que había en la casta de Adán, y Dios le guarda para simiente. Carpintero de ribera, calafate, herrero y práctico en otros varios oficios, Noé hace un arca, mete en ella, por orden de Dios, un par de bichos de cada especie y sobreviene, estando todos ellos dentro viviendo en paz y en gracia de Dios, sin comer ni beber, el famoso diluvio. Detenerse á comentar estos capítulos, fuera una inocentada, sólo parecida á la del que los tome por otra cosa que una tradición popular y poética de uno de tantos cataclismos como ha sufrido la corteza terrestre.

Pero los guardados para simiente por buenos, tan pronto como pasa el peligro, vuelven á las andadas. Noé se emborracha, y Cam, uno de sus hijos, se burla de su desnudez. Ejemplo de moralidad puesto aquí sin duda con objeto de inspirar á la juventud respeto á los padres y ancianos. De Cam, hacen proceder algunos sabidillos catolizantes toda la raza negra, y no ha faltado doctor de la Iglesia que haciendo responsables á los negros de la falta de su padre, ha tratado de disculpar en ella la horrible esclavitud

que, contra toda moral cristiana, por largos siglos han protegido los Estados que de cristianos se precian.

II

El Génesis, en su capítulo X, da cuenta de las genealogías de Noé, ó sea la propagación del linaje humano. De Jafet indica siete hijos, uno de ellos Túbal, el que nuestros historiadores católicos han señalado rutinariamente como poblador de España. Después de establecer esta descendencia de Jafet, dice textualmente, versículo V: *Por esto fueron repartidas las islas de las gentes en sus tierras, cada cual según su lengua, conforme á sus familias en sus naciones.*

Meditemos. ¿Qué quiere decir las islas de las gentes? ¿Indica islas pobladas por gentes extrañas á la descendencia de Noé, por ella conquistadas, y entre ella repartidas? ¿Entonces, cómo explicar la existencia de esas gentes después del diluvio universal, que destruyó toda ánima viviente, á excepción de las encerradas en la famosísima arca? Pobladas ó no, ¿qué islas son éstas?

Los comentaristas católicos señalan el monte Ararat, en Armenia, como el punto en que paró el arca de Noé. Parece natural que los hijos de éste, aun dándose mucha prisa al trabajo, tardaran muchos siglos en ocupar el Asia Menor y hallarla tan estrecha á su número que pensarán en ocupar islas, por lo general pequeñas, como lo son las que caen al fondo del mar Mediterráneo. Contra lo natural se reparten unas islas de gentes, y constituyen ya naciones á poco de bajar del arca. Todo esto me parece tan confuso como extraño. Además, se habla de lenguas en este versículo, cuando en el capítulo siguiente es donde las lenguas se confunden; falta de lógica y

de método, cuando menos, chocante en alto grado en obra de todo un Espíritu Santo.

Mas sigamos. Se numeran los hijos de Cam. En el versículo XIX se señalan los términos de esta descendencia maldita, desde Sidón á Gaza. Luego se determinan los hijos de Sem, y se dice textualmente que fué su habitación desde Mesa, viniendo de Sejar, monte á la parte de Oriente. Si dijera desde Mesa hasta tal parte, lo entendería: tal como está, ignorando desde donde el libro se escribe, pues carece de fecha y lugar, declaro que no lo entiendo. Y concluye este famoso capítulo, que, de decir verdad, fuera un monumento sin rival, afirmando que de los tres hijos de Noé descenden todos los hombres.

¿Son hombres los americanos? ¿Son hombres los pobladores de la Polinesia? Indudablemente. ¿Pues por qué rama ó ramita de este árbol genealógico entroncan con Noé? Ni ellos lo saben, ni nosotros tampoco, porque el Espíritu Santo que inspiró el *Genesis* no sabía una palabra de la existencia del nuevo continente ni de aquellas apartadísimas islas.

A unas y otras tierras forzosamente habrían de pasar embarcados, lo cual supone que la náutica en remotos siglos habría de estar, contra lo que dicen el sentido común y la historia, mucho más adelantada que en la Edad Media. En ninguna parte se halla rastro de estos viajes, ni los pueblos interesados han conservado de ellos tradición alguna; luego una de dos: ó los americanos y malayos no son hijos de Noé, ó son hijos espureos é ingratos que han olvidado á su padre, y no saben quiénes son sus hermanos.

Bien que mal, los pobladores del antiguo continente, al emigrar, conservan la civilización nativa en sus grandes manifestaciones indispensables á la vida social, pero los americanos y malayos lo olvidan todo y se vuelven completamente salvajes, como los vemos hoy todavía en mu-

chas comarcas. A mi no me cabe en la cabeza, con perdón sea dicho del Espíritu Santo, inspirador del *Genesis*, que un pueblo, una tribu, en la que se ha conocido una civilización, por rudimentaria que sea, se vuelva salvaje y antropófaga.

Además, los hijos de Noé debieron ser de una misma raza. O todos blancos ó todos negros. ¿Cómo, pues, los blancos se han vuelto negros, ó cómo los negros se han vuelto blancos? No vale decir que el clima atezó á los que vivieron en los calores africanos. Calores sofocantes experimenta América, y sus hijos fueron colorados y no negros. El clima no hace de un blanco un negro, y vice-versa.

Conclusión: estas genealogías ni explican, ni pueden explicar, las razas humanas actualmente existentes, ni su repartimiento sobre la haz de la tierra. Podrán explicar, que lo dudo, los entronques de algunas familias humanas con la familia judáica; las relaciones de parentesco de unos cuantos pueblos habitadores hace cuarenta siglos de los valles del Indo, del Eufrates, del Nilo, de las penínsulas de Arabia y Anatolia, y de las tierras situadas á poca distancia de estos lugares. No llamaré falsa esta genealogía así considerada, porque no existen datos para contradecirla. Mas considerarla otra cosa que un intento, en su tiempo generoso y relativamente científico, de explicar la fraternidad originaria de la humanidad conocida de los antiguos habitantes de las regiones nombradas, es positivamente alimentarse de ilusiones en cuestión tan árdua y tan compleja como la del origen del hombre.

Como los judíos tienen el placer de darse una genealogía, la han tenido muchos otros pueblos. Tanto montan unas como otras. De tener una solución este problema, hay que buscarla en la ciencia, no en el arca de Noé.

En los libros de geología se ven hermosas láminas que nos muestran las huellas que dejó una tortuga que vivió en una época antiquísima, en que la tierra era cosa muy distinta de lo que es actualmente. Se ven láminas que nos muestran hasta el aire que agitaba los bosques de coníferas, que, sepultadas por un fenómeno físico, se han convertido en las cuencas de carbón de piedra que hoy alimentan nuestras locomotoras. Por último, en cualquier museo se pueden ver por millares las hachas de piedra, las toscas herramientas, las groseras agujas de que se sirvieron los hombres primitivos.

Pues bien; cuando cosas tan deleznales y sutiles se han conservado, ó han dejado una huella; cuando diariamente aparecen vasijas, armas, etcétera, de remotas edades, ¿no es extraño, no es asombroso que de la más soberbia obra que los hombres han intentado no quede huella ni rastro alguno?

¿Cómo creer, pues, que los hombres alzaron en una vega, la vega de Schinar, la torre de Babel? ¿No quedaría algún rastro de semejante construcción? ¿Cómo creer que Dios confundió allí sus lenguas, y que por no entenderse se apartaron los unos de los otros? Tratando de explicar la variedad de las lenguas humanas, se concibe que una imaginación fértil invente este cuento: lo que no se concibe es que nadie se satisfaga con él. Supuesta la unidad de raza, era consecuencia forzada la unidad de lengua. Un hecho de semejante naturaleza y trascendencia debía ser eternamente recordado. ¿Cómo no han tenido ni tienen de él recuerdo alguno tantísimos pueblos grandes y poderosos, antiguos y modernos? Ni egipcios, ni griegos, ni romanos, tuvieron en la antigüedad noticia alguna de semejante torre, ni de tal confusión de lenguas. Los chinos é indios se burlan de semejante leyenda. Por último, los pueblos salvajes ó bárbaros, adonde los mi-

sioneros van á predicar el cristianismo, cuando oyen hablar de esto, se deleitan con la novedad de la noticia, como los niños cuando se les refiere algo extraño, de que no han oído hablar jamás.

* *

De Sem se hace descender á Thare, y Thare engendra á los setenta años á Abraham, personaje de grandísima importancia en el *Génesis*, como tatarabuelo de todos los judíos, pactista con Jehová, y primer cincuncidado del planeta.

Abraham, como era justo, tomó estado casándose con Sarai. Tuvo este patriarca la desgracia de que le resultara estéril la señora, que por otra parte consta era bonita de verdad.

Con Abraham habla Dios como con un camarada. Le dice veté, y Abraham se va: le dice detente, y Abraham se queda. Jehová le dice, entre otras cosas, clara y terminantemente, que á su descendencia le dará la tierra de Canaam. Abraham edificó un altar para recuerdo de esta aparición. Pero la promesa de futuro no libra al elegido patriarca del hambre de presente, y se ve obligado á trasladarse á Egipto.

* *

Copio textualmente lo que sigue, que pinta la época, pinta á Abraham, á Sarai y al rey de Egipto de mano maestra. Atención:

«Y aconteció que cuando estaba para entrar en Egipto, dijo (Abraham) á Sarai su mujer:

»He aquí, ahora conozco que eres mujer hermosa de vista; y será que cuando te hayan visto los egipcios, dirán: su mujer es; y á mi me matarán, y á ti te reservarán la vida.

»Ahora, pues, dí que eres mi hermana, para que yo haga bien por causa tuya, y viva mi alma por amor de ti.

»Y aconteció que, como entró Abraham en

Egipto, los egipcios vieron la mujer que era hermosa en gran manera. Viéronla también los príncipes de Faraon, y se la alabaron; y fué llevada la mujer á casa de Faraon. E hizo bien á Abraham por causa de ella, y tuvo ovejas, y vacas, y asnos, y siervos, y criadas, y asnas y camellos.

»Mas Jehová hirió á Faraon y á su casa con grandes plagas, por causa de Sarai, mujer de Abraham. Entonces Faraon llamó á Abraham y le dijo: «¿Qué es esto que has hecho conmigo? ¿Por qué no me declaraste que era tu mujer? ¿Por qué dijistes: «es mi hermana», poniéndome en ocasión de tomarla para mí por mujer? Ahora, pues, hé aquí tu mujer, tómala y vete.»

Envanézcanse cuanto quieran los judios con su descendencia de Abraham. Un hombre que le propone á su mujer le *minotaurice* y la suplica pase por su hermana para que viva su alma por amor de ella, y que reciba del Faraon que se la lleva á su casa asnos, camellos y anima es de cuernos, á pesar de su pacto con Jehová, me parece un abuelo muy poco caballeroso, así como Jehová me parece que hace pasar á su elegido por un trance muy poco conveniente y correcto en persona llamada á tan preclara descendencia. Respecto á la crudeza del lenguaje biblico, nada digo, que ocasiones repetidas se presentarán de demostrarle hasta repugnante y asqueroso. De todos modos, el santo libro me parece que contiene muy poca santidad en esta leccioncita de derecho internacional faraónico-abrahámico.

III

Pido perdón al lector si ahora le doy ocasión de contemplar un cuadro repugnante, pintado al vivo, recargado de infamia y de vileza.

De buen grado pasaría por alto el capítulo del

Genesis, que tengo delante; pero precisa convenirse de un modo concluyente de que el ignoto confeccionador de este libro, inspirado, al decir de los católicos, por el Espíritu Santo, se deleitó en recoger tradiciones mentirosas, y exhibirlas sin pudor y sin decencia. Así concluirá ese engaño de que la *Biblia* es un libro santo. Mereciera ese título si sólo de santidad nos hablara, y ésta resaltase en las anécdotas y ejemplos de que se sirviese. Véase si cumple estas condiciones lo que sigue, que no hallaríais en una obra literaria de mediano alcance, sin arrojarla con menosprecio al fuego, y sin arrojar sobre su autor la nota de procaz y perverso.

Llegaron, pues,—dice textualmente el capítulo XIX del *Genesis*,—los dos ángeles á Sodoma á la caída de la tarde, y Lot estaba sentado á la puerta de Sodoma. Y viéndoles Lot, levantóse á recibirles é inclinóse hacia el suelo, y dijo: «Ahora, pues, mis señores, os ruego que vengáis á casa de vuestro siervo, y os hospedaréis; y lavaréis vuestros piés: y por la mañana os levantaréis y seguiréis vuestro camino.» Y ellos respondieron: «No; que en la plaza nos quedaremos esta noche.»

»Mas él porfió mucho con ellos, y se vinieron con él, y entraron en su casa, é hizoles banquete, y coció panes sin levadura, y comieron.

»Y antes que se acostasen cercaron la casa los hombres de la ciudad, los varones de Sodoma, todo el pueblo junto, desde el más joven hasta el más viejo; y llamaron á Lot, y le dijeron: «¿Dónde están los varones que vinieron á ti esta noche? Sácanoslos, para que los conozcamos.»

»Entonces Lot salió á ellos á la puerta, y cerró las puertas tras sí, y dijo: «Os ruego, hermanos míos, que no hagáis tal maldad. He aquí ahora: yo tengo dos hijas que no han conocido varón; os las sacaré fuera, y haced de ellas como bien os pareciere: solamente á estos varones no hagáis

nada, pues que vinieron á la sombra de mi tejado.»

»Y ellos respondieron: «¡Quita allá!» y añadieron: «Vino éste aquí para habitar como extraño, y ¡habrá de erigirse en juez! Ahora te haremos más mal que á ellos.» Y hacían gran violencia al varón, á Lot, y se acercaron para romper las puertas.

»Entonces los varones alargaron la mano, y metieron á Lot en casa con ellos, y cerraron las puertas.»

Renuncio á todo comentario de esta página escandalosa, forjada por una imaginación depravada, para justificar como un castigo del cielo la desaparición probable de alguna antigua ciudad de Palestina á consecuencia de un fenómeno geológico que no estaba al alcance de los conocimientos del que no debía ser muy perfecto, cuando concibe una corrupción y un ataque de todos los varones de un pueblo, desde el más joven al más viejo, en una misma noche.

A consecuencia de la depravación nefanda de los sodomistas, dice el *Génesis* que «entonces llovió Jehová sobre Sodoma y sobre Gomorra (cuenta que en Gomorra no habían los ángeles sufrido ataque) azufre y fuego...» «¿Qué es esto de llover azufre? Y fuego, ¿cómo puede llover?

Desengañémonos: en la *Biblia* no encontramos una frase sola que tenga claro y exacto sentido. Palabras hilvanadas, y nada más, para explicar fantasías imposibles física y moralmente.

* *

Parecía lógico que después de esto no viniera nada más nefando. Pero como en la *Biblia* todo sucede contra la lógica, no es así. Una familia como la de Lot, salvada por buena y piadosa nada menos que por dos ángeles que pasan los apuros que se han visto, debía de estar hecha á prueba de tentaciones. Todo menos esto. La mu-

jer de Lot, contra la orden recibida, á la vista del terrible castigo, vuelve la cabeza atrás y queda convertida en estatua de sal por arte de birlirloque, como en las comedias de magia. «¿Qué ha sido de esta estatua? ¡Lástima que se la hayan comido, á fuerza de lamerla sin duda, los ganados de los pastores beduinos. Respetáranla y mostrándonosla el Papa, podría ir convenciendo á las gentes de su infalibilidad, nacida de palabras de la *Santa Biblia*, en otro de sus libros.

* *

Aún hay más, lector, aunque te parezca imposible. La *Santa Biblia* te ha mostrado lo que eran los hombres de Sodoma. Para que conozcas todo el género, va á mostrarte lo que eran las mujeres.

Las hijas de Lot, las que éste ofrecía á los sodomitas, recomendándoselas porque aún no habían conocido varón, las salvadas por los ángeles de Dios, al poco hacen lo siguiente:

«Empero, Lot subió á Zoar (á cuatro pasos de Sodoma, pues en una noche anduvo el camino), y asentó en el monte, y sus dos hijas con él: porque tuvo miedo de quedar en Zoar, y se alojó en una cueva él y sus dos hijas.

»Entonces la mayor dijo á la menor: «Nuestro padre es viejo, y no queda varón en la tierra que entre á nosotras, conforme á la costumbre de toda la tierra. Ven; demos de beber vino á nuestro padre, y durmamos con él, y conservaremos de nuestro padre generación.»

»Y dieron á beber vino á su padre aquella noche; y entró la mayor, y durmió con su padre; mas él no sintió cuando se acostó con ella ni cuando se levantó.

»El día siguiente (siguiente dice el texto) dijo la mayor á la menor: «He aquí: yo dormí la noche pasada con mi padre; démosle á beber vino también esta noche, y entra, y duerme con él, para

que conservemos de nuestro padre generación.»

Así lo hizo esta perla de niña, y ambas concibieron y parieron hijos á su padre.

Tan monstruoso incesto da fin á este famosísimo capítulo XIX, tejido de monstruosidades, que por sí solo basta para prohibir la lectura de la *Biblia* á toda joven honesta. ¡Y pensar que toda esta fábula del azufre que llovía, de la estatua de sal y del duplicado incesto, sólo tiene por objeto explicar el odio inveterado y el apartamiento en que han vivido en cientos de siglos los israelitas de los moabitas y amonitas!

* * *

En el capítulo XX, la famosa Sara, siguiendo en sus excursiones á su marido, da con Abimelech, con quien estuvo expuesta á la misma faena que la aconteció con el Faraon de Egipto que se la llevó á su casa. Y también por el mismo motivo: por haberla hecho pasar Abraham por su hermana. ¡Y son dos las veces que el santo patriarca y profeta la coloca en tan peligrosa situación! Pero Abimelech cae enfermo. ¡Qué tendría esta tatarabuela de los judíos que el que se acercaba á ella con fines *non sanctos*, salía indefectiblemente castigado de plagas?

Doctores tiene la Santa Madre Iglesia, y tal vez la escuela de Medicina, que os sabrán contestar.

* * *

Por fin Jehová, que es el protagonista de ese poema que se llama la *Biblia*, visita, palabra del texto, á Sara, en su vejez, y cuando ya, según ella había manifestado riéndose á dos ángeles que se lo habían anunciado, no tenía la costumbre de las mujeres. Este hijo de la estéril es el famosísimo Isaac, que entra en escena, siendo circuncidado á los ocho días.

Y viene otra historieta judaica.

Hasta el día de hoy, desde la más remota an-

tigüedad, los agarenos y los israelitas se han mirado de reojo. Cuando los judíos han podido, de esto hace ya mucho tiempo, han tratado con dureza á los ismaelitas. Estos, en revancha, y en verdad que ha sido grande y larga, los han molido á palos y tenidoslos en la más abyecta condición, como se ve actualmente en Marruecos, Turquía, etc.

Los judíos fueron flor de un día. Los ismaelitas, por el contrario, han constituido imperios que aún duran. Los primeros se ven sin patria ni hogar; los segundos independientes y poderosos. Pero el que no se consuela, es porque no quiere. Los judíos se han creído siempre los preeminentes, los hijos legítimos, despreciando á los ismaelitas por bastardos y miserables.

A esto era preciso, en tiempos literarios, darle un fundamento, una tradición, una fábula, y he aquí la inventada por los israelitas según la cuenta del *Genesis*.

Abraham, de una esclava llamada Agar, (de aquí agarenos), tuvo, con consentimiento de Sara, un hijo llamado Ismael (de aquí ismaelitas). Cuando el hijo de Sara nació, la madre hizo que Abraham arrojase de casa á la esclava con su hijo. El profeta comete esta horrible crueldad, cediendo á las instancias de una vieja iracunda y mandona.

Con un pan y un odre de agua hace largarse al hijo y á la madre. Estos se ven en agustias terribles en el desierto, y estando á punto de morir de sed, un ángel (por todos y para todos hay ángeles en el *Genesis*) les muestra una fuente y les promete vida, prosperidad y poder futuro.

Si al que esta tradición recogió en el *Genesis* le hubieran mostrado á los judíos de hoy día, viviendo de misericordia entre los pueblos que se honran descendiendo de Ismael, pareceme que se hubiera dado prisa á suprimirla, siquiera porque el hombre desapasionado no se burlase de sus ri-

diculas pretensiones de legitimidad y preeminencia.

IV

GÉNESIS. *Capítulo XXII.*—Jehová, como si no tuviera otra cosa mejor en qué entretenerse, se divierte en tentar al viejo Abraham, ordenándole que vaya á tierra de Moriah, y que en un monte que le señalará le sacrifique á su hijo *único* Isaac.

Vamos por partes. Abraham, de Agar, hemos leído que tuvo á Ismael. Leemos más adelante que de otra de sus concubinas, llamada Cetura, tuvo seis hijos que se nombran. Total, son siete hijos varones. Pongamos, cuandos menos, otras siete hembras, y hacen catorce hijos. ¿Por qué se llama *único* á Isaac? No veo ninguna razón de este modo de hablar, y le considero uno de tantos modismos que emplea la *Biblia* para decir lo que no es verdad.

¿Qué objeto podía llevarse Jehová al tentar tan atrozmente á Abraham? Probar su fe. Mas, ¿acaso el omnisciente Jehová no sabía que Abraham había de coger su borrica, y paso tras paso, en tres días, llegar á Moriah? Pues si lo sabía, ¿por qué no ahorró á su elegido esta molestia? Ya le había bendecido; ya había hecho con él un pacto; ya le había prometido la tierra de Canaan. ¿A qué está ociosa y odiosa tentación?

Abraham oyó que le hablaban. ¿Dormido ó despierto? Esta voz, que le ordena sacrificio tan horrendo, ¿era la voz de Jehová? ¿Era la voz de sus instintos?

Si es esto último, como todo inclina á creer, dado que esta tradición judaica tenga algún fundamento; y si Abraham, por la voz de la razón, desiste del sacrificio de su hijo, sacrificando á Dios, tal como él lo concebía, un carnero en vez

de Isaac, decláremos que Abraham fué grande al apartarse de las horrendas prácticas de los pueblos antiguos.

A los dioses bárbaros de la remota antigüedad se les sacrificaron personas. A Jehová instituye Abraham que se le sacrifiquen animales. ¡Progreso inmenso y bendito! ¿Qué importa lo burdo y hasta innoble del cuento, ante la pureza de esta moral? Lo que importarán más tarde los groseros embustes de que se rodean los orígenes del cristianismo ante el progreso moral, que significa la desaparición de la sangre del altar y su sustitución por un poco de vino y de inofensiva harina sin levadura.

* *

Abraham da honrosa sepultura á Sara; despidió á los hijos de sus concubinas hacia Oriente, y hereda á Isaac en todos sus bienes, haciéndole á la vez depositario de su fe religiosa en Jehová, que continúa en este joven el pacto hecho con su padre, postergando como éste á todos sus hermanos. ¡Donosa justicia la de Jehová! Hermana gemela de la justicia de Abraham. ¿No veis á Dios, parecido al hombre que le concibe, como una gota de agua es parecida á otra gota de agua?

* *

No todo en la *Biblia* es ininteligible ó indigesto. Tengo delante la historia de Rebeca, que respira gracia y hermosura por todas partes. El remoto Oriente aparece en los tiempos patriarcales con un colorido tan brillante y una juventud tan alegre, que cautiva el ánimo. No me extraña que egregios pintores hayan repetido en mil formas distintas, todas bellas, la gentil figura de Rebeca, con su ánfora á la cintura, vertiendo el agua que ha de refrescar las secas fauces de los camellos de Eliezer.

Al menos, Eliezer se le llama. ¿Por qué? Por

inducción. En todo el capítulo XXIV, que es donde se cuenta este viaje en busca de Rebeca para Isaac, solo se dice, hablando del mandadero, *el hombre, el criado*, nunca tal ó cual por su nombre propio. Pero antes del nacimiento de Isaac, quejándose Abraham de no tener hijo que le heredara, exclama dirigiéndose á Jehová, que le llama y le promete: «¿Qué me has de dar, siendo así que ando sin hijo, y el mayordomo de mi casa es ese damasceno Eliezer?»—Poco monta, es cierto, que se llamara de ésta ó de otra manera; pero bueno es advertir que en los años transcurridos entre la queja de Abraham por no tener hijo y el viaje de un criado para buscarle á éste mujer, cuando era ya de cuarenta años, bien pudo cambiar Abraham de mayordomo, y colgarle al damasceno Eliezer una historia en que no tuviese arte ni parte. Y apunto esto de propósito, para que se vea que en la *Biblia*, aun lo más bello, se ha llenado de impropiedades por los comentaristas.

Rebeca resulta estéril, como Sara, cuya tienda fué á ocupar. Oró Isaac á Jehová, y Rebeca concibió. Siempre Jehová interviniendo en estos negocios.

Y dice el texto:

«Y los hijos se combatían dentro de ella; y dijo: «Si así había de ser, ¿para qué vivo yo? Y fué á consultar á Jehová.»

¡Cuánta luz da una sola palabra! Rebeca fué sobre su mal embarazo á consultar á Jehová. Y Jehová la respondió:

Jehová, en consecuencia, en tiempo de Rebeca, era un Dios privativo de la familia de Abraham, que indudablemente tenía un sacerdote á quien se consultaba, y en nombre de Dios respondería. Este Dios era uno de tantos Dioses de la antigüedad, que respondían á las consultas que se les

hacían con palabras de vago sentido, que cada cual explicaba como mejor le parecía. Su sacerdote respondón, *mutans mutandi*, sería, varón ó hembra, cosa parecida á las sibilas y á los oráculos de Roma y Grecia, que hoy andan transformadas en echadoras de la buena ventura por dos perros chicos en tiempo de poco quehacer.

Da á luz Rebeca dos mellizos. Esaú, el mayor, es el padre de los idumeos. Jacob, menor, porque nació después, es el famoso Israel, padre de los doce fundadores de las tribus. Este embarazo es una figura para explicar el parentesco y la rivalidad de ambos linajes y sus respectivos caracteres.

Los idumeos eran fuertes, robustos, valerosos, cazadores, guerreros, abandonados, perezosos. Esaú resume en el *Génesis* estos caracteres. Es velludo, forzado y hombre de arco y flechas. Se le da un camino de su derecho de primogenitura, que vende á su hermano por un plato de lentejas un día que tenía hambre, seguro de que éste no había de disputársele con las armas en la mano.

Jacob parece el retrato de los israelitas como nación. Es astuto y constante. Su ambición no tiene límites; escala el cielo, y sondea sus misterios; recorre la tierra y se alza con sus mejores riquezas; combate la fortuna de su nacimiento, haciéndose el favorito de su madre, que le adora; combate la deslealtad de su suegro con su constancia y su ingenio; vence la fuerza de su hermano con su humildad y sus regalos; todo se le opone y todo parece confabularse en contra suya, pero todo cede á su superior inteligencia y á su política, patentizando que en el mundo siempre será la mejor parte la de aquel que cultive la fuerza del espíritu con preferencia á las fuerzas corporales.

* *

La primera hazaña de Jacob es un engaño de

mal género. Existía en la antigüedad el odioso privilegio de la primogenitura. En virtud de este derecho, hemos visto á Isaac, considerado por su padre como primogénito, alzarse con la hacienda y con el Dios Jehová de Abraham.

Isaac, ciego por la vejez, llama á Esau para instituirle heredero y darle como tal su bendición. Mas Rebeca, que prefería á Jacob, excita á éste á que engañe á su padre, presentándose forrado en pieles y disimulando la voz, á recibir la bendición de Isaac. Hácelo así: el viejo no reconoce el engaño hasta la llegada de Esau, que, fiero é iracundo, amenaza de muerte á su hermano.

La moralidad de esta historia búsquela el lector, que yo no acierto á encontrarla. Veo que la primogenitura es odiosa; pero el engaño no le tengo por menos odioso, y hallo justa la exclamación de Esau: «¡Bien te llamaron Jacob, pues ya me has engañado dos veces!» Si el padre de los judíos comenzó por un engaño, ¿qué extraño hallar tantos en la historia de este pueblo?

Ante la amenaza de Esau, Jacob cobra miedo y huye, por consejo de su madre, á tierra de Haran, donde vivía Laban, su tío. Un consejo le da Isaac al partir: quo no tome para mujer una cananea; consejo que traspasa el odio inextinguible del patriarca á los poseedores de la tierra en que se veía peregrino y extraño.

Al huir, Jacob, durmiendo en el campo, teniendo por cabecera una dura piedra, tuvo la hermosa visión de la escala por donde bajaban y subían desde él á Jehová los ángeles. Respetemos las visiones de un desgraciado caminante tan mal alojado. Su noble ambición de verse un día poseedor de la tierra que le arrojaba de su seno, padre de muchas gentes, jefe venerado de un pueblo inteligente y piadoso, es digna de alabanza y admiración, y en tal concepto, que vie-

ra ó no viera la escala y los ángeles, que Jehová le dijese esto ó lo otro, significa bien poco.

* * *

Llegó Jacob á Haran, y antes de ver á su tío, sabe con su maña hacerse simpático á los pastores y á la más hermosa de las hijas del nieto de Abraham. La hermosa Raquel sirve de heraldo para con su padre de la llegada del primo, que tan pronto como la ve, la besa. Jacob se hace agradable á Laban, que le recibe en su casa y le encarga de sus rebaños.

Bien se conoce que Laban y Jacob son cuñados de la misma madera. Contrata el peregrino servirle siete años por su hija Raquel. El viejo acepta; el mozo cumple; espira el plazo y pide su mujer. Laban se corre, y hace un magnífico banquete. Pero pasa la noche protectora del amor; viene la luz del día, y ¡oh desencanto! en vez de los hermosos ojos de Raquel halla Jacob en su lecho los ribeteados y pitarrosos ojos de Lia. Reconviene el sobrino engañador de Esau al tío que le había engañado; pero éste se disculpa con la costumbre de no casar las hijas sino por correlativas edades.

Guárdase muy bien Jacob de echarlo todo á barato. Sufre y calla, y por amor de Raquel sirve otros siete años á Laban. Se acomoda al tiempo y á las circunstancias, que es el gran arte de la vida, y su paciencia y su laboriosidad le hacen dueño de la amada de su corazón. ®

Pero los patriarcas tenían un corazón muy grande para el amor. Jacob podría amar á Raquel, mas esto no le impedía cultivar el trato de Lia y de las siervas de sus mujeres.

Raquel era estéril: y van tres. Sara, Rebeca, Raquel, padecen la misma enfermedad; pero Jehová interviene, y á la postre se hacen fecundas.

De Lia tuvo Jacob los siguientes hijos: Ruben, el primogénito, Simeon, Leví, Judá, Isachar y Zabulon, que son seis. De Raquel dos, José y Benjamín. De Zilpa, sierva de Lia, dos, que fueron Gad y Aser. De Bilha, sierva de Raquel, otros dos, Dan y Neftalí. Total: doce hijos, que son las doce cabezas de las tribus de Israel.

La generación de estos doce hijos en cuatro mujeres se cuenta en la *Biblia* con detalles muy poco decorosos. Las mujeres se disputan el lecho del patriarca, y hasta se compran su posesión en determinada noche, sirviendo de precio unas mandrágoras que ha recogido el hijo de una de ellas. Las siervas, por otra parte, son una especie de juguete en manos de sus señoras para satisfacer al marido.

Cualquiera se fija en que estos hermanos son primos, además, y en otros detalles que recomiendan muy poco esta lectura á la juventud, porque no creo que sea santo este modo de escribir, ni menos este modo de vivir que la *Historia* explica, pero que la honestidad rechaza totalmente.

V

Hemos visto á Jacob, huyendo de la ira de su burlado hermano, llegar con las manos limpias y el estómago vacío á casa de Laban. Le hemos visto entrar humilde y meloso, y en catorce años casarse con sus dos primas, tomar por concubinas dos siervas de éstas y engendrar los doce fundadores de las tribus de Israel. Después de hacerse una familia, el peregrino procura hacerse un capital, y entrando en tratos y contratos con su tío, cumplidamente lo consigue. Aparta los ganados del arameo y le pasan cosas singulares por obra y gracia de Jehová, que le muestra machos cabríos en actitudes irreverentes, de que hago gracia al lector honesto; así

como paso de largo sobre lo de las varitas de álamo con que conseguía hacer parir á las ovejas corderos blancos, negros ó listados, contentándome con recomendar este sencillo y económico procedimiento á los ganaderos españoles de las Batuecas ó Coria.

Con unas cosas y con otras, llega un día en que Jacob deja más limpio que la patena á su tío y suegro, cuyos hijos exclaman en el capítulo XXXI: «Jacob ha tomado todo lo que era de nuestro padre; ha adquirido toda esta grandeza.» El viejo, por su parte, al verse con todas sus tretas sobrepujado por su sobrino, le pone á éste la cara fosca, conociendo tarde que le daba ciento y raya en mundología patriarcal.

Aquella langosta que en figura de Jacob había caído en casa de Laban, conociendo que no había más que apañar, se dispone á huir, y reuniendo á sus mujeres, les dice que habiéndole engañado diez veces su tío no podía continuar más con él, y les pregunta si están dispuestas á seguirle á su tierra. Las hijas ¡es natural! dejan al padre por el marido, dando á éste la razón.

En todo esto aparece Jacob como el arquetipo de los millones de judíos, que, por miles de años esparcidos por todo el mundo, después de estrujar á los incautos, cuando éstos, al sentirse arrancar la última tira de pellejo, ponen el grito en el cielo, aún se llaman á engaño y les amenazan con los tribunales.

La moralidad de esta narración corre parejas con la del último prestamista holandés de la raza de Jacob.

* *

Dispuesta la huida, parte Jacob con todo lo suyo, que fué de Laban, despidiéndose de su suegro á la francesa. Laban sabe á los tres días la partida; le sigue y le alcanza. Hay dimes y diretes y el astuto Jacob consigue desviar la

cuestión de lo tuyo y lo mío, y calma á su suegro.

Lo que más había encolerizado al viejo arameo había sido el robo de sus dioses ó ídolos. ¡Hasta los ídolos se le llevaban! Los reclama con vehemencia, y como debían valer pocas pesetas, Jacob aprovecha la ocasión de mostrarse justo y generoso, contestándole que muera el raptor.

Sigue el registro, y los ídolos no parecen. ¡Cómo habían de parecer, si Raquel, la amada de Jacob, la bella hija de Laban, los tenía debajo de una albarda de camello en que se hallaba sentada! Al decirle su padre que se levante, responde esta insigne madre de dos tribus: «que le dispense su señor, que no puede levantarse delante de él, porque está con la costumbre de las mujeres». Mentira, robo y suciedad en una pieza.

Al no aparecer los ídolos, Jacob sube el tono, reprende á Laban, á quien todo se lo debía, hasta los ídolos que Raquel robaba y el pobre viejo oye una agria exposición de agravios de labios de su sobrino. Tanta astucia é impudencia venen al viejo, se arregla con Jacob y levantan un majano en testimonio de paz y de alianza.

Verdaderamente todo este capítulo no tiene más que un breve comentario, y es que Dios nos libre á cada cual de un sobrino como Jacob.

* *

Como en los veinte años que había estado Jacob con Laban no le había salido del cuerpo el miedo que había cobrado á su velludo hermano Esaú, tan pronto como deja asegurada la espalda, comienza á recelar por el frente. ¡Cómo apacigua á Esaú! ¡Oh! ¡Bien le conocía el astuto Jacob!

Para desarmarle, y á los cuatrocientos hombres que con él traía, prepara un suntuoso regalo de doscientas cabras, veinte machos cabrios, doscientas ovejas, veinte carneros, treinta ca-

mellas paridas con sus hijos, cuarenta vacas, diez novillos, veinte asnas y diez borricos.

El que había vendido su primogenitura por un plato de lentejas, al ver las armas con que le combate su hermano, ríndese á borricos y camellas, se apacigua y recibe á su hermano con cariño, olvidando sus antiguas amenazas de muerte.

Y aquél misero Jacob, que pasó el Jordán huyendo, pobre y miserable, sin más muebles é inmuebles que su bordón de peregrino, le repasa ahora rico, casado, lleno de hijos y de ganados, feliz, en fin, á costa de Laban, aunque con un poco de miedo á Esaú. Establécese en Succoth y alza un altar, que consagró al Dios de Israel. ¡Pondría sobre el altar los ídolos robados por Raquel al desdichado Laban! ¡Sería en sus principios este Dios de Israel el vil tarugo que cubrió la albarda de un camello! Nada de esto ciertamente explica la *Biblia*. Como sería interesante que nos dijera claramente qué era el Dios de Israel, se lo calla, según es de rúbrica en este famoso libro.

* *

En cambio nos cuenta con todos sus detalles dos puercas historias en los capítulos XXXIV y XXXV.

¡Historias hemos dicho! Quédense en cuentos de color subido, como va á notar el lector curioso.

Cuenta, en efecto, que Jacob tenía una hija llamada Dina, que *Lía le había parido*, palabras del texto. La cual Dina, por la cuenta bíblica de que más adelante hablaremos, tendría once años cuando salió á ver las hijas del país. Quiso su poca fortuna que la viera un príncipe de aquella tierra, hijo de Hamor Heveo, el cual príncipe, sin andarse en melindres, «tomóla y echóse con ella, y la deshonoró».

Jacob sabe el amancillamiento de su hija, pero calla como un muerto, porque sus hijos estaban con los ganados en el campo. Cuando éstos vuelven y tienen noticia del maleficio, arden en saña, que les honra un poco más que el silencio á Jacob. Empero, como al mozo, hijo de Hamor, le habían cautivado las atropelladas gracias de Dina, habla al padre, y éste se acerca á Israel en demanda de Dina para esposa de su hijo. Un casamiento lo hubiera allanado todo y reparado la falta innegable del príncipe, sin la bárbara crueldad y la perfidia alevosa de los hijos de Jacob para con un hombre delincuente que del mejor modo posible trata de reparar su yerro.

Ofrece Sichen dote á Dina, paz á sus hermanos, alianza á sus gentes. Mas los hijos de Jacob le contestan que con esto no basta, sino que es preciso que se circunciden él y todos sus conciudadanos. Tanto puede el amor en Sichen, que accede, sometiéndose á una operación dolorosa.

Dejo la palabra al texto llamado santo. «Y sucedió que al tercero día, cuando sentían ellos (Hamor, su hijo Sichen, el forzador, y su pueblo á quien habían convencido de la debilidad de la alianza con los israelitas y ordenado circuncidarse) el mayor dolor, los dos hijos de Jacob, Simeón y Leví, hermanos de Dina, tomaron cada uno su espada y vinieron contra la ciudad animosamente, y mataron á todo varón.»

Jacob reprende á sus hijos; éstos replican con altivez. Su acción, sin embargo, no habrá hombre honrado que no la califique de vil. ¡He aquí lo que eran los hombres que adoraban al Dios de Israel, los elegidos, los fundadores de las tribus! ¡He aquí las lecciones de moral que nos ofrece la Biblia! ¡No se avergüenzan los católicos de tener este libro por santo, y á estos hombres por fundadores de su religión!

* *

En sus excursiones por la tierra de Canaan, Jacob sigue teniendo conversaciones con Jehová, que hasta se ocupa de darle el nuevo nombre de Israel, á quien con esta advocación levanta nuevos títulos, altares ó majanos. En una de estas excursiones, su hijo Ruben le jugó una trastada, que el viejo jamás olvidó, ni aun en la hora de la muerte. Y fué ésta.

Capítulo XXXVI, versículo XXII: «Y aconteció, morando Israel en aquella tierra, que fué Ruben y durmió con Bilha, la concubina de su padre; lo cual llegó á entender Israel.»

Corramos un velo sobre el padre, sobre el hijo y sobre la concubina de ambos.

¡Oh Biblia! Con toda tu respetabilidad y santidad, é inspiración del Espíritu Santo, no eres propia para ser leída por personas honestas.

VI

En el capítulo XXXVI enumera el *Génesis* los descendientes de Esaú, mejor dicho, los caudillos de los idumeos, representados en la personalidad del abandonado y forzado hermano de Israel. Ningún valor histórico merece, ni aunque le mereciera, puede tener esta seca é indigesta serie de duques, relacionados solamente por las palabras *Fulano*, hijo de *Zutano*. Empero este capítulo es de oro, porque patentiza que el *Génesis* no pudo ser escrito por Moisés, sino que es obra del tiempo de la monarquía hebrea.

En efecto, el versículo XXXI dice textualmente: «y los reyes que reinaron en la tierra de Edom, antes que reinase rey sobre los hijos de Israel, fueron éstos.» Aquí no cabe eludir la cuestión con las interpretaciones sofisticas y tontas, que suelen emplear los teólogos. Antes que reinase rey sobre los hijos de Israel, demuestra, para todo el que no tenga el entendimiento al revés, que el autor del *Génesis* sabía que ha-

bia habido reyes en Israel, y por tanto, que es del tiempo de éstos ó posterior á éstos. De todos modos, Moisés, que murió sin entrar en Canaan, y siglos antes de establecerse la monarquía entre los hebreos, no podía hablar de ésta como de tiempo presente ó pasado. Todavía volveremos sobre esta nota, rastreando quien puede haber sido el autor del *Génesis*.

* *

Desde el capítulo XXXVII hasta el L en que termina el *Génesis* nos cuenta la famosísima historia de José y las consecuencias que la extraordinaria fortuna de este hijo de Raquel tuvo en los destinos del pueblo israelita.

Ingerido en esta novelesca narración, destruyendo toda idea de método en el autor, el capítulo XXXVIII se ocupa del patriarca Judá, relatando con cinico desenfado un monstruoso incesto de un hijo de Jacob, de cuyo producto hácese luego descender á Jesús.

Hable por mí la *Biblia*, que con esto me basta para mi objeto.

«Judá tomó mujer para su primogénito Er, la cual se llamaba Tamar, y Er, el primogénito de Judá, fué malo á los ojos de Jehová y quitóle Jehová la vida.»

«Entonces Judá dijo á Onan: entra á la mujer de tu hermano y despósate con ella, y suscita simiente á tu hermano. Y sabiendo Onan que la simiente no había de ser suya, sucedía que cuando entraba á la mujer de su hermano vertía en tierra por no dar simiente á su hermano.»

«Y desagradó en ojos de Jehová lo que hacía, y también quitó á él la vida.»

«Y Judá dijo á Tamar, su nuera: Estate viuda en casa de tu padre hasta que crezca Sela, mi hijo (como se ve, con una sola hembra había para toda la familia); (estas palabras del paréntesis son mías, no de la *Biblia*, naturalmente);

porque dijo: «Que quizá no muera él también como sus hermanos. Y fuese Tamar y estúvose en casa de su padre.»

* *

Descanso un momento de tanto naturalismo y de tanto indecentismo, para poder continuar esta historieta de los abuelos del Salvador del mundo; porque el autor del *Génesis*, en lo que sigue, deja á un miriámetro de distancia, por lo menos, al por los católicos tan censurado, Zola, que en sus romances parisienses más atrevidos jamás á descornado la cortina con la energía que la descubre aquí el inspirado del Espíritu Santo.

Véase la clase, caballeros, como dicen los marchantes de á real y medio la pieza:

«Y pasaron muchos días... y Judá... subía á los trasquiladores de sus ovejas... Y fué dado aviso á Tamar, diciendo: He aquí tu suegro; sube á Timnath á trasquilar sus ovejas. Entonces ella quitó de sobre sí los vestidos de su viuda, y cubrióse con un velo, y arrebozóse y se puso á la puerta de las aguas que están junto al camino de Timnath.»

«Y violó Judá, y túvola por ramera, porque había ella cubierto su rostro.» (Por aquí ya vamos aprendiendo algo, y es que las palomitas campestres de aquellos días se tapaban la cara). «Y apartóse del camino hacia ella, y dijola: Ea, pues, ahora yo entraré á ti (el viejo era templado y no gastaba mucha conversación), porque no sabía que era su nuera, y ella dijo: ¿qué me has de dar si entrases á mí?»

El pobre y acalorado patriarca no debía andar muy abundante de dinero, porque contesta: «Yo te enviaré del ganado un cabrito de las cabras. Y ella dijo: házme de dar prenda hasta que lo envíes. Y entonces él dijo: ¿qué prenda te daré? Ella respondió: tu anillo, tu manto y tu bordón que tienes en tu mano.»

¡Valiente manto, valiente anillo y valiente bordón estarían los de Judá, cuando se los piden en prenda de un cabrito! Tasación por lo largo y en moneda corriente: tres pesetas.

Con toda su respetabilidad y con todas sus pretensiones de fundador de la más importante de las tribus, Judá, personaje histórico por esta fazaña, apretado por el gusto ó por la necesidad, «Se lo dió y entró á ella, la cual concibió de él.» Y basta de monstruosidades. El producto de esta aventura es Fares, tarabuelo de Jesucristo. Comentar este pecado nefando de Tamar, fuera inocente. El que no aparte con asco el libro por la crudeza del estilo, la insistencia en el detalle deshonesto y la recreación cinica en el regateo del precio, es que cree que, en vez de un libro santo é inspirado, tiene en sus manos uno de esos libritos infames que corren sin pie de imprenta entre los crapulosos gastados. ¡Y pensar que algunos teólogos, tenidos por sabios y honestos, han consumido sus vigiliás en anotar estos versículos para salvar la dignidad de Judá y la virtud de su nuera! ¡Es el colmo de la aberración, á que sólo puede conducir el colmo de la estupidez humana, queriendo vincular en un pueblo, y dentro de este pueblo á una tribu, y dentro de esa tribu á una familia, el nacimiento de Dios hecho hombre! Pero tan torpes y tan indecorosos han sido los zurcidores de esta patraña, que han amontonado sobre esa desdichada criatura de su imaginación exaltada, todas las más depravadas acciones que pueden hacer distinguida á una familia en sus diversas generaciones. Tamar, prostituyéndose á su suegro, no es la peor de las abuelas de José, esposo de Maria, como tendremos ocasión de notar, si continuamos en humor de seguir anotando la *Biblia Santa*, madre del *Santo Evangelio*.

VII

Vamos á la historia de José, que por sí sola basta para demostrar que el *Genesis*, á pesar de estar amparado con el nombre ilustré de Moisés y la autoridad de la Iglesia católica; á pesar de su vetustez y respetabilidad, no es otra cosa que una leyenda descabellada, forjada por un pueblo inculto, exagerado y fantaseador.

José era hermano de Benjamín, y ambos, como hijos de Raquel, la amada de Jacob y los más pequeños de la familia, los más caros al viejo Israel, que de varios de los otros diez tenía graves resentimientos: de Rubén, por haberle saltado á Bilha; de Simeon y de Leví, por la venganza que tomaron del estupro de Dina.

Miraban de reojo los diez mayores á José, cuando una distinción que á éste hizo Jacob, exacerbó sus ánimos hasta la feracidad. Hizole el viejo patriarca á su favorito un *vestido de varios colores*, que por esto suponemos sería un traje de arlequín, y tal envidia provocó esta ropilla en los otros hijos de Jacob que determinaron jugarle una mala pasada.

El favorito, además de un soplón era un soñador, y cierto día tuvo la candidez de manifestar á sus hermanos que había visto en sueños cómo, estando todos juntos atando manojos en el campo, el manojito suyo se erguía, en tanto que los de sus hermanos se abatían en su derredor.

Los ya picados hermanos, oído ésto, increparonle de necio y presumido. Y habiendo esta disputa colmado su paciencia, concertaron matarle, determinación que fortificó en su corazón malvado otro sueño de José, en que decía haber visto que el sol, la luna y once estrellas se inclinaban delante de él. Si tenía callos este mancebo, no once, once mil estrellas pudo ver.

Así las cosas, los hermanos, envidiosos de las

preferencias é irritados con las visiones en que tan humildísimo papel representaban, el viejo patriarca tuvo el mal acuerdo de enviar al mozo á ver á sus hermanos al campo.

Al divisarle éstos, se prepararon á darle muerte, y así lo hubieran hecho si Rubén, abogando en favor del hijo de Raquel, no les hubiera aconsejado echarle á un pozo seco, con intención de salvarle más tarde. Judá, sin duda, avaro, inventó venderle por esclavo para sacar algún provecho. Pasaban acaso por Dothan unos mercaderes ismaelitas y les cedieron á su hermano por veinte pesos de plata. Estos mercaderes le conducen á Egipto y le venden á un Putifar, eunuco de Faraón y capitán de la guardia de éste.

Los hijos de Jacob, después de repartirse el dinero, precio de su infamia, cometen otra engañando á su padre, á quien presentan la famosa ropilla de arlequín de José, tinta en sangre de cabrito, persuadiéndole á que alguna fiera había destrozado á su favorito el soñador.

* * *

Todo en esta primera parte de esta historia es increíble. Ismael, hijo de Abraham, de quien era nieto Jacob, no puede en dos generaciones constituir un pueblo tan numeroso, que ya de su seno salgan compañías de mercaderes, que hacen el comercio de esclavos con Egipto, á la par que el de aromas, bálsamo y mirra. No es concebible tampoco que diez individuos tan buenas piezas como los hijos de Jacob, guarden religiosamente el secreto de lo que habían hecho con su hermano, y que, ante el dolor de su padre, Rubén, para desagrarle de lo de Bilha, no le descubriera una verdad tan dulce al viejo como que su favorito vivía, aunque esclavo en lejanas tierras, verdad que en tan buen lugar á él le ponía. No se acomoda bien con la lógica, que José, viendo en sueños cosas que á la larga pudieran intere-

sarle, visiones que le acreditan de *profeta* en el sentido bíblico, no viese en los reproches y las caras de sus hermanos la ira y la envidia que sus petulancias les producían. Pero dejemos estas nimiedades y prosigamos con esta novelesca narración, que cuanto más avanza, más descubre su grosera urdimbre.

* * *

Putifar, célebre por un conato de minotaurización de su mujer, se convierte, sin saberlo, en instrumento de Jehová, que había resuelto proteger á José, y nombra á éste mayordomo de su casa. Y aquí viene una de esas historietas coloradas á que tan aficionada se muestra la *Santa Biblia*, que si á esto sólo se atendiera, podría pasar por un libro erótico.

Todo iba viento en popa para José en casa del eunuco (palabra textual), capitán de la guardia del Faraón. Mas este eunuco tenía una mujer. ¡Eunuco con mujer! ¿Para qué la querría? ¿Puede darse mayor inutilidad, lujo más irrisorio?

Digo (mal dicho, no digo yo, sino la *Biblia*, que el eunuco Putifar tenía una mujer, la cual, desde que vió á José, que era buen mozo, le dirigió la puntería. Miradas, sonrisas, citas é invitaciones tentadoras, tan delicadas como el *duerme conmigo* del versículo 7, empleó la mujer inútilmente. Ardiendo en su adúltera pasión, un día se queda solita en casa. llega José, y vuelve á la carga. Nada tampoco consigue: el soñador hebreo era de estuco. Trata ella de persuadirle; mas José, hagámosle este merecido honor á esta leyenda, la argumenta como un caballero de la Edad Media, ó como argumentó D. Quijote á la hija del ventero cuando el moliemento de los yangüeses y las bizmas que exigió le trajeron el amoroso desvelo que le valió la patadura del arriero.

Viendo que las palabras eran inútiles, la mu-

jer de Putifar apela á las obras, y agarra á José. Este, en aquel fiero trance, recurre á las piernas, y huye, dejando la capa en manos de la suripanta egipcia, tan necesitada de afrodisiacos, que me inclino á creer haya algo de verdad en el calificativo de eunuco con que el *Génesis* designa á su marido.

Empero, la escena subsiguiente rechaza esta posibilidad. Sobreviene Putifar; su mujer, que es una perla, le enseña la capa de José y le dice que aprovechando la ocasión, ha pretendido violarla. De ser eunuco Putifar, esta jugarreta de su mayordomo debiera haberle hecho gracia; pero no es así, de donde, y del versículo 9, deduzco debía ser un marido en toda regla, pues monta en cólera, se enciende en furor, echa mano á José, y le planta de patitas en la cárcel.

* *

En ella se hubiera podrido el casto mozo sin la gracia de Jehová y su arte de intérprete de sueños, oficio lucrativo, aunque expuesto en la antigüedad, como el de matutero en nuestros días. Además, que José debía tener *ángel*, como dicen los andaluces, pues á todo el mundo, menos á sus hermanos, les caía en gracia.

Tanta alcanzó con el alcaide (llamémosle así) de la cárcel de Egipto (¿de qué ciudad?) que éste se tumba á la bartola, no parece por las salas, y le confía los presos.

Trajeron sus desventuras á aquella prisión dos personajes: el copero y panadero del rey de Egipto, los cuales dan en la flor de soñar, y sueñan cada cual su sueño en la misma noche. No habla quien estos sueños, en sí ridículos y tonos, les declarase: José les interroga, les oye, y después les dice, al panadero que será ahorcado, y al copero que será repuesto en su destino.

Ahorcan, en efecto, al desdichado panadero. y el copero vuelve á la gracia de su señor. Al des-

pedirse de José, éste le suplica que se acuerde de él en sus prosperidades y que le recomiende á Faraón. De lo que menos después se acuerda el copero es de aquel mozalbete, que sigue esperando la fortuna entre las cuatro paredes del calabozo, á donde le condujo su castidad inverosímil.

* *

Mas como en la *Biblia* todos sueñan, como que ella entera es sueño, la mismísima persona del Faraón sueña también un sueño deslavado y bobo.

Sueña que siete vacas gordas salen del Nilo y se ponen á pacer, y que detrás de ellas salen del mismo río otras siete vacas flacas, que se comen á las primeras. Despierta; dá unas cuantas vueltas en la cama, y se vuelve á dormir. En esta segunda parte del sueño ve que de una caña de trigo brotan siete espigas gordas y hermosas, y que de ellas salían después otras siete espigas menudas y vanas, que se comían á las anteriores.

Faraón, turbado por este sueño majadero, convoca á todos los magos de Egipto para que se le interpreten. Estos señores magos se quedan tamañitos ante esta visión del déspota, sin acertar ninguno con su oculto y misterioso significado.

Entonces el copero, aquel famoso copero rehabilitado, recuerda que en la cárcel habia conocido á un hebreo, descifrador de sueños, y se lo dice al Faraón. Este le manda llamar á escape; pero hallan al pobre en tan triste estado, que antes de presentarse al rey tienen que cortarle el pelo y vestirle de limpio.

En todos tiempos los adivinadores, sea por sueños, sea por cartas, desde la invención de la baraja, han tenido por indeclinable costumbre comenzar por una invocación religiosa la serie de diálatos rebozados en palabras misteriosas y

vagas que constituyen sus respuestas. Y así como hoy comienzan nuestras gitanas con el invariable estribillo de «En el nombre de Dios y de María Santísima, que donde no está el nombre de Dios no hay cosa buena.» José, á la proposición de Faraón de declararle su sueño, responde: «No está en mí; Dios será el que responda; paz á Faraón.»

Tras lo cual le dice en plata que vendrán siete años de abundancia en Egipto, á los que seguirán otros siete de hambre espantosa, aconsejándole que como rey prudente acapare mantenimientos en el período de abundancia para resistir el de escasez. Recomiéndale, por último, que elija un varón sabio que se encargue con diligencia de la administración de Egipto, y Faraón pasmado de la recámara que tenía su sueño, le dice que nadie como él para el caso, y cátafe á José pasando desde la cárcel á la superintendencia de la Hacienda egipcia, cuando apenas frisaba en los treinta años.

Vienen, dice el *Genesis*, los siete años de abundancia; en ellos, José acapara el trigo. La *Biblia*, con la exageración gitanesca que le es propia, cuenta que como arena de mar, hasta no poderse contar, porque no tenía número, modo de hablar más propio de Manolito Gázquez que del Espíritu Santo.

Se vuelven las tornas; llega el predicho tiempo de la escasez, y en él todo el mundo acude al descifrador de sueños en busca de socorro.

—¿Queréis trigo?—dice el hebreo. Daca el dinero, daca el ganado, y por fin, daca las tierras. Y dinero, ganados, tierras, pasan á manos de Faraón, por obra y gracia de su primer ministro.

Esta explicación del poder absoluto de los Faraones, del quinto regío que en Egipto estaba establecido, de la exclusión en este tributo de las tierras del poderoso sacerdocio egipcio, es totalmente falsa. En la historia de Egipto, con tanto

trabajo recompuesta, no se habla una palabra de estos siete años de abundancia y de escasez, que sin duda hubieran quedado indeleblemente grabados en la memoria del pueblo. El autor del *Genesis* recoge aquí un cuento inventado para explicar los pobres israelitas el poderío de los Faraones, mezclándose en el asunto ellos mismos, mediante José.

Perdonemos á estos desdichados, por tantos años siervos en Egipto, la inocente vanidad de haber dado á este gran pueblo el fundador de sus instituciones fundamentales en Hacienda.

VIII

Si la historia de José no fuera un cuento mal urdido, indudablemente nos diría que tan pronto como, merced á sus *adivanzas*, se vió en candelero, quiero decir, en la superintendencia de la Hacienda faraónica, casado con la hija de un sacerdote, de un llamado Potiferat, y rico, y poderoso, acordándose de aquel pobre viejo Israel, que tanto le amaba y vivía allá en Canaan llorando su muerte ó su ausencia, le faltó tiempo para enviar un emisario que le buscara y le trajera á Egipto á compartir sus riquezas y deleitarse en su poderío.

Pero no cabía tanta lógica en los forjadores de historias bíblicas. Pintan el tipo del buen hijo en José; pero este *buen hijo*, el niño mimado de Jacob, de lo que menos se acuerda es de averiguar cómo lo pasa su padre, ni si vive, ó si padece, durante los siete años de la abundancia, que emplea en reproducirse y amontonar trigo. Ni jamás hubiera vuelto á ocuparse del anciano patriarca, sin una circunstancia tan inverosímil como los sueños, los años de abundancia, los de escasez y demás sucesos de que no dicen palabra las interpretaciones sapientísimas de los modernos egiptólogos.

He aquí la circunstancia. La escasez, predicha por José para Egipto, se hace extensiva á la moderna Siria, en que se hallaba enclavada la antigua tierra de Canaan. Jacob, sin duda picado por el hambre, dice á sus hijos: «¿Por qué os estáis mirando?» de donde podría deducirse que éstos debían estar dispuestos á dejarse morir de necesidad, y les manda á todos ellos ir á Egipto á comprar trigo, quedándose sólo con el más pequeño, Benjamín.

A cualquiera se le ocurre que para ir á comprar trigo tan lejos bastaban un par de hombres con unos cuantos criados y camellos. Pero aquí es necesidad del cuento que vayan los diez hijos de Jacob, cada cual con su borriquillo á comprar un saco de trigo á Egipto, y allá van los diez, que comerían en el viaje de ida y vuelta, á paso de asno, el costal de trigo que podían traer, pues se me figura que si el mapa no se ha cambiado por algún milagro de los muchos que la *Biblia* relata, de Jerusalén á Alejandria, un burro no echaría menos de dos meses, á regulares jornadas, notando que á la vuelta iba cargado.

Los mercaderes ismaelitas que compraron á José llevaban para el comercio de aromas sendos camellos: camellos tenía Jacob de casa de Laban. ¿Por qué no los llevan los hermanos hebreos en su viaje, en busca de trigo, á Egipto? Pues sencillamente, porque el asno es el animal favorito de la *Biblia*, que más adelante hasta hace hablar á una borrica, y un cuento clásico bíblico exigía el burro.

Montados, pues, en sus borricos, los diez hijos de Jacob llegan á Egipto. José, que por sí mismo, á lo que parece, debía vender el trigo, los ve, y tan pronto como los ve, los reconoce. Ellos, en cambio, no conocen en Zafnat-Paneah al hermano que vendieron á los ismaelitas, lo cual, tratán-

dose de diez hombres, es cosa bastante original y que hace muy poco honor al talento fisonómico de estos caballeros patriarcas.

Un hombre generoso y de corazón, que después aparece tan excelente hijo y tan espléndido hermano, á la vista de estos diez desdichados, que se postran en tierra á su presencia, dando al olvido fundados resentimientos, hubiéralos recibido en sus brazos sin poderse contener.

Las cosas pasan de muy distinta manera, para alargar la narración y hacerla más complicada y dramática. José acusa á sus hermanos de espías, y los mete por tres días en la cárcel, acción donde resplandece la crueldad, tanto, por lo menos, como la mentira y la bajeza.

«Enviad uno de vosotros para que me traiga á vuestro hermano, les añade, quedándoos los demás presos, para, de este modo, averiguar si decís verdad.»

Los pobres hebreos, aterrados ante esta infame suposición, no sé si hubieran, al fin, aceptado estas proposiciones; pero José, cambiando de plan, les dice que se contenta con que quede uno preso y vayan los nueve restantes á traer al hermano menor, que dicen ha quedado con Jacob en Canaan. Así se hace: queda en rehenes Simeón, y se van los otros de mesón en mesón á Canaan, con sus nueve sacos de trigo, en uno de los cuales hallan con sobresalto el dinero que les habían costado.

En todo este pasaje, José, en vez de un venerable patriarca, profeta, superintendente de Hacienda, fundador de tribus, me parece un miserable y un embustero; se me figura un gatazo jugando con diez ratoncillos indefensos, que su destino fatal ha puesto al alcance de sus uñas.

* * *

Llegados á presencia de Jacob, los hijos cuentan al padre las cosas extraordinarias que les

han sucedido en Egipto, y al vaciar cada cual su saco, hallan en ellos su dinero íntegro, lo que les produce una sorpresa tonta, pues ya anteriormente lo habían visto en un mesón, y hasta se habían sobresaltado todos.

Este sobresalto trasnochado lo tengo por un ripio de poesía.

Jacob, como buen padre, llora á José y acusa á sus hijos de irle mermando los *idem*, puesto que ahora le han trasconejado á Simeón. De modo que el escamado patriarca, receloso de que sus hijos se coman unos á otros, cuando sabe que para volverlos á enviar por trigo á Egipto tiene que soltar á Benjamín, dice que nones, y sólo cedé al hambre que se reproduce y á las vivas instancias de Ruben, que le dice:

—Mata mis dos hijos si no te vuelvo á Benjamín.

Esto de dejar á un abuelo dos nietos en rehenes, por un hijo, es de lo más disparadamente bufo de la literatura universal.

Poca fe debían merecer á Jacob las promesas del saltador de su lecho; mas habla Judá, fiando á Benjamín, é Israel entrega á sus hijos el hermano que reclaman y envía á todos por trigo otra vez, mandando de paso al incógnito gobernador de Egipto un regalo de nueces y almendras, mirra, miel y aromas.

Llegados á presencia de José, éste, á la vista de Benjamín, como él hijo de Raquel, se conmueve y ordena á su mayordomo que se los lleve todos á casa, donde les da un banquete, les interroga y llora. Los nobles sentimientos se le imponen; pero aún juega á sus hermanos una pasada más que mediana y les pone á punto de desesperación.

Les llena los sacos; háceles meter en ellos su dinero, y por añadidura, en el saco de Benjamín

hace poner la copa de oro en que bebía. Les despiden con mucha mónica; pero apenas han abandonado la incógnita ciudad en que pasan estas escenas, cuando hace salir en su seguimiento soldados que los detienen y los prenden, acusándolos de ladrones.

Los hijos de Jacob, que debían tener telarañas en los ojos para no ver los cubileteos que hacían en sus sacos de trigo, inocentes del crimen de que les acusan, descargan los sacos y los abren confiados.

Al ver el dinero en todos, y la copa en el de Benjamín, se entregan á la desesperación y, como es de rúbrica en la *Biblia*, *rasgaron sus vestiduras*, que afortunadamente, por lo del patriarca Judá cuando lo de Tamar, podemos deducir que valdrían muy poco dinero. Pero aunque rasgando sus vestiduras la economía perdiera poco, la moral no debía salir muy gananciosa, pues al volver á la ciudad, como volvían, no debieron hacerlo en muy pudoroso estado, á menos que esto de rasgar las vestiduras sea una figura retórica, como sospecho, pues en la *Biblia* todos los que tienen un disgusto las rasgan; que no parece sino que todos estos personajes bíblicos son unos locos de atar ó unos chiquillos coléricos, llenos de comen zón por verse en pelota ó desgreñados.

IX

Trataré de acabar con la historia de José y con el examen del *Genesis*, que advierto se va haciendo pesado. Aunque, bien meditadas las cosas, la pesadez tal vez proceda más del asunto que de mi gusto. Ninguna necesidad tiene, á mi entender, ninguna persona nacida ni por nacer, para vivir justa, honrada y religiosamente, de saber al por menudo, como en este libro se cuentan, historietas tan fabulosas como inmorales. Mas, contra esta opinión, mantienen

los católicos, lo mismo que los protestantes y judíos, que para el verdadero conocimiento de Dios es fuerza escudriñar las escrituras sagradas; y ya que á ello me he expuesto, voy á escudriñarlas hasta en sus senos más recónditos, patentizando á todo espíritu libre y reflexivo la verdad de nuestro aserío: esto es, que la *Biblia* es un libro desprovisto por completo de verdad como historia, de método como narración, de análisis como filosofía, en el cual ningún conocimiento sólido encontramos acerca de la divinidad, ni descubrimos reglas ciertas y universales de moral privada ó pública, sino en muy limitadísimos pasajes, que tendré gran cuidado en poner de relieve á la admiración y respeto del lector, como los tengo puestos á la mía propia: que lo bueno y justo admiración y respeto merece, esté ó no esté en la *Biblia* consignado, y aunque en ésta se encuentre rodeado de circunstancias falsas de toda falsedad, y de toda imposibilidad imposibles.

Digo, pues, volviendo á mi cuento (digo, al cuento de José), que después de reprender á sus hermanos por el robo de la copa y del dinero, bachillería que á estos traídos y llevados patriarcas les pone los pelos de punta, dado que no fueran calvos, les dice que, en castigo del hurto, se queda con Benjamín, el codiciado Benjaminito, afortunada criatura á quien todos en esta leyenda se disputan.

Judá, que debía ser el orador de la familia, toma la palabra y echa un discurso patético, pero completamente inoportuno, pues nos dice, palabra por palabra, todo lo que ya sabemos acerca de sus idas y venidas á Canaan y la fianza que han hecho de Benjamín.

José, que tantas trastadas ha jugado á sus hermanos, cree llegado el momento de comoverse,

y, en efecto, llora y se da á conocer. Armase el natural jolgorio, y seguidamente José regala á sus hermanos vestidos, los llena de trigo y dinero, prepárales carros, etc., y les mete gran prisa para que se vayan á Canaan á traerle al viejo Jacob y toda su gente. ¡Gracias á Dios! Hay que exclamar al llegar á este versículo. ¡Gracias á Dios que ha salido el argumento! Por aquí se debía haber comenzando: todo lo demás huelga en este libro.

Jacob va con todos los suyos, que son sesenta y seis personas, á Egipto, y por influencia de José, le permite el Faraón reinante, que no se dice siquiera á que dinastía pertenecía, establecerse en la tierra de Gosen. Establécense, pues, sesenta y seis israelitas, más José y dos hijos suyos, que hacen sesenta y nueve para cualquier matemático y *setenta* para el *Genesis*, en un tiempo que no se determina ni es posible determinar con rigor, en una tierra de que se hacen muchas exageraciones, pero que no pasa de ser muy mediana, en las cercanías de Suez, y esto como pastores, por favor de los egipcios y en época de hambre para Canaan.

Y he aquí, para mí la única verdad que contiene el *Genesis*: que los miseros israelitas, familia pastoril que vagaba por las orillas del Jordán, sea como esclava, por un hecho de guerra, sea hostigada por el hambre, si vale algo esta tradición, se establece á la vecindad del poderoso é inteligente pueblo egipcio, al que sirve y del que aprende. Cerrada por su carácter, y por sus ideas religiosas particularísimas, á la influencia egipcia, prospera en gentes en el trascurso de los siglos. Llega un día que se escapa, guiada por un hombre superior, y conserva de estos años de esclavitud un indeleble recuerdo. La imaginación popular, en este trascurso de siglos de esclavitud,

forja fábulas acerca de su ida al lugar del cautiverio de sus primitivos ascendientes, y del origen de su desgracia, y todos estos cuentos poéticos, tradicionales, en la pluma de un escritor inteligente, se trasforman en lo que acabo de examinar, que no puede ni debe tener ante la crítica más valor que los trabajos de Hércules, los héroes del sitio de Troya ó las aventuras de Telémaco, que nos relatan, muy convencidos, al parecer, de su autenticidad, los escritores más graves de la Grecia.

El capítulo anteúltimo del *Génesis* es de oro para cerciorar á cualquier persona de buen juicio de lo que tengo dicho, negando que Moisés fuese su autor, así como también para dar su verdadero valor y significado á las palabras *profeta* y *profecía*, que tanto abundan en la *Biblia*.

Jacob, no hay duda para los creyentes, fué profeta. Mas, generalmente, se le tiene por uno de tantos, y, hay que decirlo muy alto, esto no puede consentirse. Yo, perdóneseme esta debilidad, no creo en los profetas, ni creo que haya habido jamás un hombre que haya previsto un acontecimiento futuro por otra gracia que la inducción racional, como se preven ahora los eclipses, sin que á nadie se le haya ocurrido llamar por esto á los astrónomos profetas. Pero para quien crea que ha habido profetas por inspiración de Jehová, Jacob fué un profeta de tres pares de bemoles, y al lado de la suya, las profecías de Isaias, y las de Daniel, y las de Jonás, y las del mismísimo Jesús, hijo de Dios vivo, son profecías tamañitas.

Jesús, según cuentan los Evangelios, predijo la ruina del templo de Jerusalén, que, en efecto, se arruinó al poco de su muerte, y que de todas maneras, como obra de piedra y madera, había forzosamente, más ó menos tarde, de arruinarse.

¿Qué vale esto para lo que hizo Jacob al tiempo de morir?

Reune sus hijos al rededor de su cama, de cuya hechura, por desgracia, la *Biblia* nada dice, y les declara lo que sucederá en los días postreros. Postreros, ¿no son los últimos días? ¿A cuales, pues, se refiere?

Pues bien; el santo varón debía, por la vejez y el hambre pasada en Canaan, tener tan sutil la inteligencia, que á sus hijos les dice lo que le sucederá al pueblo que de ellos proceda cuatro siglos más tarde. Ya sabe que cada uno de ellos fundará su tribu; pero ¿qué digo? sabe ¡oh pasmo! que de estas tribus en estado de canuto, la tribu de Zabulon se establecerá á la orilla del mar; que la de Judá se erigirá en soberana de las otras, y que de ella saldrán los reyes; que la de Levi andará esparecida entre las demás y vivirá de gorra, quiero decir, del sacerdocio. Y así, en lenguaje poético y cabalístico, va punto por punto haciendo un resumen de los caracteres y habitaciones que ocuparán las tribus siglos adelante, después de terribles guerras que durarán muchos años; resumen que debió costar poquisimo trabajo al autor del *Génesis* poner en boca de Jacob, acreditándose á sí propio de inocente al pretender pasase su obra por obra de Moisés, que ni entró en Canaan, ni pudo saber los caracteres de esta tierra, ni su definitiva repartición, ni que Judá no perdería el cetro. Acreditó á la vez á Jacob de tan gran profeta, que, excediendo á todos los demás, puede decirse que llegó á la sublimidad del *camelo*. Porque, ó se cree, ó no se cree. ¿Crees? Pues ya estás juzgado: para tí lo imposible no existe, y toda crítica es inútil. ¿No crees? El *Génesis* será para tí, como para mí, una poética explicación del origen del mundo, totalmente absurda ante la ciencia, y además, una serie de tradiciones del pueblo israelita, ni morales, ni bellas, por lo general, ni instructivas, ni condu-

centes al conocimiento del Sér Supremo; libro de valor puramente histórico-literario, trazado por una mano inteligente, en alguna de las reconstrucciones de Jerusalén, al frente de la legislación mosaica, con la intención altamente patriótica de restaurar en el pueblo hebreo la doctrina religiosa y la legislación civil que le dió vida y fortaleza, olvidada en luengos años de cautiverio. Sabios intérpretes suponen que esta mano fué la de Esdras, escriba, después del cautiverio de Babilonia. En su oportuno lugar examinaré este punto interesante, y que se refiere, por igual que al *Genesis*, á varios otros libros de la *Biblia*.

X

EXODO se titula el segundo libro de la *Biblia*, nombre chocante y raro, pues da á significar esta palabra *salida*, ó más propiamente *escapatoria*, porque quien sale de país del modo que salieron los israelitas de Egipto, más que salir, lo que hace es escaparse.

Comienza este libro, cuya estrepitosa celebridad es debida á contener los más estupendos milagros que haya podido inventar la humana fantasía, y el más insigné Código moral que ha dictado la conciencia, con la reseña número 4 de los hijos de Jacob, los cuales nos dice que se murieron, así como sus hijos, nietos y biznietos, y el Faraón que tuvo á José por intendente. De aquellos doce pastores de cabras y ovejas, desciende un pueblo que á los cuatrocientos treinta años *llena la tierra*, según la retórica bíblica, y se hace, según la misma, mayor y más fuerte que los egipcios; afirmación vana y ridícula al frente de un libro cuyos capítulos todos traspiran un miedo cerval de los israelitas hacia los hombres de guerra de los Faraones.

Sigue á esta patriotería del autor un diálogo corto del rey egipcio con su pueblo, sumamente

chusco, y al diálogo la resolución faraónica de recargar la esclavitud de los hebreos para impedirles prosperar. *Empero, añade, cuanto más los oprimian, más se multiplicaban y crecían; máxima en que debieron empaparse los grandes déspotas, y que entregamos á la meditación de los sociólogos modernos.*

Mas viendo los egipcios que el agravarlos el trabajo, como, por ejemplo, negándoles la paja con que cocían los ladrillos, sin disminuirles el número de éstos que se les exigía, no daba resultado, llama el Faraón á las señoras parteras de las hebreas, cuyos nombres eran Séfora y Fua, y, deponiendo la gravedad propia de su condición de rey, les habla á la pata la llana, y les ordena la siguiente monstruosidad:

«Cuando parteáreis á las hebreas y miráreis los *asientos*, si fuere hijo machado; y si fuere hija, entonces viva.»

Estas palabras son una vil mentira; no se concibe un rey, menos un Faraón, capaz de esta orden. La historia antigua, que nos da cuenta de tantos horrores, no señala uno parecido que tenga vislumbre de auténtico. La orden, claro es, no se lleva á cabo, como que jamás se dió.

Las parteras, llamadas por el Faraón, que habla con ellas como de igual á igual, mienten como unas bellacas, acción indigna, que recompensa Dios *haciéndoles casas*. Esta mentira premiada por Dios, no es la única que encontraremos en la *Biblia*: ya hemos visto mentir á Raquel y á Tamar, y ahora les toca el turno á Séfora y Fua. Y esto es lógico: un disparate trae otro. Al disparate histórico de la orden faraónica no podía seguir otra cosa que el disparate moral del premio de la mentira, la más baja acción del alma humana, que al mentir se niega á sí misma.

*
*
*

Faraón, á quien se quiere pintar cruel y ho-

rrible, y sólo consigue el autor mostrar como tonto de remate, viendo que las parteras no le han obedecido, las deja tranquilas gozar de las casas que les había hecho Dios, y manda á los hebreos que tiren al Nilo todos los chicos que les nazcan, y se queden solamente con las muchachas.

Esta nueva invención sólo tiene por objeto rodear de poesía, un tanto terrorífica y acuática, el nacimiento de la más grande personalidad del pueblo israelita, hombre colosal, digno de eterna memoria y admiración: Moisés.

En la antigüedad era corriente rodear la cuna de los grandes hombres de circunstancias admirables, preparadas ó consentidas por la divinidad. Alejandro se cuenta que nació del trato de su madre con un dios en forma de serpiente. Rómulo, entre los romanos, se tuvo por hijo de un Dios igualmente. *Et sic de cæteris.*

Los hebreos, más racionales en esto que griegos y romanos, hacen nacer al fundador de su pueblo como se nace de ordinario, de una mujer casada con un hombre, ambos de la tribu de Levi. Pero poetas también á su manera, quiero decir, de una manera distinta que los autores clásicos, rodean el nacimiento de Moisés de fábulas. ¡Hermosa fábula en verdad, que ha inspirado magníficas estrofas!

Subsistía el terrible decreto de echar los chicos al Nilo. Ciertamente ningún versículo nos dice que el decreto se cumpliese, cuando viendo la madre de Moisés que su niño era monísimo (si hubiera sido feo la hacemos el honor de suponer que hubiera obrado del mismo modo), le tuvo oculto tres meses, al cabo de los cuales hace una arquilla de juncos, la calafatea perfectamente con pez y betún, lo que demuestra la venerable antigüedad de estos dos pegajosos ingredientes, y la pone en un carrizal á la orilla del río. Una hermana del abandonado niño atis-

ba desde lejos la arquilla, temblándole sin duda el corazón por temor de que algún cocodrilo se almorzase al expósito, cuando hete aquí que una señora princesa, hija de Faraón por supuesto, baja á bañarse al río, como si no tuviera baño en casa, ni miedo á los tiburones.

Al divisar la arquilla, manda la princesa á una de sus doncellas que se la traigan, ábrela, y, oyendo llorar al niño, se conmueve y le recoge. Mas ¿quién le va á criar? Aquí la hermana puesta de centinela, que se presenta á la princesa y le ofrece un ama de cría hebrea. Y, en efecto, la hija de Faraón, que sospecha que el expósito es hebreo, riéndose de la orden terrible de su papá, da á criar aquel niño á su propia madre, que de este modo se encuentra con su hijo y con las pesetas de la hija del rey infanticida. Crece el chico, la madre lo lleva á la princesa, ésta le prohija y le impone el nombre de Moisés, con que pasará á la más remota posteridad.

declaro que encuentro sumamente bella está fábula para una oda, y que, en medio de ser fábula, algo enseña de útil, á saber: que Moisés, el caudillo y legislador hebreo, fué educado por una princesa egipcia, lo cual en plata significa, para mí, que este varón insigné aprendió del pueblo egipcio, el más adelantado é inteligente de aquella remota edad, cuanta ciencia este pueblo poseía, infiltrando más tarde entre sus compatriotas los principios de estas ciencias, reformados por su particular criterio personal y de raza sobre la divinidad. El gran principio de monoteísmo, que sirve de fundamento á su doctrina moral, heredólo de su pueblo: la base teocrática que dió á sus constituciones, procede, indudablemente, del Egipto, en que nació y se educó.

* *

Moisés es uno de esos hombres de luz que marcan época en su pueblo y en la humanidad

entera. Su educación egipcia no le hizo olvidar su origen israelita, ni las riquezas y opulencias de los palacios le corrompieron, antes exacerbaron su ánimo contra los que para obtenerlas agobiaban con mil vejaciones á sus infelices compatriotas.

Hombre entero y de brios, viendo un dia apaleado á un israelita por un capataz egipcio, no pudo llevarlo en calma, y hallándose á solas con el agresor, lo acomete, lo mata, y para borrar las huellas de su delito, le entierra en la arena. Y como no trato de desconocer la grandeza de Moisés, pasó de largo sobre este homicidio suyo, que es su primer hazaña, homicidio que reviste todos los caracteres del asesinato. Tomémoslo á hervor de sangre moza, calentada por una acción perversa, y que Dios nos guarde á los demás de estos hervores, que conducen en el dia, al más pintado, al Saladero primero, y á Ceuta un poco más tarde.

Ve otro día reñir á dos hebreos, y reprende al agresor. Aquí se revela el futuro legislador; mas el reprendido le contesta despreciándole y manifestándose enterado del asesinato del egipcio. Moisés, atemorizado por conocerse su delito, huye á tierra de Madian, á Oriente.

En Madian hace conocimiento con un sacerdote y se casa con una de las hijas de éste. Largos años pasa apacentando en la soledad los ganados de su suegro, y en estos años, en su alma meditativa y de profunda penetración, debieron surgir los grandes y trascendentales pensamientos que más tarde realizó. Uno sobre todos se apoderó de su espíritu: la unidad de Dios. Conocióle como *el Sér*, dióle el nombre de Jehová, túvole por el Señor, el soberano de los cielos y de la tierra. Al dominio de este Sér todo está para Moisés sometido, lo mismo el cielo que la tierra, el mar que los hombres, los astros que los ídolos de los demás pueblos.

El fin del hombre en la tierra es glorificar á Jehová, según Moisés. Jehová, padre de todos los pueblos, ha elegido, sin embargo, al pueblo hebreo para que le sirva, y tiene la magnanimidad de dictarle los preceptos ó leyes que al efecto debe practicar, por intermedio del salvado de las aguas, con quien habla boca á boca.

Con estas ideas, maduras en largos años, Moisés se imagina el predestinado á fundar una nación predilecta de Dios, justa y fuerte. Ve á su pueblo en la abyección de la servidumbre egipcia, plagado de idolatrias, envilecido por la ignorancia y el forzado trabajo, y, ante todo, comprende que es preciso arrancarle de aquellas fatales condiciones, llevarle por largos años á la soledad del destierro, donde se regenere y discipline, para hacerle caer luego sobre alguna tierra de conquista en que se establezca y realice sus ideales.

¿Cómo un infeliz pastor podrá acometer tan gigantesca empresa? Rodeándose de misterio, imponiéndose con la magia á la muchedumbre, haciéndose servir por la elocuencia, diciéndose el representante y revelador directo de los mandatos de Jehová. Fiel á su propósito, se dedica á fabricante de milagros: hace que parezca arder una zarza, que con meter y sacar la mano en el pecho, ésta parezca leprosa ó sana; una vara se convierta en serpiente, y cuando ya se cree bastante adiestrado en estos ejercicios, que hoy han quedado, con otros mucho más difíciles y sorprendentes, relegados á la arena de los circos ecuestres, sale de Madian para Egipto, con su esposa y su hijo, decidido á sacar á su pueblo del cautiverio ignominioso de los egipcios.

XI

A pesar de sus vastos proyectos y de sus intimidades con Jehová, *el señor del cielo y de la*

tierra, Moisés hace este viaje de Madian á Egipto en deplorables condiciones de comodidad. A Séfora, su mujer, y á su hijo, los hace montar en un asno (animal bíblico por excelencia), que con esta doble carga debía andar bastante despacio. El, *pedibus andando*, con la varita mágica que le había entregado Dios, caminaba detrás, meditando mucho para no desgastar los zapatos.

Y aconteció en el camino que en una posada le salió al encuentro Jehová, y quiso matarlo. Entonces Séfora cogió un afilado pedernal y cortó el prepucio de su hijo, y echólo á sus pies, diciendo: A la verdad, tú me crees un esposo de sangre. El Señor le dejó luego ir.

Suplico al lector que, aunque vea sin comillas el párrafo precedente, no me haga la injuria de suponerle invención ni redacción mía. La atrocidad y el estilo son íntegros del *Exodo*, en sus versículos, XXIV, XXV y XXVI del capítulo IV. No soy yo quien, en desprestigio y burla de la *Biblia* hago á Jehová un José María semítico, saliendo á un camino á amenazar de muerte á un pobre hombre que camina á pié detrás de un borriquillo, fatigado con la carga de su mujer y su hijo. No soy yo el que, sin venir á cuento, hace que una madre circuncide á su hijo con una piedra de chispas, operación que debió hacer poner el grito en el cielo al pobre chico. No soy yo el que ha escrito el *sus*, que no sabemos á qué pies se refiere, porque *sus pies*, en el párrafo transcrito, dada la vaguedad de este pronombre posesivo en nuestra lengua, lo mismo pueden ser los pies de Moisés que los pies de Séfora, que los pies del muchacho circuncidado, que los pies de Jehová. Lo único que aquí hay mío es la sospecha vehemente de que si estos pies fuesen los de Jehová, debieran ser el patrón del pie inglés ó del pie patagónico, porque al transformarse Jehová en salteador de caminos, no es de presumir que se

echase unos pies de tres al cuarto, sino un par de pies de padre y muy señor mío.

* * *

Da verosimilitud á esta sospecha mía el versículo siguiente, en que aparece Jehová charlando mano á mano con Aaron, hermano de Moisés, á algunas leguas de distancia, recorridas como por ensalmo. Avisado por tan excelente correo, Aaron sale á recibir á su hermano, y lo besa con grande amor. Conferencian largamente, y, poniendo inmediatamente manos á la obra de sacar á los israelitas de Egipto, reúnen á los ancianos del pueblo elegido, para participarles sus proyectos. Estos ancianos, sin duda escamones, como lo son en la *Biblia* todos los profetas con Dios, y todas las personas de seso con los profetas, piden señales de que lo que se les participa de orden de Jehová es cierto, y entonces Moisés debió dejarlos con un palmo de boca abierta y profundamente convencidos de sus tratos con Jehová, mediante sus habilidades en el arte de los encantamientos.

* * *

Con haber persuadido á los ancianos, aún quedaba el rabo por desollar, en este negocio de la huida de Egipto. Este rabo eran los egipcios, á quienes debía hacer muy poca gracia perder aquellos excelentes y pacientísimos ladrilleros, canteros, etc., que venían hacia tantos años edificándoles ciudades y proveyéndoles á bajo precio de efectos muy necesarios. Los egipcios, en el *Exodo*, se personificaban siempre en la palabra *Faraón*, nombre que tomaron los reyes de aquel vasto imperio.

Para desollar el rabo, quiero decir, para engatusar á Faraón, Moisés decide presentarse en Palacio. Pero Moisés, con todo su talento, con toda su ciencia y con todas sus intimidades con

Jehová, tenía muy poco de lo que le sobra á Castelar: esto es, palabras bonitas, frases rotundas, períodos armoniosos y ademanes seductores; en suma, no era elocuente. Tardo y balbuciente de palabra, nombra por vocero ó procurador á su hermano Aaron, y resuelta esta no pequeña dificultad, presenta á Faraón la siguiente embajada:

«Jehová, el dios de Israel, dice así: Deja ir á mi pueblo á celebrarme fiesta en el desierto.»

Yo no creo una palabra de toda esta relación; pero quisiera creer en ella para darme el placer de imaginarme la cara que pondría Faraón al oír este engaño; pues Moisés miente como un bellaco, por encargo de Jehová. Lo de ir al desierto era un pretexto: una vez allí... la del humo.

Con la mayor naturalidad del mundo, Faraón replica:—¿Quién es Jehová? No tengo el honor de conocer á ese caballero.—Tal vez burló á expensas del recién nacido Dios un buen rato. Después toma la cosa en serio, despide mal humorado á los dos hermanos unidos para engañarle, y, figurándose, no sin algún fundamento, que aquella inusitada petición de una *juerga* para todo un pueblo debían ser fantasías de ociosos, ordena que se les niegue paja á los israelitas ocupados en la fabricación de ladrillos. Y aquí fué ella. Los hebreos tuvieron que sudar la gota gorda en los rastrojos, en busca de combustible, lo que nos permite imaginar la vil condición y el abyecto estado de aquel pueblo que, con un mal gusto inconcebible, elegía Jehová para servirle y honrarle.

Los capataces hebreos, después de algunas azotainas crueles de los cuadrilleros egipcios, se quejan amargamente á Faraón. Este les dice con mucha sorna: «No queríais ir al desierto á festejar á Jehová? ¡Puede ocurrírsele eso sino á la gente ociosa? Pues, amiguitos, á trabajar. ¡No hay paja!»

Comprendiendo la oportunidad del razonamiento faraónico, los capataces maldicen á Moisés y Aaron por haberles encalabrinado para salir al desierto. Y Moisés, viendo que su pretensión ha sido contraproducente, reniega de Jehová y de sus promesas. Y he aquí otra de las cosas que no comprendo: que reniegue Moisés cuando ya Jehová le tiene dicho en el capítulo anterior que Faraón no dejará ir al pueblo. ¿Por qué desfallece ó se llama á engaño? ¿Acaso duda de las palabras de Jehová?

*
*
*

Sigamos con esta pesadísima relación. Jehová consuela con nuevas promesas á su desalentado profeta, manifestándosele con este nombre por vez primera, aunque desde el *Génesis* se le llama de este modo á Dios, que es otra prueba de que así es este libro de Moisés, como que el Cid estuviese en Roma y faltase al respeto al Santo Padre. Porque se me figura á mí que si Moisés le hubiese escrito, amén de mil contradicciones y repeticiones, en vez de decir constantemente *y dijo Dios á Moisés, ó habló Dios á Moisés*, hubiera dicho *me dijo Dios, ó me habló Dios* de esta ó de la otra manera.

Viendo el profeta que las palabras no habían hecho mella al rey egipcio, se decide á intimidarle con sus encantamientos, figurándose honradamente que Faraón se quedaría extático, como los ancianos de Israel, ante los cubileteos, escamoteos y mágias que sabía. Provisto de la varita que le había regalado Jehová, y acompañado de Aaron, su hermano, cómplice y *tornavoz* (pase la palabra en honor al diputado que acaba de hacerla notoria en estos pasados días), se encamina de nuevo á Palacio. Expone su demanda, dice el rey que nones, y entonces, sacando Aaron su argumento de acebo, tira la vara en presencia del rey, y ¡oh pasmo! la vara se

convierte en culebra. ¿Cómo dudar ya de Jehová? El que convierte una vara en serpiente, ¿no demuestra palmariamente que tiene dominio absoluto sobre la naturaleza? ¿Puede este dominio tenerle sino por delegación y permiso de Dios?

Yo por mí declaro que al que una vara la convierta delante de mí en serpiente, le concedo lo que pida, le hago lo que quiera, incluso rey, que es el mayor sacrificio que pudieran hacer mis entrañas republicanas. ¿Cómo, pues, Faraón, al ver la vara hecha serpiente, no accedió á la petición de Moisés? Porque se echaría la cuenta que yo me hago, y es muy sencilla. Si éste hace de una vara una serpiente, que es lo más imposible del mundo, ¿por qué no hace lo que me pide, siendo cosa tan sencilla, como es el echar á andar? ¿Aquí hay camama!

Y, en efecto, Faraón, sonriendo ante aquella pipiolada de la magia, manda llamar á sus encantadores, y éstos, tirando cada cual su vara, las convierten en serpientes. Hoy estas serpientes, chiquitinas para más comodidad, metidas en sus canutos de madera, no valen, al por mayor, arriba de á duro el ciento, ni entretienen más que á los chiquillos.

Verdad es que el *Exodo* dice que la serpiente de Aarón se comió á las otras; pero como es el autor del libro israelita, pasémosle este desahogo sin comentarios.

Todos los absurdos y niñerías que preceden son tortas y pan pintado para los que siguen, conocidos vulgarmente con el nombre de *las siete plagas de Egipto*. El disparate llega á la enormidad. Jehová, por intermedio de Moisés, hace siete locuras para rendir á Faraón, con las cuales el *Exodo* demuestra todo lo contrario de lo que pretende, esto es, que Jehová sea omnipotente y sabio.

Primera locura.—Aaron alza su vara, aquella misma que se convirtió en serpiente, que se comió á las otras, y en el acto las aguas todas del Egipto se convierten en sangre. Los encantadores egipcios hacen lo mismo, y Faraón sigue en su negativa. ¿Puede darse majadería más inocente que esta patraña, que desdora á la divinidad misma cuyo nombre se invoca?

Locura núm. 2.—En vista de que las aguas convertidas en sangre no dan resultado, Jehová conversa de nuevo con Moisés y le ordena otra tontería. Aaron alza la vara consabida y sobrevienen infinitas ranas que salen del río y se meten bonitamente hasta en la cama de Faraón. Los encantadores hacen otro tanto. ¿Puede dudarse que si en Egipto hubiera sucedido semejante cosa no se hubiera conservado indeleblemente en la memoria de mil generaciones el recuerdo de aquel *canturreo* universal é inaguantable?

Locura ó porquería núm. 3.—Burlados tres veces Moisés y Aaron por los encantadores, discurrendo con el mismísimo diablo, patrón de la suciedad, alzan la vara y convierten todo el polvo de Egipto... ¿en qué dirá el lector?... Pues, con perdón del mismo, en piojos.

Lo único que se me ocurre, al ocuparme de este embuste, es deplorar que el bueno de Benito Labre, aquel padre de la mugre, que por haber amado tanto á esos señores parásitos en el siglo pasado, ha sido elevado á la dignidad de *santo* en nuestros días, no estuviera presente en Egipto cuando esto aconteció. ¡Oh! ¡Y qué brillante ocasión le hubiera la vara de Moisés deparado para desplegar su inmensa caridad! Ya me parece estar viéndole alimentando un centenar de estos animalitos en cada pelo de la barba, acariciar una docena de gimnastas en cada pelo del pecho, y cobijar, como padre cariñoso, á los más débiles y enfermos en los recónditos lugares

de su cuerpo glorioso, según la iglesia romana, en que el calor es más continuo, elevado y propio para la salud y lozanía de estos seres, hijos también de Dios.

XII

Los encantadores egipcios, más indoctos que Moisés en porquerología, no acertaron á sacar piojos, y, rascándose los que les había encajado encima la sabiduría del salvado de las aguas, dicen á Faraón: «Dedo de Dios es esto.» Mas á Faraón debían mortificarle poco estos parásitos, porque se mantiene en sus trece, digo, en su negativa de la *juerga* en el desierto.

Entonces Jehová, directamente y sin necesidad de la consabida varita que alzaba Moisés, ejecuta otra bobada muy poco limpia, cual es la plaga *núm. 4*, consistente en toda suerte de moscas, que lanza sobre los desdichados egipcios, dejando libre de ellas la tierra de Gosen, que habitaban los hebreos. Estas moscas debían mortificar algo más á Faraón que los piojos (de lo cual pudiera inducirse que sería calvo), pues entra en tratos con Moisés para lo de sacrificar á Jehová, con tal de que lo haga *en la tierra*, palabra vaga que no sabemos á qué se refiere. De todos modos, cuando las moscas mueren, se endurece de nuevo y niega la salida.

Y con esto llegamos á la plaga *núm. 5*, que consiste en la muerte de *todo el ganado de los egipcios*, salvándose de esta mortandad universal el ganado de los hebreos. Este cuento insulso en la propia continuación del *Exodo* se desmiente; pues al poco de esta plaga, en que perece *todo el ganado de Egipto*, salen los hebreos, y tras ellos, en su persecución, los egipcios en sus carros de guerra, tirados por caballos. ¿De dónde diablos habrían sacado los egipcios estos caballos, después de muerto *todo su ganado*? ¡Palabras, palabras, palabras! puede exclamarse aquí,

como en otros muchos parajes, parodiando al héroe de la tragedia inglesa.

Plaga núm. 6.—Por orden de Jehová, Moisés se planta delante de Faraón, arroja al cielo ceniza, y en el acto, todos los egipcios, los magos inclusive, se ven atacados de sarpullido, que causaba tumores cancerosos. Esta barbaridad de Jehová hace rascarse á todo el mundo inútilmente, pues Faraón no se ablanda por ello, como Jehová ya sabía que había de suceder, y en este conocimiento anterior veo yo claramente la barbie de que me permito hablar.

Plaga núm. 7.—Hállase relatada muy por menudo. Jehová se las echa de Dios y envía á decir por Moisés á Faraón que deje ir al pueblo, ó se van á ver las caras. Faraón toma la cosa á chacota, y Moisés alza las manos, armándose el gran jollín en el firmamento, de donde cae granizo y fuego que arrasan el Egipto. Asustado por los truenos, Faraón llama á Moisés y le deja presumir la orden de partida. Moisés, alzando las manos, para la tempestad y Faraón se le rie de haberle creído.

Nota. El granizo mata muchos ganados, siendo así que ya habíamos leído la muerte de todos ellos por la plaga *núm. 5*.

Otra nota. En la consabida tierra de Gosen no hay granizo.

Plaga núm. 8.—Un viento oriental trae sobre Egipto infinitas langostas. No quiero ocuparme de esta nueva invención vulgarísima del *Exodo*. Sólo advertiré que, aunque dije *siete plagas*, siguiendo la rutina, la numeración acusa ocho, si no miente mi cuenta que antecede, para que en la *Biblia* todo ande falto de exactitud. Sucede con las siete plagas lo que con las *siete cabrillas*, aunque en orden inverso. Cuento las estrellas y no hallo más que seis, aunque les llaman *siete*: cuento las plagas, y hallo *ocho*, aunque dicen *siete*.

Y hago aquí punto, aunque resulte corto el comentario, porque lo que sigue exige más alientos y humor de los que consienten el sofocante calor que me rodea, y me llena de piedad hacia los miseros israelitas de que me estoy ocupando, pues considero cómo debían de sudar los infelices allá en Egipto, en verano, cociendo ladrillos para un Faraón de corazón de piedra. No me extraña, no, que cuando se vieron fuera del alcance de sus garras, achacaran la cosa á milagro; y para hacer odioso el recuerdo de esta tierra y de sus reyes á sus descendientes, inventaran, no estas ocho, sino ochocientas plagas.

XIII

Siento fiebre ya por salir de estas insulsas, ridículas, puercas, bárbaras y groseras patrañas de las plagas de Egipto. Todas ellas aparecen como mandatos de Jehová á Moisés, que éste trasmite á Faraón, muy confiado de que cada una va á ablandar el corazón del despota, á pesar de saber, de boca del propio Jehová, que el rey hará de ellas el mismo aprecio que de las nubes de antaño, y le producirán el espanto que la espada de Bernardo, ó la carabina de Ambrosio, dado que estas comparaciones fuesen usadas en los remotos tiempos á que estas novelorías se refieren.

* *

Viendo Jehová que moscas, piojos, langostas, sarpullido, tempestad, serpientes, etcétera, habían sido inútiles para traer á Faraón al hito de dar permiso á los hebreos para irle á adorar al desierto, por intermedio de Moisés manda á su pueblo que, engatusando cada cual de los hebreos á su vecino egipcio, le pida con mucha necesidad prestadas vajillas de oro y plata, y todo género de objetos preciosos, para que,

al largarse, llevaran algo consigo. El *Exodo* no tiene inconveniente alguno en mostrarnos á Jehová ordenando á su pueblo la comisión de este robo inicuo y escandaloso, que por sí solo bastaría para desacreditar á este Dios de papel de estraza, que con todos sus humos de señor del cielo y de la tierra, no ha sabido ni podido conseguir de Faraón permiso para que deje ir á los hebreos al desierto.

Los hebreos no necesitan que Jehová les mande dos veces robar. En muchas ocasiones nos los muestra la *Biblia* rebeldes y discolos con su Dios; mas en esta ocasión le obedecen al pie de la letra y sin necesidad de que se repita la orden.

Cuando ya cada israelita con éste ó el otro pretexto, le ha sacado á su vecino egipcio lo mejor que éste tenía, Jehová hace la mayor atrocidad que ha podido inventar la perversidad humana. Ordena á los hebreos que cada familia mate un cordero y le coma de cierta manera, y que con la sangre de dicho cordero unten las puertas de sus casas. Hecho esto, baja del cielo, pasea por Egipto, entra en toda casa cuya puerta no estaba manchada de sangre y mata á todo primogénito, así de hombres como de bestias, desde el primogénito del rey hasta el de la borrieca del más misero egipcio.

Jehová me debe agradecer infinito que yo tenga, lo mismo las plagas que esta matanza bárbara é inicua, por una burda mentira, por un cuento de viejas sanguinarias, inventado para hacer dormir á los chiquillos, infundiéndoles temor. ¿Quién, de admitir esto por cierto, en vez amar á Jehová por bueno y misericordioso, no le aborrecería por malvado é injusto? ¿Qué culpa tenía el hijo de Faraón, por ejemplo, que pudiera muy bien ser una inocente criatura, de que su padre negara la salida de los hebreos, para que Jehová le degollase?

No se concibe que, de ser cierta esta matanza

y el clamor universal que, según el *Exodo*, en Egipto la siguió, este ilustrado y artístico país no hubiese alzado un imperecedero monumento para recordarla, y recordar con ella su dolor. Ni rastro de esta brutalidad se halla en la historia de Egipto, en la cual apenas si tampoco se descubren señales de estos hebreos, por cuya causa tales prodigios se producen y verifican, siendo muy difícil afirmar con verosimilitud, ni su estancia en la tierra de Gosen, ni su salida de ella.

Ante aquella universal degollina de *primogénitos*, Paraón se doblega á Jehová, á quien al fin reconoce por Dios omnipotente, al ver las que que gastaba. Así al menos nos lo dice el *Exodo*, en el cual aparece Paraón á media noche en ropas menores probablemente, llamando á Moisés y á Aarón y diciéndoles que se largasen cuanto antes, llevándose todos sus ganados. Los egipcios, atemorizados, dan prisa á los israelitas para el viaje que tanto anteriormente habían resistido, y he aquí á los descendientes de Jacob, después de estar á los egipcios, echando á andar para Oriente.

¿Qué significa todo este tejido de imposturas?
¿Qué todas estas estupendas maravillas?

Difícil es contestar seriamente á estas preguntas. Que las plagas son un cuento, no hay para qué detenerse á probarlo. Que lo maravilloso es absurdo, como cosa real sucedida, es de toda evidencia. Jehová, ó su ángel exterminador, pasando por Egipto, matando los primogénitos de estas casas y respetando á los moradores de las otras, no vale ni más ni menos de lo que valen los dioses del Olimpo, paseando por los campos de Troya, armados en favor de griegos y troyanos. Pura imaginación.

Mas estas maravillas, ¿son inventadas para adornar y prestigiar un hecho histórico? Ó en otros términos: ¿los hebreos, realmente, después de largos años de residencia en Egipto, residencia que, por la opresión de que en este país fueron víctimas, llamaron luego cautiverio, le abandonaron en masa, guiados por Moisés, aprovechando cualquiera fortuita desgracia de los egipcios? Confieso que en la historia auténtica de Egipto no he hallado datos suficientes para afirmar ni negar. Queda el *Exodo* en que esto se afirma, rodeado de imposibilidades é inverosimilitudes. ¿Prescindimos de éstas y nos quedamos con el hecho escueto? Parece lo más racional.

Empero, esto, que con todos los demás sucesos humanos se hace, no es lícito hacerlo, según los católicos, en los sucesos de que nos habla la *Biblia*, porque este libro es revelado, y, como obra de Dios, es todo verdad. Para los católicos, tan verdad es lo de los piojos y el sarpullido, como la existencia de Moisés ó la salida de los hebreos de Egipto. Me hallo, pues, en un conflicto: ó tengo que ser hombre, ó tengo que ser católico; es decir: ó tengo que creerlo todo, ó creer lo que juzgue razonable, y reirme de lo demás. A menos que me decidiera por no creer nada, que sería otra especie de catolicismo, pues todos los extremos se tocan. ¿Qué hago?

¡Ah! No es posible dudar: *homo sum*. Tengo, pues, por seguro que de todo lo que hasta aquí del *Exodo* llevo leído, y á mi manera comentado, significa, pura y simplemente, que el pueblo hebreo, antes de establecerse por conquista en Canaan, moró en Egipto, saliendo de este país, aprovechando alguna guerra ó calamidad pública, bajo la conducta de un hombre superior, Moisés, á quien la ciencia y la virtud, rodeadas de la magia y supersticiones propias del tiempo

aquel, daban entre los suyos, y aun entre los mismos egipcios, grandísima autoridad.

¡Es esto poco? Pues hay que contentarse con ello, ó quedarse sin nada, ya que admitirlo todo es imposible.

NOTA DE NOTAS

Recordarás, lector amigo, que en la última nota me quejaba del calor sofocante que hacía por aquellos días de Julio, en que iba anotando la famosa salida de los israelitas de Egipto. Dispuesto me hallaba á comentar la estupenda catástrofe de Faraón al anegarse con su ejército en el mar Rojo, cuando mi incomparable amigo y director Ramón Chies me dijo que se iba á Galicia. Y como yo soy una especie de sombra suya, y aun más que sombra, pues hasta en la obscuridad le sigo, fuíme con él, con la buena intención, yo te fio, de seguir escribiendo las *notas*, que á muchos gustan y á otros encocoran, sobre el santo é infalible libro de los libros, en que se fundamenta la sacrosanta religión católica. Pero... ya lo has visto: con mi buena intención te has quedado, pero no con las *notas*. Discúlpe-me tu buen sentido, y sobre todo tu buen gusto. ¡Quién diablos, en efecto, en aquella fresca, bella, tranquila y regalona tierra de Galicia; á la vista de aquel mar que, después de desplegar sus espantables furóres en las costas, desenvuelve todos sus encantos en las riberas de las rías, á la sombra de aquellos bosques de pinos y carballos (que así llaman allí á los robles), por entre cuyo espléndido ramaje se desvanecen el eco de dulcísimos cantos populares; en aquellas arenosas playas, que de marea á marea guarda la huella de los piecitos de tantas lindísimas mujeres como en ellas realizan la fábula de las Nereidas...; quién diablos, repito, está para *notas* sobre la *Biblia*?

Yo, al menos, confieso mi falta, seducido por tanta belleza natural, me he olvidado de las artificiales bellezas de los milagros que realizó la varita de Moisés. Sólo una vez me he acordado, en dos meses, de él y de ella. Y te diré con qué ocasión.

Hay á la entrada de la ría de Vigo una pequeña bahía, en cuyo fondo se halla el hermoso pueblo de Bayona. Frente á este pueblo se encuentra un monte, llamado Monte Real, donde el Sr. Eduayen, exministro amadeista y alfonsista, ha cometido la herejía artística de construir un *chalet* de estilo moderno, dentro de una vetusta y fortísima muralla almenada, de grande antigüedad y hermosura. A Poniente, baten este monte las encrespadas olas del Atlántico; á Oriente, le besan las aguas tranquilas de la bahía de Bayona. A la parte brava la llaman la Concheira, y Barbeira á la playa tranquila; separadas no más por un pequeño espacio donde existe una chopera que sirve de fresco y agradable paseo.

Ahora bien: hallábame una mañana sentado en la más alta y avanzada roca de la Concheira, á donde llegué con grande trabajo, por lo abrupto de aquel lugar. La ola, rota allá á lo lejos por un arrecife, volvía á formarse y venía á deshacerse en cataratas de espuma á mis pies. Nada más bello, ni nada más grande que aquel espectáculo.

El Noroeste, el rey de los mares, como le llaman los marinos, había soplado con violencia el día anterior, y, conmoviendo hasta en sus entrañas el Océano, éste, á pesar de la serenidad del aire y del cielo, por momentos iba lanzando á la costa el movimiento adquirido, precipitando en la Concheira olas á cada momento más formidables. Una de ellas estremeció al romperse, la Peña en que yo estaba sentado jugando con mi bastón. No pude reprimir un movimiento de huida, y al

volver la cabeza me hallé con el bravo patrón con quien había convenido me había de llevar en su barca, aquella misma tarde, al faro de la central de las islas Cíes, que se alzaban á mi vista.

—Vaya, patrón, le dije; vamos á almorzar para embarcarnos temprano.

—No será conmigo, señorito, me replicó. No está hoy la barra para andar de paseos en un bote.

Como tenía en la mano mi bastón, la mar al pie, la isla al frente, y en el alma un vivo deseo de visitarla, para lo cual había destinado aquel día, experimenté cierta contrariedad, y—aquí de mi cuento—deploré no ser yo Moisés, y que no fuera mi bastón su varita, porque extendiéndole me hubiera abierto el camino que el mar me cerraba, dejando al patrón con un palmo de boca abierto, y tropezando quizá con alguna de las peluconas que guarda la bahía de Vigo en su seno desde el siglo pasado.

Aparte esta tentadora ocasión, te juro, lector, que en dos meses no me he acordado de las *notas* ni del libro que las origina, ni de Moisés, ni de Faraón, ni de los canaños ni amorreos, sin que me haya hecho falta tampoco el Antiguo ni el Nuevo Testamento para admirar la magnificencia de las obras de Dios, y adorarle como él se merece, en espíritu y en verdad. Ni he necesitado el humo, los truenos y los relámpagos del Sinaí, ni las piedras labradas, para conocer la ley de amor y de justicia que, mezclada con un tónico de barbarie, en su nombre promulgó Moisés á los israelitas. En el cielo estrellado, en el mar tranquilo, en el bosque susurrante, en la pelada montaña, en el espumoso arrecife, en el prado florido, en el campo labrado, en donde quiera que tornaba los ojos, mi alma leía estas palabras, compendio sublime de toda la ley de Dios: *Amaos los unos á los otros.*

Pero como lo prometido es deuda, y te tengo

prometido, caro lector, anotar la *Santa Biblia*, no es cosa de dejarlo á lo mejor. Quedamos en que Moisés se dirigía con su pueblo hacia la prometida tierra de Canaan... Dejémoslo también por hoy, pues esta nota de notas se ha hecho demasiado larga.

XIV

En el capítulo XIII del *Exodo* explicase la institución de la *Pascua*, fiesta nacional y religiosa de los hebreos, dándose algunos detalles sobre el viaje á Oriente, dignos de ser transcritos. «Y Jehová, dice, iba delante de ellos de día en una columna de nube, y de noche en una columna de fuego para alumbrarlos, á fin de que anduviesen de día y de noche. Nunca se partió delante del pueblo la columna de nube de día, ni de noche la columna de fuego.

En vista de tan alta y decidida protección de todas las horas, ante un tan entrañable amor por parte de Dios, que, después de no haber dejado un primogénito de hombre ni animal en Egipto, se mete de día en una columna de nube y de noche en una de fuego (prueba de ser incombustible); teniendo un camino llano por delante, cualquiera creería que el viaje famoso iba á realizarse con toda felicidad, y, sobre todo, los míseros israelitas debían considerarse tranquilos y seguros. Todo menos esto.

Jehová anuncia á Moisés que va á jugarle á él y á su pueblo una nueva trastada, endureciendo el corazón de Faraón y lanzándole en persecución de los viajeros, puesto que no se debe ya llamar fugitivos á los que marchaban con permiso de su dueño.

Y en efecto, Faraón, como si no hubiera sufrido aquellas famosas plagas, que debían de haberle dejado más blando y suave que un guante, *toma seis-cientos carros escogidos, y TODOS los*

carros de Egipto (con haber dicho todos parece-me que bastaba), y los capitanes sobre ellos, y toda la caballería, y todo su ejército (*¡eche usted jigos!*), y marcha en seguimiento de los hebreos, á quienes alcanza *asentando el campo junto á la mar, al lado de Filahirofh, delante de Baalzefon.*

Armase á la vista de este ejército poderoso la gran chillería en el campo israelita. El miedo de aquella chusma de ladrilleros y pastores se traduce en imprecaciones contra Moisés y Jehová, llamándose á engaño, llorando por la servidumbre pasada, preferible para ellos á la muerte que consideraban segura en aquellos desiertos arenales en que se encontraban. Todas las maravillas pasadas, las plagas, la nube, la columna de fuego, debieron parecerles fantasmagorías y cosas de patraña y embeleco, cuando tan presto las olvidan. ¿A qué ellas, si alzando la vista divisaban el ejército de Faraón afilando las espadas para degollarlos sin misericordia?

Este espantoso peligro, creado por Jehová, le deshace por arte de encantamiento. El que ha jugado tantas veces con su pueblo y Faraón, juega una vez más, pero ésta en gordo y con ventaja.

Por orden de Moisés los israelitas levantan calladamente el campo y echan á andar. La columna de nube, en que ahora no va ya Jehová en persona, sino por delegación un su ángel, se coloca á retaguardia de los hebreos, ocultándolos á la vista de los Egipcios, en tanto que alumbraba á los israelitas.

Pero los protegidos de Jehová, que siendo omnipotente, sin tantos circunloquios y revueltas podía haberlos salvado de tan gran peligro con sólo no haber tenido el capricho de endurecer el corazón de Faraón, no sale nunca de tropiezos,

Al huir se hallan con el mar al frente. ¿Qué hacer? Aquí dejó la palabra al Espíritu Santo, que sólo su pluma es digna de ciertos relatos.

«Y extendió Moisés su mano sobre la mar, é hizo Jehová que la mar se retirase por un fuerte viento oriental toda aquella noche, y tornó la mar en seco, y las aguas quedaron divididas.

»Entonces los hijos de Israel entraron por medio de la mar en seco, teniendo las aguas como un muro á su diestra y á su siniestra.

»Y siguiéndolos los egipcios, entraron tras ellos hasta el medio de la mar toda la caballería de Faraón, sus carros y sus gentes de á caballo.

»Y aconteció á la vela de la mañana, que Jehová miró al campo de los egipcios desde la columna de fuego y nube, y perturbó el campo de los egipcios.

»Y quitóles las ruedas de sus carros y trastornólos gravemente. Entonces los egipcios dijeron: huyamos de delante de Israel, porque Jehová pelea con ellos contra los egipcios.

»Y Jehová dijo á Moisés: Extiende tu mano sobre la mar para que las aguas se vuelvan contra los egipcios, sobre sus carros y sobre su caballería.

»Y Moisés extendió su mano sobre la mar, y la mar se volvió en su fuerza cuando amanecía, y los egipcios iban hacia ella: y Jehová derribó los egipcios en medio de la mar.

»Y volvieron las aguas y cubrieron los carros y la caballería, y todo el ejército de Faraón que había entrado tras ellos en el mar, no quedó de ellos ni uno.

»Y los hijos de Israel fueron por medio de la mar en seco, teniendo las aguas por muro á su diestra y á su siniestra.

»Así salvó Jehová aquel día á Israel de mano de los egipcios.»

Con los comentarios hechos por filósofos y teólogos, chicos y grandes, á la estupenda narración que procede, textualmente tomada del capítulo XIV del *Exodo*, podrían llenarse cómodamente cien abultados volúmenes. Cada una de las frases ha dado lugar á disquisiciones trascendentalísimas, la mayor parte de las cuales tienen muchísima gracia. Los incrédulos, por su parte, también han hincado el diente á estos versículos, desbarrando algunos de lo lindo, pues no ha faltado quien, dándose tono, ha visto en este milagro un simple efecto de las mareas, cuando éstas apenas son sensibles en los golfos de Suez y Acabab, últimos senos del mar Rojo, en uno de los cuales forzosamente se supone el lugar de la acción.

Yo renunció á todo comentario personal. Tengo el hecho por una filta, sin que sepa en qué accidente pudo originarse esta leyenda, y considero perdido todo tiempo gastado en lo que no sea sacarla á la vergüenza y pública irrisión, mediante su impresión clara y legible! ¡Estaría de ver que hoy nos detuviéramos á discutir la posibilidad ó imposibilidad de que todo un pueblo pasara por la mar en seco, teniendo las aguas á izquierda y derecha, como un muro!

Sólo debo advertir al lector poco versado en Geografía, que la *mar* de que aquí se trata no es el Atlántico, ni el Pacífico, es el mar Rojo: esto es, una especie de golfo estrecho y de poco fondo que se deriva del Océano indico. Y que esta *mar* no es tampoco el Rojo, donde merece el nombre de mar, sino un golfo de este mismo mar, que, sea el de Suez, sea el Acabab, sea otro aún más insignificante, tendría por entonces, como ahora, escasísimo fondo.

*
* *

De milagros como éste, están todas las religiones llenas, pues los milagros, porque sean

más ó menos bonitos, no dejan de ser todos iguales, como imposibilidades que son, ó contradicciones claras y manifiestas de las leyes de la naturaleza. La fuerza de la gravedad, que este milagro contradice, contradicha está de igual modo por el famoso caballo de Santiago, patrón de España, que andaba por los aires y peleaba contra los moros en favor de nuestros tatarabuelos. Empero, hemos de confesar que la cosa está bien inventada y relatada para producir admiración, y que si éste era el objeto de los inventores, lo consiguieron completamente; y nuestro caballo volador santiaguesco al lado de las aguas que se abren, de los israelitas que pasan, de los egipcios que con sus carros y caballos se ahogan en aquel remolino que se produce al extender Moisés su mano, no pasa de ser un cuento insulso y vulgar.

*
* *

Hombre de honor y comentarista leal, en cuanto mis fuerzas alcancen, debo declarar que, aunque no creo una sola palabra de toda esta milagrosa narración, como no creo tampoco que Mahoma subiese al cielo montado en una yegua, á pesar de que aquello lo dice la *Biblia* y esto el *Corán*, respecto de este paso del mar Rojo y de la destrucción del ejército faraónico, estoy expuesto, como lo está el más incrédulo, á sufrir un mentís el mejor día. Porque, si no estoy engañado, un curita francés, que se pierde de vista y se pasa de listo, está dando los pasos necesarios para formar una sociedad anónima por acciones, con objeto de reunir suficiente capital para hacer grandes excavaciones á las orillas del mar Rojo y exploraciones en su fondo, hasta dar con los carros, caballos, armas, etc., del ejército de Faraón que hemos leído se anegó allí.

Mucho temo que los católicos, escamados como se hallan con ciertas quebras de socieda-

des más ó menos ultramontanas, no acudan al piadoso llamamiento del aventajado presbítero francés, lleno de ardoroso esclarecimiento de hecho tan propio para rematar la incredulidad creciente de los pueblos occidentales. Mas si la sociedad se forma, como deseo, y, aunque oxidados los hierros y carcomidas las maderas, y fosilizados los huesos, parecieran los carros y caballos y caballeros que en el mar Bermejo fueron hundidos, ¿con qué cara negaríamos, de allí en adelante, los milagros? Si el más imposible resultaba patente, ¿qué dificultad habría en admitir que habló la burra de Balaam, que Jonás estuvo en el vientre de una ballena tres días, y que Sansón tenía la fuerza en los cabellos?

En el interin que el cura constituye la sociedad, los católicos cambian su dinero por las acciones, y se comienzan los trabajos, nuestro derecho á negar es inconcuso. Después no faltará alguna escapatoria de gerentes ó cambiazo de objetos antiguos que nos permitan seguir negando de nuevo semejantes paparruchas. Y así se pasa la vida y cambian las creencias y opiniones de los pueblos acerca de todo, inclusa la Divinidad.

XV

No encuentro cosa más natural que, después del canguelo pasado á la vista del ejército de Faraón, y dela original, tremebunday milagrosa catástrofe que le hizo desaparecer, los israelitas se dieran una «juerga». Moisés compone un cántico verdaderamente grandioso, que le acredita de sublime poeta, cántico que es de lo más excelente que ha producido la poesía hebrea. El pueblo le escucha estático y se entrega después á la más loca alegría, en que toman participación, como es natural, hasta las mujeres; que ya en esta remota antigüedad eran dadas al baile y á

la música. María, hermana de Moisés y profetisa por razón de tan próximo parentesco con el grande hombre, coge un pandero, y á la cabeza de sus compañeras sale tocando, danzando y cantando.

Pero la alegría le duraba siempre poco á los israelitas, á pesar de la decidida protección de Jehová. A los pocos días, estando acampando en Mara, les faltaba agua (pues la única que allí había era amarga), y la sed les pone furiosos contra Jehová y su teniente cerca de ellos, Moisés. Este, viéndose duramente increpado por el pueblo sediento, vuelve angustiado y tembloroso á Jehová, como diciéndole: ¿qué te parece de ésto? ¿Cómo salgo de este nuevo compromiso?

Jehová, persona de recursos, Dios milagrero por convencimiento sin duda, pues los dichosos israelitas para adorarle le ponían en el trance duro de milagrear á todas horas, Jehová, digo, manda á Moisés que meta un árbol en las aguas, y éstas por tan sencillo procedimiento tórnanse dulces. ¡Lástima que se haya olvidado el *Exodo* de decirnos el género y la especie de árbol de tan grande virtud!

Moisés aprovechó el buen ánimo que el nuevo milagro, engendró en su pueblo, para darle estatutos y ordenanzas, y *probarle* además, dice la Biblia, sin indicar cómo, en qué, ó por dónde.

Metiéndose desierto adentro, llegan á Sim, y allí vuelta á las murmuraciones contra Moisés y Aaron, á causa del hambre que picaba en aquel pueblo desdichado, que en su aflicción recordaba las ollas de Egipto, donde, si era esclavo, al menos comía y cenaba á las horas de reglamento. Jehová conoce sin duda la razón de aquellos estómagos vacíos, y, sin necesidad de que Moisés le pida, llama á su profeta y le participa su designio de atender con mano pródiga á la subsis-

tencia del pueblo. Al efecto, hace caer sobre el campo una banda de codornices. Mas aquello apenas si bastaba para un hartazgo de tan numerosa congregación: era precisa una base sólida de subsistencia.

Y aquí otra de las más estupendas invenciones de la fantasía oriental, que parece la realización del sueño de un hambriento perezoso. Y, según mi costumbre de dejar contar al Espíritu Santo, con la candidez que le caracteriza, estas cosas, copio textualmente de la Biblia:

«A la mañana descendió rocío en derredor del real.» (Esto de real no es más que un decir, pues como los hebreos no tenían rey, el lugar de su asiento, medio militar, campamento ha de llamarse.) Y como el rocío cesó de descender, he aquí sobre la haz del desierto una cosa redonda, menuda como una helada sobre la tierra. Y viéndolo los hijos de Israel, se dijeron unos á otros: «¿Qué es esto?» porque no sabían qué era. Entonces Moisés les dijo: «Este es el pan que Jehová os da para comer.» A esto lo llamaron maná, que les sirvió de alimento los cuarenta años que anduvieron peregrinando por el desierto.»

No se comprende que hasta tal punto se haya contado con la candidez humana, para pretender hacer pasar esto del maná. Si esto fuera cierto, quedó convertido el desierto de Sim en algo mejor que la tierra de Canaan, y todas las tierras conocidas y por conocer, pues era ni más ni menos que Janja. Ya, ya hubiera podido improvisar Moisés cuantos milagros quisiera para arrancar de este desierto á su grosero pueblo, que el día anterior suspiraba por las ollas de Egipto, que templaban el hambre de trabajos forzados hasta la crueldad como hemos visto, si con sólo salir al campo por la mañana, cada hijo de vecino podía coger, sin el menor trabajo ni peligro, cuanto necesitaba de un suculento manjar, como simiente de culantro á la vista y como

hojuelas con miel al paladar, que así dice el *Exodo* que parecía y sabía.

No teniéndose ya que ocupar aquella gente ni de cazar, ni de trabajar, ni de pescar, teniendo como tenía por provisor general, *gratis et amore*, al magnífico Jehová, parece lo justo que sólo se ocupase en adorarle, mimarle y tenerle satisfecho. Pero, lo de siempre: duros de cervigullo, al llegar á Refidin, se hallan otra vez sin agua, y se sublevan contra Moisés y Jehová, pensando, con cierta lógica, que quien les suministraba el maná, era un descortés y mal criado negándoles agua.

* * *

Moisés clama entonces á Jehová, diciéndole que le asista, pues de lo contrario, aquellos hombres iracundos, que dicen:—Está ó no está con nosotros Jehová,—son muy capaces de apedrearle.

«Y Jehová dijo á Moisés (escribe la Biblia): Pasa delante del pueblo, y toma contigo de los ancianos de Israel, y toma también en tu mano tu vara, con que heriste el río, y ve. He aquí yo estoy delante de tí allí sobre la peña de Horeb: y herirás la peña, y saldrán de ella aguas, y beberá el pueblo.»

Hácelo así Moisés y ¡oh pasmo! ¡oh milagro! la dura peña brota agua en que el pueblo apaga la sed que tan mal humorado le traía.

Sin embargo, esto, en comparación del paso del mar Rojo en seco, teniendo las aguas como un muro á derecha é izquierda, es un milagrillo. Aquí cabe suponer, en vista de la elección de los ancianos, que Moisés explorando el terreno, hallando un manantial, quiso hacer pasar este hallazgo por cosa milagrosa y providencial.

* * *

Aunque milagro chico, no es el último, este de

la Peña de Horeb, que ha dado lugar á bellas composiciones pictóricas y poéticas. El *Exodo* es una sarta de milagros, y los hay de todas clases y para todos los gustos.

Amalec, quiere decir, la nación, pueblo ó tribu de los amalecitas, trata sin duda de estorbar el paso por su territorio á los israelitas; y Moisés, procurando adiestrar á su pueblo en la guerra, elige por caudillo á su criado, ó servidor, ó teniente, ó ayudante, que ignoro cuál sea el nombre que mejor cuadre á Josué, y dispone un combate. El caudillo se dirige contra el enemigo, y Moisés, con Aaron y Hur al monte, y se sitúan en un collado.

«Y sucedía que cuando alzaba Moisés su mano, Israel prevalecía; mas cuando él bajaba la mano, prevalecía Amalec.»

Raro caso es éste de depender los trances de un combate de la posición de las manos de un individuo que, lejos del campo de batalla, está presenciando la pelea; tan raro, aunque menos maravilloso, como tantos parecidos de que nos habla Ariosto en su *Orlando Furioso*; pero como este individuo era Moisés, nadie dudará que el buen profeta, observada la cosa, procuraría tener las manos altas. Pero...

«... las manos de Moisés estaban pesadas, por lo que tomaron una piedra y pusiéronla debajo de él, y se sentó sobre ella; y Aaron y Hur sustentaban sus manos, el uno de una parte, y el otro de otra: así hubo en sus manos firmeza hasta que se puso el sol.»

¡Estaría bonito este cuadro! Admiremos los caprichos de Jehová, que, pudiendo, en su omnipotencia, desbaratar en cinco minutos la chusma amalecita, tiene á su profeta todo el santo día con las manos en alto, como chico de escuela castigado!

Allí se edificó un altar; allí se comenzó á escribir un libro, y allí dijo Jehová á Moisés: di á

Josué que del todo tengo de raer la memoria de Amalec de debajo del cielo.

¡He aquí un Dios rapa-pueblos!

XVI

¡Qué cosas tan raras tiene la Biblia! Nos está hablando á cada instante de que Jehová instruye á su profeta Moisés de las cosas más nimias, y, pretendiendo que lo creamos á piés juntillas, comete la imperdonable indiscreción de enseñarnos que sobre los más delicados asuntos, como los son indudablemente los del supremo gobierno, tiene que aleccionar á Moisés un simple mortal como Jethro, su suegro. ¡Pobre Jehová! ¡Pobre Dios bíblico! Amén de cruel y de estafalario, te pintan, para más honrarte, como imprevisor y descuidado.

Porque es de saber que en una visita que Jethro hace á su yerno en el desierto, viendo que éste, como jefe absoluto del pueblo hebreo, además que otros quehaceres, tenía que entender en todas las tracamundanas de los israelitas, llevándose de sol á sol sentado juzgando, le reprende por tanto meterse en los negocios ajenos, y le aconseja, con excelente buen sentido, que establezca sobre el pueblo *caporales* que le juzguen por miles, cientos, cincuentas y dieces, reservando sólo para sí los negocios complicados y difíciles.

Así lo hace Moisés, á quien Dios, que tanto le había dicho, le había ocultado, sin duda por falta de memoria, lo que más penitentemente le convenía á él y á los israelitas.

Estamos en el famoso Sinaí. Esto desde luego es una figura retórica con que quiero expresar que tengo delante los capítulos culminantes del *Exodo*, que son los que se refieren á la estancia

de Israel al pié de esta montaña, sitio en que Moisés, llevando hasta el último extremo lo sobrenatural, promulga en nombre de Jehová principios morales de universal aplicación, y leyes sapientísimas para su pueblo y tiempo.

Expone Jehová á solas á Moisés primeramente, la elección que ha hecho para sí del pueblo hebreo. Así se lo dice el profeta á los suyos, que se ponen huecos con tal noticia altamente satisfactoria para ellos, aunque un poco trasnochada, pues desde los tiempos de Abraham, Isaac y Jacob no rodaba otra cosa entre ellos.

El pueblo manifiesta al profeta que está dispuesto á hacer lo que le mande Jehová, con cuya manifestación se celebra un verdadero pacto sinalagmático y hasta conmutativo, en que Moisés sirve de escribano actuario.

Faltando extender el acta, se disponen las cosas convenientemente. Moisés solo ha de subir al monte, donde está Dios dispuesto á hablarle: el pueblo no pasa de una línea que se traza, bajo la advertencia caritativa, de que el que la atravesase morirá indefectiblemente, y la disposición de que en tres días nadie tocase mujer.

«Al tercer día, cuando vino la mañana, vinieron truenos y relámpagos, y espesa nube sobre el monte, y un sonido de bocina muy fuerte.»

Anunciado así Dios, saca Moisés el pueblo á recibirle, y, después de dimes y diretes con Jehová, se decide que él y su hermano Aaron suban al monte que humeaba y se estremecía, quedando abajo todo el pueblo, incluso los sacerdotes.

Todas estas pueriles engañas, en que no quiero detenerme más, conducen á una cosa grande, y es, á que Moisés, después de asustar terriblemente al pueblo, promulga en altas voces, que se fingen ser la voz poderosa del alto Jehová, un código moral que vivirá tanto cuanto la concien-

cia humana, de la cual son eco los siguientes mandatos, ordenanzas ó disposiciones, que corren vulgarmente en el mundo cristiano con el nombre de los diez Mandamientos.

Y como desfigurados en parte, y en parte alterados, estos diez mandamientos son la base de la doctrina cristiana, al igual que lo son de la doctrina musulmana, pues Mahoma en su Coran reconoce el espíritu profético de Moisés y confirma su ley, voy á permitirte copiarlos textualmente del capítulo XX del *Exodo*, donde por primera vez se escriben. Llamo la atención del lector muy especialmente sobre esta interesante lectura, que es como sigue:

«Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de siervos. No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás á ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos, sobre los terceros y sobre los cuartos, á los que me abarrecen. Y hago misericordia en millares á los que me aman y guardan mis mandamientos.

»No tomarás el nombre de Jehová, tu Dios, en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano. Acordarte has del día del Reposo, para santificarlo: seis días trabajarás y harás toda tu obra; mas el séptimo día será del Reposo para Jehová tu Dios: no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día: por tanto Jehová bendijo el día del Reposo y lo santificó.

Honra á tu padre y á tu madre, porque tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da.

»No matarás.

»No cometerás adulterio.

»No hurtarás.

»No hablarás contra tu prójimo falso testimonio.

»No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo.»

He aquí, escuetos, los mandamientos que Jehová impuso á su pueblo, bajo promesa de felicidad si los cumplía, y de desgracia si á ellos era rebelde.

¿Qué puede decir de ellos una crítica razonada y justa? Que aparecen unidos mandatos privativos al pueblo hebreo, y mandatos universales obligatorios para todo hombre. Esta confusión, este sabor particular á las circunstancias de lugar y tiempo, indica bien claramente que esta obra es una obra puramente humana, que esta obra es un esfuerzo gigantesco del talento de Moisés, caudillo á la vez que legislador de un pueblo numeroso y desgraciado, que estaba disponiendo y educando para una grande y dificultosa conquista.

Moisés explica en ellos á Dios, no como un Ser supremo, infinito en el bien, en la justicia, en el poder, en la sabiduría, padre por igual de todos los pueblos y de todos los hombres; le muestra como un Dios privativo de los hebreos, más fuerte, más poderoso, más celoso de su culto que los dioses de los demás pueblos existentes á la sazón en los países cercanos al istmo de Suez. Se presenta como más humano que todos los otros dioses, puesto que no exige sacrificios horribles de personas, sino sacrificios de animales. Imbuido en erróneas ideas acerca de la

creación del mundo, requiere para Jehová un día, después de los seis de trabajo, no fundando esta exigencia en el natural descanso que el cuerpo exige tras el trabajo, sino en la santificación que hizo Jehová del día séptimo, descansando en él de tal manera, que ya debe hallarse aburrido de no hacer nada, pues de entonces acá todo tiempo, para él, debe ser día de Reposo.

Aparece claro y evidente que Moisés, avanzando sobre todos los pueblos de entonces, y aun sobre todos los católicos presentes y futuros, entiende que dios es una substancia cuya idea se envilece, prostituye ó infama con representaciones ó imágenes, de cualquiera clase que sean; y para evitar que su pueblo caiga en el error nauseabundo de vincular en un grosero ó bello objeto la idea sólo perceptible en el espíritu, prohíbe con palabras atroces, toda fabricación de imágenes; tan atroces, que llegan á la crueldad más bárbara, incomprendible en Dios, de amenazar con sus iras á los hijos, nietos y biznietos de los adoradores de imágenes.

Si hoy resucitara Moisés, cuya ley Jesús dijo que venía á confirmar, y viese á nuestros católicos y católicas divididos en miles de cofradías para el culto de tal ó cual santo ó santa; si entrase en nuestros templos y viese cubiertas de mantos chamarruscos nuestras vírgenes de la Buena Leche ó del Buen Parto, á un San Roque con su perro, á un San Antón con su cochinillo, á un Cristo con una peluca de cola de buey bermejo, ó un faldellín apollado, un triángulo con un ojo dentro para representar al Padre, una paloma para significar el Espíritu Santo y tantas aberraciones idolátricas como se ven, yo no sé lo que haría, pero sospecho, que con el geniecito que gastaba, era capaz, no ya de romper las tablas sobre la cabeza de tanto idólatra, sino de acudir á Jehová y pedirle para el mundo católico otra nube como la de Sodoma y Gomorra.

Todo es concebible en quien tan claramente pone en boca de Dios estas palabras: «No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa.»

Afortunadamente para todos, Moisés no resucitará, y los católicos caerán de su asno, quiero decir, que se avergonzarán un día de la locura que les nace inclinarse ante las imágenes, algunas de las cuales merecen conservarse en un museo para muestra del mal gusto artístico de sus desdichados autores.

VALERE FLAMMAM
VERITATIS XVII

Las voces de Jehová debieron ser tan fuertes, la trompetería que sonaba tan estridente, las llamas tan vivas y el humo tan espeso, que, contra lo que parece fuera de toda duda, y contradiciendo además aquello de que *la verdadera felicidad consiste en estar mirando á Dios cara á cara*, los israelitas se escaman de tener á Jehová tan cerca, y, llenos de espanto, dicen á Moisés: «Habla tu con nosotros, que nosotros oiremos: mas no hable Dios con nosotros, porque muramos.» Esto me demuestra, como debe demostrar á toda persona de buen sentido, que Moisés produjo un pánico en su pueblo, sin más objeto que establecer las leyes que proyectaba con la fuerza y energía, y con las condiciones de estabilidad, que no hubieran podido tener promulgadas como mandatos ó recomendaciones de un misero mortal. Los aterrada, unge unas voces, hace creer á los aterrados que aquellas voces son la palabra divina; éstos le envían á entenderse directamente con Dios, y he aquí al legislador hablando en nombre de la divinidad y no en el suyo propio. Admiraremos su habilidad y su buena intención: despreciemos la milagrería de que se vale, y sigamos analizando la obra.

*
* *

De aquí en adelante, queda relegado Jehová al segundo término de una sombra ó del tabernáculo, en donde habla con Moisés, que luego transmite al pueblo los mandatos de la divinidad. Y de una vez por todas advierto que, para mí, todo lo que se escribe en el *Exodo* con esta constante muletilla: *Y dijo Dios á Moisés*, no son otra cosa que tradiciones vagas del pueblo hebreo ó retazos de su primitiva legislación, ó principios morales adoptados por este pueblo antes de su instalación por conquista en la tierra de Canaan, conviniéndome advertir que, como ya tengo demostrado, no fué Moisés el autor de este libro, el cual debe atribuirse á la época de la restauración de Jerusalen por Esdras.

*
* *

No hagáis dioses de plata, ni dioses de oro.

Allá se las entiendan con este precepto terminante de la *Biblia*, palabra de Dios según los católicos, los católicos que se arrodillan ante los Cristos, Virgenes y Santos de todos generos, categorías y dimensiones, hechos de plata ú oro macizos, de estos metales huecos, ó de estos metales alterados ó simulados, como los fabricados de plata Meneses, hoy tan en boga. Por mi parte, si no tengo por divino este mandato, le tengo por altamente humano, racional y digno; y como lo que en estas condiciones observo lo creo bueno, divino ó no divino, que se observe.

*
* *

«Y si me hicieres un altar de piedras, no las labres de cantería; porque si alzares tu pico sobre él, tú le profanarás.» Yo no creo que Dios se metiera en estas nimiedades arquitectónicas; pero los católicos que lo creen, como Jesús no dijo en su evangelio cosa en contrario, saltan manifestamente á la ley de Dios á todas horas al construir sus altares de mármol pulimentado.

Pero ¡vamos! soy blando y suave en este punto, porque se me antoja que ellos, como yo, consideran esto una humorada de Moisés, por más que otra cosa aparenten.

* *

«Y no subirás por gradas á mi altar, porque tu desnudez no sea junto á él descubierta.» Yo veo subir al altar nuestros sacerdotes por gradas, en que descubro una contradicción á estas palabras. Lo que no he podido descubrir, es qué quiere decir esto de *desnudes*; por más que sospecho que debe ser alguna porquería.

¿No se está viendo aquí á Moisés haciéndole decir á Jehová cuanto á él se le antojaba?

* *

El capítulo XXI del *Exodo* establece leyes judiciales sobre los esclavos, hurto, homicidio y otras materias. Esta lectura patentiza lo que tengo dicho, y no es ninguna novedad por cierto, á saber: que el *Pentateuco* entero es una legislación hebráica, mezclada de tradiciones y leyendas más ó menos fundadas ó ridículas, con añadidura de principios morales y religiosos en que se hace cómplice á la divinidad de las ideas y preocupaciones del legislador.

Dios, ó no es nada, ó es lo eternamente justo. De dar leyes, éstas acusarían su justicia eterna, ó no serían leyes suyas. ¿Quién hay hoy que admita la esclavitud, que en este capítulo se sanciona y se reglamenta? ¿Quién que apoye la poligamia aquí sancionada? ¿Quién que considere justo el castigar con la muerte las simples lesiones, el herir á los padres ó maldecirlos? ¿Quién, después de San Agustín, que apellidó á la ley del talión la justicia de los injustos, no se horrorizará de que se haga decir á Dios en este capítulo:

Ojo por ojo, diente por diente, mano por

mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe.

Afirmate, alma mía, en vista de estas palabras, en tu opinión de que esto es una patraña. ¿No ofenderías á Dios creyéndole capaz de estas abominaciones?

* *

Al lado de estas leyes inicuas é infames, hallo esta otra tonta y ridícula, porque aquí hay de todo como en botica, lo mismo mortal cicuta que unguento amarillo:

«Si un buey acorneare hombre ó mujer, y de resultas muriese, *el buey será apedreado* (quiere decir, muerto de esta bárbara manera), *y no se comerá su carne.*»

Vea el lector por dónde diablos los días que en los toros hay alguna cogida, desde el municipio que consiente la venta de la carne del *acorneador*, hasta los monos sabios que le sacan del corral y le hacen las primeras operaciones de desuello, infringen la ley de Dios. Verdad que ni ellos lo saben, ni de saberlos se les da una higa; lo que encuentro muy digno de censura en tan respetables católicos como somos los españoles.

* *

Capítulo XXII.—Leyes sobre hurto, depósitos, usuras y otros delitos. Como esto no interesa á nadie, á no ser á los abogados judíos, después de repetir lo que de lo dicho hace al caso, paso adelante, riendo de los inocentes que tienen á la *Biblia* por la palabra escrita de Dios. Sin embargo, para edificación de los que creen, copio estas palabras:

«A la hechicera no dejarás que viva. Cualquiera que tuviere ayuntamiento con bestia, morirá. El que sacrificare á dioses, excepto á sólo Jehová, será muerto.»

¡Vaya un orden, una decencia y una caridad las del Dios israelita!

*
* *

Capítulo XXIV. Sigue la legislación olvidada, trasnochada y estrafalaria. Y digo estrafalaria, por el revoltijo en las disposiciones, y en el espíritu que las inspira.

Al lado de este versículo, digno del Evangelio, donde hay una parábola que se le parece:

«Si vieres el asno del que te aborrece, caído debajo de su carga, ¿le dejarás entonces desamparado? Sin falta ayudarás con él á levantarle», leo este otro, en que Jehová da horror:

«Yo enviaré mi terror delante de tí y consternaré á todo pueblo donde tú entrases, y te daré la cerviz de todos tus enemigos.»

Como se ve, Moisés procura inspirar un odio inmortal á su pueblo hacia aquellos contra quienes le dirige. Además se ponen en boca de Jehová promesas nunca cumplidas acerca de conquistas de territorios; promesas de que los judíos, hace tanto tiempo sin casa ni hogar, deben conocer muy bien el valor que se merecen.

XVIII

A pesar de sus incoherencias y falta de método, el capítulo XXIV explica claramente que Moisés, después de haber hecho hablar sobre lo principal á Jehová en oídos del pueblo, elige á sus íntimos y á setenta ancianos, con los cuales sube á Dios, que, amansándose y prodigándose, se deja ver de todos ellos. «Y vieron—dice el texto—al Dios de Israel: y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno.» Las señas son mortales; y el que no forme por ellas la filiación de Jehová, poco debe tener de lo de Salomón.

*
* *

Leo en este mismo capítulo: «Y Moisés escribió todas las palabras de Jehová.» «Y tomó el libro de la Alianza y leyó á oídos del pueblo.» Prueba concluyente, añadida á otras que apuntadas tengo, de que no es el *Pentateuco* la obra de Moisés, famosa con los nombres de *la ley de Dios, la ley de Moisés, ó el libro de la Alianza*, entre los hebreos, sino esto que aquí se dice escribió y leía á oídos del pueblo, libro cuyas disposiciones legislativas y cuyas fantásticas narraciones están esparcidas, ampliadas y repetidas y truncadas y hasta mixtificadas en los cinco libros del *Pentateuco*, muy posteriores á aquella obra original de Moisés.

*
* *

Después de haber mostrado, como queda dicho, á Jehová, sobre un embaldosado de zafiro, no gustándole á Moisés tanta gente, aunque debía ser de su confianza, quédase con su criado Josué solamente, y se dirige con él á la cumbre del Sinai, dejando el gobierno del pueblo, acampado al pie de la montaña, al cargo de Aaron y de Ur. Al monte descende una nube, que á los israelitas les parecía fuego, y entre aquella nube ó fuego permanece Moisés cuarenta días y cuarenta noches, palabras textuales, como para indicar que allá se dormía, y no probablemente sobre colchones de pluma.

*
* *

¿Qué hace en tanto tiempo, y en tan aislado lugar, el gran profeta israelita?

Cualquiera autor que no fuera el Espíritu Santo nos lo diría seguidamente. Pero el Espíritu Santo no lo tiene por conveniente, y nos encaja siete capítulos de legislación que pudiéramos llamar suntuario-religiosa, en que se nos dan los más insignificantes y hasta ridículos detalles sobre cosas que á los hombres de hoy que no sea

mos judíos, nos tienen perfectamente sin cuidado. Siempre es Jehová el que dice á Moisés que haga esto ó lo otro; y bajo esta perpétua muletilla, el profeta ordena lo que debe hacerse, y, en efecto, se hace entonces y queda estatuido por invariable ley para en adelante.

En el cap. XXV se hace la descripción de *tabernáculo* en que el pueblo de Israel debe adorar á Jehová. Aquí aparece Jehová como arquitecto sumamente ligero, que muestra diseños de muy poco gusto á Moisés. Mándale hacer una especie de tienda, un arca de madera de Sittim, unas anillas de madera para el arca y unas varas que se puedan meter por las anillas; dos que, rubines, una mesa con sus anillas y sus varas correspondientes, platos, tazones, un candelero de abigarrada forma, siete candelijas, despabiladeras y platillos para éstas.

No puede darse cosa más ridícula que estas divinas ordenanzas, en que se determinan hasta las dimensiones de los chirimbolos del culto hebraico.

El cap. XXVI está destinado á describir por menudo las cubiertas de la tienda, templo ó cosa parecida, que se denomina *tabernáculo*. Lo bufo llega hasta el punto de consignarse las lazadas, corchetes ó pasaderas que han de tener las cortinas. Estas insignificancias, que desdoran la divinidad, en cuya boca se ponen, permiten imaginar con bastante exactitud lo que debió ser el *tabernáculo*, y pensar que los huracanes del desierto podían, llevándole en volandas, así como una lluvia fuerte, ponerle más blando que una breva.

Conviene advertir que por aquel tiempo los indios habían ya construido las soberbias pago-

das halladas en la roca viva de las montañas que hoy son el pasmo del viajero.

Y Jehová, que todo lo debía saber, estar tan atrasado, que se contenta con tan pobre y ruin y endeble construcción como era el *tabernáculo*!

Modestia cuando menos no le faltaba, y conocimiento de los medios é inteligencia de su pueblo, á quien, francamente, por entonces, pedirle más hubiera sido gollería.

Capítulo XXVII. Tiene este rótulo: Del altar y de los holocaustos; del átrio alrededor del *tabernáculo*, y de las lámparas.

¡Menudencias! ¡Adelante!

En el cap. XXVIII se describen las vestiduras sacerdotales. No tiene, pues, importancia más que para los sastres de teatro que se vean obligados á servir un drama de la época mosaica, ó para algún pintor, reñido con el dinero, que se diera á pintar cuadros en que figurara algún gran sacerdote de Israel, que si fuera representado propiamente como le manda vestir Jehová en este capítulo, haría grande efecto en la chiquillería y gente menuda.

Capítulo XXIX. Del altar de los perfumes: del medio siclo, pila de bronce, bálsamo sagrado é incienso, y otras cosas pertenecientes al *tabernáculo*. Leído este capítulo, sólo me ocurre compadecer al desgraciado que tenga que volverle á leer. Sin embargo, en él se dan dos recetas: una para componer un unguento, y otra un perfume. Pero que ningún perfumista caiga en la tentación de aprovecharlas, porque dice así Jehová, que no puede mentir, ni engañarse ni engañarnos:

«Cualquiera que compusiere unguento semejante, y que pasiere de él sobre algún extraño, será cortado sobre sus pueblos.»

* *

No sólo manda Jehová lo que se ha de fabricar, y cómo y con qué se ha de fabricar para el culto, sino que ordena á Moisés cuáles artifices, y no otros, son los que han de fabricarlo. Estos dos elegidos son Bezaleel y Aholiab, cuyos nombres consigno con mucho gusto, pues, aparte de todo, ellos debían ser lo más selecto de su pueblo, como trabajadores de genio, cuando fueron por Moisés designados para la obra. Y los nombres de los obreros ilustres los tengo por tan dignos de la celebridad como los de los ilustres capitanes ó teólogos, ó tal vez un poco más.

* *

Ahora viene lo bueno:

En tanto que Moisés estuvo en el monte con Josué, el pueblo israelita, á quien pocos días antes había hablado Jehová á grandes voces; que había prometido solemnemente no tener otro Dios que aquel Jehová que tantos milagros con él había realizado; que había jurado fidelidad á Moisés, creyendo desaparecido á su profeta, se dirige á Aaron y le pide un Dios á la usanza de aquellos tiempos, un dios material, visible y tangible, á quien sacrificar.

Aaron pide al pueblo todos los zarcillos de oro que el pueblo poseía, los funde y hace un becerro de oro, ante el cual se arrodilla humilde y regocijadamente el pueblo, ofreciendo á la bestia de oro toda clase de sacrificios.

Paréceme que, en vista de esto, el que crea los pasados milagros, tan portentosos, que forzosamente, de haber existido, debían haber creado entre los israelitas un convencimiento en el poder de Jehová superior á toda sugestión y á

toda imposición en contrario, no se alza la altura de un tacón de bota sobre el sentido moral del último de los hebreos que dió los pendientes para fundir el becerro.

No menos extraña é inverosímil que esta desobediencia del pueblo, es el diálogo que en tanto sostienen en el monte Moisés y Jehová, que se resume así:—*Jehová*: Moisés, bájate de aquí, mira que tu pueblo se ha puesto á adorar un becerro. Yo veo que son duros de cervigullo los tales hebreos, y que hacen el mismo caso de mis milagros y de mis ordenanzas que de las coplas de Calainos. Déjame ahora que los mate á palos, que á tí te daré otra gente más decente.

Moisés: No me los mates, Jehová, no me los mates. ¡Qué dirían los egipcios entonces de mí! ¡Pues poca burla que me harían si después de lo que les tengo á los míos prometido, los encontrarán por estas breñas y desiertos despedazados! Acuérdate también que ellos son los hijos de Jacob y de Abraham, á quienes prometiste innumerable y poderosa descendencia. ¡Qué se diría de tí si no cumplieses tu palabra! ¡Vaya que los dos estamos en un compromiso!

Jehová: Tienes razón. No hay nada de lo dicho. Me arrepiento de haberme dejado arrebatarse.

* *

Que este ridículo diálogo es una falsedad, se demuestra en el mismo capítulo, pues Moisés descendiendo, cargado con dos tablas de piedra, que debían pesar bastante para unas manos temblonas como las suyas, acompañado del fiel Josué. Al oír el estrépito del campamento, Josué dice: Parece que hay pelea... Moisés, que si fuera verdad el diálogo debía saber lo que pasaba, replica: No; es que cantan y se divierten.

La ignorancia de Moisés es lógica, lo ilógico es el diálogo con Jehová. Esta ignorancia le hace, como es natural, arrebatarse en cólera al saber

la verdad. Tira las tablas, haciéndolas pedazos, corre al altar y arrebató el becerro que le deshonra, hácele moler en fino polvo, echa éste en agua y se la da á beber al pueblo miserable que prostituye la idea de la divinidad, vinculándola en un inmundo animal.

Este acto del anciano y sabio legislador, le pone muy alto en mi consideración: sólo energías de esta clase y caracteres de este temple salvan las naciones y salvan las doctrinas. ¡Bien por el valeroso monoteísta, por el ilustre pensador y legislador, que da á beber su dios á un pueblo fetiquista! ¡Tanto como es despreciable y necia la milagrería que acompaña á estas narraciones, es sublime y heroica la conducta del salvado de las aguas en esta ocasión solemne!

XIX

Acabo de entusiasmar me con Moisés, con motivo; y con motivo también voy ahora á tildarle de bárbaro y cruel. Destruído el becerro de oro, y bebido por el propio pueblo que acababa de adorarle, Moisés, en vez de castigar á Aaron, su hermano, admite sus vanales disculpas, y descarga su ira sobre el necio vulgo, que es en la Biblia siempre y para todo el último mono.

Al efecto del castigo, Moisés congrega á la tribu de Leví; arma esta gente destinada al culto, y á quien tenía marcada predilección por ser de la familia, y por orden de Jehová los lanza sobre los idólatras indefensos. En nombre, pues, de la Divinidad, los levitas hacen una matanza horrible, degollando al niño como al anciano, á la mujer como al varón robusto. A este hartazgo horrible de sangre inocente, le llama el Exodo *consagración* de los levitas. ¡Horror me dan tal Dios y tales sacerdotes!

A la barbarie junta aquí Moisés la burla, pues cuando ya el degüello estaba hecho, ruega pia-

dosamente á Jehová que le perdone al pueblo el nefando pecado que había éste cometido. Por supuesto que Aaron, en vez del castigo que merecía, recibe la prebenda del sumo sacerdocio, á pesar de haber fabricado el *becerriño*.

*
**

Aparte de otras zarandajas sobre el ir y el venir, la columna de nube, etc., cosas que ya dan sueño, hallo en el cap. XXXIII un donoso capricho de Moisés, que Jehová, á pesar de lo mucho que le estimaba, sólo satisface á medias. ¡Qué capricho es ese, dirá el lector, tal vez sorprendido que hombre tan serio como Moisés se permitiera *caprichos*? Pues uno bien natural, y es el conocer á Jehová personalmente; á aquel Jehová que á todas horas le hablaba. ¡Ver á Jehová! «Pues qué! —dirás. ¡No le había visto ya sobre un embaldosado de zafiro! ¡No le ha hablado boca á boca, como cualquiera á su compañero!» Sí, lector, todo eso es cierto; pero también deben ser palabras bonitas, y nada más, pues ahora Moisés pide formalmente á Jehová que le enseñe la cara, prueba de que no se la había visto. Mira, si no, cómo leeríamos esto; leo:

«Moisés: Ruégote que me muestres tu gloria. «Jehová: No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre y vivirá. Hé aquí lugar junto á mí, y tú estarás sobre la peña. Y será que, cuando pasare mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano y verás mis espaldas, mas no se verá mi rostro.»

¡Bufo, bufo, extraordinariamente bufo! Con todo su renombre, esta peña de Horeb, esta visión, Moisés tapado por la mano de Jehová en una rendija de la roca, y Dios enseñando nada más que la popa á su profeta predilecto, sólo son digno argumento de una opereta de Offembach.

*
**

Como en el primer viaje había sido inútil, pues en su furor Moisés había hecho pedazos las tablas de la ley ó del pacto con Jehova, hay otra subida al Sinai en el cap. XXXIV, y otra estancia allá de cuarenta días y cuarenta noches. Moisés ni come pan ni bebe agua en este tiempo, á pesar de que debió sudar la gota gorda para labrar las piedras y esculpir los mandamientos. Este Tanner antiquísimo baja, tras dieta tan descomunal, tieso, lucido y resplandeciente, con las susodichas y consabidas piedras. Y esto de lucido no se tome á broma, pues consta que su rostro, sin el saberlo, relucía como la plata, lo que pone espanto á los israelitas que tuvieron ocasión de observar esta nueva maravilla de tocador.

Sobre esto de los cuarenta días y sus noches que estuvo Moisés, por dos veces, en el Sinai, la segunda sin comer ni beber pan ni agua, quiero llamarte un momento la atención, lector benévolo. El número cuarenta tiene en la *Biblia* algo misterioso y chabacano á la vez, que no entiendo. Cuarenta días y sus noches llovió para el diluvio. Cuarenta días es la impureza de la mujer parida. Cuarenta días está Moisés en el Sinai. Cuarenta días estará más tarde Jesús en el desierto, etc. ¿No te huele esto á manera especial de hablar de los hebreos, á que les hicieran más gracia este número que otro cualquiera? Porque á mí tantas cuarentenas se me han hecho sospechosas.

* *

En el capítulo XXXV vuelve á la carga el pedadísimo autor del *Exodo* con la observancia del sábado, estatuto que, por lo repetido, huele ya á puchero de enfermo. Y después pone en boca de Moisés una plática conmovedora con que se engatusa á los israelitas para que den cuanto es necesario para la fabricación del tabernáculo y de los ornamentos del culto. Hecha la requisa, los capítulos XXXVII, XXXVIII y

XXXIX nos cuentan por menudo la fabricación, repitiendo sandiamente, dándolo por hecho, lo que en capítulos antecedentes se describe como ordenado que se haga.

* *

Finaliza el *Exodo*, gracias á Dios, con el capítulo XL, en que se verifica la inauguración oficial, como diríamos ahora, del tabernáculo y sus adminículos, sobre el cual descende una cosa misteriosa, que de día era nube y de noche fuego, la cual servía para advertir al pueblo peregrino sus jornadas, pues si reposaban debían estarse quietos, caminando solamente cuando se alzaba de sobre el tabernáculo.

¡Qué cosas, Señor, que cosas se han escrito, leído, comentado y creído en este mundo!

EL LEVÍTICO

XIX

Así se titula el tercero de los supuestos libros de Moisés. Contiene XXVII capítulos, en los cuales se establecen los ritos del culto judaico, las distintas clases de sacrificios debidos al excelso Jehová, varias leyes de policía é higiene, otras relativas á la propiedad, sumamente curiosas y originales, se consagra el gran sacerdote Aaron, se establece el diezmo y las primicias en beneficio de la elegida tribu de Levi y se prometen bienes celestiales á porrillo á los cumplidores de los preceptos, así como calamidades sin cuento á sus trasgresores: todo como es de rúbrica ordenado por Jehová ó Moisés, y por éste impuesto á los israelitas.

Francamente, lector, no sé cómo tomar este libro, si en serio ó en broma. Seriamente, considerado, es una monstruosidad: mana sangre por todas sus coyunturas. El culto que en él se orga-

niza, consiste en una perpetua degollación de inofensivos animales, ejecutada por unos hombres que más que sacerdotes parecen carniceros, ó mejor dicho, mozos de matadero. Jehová aparece dictando á Moisés más bien un Manual completo del matarife, que no una ley moral, al ordenarle cómo, cuándo y de qué manera especial se ha de elegir la res, se la ha de acercar al altar, se la ha de degollar, se la ha de abrir, cortar en tales ó cuáles partes, quemar éstas sí y las otras no, ó todas juntas, lo que de estos sacrificios se ha de comer y lo que se debe arrojar, y cómo lo comestible ha de comerse. Item más, la clase de animal que ha de ser sacrificado según el pecado, ó falta, ó impureza cometida y la fortuna del que lo cometió. En suma, cuantas pequeneces, inmundicias y porquerías pueden imaginarse en un Dios que no perdona ocasión de que su altar sea regado con sangre caliente y juvenil: he aquí el fondo del famosísimo *Levitico*.

Tomado en broma este libraco, tan leído y comentado en largos siglos por aquellos vagos de *divina orden*, llamados los levitas, parásitos de la casa de Jacob, dió motivo á homéricas carcajadas, á costa del infelizote judío ó judía que se abstenía de conejo, liebre y tocino, por haber sido estas bestias declaradas *inmundas* por los no menos bestias sacerdotes de un Dios tan sucio como Jehová, cuyo altar había que limpiar á todas horas de los excrementos de animales sacrificados, y sobre el que se quemaban á fuego lento ¡qué asco! grandes cantidades de sebo.

Este inundo y bárbaro libraco del *Levitico* suministra la prueba definitiva de que toda esta llamada *revelación* es la más grosera patraña que se ha presentado en el mundo, y que el que ha hecho decir estas cosas á Dios, es un miserable embaucador.

No hay, para convencerse, más que cotejar estas ordenanzas, establecidas en nombre de Jehová, reveladas por Jehová boca á boca á Moisés, con palabras del profeta Isaías, recogidas por éste de los propios labios del mismo Dios, para notar el renuncio de Jehová; mejor dicho, el renuncio de los dos que han pretendido hacer pasar sus fantasías ó sus doctrinas por palabras de Jehová.

En muchos pasajes del *Levitico*, en efecto, después de ordenarse la clase de víctima, y la manera de ser sacrificada ésta por el sacerdote, se dice clara, explícita, terminantemente, que por este solo hecho le será al hombre, mujer, ó al pueblo todo *perdonado su pecado ó falta*. Isaías, en el capítulo primero de su inspirada profecía, pone estas palabras en boca de Jehová: «Harto estoy de holocaustos de carneros, y de sebo de animales gruesos: no quiero sangre de bueyes, ni de orejas, ni de machos cabrios.»

¿Es Jehová, el eterno, distinto cuando habla á Moisés y cuando habla á Isaías? ¿Es un fatuo que tan pronto se despepita por la sangre como la abomina? ¡Ah no! Los fatuos son Moisés é Isaías al pretender que sus palabras sean otra cosa que traducción de sus respectivos pensamientos particulares; los fatuos son los desdichados que creen posible que Dios, lo infinito, vaya en un instante á revelarse, como tal infinito, á una miserable criatura, con exclusión de todas las demás: los fatuos son los que se someten á la dominación de tales impostores ó alucinados.

Empero, declaro que de tales fatuidades se compone la historia del humano progreso. Veo que de Moisés, que considera limpio al hombre de pecado por la degollación de un carnero, á Isaías, que sólo admite la limpieza por el arrepentimiento y las buenas obras, hay un inmenso progreso en el orden moral, así como le hay en-

tre Moisés y los sectarios de Moloch que, en vez de dar á Dios en sacrificio una humana criatura, como era usual en su tiempo, le da una tórtola ó un becerro.

Bendigamos estos progresos: riámonos á mandíbula batiente de las groseras supersticiones en que vienen envueltos: tengamos por usurpado el augusto nombre del Ser Supremo por los unos y por los otros, y pasemos de largo delante de los que aún, insensatos, pretenden en nuestros días dominarnos, por considerarse herederos de los sucios y toscos carniceros que, con nombre de leyitas, comían á costa de los pobres judíos robándoles en nombre de Dios la décima parte de lo que su sudor hacía producir á la tierra.

**

Y no te rías maliciosamente ¡oh rabino, que me leas! disponiéndote á perorar hora y media, para convencerme de que no hay contradicción substancial entre Moisés é Isaías. Yo sé que existe; aparte de que no escribo para tí, sino para mi pueblo, cristiano y por apéndice católico.

Y este pueblo, á quien trato de persuadir de que la *Santa Biblia* es una *filsa magna*, sabe muy bien que si Moisés é Isaías en nombre de Jehová pidieron para remisión de los pecados bueyes, carneros, machos cabrios, tórtolas y palominos, un altísimo profeta, un apostol magno, San Pablo, no menos inspirado de Dios que Moisés é Isaías y todos los profetas habidos y por haber, tiene dichas estas magnificas palabras: *Porque es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabrios quite los peccados.*

Entre el que pide sangre para lavar los pecados, y el que dice que es imposible que la sangre los quite, no cabe acomodamiento.

Ahora bien; como la *Biblia* canónica es un *todo*, y en este todo una parte dice *si* y otra parte *no*, sobre este capital asunto del pecado, la

lógica exige que, ó rechacemos el todo, ó rechacemos lo que dice sí, ó lo que dice no. ¿Estás por la afirmativa? Entonces habló Dios por boca de Moisés, y mienten Isaías y San Pablo. ¿Niegas como éste rotundamente? Declaras impostor á Moisés: porque no cabe suponer que Dios sea el que mienta.

Con Moisés, además, podrás ser judío; pero con San Pablo, no puedes ser buen cristiano. Porque más alto que San Pablo es Jesús, el Hijo de Dios, Dios en persona, que claramente dijo que no venía á derogar la ley de Moisés, sino á cumplirla. ¡Y es manera de cumplirla atacar su fundamento, que es la remisión de los pecados por la sangre de las víctimas designadas en el *Levitico*!

Observa, lector, los líos en que te meterías de no adoptar mi partido, que es el de darles la razón á todos, que es lo mismo que no dársela á ninguno, considerando estas progresivas doctrinas como cosas puramente humanas, y durmiendo á pierna suelta, después de vivir honradamente, no dañando á nadie y dando á cada cual su derecho, importándoseme un bledo de que Moisés se contradiga con Isaías y San Pablo, que no han de responder ciertamente por mí el día del juicio, si es que le hay, ni son necesarios, si por acaso no le hubiera.

XX

Te hago gracia, lector, de todo detalle referente á la degollación de las reses limpiadoras de pecado, porque te imagino poco aficionado á espectáculos de matadero, aunque sólo sea de referencia. Paso por alto la consagración de Aarón, en la cual el consabido milagrito del fuego que baja del cielo y consume en un decir Jesús el holocausto, se verifica por centésima vez, y carece, por consiguiente, de originalidad. Pero quiero exponer á tu consideración el capítulo XI del

Leítico, que lleva este epígrafe: *¿Qué animales son puros y se pueden comer, y cuáles no?* ¡Cómo, dirás: ¿acaso hay animales puros é impuros! siendo como fueron, según el *Genesis*, creados todos por Dios? Si; los hay. Puros, dirás aún, serán los que, comidos, no dañan; é impuros serán los nocivos como alimento. Pues te engañas, por más que tu reflexión sea natural, y en lo único en que pudiera fundamentarse esta estólida división de animales puros é inmundos. Y para sacarte de tu error, si tal has creído, lee lo lo que sigue, en que no se sabe qué admirar más, si la poca ciencia del naturalista clasificador, ó la estupidez del que imagina á Dios inspirador de estas cosas.

«De entre los animales (dijo Jehová), todo el de pezuña y que tiene las pezuñas hendidas, y que rumia, éste comeréis. Estos, empero, no comeréis de los que no tienen pezuña: el camello, porque rumia, mas no tiene pezuña hendida, habéis de tenerlo por inmundo. También el conejo, porque rumia, más no tiene pezuña, tendréis por inmundo: asimismo la liebre, porque rumia, mas no tiene pezuña, tendréisla por inmunda; también el puerco, porque tiene pezuña, y es de pezuñas hendidas, más no rumia, tendréislos por inmundo.

«De la carne de ellos no comeréis, ni tocaréis su cuerpo muerto: tendréislos por inmundos.

«Esto comeréis de todas las cosas que están en las aguas: todas las cosas que tienen aletas y escamas en las aguas de la mar, y en los ríos, aquellas comeréis; mas todas las que no tienen aletas, ni escamas en la mar y en los ríos, así de todo reptil de agua como de toda cosa viviente que está en las aguas, las tendréis en abominación.

«Y de las aves, éstas tendréis en abominación: no se comerán, serán abominación: el águila, el quebrantahuesos, el esmerejon, el milano, y el buitre según su especie; todo cuervo según su

especie; el avestruz, y la lechuza, y el loro, y el gavilán según su especie, y el buho, y el somormujo, y el ibis, y el calamón, y el cisne, y el onócrótalo, y el heredion, y el caradrión, según su especie, y la abubilla, y el murciélago.

«*Todo reptil de ave* que anduviere sobre cuatro pies tendréis en abominación. Empero esto comeréis de todo reptil de aves que andan sobre cuatro pies, que *tuviere piernas además de sus pies*, para saltar con ellas sobre la tierra; éstos comeréis de ellos: la langosta según su especie, y el langostin según su especie, y el haregol según su especie, y el hahgab según su especie. Todo otro reptil de aves que tenga cuatro pies tendréis en abominación.»

Déjote, lector, integras estas majaderías, comentadas cien veces por higienistas y teólogos, para que te rías de ellas en el estilo que te sea peculiar. Pero observa que en esta España, en que hoy esto escribo yo y lees tú sin peligro, muchas criaturas humanas han sido maltratadas, perseguidas, quemadas á fuego lento por haber *judatizado*, no tocando el tocino ó comiendo conejo. Los bárbaros que esto han hecho se llamaban cristianos, que se creían adoradores de Jesús, del Hijo del Dios Jehová, que dicta estas cosas. Perseguidores y perseguidos son polvo, como lo que comieron ó dejaron de comer, y estarán bien convencidos, ya haya otra vida, ya no la haya, de lo necios que fueron en dar y tomar malos ratos por estas cosas.

¡Oh mísera humanidad, destinada á perfeccionarte, caminando por entre estas asperezas!

Después de hablar en lenguaje poco culto en el capítulo XII de la impureza de la mujer recién parida, que si dió á luz varón es inmunda siete días, más treinta y tres de añadidura que no debo nombrar, y si alumbró hembra dos sema-

nas, mas sesenta y seis de lo mismo, (distinción sutilísima que no alcanza un galgo en que pueda apoyarse), dedica el *Levitico* dos capítulos seguidos á la *lepra* y su limpieza, enfermedad que tenia hechos una lástima á los israelitas; lo cual permite deducir que tanto venerable patriarca é inspirado profeta como produjo la casa de Jacob, debieron pasar gran parte de su vida rascándose. Dejo á los medicos el sondeo de estas disposiciones, que á mí, profano en la materia, me parece que indican demasiada ignorancia, suociedad ó mala fe en Jehová, pues sabiéndolo todo, como dicen que lo sabe, bien podia á sus elegidos haberles enseñado á gastar camisas y los sencillos procedimientos con que hoy se cura, y no andarles tomando el pelo con inmunidias y alejamientos incómodos, en que cada hebreo se convertía en una especie de *conde de Uñate*.

* *

Recomiendo á los jóvenes, y aun á los viejos, que no lean el capítulo XIII del *Levitico*, pues ciertas cosas más vale no leerlas, que aprender cómo se castigaban entre los israelitas, á quienes Jehová habla aquí tan en crudo como habla un cabo de escuadra en la cantina, cuando un quinto aficionado al sexto paga la patente.

* *

El capítulo XVI trata de los sacrificios que debía ofrecer el sumo sacerdote el día solemnísimo de la expiación ó perdón general de los pecados. Y halló en él, mezcladas con la sangre, las entrañas y los excrementos de los animales, una cosa rarísima, lector, sobre la cual llamo la atención.

Leo textualmente:

«Después (el sumo sacerdote) tomará los dos machos cabrios, y los presentará delante de Je-

hová á la puerta del tabernáculo del Testimonio. Y echará suertes Aaron sobre los dos machos cabrios: la una suerte por Jehová, y á otra suerte por *Azael*, y hará allegar Aaron el macho cabrio sobre el cual cayó la suerte por Jehová, y ofrecerá por expiación. Mas el macho cabrio sobre el cual cayere la suerte por *Azael*, le presentará vivo delante de Jehová, para hacer la reconciliación sobre él, y enviarle á *Azael* al desierto.

»Y pondrá Aaron ambos manos suyas sobre la cabeza del macho cabrio vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus rebeliones, y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrio, y lo enviará al desierto por mano de un hombre destinado para esto.

»Y aquel macho cabrio llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos á tierra inhabitada; y allí dejará ir al macho cabrio por el desierto.»

¿Qué es esto? ¿Qué quieren decir estas palabras? ¿Quién es este *Azael*, el cual se indica que está en el desierto, y á quien se le envía un macho cabrio, después de haber cargado al pobrecito animal con todos los pecados y pecadillos de un pueblo numeroso, que cometía las aberraciones á que se entregaba el pueblo judío en esta época, bien indicadas en este libro por las bárbaras penas impuestas á los sodomitas, á los incestuosos etc.

Pasa el *Levitico* sobre esto como sobre ascuas. Ni vuelve á nombrar á *Azael*, ni nos dice quién era este caballero, ni qué hacía con el macho cabrio que con tal carga se le enviaba con frecuencia. Yo no he podido rastrear noticia seria acerca de si estos machos cabrios llegaron siempre y con puntualidad á su destino. ¿Quién no me dice á mí que los animalitos cornúpetos de que se trata, al verse tan extemporáneamente libres, no tomaron á trote largo el camino del monte,

no en busca de Azael, sino de la dulce compañera (quiero decir, una cabra), de que habrían sido recientemente separados, endosándola al encuentro y de corrida, la pesada carga de tantísimo pecado, en forma poco correcta y conveniente para la Divinidad! Espero yo, lector, á topar con algún teólogo, consumido en esta clase de investigaciones, para poderme ilustrar en este punto de Azael: por ahora, habrás de contentarte con la irreverente suposición que me ha sugerido mi ignorancia.

* *

Voy aquí á examinar la penalidad establecida en este libro para varias clases de delitos, muy someramente por cierto, y reuniendo dispersas disposiciones, para que los hombres de ley de nuestro siglo examinen, si es posible que de Dios, todo justicia y misericordia, puedan provenir semejantes atrocidades.

Castigase con PENA DE MUERTE, que se ejecutaba de ordinario apedreando al reo, lo siguiente:

- 1.º Los que entregaban algún individuo de su familia al idolo Moloch.
- 2.º Los que maldecían á sus padres.
- 3.º Los que consultaban adivinos.
- 4.º El adúltero y la adúltera.
- 5.º Los incestuosos, varón y hembra.
- 6.º Los sodomitas.
- 7.º El que se ayuntare con madre é hija: los tres eran quemados.
- 8.º Los que cometieren bestialidad, y las bestias juntamente.
- 9.º El que yaciere con mujer menstruando, y ella.
10. El homicida.
11. El blasfemo.

Paréceme que basta para que estas leyes, en

vez de mosaicas, se llamen draconianas con justicia, puesto que manan sangre,

* *

Moisés pertenecía á la tribu de Leví, y sin poderlo remediar, le tiraba esta gente del corazón. Ya hemos visto cómo la ha destinado á las altas y holgadas funciones del sacerdocio, é indicado que por el establecimiento del diezmo la había enriquecido y eximido del trabajo, punto sobre el que volveremos más adelante.

Ahora quiero mostrar que Moisés sabía hacer los favores por entero, que es como tienen mérito y se hacen agradecibles. En el capítulo XXI del *Levitico* se establecen varias leyes acerca de los sacerdotes, que lo prueban elocuentemente. En primer lugar ordena que los sacerdotes no se prostituyan á las ridículas prácticas que se usaban entonces en los funerales, y después, con una previsión tan enérgica como bondadosa, les impide casarse con viuda, repudiada, infame ó ramera. Hombre entendido, sin duda, en estos negocios, manda que los sacerdotes «tomen mujer con su virginidad» (vers. XIII), y que «no mancillen su simiente.» (vers. XIV.)

* *

Hallo perfectamente en su lugar cuanto en este capítulo XXI se refiere á la estética sacerdotal. Realmente, un corcovado, un tuerto, un patizambo, un cojo, un pelón, un legañoso, por buenos y santos que sean, no valen gran cosa, que digamos, para el sacerdocio. Moisés así al menos lo pensaba; y en consecuencia ordenó, colgándole el milagro á Jehová, que jamás esta clase de gente, así como el ciego, el manco, el sarnoso, el que padezca empeine ó tenga el *compañón relajado*, no pasaran del velo adentro, ni se allegasen al altar. Sin embargo de no servirse de ellos, obliga á los israelitas á mante-

nerlos, pues establece que del *pan de su Dios* coman. ¡Oh nepotismo! ¡Y que no tienes antigüedad en este mundo!

*
**

Con perdón de la estética, parecenme un tanto crueles é impías estas exclusiones. ¿No es tan hijo de Dios el jiboso como el que tiene la columna vertebral en su ordinaria curvatura? El que se quedó cojo ó manco haciendo una obra de caridad, ¿no es más digno de sacrificar á su Dios que el buen mozo que conservó su belleza en una holganza egoísta? Indudablemente.

Jehová, sin embargo, no los quiere para su servicio: así lo dice Moisés. En un judío tal vez no te extrañe esto, lector católico, si por acaso mis impías NOTAS SOBRE LA SANTA BIBLIA alcanzan el honor de tu atención, con el debido permiso de la Santa Iglesia, por supuesto. Empero, observa que la Iglesia católica mantiene en su totalidad estas exclusiones, y con ellas la crueldad horrible de desechar en el servicio de Dios á un hombre defectuoso físicamente, por más perfecciones morales que atesore en su corazón.

No habrás visto á cojos, tuertos ni jibosos cantar misa, porque la Iglesia tiene buen cuidado de no ordenar sus sacerdotes sino después de someterlos á un registro parecido al que se somete á los quintos. ¡En nombre de Dios se excluye del servicio divino la criatura humana que cayó en defecto físico!

¿Te asombras al notar esta especie de aberración? Pues es la cosa más natural del mundo. Es el culto católico puro formalismo, como lo era el culto judío, y en un culto de esta clase hay que tener mucha cuenta con las formas, y evitar á todo trance lo ridículo, que haría venir al suelo en una hora las más peregrinas lucubraciones de la mística.

Dime si tú mismo ¡oh católico más ultramontano! al ver avanzar hacia el ara sagrada á un *fac simile* del famosísimo Quasimodo (el campanero inmortal que puso el genio de Victor Hugo en lo alto de las torres de Nuestra Señora de París), renqueando una pata, balanceando la monumental corcova, puesto el ojo de ciclope en el cáliz sostenido por aquellas manazas de gigante, cubierto con una casulla colorada, arrastrando el cingulo por la cortedad de las piernas, dime, repito, si no perderías los estribos de la formalidad, y olvidándote de la transustanciación que opera con unas cuantas palabras latinas, no soltarías el trapo al verle alzar la Santa Hostia y engullirla luego en aquella sima asquerosa de una boca desdentada, babosa y mal oliente.

Si, te reirías sin poderlo remediar. Y para evitarlo la Iglesia católica, siguiendo en esto á Moisés, desecha del sacerdocio á los defectuosos, por más sabios y más buenos que sean estos desgraciados hijos de Dios. ¿Es esto una crueldad? ¿Es una aberración? No. Es simplemente la consecuencia de un principio. Si para dirigirse á Dios necesita el hombre un intermediario, un sacerdote, precisa que este sacerdote sea hombre de buena presencia; de lo contrario, en vez de respeto, inspiraría el intermediario risa, y pronto el fiel comprendería que, siendo Dios Padre de todos los hombres, para nada necesita un bizeo de que un tuerto le enseñe el camino del Paraíso.

En el capítulo XXII del *Levitico* se establecen varias leyes sobre las ofrendas, todas ellas firmadas *Yo Jehová*; de donde barrunto debe haberse tomado la pretenciosa formulilla de *Yo el Rey*, con que se publican todavía las nuestras. Para que el parecido sea completo con la *Gaceta de Madrid*, el *dijo Dios á Moisés*, de cajón en todo el Pentateuco, equivale al refrendo de nuestros ministros responsables: de donde deduzco

que el sistema constitucional, que se pretende hacer pasar como cosa moderna y de última moda, es más viejo que un palmar, por lo que no me extraña verle ya al pobre tan arrugadito y necesitado de que los *martistas* le echen una mano, diciéndole: *tente, no te caigas*.

Entre estas leyes las hay sapientísimas, puesto que prohíben las ofrendas de animales heridos, magullados, perniquebrados, ciegos, sarnosos, mutilados, verrugosos, roñosos, defectuosos, en fin, de cualquier manera que fuese; toda vez que habiendo de ser comido por los sacerdotes, era lógico que éstos eligiesen de lo mejor. ¡Valientes majaderos hubieran sido Moisés y los levitas, ya que ellos hacían la ley, no pidiendo en ella lo mejor de lo mejor para sí mismos! No la monumental especie de tiara con que se adornaban la testa, sino una cabezada, hubiesen merecido los hijos de Aaron si descuidaran este interesante punto, exponiéndose á indigestiones.

* *

El capítulo XXIII vuelve á la carga del Sábado y de las fiestas principales, cosa tan repetida, que huele ya á ensalada fiambre. El XXIV revuelve el aceite de las lámparas con las penas de los blasfemos, lo que nos permite admirar una vez más el orden y la armonía con que Jehová dictaba á Moisés los preceptos salvadores del pueblo escogido.

* *

Copia del capítulo XXV:

«Cuando hubiereis entrado en la tierra que yo os doy, la tierra hará Sábado á Jehová. Seis años sembrarás tu tierra, y seis años podarás tu viña, y cogerás sus frutos; y el séptimo año la tierra tendrá sábado de *holganza*, sábado de Jehová; no sembrarás tu tierra ni podarás tu viña.

«Lo que de suyo naciere en tu tierra segada, no lo segarás; y las uvas de tu viñedo no vendimiarás: un año de *holganza* será á la tierra. Y á tu animal, y á la bestia que hubiere en tu tierra, será todo el fruto de ella para comer.»

Hecho á leer en la Historia las más raras costumbres, en pueblos antiguos y modernos, declaro no haber hallado otra tan rara y original como esta costumbre de los judíos de *holgar* totalmente los años séptimos, todo el año. Pero considero más raro todavía que esta costumbre, que no quiero calificar, traten de fundamentarla en un precepto divino, en una orden de Jehová, que fuera preciso tuviera, no ya la omnisciencia que es de suponer en Dios, pero ni siquiera el caletre del último zascandil dedicado á rastrear la economía política, para establecer una botaratada por el estilo. ¡Bonitas cosas se verían en el año sabático en Judea, estando todo el mundo, chicos y grandes, hombres y animales, y hasta la tierra, de *huelga*!

Los cristianos, á pesar de que Jesús dijo que antes pasarían el cielo y la tierra que una tilde de la ley de Moisés, no tienen año sabático, y desafío á todos los príncipes católicos y al Pontífice romano á que se atrevan á restablecer esta ordenanza divina.

* *

Y aun les desafío á otra cosa, y es á poner en rigor este otro mandato de Jehová, que, copiado á la letra, dice así:

«Y te has de contar siete semanas de años, siete veces siete años; de modo que los días de las siete semanas de años vendrán á siete, cuarenta y nueve años.» (¡Y que no usaba circunloquios aritméticos el caballero Jehová!)

«Entonces harás pasar la trompeta de jubilación en el mes séptimo, á los diez del mes; el día de la expiación haréis pasar la trompeta por toda vuestra tierra.» (¡Tocando ó sin tocarla!

Porque si la pasaban por la tierra en sentido literal, pronto la trompeta se desgastaría sin hacer ningún ruido. ¡Qué manera de hablar tan precisa la de estos escritores iluminados! «Y santificaréis el año cincuenta, y pregonaréis libertad en la tierra á todos sus moradores: éste os será jubileo; y volveréis cada uno á su posesión, y cada cual volverá á su familia.

»El año de los cincuenta años os será jubileo: no sembraréis, ni segaréis lo que naciese de suyo en la tierra, ni vendimiaréis sus viñedos. Porque es jubileo, santo será á vosotros, el producto de la tierra comeréis.» (¡Sin duda que engordarían con el tal producto!)

«En este año de jubileo volveréis cada uno á su posesión. Y cuando vendiereis algo á vuestro prójimo, ó compraréis de mano de vuestro prójimo, no engañe ninguno á su hermano. Conforme al número de los años después del jubileo comprarás á tu prójimo; conforme al número de los años de los frutos, venderá él á ti.»

Para que veas mi imparcialidad, lector, te digo que en este punto me encanta Moisés; digo, Jehová, mejor dicho, los dos, que me parecen socialistas rojos, con su gorro frigio encasquetado, que dan ciento y raya á los *comunistas de París*. Esto del jubileo, esto de cada cuarenta y nueve años hacer cuenta nueva, nuevo repartimiento de la tierra, de las casas, etc., me saca de quicio, porque te aseguro que soy socialista de verdad, y cuando veo autorizado mi ideal de la liquidación social por Dios en persona, y por su primer ministro Moisés, me relamo de gusto. A punto estoy, arrastrado por mi entusiasmo, de tirar la pluma crítica, y, cogiendo una tercerola que guardo de repuesto de cuando fui muchacho y capitán de milicianos, echarme á la calle proclamando *jubileo general* en este año de gracia de 1883. Pero... ¡tate!... hace mucho frío... y lo que pescaría sería una pulmonía, y

no los bienes que fueron de mis ilustrísimos abuelos, entre los cuales presumo, como buen español, moreno y de ojos negros, haber tenido un rey de taifa, que á su vez presumía descender en línea recta del muslo de Mahoma, como éste de los lomos de Abraham, el cual fué hijo de Noé, que lo fué de Enós, que lo fué de Set, que lo fué de Adán, que lo fué de Dios, según atestigua San Lucas en su Evangelio. Y, además, presumo que de pescar alguna otra cosa proclamando el jubileo, en reclamación de ser puesto, como Dios manda, en los bienes de mis abuelos, sería esta cosa una paliza de alguna pareja de orden público, que, trasfiriéndome al juzgado, me expondría á unos cuantos años de presidio, como demagogo repartidor de bienes, ó á que me encerraran de por vida en el manicomio de Leganes. ¡Porque el señor Rey D. Alfonso de Borbón, sus ministros, sus jueces y fiscales, gobernadores y guindillas de menor cuantía, presumen, eso sí, de muy católicos, de muy apostólicos, y de muy romanos; pero en esto del jubileo, se me figura que hacen tanto caso de la palabra de Dios como de las nubes de antaño! Y pensar en acudir á los principes de la Iglesia para el repartimiento de los bienes y la extinción de las deudas, es pensar en lo excusado. Jubileos tienen ellos, pero son jubileos de cama, en que, en vez de darles lo que fué suyo de pasado, lo único que hacen con los pobres *jubilantes* es zarandearlos á su gusto, y sacarles los cuartos que tienen de presente.

Y ve aquí, lector, por qué me quedo en casa, contra mis instintos, y por qué también ando á la greña con la Iglesia católica en estas NOTAS: porque lo poco bueno y de mi agrado que dijo Jehová, ella lo tiene puesto en entredicho, ó baldío, en perjuicio de todos: en perjuicio mío, y tal vez tuyo, lo del jubileo: en perjuicio suyo, aquello de qué te tengo hablado, sobre que los sacerdotes

tomarán *mujer con su virginidad*, pues ahora, de tomarla, habrá de ser de tapadillo, y en esta clase de *tomaduras* hay riesgo manifiesto de salir diciendo con Quevedo: *más catada que colmena, más probada que argumento.*

En el capítulo XXVI, Jehová, tratando á sus israelitas como se suele tratar á los niños, les dice que si cumplen lo que les tiene mandado les dará confites, pero que si le desobedecen lloverá sobre ellos toda género de calamidades. Con toda su omnisciencia, no sabe una palabra de si cumplirán ó no sus ordenanzas; como no sabe un padre de nuestros días que se va al teatro, si sus niños se portarán bien ó mal durante su ausencia. ¡Deploremos la poca trastienda de los que fabricaron á Jehová!

En el último capítulo de este libraco del *Levitico* se habla de los votos, que ya es antigua esta clase de *chifladura*, la cual hace pagar Jehová bastante cara, en dinero contante y sonante, que se había de entregar á los levitas, cosa que encuentro muy en su lugar, porque ya entonces debía andar corriendo por el mundo aquello de que «el loco por la pena es cuerdo.»

También hallo muy justo que en los versículos XXX y XXXI diga lo siguiente: «Y todas las décimas de la tierra, así de la simiente de la tierra como del fruto de los árboles, de Jehová son: es cosa consagrada á Jehová.—Y si alguno quisiere redimir algo de sus décimas, añadirá su quinto á ello.» Sí, señor, esto lo hallo muy justo. ¿No quería Moisés que los levitas viviesen holgada y cómodamente? ¿Pues qué mejor manera de conseguirlo que los diezmos? Así, sin sembrar, ni

plantar, ni trillar, ni segar, ni vendimiar, ni varear los olivos, tenían pan, vino, aceite, frutas y cuanto les hacía falta. Asombrémonos de su inmenso talento, y de la inmensa estupidez de los que se dejaban diezmar.

NOTA DE NOTAS.—El cura de mi pueblo, y los de otros pueblos también, echan espumarajos de rabia contra un tal Mendizábal, que dicen abolió los diezmos, que aquí en España se pagaban todavía no hace muchos años. ¿Saben ustedes quién fué ese señor Mendizábal, que se atrevió á burlarse de Jehová y contradecir estos versículos? Si ustedes le conocen, denle un abrazo apretado de mi parte, sin que lo sepan, por supuesto, el cura de mi pueblo y de otros pueblos, que, aunque no me han excomulgado todavía por estas *Notas*, con las cuales más de cuatro sé yo que pasan ratos deliciosos, tal vez no dejarán pasar esto del mendizabalesco abrazo.

LOS NÚMEROS

XXI

Si á su nombre atendiéramos, y á la materia que contiene el primer capítulo de este libro de *los Números*, podríamos considerarle un tratado de estadística muy recomendable por su venerable antigüedad. Dícense en él cuántos eran los israelitas, al hacerse el recuento ó empadronamiento por Moisés; y como á mí estas cuestiones de números me encantan, y no puedo (¡fuerza de la costumbre!) resistir la tentación de encasillarlos y encuadrarlos convenientemente, voy, con permiso de Moisés, á poner un poquito de orden en sus cuentas, para entenderlas mejor.

Los individuos que figuran en este empadronamiento, son: «Todos los varones de veinte años arriba, todos los que podían salir á la guerra.» Desde luego hay aquí una falta de claridad altamente deplorable: pues por la primera proposición, hay que entender que fueron empadronados

todos los individuos de veinte años; más por la segunda que sólo lo fueron los útiles para la guerra, sin que conociéramos el cuadro de exenciones á la sazón vigente, lo que nos impide calcular los individuos en que la primera cuenta excedía á la segunda, ni sacar el tanto por ciento ó relación correspondiente, como fuera de rigor en un estadístico que supiera medianamente su oficio, como debiera serlo Jehová, que se queda muy por bajo, por esto sólo, del último oficial de nuestro moderno cuerpo de estadística.

La cuenta fué echada por tribus, como era natural, que no en todo se había de andar Jehová por las ramas; de modo que, disponiendo las cosas á la moderna, resulta el siguiente cuadro:

TRIBUS	Individuos de veinte años arriba, útiles para la guerra.
Tribu de Ruben.....	46.500
— de Simeon.....	59.300
— de Gad.....	45.650
— de Judá.....	64.600
— de Isachar.....	54.400
— de Zabulon.....	57.400
— de Efraim.....	40.500
— de Manasés.....	32.200
— de Benjamín.....	35.400
— de Dan.....	62.700
— de Aser.....	41.500
— de Neftali.....	53.400
TOTAL.....	603.550

Falta en este cuadro la tribu de Levi. ¿Por qué? Porque los levitas no fueron contados por orden de Jehová. Pero como á Jehová no se le daba una higa de contradecirse, más adelante manda contarlos, y los cuentan; pero no ya de

veinte años arriba y útiles, como á los demás israelitas, sino de un mes arriba, y resultan:

Levitas de un mes arriba, 22.000.

Por más vueltas que le doy, no me sale á mi la cuenta que me había propuesto echar, que era consignar el número total de israelitas en tiempo de Moisés. No puedo sumar los levitas á los otros, porque son números heterogéneos respecto á la edad. Me habré de limitar á un cálculo aproximado.

Supongo, pues, que, pasando las cosas entonces como ahora, respecto á la mortalidad de las distintas edades, de los 22.000 levitas, de un mes arriba contados, sólo la mitad, ó sea 11.000 en números redondos, como lo son todos los de las tribus empadronadas del cuadro anterior (observación curiosa que no debes dejar escapar, querido lector), pueden computarse como de veinte años arriba, y útiles, por añadidura.

Sumando, pues, tendremos:

Todas las tribus sin los levitas.....	603.550
Levitas.....	11.000
	<hr/>
	614.550

Comparando los levitas^{**} con las demás tribus, se observa que, á pesar de vivir holgadamente, de estar destinados al sacerdocio, llenos de privilegios, son muchísimos menos que sus compañeros. Como aún no habían entrado en Canaan, viniendo de trabajar todos en Egipto, no puede achacarse esta asombrosa infecundidad de Levi á la vida literaria, sino á flaqueza natural de los forjadores del culto judaico y de las revelaciones de Jehová.

Pero dejemos esto á otra clase de crítica, y prosigamos el cálculo. Resultando 614.550 hombres de veinte años arriba, útiles para la guerra,

¿qué número total de individuos formarían el pueblo de Dios, que, salido de Egipto á la escada, andaba, al ser empadronado, peregrinando por los desiertos de la península arábica?

Sé que mi cuenta está sujeta á error, y sé que será impugnada de chica ó grande por los estadísticos modernos; pero como soy libre de opinar, opino que los contados debían constituir la octava parte del total de población, incluyendo mujeres, chiquillos y esclavos.

En resumen: que para mí, la chusma que pasó el mar Rojo á pie enjuto, huyendo de la caballería de Faraon, á los pocos años de andar peregrinando, constituía un pueblo de *cerca de cinco millones de individuos*, que es el mayor milagro que en la Biblia encuentro. Ni el vivir de maná, ni el ayuno de Moisés, ni los truenos y relámpagos del Sinai, ni las tablas escritas por Dios, ni la nube, ni la bocina, nada me choca tanto como que cinco millones de criaturas humanas anduvieran de la Ceca á la Meca por espacio de cuarenta años, huyendo de los egipcios, y procurando evitar encuentros con los cananeos, ammonitas y demás pueblecillos cuyas tierras codiciaban. ¡Cinco millones de personas!—¡Pues ahí se meten en cualquier parte, y se las habla de cualquier modo y á cualquiera hora, como las hablaba Moisés! ¡En cualquier parte acampan, como se las hace acampar!

Creo que en la cuenta se debió correr Moisés, so pena de que se corran de vergüenza los que tengan por cierto que tantas personas como son los catalanes, aragoneses y valencianos de hoy día juntos, tantas como todos los portugueses, anduvieran á la rastra de un solo hombre por medio siglo, sin sembrar, ni plantar, ni cultivar, ni comerciar, ni fabricar, ni comer carne, sino viviendo aislados, alimentándose de maná que les caía del cielo, y bebiendo el agua que una vara mágica hacía saltar de las duras y peladas

rocas de los abrasados desiertos de la Arabia.

*
* *

¿Sabes, lector, por qué se contaron los levitas de distinta manera que los demás hebreos? Porque para más autorizar Moisés los privilegios que en favor de ellos establecía, hace decir á Jehová que á Dios *eran debidos* todos los primogénitos. Este *eran debidos* significaba, entre los crueles pueblos sacrificadores de víctimas humanas, que á Dios debían inmolarse los primogénitos, y entre los israelitas, que debían consagrarlos al culto de Jehová. Moisés hace una especie de retruécano, y consagra, en vez de los primogénitos israelitas, los levitas todos, que eran su familia. Se echa una nueva cuenta, y resultando de ella que los primogénitos de todo Israel eran 22.273, mientras que los varones levitas eran, como se ha visto; 22.000 cabales, habiendo todavía 273 primogénitos más que levitas, hácese rescatar á las otras tribus estos 273 primogénitos al precio de cinco siclos por cada uno. Aaron, sumo sacerdote, gracias al retruécano y á la gramática parda de su hermano, además de las prebendas recibidas, embolsa 1.365 siclos. ¡Esto es saber trasquilar á las ovejas!

*
* *

Si este número tan redondo como sospechoso de los 22.000 primogénitos nos sirviera para el cálculo de la población, podríamos discurrir de esta manera: 22.000 primogénitos existentes son, poco más ó menos, 30.000 familias, que á cinco individuos una con otra hacen 150.000 individuos; mas otros tantos, tirando de largo, en que pudiéramos calcular los no incluidos en ellas, dan 300.000 almas para el pueblo de Moisés, que por otro sistema hemos visto ascender á la friolera de cinco millones, es decir, un pueblo acampado en el desierto, que es igual que el pueblo portu-

gués, mayor que el holandés, etc. Por un lado cinco millones; por otro, un tercio de millón, es mucha diferencia. ¡muchas! ¡muchas!; y abandono mi propósito de averiguar el verdadero número de los israelitas en el Desierto, porque, ó las leyes del cálculo, ó las de la generación, han debido variar del tiempo de Moisés al día.

Acabada la estadística, pasan los *Números* á ordenar la distribución de los oficios sacerdotales entre las tres familias en que se dividían los levitas, y como yo, ni tú lector, hemos de hacer oposición á ninguna de estas prebendas, maldito lo que nos importa saber quién las tuvo. ¡Adelante, pues!

¡Atención! ¡Atención! Capítulo V, versículos XI y siguientes:

«Y Jehová habló á Moisés, diciendo: Habla á los hijos de Israel y diles:

»Cuando la mujer de alguno se desmandare, é hiciere traición contra él, que alguno se hubiere echado con ella en carnal ayuntamiento, y su marido no lo hubiere visto, por haberse ella contaminado ocultamente, ni hubiere testigo contra ella, ni ella hubiere sido cogida en el acto, si viniere sobre él el espíritu de celo, y tuviere celos de su mujer, habiéndose ella contaminado: ó viniere sobre él el espíritu de celo, y tuviere celos de su mujer, no habiéndose ella contaminado; entonces el marido traerá su mujer al sacerdote, y traerá su ofrenda con ella, la décima parte de un epha de harina de cebada: no echará sobre ella aceite, ni pondrá sobre ella incienso; porque es presente de celos, presente de recordación que trae en memoria pecado. Y el sacerdote la hará acercarse, y la hará poner delante de Jehová.

»Luego tomará el sacerdote del agua santa en un vaso de barro: tomará también el sacerdote

del polvo que hubiere en el suelo del Tabernáculo, y echáralo en el agua.

»Y hará el sacerdote estar en pie á la mujer delante de Jehová, y descubrirá la cabeza de la mujer, y pondrá sobre sus manos el presente de la recordación, que es el presente de celos; y el sacerdote tendrá en la mano las aguas amargas que acarrearán maldición.

»Y el sacerdote la conjurará y le dirá:—Si ninguno hubiere dormido contigo, y si no te has apartado de tu marido á inmundicia, libre seas de estas aguas que traen maldición: mas si te has descarriado de tu marido, y te has amancillado, y alguno hubiere tenido cóito contigo, fuera de tu marido (el sacerdote conjurará á la mujer con juramento de maldición, y dirá á la mujer misma): Jehová te dé en maldición, y en conjuración en medio de tu pueblo, haciendo Jehová á tu muslo que caiga, y á tu vientre que te se hinche; y estas aguas que dan maldición entren en tus entrañas, y hagan hinchar tu vientre y caer tu muslo. Y la mujer dirá:—Amén, Amén.

»Y el sacerdote escribirá estas maldiciones en un libro, y las borrará con las aguas amargas, y dará á beber á la mujer las aguas amargas que traen maldición, y las aguas que obran maldición entrarán en ella por amargas.

»Después tomará el sacerdote de la mano de la mujer el presente de los celos y mecerálo delante del altar. Y tomará el sacerdote un puñado del presente en memoria de ella; y lo quemará sobre el altar, y después dará á beber las aguas á la mujer. Darála, pues, á beber las aguas; y será, que si fuere inmunda, y hubiere hecho traición contra su marido, las aguas que obran maldición entrarán con ella en amargura, y su vientre se hinchará, y caerá su muslo; y la tal mujer será por maldición en medio de su pueblo. Mas si la mujer no fuere inmunda, sino que estuviese limpia, ella será libre, y será fecunda.

»Esta es la ley de los celos...»

Esto lo que es, digo yo, es la sarta de disparates más grande que me he echado á la vista en letras de molde. Y la Iglesia católica que esto me da en la *Santa Biblia* por palabra de Dios, que es todo sabiduría y bondad, por ley de Dios, es un sociedad de memos, si se creen estas majaderías, ú otra cosa peor todavía si no las creen y pretenden que los demás las traguemos, so pena de arder miles de años en las calderas de Pero Botero.

Los que entre los hebreos se apartaban del comercio social para consagrarse á Jehová, haciendo solemne voto de vivir santamente, llamábanse Nazareos, y los *Numeros* dan cuenta de los alimentos de que habían de abstenerse, de la policía de su persona, y de las ofrendas rituales que eran precisas al hacer el voto y transcurrido el tiempo porque le hicieron.

Chócame extraordinariamente que al iniciarse una religión, en el desierto, se reglamenten ya los nazareos, que me parece imposible surgieran de repente, como los hongos, en tan extraordinaria situación como en la que se hallaban los hebreos entonces. Empero, reflexionando un poco, lo chocante es que me choque nada, por anacrónico, en el *Pentateuco*, cuando tengo dicho y redicho que está escrito muchos siglos después de muerto y enterrado Moisés, á quien con mejor ó peor intención le colgaron los muñidores de estos cinco libros tantísimo milagro y tantísimo dislate.

El capítulo VIII cuenta por menudo las ofrendas que hicieron al templo ó tabernáculo (¡vaya una palabreja!) los doce príncipes (¡vaya unos principazgos!) de las doce tribus de Israel, cosa que nos debe tener á todos sin cuidado. Después cuenta una conferencia de Dios con Moisés, ce-

lebrada en el propiciatorio; y como ya son tantas las que tenían celebradas, en esta nueva charla no hay cosa de particular.

* * *

El capítulo IX se ocupa de la celebración de la Pascua al pie del Sinai, y de la columna de fuego y la nube que guiaron en su marcha á los hebreos, sirviéndoles de brújula en su escapatoria y zig-zags por el desierto, nada menos que por espacio de cuarenta años. ¡Cuarenta! El número cabalístico de los israelitas.

* * *

Para que se vea hasta en qué menudencias se metía Jehová, hay que leer en el capítulo X las órdenes divinas para que se haga Moisés dos trompetas de plata (¡de plata! ¡para que sonaran mejor!), á cuyo estrépito toda la congregación había de tomar el portante. Si quedamos en que la congregación era de cinco millones de individuos, según nuestra cuenta anterior, pareceme que dos trompetas, aunque fueran de plata, son poca trompetaría.

* * *

El capítulo XI merece más consideración que los capitulillos ramplones que acabamos de anotar.

Se quejó el pueblo, dice, á oídos de Jehová, y Jehová, que debía estar con algún ataque al hígado, y de malditísimo humor, tan pronto como lo oye, se enardece en furor, y sin más acá ni más allá, consume con fuego un cabo del campo israelita. Huyendo de la chamusquina, llegan los hebreos dando voces á Moisés. Moisés, como es justo, ora, y Jehová se tranquiliza y se soterra el fuego. Excusados fueran los cuerpos de bomberos, las bombas y las mangas de incendio, si nuestro Excmo. Ayuntamiento topase por esos

mundos con un varón agraciado de Jehová, al punto que lo era Moisés. ¿Se oía tocar á fuego? Pues se acudía al varón, oraba éste, y punto concluido.

Apagado el incendio, la chusma israelita tiene un antojo naturalísimo: comer carne. Hartos de maná, que en este capítulo sabe á aceite nuevo, mientras que en otro capítulo anterior sabía á miel sobre hojuelas, sabores que me parecen muy distintos, los desdichados hebreos se acordaban de los puerros, ajos, cebollas y melones que comían en Egipto, y se les hacía la boca agua con este recuerdo. ¡Una panzada de ajos, puerros y cebollas, ó la muerte! Tal vino á ser el grito de una especie de sorda conjuración incipiente que sorprendió Moisés al ver á todos sus compatriotas llorosos á las puertas de las tiendas.

Amoscado Moisés con Jehová, se encara con este irritable monarca de cielos y tierra, y le endereza la siguiente catilinaria:

—«¿Por qué has hecho mal á tu siervo? ¿Y por qué no he hallado gracia á tus ojos, que has puesto la carga de este gran pueblo sobre mí? ¿Concebi yo á todo este pueblo? ¿Engendrélo yo, para que me digas: llévalo en tu seno, como lleva la que cría al que mama, á la tierra de la cual juraste á sus padres? ¿De dónde tengo yo carne para dar á todo este pueblo? Porque lloran á mi diciendo: danos carne que comamos. No puedo yo soportar á todo este pueblo, que me es pesado en demasía... ruégote que me des muerte...»

Es de observar que siempre que se amoscaba Moisés y amenazaba á Jehová con echarlo todo á rodar, Jehová se amansaba, accedía á los deseos de su profeta, y se portaba como persona juiciosa, á reserva de hacer la suya en cuanto á Moisés se le pasase el amoscamiento y las ganas de morir: en lo que el Dios de Israel se parece como un huevo á otro huevo á cualquiera de tantos reyes ó reyezuelos como, por su buena ó mala

fortuna, han caído bajo la férula de un favorito de agallas.

Y responde á la catilinaria de su profeta de esta manera: «Quieren carne? Carne tendrán no un día, ni dos ni diez, sino un mes entero, *hasta que se les salga por las narices*; modismo más propio de una verdulera moderna que de un Dios tan antiguo como Jehová. ¿Quieres quien te ayude? Yo haré setenta jueces, para lo cual cojeré de tu *espíritu* y pondré en ellos.

Y, en efecto, Jehová que tenía muy poca inventiva, repite el milagro de las codornices, que un viento que manda arroja sobre el campo, con las mismísimas circunstancias de poco antes de regalarles el maná. Empero, las que ahora cayeron merecen detenerse un poco á contarlas.

En efecto, como Moisés hubiese dudado de que su Dios Jehová le pudiera dar carne para un pueblo de 600.000 guerreros, Jehová, un tantico picado por la duda, le había dicho: «¿Háase acordado por la duda, le había dicho: «¿Háase acordado la mano de Jehová? Ahora verás si te sucede mi dicho ó no.» Y cuando llega el momento oportuno de lucirse, dice: *¡allá vá!* y arroja la siguiente friolera de codornices:

«Y salió un viento de Jehová, y trajo codornices de la mar, y dejolas sobre el real un día de camino de la una parte, y otro día de camino de la otra, en derredor del campo, y casi dos codos sobre la haz de la tierra.»

Un día de camino (quiero quedarme corto, y suponer que el real es un punto) le calculo en 30 kilómetros; y el casi *dos codos* en 70 centímetros. Este espacio cilindrico es un volumen de 1.978 millones de metros cúbicos, y poniendo á 1.000 codornices por metro, para que estén anchitas y sin estropearse las plumas, una por decímetro cúbico, resulta que cayeron cerca de *dos billones* de codornices, que es la mayor barbaridad de codornices de que se ha oído hablar en este globo terráqueo; que si esto pudiera tomarse por otra

cosa que por una de tantas hipótesis á lo Manolito Gázquez como contiene la *Biblia*, debiera apellidarse también codornicesco (1).

Llorando por puerros, ajos y cebollas, los israelitas que ven caer tantas codornices, se apresuran á comerlas con diente voraz; pero aquí de la mala fe, ó mala voluntad de Jehová, ó como quiera llamarse lo siguiente:

«Aún estaba la carne entre los dientes de ellos, antes que fuese mascada, cuando el furor de Jehová se encendió en el pueblo, é hirió Jehová el pueblo con una muy grande plaga. Y llamó el nombre de aquel lugar Kibroth-hattaavah, por cuanto allí sepultaron al pueblo codicioso.»

Si esta lectura no convence de que Jehová es un Dios inventado, y al cual se le han prestado todos los defectos de los hombres, juntos con la exageración andaluza, pero sin la gracia admirable de que ésta suele estar impregnada, no sé lo que puede en esta tierra de garbanzos producir convencimiento.

**

Vamos ahora á la jugarreta que intentaron hacerle á Moisés sus propios hermanos.

El gran profeta ejercía, como primer ministro de Jehová, un poder absoluto, ni discutible por venir de Dios, ni discutido por la superioridad manifiesta del que lo ejercía. Por mucho tiempo el pueblo, si había murmurado ó se había desmandado alguna vez, había vuelto *incontinenti* á la obediencia, mediante un par de milagritos ó una degollina hábilmente ejecutada. Según iba envejeciendo Moisés, es de suponer que irían menguando su actividad y su bríos. Y llegó un día en que el profeta, el legislador, el caudillo se ve amenazado.

(1) Se necesitarían, para contarlas una sola persona, la friolera de veintiun mil años, contando 180 por minuto.

¿Por quién? Aunque sagrada esta historia, suceden en ella las cosas que son racionales del propio modo que en la historia profana. Moisés se ve amenazado de suplantación por los mismos á quienes había colmado de beneficios y puesto en autos de sus trapicheos con Jehová. Aaron, su hermano, aquel *coero* de que se había servido por no ser él mismo hombre de palabra, elevándole después al pontificado máximo; María, su hermana, la panderetera que le hizo popular entre las mujeres, se conciertan, y, disgustados de que Moisés hubiese casado con una etiopisa, levantan estandarte de insurrección, diciendo que también por ellos había habido Jehová.

Esto me demuestra que Moisés debía ser hombre de pelo en pecho y alegrón, cuando á sus años se atreve nada menos que con una etiopisa, ardiente como el fuego, aunque no sea más que por razón de nacimiento, y que además había, sin duda, andado poco cauto en sus coloquios con Jehová, cuando sus hermanos pretenden saber tanto como él en el negocio.

La insurrección, por fortuna, no tuvo consecuencias serias. Moisés, que, dice la *Biblia*, era *más manso que todos los hombres de la tierra*, se encierra con Aaron, María y Jehová en el Tabernáculo, y hace que Dios dirima la contienda, dándoles á todos una lección de Teología, tras la cual se va dejando á María leprosa. Asústanse los conspiradores, se humillan á su hermano, María sale del real á rascarse y curarse, espera el pueblo la limpieza de esta señora, y luego prosigue su interminable caminata, que todavía da lugar á muchos cuentos y anotaciones.

Rascado que hubo María su sarna siete días, movimieron el campo los israelitas, viniendo á acampar, tras la jornada, en el desierto de Paran. Subrayo lo de desierto, porque conviene no-

tar que la palabra desierto en la *Biblia*, tan pronto significa yermo como despoblado. Acampados en Paran, después de tanta tontería, hacen algo práctico y conveniente, comenzando en este capítulo XIII lo verosímil y probablemente histórico á descargar el ánimo de tanta fábula insoportablemente teológica como hasta aquí ha venido contando el *Pentateuco*.

Por orden de Jehová, como no podía menos, dado el estilo, Moisés elige doce hombres, uno por tribu, y los envía á reconocer y explorar la tierra de Canaan, sobre la cual pretendía caer en son de conquista, para raer sus habitantes *por orden de Dios*, y colocar en ella á sus israelitas sin casa ni hogar, por orden también de Dios, que es un comodín en todos estos negocios de guerra y desolación, el cual, como los ases de bastos y de espadas en el juego del tresillo, hace á todos los palos.

Vanse los exploradores, y después de andar cuarenta días (picaro número cuarenta! ¡ya salió otra vez!) de la Ceca á la Meca, tornan al campamento á dar cuenta de su cometido. Si alguna vez el viejo refrán español, *cada cual dice de la feria como le va en ella*, ha tenido aplicación exacta, es en la ocasión presente. Todos convienen en que la tierra es buena; pero unos, que han visto las cosas con el cristal de aumento del canguelo, dicen que los hombres son gigantes y las ciudades grandes y fuertes, siendo vano, por consiguiente, intentar la conquista. Otros, Josué y Caleb, de esforzado corazón, acallan la chillería que arma el pueblo al oír que la tierra está poblada de hombres tan grandes, que ellos á su lado no pasaban de langostas, y mantienen con arrojo la urgencia de lanzarse inmediatamente á los combates. Es en vano: el miedo se impone: todo el mundo alborota, pretendiendo huir; se arma el gran lío contra Moisés, á quien acusan de miserable engañador. Moisés, viendo irri-

tado á Jehová, le ruega que no le deje en ridículo con los egipcios: Jehová se enfurece y se calma; el pueblo tornadizo quiere al fin ir á la pelea; Moisés es ahora el que no quiere, el pueblo insiste; le pegan los amalecitas y cananeos la gran paliza; y... lo de siempre... Jehová hiera á los israelitas y los condena á todos los de veinte años arriba á morir en el desierto sin entrar en Canaan, excepto á Josué y Caleb, los valientes exploradores que propusieron la inmediata conquista.

¡Vaya una historia sandungueramente contada, con acompañamiento de payaso! El payaso es Jehová, *va sans dire*.

* *

Dícese del que va de mal en peor, que sale de Málaga para entrar en Malagón. Otro tanto puede decirse del misero lector de la *Santa Biblia*. Salimos de una mala historieta y entramos en una malditísima legislación, en que se determinan los pecados particulares ó públicos que debían redimirse con ofrendas, consistentes en novillos ó cabras, que me parece representan en el *Pentateuco* el mismo papel que las bulas en el derecho canónico. ¿Pecaste en tal ó cual cosa? Paga tantas ó cuantas pesetas... y *laus Deo*.

* *

Capítulo XV, versículos XXXII, XXXIII, XXXIV, XXXV y XXXVI: «Y estando los hijos de Israel en el desierto, hallaron un hombre que recogía leña en día de sábado. Y los que le hallaron recogiendo leña, trajéronle á Moisés y Aaron, y á toda la congregación; y pusieronlo en la cárcel, porque *no estaba declarado lo que habian de hacer*. Y Jehová dijo á Moisés:—Irremisiblemente muera aquel hombre; apedréelo con piedras toda la congregación fuera del campo. Entonces le sacó la congregación, y apedreáron-

lo con piedras, y murió, como Jehová mandó á Moisés.»

Ningún tirano de la tierra, ni Caligula el loco, ni Sila el despiadado, ni Torquemada, ni Calvino, ni Marat, han cometido un crimen más atroz, ni más encanallado que el que cometieron Jehová, Moisés y Aaron compinchándose para apedrear á un pobre hombre que recoge leña un sábado. Ni hay canalla igual al que pretende que Dios ha mandado ni podido mandar nunca castigar con la muerte á un hombre por ser hacendoso y prevenido, como el infeliz israelita de esta historia bíblica. Hasta tal punto indignan este relato y esta ley, que, si fuera posible la encarnación de Jehová, se hiciere hombre y pretendiera inculcar este mandamiento, no habría hombre de bien que no cogiera las piedras, sí, pero para lapidar á tan monstruoso ser.

¡Acaso por contener estas cosas se llama la *Biblia Santa*? ¡Baldon sobre el que lo sostenga!

Pero iba tomando en serio lo que sólo es digno de risa. Esto del sábado sólo merece el siguiente comentario ó cuento, que tanto monta.

Allá en siglos pasados, cuando en Sevilla vivían juntos judíos y cristianos, un hebreo platero era muy amigo de un zapatero cristiano. Aunque la religión los separaba, uníalos con fortísimo lazo la pasión á las buenas mozas. Alternaban ambos los favores de una vecina barbiana que lo mismo hacía á pelo que á pluma, quiero decir, á judío que á cristiano; los cuales, aunque poco temerosos de Cristo y de Jehová, éranlo tanto de los puños y las estacas del marido mitoraurizado tan sin piedad en las dos distintas religiones, que se guardaban lealmente las espaldas.

Sorprendido cierto sábado el cristiano, hubo

de huir en ropas mínimas, porque decir menores fuera impropio decir del que se hallaba en pelota, llevándole su mala fortuna al alero de un tejadillo, desde donde, en lastimosas y recatadas voces, pidió repetidamente al judío que le trajera una escalera, porque, tirándose, irremisiblemente haríase tortilla. Iba el judío á complacerle, cuando recordó que era sábado, y le dijo:—Perdona, compañero; me es imposible servirte; hoy es sábado de Jehová, y me está absolutamente prohibido el trabajo por mi Dios. ¡Figúrese cualquiera la cara que pondría el cristiano á estas razones, y más haciendo frío y sobreviniendo el marido con la estaca! Arrojóse á muerte ó á vida del tejadillo, y á gran fortuna tuvo no salir más que cojo del maldito atasco en que le habían metido la buena moza y el sábado de Jehová.

El cojo recién encojado debía ser un librepensador en canuto, por cuanto nada dijo al judío sobre la perrada sabbática; mas no por eso dejó de guardar allá en el fondo su rescoldillo contra el judío y contra Jehová. Pasado tiempo, pero no el mal vivir de ambos compinches y de la mala casada, tocóle al judío caer en el garlito. Huyendo de la estaca del marido, resbaló y cayó en el pozo que en el centro del patio de la casa había, según usanza andaluza, viniendo á hallarse en la más deplorable situación imaginable para un hombre, cual es la de enrasarle la boca el agua. Y allí fué el lamentarse y vocear al cristiano, pidiéndole por Cristo y por su San Pedro que fuera á buscar una sogá para sacarle del pozo. Nuestro cristiano andaluz acercóse renqueando á la boca del pozo, y mirando atentamente á su compañero que se rebullía en el fondo para no ahogarse, le dijo con sorna:—Dispense, compadre, hoy es martes, el sábado de mi religión, y no puedo trabajar: *¡con que arremojarse!*

Tras la barbarie de matar al que trabajase en sábado, basada en la anti-científica creación

del mundo en seis días y el descanso divino en el séptimo, ordena Moisés á su pueblo, siempre como porta-voz de Jehová, que en *cada pezuelo de los vestidos se pongan un cordón cardeno*, para que de este modo, cada vez que tocasen el cordón, se acordaran de su Dios y de sus divinas ordenanzas. Este mandato divino me parece muy bien, pues indica que Jehová conocía perfectamente á su pueblo, muy parecido en lo olvidadizo á cierto amigo mío, que fiando muy poco en su memoria, á cada cosa que le encagaban se hacía un nudo en el pañuelo, con que llegaba á casa todas las noches con el moquero hecho un rebuño de nudos, que deshacía lentamente, recordando lo que cada uno significaba y jurándose no olvidarlo al levantarse, en que, al salir de casa y mirar el pañuelo, no viendo en él ningún nudo, se iba tranquilo, olvidado ya de haberlos desatado.

Hasta en nuestros días se cantan salmos que recuerdan con horror la sedición de Coré, Datan y Abirán, asustando á los fieles con el tremendo castigo que sufrieron estos caballeros por su inaudita maldad. Veamos esta historia. Dice así en extracto, porque el estilo bíblico es algo indigesto para abusar de él.

Coré, Datan, Abirán y Hon se alzaron con doscientos cincuenta príncipes de Israel contra Moisés, pretendiendo que, siendo santa toda la congregación israelita, con toda ella estaba Jehová, y en consecuencia, era una usurpación la autoridad que á nombre de Jehová, con exclusión del pueblo, Moisés y Aaron ejercían. En toda la Biblia he visto un razonamiento más lógico que este razonamiento teológico-democrático de Coré y sus compañeros, en que se inspiró después por muchos años la constitución del pueblo

hebreo, únicamente por este principio democrático digna de ser tenida en cuenta y estudiada.

A Moisés debió parecerle execrable, sin embargo, esta doctrina, y acoge con despego la representación, pretendiendo después venir á parlamento con los sublevados, que, llamados, no quieren ir á presencia del caudillo, á quien encierran en el tabernáculo, donde lo hubiese pasado mal sin la gloria de Jehová que aparece, y sin Jehová mismo, que después de mandar apartar al voluble pueblo de los doscientos cincuenta príncipes y sus familias, hace que se abra la tierra y se trague vivos á aquellos impíos demócratas teológicos con toda su prole, dándolos sin duda por festín al infierno, si es que este respetabilísimo lugar de eterno tormento existía en aquel tiempo: hondura de interpretación en que no seré yo quien se meta, teniendo tantos sabios doctores la Santa Madre Iglesia, que sabrán responder al meticuloso lector de estas *Notas*, que hubiera curiosidad de saberlo.

En estos pobres Datan y Abirán, sobre quienes tantas maldiciones han llovido en muchos siglos, no acierto yo á ver sino unos Gracos judíos, como los Gracos romanos sacrificados á una oligarquía poderosa, con circunstancias chuscas como la de abrirse la tierra, la de arder los incensarios consumiéndose á los que los ofrecían, etc., que demuestran la gran recámara de Moisés, y su energía y falta de piedad en el castigo.

Con estas y otras degollinas, el poder de Moisés y del gran sacerdote Aaron se va haciendo cada día más fuerte y respetado, que era una gran necesidad para un pueblo que había de ser lanzado á una conquista terrible. A esta necesidad todos los pueblos del mundo han sacrificado hombres y principios inoportunos, como lo eran en el desierto Coré y su democracia teológica. No por malos, sino por vencidos, se los maldice.

Vinieron los sarracenos,
Y nos molieron á palos;
Que Dios protege á los malos
Cuando son más que los buenos.

* *

A la muerte de Coré, Datan y Abiran sucede otro acontecimiento obscuro. El pueblo murmura de nuevo contra Moisés al día siguiente, y hay otra degollina de catorce mil y setecientas personas; por de contado, por orden y con intervención de Jehová, que parece á Saturno comiéndose á sus propios hijos. Creo, sin embargo, que debemos poner en cuarentena acontecimientos tan ridiculamente contados, en que lo natural y lo sobrenatural van alternando por versículos como alternan por escenas en las comedias de magia en que Mariano Fernández dejaba bobos, con sus trajes de fantasía, á todos los muchachos de Madrid los domingos de invierno por la tarde.

* *

¡Y es claro! Vencida la insurrección, el sacerdocio perpetuo y exclusivo de Aaron es confirmado con un milagro, que después se repite varias veces en la Biblia, pero que como ahora es original, voy á contar.

Se cogen doce varas, una por tribu, y por la tribu de Levi la de Aaron. No se dicen si estas varas eran de fresno ó de alcornoque, pero sí que Moisés las colocó delante de Jehová en el Tabernáculo del Testimonio. Al día siguiente Moisés saca del altar la vara. Y el pueblo se da por convencido, después de la paliza dada á los insurrectos, de que Aaron debe ser el gran sacerdote perpetuamente, porque la vara de este *había brotado hojas, flores, y almendras*. ¡Almendras y todo!

Darja cualquier cosa por esta vara, con las

almendras por supuesto, para tener el placer de enviársela de regalo á S. S. León XIII, pontífice máximo, para que con ella zurrara la badana á cierto secretario íntimo que, no há muchos meses, le ha dejado plantado, haciéndose protestante.

* *

Del capítulo XVIII nada puedo decir que no sea una constante alabanza de sus versículos, en que Jehová y Moisés aseguran la pitanza á los levitas, para quienes Canaan era Jauja, pues comían, bebían y no trabajaban. ¡Así se deben hacer las cosas para que se pueda decir que están bien hechas!

* *

Receta para hacer el agua bendita de los hebreos, dictada por Jehová, médico, á Moisés, y confeccionada en la farmacia sacerdotal de Eleazar. (Del capítulo XIX.)

Se coge una vaca roja. Se degüella. Unta en su sangre el dedo el sacerdote y rocía con ella siete veces el altar. Luego se quema la vaca, *con cuernos y estiércol*. Después se añade al fuego *palo de cedro, é hisopo, y escarlata*, á voluntad, pues no se fija la dosis. El todo, reducido á ceniza, se guarda.

Quando una cosa ó persona era inmunda, se echaba la ceniza de ésta en un vaso, se vertía sobre ella *agua viva*, se mojaba en esta quisicosa un hisopo, y se rociaba la cosa ó persona, que de inmunda se tornaba limpia.

¡Que t..... a..... l..... tal!

Si leyendo esto no convenimos, con el marqués de Valdegamas, en que la Biblia es el compendio de la eterna sabiduría, y que lo explica todo, desde la Creación del mundo en el Génesis, hasta su consumación en el Apocalipsis, habremos de convenir en que somos tontos de remate. El *¡Eureka!* de Arquímedes; el *e pur se muoce!* de

Galileo, ¿podrán jamás contener la ciencia y el arte que contienen este pasaje de la vaca roja y aquel otro del macho cabrío que se enviaba á Azael al desierto? ¿Han perdonado jamás los pecados de todo un pueblo las poesías de Byron, como los perdonaba el macho cabrío, graciosamente trotando hacia el desierto? ¿Han hecho á alguien limpio las esculturas de Fidias, como le hacían las cenizas de esta vaca roja mezcladas con agua viva y esparcidas con un hisopo?

El capítulo XX de los Números comienza con la muerte de María y acaba con la de Aaron. María, hermana de Moisés, sólo es nombrada en el Pentateuco como excelente panderetera y malísima conspiradora, pues conspirar contra uno de sus hermanos en unión del otro, que es su supremo mérito, le valió un sarnazo. Muere como un cualquiera en Cades, sin que sepamos de esta distinguida dama si fué casada ó vivió en constante soltería, olvido lamentable del autor del Pentateuco, que, ó no debió nombrarla, ó decirnos, tratándose de una mujer, cosa que tanto á la biografía de esta importa.

La muerte de Aaron reviste caracteres propios de su alta dignidad de gran sacerdote. Jehová se la anuncia á Moisés y le manda que suba con el moribundo y su sobrino Eleazar, hijo de Aaron, á la cima del monte Hor, viaje un poco cansado para unos viejos. Hácenlo así, y solos los tres, Moisés quita las vestiduras de gran sacerdote á Aaron y se las pone al hijo de éste, Eleazar. Aaron, hecho esto, se muere en la cumbre del monte, y el pueblo le hace duelo por treinta días.

* *

En este mismo capítulo se cuenta la murmuración, número no sé cuántos, del pueblo contra Moisés y un milagro de éste, de igual naturaleza y con las mismas circunstancias que

tro ya contado, en que, herida una peña por la vara de Moisés, brota agua en que sacian su sed el pueblo y las bestias.

* *

La primera acometida contra los Cananeos vimos ya que los salió mal á los israelitas, haciéndoles variar de rumbo. Ahora bien; establecidos en Cades, tratan de engatusar á los hijos de Edom, ó sean los idumeos, para que les dejen pasar por su país en són de paz. Van y vienen embajadas de Moisés al rey de Edom, rogando el primero el paso por el camino real, prometiendo pagar cuanto tomen, no echar á perder las sementeras, y ni siquiera beber el agua de los pozos. Edom dice que nones; y amostazado con nuevas insistencias, sale armado y con *mano fuerte*. Los israelitas dan doble derecha.

* *

Capítulo XXI. Paliza de los cananeos á los israelitas. Voto de éstos á Jehová, que Jehová escucha propicio, de que si se vuelven las tornas, destruirá las ciudades cananeas. Vuelta de las tornas, es decir, paliza de los israelitas á los cananeos.

Desde Hor vuelven al mar Rojo para evitar á los idumeos, y en el camino, vuelta á la eterna cantinela de murmurar contra Moisés, y castigo consiguiente, que ahora es sumamente curioso.

«Y Jehová envió entre el pueblo serpientes ardientes que mordían al pueblo; y murió mucho pueblo de Israel...» Para que cesara la mortandad... «Jehová dijo á Moisés: hazte una serpiente ardiente, y ponla sobre la bandera; y será, que cualquiera que fuese mordido, y mirare á ella, vivirá...» Parece que el refran castellano que enseña que Dios que da la llaga da la medicina, debe tener origen en algo parecido á

esto. Jehová, que lanza las serpientes *ardientes*, especie que desconozco por completo, para que piquen y maten, llaga terrible, da también el sencillísimo remedio de mirar la serpiente, medicina tan sencilla como barata para todo el que no fuera ciego ó corto de vista.

De lo demás que contiene este capítulo, sólo interesa esta frase del versículo XXVII: *por esto dicen los proverbistas*. Sea la que quiera una cosa, para pasar á proverbio, ha de ser dicha por mucho tiempo por todo un pueblo.

Y fuera muy chocante que Moisés, que cuenta en este libro la hazaña proverbial, supiera que lo es, si no supiéramos al mismo tiempo que, como autor inspirado del Espíritu Santo, podía escribir esto, como después escribe su muerte con todo detalle.

Héme de ocupar ahora de tres capítulos en que se cuenta la mayor maravilla que ha tenido lugar en nuestro planeta; que yo no sé qué á la de hablar una borrica, maravilla alguna pueda compararse.

Fué el caso que en Pethor, ciudad moabita, había un adivino llamado Balaam, que se ganaba la vida echando maldiciones y bendiciones, como era usanza en los adivinos de aquella época en aquella tierra maldita entregada á las más vil idolatría. Llegados los irrealistas en són de guerra á las fronteras de Moab, el rey de este país, llamado Balac, lleno de miedo, mandó embajadores á Balaam para que fuese á la corte á echar la correspondiente maldición á los israelitas amenazadores. Recibió galantemente Balaam á los embajadores de Balac, haciéndoles pasar la noche en su casa. Jehová aquella noche se presenta á Balaam, le pregunta qué gente tiene, le dice Balaam quiénes son y lo que desean, y Jehová le advierte que no maldiga al

pueblo de Israel, que es su pueblo, sino que le bendiga, y que no se vaya con los embajadores.

Hácelo así Balaam; pero Balac, cada vez con más miedo, y cada vez fiando más de la maldición de Balaam, le envía nuevos embajadores para que le persuadan á ir á la corte, donde le colmará de beneficios, á cambio de la consabida maldición. Duermen los nuevos embajadores en casa de Balaam, y por la noche vuelve á presentarse Jehová al adivino para decirle que vaya á la corte, pero que no haga ni diga más que lo que él le ordene.

A la mañana, Balaam monta su borrica y se va con los embajadores de Balac. Dejo la palabra á la *Biblia* para contar lo que sigue:

«Y el furor de Dios se encendió porque él iba *(nótese que iba por orden de Dios)*: y el ángel de Jehová *(obsérvese que unas veces dice Dios, y otras Jehová)* se puso en el camino por *ADVERSARIO* suyo. Iba, pues, él montado en su *asna* y llevaba consigo dos mozos suyos. Y el *asna* vió el ángel de Jehová que estaba en el camino, con su espada desnuda en su mano; y apartóse el *asna* del camino, é iba por el campo. Entónces hirió Balaam al *asna* para hacerla volver al camino. Mas el ángel de Jehová *(que no habían visto tampoco los dos mozos)* se puso en una senda de viñas, que tenía pared de una parte y pared de la otra. Y viendo el *asna* al ángel de Jehová, pegóse á la pared, y apretó contra la pared el pie de Balaam: y él volvió á *herirla* (van dos heridas). Y el ángel de Jehová pasó más allá, y púsose en una angostura, donde no había camino para apartarse á diestra ni á izquierda. Y viendo el *asna* al ángel de Jehová, *échose* debajo de Balaam: Y enojóse Balaam, é hirió al *asna* con el palo.» (Van tres heridas, la última de palo.)

«Entónces Jehová abrió la boca al *asna*, la cual dijo á Balaam: ¡QUÉ TE HE HECHO QUE ME

»HAS HERIDO ESTAS TRES VECES? Y Balaam respondió al asna: Porque te has burlado de mí, »¡ójalá tuviera espada en mi mano, que ahora te »mataría! Y el asna dijo á Balaam: «NO SOY YO »TU ASNA? SOBRE MI HAS CABALGADO DESDE »QUE TÚ ME TIENES HASTA ESTE DIA: «HE »ACOSTUMBRADO Á HACERLO ASI CONTIGO? Y »él respondió: No.»

Este diálogo entre Balaam y su borrica me causa el efecto de lo maravilloso, deslumbrándome hasta el punto de imposibilitarme para todo comentario, dejándolos á la discreción del lector piadoso.

INCIDENTE

Quedé en la nota anterior extático, hecho una pieza, archiatónito y pasmado ante la sin par y estupenda maravilla de hablar la borrica que montaba el adivino Balaam. Ante el comedimiento, la cultura y discreción con que aquella pollina moabita interpela á su dueño enfurecido y ciego, me sentí incapaz de comentario alguno: insistir en lo sublime, es echarlo á perder: basta señalarlo á la admiración, para ser admirado, y eso hice yo, dejando al ilustrado lector de estas *Notas* el deleite de abismarse en propias reflexiones sobre este milagro bíblico, como todo lo milagroso inexplicable, y como todo lo bíblico cierto con certidumbre más que matemática, pues las matemáticas pueden errar, y el Espíritu Santo ni puede errar ni erró jamás, como es sabido.

Pero es el caso, lector benévolo, que debo confesarte algo que habrá de chocarte mucho, y es, que cuando yo creía que nada podía pasarme tanto en este mundo como esto de saber á ciencia cierta, quiero decir á ciencia *espíritu santesca* (y pase la palabra), que había hablado una borrica, me equivocaba de medio á medio, por no decir de todo en todo.

—¡Pues qué! dirás acaso, pasmado á tu vez, ¿habrá oído hablar el Sr. Ríofranco á algún borrico?

—No tanto, amigo, no tanto; que estas cosas milagrosas, es decir, imposibles de toda imposibilidad, porque si no fueran imposibles no serían milagrosas, no las hace Jehová todos los días, y sin más ni más, y menos con gente librepensadora como yo, entre la cual, buscar quien, como Balaam, sea tan corto de vista que no conozca á la primera ojeada y á tiro de ballesta un angel de Jehová de los que llevan espada, fuera tanto como buscar en el golfo aquellas cotufas de que nos habla Cervantes.

No, lector; no he oído hablar á ningún borrico de cuatro patas, que de cierto no sería más maravilloso que el hablar de la burra de Balaam, por aquello de la preponderancia del sexo masculino, fundada en la incontrovertible preeminencia que Jehová, poco galante con las damas, le dió al fabricarle primero.

Tal vez haya topado el Sr. Ríofranco (dirá probablemente algún malicioso) con un cura bueno, tolerante, y ingénuo, despreocupado, racionalista y republicano, sin ama en casa ni llos fuera, y ésto le habrá dejado más atónito que la charla de la burra de Balaam.

—Poco á poco, señor mío, replicaré á este malicioso lenguaráz: Ríofranco, ciertamente que no ha visto eso todavía; pero si lo viera, no se pasmaría de ello, porque sabe dos cosas. La primera, que un cura es un hombre, lo cual es una verdad, por más que algunos no lo crean. La segunda, que un latino dijo: *Homo sum, et nihil humanum alienum me puto*, lo cual en romance equivale á que *nada humano es extraño al hombre*, que es otra verdad como una catedral de las más grandes, y más góticas, y más suntuosas; que en esto de catedrales, las góticas, grandes y suntuosas son las que se llevan la palma. De es-

tas dos verdades, Ríofranco hace el siguiente pisto silogístico. Siendo un cura un hombre, y siendo humana la tolerancia, humanos el racionalismo y el republicanismo y hasta el socialismo... luego un cura puede ser tolerante, racionalista y republicano, como, por ejemplo, uno que yo conozco y presiento que va á concluir por colgar los hábitos, casarse con una de aquellas *virgenes* que mandó Jehová tomasen sus sacerdotes, y sentar plaza de voluntario de la República, cuando la haya.

¡Pues diga ya la causa de su pasmo, y no nos salga con alguna patochada! Murmurará de cierto á estas alturas del artículo el sesudo lector que acostumbre á ir al grano en las cuestiones. Y tendrá razón, y no la tendrá, lo cual, á pesar de la contradicción, es cierto; por donde se ve que ya voy contagiándome de las perfecciones de la *Biblia* que comento, en donde lo contradictorio es cierto, como, por ejemplo, aquello de que no habiendo creado Dios más hombres que Adán, de quien salieron Eva y sus hijos, los cuales debían, por ser pocos, y por ser hermanos, conocerse perfectamente, cuando á Cain le maldice y ercha noramala, le hace una señal en la frente para que *los otros hombres* le conocieran y no le mataran, como Cain se temía: hombres que si Dios no crió, no sé yo quien criaría, pero de quienes se sabe que tuvieron por hijas arrogantes mozas, por las cuales se despepitaron los hijos de Adán, enviciándose en su trato hasta el punto de que Jehová los ahogó á todos, sin más excepción que el honorable Noé, el primero que se achispó, cosa bien natural en varón que había andado tanto tiempo entre tanta agua.

Viniendo ahora á la contradicción... O viene al pasmo, ó tiro el libro, oigo exclamar á un impaciente al llegar á este punto.

—Un poco de calma, caro lector; dispénsame tanta palabra como he empleado para dilatar

ocuparme de mi pasmo, que ha sido un pasmo de verdad.

Es el caso—no sé bien cómo decirlo—que más admiración todavía que me causó leer lo que habló la burra de Balaam, me ha causado leer lo que escribía...

—¿Quién oigo gritar á un lector: ¡la burra de Balaam! ¿Está usted loco, Sr. Ríofranco?

Suplico á este lector que me haga el obsequio de no hablar ahora de burros ni burras de ninguna especie, porque de quien tengo que hablar es de una persona que entiende poco de sintáxis castellana, y si por acaso queda algún burro por ahí trasconejado, será posible que se le eche encima como alusión, lo que sería una desgracia, amén de una injusticia; pues un hombre que es doctor se puede asegurar positivamente que no es burro, y mucho menos burra.

Iba diciendo, que más admiración todavía que me causó leer en *Los Números* lo que habló la burra de Balaam, engendró en mi alma la lectura de lo que, al mismo tiempo que yo escribía mis notas sobre el caso (y observe el lector cómo alargo las oraciones para evitar la más ligera alusión), escribía á su vez en Barcelona (no la burra de Balaam, ciertamente, esto es claro) un doctor, no sé en qué facultad, acerca de las mismas. (Este mismas se refiere, naturalmente, á mis notas). (¡Gracias á Dios que lo dije sin tropiezo en ningún enrevesado relativo de esos de dos filos!)

Este doctor, al mismo tiempo que yo escribía sobre la burra de Balaam, escribía acerca de mis *Notas de estudio sobre la Santa Biblia*, para denunciarlas al pueblo español, honor grande que yo agradezco á este fiscal endoctorado, por si con su denuncia me hace el favor de que el pueblo, como buen juez á que me someto incondicionalmente, para fallar las lee, que es precisamente lo que yo deseo, y por lo que yo las hago.

—¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! ¡Ya lo decía yo! interrumpe aquí otro lector: después de tantas palabras, nos sale Riofranco con la patochada de que un *doctor* ha denunciado sus *Notas*. ¡Pero esto le pasma más de lo que le pasmó el hablar la burra de Balaam! ¡Pues digo si será propenso á pasmos! ¡Qué tiene eso de particular! Ese señor doctor lo será en Teología, y las denunciará como heréticas, irrespetuosas, destructoras de una revelación en que se fundan tres religiones, mandando á todos los sacristanes, acólitos y beatas de España echarlas al fuego, y lavarse después con agua bendita las manos pecadoras con que las tocaron. ¡Y para esto tantas palabras y tanto pasmo, Sr. Riofranco! ¡Esto es abusar del lector!

—Ahí está el toque del pasmo, lector, ahí está el toque: en lo que acaba de decir. El doctor que me las denuncia, no sé si será doctor en Teología, ó lo habrá sido y lo ha dejado de ser después de serlo, si por acaso esto de las doctorías se pueden, como las sotanas, dejar ó tomar á capricho después de 1868. Lo que te puedo decir de cierto es que el doctor en cuestión, aunque haya sido teólogo, ahora no lo es, sino que, al contrario, por lo que escribe es un teológofago, copaz de comerse todos los sacerdotes de todas las religiones habidas y por haber, con toda la Teología que en sus sacerdotales espíritus tuvieran. El cual doctor, dotado de una perspicacia muy superior á todo encomio, después de haberse pasado oliendo mi escritos un año entero, y de observar detenidamente el estilo, tendencias y alcance de mis *Notas*, se ha dado con la mano una palmada en la ancha y despejada frente que no puede menos de tener un doctor, y se ha dicho... *Esto hay que denunciarlo al pueblo*

Tomada esta sublime resolución, cogió la pluma, y, sin encomendarse á Dios ni al diablo, á

título de guardián y vigilante del librepensamiento y de vapuleador de los curas y de las pillerías clericales, hizo su denuncia en serio, y declaró mis *Notas*... ¡Si lo aciertas, lector, te regalo un ejemplar de la denuncia, para que aprendas á escribir culta y sintácticamente!

—Heréticas, me dices? No. ¡Impías? Tampoco. ¡Ateístas? Menos. ¡Indecentes? No, no. Pues diga el Sr. Riofranco, que me doy por vencido.

—Pues has de saber lector querido, que el doctor que me ha salido en Barcelona, después de meditarlo mucho, ha denunciado á los libre pensadores, al pueblo español, mis *Notas de Estudio sobre la Santa Biblia*, porque son gato en vez de liebre; porque, en fin, son PROTESTANTES.

—¡Jesús mil veces! ¡Qué atrocidad! exclamas, quedándote, como yo, atónito y pasmado. Pues lo mismo dije ó hice yo, cuando por primera vez lo oí, y ve como no te engañaba cuando te decía ha poco que debía darte cuenta de un pasmo mayor que el que me produjo el hablar de la burra de Balaam.

—No hubiera dicho ella otra que tal.

—Conste lector, que esta observación no es mía, sino tuya. Yo no me permito decir sino que me quedé pasmado, y que cuando el pasmo me fué dejando, me tenté el cuerpo, y sobre todo la cabeza, por ver si yo era yo ó era otro, y si mi cabeza la tenía sobre los hombros ó se me había ido á Alemania á estudiar con los luteranos de Leipzig el Pentateuco; en fin, que estuve un rato en la misma disposición de espíritu que aquel personaje célebre de Molière que sin saberlo había estado hablando en verso mucho tiempo; gracias á la caritativa y sapientísima denuncia del doctor profundo que ha advertido el protestantismo de mis *Notas*.

—¿Cómo se llama ese portento de perspicacia y sabiduría interpretativa?

—¿Que cómo se llama? Eso es lo que él quisiera que yo te dijese, pues parece hombre que tiene comenzón de hacerse célebre por cualquier cosa, aunque sea una como esta, según se deduce de algo suyo que he leído, en que pide que, aunque sea para combatirle, le contesten; y por si es maña, no quiero fomentársela, que fuera poca caridad, y yo la tengo larga para con todos, y más para con los doctores que tienen tan bien ganada la borla como este doctor, que, de lo que la borla cubre, se ha sacado que mis NOTAS son protestantes.

Agradézcámosle todos su ocurrencia: tú, lector, por este artículo que nada te enseña; yo por haberle dado motivo á lucirse, y Balaam, de quien debía hablarte ahora, porque tendrá que esperar un poco á que exhume de *Los Números* sus dimes y diretes con Balac, por bendecir en vez de maldecir á los israelitas.

XXII

Cualquiera imaginaria que lo primero que hizo Balaam al oír hablar tan comedidamente á su borrica, sería por lo menos besarla con el amoroso transporte que Sancho Panza á su asno cuando le recobró de la cautividad en que se le tuvo Ginés Pasamonte. Nada de eso. Porque el ángel de Jehová, después de abrir la boca á la burra para que avisara con este milagro al adivino, abre á éste los ojos para que, viéndole, no le tope; milagro segundo en esta aventura que hace completamente inútil el primero, pues si por él el ángel hubiese comenzado, habríale ahorcado á la pobre burra tres palizas y á Balaam una caída, á Moisés el enojo de hacer largo este capítulo, y á mí el de hacer extenso este comentario.

Pero, en fin, cuando el ángel consiguió con estos dos milagros que Balaam le atienda, le dice

muy incomodado que va por camino de perdición. Podría haberle contestado el adivino que si por tales andurriales caminaba, por orden de Jehová era; mas se limita el infeliz, sin duda asustado por la espada angélica, á manifestar que si el enviado divino gusta, se volverá por donde ha venido.

—No—le replica el ángel—no: lo que quiero es que vayas con esos príncipes, pero que no digas á Balac, y su gente otras palabras que las que yo te ordene. Convenido así, Balaam sigue su camino, probablemente en su borrica, y se presenta á Balac, que le reprende dulcemente su tardanza y le obsequia en grande con una comilona, para disponerle á la ceremonia de la maldición, de que tanto esperaba aquel pobrete del rey moabita, ya en los inexcrutables designios de Jehová destinado á ser hecho jigote por sus hijos predilectos los israelitas.

* * *

Manda disponer Balaam siete altares en Husoth, en lo alto de un monte destinado al culto del dios Baal; deguéllanse siete becerros, y otros siete carneros, y después... echa una parábola, que así llama la *Biblia* á unas cuantas frases encomiásticas del valor de los hebreos, y á otras cuantas lindezas sobre su número y la prosperidad que les espera.

Balac, que oye esto, se incomoda con Balaam; pero éste le replica que lo que acaba de decir es lo que Jehová ha puesto en su boca, y que ni puede ni quiere decir otra cosa.

Tantas ganas tenía el rey de oír maldecir á los israelitas, que le ruega al adivino vaya con él á otro sitio, para ver si desde la cumbre de Pisga consigue una mala palabra de Balaam. Vuelta á alzar siete altares, vuelta á degollar siete becerros y siete carneros, y vuelta á bendecir, en vez de maldecir Balaam á los israelitas.

Balac, amoscado con el adivino, le pide que vayan á otro sittio, y que ya que no maldiga á los israelitas, al menos no los bendiga de tan escandalosa manera. Y vuelve Balaam á disculparse, y vuelven á alzarse siete altares, y á degollarse siete becerros y siete carneros, y vuelve Balaam á bendecir á Israel. Balac, encendido en ira, manda enhoramala al adivino, que, desatándose en palabras, le anuncia... todo lo que Israel hizo en varios siglos.

No me queda valor para decir una palabra más sobre este cuento disparatado, en que habla una borrica, es profeta de Jehová un adivino y agorero prostituido en la idolatría de Baal, y se predice hasta la cautividad de los judíos, que aconteció cientos de años después, por quien no sabe que al poco ha de morir, como muere, á manos de los israelitas. Esto hay que leerlo de prisa para reirlo despacio.

Acampados en Sittim, entran las israelitas en deshonestos tratos con las moabitas y madianitas. Y ¡cosa natural! estas mujeres hacen inclinar el corazón de sus amantes al culto de los dioses propios del país, lo que demuestra lo poco que se les daba de Jehová, de quien tan estupendos milagros habian visto, al decir de la *Biblia*; lo que no debe ser más que un decir, pues me parece que, de ser ciertos, no habria hombre que por una mala moza (que no todas las moabitas habrian por fuerza de ser bonitas), tal vez de la cara y greñas de Maritornes, dejase á un Dios que tantos ojos en Egipto habia criado, y tal panzada de codornices suministró á su pueblo en el desierto.

A tal punto llegó la fornicación (palabra del texto) y á tal extremo la inclinación del pueblo al dios llamado Baal-Peor, que Jehová, más celoso que un turco de su harem, manda á Moisés

que le ahorque á todos los príncipes de Israel. Moisés, que tampoco en esto de la infidelidad sufría ancas, manda á los jueces que cada cual degüelle á aquel de los suyos que se haya ido con Baal-Peor, pereciendo en esta sarracina 24.000 personas, á quienes no se debe sentir, porque, francamente, debian ser gentuza de muy mal gusto para irse con Baal-Peor, dios cuyo segundo nombre basta para apartar incautos.

* *

Detalle saliente de esta especie de San Bartolomé judaica, digno de la música terrorífica de la conspiración de *Los Hugonotes*.

Trajo un hebreo una moabita á Moisés. Ella se llamaba Cozbi: él Zimri. Tal vez perdidamente enamorados pidieron gracia, que debió serles concedida, cuando se les dejó ir á su tienda. Pero tenía el sacerdote Eleazar un hijo, llamado Finées, que para mostrar su sangre y su celo por Jehová, coge una lanza, va á la tienda, sorprende en ella la pareja enamorada, mata á Zimri, y clava el lanzón en el vientre pecador de la desgraciada moabita. Esta fazaña, además de calmar la cólera de Jehová, le vale á Finées el sacerdocio perpétuo ¡Qué Dios y qué sacerdote!

* *

El capítulo XXVI de los *Números* son verdaderamente números, pues en él se cuentan otra vez los israelitas por sus familias, para repararles la tierra de Canaan, cuando la conquisten. Estas repeticiones hacen insoportable el Penta-teuco.

* *

Tomando pretexto de una historieta, se establece en el capítulo XXVII una ley justa, cual es la de heredar las hembras á falta de varones.

Después Jehová manda subir á Moisés á lo

alto de un monte, le echa una chillería por la rebelión del desierto de Zin, le anuncia que no entrará en Canaan, y que, debiendo morir pronto, elija por sucesor á Josué. Así lo hace el profeta, que por todo nombramiento pone sobre su teniente las manos, por cuyo sencillísimo procedimiento le infunde el don de profecía.

Los capítulos XXVIII y XXIX establecen los sacrificios de cada día, de cada sábado, de cada mes y de cada año, así como las fiestas y sacrificios del mes séptimo, cosas ya olvidadas hasta de los mismos judíos, y que para nada sirven, á no ser para perder el tiempo que para leerlas y comentarlas se emplee.

En el capítulo XXX se vuelve á hablar de los votos y se procura que cuantos los hagan los cumplan, por la gran tajada que de éste cumplimiento los levitas sacaban.

XXIII

«Y Jehová habló á Moisés diciendo: haz la *venganza* de los hijos de Israel sobre los madianitas.» El profeta del Dios inicuo que manda hacer una venganza, transmite la orden divina, arma 12.000 hombres, 1.000 por cada tribu, para esta guerra, y los lanza sobre los pacíficos y antiquísimos poseedores de la tierra de Madian; la fuerza, no el derecho, les da la victoria en esta guerra de despojo, á todas luces injustificada; y á esta victoria de la fuerza bruta, suceden brutalidades y tropelías sin cuento. Matan los israelitas todo varón de Madian; cautivan y se reparten todas las mujeres y los niños; arruinan é incendian ciudades y castillos; se apoderan de todos los rebaños de los vencidos; roban todas sus alhajas y cometen, en suma, la más horren-

da abominación, todo por orden, en nombre, y para mayor gloria del excelso Jehová, cuyo sacerdote Finées, *con los santos instrumentos*, presidia, y probablemente dirigía en el robo, la degollación, el incendio y el pillaje á tales fieras, que al tomar en boca el nombre de Dios, le escarnecían.

Me da horror considerar la perversidad que supone en el hombre la petulancia de hacer al Ser Supremo cómplice, más aún que cómplice, instigador de los horrores de una guerra de esta especie, que, reducida á mínimas proporciones, es el ataque vil y aleve del bandido miserable, apostado en un desfiladero, al pacífico y acomodado caminante que marcha á sus negocios confiado.

Después de haber arrasado el país, de degollar cinco de sus reyes, cuyos estrambóticos nombres eran Evi, Recem, Zur, Hur y Reba (¡pobrecillos!) y de dar cañite al desdichado Balaam, el de la burra parlante, que profetizó tantas cosas y no alcanzó á ver lo conveniente que le hubiese sido escurrir el bulto, los israelitas, cargados de despojos, vuelven á Moisés, que, irritado de que hubieran reservado las mujeres, manda degollar á todas las que entre ellas hubiesen conocido varón, reprendiendo á griamente, en nombre de Jehová á los canibales que habían cometido tanto desmán... ¡por piadosos! Esto es el sarcasmo de la crueldad.

A estas atrocidades de la guerra de Madian sigue en el capítulo XXXI de los *Números* la ley del botín promulgada como ordenanza de Jehová, porque en la legislación mosaica, para que todo sea singular, estrafalario y teológico, lo que en todos los pueblos del mundo ha sido, es y no puede menos de ser convención humana, figura como mandato divino; con lo cual bastaría para hacer aborrecible al Dios judío, que resulta de este modo la personificación de los dis-

paratados antojos y crueles sentimientos de un pueblo bárbaro, vengativo y grosero.

* *

Escolio.—A Jehová, quiere decir, á los sacerdotes, correspondió de este botín lo siguiente: 675 ovejas, 72 bueyes, 71 asnos y 32 *personas*. Item más: los tribunos y centuriones de los 12.000 combatientes *ofrecieron* á Jehová vasos de oro, brazaletes, manillas, anillos, zarcillos y cadenas por valor de 16.750 siclos. *Bocato di cardinale!*

La tierra conquistada fué dada á las tribus de Ruben y de Gad y á la media tribu de Manasés. Esta tierra de Madian, situada á la izquierda del Jordán, era propia para pastores, y á los más ricos en ganados fué entregada, no sin la debida é indispensable intervención de Jehová, Dios que en todo cuanto á Israel se refriese, metiase de hoz y de coz. Con este repartimiento comienza, después de tanto disparatar, algo sólido y práctico, é histórico y serio: el anhelado establecimiento de aquella horda errante, de desconocido origen, en alguna parte.

Jehová, pues, comienza ya á cumplir su promesa, para cuya realización venía sudando la gota gorda hacia la friolera de cuarenta años, en trabajos inmortales que hacen poco honor á su decantada omnipotencia, de que hoy los infelices judíos deben andar sumamente escamados, al verse sin casa ni hogar, desposeídos de la tierra que el gran Jehová les dió *para siempre* en heredad, por un Dios ramplón é infecundo, y de ayer por la mañana, como quien dice, cual es el señor Alah del Sultán de Turquía, amo de la Siria, de que es un distrito la Judea, y de ésta una nimiedad Madian.

* *

Capítulo XXXIII.—Enumeración de las cua-

renta y dos mansiones de los israelitas en el desierto. ¡Horror! Aunque sea verdad este itinerario, trabajo le mando al profesor de Geografía antigua que tomara á empeño trazar sobre un mapa este viajecito de cuarenta y dos paradas en cuarenta años, por las indicaciones de los *Números*, por más que estas jornadas fueran escritas por Moisés, de orden de Jehová, que viene á ser lo mismo que si Jehová en persona las hubiera escrito.

* *

¡Tiene gracia el capítulo XXXIV! ¡Pero mucha gracia! Moisés, nacido en Egipto, recreado en Madian y que en toda su vida había pisado la tierra de Canaan, de la que no tenía otras noticias que las de aquellos exploradores que hizo famosos su canguelo, los cuales á su vez poco de ella habían visto, nos describe en este capítulo, con sus pelos y señales, la referida tierra de Canaan, sus términos, sus linderos y las divisiones que en ellas deberían hacer los israelitas y los príncipes que entre ellos habían de llevarlas á cabo. Si la lectura de este capítulo no advierte al crítico que está redactado muchos, muchos años después de la monarquía hebrea, puede tirar los bártulos de crítico sin ningún inconveniente.

* *

¡Y sigue la broma en el capítulo XXXV! En él se destinan 48 ciudades para los levitas, con mil codos de ejido á sus alrededores. De la misma manera se marcan seis de estas ciudades para refugio de los homicidas por yerro, ó involuntarios. Pasmémonos de verdad al encontrar en un libro, que de estar escrito por Moisés debió haberlo sido antes de la conquista, determinado ya el número de las ciudades propias de los holgazanes sacerdotes que vivían de un diezmo que no

pudo existir hasta muchos años después, y la octava parte refugio de criminales, condición que jamás adquirió una ciudad sino á la larga, por la costumbre, excepto entre estos israelitas, en todo excepcionales. Conste, en honor del redactor de los *Números*, que anduvo un poco más listo que el del *Deuteronomio*, de que hablaré más adelante, pues aunque marca el número de las ciudades, no las nombra. ¡Algo es algo!

En el capítulo XXXVI, último de los *Números*, se establece que las hijas, herederas á falta de varón, se casen con hombres de su propia tribu, para que de este modo la propiedad territorial no salga de ésta; y con parientes, para que aún dentro de la tribu la propiedad no fuese á pasar á distinta familia. Pura troncalidad que, con el jubileo, partió por el eje á los israelitas, á pesar de tener al mismísimo Dios por legislador.

EL DEUTERONOMIO

XXIV

Fuera yo un anotador de chicha y nabo, indigno de la honrosa confianza que me dispensan los cristianos aficionados á ilustrar sus lecturas del Nuevo Testamento con las luminosas enseñanzas que contiene el Testamento Viejo, si fuera ahora á entretenerles con largos comentarios sobre el famosísimo *Deuteronomio*, quinto y último de los libros de Moisés. Y la razón es obvia. El *Deuteronomio* es una recopilación de cuanto en los cuatro libros anteriores se ha dicho repetidamente acerca de la salida de Egipto, de los milagros que la precedieron, acompañaron y siguieron, de la estancia en Horeb y leyes allí promulgadas en nombre del Dios Jehová, y de las mil aventuras, rebeliones y contratiempos que en cuarenta años á los israelitas sucedieron.

¡Y es cosa, pregunto yo, de anotar las repeticiones, por más que éstas sean del propio Jehová en persona!—No: si Jehová se repitió será estilo propio de dioses el repetirse: los míseros mortales que lo hacen desagradan y molestan á sus lectores; y yo ni trato de molestar, ni quiero desagradar á los míos, sino que, por el contrario, me propongo deleitarlos en cuanto sea posible, mostrándoles lo original, admirable y morrocotuo que hay en los libros inspirados por el gran Jehová, que todavía son muchos y contienen pasmos y maravillas á porrillo. Si en las repeticiones del *Deuteronomio* me entretuviese, amén de no poder decir nada nuevo sobre lo que llevo dicho, gastaría, un tiempo precioso, que me están pidiendo á voces los pedernales con que hizo circundizar Josué á los hebreos, y las tijeras con que Dalila le cortó el pelo á Sansón.

Después de una recapitulación de sucesos pasados, que se pone en boca de Moisés; de una nueva trascripción de la ley de Dios, ó sean los mandamientos dados en el Sinai; de la enumeración compendiosa de leyes esparcidas en libros anteriores, amonestaciones y recuerdos, el *Deuteronomio* contiene en el capítulo XXVII algo que merece la pena de recordarse, y es una orden terminante de Moisés al pueblo, para que, en cuanto este pase el Jordán, edifique un altar, y en él, en doce piedras, escriba claras y legibles las palabras de la ley. Es evidente que esta ley, ó sea la ley de Dios, que fuera en resumen lo revelado, de ser la revelación un hecho, al poder ser escrita en doce tablas, forzosamente sería breve: de modo que la pretensión judáica de que el Pentateuco entero es la ley de Dios, ó la ley de Moisés, ó simplemente la ley, es una pretensión pura y simplemente disparatada y contradictoria con el Pentateuco mismo.

En este mismo capítulo y el siguiente se declaran doce bendiciones y doce maldiciones, una por tribu, que el pueblo, dividido en dos bandos, había alternativamente de cantar. Nada más brutal y cruel que las palabras de maldición: nada tampoco más positivista y materialista que las bendiciones. Al que cumpliera la ley se le prometen buenas cosechas de pan y vino, buenos partos en las ovejas, lluvias á tiempo, triunfo sobre los enemigos, y dineros en la bolsa. Al que de Jehová y de su ley se apartara, se le protejizan y desean enfermedades, hambres, dolores, peste, malos hijos, minotaurización, y todo género de calamidades. No hay una sola palabra sobre el premio y castigo despues de la muerte, como si no existieran el cielo y el infierno, y todo en el hombre se acabase con el último suspiro. ¿Qué les parece a los cristianos de este trozo del *Deuteronomio*? ¿Qué á los espiritualistas que tratan de autorizarse en la revelación? Porque imagino yo que Dios, en ninguna ocasión más á tiempo que en ésta, pudo hablar de la gloria, del infierno, y hasta del purgatorio.

El versículo XXXVI del capítulo XXVIII dice textualmente: «Jehová te llevara a ti y á tu rey, que hubieres puesto sobre ti, á gente que no conociste tú, ni tus padres, y allá servirás á dioses ajenos, al palo y á la piedra.» Añadiendo á estas palabras las siguientes, de los versículos XLIX y LII: «Jehová traerá sobre tí gente de lejos, del cabo de la tierra, que vuela como águilas, gente cuyo lenguaje no entiendas... Y te pondrá cerco en todas tus ciudades, hasta que caigan tus muros altos y encastillados, en que tú confías, en toda la tierra...; y comerás el fruto de tu vientre, la carne de tus hijos... en ecerco y en el apuro con que te angustiará tu enemigo...» hay suficiente para decir, con sólo comparárlas á las profecías de Jeremías, que el *Deu*

teronomio, tal cual hoy existe, está redactado despues de la ruina del templo y de la trasmigración de Babilonia.

*
*
*

El capítulo XXX no deja duda acerca de este punto, sobre todo comparándole con los libros de Esdras y de Nehemías, los que reedificaron el templo despues del largo cautiverio. Véanse estas palabras, tan de acuerdo con las que despues pronunció Esdras: «Y será que cuando te sobrevinieren estas cosas... y volvieres á tu corazón en medio de todas gentes, á las cuales Jehová, tu Dios, te hubiese echado... Jehová también volverá á tus cautivos... y tornará á recogerte de todos los pueblos á los cuales te hubiese esparcido...» Esdras, que era escriba versado en la ley de Dios, que escribió sobre ella, encajó aquí, en forma de profecía de Moisés, lo mismo que en su libro dice haber advertido de palabra para inculcar en su pueblo la fe religiosa, que era su principal lazo de unión, y lo que le daba fortaleza.

De este modo, me parece cosa muy sencilla hacer profeta á cualquiera, hasta á una niña del Tajo, como aquella á quien le dió á Fr. Luis de León la bella y poética ocurrencia, de hacer sacar el cuerpo del río, para parrafear con el picaronazo de D. Rodrigo, que así hizo de ella caso como de las coplas de Calainos, ó como hicieron caso, primero de Moisés, y luego de Esdras, los hebreos. Afortunadamente todos llevaron el condigno castigo: D. Rodrigo ahogándose en el Guadalete, y los judíos perdiendo por segunda vez su nacionalidad y su templo, arrasado por Tito, hijo de Vespasiano.

*
*
*

Porque, querido lector, ha llegado el caso de ponerte un capítulo del *Deuteronomio* á la vista, el último, para que te convenzas *de visu* de que

este libro, como los anteriores, no fué escrito por Moisés, ni cosa que lo valga. Dice así este capítulo, á la letra:

«Y subió Moisés de los campos de Moab al monte de Nebo, á la cumbre de Pisga... Y murió allí Moisés, siervo de Jehová... y enterrólo en el valle...; y ninguno supo su sepulcro *hasta hoy*. Y era Moisés de 120 años cuando murió; sus ojos nunca se obscurecieron, ni perdió su vigor. Y lloraron los hijos de Israel á Moisés... treinta días. Y Josué... fué lleno de espíritu de sabiduría...; y los hijos de Israel le obedecieron...»

«Y nunca más se levantó profeta como Moisés en Israel.»

Esto es concluyente. Moisés no escribió los libros que llevan su nombre. El *hasta hoy* subrayado, por sí sólo indica que proceden de un tiempo muy posterior á la instalación de los hebreos en Canaan. Otras indicaciones, apuntadas en el *Génesis*, demuestran ser el *Pentateuco* posterior á la monarquía; pasajes del *Deuteronomio* mismo, que lo fué también á la primera destrucción del templo. Como por el hilo se saca el ovillo, se deduce de unas cosas y de otras que el *Pentateuco* fué ordenado por alguien, y que este alguien debió ser Esdras, ó alguno de los escribas inteligentes, posteriores á él.

Se deduce también que Moisés escribió un libro, una ley, de muchos pasajes, que por no ser pesado no cito, pero que pueden resumirse en este del capítulo XXXI: «Y escribió Moisés esta ley, y dióla á los sacerdotes, hijos de Leví, que llevaban el arca del pacto de Jehová, y á todos los ancianos de Israel.—Y mandóles Moisés diciendo: al cabo del séptimo año, en el año de la remisión, en la fiesta de las Cabañas, cuando viniere todo Israel á presentarse delante de Jehová tu Dios en el lugar que él escogiese, leerás esta ley delante de todo Israel, á oídos de ellos.» ¿Puede ser esta ley escrita por Moisés, entregada

antes de su muerte á los príncipes y sacerdotes del pueblo, mandada leer en la congregación de tantísima gente, ni el *Deuteronomio* ni otro de los libros atribuidos á Moisés? De ninguna manera. ¿Cuál es, pues? Imposible de toda imposibilidad saberlo. Empero he de decir con lealtad que, á mi entender, esta ley debe estar por lo menos repetida cuatro veces en el *Pentateuco*, pues no es otra cosa que los preceptos tabulares del Sinaí, ó el pacto y las disposiciones legislativas que he ido anotando.

Ahora, lector, reflexiona cuanto quieras acerca de unos libros que no se sabe cuando ni por quién fueron escritos: que contienen muchísimos disparates científicos y morales; que están atestados de milagros estupendos, como todos los milagros, imposible de toda imposibilidad... Y si después de reflexionar, no te ries de los desdichados judíos que los creen divinos y revelados é incontradecibles, y aún están esperando el Mesías que en esos libros se les tiene prometido, merecerías ser judío, y que á la edad en que Abraham se circuncidó te obligaran á dar, por cándido, lo que dan los judíos en prenda ó señal de su pacto con Jehová.

EL LIBRO DE JOSUE

XXV

Titulase así, no porque la escribiera Josué, sino porque en él se cuenta la historia del pueblo hebreo en el tiempo que le gobernó este caudillo, hijo de Nun y favorito de Moisés. Aparece este libro como una continuación del *Pentateuco*, sin que su autor, cualquiera que fuese, se tomara el más pequeño trabajo para ocultarlo, hasta el punto de comenzar sus historietas con estas palabras: *Y aconteció después de la muerte de Moisés, siervo de Jehová, que...* Hé aquí la última prue-

ha del grosero error en que caeríamos considerando el *Pentateuco* obra de Moisés.

*
* *

Jehová continúa con Josué las charlas que con Moisés se había permitido, recomendando al novel caudillo que se esfuerce y sea valiente, para llevar á cabo la degollina universal de cananeos que de tantísimos años atrás tenía á Abraham, Jacob y demás parientes israelitas prometida. Mándale además que no aparte de su boca la *ley de Moisés*, ó sea el libro escrito por este profeta, cuyos rastros aparecen en el *Pentateuco* diluidos en un mar de palabras, cuentos, anécdotas, genealogías y demás zarandajas que nos han impedido determinar su exacto contenido.

Josué, alentado por Jehová, echa la proclama consiguiente á sus gentes, recorre el campo, toma las disposiciones oportunas, y pone mano á la obra de la conquista después de tantísimos anuncios, promesas, profecías, órdenes, contraórdenes, avances, retiradas, desviaciones y gatupeos como en cuarenta años de peregrinación desde la escapatoria de Egipto, he venido comentando, no sé si á tu gusto, caro lector, pero sí á mi satisfacción y escrupulosa conciencia.

*
* *

Veamos la hazaña de esta conquista judaica, de tantos siglos resuelta y preparada en los inapelables juicios del alto Jehová, que se recordará tenía mandado raer los cananeos de sobre la haz de la tierra.

Como la primera ciudad importante que, pasado el Jordán, había de topar Josué, era Jericó, allá envió el caudillo dos espías, los cuales, penetrando en la ciudad, se dirigen á casa de una ramera, que me parece un lugar muy poco respetable para posar dos elegidos del Dios que con su dedo (ignoro cual) había escrito el Decálogo,

Esta buena pieza de mujer llamábase Rahab, y no debía de tener el diablo por donde cogerla, pues á lo de ramera juntaba lo de mentirosa y traidora á la patria. Porque, sospechando el rey de Jericó de los peregrinos, manda por ellos á casa de Rahab; mas ésta los esconde y dice á los emisarios del rey que se habían ido, dejando á los respetables y heterodoxos jefes de policía con un palmo de narices.

Sin detenerse éstos á registrar la casa, fiados en la honrada palabra de la ramera, marchan en persecución de los espías hacia los vados del Jordán, en tanto que Rahab, después de decir á sus huéspedes que está enterada de que Jehová hizo el milagro del mar Rojo, y otros cuantos más en su favor, les declara que sabe que Canaan está señalado como presa á los israelitas, y les pide, á cambio del favor que les ha hecho ocultándolos, que el día terrible de la degollina la reserven á ella y su honorable familia la vida. Prometen con juramento los espías lo que la ramera les pide; convienen con ella en una señal que les dé á conocer la casa perdonada, y, hecho el trato entre estas tres decentísimas personas, los judíos se descuelgan por una cuerda al campo y van á contar á Josué lo que tantas fatigas les había costado averiguar, esto es, que los cananeos tenían un canguelo indecible. Dejando por un momento á la ramera en sus ordinarias ocupaciones, vuelve la *Biblia* al campo israelita.

*
* *

Todo era en el movimiento y alegría. El pueblo entero, aquel pueblo salido de los lomos de Abraham, según la imagen bíblica, se agolpaba á la izquierda orilla del Jordán. A la cabeza de la compacta masa de las tribus, los sacerdotes llevaban, atravesada en sus palos dorados, el arca de la alianza, ó pacto sinalagnmático celebrado en Sinai entre Jehová y los hebreos. Al tocar

los levitas cargados en el arca las aguas del Jordán, verificase el milagro de que las aguas que venían de la parte de arriba se detuvieran formando un muro. Las de abajo siguieron corriendo, como es de rigor, hacia el mar Muerto, y sobre el lecho seco y enjuto, en cuyo centro estuvieron los sacerdotes, con el arca al hombro mortales horas, pasó la chusma harta de ajos y cebollas que se había escapado de Egipto y los reproducidos en cuarenta años de correrías.

No me detengo á pasmarme ante este milagro de secarse el río Jordán, porque tengo entendido que la mitad del año va casi seco. Al lado del milagro acuático de partirse las aguas del mar Bermejo, eso de detenerse la mísera corriente del Jordán, es un milagrejo de pacotilla, y guardo mis pasmos para cosas de mérito en este género, como, por ejemplo, lo de navegar Ebro arriba las cabezas de San Emeterio y San Celedonio, patrones de Santander, para luego, de un salto, atravesar la divisoria, volver á navegar Besaya abajo, y, saliendo al mar, meterse en una lancha de piedra, en que llegaron al pie del castillo de San Felipe en *Portum Blendum*, como sabe todo el mundo.

*
**

De esta insigne jornada del paso en seco del Jordán, quiso Josué dejar imperecedera memoria, para lo cual mandó levantar en medio del río doce piedras, que dice el texto *han estado allí hasta hoy*. Si algún desdichado, creyendo que las palabras bíblicas son eternas, se da á buscar en el día las doce piedras de Josué... trabajo le mando distinguir las entre los millones que yacen en el lecho pedregoso de aquel río triste y desolado.

Este *hasta hoy* se refiere á un tiempo. ¡A cuál! Averigüelo Vargas.

Además, en otras doce piedras, tomadas del río, que llevaron en sus hombros doce israelitas

escogidos, uno por tribu, se alzó otro monumento (¡ni la pirámide de Cheops que se le pudiera comparar!) en Gilgal, dentro ya de la codiciada tierra prometida, de las cuales no se dice que subsistieran *hasta hoy*, como de las obras del río; pues ese hoy era un día que ya había visto pasar sobre el monumento de Josué los caballos de Nabucodonosor, que á eces las volvieron al río, de donde, por orden de Jehová, habían sido sacadas.

Idea exacta da este pasaje de lo que debían ser los 40.000 israelitas armados que lanzó Josué sobre cananeos, heteos, amorreos, jebuseos, etc. ¡Qué cultura, qué poder, qué medios tendría aquella horda, cuando no sabe ni puede erigir otro monumento que doce toscas y miserables piedras en recuerdo del más grande acontecimiento de su historia!

¡No es ofender el buen sentido suponer siquiera que estos torpes y miserables esclavos de egipcios, que habían estado cociendo ladrillos á la sombra de las Pirámides, tuvieran en depósito la palabra divina, fueran los elegidos de Dios, destinados á ser la luz y guía del mundo según pretendían? No es escarnio del sentido moral suponer que los cultos y poderosos egipcios eran unos réprobos, y éstos pobres constructores, erueles conquistadores de Canaan, los santos de la humanidad?

Erigidos estos deleznales monumentos para que todos los pueblos de la tierra conozca la mano de Jehová (¡ni la de Miguel Angel que los trazara más soberbios!), y en el entretanto que los reyes de los amorreos y cananeos daban diente con diente al tener tan cerca á los hebreos, pasó lo siguiente... Dejo la palabra al *Libro Santo*, como es mi costumbre; con tanto más motivo, cuanto que de no dejársela... ¡Silencio, pluma!

que no son dignos ciertos nombres de que los saques á plaza en donde puedan durar algo más que lo que duran los gobiernos de una insula. Dice, pues, el texto sagrado:

«En aquel tiempo, Jehová dijo á Josué: Hazte cuchillos afilados, y vuelve á circuncidar la segunda vez á los hijos de Israel. Y Josué hizo cuchillos afilados, y circuncinó los hijos de Israel en el monte de los prepucios. Esta es la causa por la cual Josué los circuncinó: Todo el pueblo que había salido de Egipto... estaban circuncinados; mas todo el pueblo que había nacido en el desierto por el camino... no estaban circuncinados... toda la gente de los hombres de guerra.. fué consumida. Y los hijos de ellos, que él había hecho suceder en su lugar, Josué los circuncinó; pues eran incircuncisos, por que no habían sido circuncinados en el camino... Jehová dijo á Josué: hoy he quitado de vosotros el oprobio de Egipto.»

Mucho podría decir sobre esta antiquísima costumbre de la circuncisión, común hoy á judíos y mahometanos, marca de las razas semíticas que retroceden ante la invasión incontrastable del elemento aria: quédese para otras ocasiones. Aquí me limito á señalar una vez más la crudeza del estilo bíblico, demasiado primitivo y demasiado tosco para oídos delicados, en los cuales lo de los *cuchillos afilados* y *monte de los prepucios* producen el efecto de una sierra cuando tropieza con un nudo, y un insoportable espeluznamiento.

XXVI

¡Me río yo de Spínola sobre Breda, de Antbal sobre Sagunto, y hasta del imberbe Molke sobre la fuerte Estrasburgo! ¡Niños de teta, simples niños de teta se quedan en el arte terrible de sitiár

y rendir ciudades al lado del perinclito Josué! Lo que todos estos pretendidos genios de la guerra no pudieron conseguir sino á fuerza de tiempo, asaltos, catapultas, escalas, cañonazos, minas, contraminas, bombas, cohetes, ametralladoras y paralelas y más paralelas, mediante la inspiración del sabio y omnipotente Jehová, lo logra Josué á trompetazos. A trompetazo limpio, en efecto, lector amable, cayeron ante Josué y su horda de israelitas los muros de la famosísima ciudad de Jericó. Y por si alguien lo duda, sena que por menudo se halla especificado este sencillo y sonoro método de rendir ciudades, en el capítulo VI del inspirado libro de Josué, indignamente olvidado de poner de texto en nuestras escuelas militares por la sabiduría de liberalescos Gobiernos; pues yo me imagino que si nuestros artilleros examinasen detenidamente este sitio de Jericó, seguramente renunciarían á los largos y á veces infructuosos procedimientos de asedio que hoy usan, y volverían á éste de los trompetazos y de los paseitos alrededor del muro, que, á los siete días cabales, después de siete vueltas á la ciudad, es de probado éxito.

La cosa se hizo por Josué de la siguiente manera. Colocó el pueblo alrededor de la ciudad. Después formó una columna. Los buenos soldados, á modo de batidores, iban á la cabeza. Seguían siete sacerdotes, tocando estrepitosamente siete cuernos de carnero. Luego los levitas llevando el arca del pacto. Después la *turbamulta* ó chusma armada, tocando bocinas. Esta columna dió el primer día una vuelta á la ciudad, otra vuelta el segundo día, otra el tercero, cuarto, quinto y sexto. El día séptimo, después de dar siete vueltas, tocan los cuernos y bocinas, alza el populacho espantosa gritería, y... ¡cataplúm!... el muro de Jericó cayó á plomo.

¡Se quiere procedimiento más sencillo, breve, armonioso y hasta jacarandoso de rendir una

ciudad sitiada? ¡Sólo Jehová ha sido capaz en este mundo de estas cosas!

*
*
*

«Y destruyeron (los israelitas) todo lo que en la ciudad había, hombres, mujeres, mozos, y viejos, hasta les bueyes y ovejas y asnos, á filo de espada.»

Tampoco nadie más que Jehová ha ordenado nunca una degollina por el estilo. Pregunto yo: ¿qué culpa tenían los pobres borricos de Jericó para ser pasados á filo de espada? ¿Y las cabras?

Una de éstas, de la especie que no tiene cuernos, aunque los pone, la famosa ramera Rahab, su papaito, su mamá, hermanos y demás que la pertenecían, fué, sin embargo, perdonada y conservada; honorable familia que continuó la especie cananea, que, á pesar de todas las raeduras decretadas por Jehová y hechas por sus elegidos, subsistió siempre en la Judea, hasta los días de Anás y Caifás y demás miserables del Sanhedrin del tiempo de Pilatos.

Josué, el inspirado de Jehová, el caudillo sin igual, que á trompetazos echa abajo murallas, maldice con atroces palabras al que en cualquier tiempo reedificase la maldita Jericó.

Y... en efecto: Jericó, aún en el día de hoy, es una célebre y bella ciudad de Siria. ¡Fuerza de las maldiciones!

No se crea que estos israelitas, de tan singular manera protegidos de Jehová, eran todo bondad, honradez y corrección. Había entre ellos cada bellaco, que á Rinconete en persona hubiera podido dar lecciones de esca noteo de

lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y hasta contra la voluntad de Dios. Uno de estos manos largas, llamábase Achán, mocito que en el saqueo de Jericó, así, como el que nada hace, despreciando el mandato de Jehová, que por boca de Josué lo había ordenado quemar todo, había trasconejado y puesto á buen recaudo un hermoso manto babilónico, doscientos siclos de plata, y un changote de oro.

El robo sacrilego estaba oculto. Ni el diablo que le hubiera descubierto, sin la trastienda de Josué, que habiendo enviado contra la ciudad de Hai un buen golpe de gente, como esperase que con nuevos trompetazos, ó cosa parecida la tomasen, al verlos volver echando el bofe, huyendo de los cananeos que les habían aporreado de lo lindo, dedujo que irremediamente había en esto gato encerrado. ¿Cuál era este gato? Rompe sus vestidos, como ya tengo dicho que es de rigor en la Santa Biblia, echa polvo sobre su cabeza (¡bonita se la pondría!), ora todo un día, reúne al pueblo, le habla, le pregunta, y he aquí que Achán, de eliminación en eliminación, queda frente al general, que le obliga á confesar su delito. Apedrean al ladrón, y torna la fortuna, obscurecida por su feo pecado.

¡Admirable! ¡admirable! ¡admirable!

Apedreado Achán, Jehová que se había callado como un pez, dejando á Josué que se desvanase los sesos para descubrir el sacrilegio, habla de nuevo al caudillo, instruyéndole de lo que ha de hacer para tomar á Hai.

Caen 30.000 hombres, puestos en emboscada, sobre la ciudad, degüellan sus habitantes, lo arrasan todo, lo reducen todo á un montón de cenizas, y crucifican en un madero al rey, todo por decreto de Jehová, que de entonces acá ha

variado mucho de opinión acerca de las personas reales.

*
**

Y siguen los cuentecitos, que tratan de explicar poéticamente el estado social de la Judea, muchos años y siglos después de la conquista de los israelitas. Allá ya uno, que no carece de gracia, á la antigua, por supuesto.

Al oír los diferentes reyes cananeos las atrocidades de Josué, aliáronse para resistirle. Empero los gabaonitas, habitantes de las cuatro ciudades de Gabaon, Cafira, Beeroth y Chiriathiarim, ó creyendo inútil la resistencia, ó más conveniente la alianza con los hebreos, acuden astutamente al campo de Josué, fingiendo venir de muy lejos, para declarar la omnipotencia de Jehová y hacer paz con sus elegidos. Josué y los ancianos caen en el lazo, juran el respeto á las vidas y haciendas de los gabaonitas, y cuando después descubren el engaño, al saber que Gabaon caía muy cerca de Jericó, no pudiendo faltar á lo jurado por Jehová, se contentan con imponer servidumbre á los gabaonitas.

Este juramento me hace mucha gracia, porque al pretender honrar con él á Jehová, lo que hacen, en buena lógica, es desobedecerle, pues él, raer los cananeos sin excepción es lo que tenía mandado.

Vaya notando el lector discreto cómo en esta conquista, aparte lo de los trompetazos de Jericó, cosa supina, todo va sucediendo por los términos regulares y corrientes humanos: de lejos, mucho decir y amenazar... de cerca, robos sacrilegos, palizas como la de Hai á los ejércitos débiles, triunfos de los fuertes, capitulaciones como la de Gabaon... y lo que se verá. Jehová decididamente aparece del propio humor que su caudillo, y como éste transige con la realidad.

XXVII

Arrasadas Jericó y Hai, crucificados sus reyes y degollados todos sus moradores, hecho el concierto con los astutos cuanto cobardes Gabaonitas, que si salvaron el pellejo fué para ser por siglos los parias de Israel, aconteció una cosa morrocotuda, descomunal, que puede titularse el colmo de los colmos, en orden á tomarle el pelo á la credulidad del género humano.

Yo quisiera tener á mano aquel honrado é industrioso artista que no ha muchos años, se veía cerca de la Cibeles tocando una orquesta entera, para suplicarle que, dándole fuerte al bombo, que tocaba con una mano, fuerte á los platillos, que hacía entrechocar con el codo, más fuerte aún á la destemplada flauta en que soplabá, agitando la cascabelería y campanillería que llevaba sobre la cabeza, y meneando rápidamente el pie, que, mediante una cuerdecita, tocaba el triángulo de hierro montado sobre el bombo, congregase á mi alrededor lo escogido del pueblo español en el arte de imaginar hipérboles literarias. ¡Oh, y con qué fruición, ante el andaluz guasón, el aragonés ladino, el castellano socarrón, el astuto gallego y el exagerador navarro, exclamaría yo!

—Caballeros: les doy á Vds. de tiempo de aquí á la consumación de los siglos para que me discurren la mayor exageración que pueda ponerse en boca de un general, para significar con ella que Dios había favorecido su causa. Ya pueden echarse ustedes á discurrir cuentos en que, entrando Dios y un general, aparezca Dios obedeciendo las órdenes y si quieren ustedes las súplicas de un general.

—¡Puez ya eztá, zeñor mío! oigo decir á un sevillano. No hay pa qué eze zeñor de la orqueza meta tanta bulla, Con desir que ar general lo

manda á Dios pelar patataz para el rancho, y jaser que Dios laz pele, y mondaditaz laz vaya echando á la cardera, tiene ozte una ezageración que no ez menúa.

—No está mal, contesto yo, no está mal. Pero aún es poco, porque al mondar Dios las patatas, no hace una cosa imposible. Y el *quid* es que Dios haga algo que no pueda hacer, como, por ejemplo, que el general fuese al mismo tiempo el que mandaba pelar las patatas, y las patatas mismas.

—Ezo no zeria cuento; ezo zeria una barbaridad. Loz cuento pa tener *aquel* han de zer *verisimiles*.

—Verosimil es el cuento á que yo me refiero. Verdad es que escarbando un poco, se encuentra eso que V. ha dicho.

—¡Ziempré zaldrá ozte con alguna patochá, como la de aquél que mientras dormía en la posáa le untaron de negro la cara pa burlarse dél, por gaztar de criado un *morenito*, y que cuando ze levantó por la mañana apriza y con zueño y ze miró al ezpejo, dijo: ¡Ezos brutos han despertar al negro, en vez de despertarme á mí! con lo cual se vorvió á la cama.

—Patochada, cuento ó barbaridad, aquello á que yo me refiero es la mayor atrocidad que se ha oído, y por mucho que ustedes todos discurren, no darán con ello.

—¡Que se cuente! ¡que se cuente! grita mi auditorio.

—Allá va, señores, allá va. Ustedes todos, caballeros, habrán aprendido en la escuela que la tierra en que vivimos y hemos de morir, es un planeta...

—¡No está ese zeño mal planeta, cabayeros! grita á estas palabras mías el andaluz. Pa oír de planetas, vale más pazear con este bendito sol que Dios nos envía.

—¡Música, música, honrado artista! grito yo

á mi vez al hombre-orquesta, viendo que la interpelación del andaluz comienza á deshacer el corro de oyentes. ¡Música hasta acabar mi discurso! Y continuó:

—Saben ustedes que la tierra es un planeta que gira alrededor del sol en un año, y que además gira alrededor de sí misma una vez cada veinticuatro horas.

—¡Vaya, como un trompo que toma carrera cuando empieza á bailar!

—Eso es, eso es, señores, como un trompo que además de dar vueltas sobre sí mismo, girara alrededor de una barrica de vino.

—¡Ezo ez lo que á osté le sobra, ze me figura! exclama mi andaluz, cogiendo al vuelo la ocasión de decir una pulla.

—Esto que digo,—sigo yo—no lo dice el vino, lo dice la Ciencia, que es una señora muy respetable. Pues bien: dando vueltas la tierra sobre sí misma y siendo de la figura de una naranja, y siendo el sol la lámpara que la alumbra, constantemente la mitad de la tierra está en sombra, es decir, en noche, y la otra mitad en luz, esto es, en día. El sol, señores, se está quietecito en el espacio, relativamente á la tierra, aunque también á su vez danza hacia la constelación de Hércules y digo que danza, porque se va hacia ella dando sus vueltecitas correspondientes.

—Este zeño está alumbrao zin remedio, y se figura que dansan la tierra y el sol, cuando lo que le dansan á él zon los ojos, como á aquel borracho de Zevilla, que estaba parao ezperando que pazara zu caza.

—Atención, señores, por favor, si hemos de dar en el hito de lo que decían ustedes querer saber, sobre la mayor ezageración ó atrocidad que se ha escrito.

—¡Que salga pronto!

—Pronto saldrá, pero vestida de limpio, para que sea digna de ustedes. Señores, tanta rapidez

lleva la tierra en su camino alrededor del sol, que un tren despeñado cuesta abajo á toda máquina, sería para el correr de la tierra, lo que el andar de una tortuga al escape de un buen caballo de carrera. Y con tanta velocidad gira al mismo tiempo sobre sí misma, que cuanto yo dijera sería poco expresivo. Aislada en el espacio, la tierra así girando y caminando, sometida á leyes inmutables, supongamos que se parara de pronto. Coged una botella de cristal finísimo, estampadla con toda vuestra fuerza sobre una losa. ¿Qué se ha hecho de la botella?—¿Polvo, añicos? Pues añicos y polvo se haría la tierra si un instante solamente se parara.

Ahora bien, señores; para que un día en nuestra latitud durara, en vez de las diez ó catorce ó diez y seis horas que tiene, una, dos, ó diez horas más, sería preciso que la tierra se parara por espacio de una, dos ó diez horas. Pero como al pararse se haría añicos con todo lo que tiene, ciudades, hombres, etc., resultaría que no sería tal tierra, ni habría quien de ella ni de su pará-dita pudiera hacer memoria. Que el sol se pare ó no se pare, no es razón para que se alargue el día, pues no dependen el día y la noche del andar del sol ó de estarse quieto, sino del andar de la tierra. De todos modos, si el sol se llegase á parar, ¡Dios no asista! En fin, caballeros, que el sol nos ha dado por muchos siglos un camelo; pues con todo su salir, su correr y su ponerse, lo que hay de cierto es que se está muy arréllanado en el cielo, y nuestra pobrecita tierra es la que tiene que sudar la gota gorda para hacerle la rosca. ¡Coquetón!

—Señores, interrumpe mi andaluz, —aquí no hay más camelo que el que noz está dando ezte cabayero, con zuz andróminaz. Argo he oído yo allá en Zevilla de todo ezo de loz andarez de la tierra, pero le tengo dicho á Curro, mi compare, que no me dejará mentir, que en lo de tejaz arri-

ba, ni entro ni zalgo. ¡Con que á tomar el zol, y que ezplique ezas caligrafías al de la orqueztal! Por zupueztio, que la ezageración aún no ze ha vizto.

—Suplico al sevillano que reserve un instante sus chistes para oír la exageración. Fué el caso que Josué, estando combatiendo á cinco reyes Amorreos...

—¡Dioz noz azista! Curro: ¡tú zabez de eze zeñor Jozué y de ezoz reyez Amadeoz? ¡Zi aquí no hemoz conosío maz que á un pobreziyo de eze nombre enrevezao!

—Josué fué un general israelita, quiere decir, judío.

—Lo dicho, eze zeñor ezta achizpao. Loz judioz no zon nunca generalez: zon ziempre prez-tamiztaz. ¡Recuerdaz, Curro, aquel judío de Gibraltar?

—No traigaz maloz pazoz á la memoria, y veamoz quien fué eza gente de que habla este cabavero.

—Este señor Josué, como todos ustedes saben, estaba iluminado y protegido por Jehová, el poderoso Dios Jehová, señor de cielos y tierra.

—¡Tú conoses á eze Dioz Jozafá, Curriyo?

—Jozafá no ez coza de Dioz: me parese un vaye que huele á Iglezia.

—Josué andaba en guerra para conquistar la prometida tierra de Canaan, que Jehová había destinado para habitación de sus hijos predilectos los israelitas. ®

—Puedez creer, Curro, que eze Dioz, como se llame, que ya no me acuerdo, no me jase pizca de grasia, por tener niñoz mimaos, que zon niñoz mal educaos.

—Deja, hombre, á ver que jase eze Dios, y aluego diraz lo que tacomode.

—Había ya Josué conquistado algo de la tierra de Canaan, cuando cinco reyes Amorreos, reuniendo sus tropas, trabaron con él batalla. Con

la ayuda de sus armas y de un pedrisco tremendo que sobre los Amorreos lanzó Jehová, Josué venció en batalla campal á los reyes, que echaron á correr como liebres. Pero Josué, que quería hacer las cosas de una vez, quiero decir, degollarlos á todos, para que no le estorbasen en la ocupación de la tierra, viendo que se echaba la noche encima...

«Pero aquí precisamente, caballeros, tengo la Biblia, y voy á permitirle leerles á ustedes íntegro el pasaje de lo que pasó. Dice así:

«Entonces Josué habló á Jehová el día que Jehová entregó el Amorreo delante de los hijos de Israel, y dijo en presencia de los israelitas: Sol, detente en Gabaon; y tú, Luna, en el valle de Ajalon.

»Y el Sol se detuvo y la Luna se paró, hasta tanto que la gente se hubo vengado de sus enemigos. ¡No está aquesto escrito en el libro de Jasher! Y el Sol se paró en medio del cielo, y no se apresuró á ponerse casi un día entero.

»Y nunca fué tal día antes ni después de aquél, habiendo atendido Jehová á la voz de un hombre: porque Jehová peleaba por Israel.»

Y vean ustedes, señores, y vea el sevillano interruptor, cómo no es posible discurrir exageración que á esta exageración iguale; pues para que el día fuese más largo que de ordinario, sería preciso que la tierra se parara, y no el sol, y parándose la tierra se haría añicos y sobre ella no hubiese podido Josué perseguir á los Amorreos.

—Vámonoz, Curro, que me paese que ezte zeñor ze va á dezoelgar con alguna herejía, puez eze libro de la Biblia ez como el padre Zanto de Roma, infalible. Y ahora no ez como el año de la Revolución, cuando venían allá por Zevilla á predicarnoz loz republicanoz.

—La Iglesia Católica Apostólica Romana, nuestra santa Madre, admite, según el P. Cámara, obispo auxiliar de Madrid, que esto está es-

crito en metáfora, puesto que no puede ser. Digo esto porque he oído hablar por ahí de herejías, y para afirmarme en lo que he dicho, que ésta es la mayor de las metáforas ó exageraciones.

—Andando, Curro, exclama mi andaluz. ¡No ez tá mala metáfora la que noz ha metido ezte zeñor!

—No me hablez de eza palabra, por Dioz.

—¿De qué palabra, Curro?

—De eza de metáfora.

—¿Y por qué?

—Porque tooz miz malez vienen de una metáfora, azegún dijo el abogao que me defendió en aquello de marráz, que por de poco me lleva ar palo.

—¿Puez cómo, hombre, de una metáfora?

—Puez que no lo quiziéron ereer que el otro ze había muerto por zu mano, zino que yo le había metido una cuarta de metáfora en er cuerpo.

—Entoncez metáfora quié isir cuchiyó.

—¡Aticuenta!

XXVIII

Admiradas las estupendas metáforas que usó el Espíritu Santo con el señor Jasher, en cuyo libro se escribió aquello de pararse el sol sobre Gabaon y la luna sobre el valle de Ajalon, y después de advertir que á dicho señor de Jasher ni el demonio que le conozca en el mundo de la literatura, á no ser por esta referencia del libro canónico de Josué que voy comentando, debo contarte, carísimo lector, cómo empleó Josué los días que siguieron al día morrocotudamente largo en que derrotó á los amorreos.

Los pobrecitos de los cinco reyes que he dejado en la nota anterior corriendo como liebres de la espada de Josué, metieronse en una cueva, lo que me da una pobrísima idea de estas régias personas, á no admitir que el Espíritu Santo lla-

me rey á cualquier pelafustán, lo que es muy poco probable, pues aunque gente de poco trato con astrónomos y cosmógrafos, como ha probado en la metáfora preinserta, que ha hecho sudar la gota gorda á más de cuatro reverendísimos teólogos, hasta que se dió en el hito de la metáfora, paréceme un poco más que medianamente inclinado al régimen monárquico, como es de rigor en personaje de sus campanillas. Digo, — volviendo al cuento — que los cinco reyes amorreos, convertidos en trogloditas con la parada del sol, fueron descubiertos por los hebreos, y mandados sacar de la cueva por Josué, se dió éste el gusto de que todo su pueblo pusiera los pies sobre los pescuezos de aquellos aborrecidos monarcas cananeos, que después de sufrir esta humillación, indigna de su alta jerarquía, fueron alanceados, colgados después de unos maderos, y finalmente arrojados á la cueva que les había servido de misero refugio, cuya boca se tapó con grandes piedras, que subsisten *hasta hoy*, dice el libro, sin que yo me meta en floeos por averiguar qué dia sea este *hoy*, porque ya sea martes, ya viernes, en nada desmerece la verdad revelada por Dios, ni quita ni pone esto nada á la gloria y á la clemencia y piedad con que Josué trataba á sus enemigos.

* *

En fin, lector, que los israelitas mandados por Josué conquistaron, siempre con la ayuda de Jehová, y tras muchas fatigas y combates, un buen pedazo de terreno de Canaan, cosa así como las tres provincias valencianas. No debo ocultarte que me choca extraordinariamente que, para conquista de un general como Josué, que de un grito paraba el Sol y la Luna, costara tantos días, y exigiera tantísimos asaltos y combates. Sin la ayuda de Dios alguno, que se sepa, Julio César hizo una conquista mayor en un abrir y

cerrar de ojos, que él expresó muy elegantemente con estas palabras: *llegué, vi, vencí*. Yo esperaba desde el *Génesis*, y sobre todo desde el *Exodo*, que cosa tan resuelta por Jehová como el establecimiento de los israelitas en Canaan, fuera para el que dividía las aguas del mar Rojo, hacía brotar agua á las rocas, arrojaba codornices sin número y sobre todo enviaba el maná, como para mí comerme un barquillo, y esperaba además que el inspirado capitán del pueblo elegido aventase á los cananeos con sólo soplar desde el milagrosamente vadeado Jordán. Cuando veo que capitula en Gabaón (la del sol), que tiene que ir y venir, y batallar, y retirarse, y avanzar, me hundo en un mar de reflexiones, pareciéndome á veces que me están dando un mico, malévolo y ruin pensamiento que, gracias á Dios, la autoridad que nos enseña ser todo esto cierto de toda certidumbre, verdadero de toda verdad, y obra indubitable de Jehová, aparta de mi imaginación, aunque con alguna fatiga.

Además, el propio cuento arroja de sí algo que demuestra la intervención de un ser de gustos delicados y melindrosos. Este algo es la degollina de reyes que se verifica. Moisés y Josué, por muy republicanos que fuesen, es del todo imposible que llevasen su *mo: arcofagia* hasta el extremo de merendarse entre los dos *treinta y un reyes*, cuyos nombres é imperios constan por menudo en el capítulo XII de esta portentosa historia. Treinta y un reyes son muchos reyes para ser degollados por dos hombres: entrando Jehová á la parte, ya no me parecen demasiados. ¡Y los franceses que se dan tanto tono por haber guillotinado uno! ¡Pues y los ingleses, tan ufanos con haber decapitado á Carlos I! El cervecero Cronwel y el cirujano Marat me parecen unos niños de teta al lado del pastor Moisés y de Josué, de oficio desconocido antes de ser soldado.

* *

Hecha la conquista, vienen los repartimientos. ¡Como en América los españoles! ¡Igualito! Josué, ya viejo, distribuye entre las tribus las tierras á satisfacción de todos, mandando hacer una especie de libro catastral, llevar el tabernáculo á Silo, fijar las ciudades de refugio y la de los levitas, se queda para sí un buen pegujal, echa un discurso final á su gente y se muere como un bendito de Dios, á los ciento diez años. Varón insigne y para siempre memorable por su voz que paró al sol, el cual hizo más caso al que le habló en hebreo, que á nuestro Espronceda cuando le invocó en lengua castellana, rogándole que se parara.

Ya tenemos, pues, á los israelitas en la tierra que les había prometido Jehová, que, como se ve, ha resultado ser un Dios de palabra. Ahora veremos lo que en ella hicieron.

XXIX

EL LIBRO DE LOS JUECES

A continuación del *Libro de Josué* aparece en la *Biblia* el *Libro de los Jueces*. ¿Quién le escribió? No se sabe. ¿Cómo que no se sabe, preguntará el lector discreto. Pues no se sabe, respondo yo, y punto concluido. No sabiéndose quién le escribió, replicará el lector, ¿cómo se sabe que fué revelado por el Espíritu Santo? ¡Pues velay! que dicen en mi tierra, donde hay cada doctor en teología más hondo que el pozó Airón. *Velay*, lector: no se sabe quién le escribió, pero se sabe indudablemente que lo inspiró el Espíritu Santo. En qué se haya conocido, no lo sé: si lo supiera, francamente te lo diría. Como no sea en ciertamente te lo diría. Como no sea en un olorcillo á montuno y selvático que trasciende á salvajismo de un cuarto de legua, no sé en qué se haya podido fundar la acusación hecha al Espíritu Santo de inspirar este libraco, en que se

cuentan desdichadamente las atrocidades, monstruosidades y barbaridades que hicieron unos cuantos gannápiros que gobernaron el pueblo de Israel por espacio de algunos siglos con el nombre de Jueces, todos ellos por elección y consentimiento del imprescindible Jehová.

Las historietas de este *Libro de los Jueces* son bastante populares y se han infiltrado en toda la literatura cristiana, en la cual Gedeón, Sansón, Jephthé, Dalila, Débora, y otros personajes, han hecho competencia en las figuras de retórica á Hércules, Aquiles, Andrómaca, Eneas y otras creaciones de la poesía clásica. Por esto no quiero prescindir de examinar este libro, más apropiado que cualquier otro para arrancar de los espíritus apocados la falsa idea de que todo esto de la revelación sea algo más que una falsa manera de hablar, pues dar al Espíritu Santo la ocupación de dictar estas cosas, es convertirle en un coplero de esos que explotan la afición popular á los romances de ciego, con acompañamiento de guitarra.

La entrada de este libro es la declaración de impotencia del omnipotente Jehová, señor de cielos y tierra. Como es sabido, este Dios, tras muchas fatigas y milagros, había sacado á los israelitas de Egipto y traído los á la tierra de Canaan, para que allí no le dejasen un cananeo á vida: todos, todos habían de ser raídos de su presencia. Hasta me he permitido en una nota llamarle, en vista de su furor, Dios rapapueblos.

Pues bien, en vez de raer á los cananeos, amorreos, jebuseos, heveos, etc., los israelitas capitulan con estas gentes, viven entre ellos, se mezclan con ellos, y lo que es más, dándoseles una higa del pacto famosísimo, tan sinalagmático como bilateral, se dan al culto de Baal, Dios de los cananeos. Jehová se enfurruña; pero en vista

de que no le hacen caso, transige, y volviendo sobre su palabra, él, el que había dicho en el *Exodo* que no quedaria simiente cananea, dice en el capítulo II de los Jueces: *Tampoco yo echaré más de delante de ellos á ninguna de aqueſtas gentes*; las cuales gentes, por supuesto, así que podian, pegaban cada paliza á los israelitas, que les dejaba derrengados para una veintena de años.

Las gentes que quedaron fueron (capítulo III, versículo III): *Cinco principes de los filisteos, y todos los cananeos, y los sironios, y los neveos*. Cuando después de leer esto se recuerda la parábola del Sol y de la Luna, ¿se puede contener la risa? ¿Para qué han servido el milagro del mar Rojo y todos los demás milagros? Para venir á declarar aquí que una horda vagabunda, después de morar en Egipto y peregrinar por el desierto, cae sobre Canaan, donde se hace un lugar entre unos pueblos mas o menos debiles, pero todos sin significación alguna histórica. Esta horda, en el transcurso de los siglos, se adelanta á estos pueblos, y depositaria de un concepto unicista de la Divinidad, le esclarece en una literatura mística cuando llega á su apogeo con David y Salomón. Pero aún estamos muy lejos de Salomón. Por ahora, véase lo que eran los profetas de Israel, y lo que era la religión mosaica, traicionada á cada paso, y cada veinte años abandonada por los israelitas para entregarse á todos los horrores de Baal.

* *

El primer juez de que nos habla el libro se llamaba Otoniel, un caballero á quien Jehová prestó ayuda, gracias á la cual, derrotó á Chusan-rashtaim, nombre estrofulario de un rey de Siria, cuyos huesos han debido dar ya más vueltas que una veleta. Hecho y personajes sin los cuales, incompleta la *Santa Biblia*, no habria sal-

vación posible para la humanidad, pues es sabido que la verdad incompleta no es verdad, y que en la Verdad divina está la salvación humana.

* *

Al cabo de cuarenta años de buen vivir, los israelitas cerdean en la cuestión del pacto, y el celoso Jehová los hace por diez y ocho años siervos de Eglón, rey de Moab. Se arrepienten los israelitas, chillan, prometen, y Jehová, como es de rigor en su papel de padrazo, les suscita un salvador. Llamábase este mozo Aod, y, aunque corto de nombre, no lo era de manos, pues haciéndose un *puñal de dos filos, de un codo de largo*, se va á ver al rey de Moab, que le recibe muy cumplidamente, porque se anunció como portador de un buen regalo. Al entregarle éste al rey, le dice Aod que tiene que hablarle en secreto. El rey manda retirar su gente, y, cuando á solas con Aod, le dice que hable, este ciudadano le mete el codo de puñal dentro de la barriga, produciendo al rey un desgarrón por donde salió *el estiércol* (palabra textual). Muere el rey, se escapa Aod, convoca á son de cuerno á los suyos, que después de matar á diez mil moabitas, como se matan diez mil moscas, le hacen juez. ¡Vaya una leccioncita de historia monárquica y decentísima que nos refiere el Espíritu Santo, no se sabe por mano ó boca de quién!

* *

«Después de Aod fué juez Samgar (texto) el cual hirió seiscientos hombres de los filisteos con una aguijada de bueyes.»

Sin comentarios.

XXX

Gobernó después de Samgar *el de la aguijada*, una mujer, y las cosas iban rematadamente mal

para Israel: un tal Jabin, rey de los cananeos, los molía á palos, á pesar de Jehová, de las tablas de la ley, del tabernáculo de Silo, de los estupendos milagros pasados, y del don de profecía que adornaba á madama Débora, que así se llamaba la *juesa*, casada con un tal Lapidoth, personaje insignificante, como la inmensa mayoría de los príncipes consortes.

«La cual Débora, dice el texto, habitaba debajo de una palma, entre Rama y Beth-el, en el monte de Efraim; y los hijos de Israel subían á ella á juicio.»

Deduzca el discreto lector los juicios que se harían debajo de aquella palma, y la importancia del pueblo que semejante palacio de justicia usaba, y tenía por códigos las poéticas divagaciones de la señora Lapidoth.

Débora, que debió tener malas pulgas, cierto día envía un recadito á un muchachón de la tribu de Neftali, llamado Barac, y cuando le tuvo presente, pasó con él el breve y textual diálogo que sigue:

«Débora.—¿No te ha mandado Jehová, Dios de Israel, diciendo: Vé y haz gente en el monte de Tabor, y toma contigo 10.000 hombres de los hijos de Naftali y de los hijos de Zabulón, y yo traeré á ti al arroyo de Cison á Sisara, capitán del ejército de Jabin, con sus carros y su ejército, y entregarélo en tus manos?»

Barac.—Si tú fueres conmigo, yo iré; pero si no fueres conmigo, no iré.

Débora.—Iré contigo; mas no será tu honra en el camino que vas, porque en mano de mujer venderá Jehová á Sisara.»

La entradilla de Débora á Barac tiene tres pares de bemoles: «¿No te ha mandado Jehová?...» Si Jehová se lo hubiese mandado á Barac, excusaba la profetisa de instruirle, pues Jehová le hubiera instruido. Y si Barac, como es de presumir,

ninguna orden de Jehová habla recibido, ¿á qué este giro engañoso del discurso de la profetisa?

Dejando esto á un lado, el caso fué que Barac, en compañía de Débora, se va á Cedes y subleva 10.000 hombres, número redondo, como si fuera un Pompeyo ó un Julio César, ó por lo menos un Garibaldi.

Acude Sisara, capitán del ejército de Jabin, al sitio en que el alto Jehová le tenía dispuesta la celada, y Barac le desbarata el ejército, como si fueran de alfenique los temibles carros de guerra que constituían la fuerza principal, persiguiendo á los soldados y degollándolos á todos, *hasta no quedar uno*. A pesar de la respetabilidad bíblica, uno si quedaba, que era el pobre Sisara, el cual, huyendo de la espada de Barac, digo de Jehová, se acoge á la tienda de un aliado de su amo y señor el rey Jabin, llamado Heber Cineo, el cual tenía una mujer, llamada Joel, de pelos en el corazón.

Esta piadosa señora, viendo correr hacia su tienda al infortunado Sisara jadeante, llama y dice al vencido capitán: «Ven, señor mío, ven á mi: no tengas temor.» Sisara acude, y Joel le tapa con una manta. Sisara la suplica un poco de agua con que templar su ardiente sed, y Joel, llena de misericordia hacia el desgraciado, saca un odre y le da leche, volviéndole á ocultar bajo la manta. El capitán, rendido de fatiga, siente acometimientos de sueño, y suplica á la dama que cele la puerta de la tienda, encargándola que si alguien preguntase, dijera que nadie allí se había guarecido.

Tan pronto como Sisara cierra los ojos, Joel arranca una estaca de la tienda, coje un mazo, pone la primera en la sien de Sisara, y dando con el segundo tremendos golpes, hace tortilla los sesos del dormido capitán. ¡Hermosa, bella y piadosa acción, digna de la trompa épica que su-

blima la antigua hospitalidad y la eterna y compasiva dulzura de la mujer!

Al pasar Barac por cerca de la tienda, de Joel, ésta le llama, y mostrándole el yerto cadáver de Sisara, le dice: «He ahí el hombre que buscas.»

*
*
*

La profecía de Débora se había cumplido. Sisara á manos de una mujer había muerto. Solo faltaba cantar esta victoria y la moralidad de esta fazaña *joelica*, y Débora, templando el arpa, la gaita, la vihuela, el tamboril, ó lo que fuere, acompañada de Barac, canta un cántico por todo lo alto. Yo, que respeto mucho la poesía, como no entiendo el hebreo ni puedo apreciar la rima, ni se conserva, que sepa, la música, paso este cántico por alto, que siempre con los poetas se debe ser indulgente, máxime cuando, como aquí sucede, el autor se viste por la cabeza.

*
*
*

Sin embargo, quiero, lector, que sepas que Débora, invocando á los principales de su pueblo para que la oigan, dice: «Vosotros, los que cabalgáis en asnas blancas, los que presidís en juicio...» lo que me da una pobrísima idea de los presidentes de los juzgados hebreos de aquel tiempo. ¡Oh! ¡Y que no hay diferencia de ellos á los oidores de nuestras chancillerías! El más ramplón de nuestros escribanos de actuaciones, cuanto más un señor juez, seguro estoy que no se presentaría hoy en las Salesas montado en burra blanca, ni parda. Y si aun yendo en coche nos parecen poco perfectos, y anda la justicia reformándose perpétuamente, ¿no es cosa de desternillarse de risa ante las pretensiones judáicas de que estos montadores de asnas blancas eran los elegidos y los iluminados de la divinidad! ¡Justos cielos! Samgar el de la aguijada; Joel, la

del mazo y la estaca; Barac, el que no se atreve á buscar á Sisara sin que le acompañe una mujer, los elegidos; y Gladstone por protestante; Bismark, por idem; Rotsechild, por judío; Mehemet-Ali, por mahometano, carne achicharrable en el infierno. Vamos: lo dicho. Esto es el paroxismo de la chilladura.

XXXI

Pasó Débora con su cántico, pasó Barac con su cobardía, pasó Joel con su estaca, que todo pasa en este mundo. Los israelitas, después de cuarenta años de respiro, tornaron á *hacer lo malo en ojos de Jehová*, y este buen señor, que tantas les había pasado y perdonado, en castigo de que á *sus ojos* hicieran lo malo, que infero yo no debía ser muy bueno, no contando con un artículo 22 en su ley provincial, como el egregio conde de Toreno, en vez de castigarlos con las consabidas multas de 500 pesetas, los entrega por un setenado en manos de los madianitas.

Los apuros y sufrimientos anteriores parecíanles ahora tortas y pan pintado. Los madianitas les buscaban las cosquillas por todas partes: robos de ganados, asolamientos de ciudades, incendios de cosechas, talas de frutales, muertes, violaciones, atropellos, escarnios, cuanto, en fin, han discurrido unos hombres para dañar á otros hombres, lo practicaban los madianitas, con consentimiento de Jehová para martirizar á Israel.

Alzase universal clamor entre los elegidos pidiendo gracia, y Jehová envía primero un profeta, después un ángel, y por último baja él mismo en persona á anunciar lo que se debe hacer para salir de aquel atroz conflicto. Y advierte, lector, que digo profeta, ángel de Jehová, y Jehová en persona, porque de estos tres personajes habla el texto. Lo que pasaría en el cielo durante la ausencia de Jehová, no lo sé. De su estancia en la tierra hay detalles preciosísimos.

Jehová, hecho una especie de peregrino, con su bordón en la mano, aparece sentado debajo de un alcornoque, en Ofra, y mirando a echar trigo á un buen mozo israelita llamado Gedeón, hijo de Joas Abiezerita.

De pronto Jehová, encantado sin duda del aire de Gedeón al zarandear la criba, le dice: *Jehová es contigo, varón esforzado.*

Gedeón, con un tantico de discreta sorna, contesta: *¡Ah, señor mío! Si Jehová es con nosotros, ¿por qué nos ha sobrevenido todo esto? ¿Y dónde están todas sus maravillas que nuestros padres nos han contado? Jehová nos ha desamparado y nos ha entregado en manos de los madianitas.*

Esta contestación del rústico está repleta de excelente buen sentido y prueba que Gedeón ponía en cuarentena los milagros, como pudiera hacerlo un librepensador de nuestros tiempos. Jehová, sin entrar en enojosas explicaciones, le dice, mirándole de hito en hito: *Ve con esta tu fortaleza y salvarás á Israel de mano de los madianitas. ¡NO TE ENVÍO YO!*

Gedeón, desconfiando de su mérito para la alta misión que se lo confiaba, trata de excusarse con su pobreza y nulidad; pero mozo cumplido, trata de obsequiar, según sus facultades, al buen hombre que á la sombra del alcornoque tales grandezas le anunciaba, y entrándose en su choza adereza un cabrito y con unos panetes sin levadura se le ofrece luego al peregrino, no pensando, ni remotamente, que se las había con el propio y eminentísimo señor Jehová, Dios omnipotente, amo absoluto de cielos y tierra, que además de estar en todas partes por esencia, presencia y potencia, estaba entonces junto al alcornoque de Ofra en figura de parlante peregrino.

Estoy seguro que habrá algún volteriano lector que se dispone á reír, viendo á Jehová engullirse el cabrito y tragarse los panecillos. No tanto, amigo, no tanto. Jehová no come, que yo

sépa, en todo el Antiguo Testamento. Lo que hace es mandar poner el cabrito aderezado y los panes en una peña, derramar la salsa, y tocando las viandas con la punta del bastón, evocar una llamarada que las consume.

A vistas de este repetidísimo milagro, Gedeón quedase pasmado al advertir por él que había estado charlando con Dios, y luego comienza á gemir, creyendo, como es de rigor, que sin remedio moriría, pues el que hablaba con Jehová se creía por entonces que irremediamente reventaba, sin duda para que á nadie se lo contase. Sin embargo, Gedeón no muere. Jehová se va en forma de ángel, y en propia persona habla estas palabras: Paz á tí: no tengas temor, no morirás.

Esta historia de Gedeón es muy pesada en el texto, pero mucho. Dispensa, lector, si estas notas lo son también ¡Qué quierres! Para derribar un edificio hay que quitar tantas piedras como pusieron para alzarle, lo mismo las chicas que las grandes. Y si una por una todas las tramoyas, fantasías, ridiculeces, atrocidades y cuentos de estos libros te persuaden á que el Jehová de los judíos es un mito, como Júpiter y Saturno, un Dios fabricado por los hombres de este pueblo soñador y cruel, feliz de tí, que te habrás puesto en condiciones de deducir verdades como puños, en su tiempo y lugar oportunos. No te desesperes que yo sea machacón, como el texto hebreo; para subir alto es preciso hacer el andamiaje sólido. Tú y yo debemos imitar á nuestros adversarios. Ellos escudriñan: ¡pues escudriñemos nosotros! No hay más diferencia, sino que á ellos les valen dineros estos estudios, que á nosotros nos le cuestan. Sin embargo, al fin y á la postre hemos de salir ganando, pues bien convencido un hombre de la premisa, asentará la consecuencia, que en materia de economía se re-

duce á echar un nudo á la bolsa, de una vez por todas, para con los ungidos de Jehová. A buen seguro que si ha de vivir el gran rabino de la ley de Moises de las pesetas que le demos nosotros, después del análisis pacientísimo que hemos hecho del *Pentateuco*, se va á quedar pronto más flaco que un fideo.

Tan pronto como Gedeón sabe á ciencia cierta que puede contar con la protección de Jehová, hace una barrabasada. Sus convecinos daban culto á Baal, cuyo ídolo, rodeado de árboles, adoraban en lo alto del monte. Gedeón, sabiendo ya á qué atenerse respecto á teología, sale de noche, á la cñita callando de su casa, acompañado de doce gananes, y hace pedazos á Baal, cortando de paso los árboles del bosquecillo sagrado, con cuya lena arma una hoguera en que tuesta un toro de siete años, de ganadería y señas desconocidas, en honor y gloria de Jehová. Si algún hombre, en punto á religión, ha obrado con cordura, ha sido Geoncito. ¿No le constaba, en efecto, que Jehová era Dios, pues que había con él echado un párrafo? Pues hizo perfectamente en romperle la cabeza á Baal, Dios de chanfaina y embustería.

Como no estaban en autos los abiezeritas, tan pronto como vieron al ídolo hecho añicos y los árboles sagrados cenizas, quisieron coger el cielo con las manos: ó mejor dicho, á Gedeón, que tales profanaciones había cometido, para á su vez hacerle pedazos. El padre del profanador, que se llamaba Joas, discurriendo con admirable juicio, viendo aquellos furiosos que buscaban á su Gedeón para apedrearle, les dice: ¡Eh, compadres! ¿qué vais á hacer? ¿No decís que Baal era Dios? Pues si lo es, que él pleitee con mi hijo, y si puede, le mate. En esto conoceréis si es Dios ó es camama, como yo me sospecho. Los abiezeritas conocen que el viejo tiene razón y como Baal no pleiteó con Gedeón, quedó este sano y

salvo, ganó celebridad, y el sobrenombre, mote ó *alias* de Jerobaal.

==

Hecha esta barrabasada, Jerobaal se atrevió á más, porque *el espíritu de Jehová se encistió en Gedeón*.

Viendo que madianitas, amalecitas y orientales, en número infinito, según la ordinaria gitanesca exageración de la *Biblia*, se disponían á arrasar el país, Gedeón coge un cuerno, y tocando firme reúne á todos sus paisanos los abiezeritas. Manda además mensajeros á las tribus de Aser, Zabulón y Neptalí que se le juntan también, y con unos y otros forma un tremendo ejército de 32.000 hombres, lo que debe hacer morir de vergüenza á todos nuestros generales modernos, que para reunir otro tanto con un cuerno y tres mensajeros, se habian de ver y desear, necesitando quintas, tallas, uniformes, administración, etc., mientras que á Gedeón todo esto le sobra.

**

Antes de entrar en batalla, Gedeón, como hombre prevenido, quiere estar seguro de ganar, para evitar palizas en tonto. Al efecto, en vez de andarse en consultas de arúspices y augures, como acostumbraban á hacer los bobos de los generales romanos, se dirige directamente á Dios para que se lo diga. He aquí cómo procedió este improvisado y cuco general.

«Y Gedeón dijo á Dios: Si has de salvar á Israel por mi mano, como has dicho, he aquí yo pondré un vellón de lana en la era; y si el rocío estuviese en el vellón solamente, quedando seca toda la otra tierra, entonces entenderé que has de salvar á Israel por mi mano, como has dicho.

»Y aconteció así: porque se levantó de mañana, esprimiendo el vellón, sacó de él el rocío, un

vaso lleno de agua.» (Para más milagro, bien podía el vaso haber sido de vino, á mi entender.)

«Mas Gedeón (que, como he dicho, era cuco y no se fiaba así como se quiera de milagros), dijo á Dios: No se encienda tu ira contra mí, si aún hablare esta vez; solamente probaré ahora otra vez con el vellón. Ruégote que la sequedad sea sólo en el vellón y el rocío sobre la tierra. Y aquella noche lo hizo Dios así: porque la sequedad fué sólo en el vellón, y en toda la tierra estuvo el rocío.»

Seguro ya Jerobaal de que vencería, no extrañará el lector que hiciera valentías y fierzas descomunales, ni que viendo tanta gente á su alrededor (recordarás que eran 32.000), despreciase aquella chusma, que sólo podía contribuir al desprestigio de su victoria. Así, que á la primera revista dice, dirigiéndose al montón: El que tenga miedo, que se largue. Y ¡oh dignidad israelita! se largan 22.000 hombres al primer envite, los cuales imagino yo que llevarian las bragas como las puso Sancho la noche de los batanes.

Quedaban aún 10.000 hombres en el campo, y á Gedeón no se le cocía compartir con tantos la gloria de su segurísimo triunfo. Discurre, pues, dar á la canalla una carrera en dirección á un arroyo. Llegan á las aguas sedientos, y al que *las lamó* como las lame el perro, le guardó; más el que se *encorvó* para beber, le despidió. Yo no acierto á entender la *sindéresis* de esta probatura para distinguir cobardes de valientes; mas el caso fué que sólo *lamieron* 300 hombres, con los cuales el perinclito Gedeón se dispone á desbaratar el ejército de los orientales, tendido en el valle *como langostas en muchedumbre, y sus camellos eran innumerables, como la arena que*

está á la orilla del mar en multitud. (Cap. VII, versículo XII.)

*
*
*

Gedeón, con su criado Fara, baja de noche á espiar el campo enemigo, y oye un sueño que un soldado contaba á otro, por el que conoce (*y van tres*) que vencería. No cuento el sueño, porque es tonto de remate.

Poniendo, pues, luego de tantos preámbulos, manos á la obra de la batalla, Gedeón hace tres escuadrones de su gente. Cada soldado llevaba en la mano izquierda una tea encendida, metida dentro de un cántaro, y en la derecha una bocina. Avanzan sigilosamente, y llegado el terrible momento, rompen los cántaros, tocan las bocinas con brio, y al grito de *¡espada de Jehová y de Gedeón!* avanzan denodadamente sobre los enemigos que, espantados de las luces, los cántaros rotos y el estrépito de los cuernos, huyen confundidos, como alma que lleva el diablo.

Espantado estoy de los circunloquios bíblicos para contar uno de los millares de rebates del antiguo arte militar. Los historiadores profanos nos describen muchísimos más hermosa y más hábilmente; porque aquí, la intervención de Jehová quita todo el mérito al valor y la astucia de Gedeón. ¡Proclamo á este valiente, esforzado, astuto, patriota! Pues Jehová pierde otro tanto de lo que gana su general. ¡Doy el mérito á Jehová! Me resulta Gedeón un mamarracho, desconfiado, toско y petulante. ®

*
*
*
Así que han huido los madianitas, vuelven á juntarse á Gedeón los despedidos, cosa rara y que me hace poner en cuarentena lo de la despedida. Entre todos, ahora persiguen al enemigo, y pareciéndole poca la gente aún, el mismo Gedeón, que antes la despedía afrentosamente, suplica á

la tribu de Efraim que cortó los vados del Jordán á los madianitas que tratan de transponerle, en cuya operación pierden las cabezas Oreb y Zeeb, cabezas que los efraimitas envían á Gedeón, regalo poco digno de un elegido de Dios misericordioso.

Dejo á un lado, de propósito, la perrada que á Gedeón hicieron los de Sucoth, la cual castigó nuestro caudillo refregando las espaldas de los ancianos de este pueblo con abrojos del desierto. Ni quiero fijarme en que por su propia mano mató Gedeón á Zeba y Zalna, reyes de Madian. Estas son dos atrocidades que un republicano como yo puede perdonarle, en atención á que, habiéndole instigado los israelitas á proclamarse rey, Gedeón responde: *No seré señor sobre vosotros, ni mi hijo os señoreará. Jehová será nuestro Señor.* Lo que nadie puede perdonarle á Jerobaal es que, después de haber parraseado con Jehová en persona, que le había hecho hombre, sacándole á general desde aechador de trigo, cayese, como cayó, en la idolatría, haciendo con los zarzillos de oro arrancados de las orejas de los madianitas, un efod ó ídolo, que colocó en su casa en Ofra, tras el cual, como dice el libro, *todo Israel fornicó.* En esta historia hebrea cada paso es un gazapo; los mismos elegidos de Jehová son los primeros en burlar sus leyes, que no parecen reveladas con otro objeto que el de darse Jehová el gustazo de ver que de ellas hacían el mismo caso que de las coplas de Calainos.

Ni pueden tampoco dispensarse á Gedeón las costumbres, que resumen estas palabras del texto: «y tuvo 70 hijos que salieron de su muslo: porque tuvo muchas mujeres.» «Y su concubina, que estaba en Sichem, también le parió un hijo, y púsole por nombre Abimelech.» Muchas mujeres, y de contera una concubina... ¡Pero, señor,

estos patriarcas y jueces de la *Biblia* más parecen mormones ó sultanes turcos que judíos adoc-trinados por Moisés en la ley de Jehová! No puedo creer, no, que Gedeón, el del efod y el de las muchas mujeres, fuese uno de los justos que desde el seno de Abraham llevó Jesucristo al cielo, en el tiempo que estuvo ó parece que estuvo (porque en realidad, y en sana teología no estuvo) en el sepulcro.

Sin embargo, mientras vivió Gedeón las cosas de Israel dice la *Biblia* que fueron tal cual. Mas apenas cerró los ojos, volvieron á los Baales, que debían parecerles de mieles, cuando tan poco tiempo se podían pasar sin ellos. Consecuencia lógica: Baal y Jehová andaban por estos días en competencia, y Baal... triunfaba, con gran contentamiento del infierno, de que fué un proveedor tan activo como inteligente y celoso.

XXXII

De tal palo, tal astilla. Así se titula una novela del santanderino escritor José Pereda, notable como todas las suyas por lo castizo y bello del estilo, en la cual, de un médico sabio, se hace salir un librepensador tonto de remate, que tras de hacer muchas bobadas por una muchacha, concluye por suicidarse, que, de todas las tonterías humanas, es la tontería mayor. Pereda, es claro, como buen carcunda literario, al hacer que el librepensador ateneísta se pegue un tiro, lo que procura es, no ciertamente matar á un tonto por el delito de haberle retratado de este temperamento encefálico, sino hacer *odioso* á sus lectores el librepensamiento, poniendo el suicidio como única solución al galimatías en que se mete todo el que se atreve á dudar de la *monserga* aquélla del perinclito García Ruiz y de la resurrección de los difuntos con los mismos cuerpos y almas que tuvieron, según reza el *Credo*.

Yo no sé lo que habrá pensado acerca de su libro Pereda. cuando haya sabido que todo un príncipe de la Iglesia, el honorable arzobispo de Praga (que no era personaje de novela montañesa, sino sanguijuela del presupuesto del culto y clero del imperio austro-húngaro) no tuvo hace meses más ingenio para desatar el lío de sus negocios, que el suicidio, á que, para salir del lío de sus amores, apeló su engendro librepensador.

Lo que sí sé es que de tal palo tal astilla podría titularse, sin inconveniente alguno, la historia de Abimelech, hijo de Gedeón y de su concubina sichecita, la cual, á pesar de ser diablesca, nos cuenta el capítulo IX de este sagrado libro de los jueces que vamos anotando.

* *

Este mozo Abimelech, como la mayor parte los bastardos, tenía atravesados á sus 70 hermanos, no diré legítimos, porque no sería cierto, y á quienes en la imposibilidad de llamar así, denominaré regulares, ó de madres *tal cualejas*. Llevando á mal que á Israel le gobernase aquel montón de hermanos que su buen padre Jerobaal le había suministrado, presentase en Sichern, habla á sus paisanos y parientes, los seduce con bonitas palabras, y los sichecitas le prestan 70 siclos de plata, sacados del templo de Baalberith (teht). Con este dinero arma una caterva de perdidos y desocupados, se dirige á Ofra, coge á sus 70 hermanitos, y sobre una misma piedra el cuento sea más interesante, y la cuenta, como todas las de la *Biblia*, errada. Porque discurro yo que Gedeón no tuvo los setenta hijos que se dijeron más atrás, sino setenta y dos, pues siendo setenta los degollados, todavía quedan Abimelech y Joatham, que así se llamaba el que se salvó de la degollina.

El ser los hijos setenta y Joatham el más pe-

queño, son dos particularidades tan casuales, que me huele esto á leyenda de media legua. Me afirma en este mal pensamiento, completamente herético, el que pareciendo regular que Joatham pusiese en el acto pies en polvorosa, sucede todo lo contrario. Así que este muchacho sabe que, gracias á los setenta fratricidios, Abimelech acaba de ser elegido rey, Joatham aparece en lo alto de un monte, hablando á toda la chusma electora de su hermano. Hablar desde lo alto de un monte á un ejército parece cosa imposible, aun teniendo pulmones de becerro, cuanto más de hombre; pero así lo dice el santo libro revelado, y hay que creerlo, so pena de condenación eterna.

Como hay que creer igualmente que lo que habló fué lo siguiente, que no deja de tener ingenio, y más parece fábula que discurso.

* *

Habla Joatham. Atención, señores monárquicos, que la perorata va con vosotros:

«Fueron los árboles á elegir rey sobre sí, y dijeron á la oliva: Reina sobre nosotros. Mas la oliva respondió: ¡Tengo yo de dejar mi pingüe jugo, por el que por mi causa Dios y los hombres son honrados, por ir á ser grande entre los árboles!»

«Y dijeron los árboles á la higuera: Anda tú, reina sobre nosotros. Y respondió la higuera: ¡Tengo de dejar mi dulzura y mi buen fruto, por ir á ser grande entre los árboles!»

«Dijeron luego los árboles á la vid: Pues ven tú, reina sobre nosotros. Y la vid les respondió: ¡Tengo de dejar mi mosto, que alegra á Dios y á los hombres (mu ho saber es esto, que Dios se alegra con el vino: ¡vaya un renuncio en que cogemos al señor Jehová!), por ir á ser grande entre los árboles!»

«Dijeron entonces todos los árboles al escara-

mujo: Anda tú, reina sobre nosotros. Y el escaramujo respondió á los árboles: Si en verdad me elegís por rey sobre vosotros, venid y asegurados debajo de mi sombra; y sino, fuego salga del escaramujo que devore los cedros del Líbano.»

Como se ve, Joatham tiraba á la tetilla á su hermano, comparándole al escaramujo, y burlándose sin piedad de aquella realeza que había conquistado con la degollina de Ofra. Abimelech presumo yo que, si oyó el cuento, se pondría hecho un basilisco. Pero Joatham toma las de Villadiego, sin novedad en su importante salud, y para no volver jamás á aparecer en escena, ni en el monte desde cuya cima habló, ni en ninguna otra parte.

En fin, que Abimelech reinó tranquilamente tres años sobre los israelitas. Pero como el oficio de rey, principalmente en la antigüedad, estaba lleno de quiebras y torceduras, Abimelech, al cabo del trienio pasa las de Cain, á causa de la sublevación de los propios sichemitas que le habían hecho rey: lo que demuestra que esta gente era mudable, revolucionaria, y digna por ende de un Gobierno fuerte y contundente como el que felizmente nos rige á los españoles del día de la fecha, en que Cánovas hace de monstruo, y Pidal oficia de monaguillo ilustrado. No era manco Abimelech, como no lo son para el caso de las sublevaciones estos dos referidos señores (á cuya merecida fama, como demócrata agradecido, contribuyo en mi modestísima esfera, encuadrándoles en estas NOTAS al lado del rey Abimelech y del apologista Joatham), pues cayendo sobre Sicheim con su ejército, tras varios trances, la toma y la arrasa.

Tomada la revolucionaria Sicheim, que venía á ser la Barcelona de los hebreos de entonces,

Abimelech se dirigió con su ejército á Thebes, sublevada también. Había en medio de Thebes una torre, donde, yendo las cosas mal, se refugiaron todos los que tenían algo que perder, para resistir el impetu del rey. Mas éste, mozo de hígados, proponiéndose achicharrarlos, acude, dando ejemplo, á prender fuego á la torre. Una mujer le tira desde lo alto un pedazo de rueda de molino, y le quebranta la sesera. Abimelech, lleno de reconcomio porque le matase una mujer, llama á su escudero y le manda que le dé una estocada. Lo hace así el muchacho, y Abimelech paga todas las que hizo, que fueron muchas.

Historia moral, auténtica, instructiva, inspirada á no se sabe quién por el Espíritu Santo y contada por menudo en la *Santa Biblia* para edificación de pasados, presentes y venideros, y esplendor del excelso y omnipotente Jehová, que en todo este capítulo brilla por su ausencia, dejando que los suyos se las arreglasen con Baalberith (que fué el Dios que dió el dinero á Abimelech) como tuviera por conveniente.

XXXIII

Tras de Abimelech gobernó Tola veintitres años. Nada hizo. Pasemos adelante. Es lo que pudiéramos llamar un juez cronológico.

Después de Tola se levantó Jair por veintidos años. «Este (textual) tuvo treinta hijos que cabalgaban sobre treinta asnos, y tenían treinta villas.»—Y se murio.—¿No te viene á la memoria, lector amable, el cuentecillo aquel de: *Erase un rey que tenía tres hijas, que metió en tres botijas; colorín colorao, este cuento se ha acabado?*

Capítulo X. Versículo VI.—«Mas los hijos de Israel tornaron á hacer lo malo en los ojos de

Jehová, y sirvieron á los Baales, á Astaroth, y á los dioses de Siria, y á los dioses de Sidon, y á los dioses de Moab, y á los dioses de los hijos de Ammon, y á los dioses de los filisteos (*¡eche usted dioses, compadre!*), y dejaron á Jehová y no le sirvieron. Y Jehová se airó contra Israel, y vendiólos en manos de los filisteos y en manos de los hijos de Ammon, los cuales molieron y quebrantaron á los hijos de Israel en aquel tiempo diez y ocho años.»

No diez y ocho años, sino por toda la eternidad los hubiera yo *molido y quebrantado*, en lugar del omnipotente Jehová. ¡Pues mala canalla que estaba la tal casa de Israel para tener de ella piedad! ¡A un-Dios que los había sacado de Egipto después de tantísimos apuros, que había por ellos partido las aguas del mar Rojo, dando al traste con todas las leyes de equilibrio de los líquidos, que había en favor de ellos parado el sol y la luna con peligro inminente de que se llevase la trampa todo el sistema planetario; que dejando el alto firmamento había bajado hecho un sucio y resudado peregrino al alcornoque de Ofra para hablar con Gedeón, que últimamente les había suscitado un juez de treinta hijos, que montaban en treinta borricos, á un Dios, en fin, tan bonito, tan bueno y tan barato como Jehová, dejarle por los indignos y asquerosos Baales, por el nauseabundo Astaroth y por el infame Ammon! ¡Vamos! Había para sentarles la mano de modo y manera que nunca jamás pudieran volver hacer perrada semejante.

Pero ¡ya se ve! ¡Jehová era tan bonachón! ¡Se contentaba con tan poca cosa!... Lo mismo es verlos cariacontecidos y con las espaldas acardenaladas y clamando á él, que no sólo los perdona, sino que les suscita un salvador.

El de esta vez era hombre de chapa. Llamá-

base Jefté. Era hijo de nadie, quiero decir, que había nacido de una ramera. Sin embargo, el libro dice—y hay que creerle más que á mí—que su padre se llamaba Galaad (nombre de una de las tribus), y que sus hermanos le arrojaron de casa por bastardo. Sea de ello lo que quiera, que estas cosas de la paternidad no hay por qué ahondarlas, el caso fué que Jefté se hizo bandido.

Diéronle sus fazañas en tierra de Tob no menos nombre que las suyas allá por Sevilla y Cádiz á nuestro José María. Y cuando los ammonitas invadieron el país, los hebreos, no teniendo mejor caudillo de que echar mano, decidieron ir á suplicar al bandido que fuese su príncipe. Jefté, hombre escamón, se asegura de que no hay en la proposición asechanza, y una vez convencido de ello, acepta, pasando de la noche á la mañana de proscrito á príncipe, y de capitán de bandoleros á oráculo de Jehová y caudillo de sus ejércitos; cosas que, aunque extrañas, me explicó fácilmente, por no haber todavía organizado un general Narvaez hebreo la guardia civil en aquellos días.

No le vino ancho el puesto á Jefté. En una negociación diplomática que entabló con el rey de los ammonitas, dió muestras de no menos habilidad y talento que dió D. Antonio Cánovas del Castillo años atrás en su trato con el sultán de Marruecos. Empero la fortuna no le ayudó (como al monstruo de la edad presente), pues las negociaciones acabaron como el rosario de la aurora, es decir, á linternazos que hubo entre hebreos y ammonitas.

Pagaron éstos los vidrios que se rompieron, como era justo, pues ellos tenían la culpa toda entera de la guerra.

Hasta aquí, esta historia de de Jefté no tiene

de extraordinario sino la longanimidad y mansedumbre con que Jehová recibe por profeta y revelador de sus oráculos á un bandolero. A pesar de esto, aún podría pasar esta bíblica narración, si se la cortara el rabo, como á los perros de aguas. Porque es de saber que de todas las barrabasadas autorizadas por Jehová en la *Santa Biblia*, la más descumunal es la que hizo Jefe al volver de la guerra de los ammonitas. Atención; abre ojos y oídos de par en par, lector querido, porque vas á oír una salvajada mayúscula y vas á ver á Jehová, no por la espalda y sobre un embaldosado de zafiro como en Oreb sino de frente y puesto el pie sobre el ensangrentado pecho de una inocente y desdichada virgen.

Fue el caso que Jefe, al ir á la guerra, hizo juramento á Jehová de que, si le sacaba de ella vencedor, le sacrificaría la primera persona que saliera á recibirle cuando volviera á su casa. Triunfa, y al entrar en Mispa, donde vivía, he aquí que su hija *única*, la *sóla* que tenía, sale á recibirle alegre, tocando y bailando. Jefe se lamenta, la dice lo que hay, la joven se aviene humildemente á que su padre la degüelle, y después de hacer una escurribanda de dos meses por montes y valles con otros de su calaña, Jefe cumple su impio y nefando voto, cuya conmemoración sirvió de pretexto en Israel á las doncellas para una *juerguecita* de cuatro días al año, de que es de presumir no tornarían todas como su nombre indica que debieron de ir.

¡Esto de aceptar Jehová la sangre de una inocente muchacha, no lo paso ¡vive Dios!, suceda lo que suceda! La Ifigenia griega, sacrificada á un Dios de bambolla y para fantasía, la admito; pero esto de que Jehová se alimente de sangre humana es tan desprestigioso, que... ni yo mismo podía haber discurrido cosa mejor á mi propósito. ¡Oh *Santa Biblia!* ¡Quién te espurgó, que tal disparate dejót! No habría manera, se-

ñores teólogos, de que se hiciera desaparecer este maldecido capítulo XII de los *Jueces*? Porque si no se da por falso, resulta Jehová un Dios como Júpiter, ó quizá una copia ramplona de éste, porque cualquiera que después de leer el sacrificio de Ifigenia pasa la vista por éste de la hija de Jefe, que ni aun nombre tiene, pensará que está viendo un tapiz flamenco por el revés, en que el dibujo se halla estropeado por los hilachos.

* * *

A propósito de la hija de Jefe, cuatro palabras para concluir.

Representóse no ha muchos años una ópera de este nombre en el teatro Real de Madrid. Tiene la ópera un acto, y llamó la atención por ser de un compositor español. En una mesa de café, un grupo de amigos hacia á las altas horas de la mañana conversación de la opereta, cuando sobreviniendo otro, preguntó al que en el teatro había estado:

—¿Qué es eso de *La hija de Jefe*?

El interpelado, hombre de gracejo, y que había desempeñado un alto puesto militar, replicó:

—¿No sabe usted, de verdad, lo que es la hija de Jefe?

—No por cierto. Cuénteme usted el argumento que contiene ese nombre enrevesado.

—Nada más sencillo. Oiga usted. Me hallaba yo hace años en Z., cuando tuve que intervenir en la causa siguiente. Estaban varios baturros bebiendo en una taberna, cuando entró otro de la trinca, que por acaso traía una gran cachiporra, que le servía de bastón. Pusiéronse todos á admirar el palo y cada uno hizo su elogio de la terrible cachiporra, elogios que llenaron de orgullo á su propietario y le hicieron beber más escudillas que de ordinario. Tras el coro de alabanzas vino el de condolencias, porque aquella famosa cachi-

porra no se hubiera estrenado. Entre escudillas de vino y lamentaciones por la virginidad de la cachiporra, sobrevino un luminoso pensamiento á no se sabe cual de los baturros, pensamiento que se reducía á avalorar el mérito de la cachiporra, rompiendo en el acto con ella la cabeza de cualquiera. Después de no largos razonamientos, acordóse que el cualquiera preferido debía ser el primero que doblara la esquina inmediata; y no cediendo á nadie el propietario de la cachiporra el alto honor de estrenarla, á los pocos minutos, liado en su manta y observado á la vez que envidiado por sus compañeros, cachiporra en ristre, se hallaba en la esquina esperando muy apuestamente al designado por la divina Providencia para el cachiporril sacrificio. La Providencia, siempre pródiga, sabia y deferente con los buenos, dirigía en aquel entonces á buen paso hacia su casa á un laborioso zapatero, padre de cinco hijos, viudo, hacendoso, que llevaba la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, deleitándose en acariciar cincuenta y dos reales que acababa de cobrar por un par de botinas en que había trabajado como un negro un día entero, de sol á sol. Como á este hombre le sobaban cuidados y afanes que le traían revuelto el seso, Dios, sin cuyo permiso no se mueve la hoja del árbol, consintió que al doblar la calle, la cachiporra consabida le abriera la cabeza por mitad, dando salida de una vez para siempre á enojosos cálculos y tristes presentimientos. Cayó el infeliz zapatero sin decir ¡Jesús!, y acercáronse los baturros á examinar la ya probada cachiporra, en que el golpe no había hecho mella alguna. Después contemplaron al difunto, y en honor suyo ha de decirse que sintieron profunda compasión al reconocer que era un amigo de todos ellos.

—¡Pobrecillo!—dijeron—¿A qué demonche ha pasado por aquí?

Pero ese bárbaro cuento, ¿qué tiene que ver con la hija de Jefe, señor B.?

—¿Qué tiene que ver? ¡Pues ahí es nada! ¿No quería usted saber cuál era el argumento de esta ópera? Pues ya le conoce usted. La hija de Jefe es el zapatero de mi cuento, y el de la cachiporra se parece como un huevo á otro huevo al susodicho juez israelista.

Antes de morir, aún hizo Jefe otra grandísima atrocidad, que fué degollar 42.000 efrateos, lo que me parece un rebaño humano muy regularcito. Estos efrateos no habian cometido otro crimen que insurreccionarse contra la autoridad que, por tan extraños medios y desusados caminos, habia el cielo puesto en manos del ex bandolero Jefe, que, una vez desbaratados los efrateos, acudió para rematarlos á una estratagemata puramente de bandido. Y fué la siguiente, que no me dejará mentir: Como al huir los efrateos forzosamente habian de pasar el Jordán, Jefe toma los vados del famoso río, y cuando llegan á ellos los infelices vencidos de Efrain, se ven cogidos y atentamente examinados. Muchos quisieron negar su tribu para librarse de la muerte; pero los feroces sicarios de Jefe los obligaron á decir la palabra *Shibolet*, que ningún efrateo pronunciaba del mismo modo que los galaaditas. Por la pronunciación reconocian la patria, y sin más averiguaciones los degollaban.

¡Y pensar que degolladores y degollados, efrateos y galaaditas, eran de los elegidos del alto Jehová, que por ahora andaba á buenas con todos!

Después de Jefe, que gobernó seis años, juzgó á Israel un tal Ibzan, el cual tuvo treinta hijos y treinta hijas, las cuales casó fuera, y tomó de fuera treinta hijas para sus hijos: hombre que me imagino no debió tener tiempo sino para pensar en sus negocios domésticos. Después de Ibzan, seis años, gobernó Elon por diez

y le tocó el turno á Abdón. «Este tuvo cuarenta hijos y treinta nietos, que cabalgaban sobre setenta asnos, y gobernó á Israel ocho años.» Estos interesantes detalles sobre los hijos, las hijas, los nietos y los horriquillos en que unos y otros montaban, es cosa que me tiene encantado: y, aparte otras de menos bulto, me persuade á que sólo el Espíritu Santo ha podido inspirar al desconocido autor que lo escribiera.

Y aunque parezca mentira, estamos ya en el capítulo XIII, donde se cuenta la milagrosa concepción del perinclito Sansón. Porque es de saber que éste, como casi todos los grandes hombres de Israel, nació de una mujer estéril, á quien un ángel, en figura de varón, anunció que concebiría, y á su debido tiempo pariría un hijo llamado á librar su patria del yugo de los filisteos, que por más de cuarenta años venían haciendo de Israel mangas y capirotos. Ha de decirse, en honor de esta noble dama israelita, que no tuvo oculto un solo instante su trato con el varón de Dios á su marido, y en el de éste, de nombre Manoa, que no se permitió dudar de la virtud de su mujer. Antes al contrario, á la segunda presentación del varón de Dios, la mujer avisa á Manoa, y entre marido, mujer y el ángel pasa un agradable coloquio, que termina con el consabido cabrito que Manoa ofrece al ángel, el cual, por supuesto, no cata bocado, y se vuelve al cielo envuelto en la llama en que se quemó el cornupetillo.

El nacido de esta extraordinaria manera fué Sansón, famoso por su fuerza, no diré de toro, que fuera poco decir, ni siquiera de elefante ó hipopótamo, sino de llave inglesa, gato, cric, cabrestante, torno, ó alguna máquina por el estilo. Cuya fuerza ¡cosa rara!, estaba como vinculada á su larga y espesa cabellera, en que jamás había hecho mella navaja ni tijera, pues desde el vientre de su madre fué consagrado á Jehová,

bajo el rito de los nazareos, que es sabido jamás tocaron sus greñas: moda totalmente opuesta á la de nuestros frailes, para quienes la virtud consiste en llevar rapada la cabeza á punta de navaja.

Todas las hazañas de Sansón están íntimamente ligadas á un defecto terrible, capaz de oscurecer las más preclaras virtudes. Este defecto, dicho sea en honor suyo, es el que ha oscurecido la fama de los más grandes varones, así de esta historia sagrada como de la profana. En plata: que á Sansón le gustaban mucho las mujeres, pero mucho: casi tanto como á David, á Salomón, á Julio César, al papa Alejandro y á mi humildísima persona. Cuantas veía, otras tantas se le antojaban, ya fueran nacionales, ya extranjeras.

Habiendo visto en Timnath una arrogante moza filisteá, se enamoró de ella como un cadete que era, pues ésta es su primer aventura. Poca ducho aún en estos asuntos, volvió á sus respetables papás, rogándoles encarecidamente que le tomasen por mujer la filisteá que le traía revuelto el seso. En vano Manoa y su señora, que habiendo hablado con un ángel de Dios debían tener elocuencia persuasiva, mostraron á Sansón la conveniencia de que se casara con una israelita. No hubo medio de convencer al nazareo, porque andaban por medio los altos designios de Jehová.

Padre, madre é hijo se encaminan á Timnath á por la filisteá, y en este viaje se mostró por vez primera la fuerza de Sansón, pues como viniera hacia él en un yuñado un cachorro de león, le despedazó con solas sus manos, como si el cachorro fuera de alfeñique. Oculta Sansón esta hazaña á sus padres, piden éstos la moza, se la conceden, y cuando á los pocos días vuelven todos á Timnath para tomar Sansón á su mujer, he aquí ¡oh milagro!, ve el forzado que en el

cuerpo del leoncillo muerto había un enjambre de abejas y un panal de miel, con que se regaló y obsequió á sus padres, sin decir tampoco una palabra del león: silencio formidable en que debe haber un intríngulis inaccesible á mi librepensadora inteligencia.

Sansón se casa, y, como es natural, obsequia á sus compañeros y amigos con espléndido banquete, que dura siete días. En este banquete, el forzudo y jamás fonsurado israelita propone á los filisteos un enigma, ofreciendo á los que le descifrasen treinta sábanas y treinta mudas de vestidos, y quedando obligados, si no lo acertaban á pagarle en la misma moneda.

Cerrado el trato, viene el enigma, que tiene tres pares y medio de bemoles. *Del comedor salió comida y del fuerte salió dulzura.* En tres días de rascarse la frente y el colodrillo y las orejas, no acertaron qué pudiera ésto ser los sandios de los filisteos. Pero como al poco talento suele siempre ir unida la mala intención, los torpes descifradores del enrevesado enigma, discurren que amenazando á la mujer podrían sorprender el secreto del marido y ahorrarse las treinta sábanas y las treinta mudas de ropas. La amenazan y persuaden, pues, á su paisana á que arranque á Sansón la solución. Lloró la niña, le hace mil caricias y arrumacos, le dice que no la quiere, emplea, en fin, las mil artes que las mujeres tienen siempre á su disposición para salir con lo que se proponen, y Sansón se rinde. ¡Pobre hombre! El que había despedazado un león, no sabe resistir las lágrimas de una niña! Así somos todos, señores, no hay por qué tomárselo á Sansón á mala cuenta. ¡Ea! Yo, al menos, por mi parte, le perdono que declare á su esposa el enigma; lo que no perdono á esta picara filisteá, es que á su vez se lo diga á los mozancones apostadores, los cuales salieron por tan mala arto de su mal paso,

Si bueno hasta ser un bragazas, no tenía un pelo de tonto Sansón, pues cuando los de Timnath, llegado el séptimo día, responden á su enigma: «¿Qué cosa hay más dulce que la miel? ¿Y qué cosa más fuerte que el león?» exclama lleno de furor: —Si no aráseis con mi novilla, nunca hubiérais descubierto mi enigma. En lo que le sobraba razón; pues ni el diablo en persona que á descifrarle se pusiera hubiese podido dar con semejante patochada, que así se parece al enigma de la esfinge de Tébas, que resolvió Edipo, como se parece un huevo á una castaña, con perdón sea dicho de esos señores literatos que se quedan atónitos y embobados con las bellezas imponderables de la *Biblia*.

Quedaban por dar las treinta sábanas y las treinta mudas; pero como Sansón se conoce que tenía poco repuesto de ropa blanca, se enciende en furor, cae sobre la ciudad de Ascalon, mata los treinta primeros escalonitas que le depara la divina Providencia, les quita cuanto encima llevaban, y paga su deuda del enigma: que siempre los platos rotos los pagó el que menos culpa tuvo. Hecho lo cual se enfurruñó con su mujer, y vuelve á casa de sus padres. La buena señora Sansón fué dada—dice el texto—á un compañero de su marido, con quien será bueno dejarla refocilar hasta que al forzudo se le antoje hacer con ella una barrabasada.

No tardó mucho, por cierto. En tiempo de la siega, contraviniendo aquel refrán de *en Julio y Agosto ni Venus ni mosto*, á Sansón se le antojó visitar á su mujer, y para desenojarla la llevó de regalo un cabrito. Mas el papá de la filisteá, prudentísimo varón, aunque un poco ligero en sus determinaciones, se cruzó en el camino de la cámara donde Sansón pretendía entrar, y le dijo: «No hay por qué incomodarse, yerno mío; pero imaginando que aborrecías á tu mujer por la trastada que te jugó del enigma, la

he dado á tu compañero: Mas ahí tengo de repuesto á una hermanita suya, más joven y linda, tómala si gustas.» Lenguaje naturalista que verdaderamente es digno de admiración, alabanza é imitación.

Empero Sansón rechazó el cambio, se puso furioso, y vomitando amenazas, se fué jurándosela á los filisteos. Su ira le inspiró una travesura endemoniada, aunque poco original; pues lo menos conozco media docena de fazañas por el estilo de la que él hizo, que fué coger trescientas zorras, atarlas por las colas emparejadas, y ponerlas en las mismas teas ardiendo, lanzándolas después en los sembrados y eras de los filisteos, cuyas mieses, hacinas, viñas y olivares, ardiéron que fué una bendición de Dios.

Pusieronse con el desastre los filisteos hechos unos basiliscos, y averiguado que hubieron que todo aquel daño se les había venido encima porque el suegro de Sansón le había trasconejado á éste la mujer, no pararon hasta cocer al padre y á la hija á fuego lento.

Después de esta y otras hazañas, Sansón se hizo troglodita, quiero decir, que se fué á vivir probablemente á costa del prójimo, en la cueva de la Peña de Etan. Allí acudieron tres mil desdichados israelitas á reprenderle que se hubiera permitido tales excesos con sus dominadores, y suplicarle que se dejase prender, pues le reclamaban los filisteos, cuyas órdenes precisaba cumplir. Estos tres mil hombres no debían ser de la casta de los trescientos que con Gedeón desbarataron á los ammonitas, sino madera de cucharas; porque imagino que si fueran hombres, en vez de emplear sus bríos en prender á Sansón, algo mejor obraran batiéndose contra sus opresores.

En resumen: que bajo palabra de que no le matarian, Sansón se entregó á sus paisanos, que después de atarle fuerte y sólidamente con dos

cuerdas nuevas, le llevaron á Lehi y le entregaron á los filisteos. Estos que le tuvieron en sus garras, ya se derretían de gozo imaginando los suplicios que le harían pasar antes de matarle, cuando hete aquí que *el espíritu de Jehová cayó sobre él (Sansón) y las cuerdas que estaban en sus brazos se tornaron como lino quemado con fuego, y las ataduras cayeron de su manos.*

Y hallando á mano una quijada de asno, fresca aún, extendió la mano, y tomóla, é hirió á mil hombres.

Entonces Sansón dijo: con la quijada de un asno un montón, dos montones; con la quijada de un asno herí mil hombres.

Y teniendo gran sed, clamó luego á Jehová, y dijo: Tú has dado esta gran salud (no hay duda que para los mil difuntos fué grande la salud) por mano de tu siervo; y moriré yo ahora de sed, y caeré en manos de los incircuncisos?

Entonces quebró Dios una muela que estaba en la quijada y salieron de allí aguas, y bebió y reco bró su espíritu, y reanimóse.

Al que quiera comentar, que comente, que tela larga se le ofrece en el texto subrayado. Yo me contento con reirme de todos los cañones Krup, habidos y por haber. Está visto. Lo que hace falta para matar hombres no son cañones rayados, ni pólvora de algodón, ni proyectiles huecos, ni tantas zarandajas como se devan an los sesos por inventar los señores artilleros. Lo que hace falta es la gracia de Dios, ó el espíritu de Jehová, y lo demás es cuento. Sin este espíritu, el mejor cañón revienta ó no da en el blanco: con él, una simple quijada de burro, por un buen brazo manejada, aplasta mil hombres como si fueran mil hormigas. Este espíritu era el que precisaba tener propicio, aunque fuera pagándole á peso de oro; pues por mucho que costara, sospecho yo que no subiría una buena ración de de él á los cientos de millones que nos cuestan

nuestras artillerías de batalla, sitio, costas y buques. Lo demás es andarse por las ramas de la impiedad, que bien se ve, va dando paulatinamente el dominio del mundo á los herejes y excomulgados.

Ya era juez Sansón, mediante sus esclarecidos hechos, cuando se le ocurrió hacer una escurribanda por la ciudad de Gaza, y entró en casa de una mujer mal famosa; digámoslo así, no como lo dice la *Biblia*, para evitar tropiezos torescos.

Así que los de Gaza supieron que tenían al pajarraco de Sansón dentro de sus muros, atrancaron firmemente las puertas de la ciudad, y se pusieron en acecho para matarle. El juez, en tanto, es de suponer lo que haría, y después se durmió como un lirón hasta la media noche. Al primer canto del gallo se despidió de su coima, salió á la chita callando, y hallando las puertas cerradas, no se anduvo en remilgos de abrirlas, sino que cargando con ellas se las llevó por delante con pilares y cerrojos, subiéndose luego á lo alto de un monte, desde donde es lo más probable que hiciera la mamola á los espías que le habían puesto.

Otra aventura sansoniana, con la mujer correspondiente de por medio, la cual se llamaba Dalila, y habitaba en el valle de Sorec.

Enamorado de ella Sansón como un mastuerzo, la visitaba algo más de lo que el recato de su posición de juez y sus relaciones con Jehová consentían. Dalila era también filisteo, y conociendo sus amores con el juez israelita los príncipes de aquella incircuncisa nación, sobornáronla para que arrancase á Sansón el secreto en que consistía su fuerza descomunal. Dalila, en sus coloquios amorosos, pasándole la mano al juez por la encrespada y abundantísima cabelle-

ra, le dijo: «Declárame, Sansoncito, ¿ten qué consiste tu gran fuerza; dime, pichoncito, cómo podrían sujetarte para darte tormento?»

Ya tengo dicho que Sansón, aunque era un bragaza, no era tonto del todo. Otra prueba concluyente de ello es que á las falsas insinuaciones de su querida contesta mentirosamente, como en verdad la artera dama merecía. —Si me atasen—la contestó,—con siete mimbres verdes, seré como cualquier otro mortal. Traen los filisteos los siete mimbres verdes, ata Dalila con ellos á Sansón, mientras dormía, y luego exclama con recia voz: —Sansón, los filisteos sobre tí. Despierta el juez y hace pedazos, como quien rompe una hebra de seda los siete mimbres verdes que le entrababan, con lo que Dalila, compungida, le reconviene, porque la engaña: prueba plena de desamor y de falsía.

Este cuento se alarga y hace pesado, pues tres veces pregunta Dalila y tres veces la engaña Sansón. A la cuarta, el pobre juez dice la verdad á la pérfida filisteo, declarándola, en plata, que la fuerza está en sus cabellos, que jamás habían sido cortados, como nazareo que era desde el vientre de su madre. Entonces, mientras dormía Sansón

Entra doña Dalilita,

Y con una tijerita

Le dejó mundo y lirondo,

según tengo leído en un periódico que no recuerdo cómo se llamaba. Grita Dalida, acuden los filisteos, despierta Sansón, trata de defenderse, pero... es en vano. Le cogen, le atan, le quemán los ojos, le meten en la cárcel y hacen de él una especie de asno para moler trigo, entre las burlas y carcajadas de los chicos y las mujeres.

Lo declaro con franqueza: si algún desgraciado me inspira poca compasión, es este calzonazo de Sansón, por mentecato. ¿A quién se le ocurre meterse, como él se metía, en la boca del

lobo? ¿A quien traicionar su alta misión de elegido de Jenova por la melena, dejándosela cortar dormido sobre la falda de una mujercilla? ¿Qué diríamos de un torero de nuestros días que se dejara cortar la coleta por una chula relamida, como la señora Dalila?

Lloremos, sin embargo, por el león encadenado, expuesto a la chacota del populacho indigno, siquiera porque al morir, consecuente en barrabasadas, hace una que coronó todas las anteriores.

Celebrábase, en efecto, una fiesta. Para mayor divertimento sacaron a Sansón, ciego y miserable de la cárcel, llevándole al templo. El infeliz juez suplicó al guía le pusiera entre las dos columnas en que descansaba el edificio, que debía ser cosa grande y magnífica cuando contenía en el piso alto más de tres mil pernas. Luego que por el tacto se cercioró de que estaba en sitio mecánicamente conveniente, invocando el nombre de Jehová, le pidió su antigua fortaleza, y abrazándose a las columnas las derribó, muriendo él con todos los filisteos aplastados.

Terrible, tonta y archiespampanante historia, digna de ser en mármoles escúpida, y cantada en seguidillas gitanas.

XXXIV

«Hubo un hombre del monte de Efrain, que se llamaba Michas. El cual dijo á su madre: los mil y cien siclos de plata que te fueron hurtados, por lo que tú maldecías, oyéndolo yo, hé aquí yo tengo este dinero; yo lo había hurtado. Entonces la madre dijo:—Bendito seas de Jehová, hijo mío. Y luego que él hubo vuelto á su madre los mil cien siclos de plata, su madre le dijo:—Yo he dedicado este dinero á Jehová, de mi mano para tí, hijo mío, para que hagas una imagen de talla y de fundición: ahora, pues, yo te lo devuelvo. Mas

volviendo él á su madre los dineros, tomó su madre doscientos siclos de plata, y diólos al fundidor: y él le hizo de ellos una imagen de talla y de fundición, la cual fue puesta en casa de Michas. Y tuvo este hombre Michas casa de dioses, é hizo hacer Efod, y Terafin, y fuéle por sacerdote. En estos días no había rey en Israel: cada uno hacia como bien le parecía.»

Pido, por excepción, un poquito de seriedad al lector, y otro poquito de atención sobre el párrafo que acabo de transcribir íntegro, de los seis primeros versículos del capítulo XVII de *Los Jueces*.

Resulta que el pueblo de Israel, después de dos siglos largos de establecido en Canaan, después de conducido allí milagrosamente á través del desierto por Moisés, y gobernado también milagrosamente, por Josue y Gedeón, Jefe, Sansón y demás señores jueces y juezas de que llevo hecha mención, era una horda miserable, apaleada á turno diario por amalecitas, amonitas, orientales, filisteos, etc., etc.; un populacho soez y grosero al punto de fundirse idiotas con dinero robado y maldecido; una tarta anárquica al extremo de hacer cada cual lo que mejor le parecía. El que después de leer esto y mediarlo, vuelve la memoria al *Pentateuco*, sus milagros, sus leyes, su culto, sus ceremonias y demás menudencias, y se cree sinceramente que aquella obra y aquella legislación son anteriores a estos dislates groseros del idolo de Michas, y que á semejantes resultados ha conducido á un pueblo la elección, protección é intervención continua de Dios, no de un Dios así como se quiera, sino del Dios *único verdadero*, se creará igualmente que un buey vuela y que la reina Maricastaña y el *Rey que Rabió* construyeron el monasterio del Escorial con piedra sacada de las montañas de la Luna. Para semejante persona todo el monte es orégano, é irle á la mano sería desviarle de sus natu-

rales inclinaciones. Con su pan se coma estas creencias, que por menos se le secó el cerebro al buen hidalgo Alonso Quijada, prototipo de crédulos, cuyas afinidades con los *creyentes* en los libros bíblicos, no han sido estudiadas todo lo escrupulosamente que á mi modo de ver debiera hacerse.

Hallábase Michas con su Jehová en figurilla de plata, con su Éfod y su Terafi, tan orondo y tan satisfecho como el sacristán viejo de mi pueblo con una virgen del Rosario, tallada en madera de cerezo, que desde un convento de franciscanos, por sus buenas artes y los decretos de Mendizábal, al portalillo de su casa había ido á parar. Empero, al idólatra judío, le duró pocos años el contento con que presidía y explotaba el culto del monigote hecho con el dinero que robó á su madre, y que tan detestablemente empleó luego esta buena señora, que á suerte pudo contar no viviera en sus días Moisés, pues de lo contrario ya le hubiera enseñado este, con argumentos de acebo, si Dios puede ó no puede jamás ser adorado bajo ninguna forma de animal, hombre, planta, estrella, paloma, ojo ni triángulo.

La tribu de Dan, no habiendo aún recibido su parte de territorio en la tierra de Canaan, á pesar de las formales promesas del alto Jehová, cayó, espada en mano, sobre la hermosa y tranquila ciudad de Lais, que en nada había ofendido á estos vagamundos, y degollados todos sus habitantes y abrasada la ciudad, se establecieron sobre sus ruinas. Acción villana y feroz, coronada con la maldad de robar á Michas el ídolo, juntamente con el sacerdote belemita que le sacrificaba, colocando aquel en un templo de la nueva ciudad, que de su nombre llamaron Dan. He aquí, pues, no ya un hombre, ni una familia, sino toda una tribu de Israel, caída en la grosera

idolatría, inclinándose ante una vil figurilla de plata, en que consideraba representado el Dios que tan clara y fieramente prohibió á Moisés representaciones de todo género. ¿Es este el pueblo elegido? ¿El conservador de la verdad divina? ¿El solo digno de ser imitado? ¿Aquel sin cuya existencia y sin cuyas tradiciones los hombres no conociéramos á Dios?

¡Risum teneatis!

¡Dios ponga tiento en mi pluma comentadora! —Dígolo, porque tengo delante un capítulo, de que solo con la ayuda de Dios se puede salir sin tropezar en obscenidades capaces de tirar de espaldas á un cabo de vara de un presidio.

Fué el caso.....

Pero no, renuncio á los comentarios, porque ciertas cosas no se pueden decir á medias. El que quiera aprender los horrendos extremos de cinismo, de vicio, de abyección en que vivían los hijos de Dios por este tiempo, que lea el capítulo á que me refiero y que lleva por epígrafe: *horrendo insulto de los vecinos de Gabaa contra un levita y su mujer; y cómo excitó este las demás tribus á la venganza*.

Si después de leído, así como los dos siguientes, que cierran el libro de los jueces, aún sigue considerando *santa, moral, admirable y divina* á la *Santa Biblia*, ¿qué remedio tendrá su enfermedad?

XXXV

EL LIBRO DE RUTH

Bajo este pomposo título léese en la *Santa Biblia* un romance de los tiempos patriarcales, bastante climatérico, por cierto, que tiene tanto de moral, de santo y edificante como yo de fraile, de que no se ha conocido varón en mi casta. E imaginando que mis lectores de estas endiabladas notas habrán aprendido ya á comentar por sí

mismos, y estarán hartos de recortes de historias, leyendas y tradiciones judáicas, y deseosos de conocer alguna en su totalidad y natural crudeza, voy á regalarles enterito este cuento de Ruth, que la Biblia Sacra nos ha conservado, sin duda para á dar á conocer de cuerpo entero la más famosa y gallarda de las ilustres abuelas de Nuestro Señor Jesucristo, Redentor del mundo, uno con su Padre Celestial y el Espíritu Santo. Mas siendo tan grande mi cariño hacia mis lectores, voy á tomarme el trabajo, nada agradable por cierto, de aderezarles este sabroso plato literario judáico en estilo corriente y llano, para que le saquen todo el jugo que contiene, despojado del hueso de las repeticiones y cortaduras de los versículos bíblicos, capaces de desalentar y aburrir al más cachazudo lector.

Dice así la historia de la señora Ruth, casi copiada del original:

En los días de los jueces, como padeciese de hambre la tierra, un varón de Belén de Judá, llamado Elimelech, emigró á Moab con su mujer Noemi y dos hijos llamados Mahalon y Chelion. Muerto el padre, casaron estos con las moabitas Orfa y Ruth respectivamente, las cuales quedaron pronto viudas.

Entonces la vieja Noemi, oyendo que en Israel había pasado la escasez, determinó volverse á su país. Al emprender la marcha, Noemi rogó á sus nueras que se quedasen en su tierra natal y volvieran á casarse. Orfa, tras breve resistencia, se quedó en Moab; empero Ruth no consintió desamparar á su suegra, y con ella fué á Belén, donde llegaron al tiempo de la siega de las cebadas.

Tenía Noemi un pariente, llamado Booz, rico y poderoso, aunque ya bastante entrado en años. Ruth, procurando ganar alguna cosa, hizose espigadora, llevándola el azar á los campos de Booz, donde, confundida con los mozos y criados

del belemita, se puso á recoger las espigas que dejaban abandonadas los segadores. Al llegar Booz al campo, vió la moza, cuya gallardía le chocó, y preguntando quién era, así que se enteró de la piedad de Ruth para con su suegra, la mandó á llamar, la recomendó á los capataces y ordenó que nadie la incomodase, sino que antes bien la dejaran comer del gazpacho destinado á sus siervos.

Al volver por la noche Ruth á casa, llevando un efa de cebada y las sobras de la comida á Noemi, ésta la preguntó donde había espigado, y al contarle lo que la había sucedido con Booz, la vieja se deshizo en exclamaciones de alegría y gracias á Jehová, recomendándola que fuese siempre á espigar al campo de su pariente.

Así lo hizo Ruth. La vieja, durante los días de la siega, viendo ir y venir á su nuera al campo de Booz, concibió un proyecto trascendental para las dos, cuya posición era sumamente precaria, y llamando á la moza la dijo:

—«No es Booz nuestro pariente, con cuyas mozas tu has estado? He aquí, él aventa esta noche la parva de las cebadas. Te lavarás, pues, te ungirás, y vistiéndote tus vestidos, pasarás á la era; mas no te darás á conocer al varón hasta que él haya acabado de comer y beber. Y cuando él se acostare, repara tú el lugar en que él se acostará, é irás y descubrirás los pies, y te acostarás allí; y él te dirá lo que hayas de hacer?»

—«Haré todo lo que me mandes,» respondió Ruth, é hizo todo lo que su suegra la había mandado.

El lector habrá conocido que lo puesto entre comillas es del texto bíblico, que me reconozco incapaz de rectificar en este punto, y continúa de esta manera:

«Y como Booz hubo comido y bebido, y su corazón estuvo contento, retiróse á dormir á un lado del montón. Entonces ella vino calladamen-

te, y descubrió los piés, y acostóse. Y aconteció que á la media noche se estremeció aquel hombre, y palpó: y he aquí la mujer que estaba acostada á sus piés. Entonces él dijo:

—Quien eres. Y ella respondió:

—Yo soy Ruth, tu sierva: extiende el borde de tu capa sobre tu sierva, por cuanto eres pariente cercano. Y él dijo:

—Bendita seas de Jehová, hija mía; que has hecho mejor tu postrera gracia que la primera, no yendo trás los muchachos, sean pobres ó ricos. Ahora, pues, no temas, hija mía: yo haré contigo lo que tú dijeres... Reposa, pues, hasta la mañana.»

«Y después que reposó á sus piés hasta la mañana, levantóse antes que nadie pudiese conocer á otro.» Y él dijo:

—«No se sepa que haya venido mujer á la era. Después dijo á ella:—llega el lienzo que traes sobre tí y ten de él. Y teniéndolo ella, él midió seis medidas de cebada, y púsose la á cuestras, y vino-se ella á la ciudad.»

Contó Ruth lo pasado en la era, á Noemi y la entregó la cebada que la habían regalado. La vieja la aconsejó que se estuviera quieta, esperando la resolución de Booz, que, teniendo prisa por casarse con Ruth, cumplió el rito israelita de pedir en público se casase con la joven viuda el pariente más cercano. Este no quiso hacerlo. Tiró Booz un zapato al aire, señal de que el trato y su matrimonio con Ruth quedaban celebrados, y de él nació Obed, padre de Isai y abuelo del pastor David, después rey, del cual á su vez desciende José, esposo de María Santísima, pero no padre natural de Nuestro Señor Jesucristo, hijo de David, sin embargo, cuya filiación con Ruth queda perfectamente en esta historia demostrada.

Y cumpliendo mi palabra de no comentar, dejo á la buena imaginación de mis lectores ancho

campo donde espaciarse, poniendo punto á esta nota morrocotuda.

XXXVI

LIBRO PRIMERO DE SAMUEL

Dos libros hay en la *Santa Biblia* que llevan el nombre de *Samuel* al frente, no porque este Samuel los escribiera, ni porque de solo las cosas de este juez se ocupen, sino *porque sí*, que es la razón suprema de la *Biblia*.

Tratan estos dos libros: primero, del juez Samuel; segundo, del cambio de gobierno que en sus días se verificó en Israel, que se constituyó en una monarquía; tercero, del reinado de Saul; cuarto, de las luchas de éste con David, y quinto, del reinado de este famoso personaje, que es la principal figura de la Biblia, después de Moisés.

Estos diversos sucesos, interesantísimos para la historia particular del pueblo judío, así como estos personajes, insignificantes en la historia de la humanidad, debieran tenernos perfectamente sin cuidado; pero la fortuna ciega de un lado, y la locura humana por otro, les han dado una celebridad y una autoridad que inspiran lástima unas veces y risa otras al que detenida y desapasionadamente los estudia.

Compréndese la celebridad de los poemas griegos y latinos, de las historias que nos refieren sucesos de trascendencia universal de los hombres que, como Alejandro, César, Carlomagno, etc., ejecutaron sorprendentes hazañas; pero causa tedio ó inspira dolor la fama universal de un juececillo israelita como Samuel, de un ganapán transformado en rey, como Saul, ó de un audaz pastor subido á caudillo de un pueblecillo insignificante, como David.

Empero, todo tiene su explicación en el mundo: ¡hasta esto!—Y esta explicación es clara,

evidente, como un axioma matemático. Dios, el Dios de los cristianos, Cristo, descendiendo por línea recta de David, hizo célebre á éste, á su pueblo y á su tiempo. ¡Pues no faltaría más sino que Dios no ennobleciera á sus progenitores, cuando un *quidan*, á quien un rey moderno hace marqués, borra las manchas de vino que ensuciaron a sus abuelos taberneros.

Por supuesto que estos libros, como los anteriores que van comentados, no se sabe quien los escribió. Mas esto no hace al caso. Los católicos saben que están *inspirados* por el Espíritu Santo, que no ha de llevar á nadie á los tribunales por injuria y calumnia literarias, y esto nos debe bastar para escudriñarlos, tratando de sacar á luz la belleza y sabiduría que contienen.

* *

Samuel, como la mayor parte de los grandes hombres de Israel, nace *con intervención* de Jehová, punto sobre que llamo poderosamente la atención del lector discreto, pues demuestra que los judíos eran aficionadísimos á hacer nacer sus héroes de mujeres estériles, y de nacer un niño famoso de una estéril, á nacer de una virgen, no hay más que una gradación, un paso, cantidad de milagro ó intervención divina.

Isaac, en efecto, nació de Sara, la estéril, cuando ya había perdido la costumbre de las mujeres. Jacob nació de Raquel, estéril también, hasta que Jehová abrió su matriz. Sansón vino al mundo después de la visita de un ángel á su madre, hasta entonces estéril. Con Samuel pasados cuartos de lo mismo. Véase cómo:

Elcana, efraimita, tenía dos mujeres, Penina, fecunda, y Ana, estéril. La fecunda zahería á la estéril, á quien Elcana distinguía y consolaba con su amor. Subían estas gentes todos los años á Silo, donde posaba el arca de la alianza y vivían los sacerdotes. Aquellos días de fiesta para

todos lo eran de dolor para Ana, que deseaba un hijo. Llena de fe, cierto año entró en el templo y posternándose ante el altar, con abundantes lágrimas y exagadas contorsiones oro á Jehová en demanda de un hijo, prometiendo dedicársele si la atendía. El sacerdote Eli, que la observaba, la tomó por borracha, y la reprendió agriamente; mas la mujer le puso en autos de lo que hacía, y Eli la despidió deseándola que Dios la concediese lo que le pedía.

Y así fue. Al año tuvo un hijo, que llamó Samuel, y llevó á Eli á Silo tan pronto como le destetó.

A esta concepción, que ocupa el capítulo primero, sigue un cántico de Ana, con que comienza el segundo, en el cual se dice que Jehová da la vida y la quita, empobrece y enriquece, y alza del estiercol á los menesterosos para ponerlos entre los principes, cosas todas que me parece podía ahorarse el buen señor, haciendonos á todos principes y dándonos para siempre vida y riquezas, con lo cual viviría perfectamente descansado y nos tendría á todos más contentos que unas castañuelas.

Samuel, pues, desde chiquitín anduvo alrededor del altar, que es como si dijéramos que empezó su carrera desde monaguillo.

Ahora sigue un cuadro admirable de costumbres sacerdotales, que quiero transcribir íntegro para satisfacción de mi conciencia librepensadora, y en prueba de que todo varía en la tierra, menos lo divino, ó sea lo sacerdotal. Atención, lector, que vas á leer algo que te parecerá haber visto hace pocos meses, y sucedía sin embargo hace ya tres mil años.

«Era la costumbre de los sacerdotes con el pueblo que, cuando alguno ofrecía sacrificio, venía el criado del sacerdote, mientras la carne estaba á cocer, trayendo en su mano un garfio de tres ganchos, y hería con él en la caldera, ó

»en la olla, ó en el caldero, ó en el pote; y todo lo que sacaba el garfio, el sacerdote lo tomaba para sí. De esta manera hacían á todo Israel que venía á Silo.

»Y así mismo antes de quemar el sebo, venía el criado del sacerdote y decía al que sacrificaba: Da carne que ase para el sacerdote; porque no tomará de ti carne cocida sino cruda. Y si le respondía el varón. Quemén el sebo hoy, y después toma tanta como quisieres, él respondía: No, si no ahora la has de dar: De otra manera yo la tomaré por fuerza.»

Yo quisiera que estas líneas se grabasen en mármoles y en bronces, para escarmiento de tontos. *Si no me das la carne, yo la tomaré por fuerza*, decía el sacerdote judío al bobo israelita que iba á Silo á ponerse á buenas con el alto Jehová, por el intermediario indispensable del consagrado sacerdote. ¿Y qué vienen á decir ciertos curas trabucaires de nuestros días? Dame mi ración en buena moneda contante, ó en sendos billetes de banco, pueblo español; si no yo me iré con mi trabuco á Monte Jurra y *la tomaré por fuerza*.

El que después de esto niegue las leyes de Darwin, de que por la herencia se transmiten las cualidades del tipo, y por la selección se perfeccionan en ciertos individuos, sería capaz de negar hasta el saludo á un cura de *misa y olla*, que son dos hipóstasis teológicas, completamente indivisibles, hasta el punto de que negada la olla, faltaría la misa, lo mismo en los tiempos de Samuel que en estos de Pidal.

Eli, sacerdote á quien Samuel servía de monaguillo, tenía dos hijos, que eran dos buenas piezas sacerdotales, de la estirpe que tanto abunda en nuestros días y en cuyos célebres manejos encajaría como de molde el siguiente versículo bíblico, que es el XXII del capítulo II de este primer libro de Samuel.

«Eli, empero, era muy viejo, y oyó todo lo que sus hijos hacían á todo Israel, y como dormían con las mujeres que velaban á la puerta del tabernáculo.»

Al llegar aquí, hago punto, asombrado de la imbecilidad israelita, que después de dejarse sacar las tajadas del caldero para los sacerdotes, aún dejaba *velar* á sus hijas y mujeres el *tabernáculo*.

¡No estaba mala la vela!

XXXVII

Samuel reprendió á sus hijos, mas ellos hicieron el mismo caso de las admoniciones del viejo que de las coplas de Calainos, é hicieron bien porque en los designios del alto Jehová ya estaban inapelablemente condenados, y ellos se echarían la cuenta aquella *de perdido por mil, perdido por mil y quinientos*, siguiendo en sus trece de sacar con garfios las tajadas del caldero y en sus catorce de requebrar de amores, y no platónicamente, á las veladoras del tabernáculo.

Jehová en esta ocasión habló por boca de un desconocido, que se acercó á Eli para anunciarle un porrillo de catástrofes que le habían de venir encima. El pobre Eli oyó al vidente resignado, y esperó en calma los acontecimientos. No puedo menos de sorprenderme de que Jehová, teniendo un sacerdote consagrado como Eli, se revelase á un *quidam*, sin nombre ni cédula de vecindad bíblica.

Y dando en la flor de revelarse, se reveló hasta al monaguillo Samuel, que pasó las de Cain antes de apercibirse del honor que le hacía el fabricante del mundo en siete días. Véase íntegro este pasaje joco-serio amodorrante:

«Y aconteció un día (*bella manera de fijar el tiempo!*) que estando Eli acostado en su aposento, cuando sus ojos comenzaban ya á obs-

»curácese que no podía ver (*¡por vez, ó por sueño!—¡el diablo que lo adivine!*), Samuel estaba durmiendo en el templo de Jehová (*caya una alcobita que usaba el monaguillo!*), donde el arca de Dios estaba, y antes que la lámpara de Dios fuese apagada, Jehová llamó á Samuel y el respondió: Héme aquí. Y corriendo luego á Eli, dijo: Héme aquí *¡para qué me llamaste?—Y Eli le dijo: Yo no te he llamado; vuélvete á acostar. Y él se volvió y acostóse.*»

«Y Jehová volvió otra vez á llamar á Samuel. Y levantándose Samuel vino á Eli, y dijo: Héme aquí: *¡para que me has llamado?—Y él dijo: ¡hijo mio, yo no te he llamado: vuelve y acuéstate.*»

«Y es que Samuel no había conocido aún á Jehová, ni la palabra de Jehová le había sido revelada.»

Esto es morrocotudamente teológico y sutil. Resulta de este pasaje que Jehová hablaba como si fuera un ventrilocuo, disfrazando con la voz el lugar que ocupaba y procurando imitar la de Eli, hasta el punto de engañar al pobre monaguillo, á quien expuso á coger una pulmonía, si estaba el tiempo frío, con los dos paseitos á la cama de Eli. Resulta que la revelación es una voz humana que se oye sin saber en donde, y que llama al elegido como llama cualquiera á su mancebo que anda sesteando en la rebotica. Pero sigamos, que la comedia tiene tres actos:

«Jehová, pues, llamó la tercera vez á Samuel. Y él, levantándose, vino á Eli y dijo: Héme aquí: *¡para que me has llamado!—Entonces entendió Eli que Jehová llamaba al joven.*»

«Entender es! Pero por qué entendería Eli que llamaba Jehová á Samuel? ¿Por decir este nombre tres veces? ¿Por imitar su voz? Entrego este punto á las meditaciones de un maestro de obra prima teológica, á quien advierto que Jehová no consta se hubiese revelado jamás á Eli,

antes bien, puede saponerse que jamás le habló, pues como tengo anotado, para anunciarle las catástrofes que le tenía preparadas se sirvió de un *quidam*. Y aunque antes le hubiese hablado, lo que es la voz que ahora llamaba á Samuel no la había Eli oído. ¡Y, sin embargo, entendió que al chico de la estéril Ana le llamaba Jehová! Lo dicho. ¡Entender es!

Hombre de tantas entendederas no es extraño que hiciese lo siguiente:

«Y dijo Eli á Samuel (*esto es, el sacerdote al monaguillo ó el obispo al sacristán*): ve y acuéstate; y si te llamare, dirás: Habla, Jehová, que tu siervo te oye. Así se fué Samuel, y acostóse en su lugar.»

Tiene gracia, pero mucha gracia, todo este preámbulo, en que se cuentan por menudo las ritualidades de la *revelación*, consagradas en aquellos tiempos en Israel por palabras sacramentales, como las tuvieron más tarde las de ser armado caballero andante.

Acostado, pues, el monaguillo, y probablemente arrebuñado en la manta, lleno de miedo, y con muchísimas ganas de dormir, el gran suceso se verifica; *la revelación* tiene lugar del siguiente modo:

«Y vino Jehová, y parose (*esto de pararse Jehová como si fuera un caballo asombradizo, tal vez sea defecto de la traducción*), y llamó como las otras veces: Samuel, Samuel. Entonces Samuel dijo: Habla, que tu siervo te oye (*¡ábrete, Sésamo!*) Y Jehová dijo á Samuel...»

Aquí esperará el lector hallar algo como la cuadratura del círculo, la trisección del ángulo, las leyes de Newton, el descubrimiento de que la tierra se mueve, la invención de la pólvora ó cosa parecida, que justifique la molestia de la mala noche que Dios pasaba dejando abandonado el gobierno del Universo para ir á hablar mano á mano con un monaguillo judío en un

pueblecillo insignificante. Pues el que tal piense, como el que piensa hallar en la *Biblia* cualquier cosa de verdadera importancia para la humanidad, se lleva solemnisísimo chasco.

Jehová anuncia á Samuel lo que ya tenía dicho, es decir, que le iba á sentar la mano á Eli y á sus hijos por las bribonadas que éstos habían hecho, y por no haberlos aquél reprendido. Esta última afirmación de Jehová, resulta falsa, sin duda por algún error de copias, pues ciertamente, Eli, en el versículo XXI del capítulo II, reprende severamente á sus hijos.

No traslado íntegra la revelación por no hacerme pesado. Mas la verdad es que debiera copiarla, pues ella demuestra que, si para decir tales simplicidades pasa semejantes fatigas Jehová, si hubiera de explicar el teorema de Sturm ó determinar el volumen de un segmento esférico, fuera cosa de echar á correr por no verle sudar á mares.

Eli, á fuerza de rogar á Samuel, consigue que su monaguillo le revele la revelación. El buen viejo tomó en calma aquel nublado que se le decía habla de venirle encima. Se conoce que era hombre de pachorra, que es la primera de todas las virtudes de todo comentador de la *Biblia*, que pido á Dios me aumente para poder seguir adelante en mi concienzudo trabajo de estas

NOTAS.

XXXVIII

Todo este preámbulo ó pasillo joco-serio entre Jehová, un monaguillo y Eli, viene á parar en que los filisteos dieron la gran paliza á los hijos de Israel, porque de toda la vida las profecías desastrosas se inventaron para explicar las grandes catástrofes de los pueblos, así como se inventaron las profecías beneficiosas para explicar sus prosperidades. El suponer que alguien dijo que pasaría lo que pasó, fué siempre de gran

efecto dramático, y los antiguos historiógrafos se despepitaban por lo dramático y trágico-cómico en sus obras.

Tenían los hebreos una razón universal é infalible para explicarse sus buenos y malos sucesos. ¿Les salía algo bien? Pues era á causa de estar á buenas con Jehová. ¿Los deslomaban? Pues consistía en que andaban con Jehová á media correspondencia, frase que inventó cierto amigo para explicar el estado de las relaciones con su novia, cuando él la escribía y ella no le contestaba.

Los hebreos, pues, al verse vencidos por los filisteos, entrando consigo mismos en consejo, dedujeron que el desastre pasado procedía, á no dudarlo, de la ausencia de Jehová del campo. Y queriéndole tener cerquita, mandaron traer al campamento el arca del famoso pacto sinalagmático, que estaba en Silo, diciéndose probablemente para su sayo que con aquel refuerzo ya podían venir filisteos sobre ellos.

Y vino el arca. Y vinieron también los filisteos. Y se armó la Dios es Cristo. Y la paliza pasada fué tortas y pan pintado para la que ahora llevaron, pues cayeron 30.000 israelitas á filo de la espada de los incircuncisos, y cayeron Ofni y Fines, los hijos de Eli, que pagaron así todas las tajadas que habían robado y todas las siestas que habían dormido, y cayó hasta el arca santal en poder de los filisteos. Al saber Eli la noticia de esta monumental derrota, cae de la silla y se desnuda, y la mujer de Fines, que estaba preñada, al oír lo sucedido á su marido, se agacha y pare á I-chabot.

¡Retebien! La profecía hecha al monaguillo queda cumplida. Jehová es un Dios formalito, aunque habla de un modo demasiado enigmático.

Los filisteos estaban con el Arca de la Alianza como chico con zapatos nuevos, y no sabían dónde ponerla para más honrarla, cosa un tanto

extraña, pues siendo el emblema de un Dios enemigo del suyo, lo lógico es que la hubieran prendido fuego. O tal vez estos filisteos fueran librepensadores en canuto y creyeran que en cuestión de dioses más vale tener dos que uno. Lo cierto es que la conservaron y la pusieron en el templo de Dagon, que era un Dios de tres ó cuatro palmos de alto, con unas narices como una canimplora y unos morros como un almud.

Al verse Jehová á solas en tan degradante compañía se atufó y derribó el chirimbolo que le hacía competencia en el oficio de Dios. Los sacerdotes de Dagon, al entrar *al día siguiente* en el templo, y ver su Dios por tierra á los pies del Arca, cogieronle con mucho tiento y volvieron á ponerle en el altar. Tiempo perdido. Al llegar la noche, Jehová, desde el arca santa, le pega un capirotazo y le echa á rodar, perdiendo del golpe Dagon la cabeza y las manos, que fueron á parar al umbral del templo, quedando hecho un tarugo informe.

Pasaba esto en la ciudad de Asdod, donde todos debían ser fontos de remate para no conocer por estas cosas que Jehová era un Dios de más campanillas que Dagon. Y persistiendo en su ceguera, Jehová les castigó... ¿con qué dirás, lector!... pues con almorranas. En su infinita sabiduría, Jehová supo elegir lo que á sus enemigos convenía para ablandarse. Así que los asdoditas se vieron acribillados de almorranas, *mano de Jehová es esto*, se dijeron: y echaron el mochuelo, digo las almorranas, digo el arca á Gath. Los de Gath, al llegar el arca, se llenaron también de almorranas y echaron aquel gabarro á Gerón, donde tan pronto como llegó se desarrollaron las consabidas hemorroides.

Los desdichados filisteos, aburridos, desagrados, mohinos y cariacontecidos, deciden al fin volver el arca á los hebreos, á los cuales se la enviaron, en efecto, con unas hemorroides de

oro dentro para señal y memoria de las incómodas picazones que Jehová les había hecho sufrir.

Con menos argumento he visto más de cuatro sainetes. ¿Por qué no se habían de llevar estas cosas al teatro?

¡Ah! ¡Es imperdonable que Ofenbach y muchos autores *del género bufo* no hayan espigado la *Biblia!*

El arca, aunque volvió á Israel, no volvió á Silo. La situaron en Beth-semes. Empero, no por tener el arca en casa, dejaron los israelitas la idolatría. Veinte años después de la devolución del arca, Samuel, que ya había crecido, y de monaguillo había pasado á sacerdote y pontífice, tuvo que emprender una valerosa campaña contra los Baales, Astaroths y otros muchos dioses y diosecillos, á quienes los hebreos daban culto, con gran vergüenza y humillación del omnipotente Jehová, el de las almorranas, que pudiéndolo todo, bien podía haber dado un poco más de constancia y fidelidad á sus elegidos.

Samuel aparece en su edad adulta como un hombre de bien, que administra justicia según su leal saber y entender, para lo cual echaba cada año un viaje de punta á punta de Israel. Bajo su conducta y mediante sus consejos los hebreos obtienen brillantes triunfos de los filisteos, y, poco á poco, van constituyendo una nación independiente. ¡Hora era ya, después de la salida salida de Egipto! Nota, lector, que la palabra de Jehová ha sido una palabra vana por siglos, y que sólo se cumple á fuerza de combates y penalidades, gracias á la buena organización que da al pueblo elegido un hombre de indiscutible mérito en su tiempo. Esto te enseña que en Israel las cosas pasan como en Roma, en Grecia, en España, en todas partes: y que, como en todas partes también, los hombres, en vez de atribuirse á sí mismos sus obras, y de

hacerse responsables de sus éxitos ó desgracias, dan en la flor de atribuir á los dioses, llámense Jehová, Júpiter ó Minerva, sus hechos y sus pensamientos.

Samuel, he dicho, ^{**}era un hombre de bien. Sus hijos, sin embargo, salieron un par de bribones que vendían la justicia como si fuera pacotilla de contrabando, que se malbarata á cualquier precio. Los ancianos de Israel, que tantas veces hemos visto salir á escena, para decir ó hacer alguna majadería, aparecen de nuevo en el capítulo VIII para decirle á Samuel que, puesto que sus hijos eran una calamidad, les nombrase un rey, á la usanza de las naciones colindantes.

Samuel, que tal oyó, se puso hecho un basilisco. Hombre de talento y de corazón, así que oyó á sus conciudadanos que querían un rey, estuvo á punto de emprenderla con ellos á puntapiés, única cosa que merece quien, siendo hombre libre, pide un amo. Jehová también se atufó con la demanda de rey; pero Dios bonachón y, sobre todo, complaciente, después de tomar á agravio la petición, dice á Samuel que les dé rey, aunque sabe que por el rey le han de olvidar.

Samuel, entre Jehová que le manda, aunque á regañadientes, dar un rey á Israel, y el pueblo que se le pedía, adopta un temperamento doctrinario, consistente en manifestar al pueblo lo que era un rey con toda claridad y verdad, y despedirle luego para sus casas, prometiendo complacerle.

No quiero pasar por alto las palabras de Samuel á los hebreos respecto al rey. En ellas los creyentes católicos encontrarán tela larga á meditaciones trascendentales, propias para hacerles caer de su burro, quiero decir, de su absolutismo, Hélas aquí:

«Dijo, pues (Samuel): Este será el derecho del

»rey que hubiere de reinar sobre vosotros: Tomará vuestros hijos y pondrálos en sus carros y en sus gentes de á caballo, para que corran delante de su carro:

»Y se elegirá capitanes de mil, y capitanes de cincuenta; pondrálos así mismo á que aren sus campos y sieguen sus mieses, y á que hagan sus armas de guerra, y los pertrechos de sus carros.

»Tomará también vuestras hijas para que sean perfumadoras, cocineras y amasadoras.

»Así mismo tomará vuestras tierras, vuestras viñas y vuestros buenos olivares, y los dará á sus siervos.

»El tomará vuestros siervos y vuestras siervas, vuestros buenos mancebos, y vuestros asnos, y con ellos hará sus obras.

»Diezmará también vuestro rebaño, y finalmente, seréis sus siervos.

»Y clamaréis aquel día á causa de vuestro rey que os habréis elegido, mas Jehová no os oirá en aquel día.»

Resumen: que Samuel creía al rey una calamidad, y á los que se le pedían dejados de la mano de Dios.

De acuerdo. En algo había yo de opinar como un profeta.

XXXIX

Hallábase Samuel en la ciudad de Rama, ejerciendo tranquilamente sus altas funciones de *vidente*, que así se llamaban entonces los *profetas*, y procurando darle largas á la palabra empeñada á sus conciudadanos de elegirles rey, cuando Jehová dispuso de la más chusca y disparatada manera la consagración de Saul para el alto destino de monarca.

Cedo á la musa bíblica la palabra. No quiero que mi pluma republicana empañe las glorias de

la aurora monárquica. Oid, oid, realistas, cómo nació la institución que adoráis, en el seno del pueblo de Dios. De aquí podréis deducir cómo andarían los alumbramientos de esta clase en los pueblos réprobos.

«Y había—dice—un varón de Benjamín, hombre valeroso, el cual se llamaba Cis, hijo de »Abiel, hijo de Leor, hijo de Bechorat, hijo de »Atia, hijo de un hombre de Benjamín.» *(Como se ve, la genealogía se pierde en la cuarta generación, en un pueblo cuyo arte principal fué la determinación de genealogías.)*

«Y tenía él un hijo que se llamaba Saul, manco y hermoso, que entre los hijos de Israel no había otro más hermoso que él: del hombro »arriba sobrepujaba á cualquiera del pueblo.» *(Ha dicho Franklin que á muchos hombres muy altos les pasa lo que á las casas muy altas: el último piso es el peor amueblado. La historia de este mozancón de Saul confirma la máxima del célebre inventor de los pararrayos.)*

«Y habíanse perdido las asnas de Cis, padre »de Saul; por lo que dijo Cis á Saul su hijo: Toma »ahora contigo alguno de los criados, y levántate, y vé á buscar las asnas. Y él pasó el monte »de Efraim, y de allí á la tierra de Salisa, y no »las hallaron.» *(Con perdón de los setenta traductores de la Biblia y del que le vertió en castellano, me parece mala frase. Hallaron es plural, debiendo ser singular, por referirse á Saul.)* Pasaron luego por la tierra de Saalim, y tampoco. Después pasaron por la tierra de Benjamín, y no las encontraron. *(Mucha pesadez es esta, y muchas tierras para recorridas por unas borricas escapadas.)*

«Y cuando vinieron á la tierra de Suf, Saul »dijo á su criado que tenía consigo: Ven, volvámonos; porque quizá mi padre, dejado el cuidado de las asnas, estará acongojado por nosotros.» *(Este discurso es lo más notable que*

hizo Saul antes de ser rey. Poco más ó menos, como Napoleón.)

«Y él le respondió: He aquí, ahora hay en esta »ciudad un hombre de Dios, que es varón insigne: todas las cosas que él dijere, sin duda vendrán. Vamos, pues, allá, quizá nos enseñará »nuestro camino por donde hayamos de ir. Y »Saul respondió á su criado: Vamos ahora; mas »¿qué llevaremos al varón? Porque el pan de »nuestras alforjas se ha acabado, y no tenemos »qué presentar al varón de Dios; porque ¿qué tenemos? Entonces tornó el criado á responder á »Saul, diciendo: He aquí, se halla en mi mano la »cuarta parte de un siclo de plata: esto daré al »varón de Dios, porque nos declare nuestro camino.»

«Antiguamente en Israel, cualquiera que iba »á consultar á Dios, decía así: Venid y vamos »hasta el vidente; porque el que ahora se llama »profeta, antiguamente era llamado vidente.»

(Este párrafo es de oro para hacer deducciones. El vidente ó profeta result que era una especie de gitano ó nigromántico, que echaba adivinanzas, mediante pan ó dinero, sobre negocios tan trascendentales y teológicos como la designación del camino por donde debían buscar unas burras un mozo y su criado, que entre los dos no tenían una peseta. Resulta que el futuro rey se iba al profeta, como ahora va una criada de servicio de nuestros días á casa de una gitana, para consultar sobre el número que ha de salir premiado en la lotería.)

Continúa el texto de esta sabrosa historia, que nos enseña cómo y de qué se hacía entonces un rey.

«Dijo entonces Saul á su criado: Bien dices: »ea, pues, vamos. Y fueron á la ciudad donde »estaba el varón de Dios. Y cuando subían por

»la cuesta de la ciudad, hallaron unas mozas
 »que salían por agua, á las cuales dijeron: ¡Está
 »en este lugar el vidente? Y ellas, respondiéndole,
 »dijeron: Si; hélo aquí delante de tí: date,
 »pues, priesa, porque hoy ha venido á la ciudad
 »en atención á que el pueblo tiene hoy sacrificio
 »en el alto. Y cuando entráreis en la ciudad, le
 »encontraréis luego, antes que suba al alto á comer.
 »(hermosa manera de sacrificar á Dios llenando la panza!);
 »pues el pueblo no comerá hoy hasta que él haya
 »venido, por cuanto él haya de bendecir el sacrificio,
 »y después comerán los convidados. Subid, pues,
 »ahora, porque ahora le hallaréis.

»Ellos, entonces, subieron á la ciudad; y cuando
 »en medio de la ciudad estuvieron, he aquí Samuel
 »que delante de ellos salía para subir al alto. Y un día,
 »antes que Saul viniera, Jehová había revelado al oído
 »de Samuel, diciendo:—Mañana á esta misma hora yo
 »enviaré á tí un varón de la tierra de Benjamín, al
 »cual ungirás por príncipe sobre mi pueblo Israel,
 »y salvará mi pueblo, porque su clamor ha llegado hasta mí.»
 »(Este Jehová es delicioso al revelarse por el oído á Samuel.
 »Recuerdo que Plutarco cuenta que Diana se revelaba por la
 »misma parte á Sertorio por medio de una cierva que
 »acompañaba siempre á este general, algo más ilustre que Samuel
 »y que Saul.)

»Y luego que Samuel vió á Saul, Jehová le dijo: He aquí,
 »ese es el varón del cual te hablé; este señoreará mi pueblo.»
 »(Convengo en que Jehová se porta en esta ocasión como
 »persona discreta; pero sospecho, por versículos anteriores
 »terminantes, que el compartir el SEÑORIO de Israel con el
 »buscador de las borricas, le debía saber á cuerno quemado.)
 »Y llegando Saul á Samuel en medio de la puerta, díjole:
 »Ruégote que me enseñes dónde está la casa del vidente.
 »(Esto indie? que Samuel debía ir tan modestamente vestido

que parecería un cualquiera.) «Y Samuel respondió á Saul y dijo:
 »Yo soy el vidente; sube delante de mí al alto, y come hoy
 »conmigo, y por la mañana te despacharé, y TE DESCUBRIRÉ
 »TODO LO QUE ESTÁ EN TU CORAZÓN. (Este giro le conservan
 »todavía nuestras echadoras de la buena ventura.)
 »Y de las asnas que se te perdieron hoy hace tres días,
 »pierde cuidado de ellas, porque se han hallado.»
 »(¿Quién le había dicho á Samuel lo de las asnas?
 »Porque Jehová no consta que se lo dijera.)
 »Mas por quién es todo el desseo de Israel,
 »sino por tí y por toda la casa de tu padre?

»Y Saul respondió y dijo: ¡No soy yo hijo de Benjamín,
 »y de la más pequeña de las tribus de Israel!
 »Y mi familia, ¿no es la más pequeña de todas las familias
 »de la tribu de Benjamín? ¿Por qué, pues, me has dicho
 »cosa semejante? Y trabando Samuel de Saul y de su
 »criado, metiéndolos en la sala, y diéndoles lugar á la
 »cabecera de los convidados, que eran como unos treinta
 »hombres.

»Y dijo Samuel al cocinero: Trae acá la poción que te di,
 »la cual te dije que guardases aparte. Entonces alzó el
 »cocinero una espadilla con lo que estaba sobre ella,
 »y púsola delante de Saul. Samuel dijo: He aquí lo que
 »estaba reservado: ponlo delante de tí y come; porque de
 »industria se guardó para tí, cuando dije: Yo he convidado
 »al pueblo. Y Saul comió aquel día con Samuel.

»Y cuando hubieron descendido del alto á la ciudad,
 »él habló con Saul en el terrado. Y al otro día madrugaron;
 »y como al apuntar del alba Samuel llamó á Saul que
 »estaba en el terrado, y dijo:—Levántate para que te
 »despache. Levantóse luego Saul y salieron fuera ambos,
 »él y Samuel. (Así, así, por palabras que no deje de
 »entenderse.) Y descendiendo ellos al cabo de la ciudad,
 »dijo Samuel á Saul:—Dí al

»mozo que vaya delante (y adelantóse el mozo);
»mas espera tú un poco para que te aclare la pa-
»labra de Dios.»

Mano á mano ya, Samuel y Saul, á solas y sin testigos, en un santiamén se verifica el gran suceso monárquico, del siguiente modo y manera:

«Tomando entonces Samuel una ampolla de aceite, derramóla sobre su cabeza (*¡bonito le pondría!*), y besólo (*¡vaya un minuto después de una aceterada!*), y díjole:—¿No te ha ungido Jehová por capitán sobre su heredad?»

Ante tan pasmosa historia, con tanto detalle escrita, que ni se descuidó el apuntar qué fué de las borricas, sólo me ocurre decir de la *Biblia* lo que Cervantes de los libros de caballería; esto es: que da ciento y falta á todas las historias habidas y por haber, pues en éstas los más grandes sucesos apenas si en una docena de líneas se explican, dejándonos á media miel y en grandes confusiones, mientras aquí el Espíritu Santo nos relata la más mínima y al parecer insignificante circunstancia de un acontecimiento insignificante también. ¡Bien haya, pues, el Espíritu Santo, si de modelo sirve á los futuros historiadores!

Hecho rey el buscador de las burras, mediante la aceterada y el beso, parece lo natural que inmediatamente pasase á ocupar el soberbio alcázar y recibir en besamanos á todos los cuerpos del Estado. Pero como entonces en Israel no había alcázar, ni humilde ni soberbio, ni había cuerpos del Estado, ni quizá hubiese Estado, Saul toma á pie el camino que le indica Samuel, en el cual le suceden tres cosas que el vidente le había anunciado. Una de ellas es sumamente curiosa, pues se reduce á que Saul, al hallar una compañía de profetas, por arte de birlibirloque, se hace profeta también. Pero oigamos á la *Biblia* en este pasaje:

«Y cuando llegaron allá, al collado, he aquí la
»compañía de los profetas que venían á encon-
»trarse con él, y el espíritu de Dios le arrebató,
»y profetizó entre ellos. Y aconteció que cuando
»todos los que le conocían de ayer y de antes
»vieron cómo profetizaba entre los profetas, el
»pueblo decía el uno al otro: ¿Qué ha sucedido al
»hijo de Cist? ¿Saul también entre los profetas...?
»Por esta causa se tornó en proverbio: ¿Saul
»también entre los profetas?»

Este cómico incidente nos revela que los llamados *profetas* en Israel no eran cosa rara y extraordinaria, sino lo más vulgar y ordinario del mundo, que no menos que compañías formaban, llevando delante de ellas tocadores de flauta, salterio, adufe y arpa, una especie, en fin, de estudiantina, que iba en *juelga* permanente de Ceca en Meca, divirtiendo al populacho con cantares más ó menos disparatados del género religioso, cuyos conceptos titulaban profecías. No es, pues, del todo inútil el estudio de la *Biblia*, pues ella misma, como en las líneas copiadas sucede, nos enseña á despreciar á los *profetas*, especie de danzantes frenéticos, que en otros libros, como en su lugar anotaré, fueron degollados á centenares por piadosos reyes que los consideraban impíos secuaces de Satanás.

Una preguntita suelta.

Cuando tales eran los profetas, ¿qué tal sería Saul, que verle entre ellos causa tanta admiración á sus conciudadanos, que llegan á convertir en proverbio su frase admirativa: ¿También Saul entre los profetas?

Pues á esta buena pieza aclamó por rey el pueblo de Dios en Mispa, á donde fué convocado por Samuel, que se valió de muchas tracaman-danas para tener secreta la cosa hasta el momento oportuno, en que, sacando á Saul de entre las acémilas del bagaje, le presenta al pueblo, que al verle grita:—¡Viva el rey!—Grito, de en-

tonces acá, repellido por millones de majaderos dentro y fuera del pueblo de Dios.

Advertencia.—Al oír las personas discretas á Samuel que Saul había de salvarles, torciendo el gesto, exclamaron: «Cómo nos ha de salvar este?» Yuviéronle en menos, y no le trajeron presente, mas él (Saul) disimuló. Por supuesto, á estos discretos la *Biblia* los llama impíos: es la eterna cuestión de las palabras.

Aclamado ya rey, creará el lector llegado el momento de que Saul se vaya por fin á palacio y comience á cobrar su correspondiente lista civil.

Pues nada de eso. Saul se vá á su casa, que probablemente sería cosa parecida á un ventorrillo del camino de los Carabancheles, llevándose consigo *algunos* del ejército.

¡Lo que era un rey *aliquando*!

Saul gana una batalla á los ammonitas, con lo que cobra autoridad y es confirmado rey. En esta batalla dice la *Biblia* que fueron *trecentos mil los hijos de Israel y treinta mil los de Judá*. ¡Eche usted hijos, señor Espíritu Santo! En ninguna batalla mandó Napoleón tanta gente como este reyezuelo sin corte, ni alcázar, ni siquiera lista civil. ¡Habrá manera de exagerar!

En el capítulo XII Samuel hace su apología. Ciertamente que en nada se parece á la apología de Sócrates; pero de ella voy á citar el siguiente párrafo, para ilustración de monárquicos:

«Entonces dijo todo el pueblo á Samuel: Ruega por tus siervos á Jehová tu Dios, que no muramos; porque á todos nuestros pecados hemos añadido este *mal* de pedir rey para nosotros.»

Como se vé, ya se queja el bárbaro pueblo que había dicho: rey reinará sobre nosotros. Segunda edición de las ranas pidiendo rey.

* * *

Al año, como los filisteos se le echasen enci-

ma, Saul sale á campaña. Acampa en Gilgal y, con arreglo á la orden de Samuel, espera á éste siete días para que el viejo vidente hiciese el sacrificio antes de entrar en batalla.

Pero viendo que Samuel tardaba, el rey lo hace por sí mismo. Llega el profeta, y al ver aquella demasia se pone fuera de sí, maldiciendo al rey, anunciándole que su reino pasará á quien más lo merezca.

Hasta el viejo de la unción y el beso, al año estaba escamado del rey. Lección bonita de esta historia, que no aprovechará á los fanáticos.

XL

No es cosa, queridísimo y pacientísimo lector, no es cosa de enfangarnos en la historia de Saul hasta el punto de ocuparnos de sus idas y venidas, salidas y entradas, acometimientos y huídas. En la *Biblia* las tienes referidas en sendos y empalagosos capítulos versiculados, y puedes, si gustas, leerlos de cabo á rabo las noches de desvelo para conciliar un sueño reparador; pues son medicamento de seguros efectos narcóticos. ¡Oh! y cuántas buenas siestas de canónigos y priores han comenzado con la lectura de las hazañas de Saul.

Lo único que me parece oportuno es trazarte á grandes rasgos la silueta del *ungido del Señor*, para que grabes en la memoria el tipo de aquel buen mozo que, guasitas aparte, y aparte también la unción y demás gerigonzas que hizo con él Samuel, fué esforzado guerrero, caudillo de fortuna, el primero que organizó algo que pudiera llamarse ejército permanente israelita que, gitanadas bíblicas á un lado, no pasaba de 3.000 hombres, y, en fin, el que dió consistencia de nación á las tribus hebreas, sacadas por Moisés de Egipto y lanzadas por Josué á la conquista de Canaan. Si á decir esto, que es lo sustancialmente histórico, se limitara la *Biblia*, ni habría

razón á comentarios míos, ni resultaría Saul un personaje medio bufo, como acusan los siguientes rasgos de la fisonomía moral de este elegido de Jehová, que por la mano que en esta y otras elecciones tuvo, queda muy por bajo de Romero Robledo en trapacerías electorales.

La nariz de Saul, cuando se atufaba, se ponía del siguiente modo y manera:

Tenía Saul un hijo, llamado Jonatan, que, á pesar de exponerme á una cacofonía, no puedo menos de declarar que era un barbián, pues viendo ocasión propicia de deshacer una guarnición de filiteos, se arrojó á ello después de consultar piadosamente á Jehová, que le dió señal y permiso de ejecutarlo, haciendo en ella más daño que un pedrisco. Mientras esto hacía Jonatan, su papá Saul mandaba consultar á Jehová sobre cierto combate, y como este Dios se hiciese el sueco, quiero decir, no contestase (cosa rara, pues en toda la *Biblia* no hace más que hablar), Saul, con un talento admirable exclama: aquí hay gato encerrado. Y, en efecto, le había. Este gato era que Jonatan, comiendo un poco de miel hostigado por hambre canina, había faltado, sin saberlo, á la orden dada por su padre de que nadie probase bocado aquel día. Y aquí te quiero, escopeta. Así que Saul descubre el pecado enorme de su hijo, montando en cólera hebraica, que es de todas las cóleras la que más se parece á la de un perro rabioso, jura hacerle pedazos sobre el altar de Jehová. Se está viendo la nariz de Saul: grande, aguilena, con puente, unos cuantos pelitos en la punta, ancha en la base, bien marcada la ternilla y muy abierta de agujeros.

Los ruegos del pueblo salvan á Jonatan. Del mal el menos. Es sumamente probable que Saul fuera de temperamento sanguíneo, de esos tan fáciles á la ira como á la piedad. Si llega á ser melancólico ¡pobrecito Jonatan!

Interrumpiendo un instante la silueta de Saul, aunque bien mirado, no voy á hacer más que fortificar la preinserta sospecha sobre su temperamento, quiero darte á conocer, lector discreto, lo que era el *mejor* de los jueces israelitas, el grande, el pío, el poderoso Samuel, el que hacía reyes, y los deshacía también.

Como en una batalla contra el rey de los amalecitas, Saul, desoyendo el bárbaro é inicuo consejo de Samuel, que le ordenó matase hombres, mujeres, niños y mamantes (textual), vacas y ovejas, camellos y asnos, perdonara, quizá por política, la vida al rey Agag y á los ganados de buena calidad, tan pronto como Samuel se apercibe de ello increpa durísimamente á Saul por su humanidad. El rey reconoce su pecado y pretende desenojar al viejo profeta, pero éste le replica con vehemencia y amenaza con la destitución, no retirando sus palabras ni aun después de hacer Saul pedazos con su propia espada á Agag sobre el altar de Jehová. ¡Qué horror! ¡Y á esto se lo considera divino é inspirado! ¡Y á Samuel se le considera santo! ¡Y á Saul un bendito! ¡Ah! Dios inicuo, profeta cruel, rey miserable: todos habeis recibido vuestro pago. El tribunal de la historia, ante el que no valen revelaciones, os declara *barbaros*. ¡Qué felicidad distar de vosotros y de vuestros tiempos tantas leguas y tantos siglos!

Tras la brutal hecatombe de los amalecitas, Samuel se amosca definitivamente con Saul, á quien no volvió á ver en todos los años de su vida, anotación que hago para declarar el coraje del vejete y por convenirme para otro rasgo de la silueta del rey, que en su lugar correspondiente se verá.

Ahora querria dibujar el occipucio de Saul, diciendo algo de sus mujeres, pero me sale al camino, suspendiendo la acción del lápiz, la aparición en el campo bíblico de un personaje de mu-

chisimas campanillas, tantas, que casi mete el mismo ruido que Moisés y Jesús en la orquesta bíblica, en que es sabido lleva la batuta el Espíritu Santo. Ya habrá adivinado el lector que se trata de David, músico, pastor, soldado, bandolero, rey, profeta y santo sucesiva y á veces también simultáneamente, lo cual obliga á una presentación decorosa y por todo lo alto. Atención.

Hallábanse Jehová y Samuel llenos de reconcomio, el uno en el empireo y el otro en su casita de Rama, al ver que Saul, elegido por buen mozo, sin trastienda al parecer y sin pretensiones, se les subía á las barbas, teniendo más cuenta de agradar al ejército que á ellos. En su aflicción el viejo profeta, sediento de sangre amalecita al punto de haber llevado á mal la conservación de un solo boricó de aquel país, lloraba á lágrima viva, echando pestes del rey. Jehová no consta que hiciese; pero de algunos más recursos que su sacerdote, decide hacer algo mejor que llorar, y en un momento de inspiración le dice:

«Hasta cuando has de llorar á Saul habiéndole yo desechado para que no reine sobre Israel? Hínche tu cuerno de aceite (*entonces no se conocían aún las aceiteras de hojadelata*), y ven, te enviaré á Isai de Belén; porque de sus hijos me he provisto de rey.» (*Vamos, como cuando yo me digo: andando, Riofranco, á proveernos de levita de abrigo en casa de Ca. acuel.*)

Y dijo Samuel: «¿Cómo iré? Si Saul lo entendiere me matará.» (*El viejo andaba escamado por lo visto, y escurria el bulto al rey, lo que demuestra la respetable antigüedad de ese tropo de cor zón llamado cunqueló.*)

Jehová respondió: (*porque el cuento está dialogado con no menos arte que LAS LUCHAS DE NUESTROS DIAS del Sr. Pi y Margall.*) «Toma contigo una becerra de la vacada y di: A sacrificar á Jehová he venido. Y llama á Isai al sacrificio, y yo te enseñaré lo que has de hacer; y

ungirme has al que yo te dijere.» (*Jehová enseñando á Samuel á mentir para evitar una paliza ó algo más grave de parte de Saul, es un Dios que ni de perillas podía venir mejor en estos comentarios, para persuadir á los incautos de que todas estas zaramallas reveladas no son otra cosa que leyendas clericales, sin más valor que el dinero que han producido á los predicadores que las han tomado por texto de sus sermones.*)

Marcha Samuel á Belén, y aleccionado por la experiencia, en vez de elegir como antes un buen mozo elige un chiquitín; en vez de atender á las condiciones físicas de agilidad, robustez y fuerza, atiende á las morales de inteligencia, valor y arte. El Benjamín de la familia de Isai, mediante otra aceiterada y otro beso, queda hecho rey, pero rey puramente en canuto, ó probabilidad, pues David, que este era su nombre, antes de llegar al trono necesitó comer muchas hogazas. Desde luego, la unción de Samuel por orden de Jehová no le sirve de maldita la cosa, pues sigue pastoreando, y solo á un accidente del rey debe llegar á palacio en calidad de criado.

Vuelvo á la inturrumpida silueta de Saul, el cual tenía dos caras. Me explicaré. Cuando el espíritu de Jehová estaba en él, era guapo, hermoso, alegrón, campechano y mujeriego. Pero cuando el espíritu se apartaba de él (precisamente empezaron estas idas y venidas del espíritu de Dios desde que fué ungido David) se ponía sombrío, fosco, huraño, y gastaba un humor endiablado, que no había quien le aguantase. Cuando esto sucedía, y sucedía muchas veces, este rey con spleen hacía cada barrabasada que retemblaba el palacio, y había cada mano de bofetadas á derecha é izquierda que ni en el Circo de Price, cuando juegan los clowns á pegarse.

Alguno de los criados, tal vez demasiado favorecido con los regios bofetones, echándose á discurrir en beneficio de sus carrillos, llegó á dar en

el hito de sacar del cuerpo de Saul el demonio que, por permisión de Dios, le atormentaba; deplorando yo muy mucho que el nombre de este criado haya quedado en el panteón del olvido, pues fué nada menos que el fundador del arte so-corrído del exorcismo. Un criado, pues, buscando un tocador de arpa para sacar á Saul los demonios que se le apoderaban del cuerpo, topó con el unguido David y le trajo á palacio, donde, gracias á sus dedos y á su oído, quedó convertido en el Farinelli de aquella especie de Felipe V semita.

Al principio el arpa de David fué para Saul mano de santo, ó como si dijéramos *agua del Lozoya* en poder de nuestros tres célebres *Apóstoles* de los barrios bajos de Madrid. ¿Entraba el demonio en el rey? pues tocaba David el arpa, y el susodicho demonio, con el rabo entre piernas, se largaba, no se sabe dónde, hasta que sin saber tampoco por qué resquicio palatino volvía á entrar en Saul.

No quiero dejar de decir que me choca mucho que lo que tocase David fuera el arpa. ¿Dónde se vió pastor con semejante armatoste al hombro? Los pastores de verdad lo que suelen tocar es la flauta, el tamboril ó la zambomba; ¿pero el arpa? ¿Será que la zambomba no tenga virtud contra el espíritu malo?

XLI

Tengo delante al famosísimo gigante Goliat. Es decir, á Goliat, gracias á Dios, no le tengo delante; pero sí el capítulo del *libro de Samuel* que cuenta el cuento de su combate con David. Y como verdaderamente es un cuento bonito, vamos á contarle.

Hallábanse frente á frente filisteos y hebreos, aquellos en Efesdammin, estos en el valle del Alcornoque (*suplico á los cabecillas cartistas que no se den por aludidos*) dispuestos, como buenos

y antiguos enemigos, á romperse bonitamente la cabeza (*y no digo la CRISMA porque aún no había crisma en el mundo*), por todos los procedimientos posibles é imposibles. Saul, el rey de los hebreos, que ya había en varias ocasiones desbaratado á los filisteos, y hécholes correr á perder las piernas, emprendió la campaña con buen ánimo; pero al llegar al valle del Alcornoque (*repito que nadie se de por aludido*), se hubo de quedar con tamaña boca abierta (*al escribir esto, extendiendo la mano como el que va á medir una pieza de tela por palmos*) y el corazón reducido al tamaño de una avellana, que le bailaba en el pecho.

El canguelo regio, que se hizo epidémico en el campo israelita, tenía razón abonada, pero muy abonada. Los picaronazos de los filisteos, sin saber dónde ni cómo, habían topado con un gigante, pero no uno de esos gigantes de tres al cuarto, que estamos acostumbrados á ver en esqueleto en los museos, ó por media peseta en alguna tiendecilla de la calle de Alcalá, sino un gigante de *p p* y *doble v*. Llamábase Goliat y tenía de estatura seis codos y un palmo, según el Espíritu Santo, que inspiró la *Santa Biblia*, del cual no es posible dudar, ni correcto sospechar dejase de medir con el mayor cuidado á Goliat.

Yo no sé el codo de los hebreos cómo sería de largo, por más que hay libros eruditísimos que, habiendo por el hilo sacado el ovillo, apuntan su equivalencia á las medidas modernas. Mas puedo asegurar que esta estatura de Goliat le hubiera permitido perfectamente pellizcar las pantorri-llas, sin empinarse, á cualquiera de las estatuas que hay sobre sus pedestales en las plazas públicas de Madrid, tales como Cervantes, Murillo y Mendizábal... y puedo asegurar más, y esto de una manera infalible, ni más ni menos que el Pontífice romano, y es que las dimensiones de los miembros de Goliat eran muy bien proporcio-

nadas con esta descomunal dimensión que le separaba el tobillo de la coronilla, pues, como dice el libro *revelado*.

«Traía un almete de acero en su cabeza... vestía coraza de planchas, que pesaba cinco mil siclos... sobre las piernas grebas de hierro y escudo de acero á sus hombros. El asta de su lanza era como un enjullo de telar, y tenía el hierro de su lanza seiscientos siclos de hierro,» con lo cual iba el gigante cargado como un mulo de arriero avaricioso, y, por consecuencia, debía tener la resistencia de un *idem*, lo que sería totalmente imposible si el pie no correspondiese á la mano, y ésta á las caderas, y éstas á las ventanas de la nariz, que debían asemejarse á los boquetes de las medianerías madrileñas. Horror me da el pensar en el ruido que este hombre haría cuando roncaba y en otras ocasiones; así como me imagino que debió perpetuamente dormir con los pies fuera de la cama, á menos que le hicieran una de propósito para él... ó tuviese la costumbre de dormir hecho un ovillo.

Los filisteos, con su Goliat bien armado, metían á los israelitas un miedo atroz, que cualquiera persona de buen juicio hallará fácilmente disculpable. Y como es sabido que los que se imaginan fuertes é invencibles han sido siempre bravucones, pedantes y provocadores, nadie extrañará que todas las mañanas se acercase Goliat al campo de Saul y desafiase con palabras afrentosas á los hebreos, diciéndoles que para dirimir la contienda enviasen á pelear con él un hombre. Saul prometía al que le quitase de en medio á Goliat el oro y el moro, cuyo moro era una hija guapetona que tenía. Pero ¡que si quieres! En cuarenta días (*ya salió el número cuarenta otra vez*) provocó ochenta veces Goliat á singular combate á los israelitas, sin que en todo el ejército de Saul se ofreciese un hombre á pelear con el incircunciso filisteo que afrentaba mañana y tarde

diariamente al pueblo *elegido*, que más que elegido parece ahora *encogido*.

Por fin, afrontando al capítulo anterior, en que hemos visto á David tocando el arpa en el palacio real de los hebreos, y sacándole de esta manera los demonios del cuerpo á Saul, y muy compinchado y amigote de éste aparece en el valle del Alcornoque el joven y completamente desconocido pastorcillo David, que viene á traer á tres hermanos suyos que había en el ejército diez panes y un poco de harina, y para el capitán de la compañía *diez quesos de leche*.

Así que David se entera de lo que pasaba con Goliat, dando señales de su grande y esforzado corazón, á pesar de las burlitas envidiosas de sus hermanos, y de las sonrisas de desconfianza de los bravos de profesión, se ofrece voluntariamente á pelear con el infatuado filisteo de las descomunales dimensiones y espantable armadura. Saul le viste de su cota de malla y le presta su espada; pero David, á quien aquel desusado atavío y desconocidas armas estorbaban, confiando sólo en su decisión valerosa, rechaza los vestidos de Saul, toma su cayado, mete en su zurrón unas cuantas piedras, saca su honda y sale al campo.

¡Bravo! hay que exclamar al llegar aquí. David, que inicia de este modo su carrera, no extrañará á nadie que sea después rey, y pase con razón por el más grande capitán israelita. ¡Bravo! otra vez y cien veces ¡bravo! Vencedor ó vencido, el que de tal manera se porta, el que ve á su pueblo afrontado, y va derecho y sereno al combate, es un héroe. Admirémosle y pongámosle este romance hebreo, cuyo fondo es histórico indudablemente, á pesar de las exageraciones semitas, á pesar de la intervención de Jehová, y á pesar de estar ridiculamente intercalado en el *libro de Samuel*, pongámosle, digo, al lado de nuestros mejores romances caballerescos y al lado de los cantos de *La Iliada*.

Pero sigamos en calma. David sale al campo; Goliat, que le ve tan ruin y sin armas, exclama: ¿soy yo un perro para que á mi vengas con palos? David calla modestamente ante tales bravatas, y, poniendo una piedra en la honda, arrojála con tal acierto y fuerza sobre el gigante, que, clavándosela en la frente, le hace caer en tierra. Corre entonces á él, y, antes de que pudiera recobrase, con su propia espada le corta la cabeza. Ante semejante espectáculo los filisteos huyen como liebres, los israelitas los persiguen y deguellan, y Saul, con vergüenza, como he dicho, del capítulo anterior, pregunta á su general Abner, que quién era aquel muchachuelo nerótico que con tal hazaña comenzaba su carrera. David es presentado al rey, que le recibe amorosamente. Segunda versión de este hecho, un poco más verosímil que la anterior, de la unción por Samuel y la busca por un criado para sacar el demonio de la tristeza al rey.

XLII

Vamos lentamente penetrando en terreno sólido; quiero decir que esta parte de la *Biblia* tiene innegables caracteres de narración histórica, aunque muy fantaseada, como es natural en cosas que á tan lejanos tiempos se refieren, y relativas á un pueblo de tan ardorosa fantasía como el hebreo, perteneciente á la soñadora familia semita. La poesía hebrea fué esencialmente religiosa, y, como en los orígenes de todos los pueblos, la poesía y la historia vienen á ser una cosa misma, de aquí que las historias de Saul y David, como más tarde la de Salomón, que señalan la constitución de los hebreos en cuerpo de nacionalidad, y el rápido florecimiento de su Estado político, se hallen impregnadas de una religiosidad exagerada, que es la parte flaca y vulnerable de este *Libro de Saul*, pues sin la inter-

vencción fantástica de Jehová á todo propósito y despropósito, algunos de sus capítulos, aparte el estilo, podrían sin desdoro parangonarse con las narraciones de Herodoto. Verdad es que, sin este carácter religioso, ni la *Biblia* hubiese llegado á nuestros días, ni habría por qué comentarla. Mas dado que los hebreos y los cristianos tienen la pretensión de haber hecho los unos y completado los otros la *religión de la humanidad*, fuerza es escudriñar *La Biblia*, para que unos y otros y todos nos apeemos de este distate máximo, mostrando por ahora que el Jehová de los hebreos es una fantástica y disparatada concepción de la divinidad, totalmente inadmisibile y soberanamente ridícula, para venir después á consecuencias eminentemente prácticas para nuestro pueblo y tiempo, que si á esto no condujese este largo y trabajoso comentario, ¡á buena hora me tomara yo esta fatiga!

Notada ya la contradicción bíblica de hacer aparecer por primera vez á David en palacio para tocar el arpa y en el campo del Alcoroque para degollar á Goliat, conviene decir que aquel bravo Jonatán, hijo de Saul, de quien ya he hecho mención, tan pronto como conoció á David se enamoró de él perdidamente. La frase es ambigua, pero no la retiro, porque á un comentarista leal todo le es permitido menos torcer el texto, que explica con estas palabras esta climática relación: «el alma de Jonatán fué ligada con la de David, y amo á Jonatán como á su alma.» Ni quito ni pongo intenciones: copio el texto.

El hijo del rey regala á su nuevo amigo sus propios vestidos, sus propias armas y hasta su propio talabarte; y así compuestecito, David, que era rubio, estaba hermoso. Con esto y la fama que le dió el haber degollado al gigante, las mujeres, en todos los tiempos y pueblos curiosas, salían por todas partes á verle y festejarle, cuando en compañía de Saul volvía de la campaña, y

como es lógico que les pareciera más guapo y valiente que el rey, dieron en cantar:

Saul mató sus miles

Pero David sus diezmiles

Oír esto Saul y atufarse fué todo una misma cosa, que encuentro muy en su punto; pues un rey que sepa lo que se trae entre manos, no debe mirar con buenos ojos que haya en su reino quien haga más ruido que él. El reinar parece que había avispado al antiguo buscador de las burras y que, en mal hora suya, ungió Samuel, y sospechando que el *pastorcillo* podría birlarle la corona, que ya en aquellos tiempos nadie soltaba á tres trones, resuelve en su regio magín deshacerse de David á la primera ocasión ¡Perfil de rey muy repetido de entonces acá en historias sagradas y profanas!

Un día (pareceme que debió ser un día, aunque no me opongo á que fuera una noche, pues en el texto no hay candelil)... un día... pero hable el texto:

«Otro día aconteció que el espíritu malo, por »permisión de Dios tomó á Saul, y mostrábase »en su casa con transportes de profeta; y David »tañía con su manó como los otros días, y esta- »ba una lanza á mano de Saul. Y arrojó Saul la »lanza diciendo: enclavare á David en la pared. »Y dos veces se apartó de él David.»

Resulta que hay un *espíritu malo*, que no es Dios, pero de que dispone Dios, obligándole á entrar en el cuerpo de un rey para que cometiera un ateniado horrendo. ¡Puede darse más ridícula caricatura de la divinidad! ¡Cabe tomar á Jehová en serio! La canallada de Saul no cae, por esta miserable concepción de Dios, sobre Saul, sino sobre Jehová, el babieca de Jehová, que después de haber elegido á Saul, en vez de quitarle la corona y la vida de un rufirrafe, no discurre cosa mejor que azuzar á su ungió de ayer para que asesine á su ungió de hoy, en cuya fama y

provecho aparta la lanza que le tira por mano de Saul. ¡No es esto jugar al marro?

**

Después de jugar al marro con David, Saul juega con el mismo al burro, pues comete la im- perdonable necedad de nombrar al que tanto teme y odiaba *capitán de mil*, y enviarle á la guerra para que, cobrando más fama y autoridad, fuese más poderoso. ¡Ni el que asó la manteca!

Habiale Saul prometido á David casarle con su hija Merab, pero, llegado el día, el rey falta indignamente á la palabra, casando á Merab con un tal Adriel. Ignoro qué tal le sabría á la infanta el truco, pero á una hermana que esta infanta tenía, y era también infanta, y se llamaba Michal, el mico que dieron á David le supo á gloria, porque secretamente amaba al capitán rubio. Este amor de Michal que á David, hombre mujeriego, le puso muy hueco, sirvió de ocasión á otra rufanada de Saul, que es á la vez una porquería bíblica. Héla aquí: Versículos XXV, XXVI, XXVII, cap. XVIII.

«Y Saul dijo (*á sus criados*): decid así á David: »No está el contentamiento del rey en el dote, »sino en cien prepucios de filisteos, para que sea »tomada venganza de los enemigos del rey. Mas »Saul pensaba echar á David en manos de los »filisteos. Y como sus criados declararon á David »estas palabras, plugo la cosa en los ojos de Da- »vid, para ser yerno del rey. Levantóse David y »partióse, é hirió doscientos hombres de los filis- »teos; y trajo David los prepucios de ellos, y en- »tregáronlos todos al rey, para que él fuera he- »cho yerno del rey. Y Saul le dió á su hija Mi- »chal por mujer.»

¡Vaya un dote! ¡Vaya un rey! ¡Vaya una infanta!

En el capítulo XIX vuelve á resolver Saul ma- ar á David. Jonatán lo sabe; habla al rey en fa-

vor de su amigo, y le salva la vida. Vuelve David á palacio y á tocar el arpa; y vuelve Saul á tirarle una lanza que no le da. Versiones más ó menos poéticas de la misma trama: romances distintos sobre el mismo tema. ¡Histórico! Averíguelo Vargas.

Otra intentona. Hallábase durmiendo David con aquella Michal del dote sanguinolento, cuando le llega aviso de que Saul envía gente que le asesine en el propio lecho. Se descuelga por la ventana y huye. Michal, lista como una ardilla, pone en la cama, en vez de su marido, un pelele. El rey y los asesinos se llevan un mico máyusculo.

David, viendo las que gastaba Saul, hace un corte de cuentas con él, y sabiendo muy bien lo que se hacía, se refugió en casa de Samuel, el viejo profeta enemigo de Saul, cuyo crédito podía servir admirablemente á sus pretensiones.

Samuel recibe al foragido con mucho mimo y le asegura en Majot, donde pasó una cosa graciosísima, y es que cuantos allí llegaban *profetizaban*. Los primeros mensajeros de Saul, los segundos, los terceros, Saul en persona, al llegar á Najot, profetizaron. ¡En qué consistía esto de profetizar! Hay aquí un versículo que es de oro para el caso. Dice así: «Y él (Saul) también se desnudó sus vestidos, y profetizó igualmente delante de la Samuel, y cayó desnudo todo aquel día y toda aquella noche.»

De aquí podría deducir un espíritu más malicioso que el mío, que el profetizar y el achisparse debían ser cosas sumamente parecidas. A mí sólo me ocurre decir: ¡estaría cosa de ver Saul en pelota, boca arriba todo un santo día y toda una diabla noche! ¡Ah!, también se me ocurre llamar la atención sobre la semejanza que hay entre un profeta, según la *Biblia*, y aquella vieja bruja de que hablan Cepión y Berlanga á la puerta del hospital del Rey de Valladolid, en

una de las más hermosas *Novelas ejemplares* de Cervantes.

Concluye este capítulo con estas palabras: «De aquí se dijo: ¡También Saul entre los profetas! Recordarás, lector amigo, que cuando ungieron á Saul, es cuando tiene dicho ya el Espíritu Santo que nació este refrán. Perdonale de buen grado este descuido. El pobre es tan viejo, que no debe extrañarte pierda en algunas ocasiones la memoria.

No considerándose seguro ni aun en Najot, al lado de Samuel, David, antes de declararse en rebeldía abierta, y como pretendiente oficial y armado á la corona, intenta una reconciliación con Saul, para lo cual se vale del bolonio de Jonatan, que *adoraba como á su alma* al que trataba por todas las maneras de sentarse en el trono nuevecito que, como á primogénito de Saul, le correspondía.

Y debo declarar que Jonatan, cuya pobreza de espíritu califica la *Biblia* de lealtad admirable, hace cuanto puede por avisar á David para que se ponga á buen recaudo contra las asechanzas de Saul, á quien engaña como á padre y como á rey. No me extraña que una dinastía de tales herederos, desaparesca por las artes buenas y malas del pastorcillo belemita, astuto como una serpiente, fuerte como un león, suave y afuente en las palabras y sin empacho al obrar.

¡Pero todo este cuento no está por extenso contado en el libro de Samuel! Allí le lea el que por tales nonadas se interese.

Al huir de la tierra, David se pasa por Nob, donde vivía el sacerdote Ahimelech, á quien engaña como á un chino y el cual le da, no teniendo otra clase de pan, los panecillos sagrados de la proposición y la espada del gigante Goliath, que se guardaba en el santuario. Esto de comerse David sin empacho ninguno el pan ázimo, para quitarse el hambre canina, le costó

luego la vida al que se le dió, y sirvió más tarde de argumento evangélico contra los fariseos, como en sus respectivos lugares se dirá. Como se ve, David, que se pasó toda la vida loando á Jehová, adulando al sacerdocio y ensalzando la ley de Moisés, cuando llegaba el caso atendía algo más á su estómago que al ritual.

En fin, que David se largó, llevándole su destino á tierra de Gath, donde reinaba un tal Achis, que bien pudiera llamarse el rey *estornudo* en una traducción enfónica. Más como á Gath había llegado la noticia de sus pretensiones al trono de Israel, y le miraran con torvos ojos, para huir del nuevo peligro se finge loco rematado, diciendo y haciendo mil sandeces y tonterías, como le pareció bien á D. Quijote hacer en honor de su señora Dulcinea, allá por las breñas de Sierra Morena.

A la primera ocasión huyendo el bulto al rey Achis, David se va á la cueva de Adullan, donde alza pendón y establece caldera, á cuyo calorillo se le junta una buena banda de perdidos, de esos que abundan en todos los pueblos y tiempos, y no tienen cosa mejor que hacer que guerrear ó saltar caminantes. Juntósele también su familia con un buen golpe de gente de su pueblo. Total, un batallón de bravos, por el estilo de las bandas de la Edad Media, que David adiestró en los combates, sin descuidar tampoco exaltarlos en la fe religiosa con sus cantos admirables, en que era peritísimo poeta y músico de mérito superior.

Pasa David á Moab y encarga al rey el cuidado de sus padres. Después se presenta en abierta rebelión. Saul que no se dormía en las pajas, convoca su gente y la reprocha de conspiradora, puesto que nadie le había descubierto las tramas de David, en que era cómplice hasta su propio hijo. Irrítase grandemente el rey, y amenaza con brio. Entonces Doeg Idumeo, que había presen-

ciado la visita de David al sacerdote Ahimelech, la denuncia á Saul, y éste, sin andarse en chiquitas, llama á Ahimelech y á todos los sacerdotes de Nob, y los degüella, y arrasa la ciudad sacerdotal, sin dejar de ella *meante á la pared*, bellas palabras con que el texto quiere decir que no quedaron ni las ratas.

Aprende, lector amable, dos cosas. Que desde la más remota antigüedad los reyes, para sostenerse en sus tronos, han hecho las mayores atrocidades imaginables. Y que Saul era poco afecto al sacerdocio, mientras que David le pasaba la mano por el lomo. Con lo cual te guardarás de reyes como de un pedrisco, y te explicarás muy fácilmente que á Saul suceda David en vez de sucederle cualquiera de sus hijos. Eran aquellos tiempos teocráticos.

Escapó de la matanza sacerdotal un tal Abiathar, hijo de Ahimelec, el cual, como es lógico huyó como alma que lleva el viento, y se acogió á David, que le recibió muy benévolutamente. Este Abiathar fué el sacerdote del partido de David, que con ello cobró grande importancia.

David, para captarse simpatías y ocupar sus hombres de guerra, viendo que la ciudad de Keila era combatida de los filisteos, enemigos declarados de los israelitas, decidió socorrerla, para lo cual hubo las consultas de rúbrica á Jehová, que ahora habla desde un efod, que se había traído consigo el sacerdote Abiathar.

Contestó Jehová desde el efod como un lorito amaestrado á las preguntas de David, que, en efecto, zurró á los filisteos y salvó á Keila.

Pero como Saul, enterado del atrevimiento del pretendiente, se dispusiese á coparle, David se va de Keila, y se entretiene en merodear de acá para allá, ni más ni menos que un cabecilla carlista de nuestros días, después de una intentona frustrada contra una plaza de consideración. Nótese, sin embargo, que á nuestros cabecillas

carlistas no les habla Jehová como á David, ni desde un efod, ni desde una cantimplora, que fuera cosa más propia para que en ella resonara la voz del Altísimo.

Llevaron sus merodeos á David al desierto de Zif, donde el bolonio de Jonatán fué á visitarle, y consolarle, y darle seguridades de que su padre no le mataría, y, en fin, de que, andando el tiempo, él, David, reinaría en Israel, y él, Jonatán, sería no más que príncipe de Gales ó de Asturias de la monarquía hebrea.

Saul, de muy otra madera que su hijo, dispone una batida del pretendiente en sus propias madrigueras, pero hizo la buena fortuna de David que, cuando ya estaba encerrado, llegase al rey la noticia de una nueva irrupción de los filisteos, con lo cual, Saul hubo de dejar para mejor ocasión el darle caza.

Nueva salida de Saul contra David, que se había trasladado á tierra de Eugaddi, parodia admirable del *ique te pillo! ique me escapo!* de nuestras guerras civiles. En esta campaña sucedió, sin embargo, una cosa notable, y es la siguiente: Que habiéndose quedado dormido Saul en una cueva, David le sorprende, y en vez de matarle se contenta con cortarle un pedazo del manto, y enseñársele luego para demostrarle que no quería su vida y que era perseguido injustamente. Este rasgo, de ser cierto, prueba la astucia de David; pero yo le pongo en cuarentena, porque se repite, como luego diré, y porque quedan las cosas como estaban, esto es, Saul en su casa y David en el monte.

Cuando le llegó su hora se murió Samuel, porque es cosa probada que hasta los profetas, videntes, amigotes de Jehová y fabricantes de reyes, cierran el ojo cuando les va un achuchón cualquiera de las 6.666 enfermedades conocidas, ni más ni menos que le sucede á cualquier destriparrones, sin más conocimiento de Dios que

las miserables nociones del P. Ripalda, mal aprendidas y peor recordadas.

Advierto que los cuatro *seises*, si no hacen un número patológicamente exacto no le anda lejos, y tiene la ventaja de ser nemotécnico, y noto que tantas diferentes maneras de morir, cuando tan pocas son las que hay de nacer, según los más acreditados ginecólogos (vulgo comadrones), está indicando que la naturaleza tiene sus puntas y ribetes de cruel y sarcástica.

La noticia de la muerte de su protector Samuel, hizo á David emigrar al desierto de Pharan. Dominando desde allí el Carmelo, David, cuando se hallaba en graves extremidades, mandaba un recadito de atención á los ganaderos, *suplicándoles*, como nuestros secuestradores, que tuviesen la bondad de *darle algo*, alegando para ello los buenos servicios de su gente de guerra, consistentes en la mayor parte de los casos en no haberlos degollado, pudiendo hacerlo impunemente.

Uno de los que con gran cortesía á la verdad puso á contribución David, fué un tal Nabal, que moraba en Maon y tenía por mujer una garrida moza, de nombre Abigail. Era Nabal adusto y fiero y, por lo tanto, mandó enhoramala á los emisarios de David, diciéndoles que para él el hijo de Isaí era siervo insolente y huído, para quien no tenía pan, ni vino, ni carneros.

Esta respuesta afrentosa removió á David el hígado y, queriendo hacer un escarmiento, reúne cuatrocientos de sus bandoleros y marcha en derecha á casa de Nabal, para arrasarla y no dejar de ella meante á la pared.

Uno de los criados de Nabal, hombre astuto y prudente, enterado de la soez contestación de su amo y de la ira de David, se dirige á escape á Maon y cuenta á Abigail lo que pasaba, aconsejándola que procurase apaciguar la cólera del pretendiente á la corona, que iba á caer sobre su

casa lleno de cólera calculada, que es la peor de todas.

Abigail toma doscientos panes, dos cueros de vino, cinco ovejas guisadas, cinco medidas de grano tostado, cien hilos de uvas pasas y doscientos panes de higos secos (*admirate, lector, de los interesantes detalles de la Sagrada Biblia, para que te acostumbres á respetar la palabra de Dios*); cargólo todo en asnos y, echando delante á sus criados, monta en un borriquito, sin decir nada á Nabal, y toma el camino por donde debía venir el airado David.

Topáronse la prudentísima moza de los higos pasos y el rubicundo tañedor de arpa. Ella, echándose del burro abajo, arrodillase á los pies de su enemigo, y con balbucientes palabras, descompuestos los cabellos, encendido el semblante, velados los negrísimos ojos por abultadas lágrimas, le pide perdón por la descortesía de Nabal, que dice estaba loco, y como loco había obrado negando á tan poderoso caballero, elegido por Jehová, unas miseras ovejas y unos míseros panecillos.

No ya á David poeta, músico y danzante, eminentísimo, artista desde la coronilla á las uñas de los pies, sino al primer librepensador, por fiero varón y estoico filósofo que fuese, ¡hubiera yo querido ver en aquel trance! Una mujer hermosísima á los pies, una reata de burros cargados de vituallas alrededor, un marido lejos y acusado de loco por quien mejor debiera conocerle, un escuadrón á la espalda, un cielo espléndido sobre la cabeza, pocos años, mucha sangre, la abstinencia del que vive siempre en guerra y en el desierto.... circunstancias son para derritrir de piedad, que es la suprema forma del amor, las más pedernalinas entrañas. David, que las tenía de manteca para con las mujeres bonitas, se ablanda, perdona, agradece y se deshace en cumplidos.

Esta patética historia concluye de una manera natural. Abigail vuelve á su casa, halla á su marido borracho, espera á que se le pase la chispa y le cuenta lo sucedido. A Nabal, oyéndolo dice la *Biblia* que se le *amorteció el corazón* y se quedó como una piedra, y que se murió á los diez días de esta extraña enfermedad. Tan pronto como llega esta noticia á David, exclama este: *Benito sea Jehova, que mata á mis enemigos*, e inmediatamente manda emisarios á Abigail para tomarla por mujer. Y la tomó. Y van dos. Aquella infanta Michal que costó la vida á doscientos filisteos, y esta Abigail que se la cuesta á Nabal del Carmelo. Y no para aquí la cuenta de las mujeres del *Santo Rey David*, que es más larga que una letanía. Pues como dice la *Biblia* con la mayor naturalidad, *también tomó David á Ahinoán* de Jezreel, que hace el número tres. El número uno, entre tanto, Michal, celeberrima por su dote, estaba declarada en huelga, pues Saul, su padre, la había dado por mujer á Palti, hijo de Lais, que era de Gallim.

¡Vaya un galimatías matrimonial! ¡Y pensar que los que á David toman por santo, y cantan en latín sus salmos, se deshacen en improperios ¡los hipócritas! contra la República francesa, por haber adoptado el divorcio!

Puse en duda que David, perseguido, cortara un pedazo del manto de Saul, por la sencilla razón del *non bis in idem*, quiero decir, porque se repiten la sorpresa y la generosidad. En el capítulo XXVI David halla dormido en una muralla al rey, y en vez de clavarle al suelo en que yacía, con gran desprestigio de la pompa régia, se contenta con robarle la lanza y un botijo de agua que tenía al lado, de donde se deduce que todo rey bebía en botijo, y probablemente á chorro.

Despierta el rey, nota la falta, oye á David que le vuelve con la cantinela de que es perseguido injustamente, le dice cien piropos... y lo

de la otra vez: Saul se va á su casa y David sigue en el monte.

No encuentro inconveniente alguno en que cualquier teólogo considere todo esto como auténtico. En cuanto al que no sea teólogo, hará bien en tenerlo por tan cierto como el robo del rucio de Sancho de Panza por Ginés de Pasamonte.

Capítulo XXVII. Aquel rey Achis, que llamé el del *estornudo*, debía ser un veleta, por cuanto antes le hemos visto recibir tan foscamente á David, que éste hubo de fingirse loco para salvar la pelleja, y ahora que vuelve el pretendiente á Gath le recibe amorosamente, tan amorosamente que le da para habitación la ciudad de Siclag, desde donde ora al Norte, ora al Mediodía, ora al Oriente, ora al Poniente, cada día hacia su excursión, en las cuales adoptó el temperamento maratista de degollar á cuantos hebreos encontraba, después de robarlos, por supuesto, ya fuesen hombres, ya mujeres, convencido de que este sencillísimo procedimiento era el más seguro para que nadie llevase á Saul noticias de donde estaba.

El aprendiz de rey teocrático, se ensayaba en los más reconditos secretos del oficio.

Tú, lector querido, como yo cuando era muchacho, y como muchos que ahora son hombres machuchos, creerás que el *espiritismo* es una doctrina de *ayer por la mañana*, expuesta por primera vez con tanta ingenuidad como elocuencia por Alan Kardec en el famoso *Libro de los espíritus*. Pues si tal crees, te engañas y eres un pipiolo en esto de filosofías espiritistas.

Tú habrás leído el *Syllabus* en que el viejo Mastai Ferretti, vulgo Pío IX papa, condenaba por abominables, impías, falsas y principalmente por anticlericales, un montón de cosas, que tienden á sitiar por hambre al cura y al monaguillo, al obispo y al patriarca, al papa y los

sacristanes. Y habiendo leído el *Syllabus* sabrás que en él el *espiritismo* está condenado con durísimas palabras y el *anatema sit* de cajón. Y tú te habrás dicho: cuando así habla el papa, no hay duda que en la *Biblia* no se hallará rastro de *espiritismo*, ó si se dice algo de él será para demostrar que es una mentira más grande que una catedral. Pues si así has discurrido, aunque con mucha lógica, disparatadamente has discurrido.

Porque delante de los ojos tengo el capítulo XXVIII del *Libro de Samue!*, que es el primer capítulo del *espiritismo* que se ha escrito en este mundo, por más reclamaciones que quieran hacer los partidarios de Alan Kardec.

Y para que ni estos, (entre quienes tengo muchos y muy queridos amigos, cuyas opiniones respeto, como ellos respetan las mías, porque todos estamos abrazados á esta santa bandera del librepensamiento) ni nadie, me pueda venir con que levanto falsos testimonios á la *Biblia* ó á Kardec, allá va, aunque larga la cita textual correspondiente, tal y como salió de la infalible pluma del Espíritu Santo.

Dice así:

«Y consultó Saul á Jehová; pero Jehová no le respondió (*estaban de monos*) ni por sueños, ni por Urim, ni por profetas. (*Gente inútil por lo que se ve cuando el Eterno se enfurruña*).

«Entonces Saul dijo á sus criados: buscadme una mujer que tenga espíritu de Python (*no equivale esta pitonisa á un MEDIUM?*), para que yo vaya á ella y por medio de ella pregunte. Y sus criados le respondieron: he aquí hay una mujer en Endor que tiene espíritu de Python.

«Y disfrazóse Saul, y púsose otros vestidos, y fuese con dos hombres, y vinieron á aquella mujer de noche, y él la dijo: Yo te ruego que me adivines por el espíritu de Python, y me hagas subir á quien yo te dijere. Y la mujer le

»dijo: He aquí, tú sabes lo que Saul ha hecho, cómo ha separado de la tierra los Pitones, y los adivinos, ¿por qué pues poner tropiezo á mi vida, para hacerme matar?

»Entonces Saul le juró por Jehová diciendo: »vive Jehová que ningún mal te vendrá por esto. »La mujer entonces dijo: ¿A quien te haré venir? »Y él respondió: hazme venir á Samuel. Y vino la mujer á Samuel, clamó en alta voz, y habló á aquella mujer á Saul diciendo: ¿Por qué me has engañado?, que tú eres Saul. Y el rey le dijo: »no temas: ¿qué has visto? Y la mujer respondió: »á Saul: he visto dioses que suben de la tierra.

»Y él le dijo: ¿cuál es su forma? Y ella respondió: un hombre anciano viene, y cubierto con un manto. Saul entonces entendió que era Samuel, y humillando el rostro á tierra hizo gran reverencia.

»Y Samuel dijo á Saul: ¿Por qué me has inquietado haciéndome venir? Y Saul respondió: »Estoy muy acongojado, pues los filisteos pelean contra mí, y Dios se ha apartado de mí, y no me responde más, ni por mano de profetas, ni por sueños: por esto te he llamado, para que me declares qué tengo que hacer. Entonces Samuel dijo: ¿para qué me preguntas á mi habiéndome apartado de tí Jehová, y es tu enemigo? »Jehová, pues, ha hecho como habló por medio de mí: pues ha cortado Jehová el reino de tu mano, y lo ha dado á tu compañero David. »Como tú no obedeciste á la voz de Jehová ni cumpliste el furor de su ira sobre Amalec, por eso Jehová te ha hecho esto hoy. Y Jehová entregará á Israel también contigo en manos de los filisteos: y mañana seréis conmigo tú y tus hijos, y aun el campo de Israel entregará Jehová en manos de los filisteos.

»En aquel punto cayó Saul en tierra cuan grande era y tuvo gran temor por las palabras de Samuel...»

La cosa está más clara que la luz del día. La *Biblia* es la palabra del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es Dios. Dios no puede engañarse ni engañarnos. La *Biblia* es auténtica, según la Iglesia católica, es verdad que Samuel habló dos veces con Saul, más verdad aún que Roma es la capital de Italia, pues esto para ella es una verdad de hecho, mientras que aquella es una verdad de hecho y de derecho.

Los muertos que hablan mediante la invocación de un vivo, que es el fundamento del espiritismo, es una verdad demostrada por la *Biblia*. ¿Por qué, pues, anatematiza el papa el espiritismo? Por oponerse á la *Biblia* no puede ser, como acabamos de ver. ¿Por qué será? ¡Ah! Porque los partidarios de la escuela que tanto ha contribuido á propagar en España la elocente pluma de mi muy querido amigo el señor vizconde de Torres-Senalot, más lógicos que la Iglesia católica, y sobre todo más humanos, y más generosos, sostienen que ningún hombre á título de presbítero, de obispo ó de pontífice, puede monopolizar la dispensación de las gracias divinas, ni de los sacramentos. Porque creen que Dios se da á todas las órdenes del pensamiento y de la vida, siendo republicanos y socialistas.

Y Roma, aun revelándose contra la *Biblia*, no podía consentir esto. De aquí la condenación del *espiritismo*, hijo legítimo del cristianismo, que sucederá á su padre en el reino de todas las almas puras inclinadas al misticismo. Yo no tengo en mí nada de cristiano ni de místico, pero considerando obreros en la misma siega en que estoy afanado á los espiritistas, los animo á la faena, gritándoles: ¡Adelante, hermanos! vosotros sois los únicos cristianos que habéis sabido leer el *Libro de Samuel* y el *Evangélio de San Marcos*.

Tras la consulta de Saul á la pitonisa ó *medium vidente* de Endor, viene en la *Biblia* un

diálogo entre el famoso rey Achis y David, en que se dicen mil piropos, para concluir el rey por despedir de su ejército al refugiado israelita, de quien recelaban los príncipes filisteos les hiciese una trastada en la guerra que contra Saul emprenden con grande brío y pujanza. Declaro que estos filisteos debieran ser graduados de doctores en sentido común.

Mustio y cabizbajo volvía David á Siclag, despedido por Achis, cuando le llega la terrible noticia de que en su ausencia habían caído sobre su ciudad de refugio los amalecitas y se lo habían llevado todo por delante, ganados, niños, mujeres, todo, incluso las dos esposas útiles de David, las señoras Ahinvan y Abigail.

Figúrese cualquiera la cara que pondría el futuro santo rey con semejante noticia. Pues aún más fosca que la del pretendiente pusieron las caras sus soldados, que estuvieron á punto de apedrearle. Seamos, sin embargo, justos. Ni los soldados tenían razón, ni David dió en este trance terrible muestras de ser un gallina, sino un hombre de pelo en pecho y de caximen. Manda, en efecto, que Abiathar, el sacerdote, le traiga el efod, en cuyo chirimbolo pregunta á Jehová, que le responde muy claramente lo que debe hacer, y es seguir á los ladrones de los amalecitas, alcanzarlos y rescatar el precioso botín que se llevaban.

Dicho y hecho. Con sus 600 guerreros emprende decididamente la marcha, y aunque se le quedaron 200 rezagados en el arroyo de Besor, no se amilana, antes bien, apretando el paso de los 400 que quedan, cae como un torbellino sobre los descuidados amalecitas, los hiere sin piedad, los mata como si fueran de mantequilla, y recobra la presa, en que iban sus mujeres, y hace un magnífico botín que reparte por igual entre los que asistieron al combate y los que habían

quedado rezagados, disposición equitativa que, en adelante, quedó por ley en Israel.

En el capítulo XXXI y último de este primer libro de Samuel, se cuenta la terrible batalla cuyo desgraciado suceso había sido anunciado por la sacerdotisa de Eador. En Gilboa, donde filisteos y hebreos vinieron á las manos, cayeron Jonathan, Abinadab y Melquisua, hijos de Saul, y cayó Saul mismo, acabando, de consiguiente, su hipocondría, sus rabiets y sus consultas á Jehová. Su manera de fenecer fué sumamente gallarda, pues no queriendo caer vivo en poder de los aborrecidos incircuncisos, manda á su escudero que le mate. No se atreve á tanto el pobre mozo, y el rey entonces se arroja valientemente sobre su propio acero. Notable caso de suicidio, sobre que no me creo obligado á guardar reserva, á pesar del compromiso de la prensa con el señor gobernador civil de Madrid, porque espero que esto de echarse sobre la espada no tendrá imitadores, siendo tan cómodo y barato arrojarse sobre los adoquines de la calle de Segovia desde lo alto del viaducto.

XLIII

SEGUNDO LIBRO DE SAMUEL

Tan pronto como David sabe que ha muerto Saul representa la comedia de un extremado sentimiento. Lo primero, como es de rúbrica, rompe sus vestidos, y en seguida manda acuchillar al mensajero, por el enormísimo delito de haber rematado á Saul, que se lo pedía en horrenda agonía. «¿Cómo te atrevistes, miserable, le dice, á poner tu mano en el ungido de Jehová?» Pero, en cambio, ¡hipócrita! recoge la corona y el anillo del rey difunto, que el infeliz amalecita le traía. Yo no dudo que, al obrar así, David lo que trató fué de hacer sagrada la persona real

en ojos del pueblo, y lavarse de la mancha de haber formado parte del ejército que acabó con Saul y Jonathan.

Después David compone un hermoso cántico en honor de los muertos. ¡El, que había estado al servicio de los matadores, y sólo por escrúpulos de estos no había asistido al campo fatal de Gilboa!

¡Es cuanto puede hacer un pretendiente á la corona! ¡Es cuanto puede dar de sí el santo Rey prototipo de la raza hebrea!

Dirigese á Hebrón David, por orden de Jehová, reparte entre las ciudades de Judá su gente de guerra, y apoyado por su tribu, es ungido por rey de ella.

Mas no todos fueron infieles á la dinastía de Saul, tan gloriosamente acuchillado en Gilboa. Abner, general israelita, proclama rey á Is-boseth, hijo del difunto. Ecepto la tribu de Judá todo Israel siguió á Is-boseth por dos años, en los cuales los ejércitos de ambos reyes, mandados por Abner y Joab, dieron una muy recia batalla, en que hay un caso parecido al de los Horacios y Curriacios de la historia romana. En esta batalla, Abner fué derrotado por Joab. Este tenía un hermano, de nombre Asael, ligero de pies como un corzo del campo, al decir de la *Biblia*. Huyendo Abner, persiguió á Asael con insistencia. Advértele el general que se aparte: el mozo no hace caso: vuelve Abner la cara y con su lanza traspasa de pecho á espalda á Asael, que concluye de este modo su carrera. En esta tremebunda batalla, tan detalladamente contada, resultan de los de David 19 muertos y de los de Is-boseth 360. Es probablemente el único pasaje bíblico en que los números son exactos. De aquí se puede deducir la exageración ridícula de aquellas hecatombes de cientos de miles de hombres, que en otros pasajes se dan por muertos en un combate.

La guerra entre David é Is-boseth, fué poniendo poco á poco de parte del primero los mejores elementos del pueblo hebraico. Sin embargo, quedábanle grandes elementos al hijo de Saul, cuando cometió una falta imperdonable, que le costó la corona.

Había tenido Saul una concubina, llamada Rispa, la cual, muerto el rey, había tomado por mujer el general Abner. Is-boseth, no viendo aquello con calma, reprendió agriamente el general, que le replicó con dureza, y se juró además en su corazón traicionar al ingrato que debiéndole el trono, le hacía cargo por una mujer.

Y, en efecto, como el odio del israelita no admite espera, inmediatamente se pone á parlamento secretamente con David, el cual por su parte, viendo á Is-boseth, darse aire de justiciero, le reclama la infanta celebrísima, aquella Michal que Saul había dado á un tal Paltiel, á quien ahora se la quita Is-boseth para restituírsela á David. Dama traída y llevada en demasía, á quien el pobre de Paltiel siguió gran trecho llorando á lágrima viva, hasta que Abner le manda largarse.

Cuando éste tuvo urdida la trama de la conspiración, fuese con 20 hombres á Hebrón, residencia de David, que le recibió con cara de pascua y le festejó en regla. Promete Abner un levantamiento general de las tribus que seguían á Is-boseth, acepta David, y se despiden con grande amor.

Pero se recordará que Abner había matado por su mano á Asael, hermano de Joab, el general de David. Tan pronto como éste sabe la llegada de Abner, acude á Hebrón, habla con David, le dice que Abner le engaña, y enviando falsos mensajeros tras el general, le hace volver á Hebrón, donde le mata miserablemente á traición. David se lava las manos en este negocio de la muerte de Abner, y le hace gran entierro y

le endecha, aunque el gran hipócrita se guarda muy mucho de castigar á Joab, antes bien, cada día le hace más mercedes y concede más autoridad.

Con unas cosas y con otras, con las muertes útiles, y las endechas bellas, David se consolidaba en su trono de Judá, y ganaba poco á poco el de Israel.

Así que Is-boseth supo la muerte de Abner en Hebrón, se dió por perdido, y no sin fundamento. Dos capitanes, llamados Boana y Rechab, le matan en su propia casa, y, cortándole la cabeza, se la llevan á David á Hebrón. David, fiel á su papel de hipócrita, mata á Boana y Rechab por haber puesto sus manos profanas en la sagrada persona de un rey, y manda poner la cabeza de Is-boseth en el sepulcro de Abner, sin duda para que allí, mientras él reinaba sobre todo el pueblo israelita, disputasen sobre el negocio de la famosísima Rispa, la concubina de Saul, que fué la *ella* de esta tragedia hebráica. Cuando la cabeza de Is-boseth y el cuerpo de Abner es tuvieron en el fondo del mismo sepulcro, con suficiente holgura para solventar sus enconadas diferencias, David, sin el menor obstáculo, se calzó las suspiradas botas, quiero decir, que fué coronado y ungido por rey sobre toda la familia israelita.

La ceremonia se verificó en Hebrón, y encuentro en ella de notable la falta del correspondiente canto. Habremos de achacarlo á la viva emoción del *cantaor* al verse dueño de una corona que tantos sudores y fatigas le costaba, emoción que sin duda le puso tembloroso y ronco, pues suponer otra cosa fuera irrespetuosidad manifiesta hacia un varón que largaba un *salmo* en un abrir y cerrar de ojos sobre cualquier asunto, lo mismo sobre el mentir de las estrellas que el atisbar á las buenas mozas en ropas mínimas.

Reunida la casa de Jacob en la fuerte, hábil y experimentada mano de David, marcharon las cosas viento en popa cerca de un siglo para aquellos desdichados judíos que tantos y tantos años habian hecho de nalgas de fraile para con egipcios y ammonitas, orientales y filisteos.

El primer acto de David como rey, fué la toma de un fortín de menos importancia que el último de los castilletes moriscos que tanto abundan en esta nuestra tierra de garbanzos. Este fortín, situado cerca de donde más tarde se levantó el templo de Salomón, es la titulada fortaleza de Sion, que tanto papel juega en las poesías judaicas y cristianas. Quitóle el rey el nombre de Sion y dióle el de ciudad de David, donde se edificó una casa, la no ménos famosa casa de David, que apuesto un rosario de N. S. de Lourdes á un católico fanático, que no tenía ni la alzada ni el *confort* de cualquiera de las casas de la calle del Tribulete de Madrid, á pesar de los cedros enviados por Hiram de Tyro, personaje bíblico que aparece de refilon siempre que se trata de arquitectura, en calidad de gran suministrador de materiales.

Hecha la casa «tomó David *más* concubinas y mujeres de Jerusalem, despues que vino de Hebrón, y nacieron *más* hijos é hijas,» cuyos nombres se dicen en sendos é interesantísimos versículos.

¡Ah! poetastros católicos, que tan apedreados nos teneis los oídos con vuestra Sion y vuestro rey salmista: paréceme que si el poco caletre que empleais en admirar, empleareis en estudiar lo que era Sion y lo que fué David, aun siendo tan poco, os bastaría para que comprendierais que lo que tocais en las loas no es la lira, sino el violón.

Una paliza de los israelitas á los filisteos, en que Jehova dice lo que se ha de hacer, al modo que lo decían las pitonisas, cierra el capítulo V.

tras el cual, como es lógico, viene el VI, que es un capítulo de los buenos para curar la chifladura de las revelaciones positivas.

Dice este capitulejo, que David reunió 30.000 hombres escogidos de Israel (¡che usted hombres escogidos!) para llevar el arca del pacto desde Baal de Judá, á donde despues de tantas andancias se encontraba, hasta Jerusalem. En esta traslacion todo el mundo ve claramente el deseo de David de tener cerca de sí, y en la nueva capital del estado, objeto de tanta veneracion para su pueblo como el que contenia las tablas que Moisés habia hecho pasar como escritas de la propia mano del gran Jehová. Política, y política hábil, se llama esta figura, que nadie debe cesurar á un rey de baja y reciente extracción, como David; pero, por lo que se vió, la uva estaba todavía en agraz.

Pues aunque puso en ello el mayor cuidado, y trató de engatusar á todo el mundo con magníficos banquetes, el arca no fué por entonces á Jerusalem.

La Biblia cuenta esto de una manera sumamente curiosa; dice así:

«Y pusieron el arca de Dios sobre un carro nuevo, y lleváronla de la casa de Abinadab, que estaba en Gabaa: y Uzza y Ahio, hijos de Abinadab, guiaban el carro nuevo. Y cuando lo llevaban en Gabaa con el arca de Dios, Ahio iba delante del arca: y David y toda la casa de Israel danzaban delante de Jehová (*delante del arca, entendiéndolo bien, lector*) con toda suerte de instrumentos de madera de haya, con arpas, salterios, adufes, flautas y címbalos. Y cuando llegaron á la era de Nachon, Uzza extendió la mano al arca de Dios, y tóvola, porque los bueyes daban sacudidas. Y el furor de Jehová se encendió contra Uzza, é hiriólo allí Dios por aquella temeridad, y cayó allí muerto junto al arca de Dios. Y entristeciósese David por ha-

ber herido Jehová á Uzza: y fué llamado aquel lugar Pérez-Uzza hasta hoy.»

El bailar de David delante del arca no lo comento ahora, porque inmediatamente habrá lugar de hacerlo con más datos. Mas lo que pasó en Pérez-Uzza (de donde, entre paréntesis, tal vez vengan los apellidos Pérez que en España da la docta Academia por derivados de Pedro), me indica á mi que allí hubo la de Dios es Cristo, sobre si me llevo ó me dejo el chirimbolo bíblico del arca del pacto. Suponer otra cosa, es hacer á Jehová un mostrenco, pues herir de muerte á Uzza, que al fin y al cabo era hijo de un sacerdote é iba á evitar que el arca y las piedras se hiciesen añicos con el traqueteo del carro, cuando se contentó con herir de almorranas á los filisteos que le atraparon el arca y la dieron mil porrazos, no cabe, no ya en la mollera de un Dios, pero ni siquiera en la de un católico chapeado de comentarios á lo padre Scio.

Resumen: que el arca, por esta vez, no fué á Jerusalem, sino á casa de Obed-edom, donde se estuvo quietecita un trimestre, en el cual cayeron á porrillo las bendiciones de Dios sobre Obed-edom y su familia. Entonces David, creyendo llegado el momento de la mudanza definitiva de domicilio para la asendereada arquilla...

«... Trajo el arca de Dios... á la ciudad de David con alegría. Y como los que llevaban el arca de Dios habían andado seis pasos, sacrificaban un buey y un carnero grueso. Y David saltaba con toda su fuerza delante de Jehová: y tenía vestido David un efod de lino... Y como el arca de Jehová llegó á la ciudad de David, aconteció que Michal, hija de Saul, (*la famosa infanta*), miró desde una ventana, (*¡oh antigüedad respetabilísima del fisqueo!*) y vió al rey David que saltaba con toda su fuerza delante de Jehová: y menospreciólo en su corazón.»

Lo dicho. Los autores búfos del porvenir tienen un inagotable repertorio en la *Santa Biblia* para sus operetas. David, medio en cueros, porque un efod era poco lino para cubrir decentemente á un hombre, bailando como un loco y saltando como un frenético delante del arca; que se paraba á cada seis pasos, para que una muchedumbre ebria, empolvada y sudorosa, echase un piscolabis y degollase un par de bestias, es lo más clásicamente búfo que se conoce, si se repara la circunstancia agravante de una reina en participación, como la señora Michal, atisbando desde una ventana á su marido, al que recibe después desdeñosa con estas gráficas palabras, en que se envuelve una terrible ironía: «¡Cuán honrado ha sido hoy el rey de Israel desnudándose hoy delante de las criadas de sus siervos, como se desnudara un juglar.»

Michal, *Tu dixisti*. Un juglar llamaste á tu marido. ¿Acaso era otra cosa? ¿Acaso fueron más juglares otros muchos profetas? De buena voluntad te perdono tu bárbaro y sanguinolento dote y tus idas y venidas, por esta palabra tuya de última hora, que es un sol alumbrando una caverna.

En las historias de todos los pueblos del mundo, no aparecen los reyes constructores y artistas sino después de otros batalladores y rudos, que tras de cien combates asentaron la nación sobre sólidos cimientos, dándola por las armas holgura, paz y riquezas para realizar las grandes obras.

Mas esto, que en todas partes sucede de una manera natural y corriente, en la llamada *Historia sagrada*, que nos relata la *Santa Biblia*, acontece por arte de magia, encantamiento ó revelación, que da á un suceso naturalísimo colorido rabiosamente ridículo.

Nada más lógico, en efecto, que David, después de reunir en su mano toda la mal avenida

familia de Jacob, y habiéndola hecho respetar por las armas de seculares enemigos, procurase edificar en la nueva capital de Jerusalén, donde tan á empeño había tomado llevar el arca, un templo que cobijase y diera autoridad al testimonio material del culto mosaico, que era indudablemente el lazo más fuerte de unión entre las tribus.

Nada más lógico, tampoco, que David hubiera de contentarse con su buen deseo y que sólo lo-grase acumular materiales para una obra que únicamente su pacífico sucesor podría llevar á cabo.

Pero como ya he dicho que en la *Biblia*, aun lo más natural sucede de un modo extraño y milagroso, aparece que David, consultando el caso de la construcción del templo con un su ministro, llamado Nathan, da lugar á que Jehová tenga que abandonar el empero, en que de ordinario mora, para venir á charlar mano á mano con el susodicho Nathan, á quien encarga diga á David un porrillo de tonterías sobre historias pretéritas y futuras, para venir á la conclusión de que no se meta en los dibujos de la edificación del templo, pues semejante empresa no estaba para él, sino para un sucesor suyo que había de ser hombre de chapa y de agallas arquitectónicas.

Como Jehová fué toda su vida un personaje estrañario, á nadie que le conozca á fondo debe extrañar esta carambola de revelación que hace con Nathan, personaje de segunda fila. Lo lógico es que hubiera hablado á David directamente, personaje por él elegido, por él ensalzado á la alcurnia regia, por él guardado y por él inspirado en cien anteriores negocios de muy secundaria importancia, en relación con este del templo, que equivalía á un alojamiento decente, barato y perpétuo de Jehová. Pero en éste, la lógica siempre anduvo en mantillas, y por eso vemos á David arrodillado, diciéndole mil requilorios con motivo de la profecía de Nathan.

El capítulo VIII cuenta las victorias de David sobre los filisteos, los moabitas, un rey de Soba, los sirios, los idumeos y otros pueblos, á quienes dejó más limpios que una patena, pues les robó cuantos metales preciosos tenían y se los trajo por delante á Jerusalén, con destino al templo que proyectaba. El aficionado á estas menudencias y latrocinios, que á mi parecer tienen muy poco de sagrados, en la *Sagrada Biblia* los hallará menudamente relatados. Yo me detengo poco en ellos, pues los robos de iglesias de nuestros días, pareceme que no son menos instructivos, y, sin embargo, con un sueltecillo de cuatro líneas en un periódico, los despacha el crítico más concienzudo.

Recuerdo que aquel canalla de Trastámara, que merced á un fratricidio alevoso se ciñó la corona de Castilla, después de haber hecho una *razzia* en la casta de D. Pedro el Cruel, perdonó á un hijo de éste, por habérselo suplicado estando de parto su mujer. La crónica que nos cuenta este rasgo de magnanimidad, añade que D. Enrique, no queriendo volver sobre su real palabra, condenó al perdonado á que se hiciera cura. Sin duda pensó el bastardo que de este modo no le harían competencia á sus hijos los hijos del cogullado, en lo cual, sólo se equivocó á medias, pues, aunque no reyes, el cura, que llegó á obispo, engendró más de media docena de pequeños obispos sin mitra, de quienes no faltan huerfanes de la heráldica que hacen descender muchos de los apellidados Castilla en nuestros días.

Digo esto, al propósito de que David, después de haber dejado á Jehová acabar con la casa de Saul, que, dada su afición á las mujeres, debió tener un sin fin de hijos, buscó por todo su reino un descendiente del vencido de Gilboa para hacerle merced y darse de este modo aires de magnánimo y agradecido á la amistad de Jonathan.

En una aldea pareció un cojo de doble cojera, quiero decir, lisiado de ambos pies, llamado Mefiboset, hijo de Jonathan. Mandóle venir á su presencia David, que sin duda debió reir grandemente viendo el retoño que había dado de sí aquel árbol florido de Saul. Y pretendiendo ser justo, le devolvió los bienes de su abuelo, encargando á un tal Siba que con sus hijos y sus siervos labrara las tierras y cuidase la hacienda de Mefiboset. De este modo, estoy yo dispuesto á ser generoso á todas horas. Cierito que no de otra manera suelen ser generosos los reyes, que con la hacienda ó los servicios de los demás.

En el capítulo X se muere un rey de los ammonitas, porque el ser rey no libra de la muerte, y le sucede en el trono un su hijo, llamado Hanun, á quien David envió embajadores que le consolasen en el grave duelo que debió causarle la muerte de su papá. Pero como los reyes suelen conmoverse poco con las muertes que les ponen en los tronos, Hanun, que debía tener mas ganas de reir que de llorar, cogió los embajadores y rapóles la mitad de las barbas y cortóles la mitad de los vestidos, dejándolos hechos unos verdaderos espantajos, y envióseles de esta suerte á David. Los desventurados arlequines, llenos de vergüenza, se retiraron á Jericó á que les creciesen las rapadas barbas y proporcionarse otros vestidos, y David, furioso con la burla, envió contra los ammonitas á su general Joab, que á éstos, y á sus auxiliares los sirios, les hizo pagar caros los pelos de los embajadores. Cosa que encuentro muy en su punto, pues el afeitar á un hombre malamente y contra su voluntad, es cosa inaguantable, aun cuando este hombre sea un embajador. ¿Qué diríamos los españoles de hoy, y sobre todo, qué haríamos, si el príncipe de Bismarck nos enviase rapada media barba, cortada media levita y con una sola pernera de los pantalones al embajador que tan oportu-

namamente ha enviado el Sr. Cánovas á Berlin para tratar de los asuntos del Congo?

Hay casos y cosas que sólo un Homero, un Virgilio, ó cuando menos un Espiritu Santo, pueden y deben tratar convenientemente, pues exigen un estilo tan alto como tan bajo, tan claro como tan turbio, tan dificultoso y enrevesado como sencillo y natural. Los pequeñitos como yo, y que por añadidura hemos caído en la tentación de escribir para el público en estos miserables tiempos, en que hay leyes provinciales que tienen artículos de goma elástica que se estiran y encogen como la tripa de Jorge, gracias á las gangosas gracias de un Toreno que rajan en canal la moral y la decencia de un periodista, deben limitarse á ser meros copistas de los susodichos casos y cosas, único medio de echar el furor decentil y moralesco gobernante á persona que pueda contrarrestarle.

Por esto, y otras cosas que me callo, copio á la letra lo que sigue del capítulo XI, del segundo Libro de Samuel, suplicando al lector que tenga en cuenta los tiempos si encuentra la cita larga.

En cambio es sabrosísima, como se verá.

Allá vá moral y decencia bíblica:

«Y aconteció... que David envió á Joab y á todo Israel... y pusieron cerco á Rabba: mas David se quedó en Jerusalem.

»Y acaeció que levantándose David de su cama á la hora de la tarde, paseábase por el terrado de la casa real, cuando vió desde el terrado una mujer que se estaba lavando, la cual era muy hermosa. Y envió David á preguntar por aquella mujer, y dijéronle: Aquella es Bath-sheba, hija de Eliam, mujer de Uria Hetheo.

»Y envió David mensajeros y tomóla: y así que hubo entrado á él, él durmió con ella. Purificóse luego ella de su inmundicia, y se volvió á su casa.

»Y concibió la mujer, y enviólo á hacer saber

»á David, diciendo: Yo estoy embarazada. Entonces envió á decir á Joab: Enviame á Uria Hetheo. Y enviólo Joab á David. Y como Uria vino á él, preguntóle David por la salud de Joab, y por la salud del pueblo, y así mismo de la guerra. Después dijo David á Uria: Desciende a tu casa y lava tus pies. Y saliendo Uria de casa del rey, vino tras de él comido real. Mas Uria durmió á la puerta de la casa del rey con todos los siervos de su señor, y no descendió á su casa. E hicieron saber esto á David... y dijo... á Uria...: ¿Por qué, pues, no descendiste á tu casa?

»Y Uria respondió...: El arca, é Israel y Judá están debajo de tiendas; y mi señor Joab y los siervos de mi señor sobre la haz del campo: ¿Y habia yo de entrar en mi casa para comer y beber, y á dormir con mi mujer? Por vida tuya, y por vida de tu alma, que yo no haré tal cosa.

»Y David dijo á Uria: Estate aquí aun hoy, y mañana te despacharé. Y quedóse Uria en Jerusalem, aquel día, y el siguiente. Y David lo convidó, é hizole comer y beber delante de sí, hasta embriagarlo. Y él salió á la tarde á dormir en su cama con los siervos de su señor; mas no descendió á su casa.

»Venida la mañana, escribió David á Joab una carta, la cual envió por mano de Uria... diciendo: Poned á Uria delante de la fuerza de la batalla, y desamparadle para que sea herido y muera. Así fué que cuando Joab cercó la ciudad, puso á Uria en el lugar donde sabia que estaban los hombres más valientes... y murió también Uria Hetheo.

»Entonces envió Joab, é hizo saber á David los negocios de la guerra...

»Y fué el mensajero... y dijo...: pero los flecheros tiraron contra tus siervos desde el muro, y murieron algunos...; y murió también tu siervo Uria Hetheo.

»Y dijo David al mensajero: Dirás así á Joab:
»No tengas pesar de esto...

«Y oyendo la mujer de Uriá que su marido
»Uriá era muerto, hizo duelo por su marido. Y
»pasado el luto, envió David y recogióla á su
»casa: y fué ella su mujer y parióle un hijo.»

Sin comentario para evitar tropiezos. Este David y esta Bath-shea, fueron el padre y la madre del famoso Salomón.

En ninguna historia profana se cuenta una ruñanada más asquerosa, que esta del santo rey David con el pobre Uriá, digno de mejor rey y de mejor esposa. Jehová, que tantas había pasado, lo mismo á Lot que á Raquel, á Jacob que á Rubén, á Moisés que á Jetté, á Saul que al mismo David, creyó propio de su dignidad de monarca de las nubes y de los vientos, del cielo azul y de la tierra verde, mostrarse un tanto fosco con su representante en Israel, siquiera por el bien parecer.

Al efecto, inspira á Nathan un cuentecillo y le ordena que se le cuente á David, que al ver en la parábola un hombre robador, artero y desleal, le juzga digno de muerte. Entonces Nathan dice al rey que se aplique el cuento, profetizándole que la porquería que él ha hecho en secreto con la mujer de su prójimo, habrá quien la repetirá en público con las suyas, atrocidad que, en efecto, se realizó, y dará lugar en su tiempo oportuno al más estupendo y grave de estos comentarios bíblicos.

David era un católico prehistórico ó prematuro. Reconoce su pecado, le llora, se arrepiente y se queda tan tranquilo. Al niño, fruto de este adulterio infame, le hiere y mata Jehová, que castiga al más débil y al único que ninguna culpa tenía, lo que indica la antigüedad respetabilísima de esa política divina y humana que resume este refrán: «el último mono es el que se ahoga.» Muerto el chiquillo, David consueta á

Baht-sheba, que le parió un hijo, y llamó su nombre Salomón, al cual amó Jehová.»

Tal amor no me parece muy justo y me indica que, el enfado divino con David y la mujer de Uriá, fué un enfado de mentirijillas, y como he dicho, por el puro bien parecer.

Ignoro quién habrá inventado el refrán de que los cascos se parecen á las ollas; pero es lo cierto que, si se medita despacio, este refrán contiene en germen toda la teoría de Darwin. Parecerse los hijos á los padres, se me antoja lo más natural del mundo, pues esperar otra cosa, sería pedir peras al olmo. Pedir peras al olmo sería, en efecto, pedir á los hijos de David, que fueron unos cuantos, la castidad y la lealtad de que careció su padre. Digo esto, al propósito de que, acabado de leer un adulterio vil del papá, nos pone delante la *Santa Biblia* un incesto asqueroso del hijo, incesto que, como tengo por costumbre en estos graves asuntos, dejaré contar al Espíritu Santo, con la sencillez y candor que le son propios.

Dice así, pues, en el cap. XIII, la *Santa Biblia*, el Libro de los Libros, inspirado de cabo á rabo por Dios, y sin el cual nadie en el mundo sabría el a, b, c, de moral ni de teología.

«Y aconteció después de esto, que teniendo Absalom, hijo de David, una hermana hermosa que se llamaba Tamar, enamoróse de ella Amnón, hijo de David.

»Y estaba Amnón angustiado, hasta enfermar por Tamar, su hermana: porque por ser ella virgen, parecía á Amnón que sería cosa dificultosa hacerle algo.

»Y Amnón tenía un amigo (*tercero ó aleahue-nte hubiérale llamado Quevedo*) que se llamaba Jonadab, hijo de Simea, hermano de David (*¿cuánto circunloquio para decir que eran primos carnales!*): y era Jonadab hombre muy astuto. Y éste le dijo: Hijo del rey, ¿por qué de día

»en día vas así enflaqueciendo? ¡No me lo descubrirás á mí? Y Amnón le respondió: Yo amo á Thamar, la hermana de Absalom mi hermano.

»Y Jonadab le dijo: acuéstate en tu cama y »finge que estás enfermo; y cuando tu padre viniere á visitarte, dile: Ruégote que venga mi »hermana Thamar, para que me conforte con »alguna comida, y aderece delante de mí alguna »vianda, para que viendo yo, la coma de su »mano.

»Acostóse, pues, Amnón, y fingió que estaba »enfermo, y vino el rey á visitarle: Y dijo »Amnón al rey: Yo te ruego que venga mi her- »mana Thamar, y haga delante de mí dos hojue- »las que coma yo de su mano. Y David envió á »Thamar á su casa diciendo: Ve ahora á casa de »Amnón tu hermano, y hazle de comer.

»Y fué Thamar á casa de su hermano Amnón, »del cual estaba acostado; y tomó harina, y ama- »só é hizo hojuelas delante de él, y aderezólas. »Tomó luego la sartén (*¡oh sencillez monárqui- »ca de otros tiempos! ¡una infante con una sar- »tén en la mano friendo con sus régias maneci- »tas unos pasteles!*) y sacólas delante de él: mas »él no quiso comer. Y dijo Amnón: Echad fue- »ra de aquí á todos. Y todos se salieron de allí.

»Entonces Amnón dijo á Thamar: Trae la co- »mida á la alcoba, para que yo coma de tu mano. »Y tomando Thamar las hojuelas que habia adre- »zadas, llevólas á su hermano Amnón á la al- »coba. Y como ella se las puso delante para qu- »comiese, él trabó de ella diciéndole: Ven, her- »mana mía, acuéstate conmigo. Ella entonces le »respondió: No, hermano mío, no me hagas fuere »za; porque no se ha de hacer así en Israel. No- »hagas tal desacierto. Porque ¿dónde iría yo con »mi deshonra? Y aun tú serías estimado como »uno de los perversos en Israel. Ruégote, pues, »ahora que hables al rey, que no me negará »á tí.

»Mas él no la quiso oír; antes pudiendo »más que ella la forzó, y echóse con ella. Abo- »rrecióla luego Amnón de tan grande aborreci- »miento, que el odio con que la aborreció fué ma- »yor que el amor con que la había amado. Y di- »jole Amnón: levántate, y vete.»

Podría continuar copiando sabrosísimos deta- lles de lo que pasó después; de cómo se marchó Thamar á contarle lo que le habia pasado á su hermano Absalom, mas me parece que lo trans- crito basta y sobra para admirar el naturalismo bíblico y ese deleite en el detalle deshonesto que la Santa Escritura tiene por rasgo característico de su estilo. ¡No bastarán estas palabras para que tantos cándidos como, sin leerla, se despepi- tan en alabanzas de la *Biblia*, paren su lengua repetidora de necedades, y se tomen el trabajo de examinarla, para saber de ciencia propia á qué atenerse sobre las lecciones de moral que supo- nen que contiene!

El discurso de Amnón es de lo más brutal y cinico que se conoce. La contestación de Thamar es débil, remilgada y provocadora; pues el rey mismo, por ley de Moisés, no se la podía dar, como ella dice, por esposa á su hermano. Estas palabritas «no está bien», «habla al rey que no me negará á tí» la incluyen en aquel montón de *forzadas doncellas* de que tan admirablemente se burla nuestro inmortal Tirso de Molina en estos versos que transcribo de memoria, por no tener á mano la comedia que los contiene:

«Defiéndose una yegua en medio un prado (R)

De toda una caterva de rocines,

Sin que pueda gritar: aquí,

Que maltratan mi honor.

Huye una gata

Por los camaranchones y tejados

Con sólo decir *miau* y dar un bufó.

¡Y querrán estas dafias persuadirnos

Que no pueden guardar sus pertenencias

De peligros nocturnos? Yo aseguro
Que si cual van á presidio los forzados
Fueran las forzadas,
Hubiera menos, y éstas más honradas.»
El incesto este trajo cola.

Absalom, el hermano de Thamar, primogénito de David, mozo guapo, pero de corazón atravesado y rencoroso, se guardó la ofensa en el fondo del pecho. Al cabo de dos años, cuando ya juzgaba que nadie pensaría que trataba de vengarse, Absalom convidó á su padre y á sus hermanos, entre ellos Amnón, á un banquete, con motivo del trasquileo de sus ovejas. David se excusó, pero dió permiso á Amnón para que fuese. En lo más alegre de la comida, á una señal de Absalom, sus siervos asesinan á Amnón, vengando de esta manera con un fratricidio un incesto.

¡Valientes príncipes! ¡Dignos hijos de su padre, el rey santo, el inspirado salmista, el elegido por Jehová para simiente de donde había de levantarse el redentor del género humano!

Los que tanto gritáis: ¡hijo de David! ¡hijo de David! cuidad, si hay un mundo de espíritus, como creéis, no respondan á vuestras voces, ó Amnón el incestuoso ó Absalom el fratricida.

Absalom, muerto su hermano Amnón, puso pies en polvorosa, huyendo el primer impetu de su padre, yéndose con el rey de Gessur, donde estuvo tres años, transcurridos los cuales, David, olvidado del muerto, suspiraba por ver al matador, que era su primogénito.

Conociendo este secreto deseo del rey, Joab, su general en jefe, procura con astucia la vuelta del foragido, y la consigue. El capítulo que esto cuenta es largo y pesadote, diciendo en substancia, que Absalom volvió, pero no vió la cara de su padre en dos años, hasta que, por intermedio también de Joab, consigue que David le perdone del todo y le bese.

Ya en Jerusalem y conagrado con el rey, Ab-

salom se echó á conspirador. Todas las mañanas se ponía á la puerta de la ciudad y trababa palique con todos los pleitistas, insinuándoles astutamente que si él gobernase de mejor manera marcharían las cosas de Israel. Además, obsequiaba á todo el mundo, tratando á los más humildes con la mayor cortesía, recibiendo en sus brazos cuando iban á postrarse á sus pies, y besándolos con amor; soldados y paisanos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, oían de su boca bonitas palabras de consuelo y justicia para cuando él fuera rey, en sustitución de su padre, viejo, hurano y egoísta.

La propaganda, como no podía menos, hizo su efecto. Al poco tiempo, dice el Santo Libro, Absalom había robado el corazón de los de Israel. Cuando el hermoso y aprovechado mancebo creyó el negocio maduro, pidió á su padre permiso para ir a Hebrón, á cumplir á Jehová un voto que le había hecho en su destierro de Gessur.

David, que debía tener una policía poco más ó menos como la del Sr. Romero Robledo, concedió á su hijo el permiso que solicitaba; y Absalom, tan pronto como se vió en Hebrón, descubrió su propósito y alzóse por rey, despachando emisarios á todas partes con la noticia, y mandando á llamar á su lado en la corte de Hebrón á todos sus parciales, entre ellos á Achitofel Gilonita, hombre de grande ingenio y consejero de David.

Todos los pueblos del mundo fueron siempre aficionados á novedades; y el de Israel, teniendo que elegir entre un rey viejo y receloso, como David, y uno joven y espléndido, como Absalom, tuvo el buen juicio de no dudar. Inclínaronse, pues, los ánimos desde el primer momento en favor de Absalom, y David, lleno de espanto, tomó las de Villadiago, quiero decir, que abandonó la ciudad de Jerusalem con su familia y sus secuaces, subiendo con lágrimas en los ojos el famoso

Monte Olivete, después de haber pasado el torrente Ceburón.

En la huida halló David muchos desengaños, que le hicieron pasar muy malos ratos, en tanto que su hijo, apoderado de Jerusalén, hacía una que será sonada por todos los siglos de los siglos, como la más asquerosa grosería que ha hecho un rey y ha consentido un pueblo.

Cuéntala de esta manera la *Santa Biblia*:

«Y Achitofel dijo á Absalom: Entra á las concubinas de tu padre, que él dejó para guardar la casa; y todo el pueblo de Israel oirá que te has hecho aborrecible á tu padre, y así se esforzarán las manos de todos los que están contigo. Entonces pusieron una tienda á Absalom sobre el terrado, Y ENTRO ABSALOM A LAS CONCUBINAS DE SU PADRE EN OJOS DE TODO ISRAEL.»

¡Sin correr siquiera las cortinas de la tienda! ¡Tapa! ¡Tapa!

La insurrección, á no dudarlo, hubiera prosperado, y Absalom, á pesar de lo de las concubinas, ó tal vez por esto mismo, habría sido rey, si la traición no hubiese andado por medio. El rey mozo hubo de elegir entre dos consejos; el de un leal y el de un traidor; y por su mal eligió el último.

Venida la cuestión al trance de una batalla, que se dió en tierra de Galaad, Joab, comandante del ejército de David, derrotó á Amasa, que mandaba el de Absalom, y contrariando la orden recibida de David, viendo colgado de los pelos en un alcornoque á Absalom, le traspasó con un dardo, acabando así con aquel fratricida é incestuoso usurpador de la corona.

David, que era un grandísimo hipócrita, ciñóse de nuevo la corona que con tanto coraje había disputado á su hijo, empleando hasta la traición; pero no por esto dejó de llorar á lágrima viva á su hijo, y endecharle en un canto que ha llegado

á nosotros con no menos ayes que concubinas dejó guardando la casa de Jerusalén.

¡Y á estas historias las llaman sagradas los católicos! ¡Para cuáles guardan el nombre de indecentes!

Muerto Absalom, David, ingrato, destituye á Joab, y nombra por su general á Amasa, el caudillo de las tropas insurrectas. Con esta y otras blanduras, catequizó á la mayor parte de los rebeldes, acercándose al Jordán para restituirse á Jerusalén, donde se produjeron, sin embargo, graves contiendas entre israelitas y judíos, que vinieron á parar en una grave insurrección de las diez tribus contra David, rey primitivamente de Judá, y de esta familia oriundo. Acaudilló esta insurrección, que prueba que nunca fué firme la unión de la familia de Jacob, un tal Seba, que pagó con la cabeza su prematura intentona de partición del reino.

A esta campaña mandó David por caudillo á Amasa, pero Joab, que era hombre de quien ni el rey se burlaba, le mató á traición; y después con ayuda de su hermano Abisai, segundo de Amasa, se hizo amo otra vez del ejército y se impuso á su dueño, derrotado que fué por él el insurgente hijo de Bichri. ¡Vaya un general y vaya un rey!

Todas las grandes infamias de la historia han sido hechas en la antigüedad, y tal vez en los tiempos modernos, á nombre y en pretendida representación de un Dios. Los malvados no hallaron jamás camino más seguro de realizar sus malos propósitos, que echarle á la divinidad el mochuelo de querer ser lo que sus podridos corazones les inspiraban.

Prueba patente es lo que cuenta el capítulo XXI de este segundo Libro de Samuel. Dice que hubo por tres años hambre en la tierra, cosa bien natural, de que tendrían únicamente culpa las nubes. Pero como á David le convenía la tu-

vieran algunos que le incomodaban, hizo la con-sabida consulta á Jehová, que respondió lo siguiente: «Es por Saul, y por aquella casa de sangre: porque mató á los gabaonitas.»

Los gabaonitas, según recordarás lector amable de estas notas, no eran hebreos, sino amorreos, de aquella gente maldecida mandada exterminar mil veces por Jehová, perdonada cuando la conquista por Josué, y de quien Jehová ahora, mudado el antiguo parecer, se convierte por arte de birlibirloque, no sólo en defensor, sino lo que es más, en vengador. ¡Viva la consecuencia divina! Hay que gritar al llegar á este punto, á no ser de piedra berroqueña.

Llama David á los gabaonitas y les dice que pidan lo que quieran, pues está dispuesto á complacerlos, con objeto de apaciguar á Jehová, para que siguiera lloviendo panecillos.

Los gabaonitas (es claro), pidieron lo que le convenia á David; esto es, que les diese, para ahorcarlos caritativamente, siete varones de la descendencia del difunto Rey Saul, los cuales podían acaso disputar el trono á los hijos de David.

No los había legítimos. De estos todos habían desaparecido, á excepción del cojitranco Mefiboset, convertido en una especie de bufón de David, que le mantenía á mesa y mantel. Pero rebuscando, se topó con dos hijos de aquella famosa Rispa, concubina de Saul, que tan cara costó después á Abner y á Is-boseth. Pero dos descendientes de Saul no bastaban á la rabia de los gabaonitas, ni al recelo de David, y rebuscando más, se hallaron cinco hijos de aquella famosísima infanta Michal, primera mujer de David, luego del pobre Adriel y luego otra vez de David, de quien se burló por los bailoteos cuando el traslado del arca. Estos siete mancebos, más ó menos peligrosos, fueron presos y entregados por David á los gabaonitas, los cuales bonita-

mente los ahorcaron, en cumplimiento de la voluntad de Jehová, que se ve más claro que la luz del día, no fué nunca más que la representación de todos los antojos, más ó menos brutales, y de todas las ideas, más ó menos absurdas, de los que se titulaban su pueblo.

Rispa, madre piadosa, con solicitud admirable, tuvo cubiertos aquellos siete cadáveres con un saco, en la cima de un peñasco, un verano entero, para impedir que los devoraran las aves de rapina. Sabedor de ello David, recogió aquellos huesos, y, con los huesos de Saul y de Jonathan, los enterró en tierra de Benjamin, devolviendo al polvo de que había salido, toda la primera dinastía hebrea.

¡Admiremos su trastienda!

Este capítulo XXII en que me hallo, tiene una especie de coleta, sin la cual David resultaría personaje más gallardo. Se sabe que la hazaña que le sacó de la obscuridad fué la muerte que dió al gigante Goliath; pero de ordinario se piensa que este caso fué único y en esta singularidad estriba su principal mérito.

Pero no hay tal singularidad ni tales carnes. Lo que David hizo lo hicieron lo menos ciento, pues los Goliath ó gigantes abundaban en Canaan como los puerros en Castilla, y los hubo que tuvieron seis dedos en cada mano. A uno de estos le mató Jonathan, hijo de Sima. Un tal Sibnai mató á otro gigante llamado Saf. Elhanan mató á otro Goliath Getho. Estos tres y su padre pasaron á la historia. Un porrillo de ellos quedaron ignorados, pues á cada paso en la Biblia se olfatea un gigante, que desaparece al filo de las espadas israelitas ó idumeas.

Ciertamente es deplorable que la proligidad del Espíritu Santo, como historiador de menudencias, despoje á David de la aureola que le ciñe la frente, por una heroicidad que se considera sin fundamento como sólo por él llevada á cabo.

XLIV

Cántico es una poesía engarzada en música. Sé que se puede poéticamente llamar cántico, á cosa que realmente no se cante; pero no cabe la menor duda, que, los llamados *cánticos* de David fueron compuestos expresamente para ser cantados. Cuando el ser músico famosísimo David no autorizase esta interpretación, la dejaría fuera de toda duda la cáfila inacabable de músicos que en el templo de Salomón tenían por oficio acompañar á los cantores, que eran otra cáfila de mastuerzos destinados á regalarle los oídos al alto Jehová.

En nuestros mismos días la Iglesia católica aún canta algunos de dichos cánticos, de los cuales saca muy buenos dineros. Porque es locura singular la de todas las religiones creer que Dios ha de hacer más caso de lo que se le dice cantando, que simplemente recitado ó murmurado. O tal vez no sea locura, porque si es verdad aquello de que el abad de lo que canta yanta, en vez de locura habría que llamar á esto bucólica.

Más sea de ello lo que quiera, resulta que de los cánticos de David, que constaban de dos partes, letra y música, una, que es la música, nos es completamente desconocida, sin que nos quede la más remota esperanza de encontrarla, pues ni se había por entonces inventado el pentágono, ni el fonógrafo, ni la música, es de condición fosilizable. Este desconocimiento de una de las partes de los cánticos de David, indudablemente la más espiritual, la más poética, la más penetrante, nos impide formar un juicio acertado y completo de esta clase de composiciones.

Nos sucede exactamente lo mismo que si se perdiese la música de las *peteneras* ó de la *soleada* por ejemplo, y dentro de tres mil años pretendiese un igorroto civilizado formarse idea de

su efecto cantadas por una barbiana de la playa de San Lucar en una *juerga*, á la luz de la luna y orillas del mar, por estas sus miserables coplas, cuerpo sin alma:

Señor Alcalde mayor,
No prenda usted á los lairones
Por que tiene usté una hija,
¡Niña de mi corazón!
Por que tiene usté una hija
Que roba los corazones.

¡Ay! Soledad, Soledad,
Soledad del horizonte,
Por mucho que te compongas
¡Ay! Soledad, Soledad,
Por mucho que te compongas
Tu cuerpo ne me da golpe.

En la imposibilidad de juzgar bien, cada cual juzga á su gusto. Los católicos, lo mismo que los judíos, se deshacen en alabanzas y loores á David y sus cánticos, y le llaman *el suave en cánticos, el inspirado cantor, el inimitable, el sublime, etc., etc.*

Los hombres cuerdos, sin negar el efecto que en un pueblo grosero é iletrado, habian forzosamente de producir estos *cánticos*, y sin desconocer en ellos la manifestación grandiosa de una clase de poesía, la poesía mística, que tiene su importancia en la infancia de los pueblos, proceden con calma al examen de lo que de ellos nos queda, la letra pura, y tienen que llamar á voces al tío Paco con su rebaja.

Yo, imitando á los cuerdos, declaro que me pasa con los cánticos de David lo que con las primeras ediciones del Quijote, que las hallo muy buenas para un estante de una biblioteca, como una curiosidad tipográfica, pero muy malas, rematadamente malas para leerlas. En su tiempo, puede que fueran buenos los tales cánticos de

David: hoy son, dispense el Espíritu Santo que los inspiró, tan sólo dignos de la admiración de chantres, monagos, sacristanes, típies, tenores y bajos de capilla, que con ellos sacan la tripa de mal año, y entretienen los oídos de los fieles en entierros, visperas y completas.

Las irreverencias anteriores es mi voluntad de comentarista que se apliquen á todos los cánticos bíblicos, habidos y por haber. Y para prueba de que estas irreverencias no proceden de mi antojo, sino de que las juzgo razonables, voy á comentar el que pasa por ser uno de los mejores cánticos de David, y me salta en el capítulo XXII del segundo libro de Samuel. Es obra de paciencia. A la tuya apelo, lector, después de suplicar á la mía que no me abandone un buen rato.

Véase la clase:

«Jehová es mi roca, y mi fortaleza y mi libertador; Dios es mi roca: en él confiaré; mi escudo, y el cuerno de mi salud, mi fortaleza y mi refugio: mi salvador que me librarás de violencia.»

Roca, fortaleza, libertador, escudo, cuerno, refugio y salvador, llama David á Jehová. De igual modo, sin que ni la gramática, ni el sentido común le fueran á la mano, podría haberle llamado de cualquier otro modo. Para encontrar toda esa retahíla hermosa y poética, precisa tener de él la idea que tiene un niño de un hombre fortachón, que puede de un boleo romperle el bautismo al que pretenda zurrarle, lo cual se me figura muy poco teológico.

«Invocaré á Jehová, digno de ser loado, y seré salvo de mis enemigos.»

Aquí, la palabra de Jehová, hace el papel de una palabra mágica, que dicha, espanzurra á los adversarios del que la conoce.

«Cuando me cercaron ondas de muerte, y arroyos de iniquidad de que me asombraron; cuando me rodearon los dolores del infierno, y me toma-

ron descuidado lazos de muerte; así que tuve angustia invoqué á Jehová, y clamé á mi Dios: y él oyó mi voz desde su templo, llegó mi clamor á sus oídos.»

Vamos, lo dicho: Jehová es una palabra mágica; dicha en un apuro, ó en media docena de ellos á la vez, David se salva como por encanto. Pero esto no es nada para lo que sigue, como producto de la invocación. Jehová se rebulle en su templo, que debía ser grandecito, y pasa lo siguiente:

«La tierra se removió (¡atiza!) y tembló (¡atiza, atiza!): los fundamentos de los cielos fueron removidos y se estremecieron (¿dónde andarían esos fundamentos de los cielos?) porque él (Jehová) se airó.»

Este removerse de la tierra, este temblar de la misma y esta danza de los cimieros del cielo, es una palabrería semejante á la de los cultos: nada entre dos platos. De suceder eso, los enemigos de David y David, van todos juntos rodando hasta hacerse polvo las mulleras que tales dislates discurrían. ¡Y todo por airarse Jehová, como si fuera una mozueta callejera á quien insulta un chulol!

«Subió humo de sus narices, y de su boca fuego consumidor, por el cual se encendieron carbones.»

Dar narices á Dios, y hacerle echar humo por ellas, como si fueran las chimeneas de una fábrica de electricidad, es una retórica inadmisible. Porque en buena lógica, el que airado echa humo por la nariz, tranquilo puede echar mocos, y vayan ustedes á buscar pañuelos para él, si llega á coger un constipado. Lo de salirle el susodicho Dios, por la boca fuego consumidor, es una atrocidad. ¿Quién se le podría acercar á dar un beso? Además, esto del humo y del fuego, no corresponde á Jehová, sino á uno de aquellos dioses de bronce, en cuyo honor se tostaban los chiquillos.

«Y abajó los cielos y descendió: una obscuridad debajo de sus pies.»

De aquí parece resultar que Jehová estaba colgado en los cielos y que por medio de una garrucha, lo subía y lo bajaba, subiéndose y bajándose él al mismo tiempo. Realmente era una comodidad. Sigamos con el cántico para convencer á muchos de que carece de sentido común y de la trastienda y belleza que los teólogos católicos, más interesados en su particular provecho que en rendir párias á la verdad, le han atribuido. Su conducta es lógica: declarándolo mentecato, ponían en ridículo al Espíritu Santo; calificándolo de sublime, ganaban muchos millones. En adelante, pues, téngase entendido, que alabanzas de cura á la Biblia y elogio de gitano al mulo, valen la misma cosa.

«Subió sobre el querubín, y voló: aparecióse sobre las alas del viento.»

¿Qué sería este querubín en que Jehová se montaba? ¿Era caballo de la especie de *Clavilón*? ¿Era un borrico? Supongo que no porque tenía alas. Pero siendo ave, por poco que Jehová pesase, á menos que por entonces fueran otras las leyes de gravitación, habrían de dar ambos en tierra. En fin, que en vano me devano los sesos para comprender un Dios volando sobre un querubín, á menos de entender que estas son puras figuras retóricas, altamente ofensivas para la divinidad, por más que digan los rutinarios admiradores de David, que una vez que tiene á Jehová en los aires, exclama:

Puso tinieblas alrededor de sí á modo de pabellones; aguas negras y espesas nubes.

Digo yo que Jehová tenía un malditísimo gusto al rodearse de este estrafalario aparato, y muy poco pesqué en poner las plumas del querubín cerca de las aguas negras, pues forzosamente se le pondrían hechas una lástima, y cuando las necesitara para volar, estarían inservibles.

Del resplandor de su presencia se encendieron ascuas ardientes. (Esto, lector, es una repetición, puro ripio poético.) *Jehová tronó desde los cielos, y el Altísimo dió su voz.*

Esto quiere decir en plata, que el inspirado salmista tenía de Jehová la pobrísima idea de que necesitaba un querubín para subir á los cielos y poder desde allí hablar gordo en forma de truenos. Y todo este belén para lo siguiente:

Arrojó saetas y desbaratólos; relmpagueó y consumióllos.

Los desbaratados y consumidos con tan ruines armas como son las saetas, eran, por supuesto, los enemigos de David, que de vivir en nuestro siglo, hubiera dicho que Jehová arrojaba bombas de dinamita. ¡No se vé bien claro que aquí Dios no es otra cosa sino una especie de ayudante de David? ¡Y á esto se le llama poesía sublime!

Entonces aparecieron los manantiales del mar, y los fundamentos del mundo fueron descubiertos, á la repreñión de Jehová, al resoplido del aliento de su nariz.

Si hoy un poeta dijera estas cosas de los manantiales del mar y los fundamentos del mundo, tengola seguridad completa de que se ganaba una silba como para él solo. Pero lo dijo David en hebreo, ha sido vertido al latín, y traducido al castellano, y hay bobos que se hacen una obligación de admirarlo. Dejémoslos extasiados ante esos *resoplidos de la nariz* que descubren los manantiales del mar, que sin duda creía David que se llenaba por abajo. Adelante.

Extendió su mano de lo alto y arrebatóme, y sacóme de copiosas aguas.

Esto es eminentemente ridículo. David parece que se ahoga en el mar y que Jehová le coge por los pelos.

Libróme de fuertes enemigos, de aquellos que me aborrecían y eran más fuertes que yo.

En substancia, que David atribuye á Jehová su

salvación en trances apurados, y para ello emplea la anterior figura, cuya belleza no acierto á comprender.

Asaltáronme en el día de mi calamidad: mas Jehová fué mi sostén.

Adelante, que esto no hay para qué comentarlo.

Sacóme á anchura; libróme porque puso su voluntad en mí.

Pretencioso es esto de que Dios ponga su voluntad en un hombre. ¿Cómo éste lo había averiguado? ¿Acaso lo deduce de que le ha ido bien en las guerras? Pues con más razón, tanto encanallado conquistador, podría decir lo que dice este reyezuelo semita, de donde resultaría que Dios sería cómplice de los mayores horrores.

Remuneróme Jehová conforme á mi Justicia; y conforme á la limpieza de mis manos me dió la paga.

Sigue la petulancia y el embuste. Se llama David el justo. ¡Valiente justo estaba el matador del infeliz Uría!

Porque yo guardé los caminos de Jehová, y no me aparté impiamente de mi Dios.

Continúa la petulancia del que entregó á las gabaonitas á siete descendientes de Saul para que los ahorcasen. Pero observemos que David llama caminos de Jehová á lo que á él le convenía ó se le antojaba.

Porque delante de mí tengo todas sus ordenanzas, y atento á sus fueros no me retiraré de ellos.

Ordenanzas... fueros... Más parece aquí Jehová un autócrata, que un Dios. Cuándo, cómo y dónde Jehová había dado estos fueros y estas ordenanzas es lo que David se calla.

Y fui íntegro para con él, y guardéme de mi iniquidad.

Lo dijo Blas, punto redondo.

Remuneróme por tanto Jehová conforme á mi

justicia y conforme á mi limpieza delante de sus ojos. Con el bueno eres benigno, y con el íntegro te muestras íntegro. Fino eres para con el limpio; mas con el perverso eres rígido. Y tú salvas al pueblo humilde; mas tus ojos sobre los altivos para abatirlos.

Según esta teoría de David, Dios premia á los buenos y castiga á los malos, dando á unos y quitando á otros, que es la apología más completa del hecho brutal y del éxito asqueroso. El

¡Necio, es la tierra el centro de las almas? de nuestro gran poeta, vale por todo el cántico este, sobre todo en esta parte, que subleva, pues la pobreza, el vencimiento, la humillación, se convierten en justos castigos de la divinidad.

Porque tú eres mi lámpara, oh Jehová: Jehová da luz á mis tinieblas.

Ahora sale con que Jehová es también lámpara. Traduce velón, que tanto monta, y busca después la poesía.

Porque en ti romperé ejércitos, y con mi Dios saltaré las murallas.

Declaro que, si para mejores cosas no valía Jehová, que para ayudar á David á matar soldados y saquear ciudades, se hubieran podido pasar muy bien sin él los difuntos y los saqueados.

Dios, perfecto su camino: la palabra de Jehová purificada, escudo es de todos los que en él esperan.

Resulta la palabra de Jehová como el azúcar, refinada y sin refinar. La refinada ya vemos que era escudo ó adarga. ¿Qué sería la en bruto?

Porque ¿qué Dios hay sino Jehová? ¿O quién es fuerte sino nuestro Dios?

Lo de siempre. Cada cual se cree que su Dios es el más fuerte y el más bonito. Recuerde el lector que Mariana, cuando describe la batalla de Guadalete, pone en boca de Tarik un discurso diciéndole á Alá que demuestre, dándole la victoria,

que es un Dios más Dios que el Dios de los cristianos, y en la de D. Rodrigo, otro, en que pide al Padre Eterno que le ayude á exterminar á los sectarios del falso profeta Mahoma.

Dios es el que con virtud me corrobora, y el que despeja mi camino.

Son las mejores palabras del cántico.

El que hace mis pies como de ciervas, y el que me asienta en mis alturas.

Vuelta á las comparaciones, vuelta á las ridiculeces. Pies de ciervas... Pezuñas se llamaron siempre.

El que enseña mis manos para la pelea, y da que con mis brazos quiebre el reo de acero.

Malas enseñanzas son estas para ser de Dios, que creo debía saber David, tenía dicho á Moisés: *no matarás.*

No contento el rey salmista con hacer de Dios un aparato de iluminación ó una arma defensiva, se permite darle la ocupación engorrosa que reza el versículo siguiente:

Tú ensanchastes mis pasos debajo de mí, para que no titubeasen mis rodillas.

Ni el diablo, que según se cuenta, es el mayor enemigo de Dios, podía haber discurrido para Jehová trabajo más tontamente molesto y poco productivo que este de *ensanchar* debajo de David los pasos del propio David, para que á este caballero no le temblaran las pantorillas. Un tonto discurriré que, con haberle puesto un buen puntal, adelantaba de una vez Jehová más, que con el pícaro y hasta peligroso entretenimiento continuo de estirarle al rey de Judá é Israel las piernas.

Y sigue este buen señor:

Perseguiré mis enemigos, y quebrantarélos; y no me volveré hasta que los acabe.—Los consumiré y los heriré, y no se levantarán: y caerán debajo de mis pies.—Ceñisteme de fortaleza para la batalla, y postraste debajo de mí los que contra mí se levantaron.—Tú me distes la cerviz de mis

enemigos: de mis aborrecedores, y que yo los destruyese.—Miraron, y no hubo quien los librara; á Jehová mas no les respondió.—Yo los desmenuzaré como polvo de la tierra; hollarélos como á polvo de las plazas, y los disiparé.

He reunido estos seis versículos, para que el lector admire la magnífica pieza de ferocidad canibalesca que constituyen. La guerra para David no es guerra: es la destrucción, el pisoteamiento sañudo y brutalmente asqueroso del enemigo, en el cual hace cómplice á Dios de sentimientos de tigre y de pantera. Los grandes capitanes, los verdaderos héroes y conquistadores, han usado muy otro lenguaje y muy otra conducta que este reyezuelo semita, cuyas supremas hazañas fueron birlarle un reñecillo á Saul y la mujer al infeliz Uría. Scipión fué glorioso por su magnanimidad, Alejandro por haberse sabido adherir los persas, César por civilizar á los Galos; todos los hombres verdaderamente grandes, solo combatieron para hacer amable y respetado su nombre ó su país. David pelea para obtener la cerviz de sus enemigos, para pisotearlos como al lodo de las plazas. ¿Quién puede extrañar ahora que los grandes generales de la libertad, que tomaron á Scipión, á Alejandro y César por modelos fuesen dulces, benignos y misericordiosos con los vencidos? ¿Y quién se asombrará de que el cura de Santa Cruz y Rosa Samaniego, recitadores entusiastas de los salmos, considerando á David *el santo y el sublime*, atenease sus prisioneros y los arrojasen á la sima de Iguazu? Nadie que no sea un tonto. Cada cual trata de imitar lo que considera digno y magnífico. ¿Y qué más digno y magnífico para un católico que la imitación de David, padre del hijo de David?

Tú me librastes de contiendas de pueblos: tú me guardastes para que fuese cabeza de gentes: pueblos que no conocía me sirvieron.

Eche usted modestia, caballero David, Afortu-

nadamente, los que conocen la historia saben que esta *cabeza de gentes* nunca pasó á mandar fuerzas tan respetables como las que podía poner en movimiento aquel desdichado Guatimocin, emperador de Méjico, á quien con toda su *emperaduría*; dieron catite unos cuantos soldados españoles bien armados y montados. No quiere decir esto que yo apruebe el que nuestros ilustres antepasados le dieran el mal rato que le dieron al pobre Guatimocin, cuando le calentaron á fuego lento los pies, después de untárselos con manteca, acción eminentemente católica, según las tradiciones inquisitoriales; es simplemente que hago una *comparanza*, como decia el general Odonnell, ilustre jefe del no menos ilustre partido de la *Unión liberal*, en que Cánovas no pasó de media cuchara.

Los extraños titubeaban ante mí: en oyéndome obedecían.

Lo extraño es que el señor David encontrase extraños, pues, dado su sistema de reducir á polvo á sus enemigos, me parece difícil que en oyéndole le obedecieran. ¡Cuánta palabrería insulsa!

Los extraños desfallecían, y temblaban en sus escondrijos.

Idem del lienzo de la pedantería. ¡Vaya un escondrijo en que temblaban los chinos y los aztecas y los griegos y los mismos romanos, cuando David, en su inmensa valentía, huía á uña de mulo de su hijo Absalom! ¡Porque imagino yo que chinos y griegos y aztecas y romanos, sonasen ó no sonasen entonces en el mundo, serían de los extraños que desfallecían y temblaban en sus escondrijos, asustados de los bigotazos de David!

Viva Jehová, y sea bendita mi roca sea ensalzado el Dios, que es la roca de mi salvamento.

Echar este ¡viva! lo encuentro un poco cursi, tratándose de quien, por ser Dios, debía ser ia-

mortal. Es tan cursi, como cuando algún beato de los del Rosario de la Aurora, al emprender á farolazos con algún vecino, exclama como grito de guerra ¡viva Dios! ó ¡viva la Virgen del Buen Parto! Además, lo de roca, es también expuesto á los sinónimos ridículos.

El Dios que me ha cenzgado, y sujeta los pueblos debajo de mí.

Comprendo que David hallase muy bonito y muy cómodo este Dios, que le venga y le sujete los pueblos, pero por mi parte, y en uso de mi libérrimo derecho de hacerme un Dios á mi gusto, prefiero un Dios que no me vengue de nadie y no sujete á nadie debajo de mí, porque ni la venganza me agrada, ni me agrada que nadie esté debajo de mí contra su gusto.

Y que me saca de entre mis enemigos. Tú me sacastes en alto de entre los que se alzaron contra mí: librásteme del varón de Iniquidades.

Declaro que no llega mi erudición bíblica á decidir si David, en estas palabras *el varón de Iniquidades* se refiere á Saul ó Absalom. Sin embargo, me inclino á creer que designa á su hijo, y recuerda la perrada que le hizo en aquel negocio de las concubinas. Sólo de esta manera comprendo la frase del texto *me sacastes en alto*, pues, en efecto, Jehová le sacó en aquel entonces tan en alto como alto fuese el terrado en que Absalom colocó la tiendecita aquella del gatupero á que asistió, con vista de ojos, todo Israel.

Por tanto, yo te confesaré entre las gentes, oh Jehová, y cantaré á tu nombre.—El que engrandece las saludes de su rey, y hace misericordia á su unido, á David, y á su simiente para siempre.

Con estas palabras termina el canto, gracias á Dios, y diciendo aquello de *colorín, colorado, este cuento se ha acabado*, podía y debía acabar este capítulo. Pero quiero que no se me queden en el tintero tres cosas. Primera, que encuentro

muy poco poético el *por tanto* con que termina este cántico, fórmula más propia de una exposición de un fiel de fechos á un administrador económico, que no de un salmista á un Dios. Segunda, que, con permiso de la respetable Academia, este plural *saludes* no me hace pizca de gracia en la traducción de que me valgo, pues en hebreo no sé lo que dirá, ni me importa tampoco para mi objeto principal, que es popularizar la *Santa Biblia*, y poner al alcance de todo el mundo los *tesoros inagotables de sabiduría y de belleza que contiene*. Y tercera, que el *siempre*, aplicado á la simiente de David, es tan pretencioso, y tan ridículo, y tan necio, como el cántico entero, pues parte del siempre es este siglo XIX en que escribo, y lo fué el otro, y el otro, y el de más allá, y en todos cuatro y hasta en cuatro veces cuatro que contásemos hacia atrás, no toparíamos con simiente de David bastante para plantar un huerto de zanahorias. Y si no es así, que me saquen de mi error que yo se lo agradeceré, los dignísimos rastreadores de simientes bíblicas, que vienen hace dos años excomulgándome, mostrándome algún heredero coronado de David, pastor de ovejas, matador de Goliah, circuncisor de filisteos, marido de varias mujeres, padre de muchos hijos, rey, tocador de arpa, zureidor de cantos y danzante furibundo cuando llegaba la ocasión de echar una cana al aire, ó transportar el arca del Señor.

XLV

Y todavía sigue el *Libro de Samuel* contando cosas, por más que ya á Samuel se le habían llevado los demonios hacia muchos años. Y no se crea que á humo de pajas, ó en tono de zumba, digo que los demonios se habían llevado ya á Samuel hacia muchos años, cuando pasaba lo que cuenta en la parte de su libro que voy comentando; no. Que los demonios se habían ya

llevado á Samuel, es cierto, ciertísimo. Un buen católico, que sepa lo que se pesca, podrá, y aun deberá dudar que la tierra es redonda como una naranja y gira como una peonza, pero ni debe ni puede dudar de que á Samuel se le llevaron los demonios.

Me explicaré.

Sabes, lector, que á Samuel le hizo aparecer delante de Saul la sacerdotisa de Endor. Es así que aquella sacerdotisa obraba estas evocaciones en virtud de un poder infernal y por infernales artes; y es así también que sólo puede dar una cosa el que la tiene; luego... sólo el diablo pudo darle permiso á Samuel para presentarse en Endor. Luego claro, como la luz del día, aparece que el que se había llevado á Samuel era el demonio.

Todavía puedo emplear otro argumento católico, no menos convincente y entreverado.

Hasta que vino nuestro Señor Jesucristo, todos los señores difuntos, que se habían muerto en el mundo, estuvieron en el seno de Abraham, ó sea el infierno, á causa del pecado original. Allí imperaba el demonio como en su casa propia, y sólo á fuerza de fuerzas pudo nuestro Señor Jesucristo, mientras estuvo muerto, y bajó allá abajo, sacar á los justos de allí, según se cuenta en el Evangelio de Nicodemus, que ha tenido la avilantez de exhumar en su *Religión al alcance de todos*, ese picaronazo y excomulgado librepensador, llamado Rogelio H. Ibarreta, que bien ganado se tiene el cachito de infierno en que Pepe Nakens y yo le hemos de ver achicharrarse con el tiempo, y hacer jeribeques y morisquetas, en justo pago de los malos ratos que está dando con su libro á los buenos ciudadanos que cultivan la viña de Cristo.

Pero volviendo al argumento, añadiré que, aunque es falso el Evangelio de Nicodemus, es cierto que Jesús bajó á los infiernos y dió suelta

á los que allí estaban, entre ellos á Samuel. Luego... es indiscutible, católicamente hablando, que á Samuel se le habían ya llevado los demonios, como he tenido el honor de decir, cuando en su libro segundo, capítulo XXIII, escribió, él ó el que lo escribiese, que esto católicamente no importa nada, el último *canto* que cantó David, del mismo corte y hechura que el anterior, aunque afortunadamente más corto. Dispénsame, lector, que pase sobre él de largo y corrido, pues quedé de comentar el otro hasta aquí, y mira que me tocó aquella parte de la cabeza por la cual los curas son lo que son. Pues si es cierto, como dijo Hipócrates, que *mulier propter uterus id est quod est*, no es menos verdad este otro aforismo esencialmente católico: *cura propter corona id est quod est*.

Ya ves, lector, que para evitar de hablar del canto de David hablo hasta en latín, que es lo peor que le puede suceder á una persona, cuando no es cura ó catédrico de lo mismo en cualquier instituto ó seminario; porque entonces, aunque nadie le entienda, se cobra la nómina, y ¡váyase lo uno por lo otro! ¡y el dinero de la nación por aires agitado en una garganta de hombre!

Pero noto que esto que voy escribiendo, más que un comentario bíblico puro, es un puro parlícuo bíblico, y no está bien que tomemos una cosa tan seria y tan formalota como la *Santa Biblia* en estos términos ligeros. Procuremos enmendarnos, lector, y volvamos al sagrado texto que nos cuenta...

¡Santos cielos! ¡Pues no nos cuenta ahora el Espíritu Santo los *valientes* que tuvo David, para decirnos de ellos que el uno mató una vez sobre ochocientos hombres, que el otro degolló tamaña tanda de filisteos que se le quedó contraída á la espada la mano, y que el de más allá se dió un hartazo de sangre incircuncisa en una haza de

lentejas! ¡Habrá paciencia para comentar estas atrocidades! ¡Ni qué me importa á mi, ni le importa siquiera al chantre de mi pueblo, que aquellos tres valientes, y otros que también se nombran, degollaran ó dejaran de degollar á tantos ó cuantos cientos y miles de filisteos! A fe, á fe, que aquellos bravos no han de resucitar, ni aunque resucitaran nos habrían de degollar á nosotros como degollaban filisteos, pues imagino que con un revólver daría en tierra con ellos el más enteco chulo á quien barrearán hoy la calle. Además que David y sus valientes deben por ahí andar convertidos á estas horas en hojas de berza ó barro ladrillero, y no son para inspirar miedo á nadie en tal estado, á que les ha reducido el tiempo y traído el perpétuo mudar de las humanas cosas, que hizo exclamar al egregio poeta:

Templos, casas, Césares murieron,
Y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Dejemos, pues, dormir á estos valientes, y pasemos adelante, deplorando que sea verdad aquel refrán que dice: los valientes y el buen vino duran poco.

Viene ahora un cuento que demuestra que Jehová era enemigo declarado de la estadística. Y para que nadie vaya á imaginarse que trato de levantar calumnias á la estadística, mostrándola como cosa aborrecida por la respetable persona del Dios Jehová, ó que quiero poner en contra de este buen señor á los respetables individuos de nuestro *Instituto Geográfico*, allá van versículos bíblicos. ®

«Dijo el rey á Joab...: Rodea todas las tribus de Israel desde Dan hasta Beersebah, y contad el pueblo, para que yo sepa el número de la gente.» *Paréceme que este es un mand miento de hacer el censo en toda regla.* «La palabra del rey pudo más que Joab» (*este se oponia al censo*). «Salió, pues, Joab, con los capitanes del

ejército, para ir á contar el pueblo de Israel.» Como se vé, es antiquísimo que en esto de la estadística anden metidos los militares: la única diferencia es que lo que antes hacían los capitanes, lo hacen los sargentos ahora: rebaja de talla que se nota en todo. «Y después que David hubo contado el pueblo, punzóle su corazón; y dijo á Jehová: Yo he pecado gravemente por haber hecho esto.» Esta queja de David podría repetirla el ministro que ordenó el levantamiento del mapa de España, que hará, Dios median- te, y al paso que lleva el general Ibáñez, en cuatrocientos y pico de años, pero demuestra evidentemente que Jehová miro siempre de través la estadística y el buen gobierno, que dicen que la tiene por fundamento. Que es lo que se quería demostrar.

Para purgar el pecado de haberse metido á estadístico, Jehová dió á elegir á su elegido entre dos calamidades, como son el hambre, la derrota y la peste. David elige esta última, y fuese de cólera, fuese de garrotillo ó de mal francés, el caso es, porque la enfermedad no se indica, que en un periquete se murieron en Israel sesenta mil hombres. Como no se habla de mujeres, dado que el Espíritu Santo fué tan puntualizado escritor, se debe presumir que las señoras estaban naturalmente vacunadas contra el virus maléfico de que entonces se sirvió Jehová para castigar la estadístico-manía de David.

Cuento final del *Libro de Samuel*.

Pues señor, que la peste había ya, por orden de Dios, y en forma de ángel, llevádose al otro barrio setenta mil hombres. Y como el ángel extendió su mano (el ángel es el que llevaba la peste por lo visto: ¡vaya un angelito!) sobre Jerusalén para destruirla (¡vaya unas bromitas angelicales!) Jehová se arrepintió de aquel mal (perfectamente hecho, señor de Jehová; este arrepentimiento me le hace á usted simpático) y dijo al

ángel. Basta ahora. (Otra vez continuará usted, caballero.)

Quando el ángel recibió de su Dios esta orden caritativa, el susodicho ángel estaba... ¿dónde dirás, lector amable?... pues estaba en sitio tan desabrigado y cursilón para un ángel como es la era (era ya sabes que es donde se trilla) de don Arauna Jabuseo, ilustre caballero, muy conocido en su casa, y que tuvo la alta honra de pasar á la historia y ser célebre en cien generaciones de judíos y cristianos por la feliz casualidad de tener esta era, donde le dió la ocurrencia de pararse al ángel de Jehová.

Porque es de saber, que David, sabiendo por el profeta Gad donde se había parado el ángel, y recibido por el mismo conducto la orden jehová-tica de alzar un altar en aquel sitio, se fué derecho á verse con Arauna Jabuseo, para que este le cediera la era. Este buen hombre, después de hacerse cruces ante el deseo del rey, y enterarse de que la era, en que tantas veces habría hecho parva y otras necesidades, había sido santificada por la planta de un ángel, se la regala á David; mas éste no la quiere regalada, la quiere comprada. Arauna cede y recibe por su era cincuenta siclos.

¿A qué viene esta historia, dirás, lector? Pues sábete que tienen su *intrínquis* tantas bobadas. Sobre la era de Arauna Jabuseo se alzó más tarde el templo de Salomón, y era preciso que este lugar tuviera su anecdotilla correspondiente. ¿Entiendes ahora?

XLVI

Cuidaron siempre los grandes escritores de comenzar sus obras con palabras pulcras y elegantes, que desde luego fijaran la atención de los lectores y los animaran á continuar leyendo. Ya despertando la curiosidad, ya prometiendo brillantes narraciones de altos hechos, ya entrando

de rondón en un asunto interesante y digno, consiguieron los genios de la literatura hacer desde el principio sorprendentemente agradables sus poemas. Así Virgilio embocó de esta altisonante y nobilísima manera su ENEIDA,

Arma virumque cano...

que hace despepitarse á cualquier mozalbete por saber quiénes fueron los varones y cuáles las armas que la alta honra merecieron de ser por el insigne mantuano cantados, al son de armoniosa lira.

Dante, grave y profundo, comienza su DIVINA COMEDIA diciendo:

In mezzo dil camin di nostra vita
Io ritrovai per una selva oscura
Que la directa via era smarrita,

lo cual basta para excitar en un hombre prudente, el deseo de averiguar lo que le pasó al gran florentino en los caminos torcidos donde había andado extraviado.

Tasso, el tierno y desgraciado Torcuato Tasso, en dos líneas de once sílabas,

Canto la armi pietose, il capitano
Qu'il gran sepolcro libero di Cristo

acertó á condensar el asunto que con tanta galanura desenvolvió en su JERUSALÉN LIBERTADA.

Cervantes, sin andarse en melindres, nos dice:

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme... sin duda porque en él le haría alguna perrada algún presbítero ó algún cacique conservador, comienza á la pata la llana la historia del más bello engendro de la humana fantasía.

En los modernos tiempos, los *folicularios* de pésquis (passez le mot, monsieur le comte de Chestre, président de la Royale Académie de la Langue) han procurado cerrar un folletín de modo y manera que el infortunado lector quedase veinticuatro horas esperando, con los cuartos

en la mano la venta del siguiente, suspendiendo la narración con estas palabras:

«De quién era aquella mano?»

«De quién aquella cabeza?»

El Espíritu Santo, cuando se metió á escritor de la *Santa Biblia*, allá en tiempos muy remotos, porque desde hace muchos siglos acá no sé que haya caído en tentación de escribir, tuvo verdaderos rasgos de inspiración en esto de tomar la *embocadura* á sus libros. De todos estos rasgos de inspiración, ninguno comparable al del que hizo gala cuando se propuso escribir la historia de los reyes de Israel, que dividió muy oportunamente en dos partes, para mayor comodidad de los lectores, y tal vez para tomar algún descanso, pues á pesar de ser el Espíritu Santo, lo largo y monótono del asunto, reducido á que todos los reyes fueron peores los unos que los otros, según irá mostrando, debió aburrirle soberanamente.

No cometeré yo, no mil veces, la vileza de quitar ni poner palabra en esta revelada *embocadura* á que me refiero, ni el crimen de pasarla en silencio. Integra voy á copiarla, por morrocotuda y pornográfica, para ilustración de novelistas á la última moda *realera*, que después de todo merecen ser silbados, aparte otras razones, por no haber conseguido descalzar al señor Espíritu Santo, que hace treinta siglos, siglo más, siglo menos, que se explicaba *asina*.

«Como el rey David era ya viejo, y entrado en «días, cubriente de vestidos, mas no se calentaba. Dijéronle, por tanto, sus siervos: Busquen á «mi señor el rey una moza virgen, para que esté «delante del rey, lo abrigue, y duerma á su lado, «y calentará á mi señor el rey. Y buscaron una «moza hermosa por todo el término de Israel, y «hallaron á Abisag Sunamita, y trajéronla al «rey. Y la moza era hermosa, la cual calentaba «al rey (*cuidado con los equivocados*), y le servía: «mas el rey nunca la conoció.»

Verdaderamente la *Biblia* debe ser palabra de Dios, y, por consiguiente, un misterio profundo; pues por más que me devano los sesos, no acierto á comprender el fin que se propuso el Espíritu Santo al escribir estos cuatro versículos, á la cabeza del *primer libro de los Reyes*, que comienzo á comentar; en buena hora sea, y de él salga con más calor que entro, pues está nevando. Cuando él escribió esto, por algo lo haría, porque, como dice el cura de mi pueblo, cada palabra de la *Santa Biblia* encierra una enseñanza sapientísima. ¿Quería dar en estas palabras una receta á los viejos, sobre la mejor manera de calentarse la cama? ¡Imposible! No cabe en una cabeza, que no sea de *neo*, esta explicación que reduciría á las buenas mozas á la triste condición de *tumbillas*. ¿Qué será, señor, que será lo que trató de enseñarnos el Espíritu Santo en esta parte de la divina revelación? Tómame el trabajo, lector, de averiguarlo; yo no lo acierto. Y si no te quieres tomar ese trabajo: *doctores tiene la Santa Madre Iglesia que te sabrán responder.*

A continuación de esta historieta, acerca de la manera que tenía David de calentarse la cama cuando era viejo, viene otra sobre el nombramiento de su sucesor.

Tenía David un hijo llamado Adonia, con tantas ganas de heredar á su padre, que en vida de éste, y apoyado por el general Joab y el sacerdote Abiathar, se fué á proclamar rey á la peña de Zohelet. No por mucho madrugar amanece más temprano, dice un refrán; y esto le pasó á Adonia, pues, en tanto que él celebraba banquete con sus parciales, su hermano Salomón le birló la corona de esta pulcra y sencillísima manera.

Bath-sheba, aquella famosa mujer del pobre Uría, que tan poco cuidaba de lavarse el cuerpo á puerta cerrada, madre del famoso Salomón, aunque debía estar ya un poco ajamonada, no había perdido, por fortuna de su hijo, aquella gra-

cia que tan simpática se la había hecho á David. Ya que no la cama, como Abisag, supo calentarse al viejo rey el corazón en favor de Salomón, apoyada por el profeta Nathan y el general Jojada, pues los altos designios de Dios necesitaron siempre para realizarse en la tierra, de guerreros y de sacerdotes. David, accediendo á las súplicas de Bath-sheba declara sucesor á Salomón, le hace montar en su propia mula real, y que así le lleven á ungirle y proclamarle. Las aclamaciones del pueblo en favor de Salomón vinieron á amargarle el banquete á Adonia, que conociendo el palo de que era asilla, echó á correr y no paró hasta cogerse á los cornijales del altar, quiere decir, á lugar de asilo por la ley. ¡Admirable familia!

Testamento de David:

«Y llegaron los días de David para morir, y mandó á Salomón su hijo diciendo.» *Oído á la caja, lector; que testamentos como este caen pocos en notaría.* «...Y ya sabes lo que me ha hecho Joab, hijo de Sarvia (*entre otras cosas, rey, y quitarle de en medio á Uria*) lo que hizo á dos generales del ejército de Israel... Tú, pues, harás conforme á tu sabiduría: NO DEJARÁS DESCENDER SUS CANAS Á LA HUESA EN PAZ.»

«También tienes contigo á Semei... el cual me maldijo con una maldición fuerte el día que yo iba á Mahanain. Mas él mismo descendió á recibirme al Jordán, y yo le juré por Jehová, diciendo: Yo no te mataré á cuchillo. Empero ahora no le absolverás; que hombre sabio eres, y sabes cómo te has de haber con él: Y HARÁS DESCENDER SUS CANAS CON SANGRE Á LA SEPULTURA.»

Y, después de dictado este testamento, David se murió.

Comentario. Si el hombre que en la hora suprema de la muerte llama á su lado á su hijo para encargarle el asesinato de dos personas, á

quienes debió grandes favores, no es el más miserable de los hombres, yo no sé á quién pueda aplicarse con propiedad esta palabra. La venganza póstuma, hija de una cobardía indigna, ¿no es la más villana de las acciones? Pues agréguese á esa villanía el valerse de un hijo por instrumento, y de la autoridad pública como medio, y la villanía se convierte en miseria.

Esto es lo que hizo David, el salmista inspirado, el profeta insigne, el modelo eterno, para un buen católico.

XLVII

Lo primero que hizo Salomón, tan pronto como por la referida *intriguilla* de su mamá ocupó el trono de David, fué quitar estorbos de en medio, en lo que obró como sabio que había de ser, y no sabio así como se quiera, sino el más sabio de los hombres presentes, futuros y pretéritos. Cálo novias, á pesar de ser un mónstruo, es un poquito menos sabio que Salomón, según la Escritura Sagrada. ¡Figúrate por esta comparacioncita, lector, lo sabio que sería el hijo de la mujer de Uría, pero no hijo de Uría! Y digo que *había de ser*, y no que era, porque, habiéndole Dios metido la sabiduría en la cabeza cierta noche en Gabión, hasta que esto le aconteció, que fué un poquito más adelante, es de presumir que no fué sabio rematado, sino un sabio como otro cualquiera, por ejemplo, Ortí Lara el metafísico, Creus el cirujano, ó Taberner, el inventor de las limas para los callos.

El primer estorbo que Salomón quitó de en medio, fué á su hermano mayor, aquel Adonia del madrugón monárquico que parte por el eje la sabiduría de este refrán: «al que madruga Dios le ayuda.»

Pensaba Adonia—y yo creo que no pensaba mal—que el mico que en lo del trono se había llevado, merecía una compensación. Movido de

esta equitativa idea, y de una pasioncilla, un si es no es pecaminosa, hacia aquella buena moza de Abisag la Sunamita, (que por calentarle la cama á David debió haber inspirado un poco más de respeto á sus hijos) se encaminó, probablemente en traje de corte, hacia la señora Bathsheba, ya reina madre, y después de algunos dimes y diretes, que puntualiza el sagrado texto, la rogó que intercediese con Salomón para que éste le diera á Abisag por mujer.

Bath-sheba, tratando sin duda de poner á buenas á los dos hermanos, fuése á ver á Salomón, que la recibió con cara de risa; pero así que se enteró de la embajada que le traía, se puso hecho un basilisco. ¡Como! gritó: ¿ese mostrenco quiere por mujer á la Sunamita?—¡Pide para él el trono, mamá! Con Abisag por mujer, Abiathar por sacerdote y Joab por general ¿no sería más rey que yo? ¡Vive Dios! (es decir, vive Dios, no fué lo que dijo Salomón, sino ¡vive Jehová!) que hoy ha de morir Adonia.

Y, en efecto, en vez de la codiciada Abisag, lo que recibió Adonia fué una magnífica estocada en el corazón, que le propinó de orden del sabio rey Salomón, Benaia, que ofició de verdugo para ganarse, como de verdad se la ganó, la faja de general, dado que en aquella respetable antigüedad los generales gastasen faja, que es muy probable que no la gastaran.

Abiathar, el sumo sacerdote, que se había puesto de parte de Adonia en sus pretensiones al trono, fué el segundo estorbo que quitó de delante de sus ojos el rey Salomón. Pero como en todos tiempos la unción ó la cogulla han sido buenas guardianas de pellejas, Abiathar no perdió la suya agujereada por mala parte, como el desdichado Adonia. A Abiathar Salomón se limitó á mandarle de paseo, relevándole de por vida del alto cargo de intérprete de la divina voluntad, imponiéndole á otro, amigo suyo, la pejiquera

de escuchar á Jehová y traducirle fielmente.

Así que Joab, aquel bravo y poco escrupuloso Joab, que tantas veces había asaltado ciudades delante de los ejércitos hebreos, y tantas había servido á David, barruntó el testamento del rey difunto y vió las que gastaba el vivo, procuró ponerse en salvo. Huyó al templo, lugar sagrado de asilo, y se agarró á los cornijales del altar. Allí le fué á buscar Benaia de parte de Salomón. Pero por más que Benaia le rogó que saliera del tabernáculo, temeroso de derramar sangre en el lugar consagrado á los sacrificios, Joab no quiso abandonar el sagrado asilo, presumiendo lo que le había de pasar fuera.

Volvió Benaia á Salomón para contarle que Joab no abandonaba el asilo, y que para matarle habría que atropellarlo todo.—Mátalo y entiérralo—fué la respuesta salomónica. Y, en consecuencia, en el propio tabernáculo fué asesinado Joab.

El horrible testamento de David quedó cumplido por su piadoso y sabio hijo: las canas de Joab descendieron con sangre á la sepultura.

En el destino de Abiathar puso Salomón á Sadoc, y en el de Joab á Benaia.

¡Era natural!

Quedaba Semei, el otro recomendado de última hora de David. Con éste se las arregló Salomón diplomáticamente. Llamóle á palacio y le dijo que se hiciera una casita en Jerusalem, y no saliera de ella en todos los días de su vida, porque en cuanto saliese, moriría sin remedio. Como al que le dan no escoge, Semei, acomodándose á los tiempos y al humor del rey, se hizo la casa y prometió no salir nunca de Jerusalem.

Debía ser Semei hombre de poca memoria, pues habiéndosole escapado á los tres años dos siervos, enalbardó su borriquillo, y pian, piano, se fué á buscar á los escapados, volviendo con ellos á la ciudad.

Pero alguien dió el soplo á Salomón, que *in continenti* mandó al perinculto Beania que le diese catite, como así se hizo.

Y el reino fué confirmado en mano de Salomón, concluye la Biblia. Convengamos en que los altos designios de Jehová necesitaron en esta ocasión mucha sangre para realizarse. Siendo omnipotente, bien podía haber matado á Joab, Adonia y Semei de viruelas negras ó de terciana, evitando de ésta, para él sencillísima manera, que Salomón aparezca más rojo que un cangrejo cocido, en los comienzos de su reinado. No habiéndolo hecho así, á cualquier criticón librepensador le queda el derecho de decir que Salomón debió el trono algo más que á Jehová, á las intrigas de la señora Bath-sheba, y á las buenas y oportunas estocadas de Benaia.

Pero, después de todo, digo yo: ¿qué tendrá que ver con la salvación de nuestras almas esta historia de la destrucción de tantos cuerpos? Si estas páginas de la *Santa Biblia* se hubieran perdido ¿no podríamos salvarnos? Esto dicen los católicos, que aseguran que la revelación incompleta es insuficiente. El sentido común dice lo contrario. ¡A elegir, caballeros, á elegir!

Después de esto Salomón se casó. Y comenzando á dar muestras de lo sabio que había de ser, se fué á elegir la mujer lejos, muy lejos, pues su sabiduría le hacía conocer ya, en aquellos remotos siglos, que el cruzamiento de las razas es altamente conveniente para el mejoramiento de las mismas. Tomó, pues, por mujer á una hija del rey de Egipto, trayéndosela á Jerusalem, cuando ya estaba á punto de acabar su famosísima obra del Templo, de que aquí nos habla el Espíritu Santo, con una falta de método y orden en la narración deplorable, sumamente deplorable, en personaje de tantas campanillas literarias.

XLVIII

En seguida de contarnos el casamiento de Salomón con la hija de un rey de Egipto, que ni Champolion que averiguase siquiera cómo se llamaba, se ocupa el Espíritu Santo en manifestarnos cómo y de qué manera se hizo el rey un sabiazo de primera fuerza, que no fué del modo común y ordinario, consistente en degastar muchos pantalones en los bancos de las Universidades, sino por arte de birlibirloque, así como se hace rico el que le cae el premio gordo de la lotería de Navidad, que se acuesta barbero, pongo por caso, y amanece barón de las Amarillas ó duque de los Ochentines.

Diré sin circunloquios, que, á pesar de los pesares, esto es, á pesar de Moisés, y Josué, y Sansón, y Débora la atiza lámparas, y tantísimos varones y hembras como habian explicado á los hebreos la manera de adorar, servir y obedecer al alto y empingorotado Jehová, *hasta entonces* (este entonces, más difícil de fijar en la cronología que la raeda de un barquillero tramposo en el número dieciseis, se refiere en el texto al tiempo en que casó Salomón con la susodicha hija del *inaveriguable* rey de Egipto) *el pueblo sacrificaba en los altos, porque aún no habia casa edificada al nombre de Jehová*. Lo cual significa, en plata, que los judíos salomónicos eran unos desdichados, que celebraban su semi-bárbaro culto á la interperie, de donde se puede deducir lo que sería el culto en los días del santo rey David.

Pues bien, en aquel *entonces*, cuando Salomón quería hacer sacrificio, montaba en su mula y se iba á Gabaón, donde hac'a degollar mil animalitos en buenas carnes, que es lo que constituía la misa cantada de aquellos tiempos, ante cuya santidad, un tantico chorreante en sangre y otras cosas, tanta admiración profesan, ó fingen pro-

fesar, nuestros puros y mestizos católicos, principalmente los que no entienden una palabra de historia, que, dicho sea sin ofensa, son la inmensa mayoría de ellos.

En uno de estos viajecitos, como estuviera Salomón durmiendo (y probablemente roncando), se le apareció una noche Jehová en sueños y le dijo: *«Pide lo que quisieres que yo te de.»*

Póngase cualquier cristiano en lugar de Salomón, y verá que éste debió encontrarse en un gravísimo conflicto, ¡Ahí es moco de pavo que el que todo lo puede le diga á uno: Pide lo que quisieres. ¡Ah! lector, al llegar aquí, deja de leer y dime al oído, yo te lo ruego, lo que tú le pedirías esta noche á Jehová, si éste se le apareciese como á Salomón, en un momento de generosidad tan recomendable.

¡Santos cielos! ¡Qué serie de disparates! ¡Pero es posible que eso pidiérais, lectores míos muy amados! ¡Sí! ¡Os afirmáis en vuestras peticiones! Pues os digo en puridad, que ahora comprendo por qué Jehová, Dios práctico y hasta escamado, no ha vuelto á hacer otra como la que hizo en Gabaón, pues el pobrecillo, con su omnipotencia y todo, se había de ver y desear para complaceros. Buena moza conozco, que lo ménos la habeis pedido veinticinco mil, y casa que deseais muy cerca de un millar de millares.

Salomón, más cuco que la mayor parte de vosotros, le pidió á Dios la madre del cordero, la llave de todas las puertas, el camino de todas partes, la sabiduría, en una palabra. Y Jehová, muy contento de que no le hubiera puesto Salomón en el apuro que años adelante puso Fausto á Mefistófeles, cuando le pidió tener un hijo sin concurso de mujer, vertió sobre el rey de Judea un cántaro lleno de sabiduría, con lo cual y su mula entre las piernas, se volvió Salomón á Jerusalem más contento que unas pascuas, y en disposición de juzgar á los mismos jueces

Nuño Rasura y Lain Calvo, si estos caballeros hubieran tenido la humorada de nacer algunos siglos antes.

La primera muestra que da su sabiduría, después del *infundio* de Gabaón, dió Salomón, fué morrocotuda y piramidal, aunque, por desgracia, tuvo lugar entre gente cursi y maleante, como suelen serlo las rameras.

Dos de estas señoras parieron, en el transcurso de tres días y en la misma casa, dos chiquillos. Una de ellas aplastó á su niño dormida. Despertó, y viendo muerta su cria y la otra dama dormida, en vez de echarse á llorar ó pedir auxilio, como hubiera hecho cualquiera otra mujer, se levantó, encajó el niño á la otra, y cogiendo á ésta el suyo, se le llevó á la cama, disimulando el amor materno y el truco. Despierta la robada damisela, ve al chiquillo muerto, grita que no es el suyo, y se arma la gran pelotera, que el lector puede bonitamente imaginarse. ¿A qué tribunal acudir para dirimir esta peliaguda cuestión? ¿Al juez de paz? ¿Al de primera instancia? ¿Al alcalde? ¿Al pedaneo? ¿Al Tribunal Supremo? ¡Ca! En aquellos tiempos de feliz recordación, en que Jehová andaba á todas horas abandonando los cielos, todo eso era artículo de lujo. Las rameras (muy señoras de todo el mundo) se encaminaron al mismísimo Salomón, pues solamente la ciencia del inspirado en Gabaón podía resolver acertadamente esta querrela.

Y en efecto, Salomón dió orden de que, partiendo en canal el chiquillo vivo, le entregasen medio niño á cada una de las reclamantes, á cuya orden, descubriéndose por la piedad la maternidad verdadera de la que renuncia su parte, queda el universo mudo y pasmado de la mácula y trastienda del egregio Salomón.

¿No es verdad, lector, que esto es admirable y digno de las muchísimas varas de lienzo que para fijarlo y transmitirlo á la posteridad, han

embadurnado los pintores católicos! Si no lo declaras así, será por pasión de partido, pues lo que es la cosa en sí es admirabilísima.

XLIX

Tras la *fazaña* salomónica del partimiento del chiquillo, á machetazo limpio, la *Santa Biblia* nos declara algunas particularidades del rey judío, dignas de mención.

En primer lugar, nos cuenta que, aunque rey por voluntad de Jehová, se servía para gobernar de una especie de ministerio responsable. Josafat era lo que pudiéramos llamar el ministro de Gracia y Justicia, ayudándole, (como protonotarios mayores de la ley, cardenales, arzobispos ó escribas, que dice el texto) Azaria, Elihoref y Ahia (¡vaya unos nombres que estilaban estos caballeros!). Benaia, el que dió cañite á Joab y demás estorbos del principio, era el D. Genaro Quesada de Salomón, quiero decir, el ministro de la Guerra. Otro Azaria, hijo de Nathan, era gobernador de los gobernadores, pintiparado el Romero Robledo de nuestros días. Adoniran, que era sobre el tributo, ¡quién no ve que era el Cos-Gayón de aquellos tiempos! Ahisar era mayordomo, como si dijéramos, el duque de Sexto. Sólo á Zabud, que figura en la *Biblia* como amigo del rey, no sé á quién compararle en nuestros días, porque desconozco por completo lo que pasa en palacio, y además no calo qué obligaciones tendría que desempeñar este Zabud, al ser amigo del rey. Sadoc y Abiathar, eran los sumos sacerdotes: entre los dos hacían un León XIII de este siglo.

Con esta gente y su sabiduría, y doce gobernadores, uno por tribu, llevaba Salomón al pueblo de Israel, que daba gusto verle marchar. Todo salía á pedir de boca. Cada gobernador se agenciaba lo que habia de comer, beber, vestir

y gastar Salomón, su familia (que luego se declarará) y su corte en un mes, con lo cual todo el año estaba la despensa repleta, llena la tripa; y, satisfecho el corazón del monarca, se distraía del amor con el estudio y del estudio con el amor, que es la única cosa que para mí, humilde comentarista, declara cumplidamente la sabiduría de Salomón.

«Que fué mayor que la de todos los orientales, y que toda la sabiduría de los egipcios. Y aún fué más sabio que todos los hombres; más que...»

¡Ah lector! Aquí pensarás hallar los nombres de los sabios que tú conoces; como, por ejemplo, Pitágoras, que inventó la tabla de multiplicación, el teorema que lleva su nombre y otras menudencias; Arquímedes, que descubrió el peso específico; Sócrates, que estableció el verdadero método de indagación filosófica; Aristóteles, que dió para veinte siglos cánones á todas las ciencias, Ptolomeo, que explicó un sistema de astronomía falso é hizo un sin fin de cálculos trigonométricos verdaderos; Copérnico, que determinó el centralismo solar; Galileo, el sublime Galileo que sorprendió el movimiento de la Tierra; Newton, que descubrió las leyes de gravitación; Keplero, que las demostró y aplicó; Leibnitz que inventó en competencia con Newton el cálculo infinitesimal; Wat, que hizo la primera máquina de vapor; Stephenson, que construyó el primer ferrocarril; Laplace, que pesó los mundos; Colón, que descubrió la América, ú otros hombres tan insignificantes. Pues bien, si tal crees, te llevarás un soberbio mico, como sucede siempre leyendo la *Biblia*. Los hombres á quienes Salomón excedió en sabiduría, no fueron ninguno de estos, fueron... volvamos al párrafo en suspenso).

más que Ethan Ezrahita, y que Heman, y Chalco y Darda.

¡Los conoces tú?—Yo tampoco.—¡Será esto un

bromazo bíblico? ¡Acaso no es la *Biblia* en sí misma una broma?

Y propuso (Salomón) tres mil parábolas: y sus versos fueron mil y cinco. No son muchos que digamos los versos; pero aun siendo algunos malos, como se deja suponer, todavía indican que Salomón fué algo más rimador que otros muchos reyes, que para escribir los cinco del pico salomónico, se habían de ver y desear.

También disertó de los árboles, desde el cedro del Libano hasta el hisopo que nace en la pared. Estas aficiones botánicas, juntamente con sus aficiones por las hijas de Eva, contribuyen mucho á haer simpático á Salomón entre las personas de buen gusto,

Así mismo disertó de los animales, de las aves, de los reptiles y de los peces. Hallo muy en su punto que Salomón se dedicase también á la zoología. Estudiar las yervas y no estudiar á los que le las comen, es, ha sido y será siempre estudiar á medias, ó mejor dicho, á terceras partes la Naturaleza. Como Salomón descuidó el estudio de los minerales, no puedo concederle que fuera más que dos tercios de naturalista. Lo siento por Jehová, que ya que le hizo sabio, pudo hacerlo por completo, no dando lugar á los chirigoteros del día á sospechar que si no le infundió á Salomón la mineralogía, fué por no saberla.

Declaro que, á no andar por medio el *infundio* de Gabaón, Salomón sería para mí una personalidad científica sumamente respetable para aquellos tiempos. Pero dado el *infundio*, ¿qué mérito tiene que fuera sabio? ¿Ni qué respetos se merece el que sabe lo que sabe, por no haberlo aprendido con fatiga, sino por haberlo hallado, como el que se encuentra encima con un remojón, al pasar por debajo de la ventana de una Maritornes poco aprensiva?

Y ventan de todos los pueblos á oír la sabiduría de Salomón, y de todos los reyes de la tie

rra donde había llegado la fama de su sabiduría.

¡Eche usted y no se derrame! ¡Pero señor, es esto historia ó un cuento andaluz?

L

Los capítulos V, VI y VII del *Primer Libro de los Reyes*, los dedicó el Espíritu Santo, con acierto digno de su fama universal, á contarnos por menudo cómo se las arregló Salomón para construirle una casita decente á Jehová, que hasta entonces, ¡pobrecillo!, había dormido al raso, ó cuando más, debajo de un mal toldo, que apenas si le guarecía medianamente de un chaparrón ó de los ardores del solazo de Agosto, cosas terribles en aquellas pedregosas montañas de Judea, donde después de andar cuarenta años zascandileando por los desiertos de la Arabia, había dado con sus huesos, digo, con sus tablas, que nadie me negará constituían, en unión del arca y las indispensable trancas á que iba unida, lo que pudiera llamarse el esqueleto de la augusta y con frecuencia enfurruñada persona de Jehová.

El lector que guste leer estos capítulos, se convencerá de que en el estilo descriptivo, el señor Espíritu Santo se excedía á sí propio, que es todo lo que puede decirse. ¡Qué animación, qué exactitud, qué precisión en los detalles! ¡Nada! Que lee uno esto y ve el Templo, como si el texto fuera una fotografía, colocada en el fondo de un estereoscopio. El que lo, dude, que haga la prueba... sólo cuesta un desengaño, y calentarse en balde la cabeza. Tal me la ha puesto á mí el pretender por la descripción formarme una idea aproximada de lo que fué el famoso Templo de Salomón, por lo que quiero vengarme del Espíritu Santo, denunciándole á los geómetras un renuncio matemático en que acabo de pescarle. ¡Agua; no, matemáticas van!

Cualquier chico del Instituto, sabe hoy día perfectamente, que la relación de una circunferencia con su diámetro, es una cantidad inconmensurable, es decir, que no se puede expresar exactamente con números. Esta relación, ¡quién lo ignora! es 3, 14, 159... (pon aquí lector, todos números que puedas escribir desde ahora hasta que Romero Robledo sea hombre serio, que como tú quieras determinar fijamente esa relación, ya le habrán salido á Carulla los pelos que un día tuvo en lo que hoy es calva, antes que lo consigas). Esta relación se llama Pi, como mi amigo D. Francisco, el expresidente de la República, que es un punto fuerte en esto de hacerle cosquillas al Espíritu Santo, según ha demostrado en su excelente libro *Las Luchas de Nuestros Días*, en donde se conforma con mi opinión de que, aquello de entregar Abraham la mujer á Faraón, y recibir de éste regalitos de cuernos, como vacas, carneros, etc., estuvo muy poco, extremadamente poco correcto en el varón que fué el primer pactista del universo.

Volviendo á las matemáticas, enemigas de la teología, he de decir, que si á un caldero que tuviera diez metros de diámetro (el cual merecería el nombre de calderón, más propiamente que aquel expresidente del Tribunal Supremo, que apesar de apellidarse así no dió pie con bola en fabricar versos, aunque llegó á marqués), se le quisiera poner una boquilla, quiero decir, un borde, por ejemplo, de hoja de lata, por la cuenta, que no marra, de la Pi supradicha, se necesitaría una tira de la tal hoja de lata, largo de 30 metros, 14 centímetros, y un poquirritin más, cosa así como el grueso del talento del rey Sisebuto. De igual modo, un hombre que tuviera una cabeza perfectamente redonda, como la de cierto diputado recién sacado del horno conservador, y quisiera hacerse un gorro á la medida, que le viniera justito y encargara que al tal gorro no

le dieran más vuelo que tres veces el diámetro de su mollera, apuesto la *Biblia* que comento á que no metía la cabeza dentro del gorro, á menos que este no fuera elástico, como la famosa tripa de Jorje y el no menos célebre art. 22 de la Ley Provincial en manos de un *torenoide de reacción*.

¡Y el renuncio geométrico del Espíritu Santo! dirá el lector. Allá va, allá va, amigo mío, que estas notas no son como ciertas comedias que yo me sé, en que nunca sale el argumento.

Dice el sagrado texto bíblico:

Hizo asimismo un mar de fundición, de diez codos de un labio al otro, PERFECTAMENTE redondo: su altura era de cinco codos, y ceñíalo todo alrededor un cordón de treinta codos.

¡Lo ves? ¡Ves cogido en renuncio al Espíritu Santo! Los treinta codos no bastaban para ceñir todo alrededor el mar ó caldera monumental que hizo Salomón, para que se lavaran en él las manos los sacerdotes, cuando se las ensuciaban con los mondongos de los holocaustos y víctimas proporcionalarias. Así como el conservador del caso que he puesto, no podría meter la cabeza en el gorro, Hiran, con toda su pericia, no hubiera ajustado jamás al borde del caldero de diez codos de labios á labio, *perfectamente redondo*, un cordón de treinta codos. Le hubiera faltado un pico, que es lo que les sobra á los sandios admiradores de un *infalible* que no sabía el valor de *Pi*, que ya he advertido no es D. Francisco.

Contruido el templo, en el que Salomón empleó siete años, se hizo para sí una casita que le costó trece años de trabajo, y además una especie de palacio en el Libano. Todo esto me parece irreprochable. ¡Había de vivir un sabio, por añadidura rey, á la intemperie? ¡No era justo, que si Dios tenía alojamiento fijo, su teniente en Jerusalem no anduviera todos los días echando boletas!

Todas estas obras las realizó Salomón con las pesetas que había reunido David. Mas es de notar, para evitar falsas interpretaciones, que si Salomón tenía dinero, carecía por completo de artifices hábiles, sin duda porque Jehová, habiendo gastado toda la sabiduría en Salomón, no le pudo repartir á los otros judíos más que escurriduras de talento. Y como el que no tiene una cosa ha de buscarla, el sabio Salomón se vió obligado á suplicarle á un Hiran, rey de Tiro, que le enviase un sabio para dirigirle las obras y enseñar á los hebreos lo mucho que ignoraban, aun siendo los elegidos de Jehová. Hiran envió á otro Hiran, *el hijo de la viuda*, de quien me guardaré yo de burlarme como de un aire colado, siquiera porque gastó mandil, al decir de mis muy queridos maestros masones, y yo, como mero aprendiz que soy, con tanta honra como gusto, no tengo suficientes datos para contradecirles.

Acabado el templo, Salomón se dedicó al alto y empingorotado Jehová, señor de los cielos y tierra. La juerga que con este motivo se dieron los judíos, fué tal, que los de la casta, aún hoy cuando la recuerdan, se relamen de puro gusto. Hubo procesión, incienso, cánticos, jolgorio en grande, discurso de Salomón, y... 22.000 bueyes... y 120.000 ovejas que se comieron en siete días, y otros siete días, que hacen entoree (estilo del texto) en honor de Jehová los buenos de los judíos, entre los cuales, no lo dudo, debieron darse muchos cólicos é indigestiones, según es de rúbrica cuando un pueblo se da una panzada por el estilo.

Del discurso de Salomón quiero copiar las siguientes líneas, verdaderamente salomónicas, mejor dicho, las únicas salomónicas de todo el Antiguo Testamento. Ojo, lector:

¡Empero es verdad que Dios haya de morar sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos

de los cielos no te pueden contener, ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado?

Si después de leer esto se me enfada algún católico porque no voy á misa ni entro en la Iglesia, le entrego al brazo secular de Salomón, para que le meta unas cuantas onzas de sabiduría en el cuerpo. ¡Ir yo donde el mismísimo del infundio de Gabaón dijo no estaba ni podía estar Dios! ¡Pues no faltaba más! Yo siempre procuro rodearme de buena compañía, como es la de Dios. Por eso lo busco en los cielos de los cielos y me río del que cree tenerle metido en una urna más ó menos dorada.

Hecha la dedicación del Templo, Jehová, agradece al que le había preparado buen alojamiento, creyó de su deber hacerle una visita. De cuantas veces Jehová descendió de los cielos para hacer revelaciones, ninguna encuentro tan oportuna y justificada como esta. Procediendo de otro modo, hubiera cometido una descortesía indisculpable.

Presentóse, pues, en debida regla, y dijo al rey:

Yo he oído tu oración y tu ruego que has hecho en mi presencia. Yo he santificado esta casa que tú has edificado para poner mi nombre en ella para siempre, y en ella estarán mis ojos y mi corazón todos los días.

Algo más le dijo, pero esto es lo substancial: lo demás son ringorrangos oratorio-jehováuticos. De aquí parecía deducirse que el templo de Hiran había de durar para siempre: al menos el texto no admite réplica: *siempre, todos los días*. Así lo creo yo, que me importa poco: así lo creyeron los judíos, que les importaba mucho. Pues bien: los judíos se llevaron un camelo. Yo no me he llevado nada, porque estoy acostumbrado á que Jehová sea un poquito corrido de palabras.

De este templo, que había de durar para siempre, los caldeos no dejaron piedra sobre piedra. Verdad es que la mayor parte de él era de ma-

dera. Y de otro que se alzó más tarde, tampoco dejaron rastro los romanos. Hoy, destronado Jehová por Alah en Jerusalem, sobre la era del Jebuseo dondè se levantaron los templos, pacen las yeguas de los dominadores árabes y rebuznan los borricos de esclavizados hebreos.

¡Fiate de palabras de dioses y no te defiendas, que te verás como el judío en su casa!

LI

Después de la visita de Jehová, recibió Salomón otra, si no tan honorífica, quizá, en mi humildísima opinión, más entretenida y confortable.

Fué el caso, que una Reina de Seba, habiendo oído hablar tanto de Salomón, de su talento, sabiduría, riquezas y buen gusto, sobre todo en el *Ars amandi*, que aún no había escrito Ovidio, sintió prurito y entró en comenzón de echar un viajecillo á Jerusalem para conocerle y probarle.

Suplico al lector que no forme malos juicios acerca del verbo *probar*, espada de dos filos que dejo subrayada, por la sola razón de ser textualmente bíblica. El sagrado texto dice, en efecto, que la Reina de Seba probó á Salomón, pero en evitación prudencial de suposiciones malévolas, añade que lo probó con preguntas. Y de esta manera, cualquier persona puede probar á otra, sin cometer ni aun el más ligero pecado venial, por lo que dejo en punto de caramelo la buena fama y nombre de la susodicha Reina de Seba, porque el ser curiosona y andariega esta coronada mujer, no empaña la limpieza y transparencia de la intención honesta que es de suponer la moviese á visitar á Salomón.

Declaro que no llega mi erudición geográfica al extremo, ni siquiera al medio, de determinar al lector donde estuvo situado el reino de que fué reina esta señora Reina de Seba, visitadora salomónica, ni cuales eran los límites del tal reino,

ni cuántos sus habitantes, ni qué color tenían. Pero consta—siempre por el testimonio infalible del señor Espíritu Santo—que ella llegó á *Jerusalén con muy grande comitiva, con camellos cargados de especias, y oro en grande abundancia, y piedras preciosas*, de todo lo cual dió sin tasa al rey Salomón, después de probarle á satisfacción, con las preguntitas de que he hecho mérito, por supuesto.

Salomón, que en este pasaje bíblico es un tipo que afila los dientes de todo hombre sensible, aun de un librepensador tan republicano como yo (que declaro honradamente no recibiría mal á ninguna Reina de Seba que viniera á probarme con preguntas y se trajera de añadidura una recua de camellos tan bien cargados como los que usaba aquella curiosa señora), Salomón, digo, cuando llegó la hora de la despedida se portó como un hidalgo caballero, pues tras de dar á la Reina *todo lo que quiso* (textual) y todo lo que pidió (textual), se lo dió como de mano del rey Salomón (textual también).

Ni aun estas enrevesadas frasecillas me consienten suponer en la visita de la Reina de Seba otra cosa que curiosidad, pura curiosidad, porque el Espíritu Santo no se anduvo jamás en remilgos cuando tuvo algo crudo que decir. Además, como no indica que fuera guapa y joven, cualquier católico interpretador puede suponerla honradamente vieja, fea y desdentada, pues el ser reina de un reino que no consta en la Geografía de Reclus con límites determinados, no creo yo que sea incompatible con nacer una mujer fea, llegar á vieja y perder la dentadura. Y hecha esta suposición perfectamente canónica, toda deshonestidad en la visita, queda desvanecida por el reconocido buen gusto del sabio Salomón.

Tras la visita de la Reina de Seba, nos cuenta el *Libro de los Reyes* una serie de grandezas de Salomón, que hacen la boca agua, no ya á un

caballero particular y físgón, como yo, sino á todos los reyes habidos y por haber en este pica-ro mundo sublunar, donde tanto se miente y exagera.

No quiero pasar por alto estas grandezas y voy á consignarlas, para que rabien al hacer comparaciones todos esos reyes de tres al cuarto, que se dan tono con verdaderas nonadas en Africa y Asia, si por acaso pasan su real visita por estas *Notas*.

Tenia Salomón de renta anual (ignoro si esta renta era líquida ó en bruto) la friolera de *seiscientos sesenta y seis* (tres seises casualmente) *talentos de oro, sin contar lo de los mercaderes y de la contratación de especias, y de todos los reyes de Arabia, y de los principales de la tierra.*

Hizo también el rey Salomón doscientos paveses de oro... asimismo trescientos escudos de oro... un gran trono de marfil, el cual cubrió de oro purísimo.

Seis gradas tenía el trono, y lo alto de él era redondo por el respaldo: y de la una parte y de la otra tenía apoyos cerca del asiento, junto á los cuales estaban colocados dos leones. Estaban también doce leones (y dos catorce, toda una leonera), puestos allí sobre las seis gradas, de la una parte y de la otra; en ningún otro reino se había hecho trono semejante.

Y todos los vasos de beber del rey Salomón eran de oro, y asimismo toda la vajilla de la casa del bosque del Libano era de fino oro; no había plata: en tiempo del rey Salomón no era de estima.

Confieso que si fuera rey, al leer esto me avergonzaria de lo muy á menos que el oficio ha venido. ¿Dónde, dónde existe en el día un rey que beba en vasos de oro, tenga centenares de paveses y escudos de oro, posea un trono de marfil con catorce leones, disfrute tamaña renta y haya conseguido hacer desestimable la plata? De ser

todo esto verdad, como católicamente lo es, fuera cosa de desesperarse por no haber nacido judío del tiempo de Salomón, el hijo de David el pastorcillo que anduvo buena parte de su vida á salto de mata, durmiendo en cuevas y acampando en peñascales: porque yo considero mayor milagro que el de pararse el sol por orden de Josué y partirse el mar delante de Moisés, este lujo y desbarate de riquezas en un pueblo, al medio siglo de elegir por rey á Saul, aquel mozancón que bascuando unas burras topó con un trono.

Pero como no soy rey, ni siquiera católico, que lo es cualquiera, no me avergüenzo de leer esto, ni para mí todas estas exageraciones significan otra cosa que la realización, en el pobre judío que lo escribiera, después del cautiverio de Babilonia, de este refrán castellano: *soñaba el ciego que veía y soñaba lo que quería.*

Y para que te convenzas, lector, de que yo soy comentarista leal y desapasionado, voy á ponerte de relieve ante los ojos un parrafillo, para los católicos despreciable, de este capítulo tan *exagerado*, digámoslo así, que tiene cierta miga muy librepensadora. Dice así:

Porque el rey tenía la flota que salía á la mar, á Tharsis, con la flota de Hiran: una vez cada tres años venía la flota de Tharsis, y traía oro, plata, marfil, simios y pavos.

Tharsis estaba en Oriente, y como Tiro, donde reinaba Hiran, estaba en el Mediterráneo, y entre el mar Mediterráneo y el Rojo (golfo de los mares de Oriente) se extendía el famoso istmo de Suez, es de preguntar: ¿por dónde pasaban á los mares de Oriente las flotas de Salomón y de Hiran? ¿Pasaban por encima de los arenales del istmo? Si lo primero, ¿por qué los portugueses están tan orgullosos de su Bartolomé Díaz por haber descubierto el cabo de Buena Esperanza y tan finchados con su Vasco de Gama por haber arribado á las Indias? Si lo segundo, esto es, si

hubo la mano de gato del milagro, ¿por qué Dios le hacía, así para el santo Salomón como para Hiran, el padre de los excomulgados masones?

¿Ha escrito, al escribir esto, un dislate más el Espíritu Santo?—No, lector discreto, no le ha escrito.—No certifico que fuese el Espíritu Santo, pero el judío que consignó este hecho, de ir las naves de Salomón á Tharsis, no mintió, no dijo una cosa imposible. Lo que hizo fué ser un historiador de poco fuste, que nos dejó *in albis*, probablemente por ignorancia, de una cosa grande que habían hecho los egipcios, sin la más mínima intervención de Jehová, ni de Moisés, Josué, Sansón, y demás gente elegida, sabia y milagrosa salida de los lomos de Abraham. Esta cosa fué un canal, que partiendo de Bubastis, un poco más arriba de donde hoy está el Cairo, iba, alimentado por agua del Nilo, hasta la ciudad de Potamos, situada donde ahora está Suez, sobre el mar Rojo. Gracias á esta obra gigantesca, en que no habían tenido participación alguna Jehová y su gente circundada, las flotas de Hiran y las de Salomón que las acompañaban, podían, saliendo de Tiro, meterse por una de las bocas del Nilo, llegar á Bubastis, entrar en el Canal, y después de atravesarle en poco más de una semana, desembocar en el mar Rojo y marcharse á la India y traer de allá oro, plata, simios y pavos. Esto de los pavos, sobre todo, es característico de la India, casi tan característico como la ignorancia y pequeñez de la *Santa Biblia*, que en vez de decirnos cómo tenía las espaldas Jehová cuando le vió Moisés pasearse sobre un embaldosado de zafiro, nos podía haber enseñado cómo y cuándo hicieron este canal los egipcios. Se lo calló; pero afortunadamente supieron su silencio Herodoto y Diodoro de Sicilia, historiográficos puramente humanistas y librepensadores, que habiéndonos contado por menudo lo que era el canal este, nos impiden en el día poner en cua-

rentena la noticia bíblica de las naves de Salomón, que hacían viajes de tres años á Tharsis.

Observa aquí, lector imparcial, el verdadero valor de la *Biblia* en sus mejores pasajes: es un documento histórico que sirve de ratificación y prueba de otros. ¡Bonito papel para la obra predilecta é imperecedera de Jehová!

Considera lo que serían los judíos salomónicos, á pesar de su trono-leonera: van á Tharsis guiados por Hiran, y por caminos abiertos por los faraones. ¡No te dice esto bastante para tenerlos por unos segundones despreciables de la humanidad, excepto en el punto preciso de haberla encalabrinado con sus ensueños teológicos?

LII

Pero si Salomón no era un sabio, en cambio tampoco era un modelo de castidad, que digamos; y ¡váyase lo uno por lo otro! Ni por esto, ni por aquello han de dejar de llamarle sabio y santo los católicos... y rueda la bola de la tontería humana.

Atención á la *Biblia*, guardadores del sexto mandamiento: oído al parche célibes presbíteros y continentes monaguillos, que habla la propia persona del Espíritu Santo.

Empero el rey Salomón amó, á más de l hija de Faraón, much s mujer s extranjeras: á las de Moab, á las de Ammón, á las de Idumea, á las de Sidón y á las Hetheas: gentes de las cuales Jehová había dicho á los hijos de Israel: no entrareis á ellas, ni ellas entrarán á vosotros; porque ciertamente harán inclinar vuestro corazón tras sus dioses. A estas pues se juntó Salomón con amor: y tuvo setecientas mujeres reinas y trescientas concubinas.

Me declaro impotente para comentar este apetitoso pasaje. ¡Reprenderé á Salomón por propiarse la racioncita de mil mujeres, que distribuidas conveniente y matemáticamente entre los

días del año, hacen á tres por noche, con sólo descontar algunos días, destinados á los hastíos ó calenturas, diarreas, dolores de muelas é inflamaciones hemorroidales del elegido de Jehová! Me guardaré muy bien de hacerlo. ¡Quién responde de que yo en su caso, sin ser sabio, ni judío, ni rey, sino un castellanote franco y despreocupado, muy republicano y muy aficionado á lo bello, no haría otro tanto? ¡Le aplaudiré? Tampoco, porque verdaderamente me da pena de las pobres moabitas, ammonitas, idumeas, sidonias y heteas que tanto le gustaban á Salomón; pues es claro que, mientras él tenía mil mujeres, ellas habían de contentarse con la milésima parte de un marido, y ¡vive Dios! que no ofenderé yo á ninguna de aquellas buenas mozas, suponiendo que con tan exígua fracción marital quedaran satisfechas.

Quédese, pues, esto así, ni aplaudido, ni censurado, pero conste que me espanto de pensar en lo que sería por dentro la casa de Salomón, con mil mujeres esperando un día de cada año. ¡Qué grillera, santos cielos, podría compararse á aquel menaje! ¡Ni qué fábrica de tabacos igualárasele en las tremolinas que armarían las mil rubias y morenas por si me toca ó no me toca el turno!

¡Adelante, pues, con los faroles salomónicos!

Y ya que Salomón era viejo, sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos: y su corazón no era perfecto con Jehová su Dios como el corazón de su padre David. (De lo perfecto del corazón de David, ya, lector, estamos al cabo de la calle.) Porque Salomón siguió á Astaroth, Dios de los sidonios, y á Milcom, abominación de los ammonitas. E hizo Salomón lo malo en los ojos de Jehová, y no fué cumplidamente tras Jehová como David su padre. (Por esto sin duda no asesinó á los maridos que le estorbaban, como el pobre Uria; ni encargó á la hora de su muer-

te que degollasen á sus mejores amigos.) *Entonces edificó Salomón un alto á Chemos, abominación de Moab, en el monte que está enfrente de Jerusalén.* (Este monte es el famoso monte Olivete, donde sudó sangre Jesucristo, descendiente de este Salomón, que le consagró al Dios Chemos, de quien sólo sé que era chato y de abultados morros.) *Y á Moloch, abominación de los hijos de Ammón.*

En honor de Moloch me parece que se tostaban los chiquillos, casi por el mismo procedimiento que ahora se asan los marranillos en la famosa casa de Botín, que encuadro en estas notas, en honor de las tres generaciones de madrileños que en ella se han quitado el hambre.

Y enojóse Jehová contra Salomón... ¡Pues hubiera estado de ver que no se hubiese enojado! ¡Muy bien hecho, si señor, muy bien hecho! Yo mismo, que he reprendido tantas veces en Jehová los enfados y rabietas á que, tan sin ton ni son, solía entregarse, ahora no puedo menos de aplaudirle por su enojo contra Salomón. Lo que es como á mí me hubiese hecho la perrada que le hizo á Jehová, en caso de éste, le cuezco vivo. Pues ahí es nada lo del ojo, y, como dice el refrán, lo traía en la mano. Elegir un hombre, hacerle rey, concederle todo el oro, plata y piedras preciosas que había en la tierra, llamarle á Gabaón é infundirle la sabiduría en un biribis interin dormía, dejarle construir un templo, un palacio y una casa de recreo, enviarle la visita de la reina de Seba, aguantarle mil mujeres, y recibir en pago la ofensa horrible de verse pospuesto á un Chemos morrón, á un Ammón cornudo, y á un Moloch en forma de tostadera, reconozco que no era cosa de que lo aguantara el omnipotente y cascarrabias Jehová.

Y no lo aguantó, no, lector querido; no lo aguantó. El que, por ver un tantico olvidaba su autoridad, soltó las cataratas del abismo y aho-

gó á todo el género humano; el que por truecos de discutible buen gusto arrasó á Sodoma y Gomorra; el que afligió á Egipto con tantas plagas porque los faraones no se dejaron engañar con las palabras relamidas del tartamudo Moisés; el que por meterse en belenes revolucionarios abrió la tierra para que se tragase á Dathan y Abirán; el que había hecho apedrear á tantos pobretes israelitas por el menor descuido en los detalles del culto; el fuerte, el celoso Jehová, enarcó las cejas, levantó la diestra, abrió la boca, y dirigiéndose á Salomón le dijo:

Por cuanto ha habido esto en tí, y no has guardado mi pacto y mis estatutos que yo te mandé, romperé el reino de tí, y lo entregaré á tu siervo. Empero no lo haré en tus días, por amor de David tu padre; romperélo en la mano de tu hijo. Sin embargo no romperé todo el reino, sino que daré una tribu á tu hijo por amor de David, mi siervo, y por amor de Jerusalén que yo he elegido.

Atónito me deja esta mansedumbre del señor Jehová. ¡No te reconozco, Dios de mis comentarios, no te reconozco! ¡Qué se han hecho tus bríos? ¡Qué ha sido de aquél aliento abrasador con que reducías á cenizas al osado que urgase la orla de tu manto? ¡No te atreves con Salomón por ser rey? ¡O por ser sabio? ¡Qué te respondió tu elegido al oír la sentencia?

Yo no lo sé, porque no te dignastes hacerlo constar en la *Santa Biblia*, pero me lo presumo. Con su profundo excepticismo, y con su sorna habitual desde el infundio de Gabaón, es lo más probable que el que más te ofendió de todos los hombres, pues te equiparó con Chemos, después de levantarte un templo, te replicase: ahí me las den todas, buen Jehová. Porque es bíblicamente auténtico, que á pesar de sus mil mujeres y su docenita de dioses para alternar, *Salomón reinó en Jerusalén sobre todo Israel cuarenta años. Y*

durmió Salomón con sus padres, y fué sepultado en la ciudad de su padre David; y reinó en su lugar Roboam su hijo.

¡Duerme en paz, santo y sabio rey, con cuya faz rubicunda y satisfecha los católicos adornan los techos de sus iglesias, y desde el alto cielo en que resides, después que se dió suelta á los aprisionados por la Hidra en el seno de Abraham, mira con un poco de bondad, siquier sea en desagravio de tus setecientas mujeres reinas y trescientas concubinas, á cierto pobre jesuita conocido mio, que admirándote mucho por tu sabiduría, se devana los sesos para justificar su castidad, absolutamente tonta.

LIII

Comentadas llevo las vidas y relatados los milagros de los tres primeros reyes de Israel, que fueron, si no lo has á mal, lector querido, tres solemnísimos bribones, ya que al buen Jehová, que de la nada les había sacado y puesto tan en espetera, le dieron cada disgusto y cada sofocón que el pobre Dios se encontró en más de tres ocasiones sin saber por donde tirar, ni qué hacer con ellos.

Saul se le fué á consultar á la pitonisa de Endor; David se le escurrió en lo de Uría; á Salomón no hay por donde echarle mano sin topár con algún vicio. Pues con todo esto, si lo meditas despacio, estos tres señores fueron las únicas personas medio decentes que ocuparon el trono aquel que parecía una leonera: los que después de ellos en él se sentaron, constituyen una verdadera galería de canallas y rufianes con corona.

Y como, por una parte, mi espíritu republicano parece como que se goza en tirar de la manta con que hasta el presente el diablo sin duda ha procurado tener tapados los vicios, crímenes, embustes y trapacerías de los reyes, y por otra,

yo no dejo ninguna de mis afirmaciones sin probar, voy á la ligera á retratar la gentecilla que, con cetro en la mano y diadema en la cabeza, dominó, explotó, estrujó, gobernó, escandalizó, y, por fin, entregó al extranjero al pueblo escogido de Jehová.

Comienza el desfile.

*
* *

ROBOAM. A la muerte de Salomón, el pueblo se congregó en Sichein para proclamar por rey á su hijo Roboam. Quejóse el pueblo de que Salomón le había gravado con muchas gabelas y pidió humildemente que se le aliviase algún tanto. El botarate de Roboam consulta primero á los ancianos y luego á los jóvenes, no menos botarates que él, y por consejo de éstos responde neciamente á los peticionarios: *Mi padre agravó vuestro yugo, pero yo añadiré á vuestro yugo: mi padre os hirió con azotes, mas yo os heriré con escorpiones.*

Al oír esta estúpida respuesta (bien que estúpida, esta contestación de Roboam, declara la Biblia que se la inspiró Jehová), diez tribus de Israel se llaman andana, se congregan aparte, y se dan por rey á cierto mancebo de historia, llamado Jeroboam. Roboam, como el gallo de Morón, vuelve á Jerusalén sin plumas, pero cacareando, y envía ejércitos contra Jeroboam, que se los derrota y constituye un reino independiente, cuya capital fué primero Sichein, y después Samaria.

Como este estúpido comienzo fueron los diez y siete años que reinó Roboam, durante los cuales la idolatría triunfó en toda la línea, y hubo también sodomíticos en la tierra. Por añadidura Sísac, rey de Egipto, atacó á Jerusalén y entrándola á saco, se llevó todos los tesoros del templo y del palacio, incluso los famosos escudos de oro que hizo Salomón, los cuales Roboam susti-

tuyó por otros de... similar... ó de imitación. Después de lo cual, Roboam, descansada la cabeza, y sereno el corazón, durmió con sus padres, que es la perifrasis que usa constantemente la *Biblia* para expresar que un hombre dejó de vivir.

JEROBOAM. Huido de muchacho á Egipto, por escapar á las iras de Salomón, Jeroboam no descurió el trato continuo con sus paisanos, en quienes alimentó sin cesar el ansia de hacerse independientes del yugo de la casa ó dinastía de David. Viniéndole como anillo al dedo el estúpido proceder de Roboam, preséntase con el prestigio de sus persecuciones ante los descontentos, que en el acto le eligen por rey de las diez tribus.

Reedificó Jeroboam á Sichem en el monte de Efraim, pero como era imposible que el antiguo y pobre altar de Sichem compitiese con el espléndido templo de Jerusalén, pensando muy cuerda-mente, determinó Jeroboam hacer de su parte cuanto pudiese, porque los israelitas no tuvieran necesidad de subir á Jerusalén para ningún acto religioso, pues temía que estos viajes fueran ocasión de tornar á la obediencia de la casa de David.

Al efecto, hizo dos becerros de oro, sumamente lindos, y, poniendo uno en Bethel y otro en Dan, dijo al pueblo entusiasmado: *Harto habéis subido á Jerusalén: «he aquí tu dioses, oh Israel, que te hicieron subir de la tierra de Egipto.»*

Además de fabricar dioses-beceros, instituyó por sacerdotes á gentes tomadas del seno del pueblo, declaró fiestas, y, en una palabra, organizó á su manera el culto, el cual llama nefando y pecaminoso la *Biblia*, sin reparar que sucedía por haberlo determinado así Jehová, que á lo mejor, como se ve, hacia cada tontería, que más que Dios parece un bolonio.

Por estos ataques al culto de Jeroboam le su-

cedieron cosas estupendamente milagrosas. Estando un día celebrando al becerrito de Bethel, se le presentó un *varón de Dios* (ignoro la pinta que tendrían estos varones de Dios), y después de echarle una profecía horripilante, iba á tomar las de Villadiego, cuando el rey, estendiendo la mano, mandó prenderlo. Decir esto y romperse el altar, derramarse la ceniza y quedarse seca la mano del rey, fué cosa de un segundo. Cualquiera pensará que Jeroboam, en vista de semejante milagro, que probaba de una manera concluyente el ser de Dios el varón aquel, se arrepentiría y enmendaría. Nada de eso. Lo que hace es rogar bonitamente al susodicho varón de Dios que le restituya la mano á su estado natural, lo cual este ejecuta al punto con la mejor voluntad del mundo.

Todas estas tonterías acaban por quererse llevar el rey á comer al profeta, y éste negarse en redondo, porque tenía, dijo, orden de Jehová de no comer ni beber en aquella tierra de pícaros, cuya ruina había venido á predecir.

Pero vivía en Bethel un viejo marrullero, á quien también llama profeta la *Santa Biblia*, sin duda porque el oficio abundaba, poco más ó menos como el de pinche de billar en nuestros tiempos, el cual viejo marrullero, así que le oyó contar este cuento á un su hijo, enalbardó el asno, y, pian piano, se fué tras el otro profeta de la horripilante profecía. Hallóle debajo de un alcornoque, árbol clásicamente bíblico, y le convidó á echar un bocado y un traguete. El buen profeta le dijo que no podía ser porque Jehová le había ordenado no comer ni beber en aquella tierra de perdidos. Compadre, contestó el profeta de Bethel, si no es más que eso, animate y vamos á cenar, que yo también soy del oficio, quiero decir, profeta como tú y vengo de parte de Jehová á levantarte esa prohibición, que te haría pasar esta noche con la tripa llena de aire.

A pasito de burra volvieron los dos profetas á Bethel y cenaron de largo, no sin oír el convida- do airadas palabras de su huésped, á quien, á pesar de ser un rufián de la profecía, le inspiró Jehová de sobremesa para que anunciase al otro una muerte violenta, que, en efecto, le da un león en el camino, al poco de salir de Bethel, á donde le hubiera valido más no ir á profeti- zar nunca.

Lo más gracioso del caso, en este graciosí- simo timo profético, es que el engañador, así que sabe que á su compañero le ha matado un león (que para prueba completa de andar Jehová en este negocio, no había destrozado el cuerpo del profeta, ni hecho el menor daño al borriquito que montaba), entra en arrepentimiento, y, cogiendo otro borriquito, se va á buscar el cadá- ver, que entierra con todos los honores debidos á su rango y categoría de tonto, ordenando á sus hijos que cuando él mismo se muriera le en- terraran junto á tan desdichado profeta, como así se hizo.

Contado este cuento, al que no le encuentro el argumento, la *Biblia* dice que Jeroboam volvió á las suyas de pecar y hacer pecar á sus súbditos, por lo cual su dinastía, andando el tiempo, había de ser cortada y raída de sobre la haz de la tierra.

Cualquiera discurre, que con no haberla plan- tado, el buen Jehová se hubiese ahorrado cor- tarla; pero pedir lógica á la *Biblia* es pedir pe- ras al olmo.

LIV

Cualquiera discurre que, tras el anuncio de lo que le había de pasar á la pecadora dinastía de Jeroboam, fabricante al por mayor de dioses be- cerros, ó de becerros dioses, que tanto monta, debiera venir la catástrofe, irremediable como cosa resuelta por Jehová, que, á pesar de sus

veleidades y arrepentimientos, cuando decretaba algo, había de ser, por encima de la cabeza de... Iba á decir de Dios, pero como éste y el supra- dicho Jehová eran una misma cosa, diría una sandez, y no quiero decirla, porque no me gusta espigarle el campo que siegan á los mestizos. Diganlas ellos, y diga yo lo que sigue en la *Santa Biblia*, que comento, y cada cual hará aque- llo para que ha nacido, con lo que la república de las letras no necesitaría elegir nuevo presi- dente, ahora que se le ha muerto el que tan dig- namente venía siéndolo hacia cincuenta años, con desesperación y aburrimiento de reyes y de papas, los cuales y Víctor Hugo siempre andu- vieron á la greña.

Pero, volviendo á mi cuento, digo á la *Biblia*, lo que sigue es una anecdotilla médico-monár- quico-profética, sumamente instructiva, que para no quitarla el saborcillo teológico, que es el mejor que tiene, copiaré á la letra. Y dice así:

«*En aquel tiempo* (y usted perdone la manera de contar) *Abias, hijo de Jeroboam, cayó enfermo.* (¡Pobre chico!) *Y dijo Jeroboam á su mujer:* (vean ustedes caballeros, la llaneza con que tra- taban EN AQUEL TIEMPO los reyes á las reinas) *Levántate ahora* (que si lo dejas para luego es tarde) *y disfrazate porque no te conozcan que eres la mujer de Jeroboam* (pleonasma se llama esta figura, porque para que la conocieran no se había de disfrazar), *y vé á Silo, que allá está Ahias profeta, el que me dijo que había de ser rey sobre este pueblo. Y toma en tu mano diez panes, y turrónes* (¡Oh! respetable anti- güedad del turrón. Ya me había yo barruntado que el turrón debía ser tan viejo como los conservadores, pero no que fuese conocido en *aquel tiempo* del señor Jeroboam), *y una botija de miel, y vé á él y que te declare lo que ha de ser de este mozo.* (De este Ahias profeta á uno de nuestros tres apóstoles famosos, no hallo de di-

ferencia el canto de una peseta, aparte los panes, los turrónes, la miel, y la obligada intervención de Fernández Villaverde y García del Rivero, mucho nombre y poca cosa, en el motincilio de los barrios bajos.)

»Y la mujer de Jeroboam hizo lo así: y levántose y fué á Sítio (dado que no se dice fuera montada en el bíblico borriquillo, deduzco que hizo el viaje á pie, y quedo pasmado del *sans façon* con que viajaba, en aquel bendito tiempo, una reina, *pedibus andando*, disfrazada y cargadita con diez panes, unos turrónes y una botija de miel), y vino á casa de Abia; y no podía ya ver Ahias, que sus ojos se habían obscurecido á causa de su vejez.

»Mas Jehová había dicho á Ahias: He aquí que la mujer de Jeroboam vendrá á consultarte por su hijo que está enfermo: así y así la has de responder (¡Como yo tuviera un Jehová que me dijera lo que había de responder en las consultas, maldito de mí si antes de un año no le había quitado la clientela á todos los médicos de Madrid, y hecho suficiente dinero para dar al traste con todo lo que me encocora, que el lector y yo sabemos bien lo que es.) Pues será que cuando ella viniere, vendrá disimulada. Y como Ahias oyó el sonido de sus pies cuando entraba por la puerta (que el profeta curandero se hubiera quedado ciego de vejez, no me choca: lo que me choca es que tuviera á sus años tan listo el oído), dijo: Entra, mujer de Jeroboam: ¿por qué te finges otra? empero, que soy ENVIADO á ti con revelación dura. (Este enviado en boca de uno á quien van á buscar cae tan bien como en un Santo Cristo un par de pistolas.)

Vé y dí á Jeroboam. (¡Pobre reina! El marido la envía al profeta: el profeta la remite al marido.) Así dijo Jehová Dios de Israel: por cuanto yo te levanté de en medio del pueblo y te hice príncipe sobre mi pueblo Israel, y rompí el rei-

no de la casa de David (¡Vaya unas cosas buenas de que farfantea Jehová!), y te le entregué á ti, y tú no has sido como David mi siervo (como si dijera: mi mujer há malparido, tiempo perdido) que guardó mis mandamientos (¡que lo diga Uria!), y anduvo en pos de mí con todo su corazón, haciendo solamente lo que era derecho delante de mis ojos (¡y la peste con que fué castigado el empadronamiento!); antes hicisteis lo malo sobre todos los que han sido antes de ti, (¡buena mano la de Jehová para escoger reyes! ¡Pero buena!), que fuistes y te hicistes dioses ajenos y de fundición (¡esta, esta sí que fué negra! ¡De fundición!) para enojarme, y á mí me echas tras tus espaldas (¡bonita posición, pero bonita!); por tanto, he aquí que yo traigo mal sobre la casa de Jeroboam, y yo talaré de Jeroboam todo meante á la pared (¡admira, lector, la limpieza y, sobre todo, el olorcillo de la imagen bíblica), así el guardado como el desamparado en Israel (¡eche usted justicia, y sobre todo misericordia!); y barreré la posteridad de la casa de Jeroboam, como es barrido el estiércol, hasta que sea acabada. (Lo del estiércol barrido es otra imagen más propia de un palafrenero que del Espíritu Santo. Debe haber aquí algún error de copia ó traducción.)

El que muriere de los de Jeroboam en la ciudad le comerán los perros (¡pobre difunto!); y el que muriere en el campo, comerlo han las aves del cielo. (Esta clase de difuntos salían gananciosos; pues mete más miedo, al parecer, que le coman á uno los perros que los cuervos después de muerto), porque Jehová lo ha dicho así (pues digo que no se quedó corto ni anduvo en remilgos Jehová al decir). Y tú levántate y vete á tu casa, que entrando tus pies en la ciudad morirá el mozo. (Digo que la mujer de Jeroboam debía querer al mozo poco más ó menos como le quiero yo, que no le he conocido, ni pienso conocerle

ya, por lo que después sucedió, que fué volver á la ciudad. De quererle, con no haber sido tonta, aún duraría el mozo, pues con no haber metido jamás el pie en la ciudad, le hacía inmortal: que Jehová no se habría de ir á desdecir de lo que dijo por boca de Ahías.)

Aún sigue la anécdota, pero á mí se me ha acabado la gana de comentarla, y digo, para terminar, que así que Ahías concluyó de ser vocero de Jehová, la mujer de Jeroboam se volvió á donde estaba su marido, á Tírsa: que así que ella entró en esta ciudad el mozo espichó: que los israelitas le enterraron, como era justo y razonable, pues con éste no rezaba la sentencia de los meantes á la pared, lo que me deja sospechar que mearía en campo raso: que así mismo le en-decharon muy pulidamente, lo que debió saber muy bien al pobre mozo; y, finalmente, que hasta Jeroboam se murió, después de haber reinado veintidós años hecho un Pepe, con sus dioses becerros, sus sodomíticos en la tierra, sus varones de Dios que le secaban la mano con que mandaba prenderlos, y su profeta silonita que tan buenas noticias le enviaba por medio de una reina andariega y fortachona, porque para tirarse á pie el camino de Silo á Tírsa y vuelta, cargada con diez panes, turrónes y una botija de miel á la ida, paréceme que dicha reina no debía de ser de alfenique, ni padecer de callos ni juanetes.

LV

Declaro honradamente que yo fui engendrado de mala madera monárquica y católica. De entrambas especies, bien pesadas, creo que no pusieron en mi peso de dos tomines y valor de dos maravedises. Por eso no extrañe jamás salir cantando de ruiñón, quiero decir, que no me acuerdo haber sido jamás realista, ni nunca haber ayudado á misa: que son dos cosas suma-

mente útiles para conservar derecho el espinazo y lustrosas las rodilleras de los pantalones. Pero con la misma honradez declaro también que, si hubiera nacido monárquico-católico, muy pronto habría perdido la afición, al estudiar la historia de los *reyes godos*, que trató de enseñarme cierto exdómine, que el diablo ha muchos años debe tener á ración diaria de palmetazos y estirones de orejas si, como supongo, hay siquiera leves nociones de justicia retributiva en el infierno.

Porque aquel bárbaro (el dómine, se entiende), como había conseguido en veinte años aprenderse de memoria la lista de los reyes godos, desde Ataulfo á D. Rodrigo, puntualizando los años de sus respectivas muertes, y las que de éstas fueron violentas, única cosa que constituía su conocimiento de la historia visigótica, había tomado á empeño furioso meter en veinte días en las molleras de sus discípulos semejante serie de necedades cronológicas y brutalidades morales; para lo cual, dado que había sido sargento instructor de reclutas antes que catedrático de inocentes criaturas, y siempre aficionado al aguardiente de caña, á los sermones de cuaresma y al refrancillo clericalesco de que la letra con sangre entra, comprenderá el lector amable que los tales reyes godos, después de hacerles pasar á nuestros abuelos las de Caín, nos hicieron á los nietos sudar tinta, bajo las disciplinas del monstruo á que me refiero.

Yo que, gracias á Dios, ya que poco talento, tengo una memoria regularcilla (que, afortunadamente no me dejará olvidar las perrerías que me llevan hechas los mestizos, y las que aún me harán), fui de los que salieron mejor librados, y con todo y con eso, Suintila me costó tres pares de palmetazos que me tuvieron las manos hinchadas una semana, Chindasvinto un estirón de orejas que me hizo ver las estrellas á las once de

la mañana, Egica una paliza de que aún guardarán memoria mis pantorrillas de no resguardármelas picarescamente con el gabán á modo de miriñaque ó de coraza, y los ojos de Vitziza, como si yo ó alguien de mi familia se los hubiera arrancado, me tuvieron tres días en el calabozo.

En aquella clase se vieron cosas horrendas. A un Rafaelón, que por sus pecados era estevado de piernas y de entendimiento, el no hacer morir asesinado á San Hermenegildo le valió una mano de bofetadas que le ensangrentaron la boca, porque el exdómine apaciguaba sus instintos de fiera cuando, á la preguntita de reglamento.—*y éste cómo murió*—que hacía con la vara en la mano, la vista en la presa, el pie derecho adelantado y el cuerpo encorvado como el tigre cuando va á herir, se respondía: *Asesinado por su sucesor*. Tres reyes asesinados de seguida le templaban los ardores de la caña.

Estos infantiles recuerdos me hacen aborrecible la indigesta letanía de los reyes godos, aún en el día de hoy. Aquella serie de asesinatos, envenenamientos, mutilaciones y despojos que la constituyen, me hubieran quitado el herpetismo monárquico, de haberle yo heredado; así como las trapacerías hermenegildescas y leovigildescas me hubiesen limpiado de la escrófula católica de traerla yo en la masa de la sangre. Porque si el catolicismo monárquico de los señores reyes godos, de Recaredo en adelante, me costó á mí tan sendos estirones de orejas y tan ambos palmelazos (que el dómine jamás perdonó la zurda después de tentar la derecha), ¿no sería yo un badulaque en sentir que se llevasen los demonios en el Guadalete toda aquella *grandeza pública* que tan privadas zurras me proporcionó? ¡St, vive Dios! Que los rubios de ojos azules vieran por ellos más agua que lleva el Manzanares, deplorando el triunfo de los árabes de Tarik, ya

que el color de su pelo y pupilas les consienten la ilusión de descender de un godo, quizá de un alano, tal vez de un silingo, probablemente de suevo, acaso de un vándalo; yo, español legítimo y, por ende morenito, de pelo negro como la endrina y pupilas de azabache, uno de aquellos *moros bautizados* que, según la elocuente frase de Chateaubriand, constituimos la masa de la población de España, no tengo por qué afligirme de que los godos se ahogasen en Guadalete, y que á su monarquía se la llevase la trampa. Y respecto del catolicismo, que nos impusieron á cintarazos los godos, los sucesores de los godos, y los admiradores de los godos, no sólo no tengo por qué sentir que ande tan de capa caída, sino que, por el contrario, deberíamos los morenos formar una coalición para descatolizarnos, si quiera fuese en desagravio de la sangre moruna que llevamos en las venas.

Pero dirá el lector: ¿á qué vienen todas estas divagaciones góticas y arábicas en unas *Notas de Estudio sobre la Santa Biblia*? ¿Qué tienen que ver los reyes godos con los reyes judíos que venia Riofranco presentando en ordenada galería?

Debo contestar y contesto: Perdóname, lector, la divagación. Allá van notas donde va mi gusto, que dijo el otro de sus versos. Parodiándole una octavilla famosa, podría yo exclamar:

Recuerdos horripilantes
de una horripilante historia

me han asaltado el magin al presentármese en él, sin saber por qué, el odioso exdómine que intentó enseñarme la historia gótico-española.

Pero la divagación, no lo dudes, iba derecha como una bala á la historia de los reyes judíos. Lo que quería decirte era, y no me lo dejo en el tintero, que así como de los reyes godos, en general, se puede decir *este fué aún peor que el anterior*, pintiparada y de molde viene la frase á

los reyes judíos. *Este fué aún peor que el otro:* he aquí en compendio la historia de la mayor parte de ellos. Y así como al último rey godó le chapuzaron los árabes en un río, al último rey judío le llevaron los caldeos á orillas de otro río, para que allí llorase sus penas á sus anchas. Es una endiablada historia, aunque escrita por el Espíritu Santo, la cual hay que dividir en dos ramas, para exponerla en toda su diablesca desnudez.

Ya sabes, lector, que Jehová, después de reunir en manos de David y de Salomón las doce tribus, cometiò la solemne tontería de partir el reino en dos. Su voluntad debió ser buena, indudablemente, pero la erró de medio á medio. Jehová creería que teniendo dos reinicos chicos, andaría más honrado que con uno grande; pero le salió la cuenta de las monteras de Sancho, quiero decir, que los dos reinos chicos sólo le sirvieron para hacerle perrerías por duplicado. Y en prueba de ello, lee.

A Jeroboam, solemnísimo bribón renegado, pues se fué tras los dioses becerros, sucedió su hijo, de nombre NADAB, que reinó dos años, y, dice el texto, *hizo lo malo en ojos de Jehová andando en el camino de su padre, y en sus pecados en que hizo pecar á Israel.*

Como se vé, las señas son mortales. Pero á este picaro de Nadab, Jehová le hizo pagar todas las suyas y las de su papaito, como tenía prometido; para lo cual, un conspirador, llamado BAASA, le mató malamente, alzándose después con el santo y la limosna, quiero decir, con las diez tribus y el título de rey.

Este Baasa, después de coronado, no dejó de la casa de Jeroboam meante á la pared, y, como los perros ciudadanos lo hacen de esta manera, es de suponer que ningún perro (¿qué harían de las perras?) de esta vecindad, perteneciente á la familia de Nadab, salió con vida de las garras de Baasa.

Entre este Baasa y un rey godó de los varios que, después de matar á su antecesor, degollaron toda su familia, ¿quién me encuentra diferencia? Pues si no la hay, ¿quién dirá que yo divago?

LVI

Ni el asesinar á Nadab, ni el raer de la casa de éste todo meante á la pared, le sirvieron de nada al pobrecito Jehová, que se tiraba de las luegas barbas en el empíreo, viendo que sus queridísimos israelitas hacían de él tanto caso como yo de las excomuniones de los reverendos obispos y arzobispos españoles. Porque Baasa, que empezó mal, pues el asesinato es mal camino para todas partes, aun para el trono, durante los veinticuatro añazos que reinó, hizo veinticuatro mil perrerías al Dios que vió de espaldas Moisés en Horeb, deleitándose en el culto de los toritos jovencillos, ó séase becerros que mandó fundir Jeroboam el previsor.

Con todo y eso, Jehová se lo llevó en paciencia, acomodándose al humor teológico y á la decida afición becerril del conspirador alzado á rey. Sin embargo, envió un profeta, para que anunciara á los vivientes que, si á Baasa perdonaba, lo que es sus descendientes se la habían de pagar con una raedura de meantes á la pared en toda regla jehováica, que sabido es consistía en que á los muertos en la ciudad se los comiesen los perros y á los difuntos campesinos se los engullesen los grajos.

El ciudadano por cuyo intermedio envió ahora Jehová el recadito, llamábase Jehú, de quien sólo se sabe que fué hijo de Hanani, pocas señas para poderle distinguir el día del juicio en el valle de Josafat, entre la caterva innumerable de los profetas, iluminados, ó *alumbrados*, que tanto monta.

A Baasa que durmió con sus padres, según la

frase bíblica, sucedió ELA, su hijo, que no dió juego monárquico más que dos años, viniendo á pagar todas las diabluras de su papá, y las suyas propias.

Erase este Ela un borrachón regio que, con poquisimo decoro, se rebajaba hasta achisparse en casa de su mayordomo mayor, con quien andaba de juerga cierto día en que, atufándose un tal Zimri, comandante de la mitad de los carros, se sublevó, y, sin andarse en paños calientes, cogió al rey y bonitamente le mató, aplicando la misma expeditiva receta á toda la real familia, para que no quedase en mal lugar Jehú, que lo había profetizado.

ZIMRI, más hueco que una gallina clueca, ocupó el trono, pero le duró muy poco la breva, porque el ejército israelita, que á la sazón sitiaba una ciudad llamada Gibbethon, pensando muy sabiamente que su general OMRI haría un más guapo rey que Zimri, se pronuncia (porque esto de los pronunciamientos yerra quien diga que lo hemos inventado los españoles), en favor de Omri, deja el sitio de Gibbethon, y acude á Thirsa, donde estaba Zimri, para mandarle á hacer compañía á Ela.

Viendo Zimri el nublado que se le venía encima, métese en palacio, le prende fuego, y muere achicharrado, por sus pecados que él había cometido, dice la Biblia, los cuales, digo yo, no debieron ser muchos, porque en siete días que reinó, aunque tuviera el diablo dentro del cuerpo, no podría hacer muchas cosas malas.

Achicharrado Zimri, la opinión pública (que esta señora es también más vieja que un palmar) se dividió por todo Israel entre Omri y un tal THIBNI. Mas el pueblo que seguía á Omri, pudo más que el que seguía á Thibni: y Thibni murió y Omri fué rey. Sublimes palabras bíblicas que contienen un curso completo de filosofía monárquica, el cual entrego íntegro á las meditaciones

de todos los católicos presentes y futuros. El pueblo que seguía á Omri pudo más que el que seguía á Thibni, y Omri fué rey, y Thibni murió. Sólo por la claridad de estos conceptos del *pudo más y fué rey*, estoy á punto de perdonarle al Espíritu Santo sus disparates científicos, sus errores cronológicos, sus pornográficas descripciones, sus mil y una petulancias políticas y teológicas, y hacerme admirador suyo y de su obra la Biblia. ¡Porque, lectores míos, ahondando esa frasecilla, parece que le toco la hermosa y rutilante frente a la República que adoro!

En la docena de años que Omri fué rey, lo hizo peor que todos los que habían sido antes que él, con lo que se comprueba mi frase compendiosa de la historia de los reyes de Israel en general: *éste fué aún peor que el otro*. Figúrate, lector, cómo sería este monarca, cuando fué aún peor que Jeroboam, Nadab, Baasa y Zimri. Sin embargo, con permiso del Espíritu Santo, que dice esto, te digo yo, que Omri hizo algo bueno, que fué edificar á Samaria, ciudad fuerte y grande, por muchos años después capital de Israel. Y yo, francamente, al que edifica una ciudad, estoy dispuesto á perdonarle cuantas perrerías le hiciese á Jehová.

Pues si Omri fué malo, ¿que diré de ACHAB, su hijo, que reinó, después de muerto el padre, veintidos años?

De éste; dice la Biblia: *hizo lo malo á los ojos de Jehová sobre todos los que fueron antes que él; porque le fué ligera cosa andar en los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat, y tomó por mujer á Jezabel, hija del rey de los Sidonios, y fué y sirvió á Baal y le adoró: é hizo altar á Baal en el templo de Baal que él edificó en Samaria. Hizo también Achab un bosque: y añadió Achab, haciendo provocar á ira á Jehová Dios de Israel, más que todos los reyes de Israel que antes de él habían sido.*

Si estas palabras, lector, no te confirman aquello de este fué aún peor que el otro, y no te demuestran que para el Espíritu Santo el toque de ser bueno ó malo un rey estaba en servir ó no servir á Jehová, habré de renunciar á hacerte comprender que en esta historia israelista, de parte de los reyes de Samaria hubo siempre un odio secreto al culto mosaico, cuyo centro era el templo de Jerusalem, que guardaba el Arca de la Alianza, por temor fundado de que si el culto mosaico prevalecía, la independencia de las diez tribus respecto á la de Judá, corriese graves peligros.

Las veintidos años del reinado de este Achab, el impio, el infame, el malvado, el odioso Achab, que dicen los católicos, ocupan en la *Biblia* seis largos capítulos, dignos de comentario largo y divertido, porque lo que jamás había [en el mundo pasado, sucede en uno de ellos, y es que un mozo muerto resucite, cosa estupenda, piramidal y morrocotuda, que he de examinar despacio, por ver si logro, á fuerza de escudriñar, hallar la receta de que Elías se sirvió para ello; porque, ahora que amenaza el cólera, dedicarse á resucitar muertos sería un negocio loco, y un admirable medio de propaganda en favor del libre-pensamiento. ¡Vamos! ¡Pues no tendría gracia que yo dejase al doctor Ferran, resucitando á los muertos de la epidemia oficial, merced á mis estudios bíblicos, tamaño como un Romero Roldo!

LVII

Por que en el reinado de Achab anduvo por el mundo un profetazo descomunal, que realizó cada milagro y llevó á cabo cada barrabasada que, sino hicieron temblar el *Credo*, fué por la sencillísima razón de que aún por entonces no había sido éste confeccionado en el concilio de Nicea.

Llamábase aquel barbián Elías, y su primera aparición en la *Biblia* es para decirle al rey Achab, en tono pedantesco y adornando la frase con un juramentillo bastante agrio, que por espacio de unos cuantos años no había de llover en tierra de Israel más que cuando á él bien le pareciera. En seguida cobra miedo y se larga más que á paso, yendo á esconderse en el arroyo de Cherit, donde los cuervos le llevaban todos los días su ración de pan y carne por la mañana y de carne y pan por la tarde. Te digo, lector, con toda mi ingenuidad republicana, que ignoro por completo si los cuervos robaban estos alimentos, ó eran de su propio peculio y peculiar fabricación; mas juro que, si lo primero, eran unos cuervos ladrones, dignos de garrote vil en opinión de carniceros y panaderos respetables, y si lo segundo, que este milagro es aún mayor que el otro, porque nadie me negará que fabricar un pan le debe costar un poco más de industria á un cuervo que, una vez hecho, cogerlo en el pico y llevarselo á un arroyo á un profeta huido y entablerado.

Á los pocos días, el arroyo en que bebía Elías se secó, indudablemente porque al profeta no le dió la gana de hacer llover, y Jehová, para que su elegido no se muriera de sed, que fuera muerte muy cursi para un profeta que disponía de las lluvias, baja al arroyo y le dice á Elías que se vaya á Sarepta de Sidón, donde le tenía preparada una viuda, en cuya casa había muy poco dinero, pero mucha comodidad de hacer un par de milagros y acreditarse de escamoteador y taurmurgó de primera.

Elías, sin despedirse siquiera de los cuervos, marcha á Sarepta, y al llegar á la puerta de la ciudad topa con la viudita, ocupada en el campastre entretenimiento de coger unas serojas, para hacer una ensaladilla con que aplacar la gazuza propia y la de un su hijo, niño al parecer

Pide Elías á la campesina dama un vaso de agua, que ésta se dispone á traerle en el acto de muy buena voluntad; pero como el pedir fué de siempre eminentemente teológico, el profeta, viéndola tan obediénte, la ruega que le traiga además un pedazo de pan. La pobre viuda replica al pediguéño varón que apenas si le queda en casa un puñado de harina, mas el profeta contesta que lo emplee en hacerle una torta, y que no se apure, pues ni aquella harina había de acabarse, ni la botija del aceite amenguarse por muchas tortas que le hiciese.

Y fué así; lo cual se ha de tener por verdadera y cumplidamente milagroso; porque el que niegue ser milagro esto, ni entiende de teología hebraica, ni de profecía, ni de nada que tenga sentido bíblico, que es de todos los sentidos el más reñido con el sentido común. Empero, aunque milagro, esto de no consumirse la harina y el aceite de la viuda es un milagro que pudiéramos llamar pedestre ó de infantería, al lado de otro que sigue, el cual, sin impropiedad de lenguaje, podría denominarse milagro montado ó de caballería.

Hable el texto:

«Después de estas cosas (*mejor dijera tortas*) aconteció que cayó enfermo el hijo del ama de la casa *la cogedora de serojas á causa de no tener otra cosa que comer*), y la enfermedad fué tan grave, que no quedó en él resuello. Y ella dijo á Elías: ¿qué tengo yo contigo, varón de Dios? ¿Has venido á mí para traer en memoria mis iniquidades y para hacerme morir mi hijo? Y él le dijo: Dame acá tu hijo. Entonces él lo tomó de su regazo y llevólo á la cámara donde él estaba (*obsérca, lector amable, cómo Elías procuraba hacer las cosas buenas solito, para que no le incomodase la gente*) y púsole sobre su cama. Y clamando á Jehová dijo: Dios mío, taun á la viuda en cuya casa estoy hospedado, has afligido

matándole su hijo? Y midióse sobre el niño tres veces (*por esto llamo el milagro montado, porque para medirse un hombre vivo sobre un niño muerto, no veo otro procedimiento que echarse el vivo sobre el difunto*) y clamó á Jehová y dijo: Jehová, Dios mío, ruégote que vuelva el alma de este niño á sus entrañas. Y Jehová oyó la voz de de Elías, y el alma del niño volvió á sus entrañas, y REVIVIÓ. Tomando luego Elías al niño, trájolo de la cámara á la casa, y diólo á su madre, y dijola Elías: Mira tu hijo, vive. Entonces la mujer dijo á Elías: ahora conozco que tú eres varón de Dios, y que la palabra de Jehová es de verdad en tu boca.»

He dejado hablar de corrido al Espíritu Santo, porque estas cosas de *recibir*, ó sea resucitar los muertos, tienen tres pares y medio de bemoles, y no son para contadas por dosis ni por profanos. La cosa es todo lo seria que una cosa puede ser. Al chico de una pobre viuda le da una congoja; la madre le cree muerto y acusa en su dolor de la desgracia á un hiesped atrabiliario y y teológico, que se ha entrado de rondón en su casa; éste coge al muchacho, le lleva á su cuarto, se echa sobre él y se le devuelve con vida á la madre; y ésta, en el paroxismo de la alegría, clama: tú eres enviado de Dios. ¿Cabe mejor procedimiento para acreditarse de profeta? El que lo dude, jamás se explicará por qué estos milagros nunca se verificaron ante una comisión de médicos célebres, ó siquiera de veterinarios acreditados. Este milagro, que en toda su vida pudo fabricar Moisés, con todo su hablar con Jehová boca á boca, es el que más ha contribuido á la fama de Elías, de quien los judíos estan orgullosísimos y con razón; porque hombre que resucita á otro, si no es Dios, es su primo hermano, ó cuando menos cuñado, quiero decir, cuña de la misma madera.

En general, todas las personas que tienen si-

quiera dos dedos de frente, consideran los milagros una filfa. Yo debo declarar que por filfa tengo todos los otros de que hasta aquí me he ocupado, pero éste no, por la sencilla razón de que no se dice en la *Biblia* que este chico resucitado por Elías se volviese á morir. Y tal vez ande el muy picaro por esos mundos de Dios haciéndose el tonto, hasta que un librepensador de poca trastienda ponga en duda su resurrección, para salir á desmentirle en un comunicado en *La Correspondencia*, ú otro periódico de la misma índole.

Porque, digo yo, ya que Elías hizo el milagro, le haría en regla, esto es, ya que resucitó al niño de la viuda, no lo haría para que se le muriera ni á los treinta ni á los cincuenta, sino para que no se muriese jamás; pues de otra suerte la resurrección resultaría una tontería parecida á la del pobre hombre, de que nos han hablado los periódicos, que después de haber sido llevado al cementerio cuando tenía veinte años, creyéndole muerto á consecuencia de la catalepsia, se ha suicidado á los sesenta y seis, declarándose indigno de la providencia de Dios, á la cual ha hecho aparecer cómplice de una bobada, sacando del sepulcro al que por su gusto había al fin y á la postre de ir á él.

Al cabo de muchos años, pasados en la agradable compañía de la viudita cogedora de serojas, de la harina que no menguaba y de la botija de aceite que no se consumía por muchas tortas que se fabricasen, Jehová mandó á Elías que fuese á hacerle una visita de cumplimiento á Achab, para anunciarle lluvias. Elías, que viene á ser en este pasaje una especie de Zaragozano, anterior á la invención de la imprenta y de los calendarios, presto y bien mandado se dirige á Samaria, donde había hambre, achaque demasiado común entre los israelitas, para ser, como eran, los elegidos de Jehová.

A este tiempo, Achab, con muy buen acuerdo, había dicho á Abdías, su mayordomo, que precisaba rebuscar por el país donde existiese grama que pastasen los ganados del ejército y de la casa real, y, tirando, uno por un camino y otro por otro, emprenden la buena obra del rebusco de pasto, para evitar prudentemente la destrucción de la caballería.

Elías, que tenía un miedo terrible á Achab, se aparece en el camino del mayordomo, y éste, que era aficionado á la teología y á los profetas, al distinguir el resucitador de muertos, se derriba en tierra y le hace reverencias y arrumacos. Elías le manda que vaya á anunciar su visita al rey, pero Abdías, que conocía el humor del monarca y las ganas que á Elías tenía, se niega, diciendo que Achab le mataría. Jura el profeta, y, rendido el mayordomo, va á anunciar la visita. Achab, hombre cortés, no espera al profeta, sino que va á buscarle, y encarándose con él, le dice:

—¿Eres tú el que alborotas á Israel?

—Yo no he alborotado á Israel, sino tú y toda la casa de tu padre, dejando los mandamientos de Jehová y siguiendo á Baal.

Esta interpelación y su respuesta indican que, encontradas las opiniones en Israel, acerca de la religión, el rey entraba con todas, como en la romana del diablo, y Elías, tradicionalista rabioso, era el caudillo de los fieles al culto mosaico. Lo que demuestra que siempre anduvo el mundo revuelto, y que en la respetable antigüedad, nuestros respetabilísimos antecesores se tiraban los trastos á la cabeza por nonadas como esta de tener por Dios á Baal ó á Jehová, que después de todo les debía tener perfectamente sin cuidado, por ser cosa resuelta que ninguno de los dos echan garbanzos á la olla del que no tiene dinero.

Elías, que era hombre de mucho pelo en el

pecho, de parecerse al retrato que de memoria hizo de él cierto pintor de nombradía, queriendo convencer al rey de que Baal era un Dios de pega y pamema, y sus sacerdotes unos profetas de engañifa, le propone que delante de todo el pueblo israelita, congregado en el monte Carmelo, comparezcan los cuatrocientos y cincuenta profetas de Baal, y los cuatrocientos profetas de los bosques que comían á la mesa de Jezabel. (Total 850 gorriones que almorzaban y cenaban á costa del pueblo hebreo. No se cuentan los que comían y merendaban á cargo de las propias costillas de bobos por cuenta de Jehová) para demostrarle á todo el mundo que los tales baalistas eran unos zoquetes que no sabían producir humo sin hacer fuego.

Achab, que llama á Elias alborotador y le tenía entre ceja y ceja, así que le ve le obedece como un doctrino, y proporciona sandiamente al revolucionario la más bella ocasión de lucirse y cobrar entre las masas inmenso prestigio.

Congrega al pueblo en el Carmelo, como convocándole á la insurrección, y acuden los sacerdotes de Baal y Elias. Este toma la palabra y dirigiéndose á la masa, dice: *¿hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él.* El pueblo se calla como un muerto á esta excitación plebiscitaria, para resolver tan delicado punto de teología dogmática; pero Elias, que no se da por vencido, jugando el todo por el todo, propone un desafío entre todos los profetas de Baal (850 según queda dicho) y él solo, como representante de la esquilhada casta de los profetas de Jehová.

Mas esto es tan superferolítico en la clase de desafíos, que merece nota aparte.

LVIII

Porque se han visto muchos desafíos raros y

estrafalarios en el mundo, por ejemplo, el de aquellos dos ingleses que se retaron á quien más aguantara las ganas de orinar; pero tan desigual, inusitado y superferolítico, ya que he usado esta palabra, como el de Elias con los baalistas, apuesto todos los conocimientos en lengua hebrea de cierto presbiteróide que me acusa de no usar los nombres judáicos con sus propias letras en estas NOTAS, contra una peseta, que bien tasados podrán valer los supradichos conocimientos del supradicho presbiteróide en la supradicha lengua hebrea (1), á que no se ha visto en el mundo.

Pues viendo, Elias por supuesto, que la congregación del pueblo israelita, hacía oídos de mercader á sus discursos, poniendo á contribución sus dotes milagreras, que tan bien le habían pintado en casa de la viuda, se encara con los profetas de Baal, y les dice, en substancia:

—¡Ea! Vosotros sois cuatrocientos, yo uno solo. Que traigan dos bueyes. Vosotros cogéis uno, le hacéis pedazos, le ponéis sobre leña en vuestros altares, y á ver si le hacéis ceniza sin prender fuego á la leña, invocando vuestro Baal de engañifa y mentirigillas. Yo haré pedazos el otro buey, le colocaré sobre leña, é invocaré á Jehová, y veréis como á este nombre el buey se achicharra sin necesidad de candela. De este modo, todos estos señores que nos ven, podrán convencerse de cuál de los dos, si Jehová ó Baal, es Dios.

Acceptan los baalistas el reto y comienza la función pública. Pero, dicho sea en honor de la verdad, por más que aquellos cuatrocientos ganapanes proféticos hicieron, ya clamando á grandes voces, ya bailando en derredor del altar, ya sajiéndose con navajillas que para el caso

(1) Y taso largo. Porque la ruín mollera que no sabe escribir R ofranco de un solo tirón, y necesita emplear dos mayúsculas para tan poca cosa, ¡qué va á saber de hebreo!

usaban, el buey despedazado, fresco que fresco sobre la leña, con vergüenza inmensa de ellos y de Baal, á quien Elías tomaba el pelo, diciéndoles mientras sudaban, se desgañitaban y sangraban: más alto, compadres, llamadle más alto, quizá esté rocando, ó echando un párrafo con su señora.

Rendidos de fatiga y acoquinados, á la media tarde los profetas de Baal se dieron por vencidos: no había voz, dice la *Biblia*, que les contestase. Entonces Elías, coge doce pedruscos y arregla un altar, hace una reguera á su alrededor, compone la leña, coloca el buey hecho trozos, riega leña y carne abundantemente con agua (†) y una vez hecho esto, se acerca al altar y dice:

—*Jehová, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo, y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas. Respóndeme Jehová, respóndeme, para que conozca este pueblo que tú, oh, Jehová, eres el Dios, y que tú cobristes atrás el corazón de ellos.*

Jehová, Dios decente y caballeroso, no ocupado en las tracamandanas en que debiera andar Baal, así que Elías, con tan relamidas y apremiantes razones le suplica, cae sobre el holocausto en forma de fuego abrasador, ó fósforo de Cascante, y en un abrir y cerrar de ojos consume la leña, tuesta el buey y seca las aguas con que todo había sido regado.

El pueblo, con gran jolgorio, decide por Jehová, y, como era natural, los profetas baalistas pagan la patente de su ignorancia en materia de milagros plutónicos, siendo degollados en masa en el arroyo de Cison.

Si á todos los embaucadores se les aplicase el mismo procedimiento, no arroyo fuera el Cison, sino río de sangre, de respetables caudales.

Hecho el milagro, Elías se convierte en astrónomo, y cuando ya ve *nimbus* en el horizonte,

envía á su criado para que le diga á Achab que se meta pronto en casa si no quiere mojarse. Aquí de lo de Quevedo, sobre los pronósticos. Señal de lluvia: ver llover.

Cualquiera pensará que jamás habían de volver los israelitas á lo del cojear entre dos dioses, y que Elías tendría asegurado el pontificado máximo de por vida, después del prodigio público y notorio del monte Carmelo.

Nada de eso, señores, nada de eso. Al Carmelo, para Elías, se le quita la *r* y queda en Camelo soberano, pues, así que Achab le cuenta á su mujer, que era una hembra de pelos en el corazón, por nombre Jezabel, lo que habían hecho con sus cuatrocientos profetas, la reina, convertida en basilisco, exclama:

Así me hagan los dioses, y así me añadan (este era un terno atroz entre los israelitas), si mañana á estas horas yo no haya puesto tu persona (la persona de Elías milagrero) como la de uno de ellos.

Elías, al saber esta resolución de la magnánima Jezabel, no fiándose de sus propios milagros, toma más que á paso el camino del desierto, huyendo como alma que lleva el diablo; lo cual hallo sumamente irregular, pues hombre como él, que sabía resucitar los muertos, bien podía en propio beneficio haber hecho cosa más sencilla, que es parecerlo, ahorrándole fatigas á sus pantorrillas.

En el desierto vuelven á sucederle cosas milagrosas y entra en conversación larga y tendida con Jehová, que le manda ungir á un rey de Siria, metiéndose en camisa de once varas, pues á él sus israelitas debieran ser los que le interesaran, que los sirios, como habían de llevárselos de todos modos los demonios, debieran tenerle perfectamente sin cuidado.

Es de saber que Elías, al pasar por un campo, le echó la capa á un mozo que araba, llamado

Eliseo, al cual nombró su sucesor en el arte de los milagros y designó por continuador en su oficio de representante y profeta de Jehová.

Cuéntanse en el capítulo XX dos expediciones sucesivas de Ben-adab, rey de Siria, contra Achab, que éste rechaza victoriosamente. Estos sucesos insignificantisimos en la Historia del mundo, se hacen notables en la *Biblia*, por la franqueza de lenguaje del señor Espíritu Santo, que la inspiró, franqueza poco respetuosa para el prestigio del principio monárquico, y muy conveniente para imponernos de los sistemas de teología de los antiguos tiempos.

«....Y estaba Ben-adab bebiendo, BORRACHO en las tiendas, él y los reyes, los treinta y dos reyes que habían venido en su ayuda.»

«Treinta y tres reyes chispas en un día de batalla no me parece un espectáculo muy apropiado para exaltar los sentimientos monárquicos. ¡Treinta y tres reyes! ¡Pues no necesitarían hoja de lata para las coronas!»

«Y los siervos del rey de Siria, le dijeron: sus dioses (los de Israel) son dioses de los montes: por eso nos han vencido: mas si peleásemos con ellos en la llanura, se verá si no los vencemos.»

Jehová, en efecto, se atufa de que los sirios le hagan Dios montaraz, y los desbarata. Dios de los montes... Dios de los valles... ¡No estáis viendo que estos dioses no son otra cosa que la disposición mayor ó menor de los pueblos para combatir en monte ó en llano?»

Como á los israelitas no les podía salir nada bien, Achab perdona la vida al rey de Siria, y Jehová, que le había favorecido en la guerra, se le pone de morros en la paz.

¡Ni el diablo que entienda á semejante personaje!

*
* *

Allá va una historia bíblica, digna de ser gra-

bada en mármoles y en bronces, para que se sepa quiénes eran los protegidos del Dios Jehová.
Copio:

«Pasados estos negocios, aconteció que Nabot de Jezreel tenía en Jezreel una viña junto al palacio de Achab, rey de Samaria. Y Achab habló á Nabot, diciendo: dame tu viña para un huerto de legumbres, porque está cercana, junto á mi casa, y yo te daré por ella otra viña mejor que ésta; ó si mejor te pareciere, te pagaré su valor en dinero.»

«Y Nabot respondió á Achab: guárdeme Jehová de que yo te dé á ti la heredad de mis padres. Y vino Achab á casa triste y enojado por la palabra que Nabot de Jezreel le había respondido, diciendo: no te daré la heredad de mis padres. Y acostóse en su cama, y volvió su rostro, y no tomó pan.»

«Y vino á él su mujer Jezabel, y dijole: ¿por qué está tan triste tu espíritu, y no comes pan? —Y él respondió: porque hablé con Nabot de Jezreel, y dijele que me diera su viña por dinero, ó que si más quería, le daría otra viña por ella: y él respondió: yo no te daré mi viña. Y su mujer Jezabel le dijo: ¿eres tu ahora rey de Israel? Levántate y come pan, y alégrate: yo te daré la viña de Nabot de Jezreel.»

«Entonces ella escribió cartas en nombre de Achab, y sellólas con su anillo, y enviólas á los ancianos y á los principales que moraban en su ciudad de Nabot. Y las cartas que escribió decían: proclamad ayuno, y poned á Nabot á la cabecera del pueblo; y poned dos hombres perversos delante de él, que atestigüen contra él y digan: tú has blasfemado á Dios y al Rey. Y entonces sacadlo, y apedreadlo, y muera.»

«Y los de la ciudad, los ancianos y los principales que moraban en su ciudad, lo hicieron como Jezabel lo mandaba, conforme á las cartas que ella les había enviado; y promulgaron ayu-

no, y asentaron á Nabot á la cabecera del pueblo. Vinieron entonces dos hombres perversos, y sentáronse delante de él; y aquellos hombres de Belial atestiguaron contra Nabot delante del pueblo, diciendo: Nabot ha blasfemado á Dios y al Rey. Y sacáronlo fuera de la ciudad, y apedreáronlo con piedras y murió. Después enviaron á decir á Jezabel: Nabot ha sido apedreado y muerto.»

«Y como Jezabel oyó que Nabot había sido apedreado y muerto, dijo á Achab: levántate y posee la viña de Nabot de Jezreel, que no te la quiso dar por dinero; porque Nabot no vive, sino que es muerto. Y oyendo Achab que Nabot era muerto, levantóse para descender á la viña de Nabot de Jezreel, para tomar posesión de ella.»

¡Qué rey, qué reina, qué príncipes, qué ancianos y qué estilo!

LIX

Soy incapaz de decidir sobre quién era más canalla, si el rey Achab ó la reina Jezabel, porque si bien en ésta hallo que falsificó la real orden en que se disponía el asesinato de Nabot, en Achab encuentro la vileza de levantarse bonitamente de la cama, para tomar posesión de la viña de Nabot, aceptando con cara de risa el crimen que en su beneficio había cometido su esposa, en vez de darle una felpa como para ella sola; que no fueran las únicas manos de rey las suyas que habrían abofeteado carrillos de princesa.

De lo que no me queda la menor duda es de que los ancianos que apedrearon á Nabot eran, de las canas cabezas á los pies callosos, unos canallas, exactamente iguales los unos á los otros, canallas teológicos, que es la peor de las especies del género. ¡Mira, lector, que á conciencia y por una simple carta real, armarle á un convencino honrado una tracamandana clericalisca, como la

que le armaron al pobre Nabot, exige que aquellos ancianos fueran realistas y encanallados hasta el tuétano! ¡Y la Biblia que no vuelve á ocuparse de ellos, dejando presumir que se murieron tranquilamente de viejos! ¿No te parece un libro de moralidad exquisita?

Elias, á quien hemos dejado huyendo de las amenazas de Jezabel, dió con sus barbas en Damasco; pero así que la reina hizo asesinar villanamente á Nabot, el profeta, que era un atadizo de contradicciones y cosas raras, perdiendo el miedo, nunca más fundado, se planta en Samaria, y en la propia viña de Nabot, en donde topa á Achab, le echa á éste una profecía que le parte por el espinazo, y le amarga el gusto que debía producirle el ver crecer los repollos en el majuelo trasformado en huerto.

Por supuesto, que todo esto lo hace Elias por orden terminante de Jehová, que le manda endilgar á Achab la siguiente perorata:

«He aquí que yo traigo mal sobre tí, y barreré tu posteridad, y talaré de Achab todo meante á la pared, al guardado y al desamparado en Israel: Y yo pondré tu casa como la casa de Jeroboam, hijo de Ahía, por la provocación con que me provocaste á ira y con que has hecho pecar á Israel.»

«De Jezabel también ha hablado Jehová diciendo: los perros comerán á Jezabel en la barbacoa de Israel.»

Esta profecía, así como todas las órdenes de Jehová, acaba con la formulilla obligada «al que de Achab fuere muerto en la ciudad le comerán los perros; y el que fuere muerto en el campo, comerlo han las aves del cielo,» que viene á equivaler al *Dios guarde á V. muchos años*, con que nuestros oficinistas monárquicos acaban todos sus oficios.

Al oír este espeluznante discurso, Achab, en vez de corresponder á su digna esposa, que le

había regalado la viña de Nabot, mandándole en un plato la lengua de Elías, lo que hace es *rasgar sus vestidos*, dando así en que entender á las zurcidoras de la Real Casa; ponerse un saco sobre la carne, que no debía ser muy fina cuando tales rozamientos soportaba, y exponiéndose tontamente á criar miseria; ayunar: dormirse sobre ceniza como un puerco y *andar humillado*. Por todo lo cual, Jehová, en vez de castigarle por sucio, amen de canalla, volviéndose atrás de lo dicho, llama á Elías para explicarle que, como calzonazos y blandote de entrañas que era, había determinado dejar morir á Achab como honrado caballero en la guerra y castigar en vez de al malvado á sus inocentes hijos.

¡Bravo, Dios de los judíos, bravo!

Bien sabía Jehová por qué obraba así: pues aunque parece tonto, tenía más trastienda que una botica manchega. Achab, bien que mal, había apaleado á los Sirios por dos veces, en monte y en llano, probándoles que no era manco para la guerra de sorpresas ni para la de batallas formales. Y Jehová siempre fué muy considerado con los que sabían manejar bien la espada: en cambio á los collones los dejó siempre en la estacada, y á los desgraciados con los palos en las costillas.

Al asesinato infame de Nabot, siguieron para Achab tres años de prosperidad y paz con los sirios. Al cabo de este tiempo, creyéndose fuerte, mediante la alianza con el rey de Judá (de estos otros pajarracos jerosolimitanos hablaré muy pronto) se dispone á atacar á los invasores, que tenían en su poder la ciudad de Ramoth de Galaad, de la pertenencia israelita. Esta fortaleza de ánimo de Achab, causa, en mi concepto librepensador de las complacencias de Jehová, fué la determinante de la ruina de este rey.

Era usanza en todos los pueblos antiguos consultar al emprender la guerra, á la caterva de

ganapanes que en todas las naciones dieron en la flor de creerse y hacerse pasar por intérpretes de la voluntad de Dios, como si cosa tan honrada pudiese estar al alcance de molleras tan superficiales. Achab, que tenía un batallón de estos vagos de oficio, los mandó á llamar, los consultó, y le contestaron que indefectiblemente alcanzaría la victoria. Pero el rey de Judá, que oficiaba de ortodoxo, viniendo á representar el papel de un rey católico junto á un emperador protestante de nuestros días, le reprende la consulta, y le ruega que busque alguien que profetizase en nombre de Jehová, pues las otras profecías le parecían de contrabando.

Achab responde á su colega coronado que aún queda en Israel un profeta de Jehová, pero que era un bribonazo que nunca le anunciaba más que calamidades, pero que, sin embargo, le haría venir por complacerle.

Aparece en escena Micheas, y, en efecto, aunque de una manera confusa, anuncia á Achab una catástrofe si hace la proyectada guerra, adornando la profecía con ringorrangos de estilo é invención que le valen una bofetada de cuello vuelto, que le dió otro profeta de nombre Sedechías, hijo de Chanaana, el cual se traía en la cabeza un par de cuernos de hierro de muy regular tamaño, ostentando los cuales gritaba muy ufano (ignoro si el mozo este era casado) dirigiéndose al rey: Con estos cuernos acornearás á los sirios hasta acabarlos.

En vez de hacer caso Achab á Micheas, le pone á pan y agua en un calabozo, y en compañía del ortodoxo Josafat, de Judá, que tampoco tomó á pechos la profecía del de Jehová, suben á Ramoth, dáse una batalla, y en ella Achab, que había entrado en el combate disfrazado, es malamente herido. Sácale del campo un carretero en su carro, y en éste muere, siendo transportado en el mismo vehículo á Samaria, en cuyo es-

tanque fué el carro lavado. Y como en este estanque bebían agua los perros á su usanza, he aquí, lector, por dónde demonios viene á quedar en buen lugar Elías como profeta, aun después de arrepentido Jehová. Si no admiras esta sutileza de ingenio, lector amable, ¡qué serás tú capaz de admirar!

A Achab sucedió su hijo OZOCÍAS, con cuya estupenda noticia acabaría estos comentarios del *Primer libro de los Reyes*, si no hubiese dejado trasconejados los monarcas que en Jerusalem gobernaron la tribu de Judá, varones tan esclarecidos en vicios y maldades como sus compinches del reino de Israel ó de Samaria, que con estos dos nombres es conocido en la *Sagrada Bibli* el estadillo que, sin la chifladura humana de hacer de las leyendas judáicas una excepeión sacratísima en la mitología universal, no ocuparía en la historia más que unas cuantas líneas que vendrían á decir poco más ó menos: «Fundó este reino un mozancón que buscaba unas burras, le gobernaron un par de docenas de mostrencos, y le barrieron los caldeos, llevándose para Babilonia como esclavos la manada de fontos que, cojeando entre varios dioses, dieron de bruces en las lanzas de los orientales.»

Pero como el gran trabajo consiste en acabar con las fantasmagorias, y como yo soy cabezón en mis propósitos, si *el bacilo virgula* lo consiente y otros *bacilos*, á la vergüenza he de sacar los trasconejados reyes de Judá, en tan ordenada galería como estos de Israel, de quienes tengo dicho y probado que cada uno fué aún peor que los otros.

LX

Lo que debo decir de los reyes de Judá no es gran cosa, por fortuna de los otros libros bíblicos que están esperando, y con razón, sus res-

pectivos comentarios, que los saquen del desván en que los ha metido la razón, para ponerlos en la espetera de los cachivaches bufos.

Al botarate de Roboam, después que en Sichein le hicieron un corte de mangas diez de las doce tribus, no se le ocurrió mejor medio para atraerlas á la unión, de que su mal proceder las había apartado, que romperles las costillas. Al efecto arma un ejército de *ciento ochenta mil hombres* (¡eche usted hombres, señor Espíritu Santo!); pero cuando se preparaba, no digo yo á reducir á Israel, sino á comerse el mundo en pepitoria con semejante tropa, suficiente en nuestros días para conquistarle las Indias á los ingleses, Jehová le manda á decir, por boca del profeta Semeías, el recadito siguiente:

No vayáis ni peleéis contra vuestros hermanos los hijos de Israel: volvedos e da uno á su casa; porque este negocio (la partición del reino en dos) *yo lo he hecho*. Roboam obedece en el versículo siguiente, lo cual no impide que más adelante, el mismo autor, quiero decir, el mismo infalible Espíritu Santo, escriba: Capítulos XIV y XXX: *Yhubo guerra entre Jeroboam y Roboam todos los días*. Ateme usted esa mosca por el rabo, mejor dicho, concíerteme usted este Espíritu con este Santo.

Tengo apuntado que Sisac deslomó á los judíos y les robó de añadidura; y que por espacio de los diez y siete años que los desgobernó Roboam, hubo sodomíticos en la tierra, y se le hizo en ella á Jehová cada perrería, que el pobre señor rabiaba que se las pelaba, allá en lo año, donde ya sabemos por el sabio Salomón que vivía colgado en una especie de cesto muy grande.

A Roboam, que se murió, como es natural, sucedió su hijo ABIAM, que reinó en Jerusalem tres años, *y anduvo en todos los pecados de su padre, que éste habia hecho antes de él, y no fué su corazón perfecto...*, según canta la *Bibli*; á

pesar de lo cual, y de andar todo en sus días manga por hombro, Jehová le concedió un hijo, que se llamó Asa, nombre que no debe significar lo mismo en hebreo que en castellano, pues de lo contrario, no me extrañaría topar un rey judío más adelante que se llamara Puchero I ó Cacerola II.

Este ASA fué un mediano agarradero de Jehová. De él dice la *Biblia* que *hizo lo que era recto, y que su corazón era perfecto*, por supuesto, delante de Jehová; porque la rectitud y perfección de este mango, digo, de este Asa, delante de mí, con arreglo al texto, resultan las siguientes:

Primero. Que á su madre Maacha (escribo las dos aes, aunque no pronuncio más que una, para que se la coma el presbiterillo rumiante que le han salido á estas NOTAS, en atención á que debe andar tan escaso de letras como de caletre) le quitó el título de princesa, porque á la buena señora le dió por tener un idolo en un bosque, de donde deduzco que si este buen hijo llega á conocer á su abuela Raquel, la que le robó los idolos á Laban y los ocultó debajo de una albarda, y á la vez las armas de fuego, fusila á la mujer de Jacob de los *cuatro tiritus* célebres del célebre general Hoyos, de fusilesca é isabelina memoria.

Segundo. Entregó todos los tesoros del templo de Salomón á un fiero enemigo de su patria y de su religión, Ben-adab, rey de Siria, para comprar su alianza con Baasa, rey de Israel.

Cierto que en su descargo hay que decir que limpió de sodomíticos la tierra. Mas la escoba con que los barrió no debía ser muy dura, cuando tan pronto reaparecieron; pues muerto tras cuarenta años de reinado, su hijo JOSAFAT, que á su vez reina veintiuno, se tuvo que dedicar á la misma lubricante operación. A este Josafat le hemos visto, aliado con Achab, dejando, á pesar

de su rectitud y bondad de corazón, declaradas por la *Biblia* también, abofetear á Micheas, profeta. Le sucede un hijo que se llama JORAM, que cierra el *Primer libro de los Reyes*, en la parte que corresponde á Judá.

Alto, pues.

Me echo á la cara un versículo (el XLVIII del capítulo último) que dice: *no habia entonces rey en Edom, presidente habia en lugar de rey.* Mira, lector, por dónde diablos averiguamos que los idumeos, allá por los tiempos del rey Achab, eran unos sabios más grandes que una casa, cuando ya habían aprendido lo que tantos españoles de nuestros días aún no han logrado entender, quiero decir, *rey y río para el vecino.* Esto no es refrán, que yo sepa; pero si la gente da en decirlo, ¿por qué no habia de serlo? Verdad es muy grande, y no le pasa lo que á aquello de *altas ó bajas, en Abril caen las Pascuas*, que necesita este otro refrán correccional: *tales ó cuales, también las hay marciales.*

Colorín, colorado, el cuento del *primer libro de los Reyes* se ha acabado. ¿Te parece, lector querido, que sin haber revelado estas historietas de una manera auténtica é indubitable el Padre Eterno, de mote Jehová, de sobrenombre Adonai y otras gerigonzas, se habrían inventado los colirios resolutivos de la catarata ó los gatillos y elixires para arrancar las muelas sin dolor del que las saca? No, mil veces no; sin estos vocablos (que no siempre se ha de decir palabras) de la Eternal Sabiduría, el mundo fuera presa del pecado, nadie creería en la santa autoridad del patriarca constantinopolitano, y á la mística esposa le faltarian los dientes delanteros, falta que afea la boca más bonita.

LXI

SEGUNDO LIBRO DE LOS REYES

Pues si los reyes que hasta ahora van comen-

tados fueron malos, y tunos, y encanallados, no te digo nada, lector amable, de los que van á desflar ante tus ojos en este *Segundo libro de los Reyes*. En esta segunda parte, que nunca segundas partes fueron buenas, en Jerusalem y en Samaria, aparece cada rey y alguna reina que ni de encargo para una galería del patio de un presidio.

Abre la marcha el Sr. OZOCÍAS, varón á quien dejó reinando y halló asomado á las celosías de su palacio de Samaria, desde donde da con su coronado cuerpo en el santo suelo, quedando derrengado y á medio reventar. Acuéstase el pobreillo, y quizá se bizmó con no menos cuidado que Sancho después del apaleamiento de los yan-güeses, que él á la ventera quiso hacer pasar por caída; pero no hallando en la bizma alivio, envió á consultar á los sacerdotes de Baalzebud (lee Belzebú, lector querido, sin permiso del necio que dijo que no escribo con propiedad los nombres bíblicos, porque saldrás ganando tiempo y saliva) si moriría de aquel descalabro.

Mas como Belzebú era Dios de Ecron, pero no de Israel, Elias Thisbita, el famoso Elias que tantas rabieta había hecho pasar á Achab, y *viceversa*, y monopolizaba el cargo de regente de Jehová, Dios de Israel, al ver semejante perre-ria, se puso hecho una furia, y saliendo al camino á los enviados de S. M. A. y D. (léase *su majestad israelita y descalabrada*), les grita:

«¿No hay Dios en Israel, que vosotros vais á consultar á Belzebú, Dios de Ecron? Por lo tanto, así ha dicho Jehová: del lecho en que subiste no descenderás, antes morirás ciertamente.»

Declaro honradamente que toda la razón estaba de parte de Elias, pues era ciertamente vergonzoso, teniendo un Dios en casa, ir á consultar al del vecino. Lo que no encuentro tan natural es que los enviados del rey, desobedeciendo á éste,

que los había mandado expresamente ir á Ecron, oídas las palabras de Elias se volviesen á Samaria, para decirle á Ozochías la poco alhagüena profecía del Thisbita.

Ozochías, en vez de castigar á sus emisarios, la toma contra Elias y manda un capitán con cincuenta hombres para que le prendieran y se le llevaran á su presencia.

Va el capitán á cumplir su encargo con la fuerza, halla á Elias en el Carmelo y le dice: «Varón de Dios, el rey ha dicho que descieras.»

«Si soy varón de Dios—contesta Elias—descienda fuego del cielo y consúmeme con tus cincuenta.»

Muchos mal hablados, antes y después que el velludo y encinturonado profeta, han exclamado: *así te parta un rayo, así te trague la tierra*; mas de nadie se sabe que haya encontrado los rayos y la tierra tan obedientes como Elias halló al *fuego del cielo*, que, descendiendo, consumió al pobre capitán y á sus cincuenta soldados.

No me detengo á pasmarme delante de esta estupenda consumición de hombres, porque gastaría malamente las fuerzas que necesito para admirar que, sin que nadie hubiera podido llevarle la noticia, supiese Ozochías lo que había pasado, y fuera tan monumentalmente tonto que

«Volvió el rey á enviar á él otro capitán de cincuenta con otros cincuenta hombres (textual), y hablóle y dijo: varón de Dios, el rey ha dicho así: descende presto.»

«Y respondió Elias, y dijo: si yo soy varón de Dios, descienda fuego del cielo, y consúmeme con tus cincuenta. Y descendió fuego del cielo que lo consumió á él y á sus cincuenta.»

Por más que van 102 hombres achicharrados por el *fuego del cielo* no me pasmo todavía, porque ¿qué guardaría para cuando Ozochías, tonto elevado al cubo, vuelve á enviar otro tercer capitán con otros cincuenta hombres?

Este tercero, que debía ser cuco por naturaleza, pues viendo las que gastaba Elías, así que llega al Carmelo y ve al profeta, se arrodilla delante de él y le implora compasión para sí y sus infelices soldados, rogándole que se vaya con ellos á ver al rey.

Entonces—sin duda por aquello de que á la tercera va la vencida, ó quizá por que este cuento sería uno de esos de repetición con que se entretendría á los muchachos israelistas—el ángel de Jehová le dice á Elías que vaya con el capitán, y el profeta lo hace, repitiendo á Ozochias que se moriría del porrazo, como, en efecto dice la *Biblia* que se murió.

¡Descansen en paz!

* * *

Sabemos que Elías había resucitado á un muerto; le acabamos de ver en compensación matar 102 vivos; no ignoramos que multiplicaba el aceite y la harina. Hombre tal no debía morir como un cualquiera, y la *Biblia* consecuente consigo misma, le fabrica un fin de carrera profética cumplidamente milagroso.

Héle aquí:

Elías, que venía á ser una especie de padre prior ó padre general, pues á mí se me ha metido en la cabeza quo oficiaba de fraile solitario, contemplativo ó eremita allá en el monte Carmelo, tenía una especie de vicario, de nombre Eliseo.

Elías y Eliseo aparecen juntos en el capítulo II, procurando aquél desviar á éste y éste empeñado en seguirle, como un cadete enamorado á una modistilla de buenos andares y fácil acceso. Este pasillo miraculoso tiene tres escenas.

1.^a Me voy á Beth-el, dice Elías.

Allá voy yo también, responde Eliseo. No quiero, replica el profeta. Pues como si quisieras, le contesta Eliseo.

2.^a Me voy á Jericó, insiste Elías.

Pues á Jericó voy yo también, contesta Eliseo, y le sigue.

3.^a Viendo que no se le podía echar de encima, Elías dice a Eliseo que se va más allá del del Jordán. También yo, replica el vicario. No te ha de valer, maestro: quiero verte hasta lo último.

Cediendo Elías, van en buen amor y compañía al Jordán, que se parte y queda en seco (milagro de pacotilla) así que Elías le hiere con su mano. Ya en la izquierda orilla, Elías le descubre el pastel de que va á desaparecer, y le dice que pida lo que quiera que por él haga.

Ruégote que las dos partes de tu espíritu sean sobre mí—contesta Eliseo. Elías le dice que cosa difícil ha pedido, pero que ya verá de concedérsela. Lo que á mí me choca es esto de las *dos partes* de un espíritu. ¿Pues no dicen los católicos que el espíritu es indivisible? ¿Cómo es que aquí aparece con partes? Entrego estas palabras á las disquisiciones de los teólogos y digo:

«Y aconteció que yendo ellos hablando (Elías y Eliseo) he aquí un carro de fuego, con caballos de fuego, apartó á los dos: y Elías subió al cielo en un torbellino.»

Carro de fuego... caballos de fuego... ¿cómo podría Elías ir en él sin achicharrarse, tanto más, siendo, como era, muy velludo? Además, allá por las alturas, donde hace tanto frío, ¿cómo se las arreglarían el supradicho Elías y los caballos de fuego para no helarse?

Vamos, aquí sí que me pasmo, que bastante reservado he andado en éste artículo. Aquí sí que me pasmo y pido á Dios no se le ocurra nunca á Elías guiar su carro por la parte del cielo que cubra mi cabeza, pues como subió vivo, con su propio cuerpo, si por acaso á este le atacase el *Komabacilo*, no querría hallarme debajo.

LXII

Patidifuso, cariacontecido y dando voces quedóse Eliseo al ver á su maestro montar en el *carro de fuego con caballos de fuego* y lanzarse al cielo azul en busca del paraíso, que ignoro hacia qué parte cae precisamente. Y como Elías, previendo que su manto de poco le había de servir en vehículo tan churruscante, se había dejado éste en el suelo, dando prueba concluyente de su previsora economía, Eliseo cogió aquella lanosa reliquia, y para ver si se le había pegado la gracia milagrosa de Elías, *hirió* con el susodicho manto las aguas del Jordán y... en efecto, el río se parte por centésima vez. Pasa el novel profeta el río en seco, y los *hijos de los profetas de Jericó* (¡vaya un oficio el de estos caballeros!) al ver el milagro de la partidura de las aguas, se inclinan ante Eliseo declarándole sucesor directo de Elías en las artes tan antiguas como entretenidas del escamoteo y de la magia.

Eliseo dió gallarda muestra de su habilidad y aprovechamiento en el oficio. Apenas revalidado, á instancias de los vecinos de Jericó, que se le quejan de ser amargas y malsanas las aguas de la ciudad, Eliseo echa una botija nueva (nueva, aquí está el misterio), llena de sal en las fuentes, y en el acto, y hasta el día de hoy, quedan las aguas libres de maleficio, sin que le hayan dado á nadie, que se sepa, ni un apretón de tripas ni siquiera una premonitoria ligera.

Con todo, los chicos, que fueron siempre y en todas partes de la piel del diablo, cuando Eliseo, poco después, subía á Beth-el, le insultaron malamente llamándole, en son de denuesto ¡calvol!, ¡calvol!, lo que me deja presumir que el empinorrotado profeta, que tantas cosas sabía, desconocía el *aceite de bellotas* ó el modo de hacerle salir pelo á una calabaza, de que era viva imagen su cabeza. Pero los pelos que en ésta le fal-

taban teníanlos en el corazón, pues herido de la bromita de los muchachos, los maldijo, y á su voz estentórea bajan del monte unos furiosos osos que mataron y despedazaron á cuarenta y dos de los muchachos burlones.

¡Pobres chicos! ¡Pobre *Biblia!*

Dejé á Achab muerto y enterrado. Hallo á JORAM, hijo suyo, sentadito en el trono de Samaria, *haciendo lo malo en los ojos de Jehová*, que debió tenerlos á prueba de cataratas y de conjuntivitis, cuando tantas maldades como en ellos llevan hechas los reyes de Israel no han conseguido estropearlos. A este Joram no le agradaba pecar á la manera que lo hizo su padre, sino á la manera de Nabat, el que fabricó los becerritos que habían de ser los dioses de su pueblo. Pero dejando á un lado estas pequeñeces, ocupémonos de otras.

Los moabitas venían pagando á Israel un fuerte tributo en ganados; pero cuando Achab cerró el ojo, llamáronse andana. Joram, llevando á mal que le negaran á él las docientas mil cabezas de ganado lanar que habían pagado á su padre, se preparó á combatirlos, pidiendo auxilio á Josafat, rey de Judá, y á un rey de Iudmea que no se nombra, ni falta que hace.

Partieron los tres reyes á campaña, y metiéndose por malos caminos, llegó á faltarles agua. Allí fué el lamentarse de las testas coronas, echando la culpa á Jehová de su torpeza. Josafat, como más piadoso, pide que se consulte á un profeta la manera de salir del apuro, y, cáfate de nuevo á Eliseo en campaña milagrosa.

Van los tres reyes á consultarle, y viendo Eliseo al novillolatra Joram, pónese foscó y le increpa duramente; pero rendido á la ortodoxia iconoclasta de Josafat, amánsase y se dispone á profetizar. Hizolo á son de flauta, según se deduce de este versículo.

«Mas ahora traedme un tañedor. Y mientras

»el tañedor tocaba, la mano de Jehová fué sobre
»Eliseo.»

Lo que Jehová dijo de esta musical y flautesca manera, fué cosa de hidráulica trascendental pues se redujo á que se abriesen grandes zanjas en *el desierto*, en que se depositaron unas aguas que vinieron sin saberse de dónde, pero sí por donde, que fué el camino de Idumea.

Los moabitas, cuando al día siguiente lució el

Bermejazo platero de las cumbres
A cuya luz se espulga la canalla.

que llamó al sol el otro, haciendo burla de los culteranos, por cuyos modismos se despepitaba en sus mocedades Cánovas Poeta, viendo tanta agua, donde nunca hubo más que arena, tomaronla por sangre, ó quizá por vino, cuando se trastornaron al punto de imaginarse que los reyes aliados (¡vaya una frasecilla mal empleada!) habían andado á sablazos entre sí, y, lanzándose á rematarlos en tan errada creencia, quedaron deslomados por los de Israel, que asolaron el país con rabia frenética, no dejando títere con cabeza.

Un detalle de esta guerra, tomado del sagrado texto, que pinta de cuerpo entero á vencedores y vencidos, que adorando distintos dioses, eran, sin embargo, igualmente brutos; dicho sea sin mengua de tercero, ni desdoro de las religiones.

«Y (los israelitas) asolaron las ciudades, y en todas las heredades fértiles echó cada uno su piedra, y así las llenaron: cegaron también todas las fuentes de las aguas, y derribaron todos los buenos árboles, hasta que en Kir-hareseth dejaron sus piedras, porque los honderos la cercaron y la hirieron.

»Y cuando el rey de Moab vió que la batalla lo vencía, tomó consigo setecientos hombres que sacaban espada, para romper contra el rey de Idumea; mas no pudieron.

»Entonces arrebató á su primogénito que ha-

»bia de reinar en su lugar, y sacrificólo en holocausto sobre el muro, y hubo grande enojo en Israel, y retiráronse de él, y volviéronse á su tierra.»

Aunque obscuro este pasaje, no deja de suministrar luz suficiente para hacer la mamola á cuantos necios pretenden que esta gentuza, sacrificadora de sus primogénitos, ni sus aliados, ni sus vencedores, fueron los continuadores y depositarios de la verdadera religión.

Otro milagrejo de Eliseo, varón, aunque calvo, excelente prestidigitador, por lo que se ve.

Una mujer, *de las mujeres de los hijos de los profetas* (qué gente fué ésta, lo ignoro por completo), andaba *por aquellos tiempos* tan á la cuarta pregunta, que, no teniendo ya ni qué empeñar, ni que vender, y amenazada por su acreedor con llevarse por siervos dos hijos que tenía, fuese á Eliseo, le contó su cuita, y le pidió con grandes extremos la sacase del apuro.

El profeta la pregunta que qué la quedaba en casa.

Una botija de aceite, le responde la viuda, una miserable botijilla de aceite es lo único que me queda en este mundo.

Pues no hay que apurarse, replica Eliseo. Anda y pide á todos tus conocidos vasijas vacías, pero muchas vasijas, echa en todas ellas del aceite de la botijilla, y vete poniéndolas aparte, conforme las llenes.

Hizolo así la viuda, á puerta cerrada, temerosa, quizá, de que la policía se enterase, y mientras hubo vasijas vacías que llenar, la botijilla no dejó de manar aceite; con lo cual, toda refocilada la viuda volvió á Eliseo, que la mandó vender el aceite y pagar religiosamente á los acreedores.

Nadie me podrá negar que esto sea á la vez mucho milagro y mucha pringue.

Otro milagro del susodicho Eliseo.

Había en Sunen una señora (esta señora de Sunen no es la sunamita de los cantares de Salomón), que siempre que Eliseo pasaba por delante de su casa, tomaba á pecho que entrase á ella para tomar un bocadillo. Caló, sin duda, la compasiva dama, que Eliseo era *varón de Dios*, y rogó á su marido que añadiera á la casa un cuartito, donde el calvo pudiera pasar las noches que en Sunen se detuviese en buena y abrigada cama, con su silla y candelero correspondientes. Dió el marido gusto á su mujer, y cierta noche, en aquel cuartito, se durmió el profeta. A la mañana siguiente, nuestro hombre agradecido, por medio de su criado mandó á decir á la sumanita que le pidiese lo que quisiera hiciese por ella. La dama dijo que nada se la ofrecía; pero el criado de Eliseo le sugirió á éste la idea de que, no teniendo hijos esta señora sumanita, lo mejor que por ella podía hacerse era darle uno. Aprobó Eliseo el plan de Giezi (así se llamaba el criado) y mandando llamar á la sunamita la dijo: De aquí á nueve meses tendrás un hijo. No os burleis de mí, señor, replicó la dama, estéril en muchos años de matrimonio.

Mas como Eliseo no se burlaba, á su debido tiempo la señora de Sunen parió un hijo.

Este niño, que de milagro nació, creció como los que nacemos ordinaria y naturalmente. Cuando era mozo, cierto día salió á ver segar, y le dió un tabardillo tan atroz, que enviado por el padre á casa, á las pocas horas se murió sobre las rodillas de la madre.

La afligida señora, al ver tal desastre, suplicó á su marido que enviase á llamar á Eliseo, mas el marido hizose el remolón, pensando á la pata la llana que los muertos no resucitan. Empero, la mujer, sin andarse en paños calientes, enalbardó su burro y se encaminó á buscar á Eliseo, en el Carmelo. Giezi, que la vió venir, avisó á su amo, que le envió á recibirla con ca-

riño, aunque Jehová, dice el texto, le había encubierto el motivo de la visita. En pocas palabras se le explica la dama, y Eliseo manda á Giezi que vaya á donde el difunto y le ponga sobre el rostro su bordón. La madre, no creyendo en la eficacia del palo, sino en la del profeta, se agarra á éste, diciéndole que no le soltará hasta que se vaya con ella á ver á su difunto hijo. Cede Eliseo á las maternales súplicas y acompaña á la sunamita. Giezi, que se le había adelantado para poner el bordón sobre el cadáver del milagroso muchacho, sale á decirle que el mozo estaba muerto del todo, y que el bordón ningún efecto de resurrección había causado.

Eliseo, entonces, entra en la casa; sube al cuarto donde estaba el cadáver, tranca la puerta se acerca á la cama y

«Echóse sobre el niño poniendo su boca sobre la boca de él, y sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre las manos suyas: así se tendió sobre él, y calentóse la carne del joven. Volviéndose luego, paseóse por la casa á una parte y otra, y después subió y tendióse sobre él, y el joven estornudó siete veces y abrió sus ojos. »Entonces llamó él á Giezi y díjole: llama á esta sunamita y él la llamó, y entrando ella, él le dijo: Toma tu hijo. Y así que ella entró echóse á sus piés é inclinóse á tierra; después tomó á su hijo y salióse.»

Si este milagro no está bien contado, que venga un neo y lo cuente mejor. Pero, por Dios Todopoderoso, que el que esto crea no persiga á los *apóstoles*, porque curan el cólera con cuatro paños largos de mano, uno en cada remo para quitar los calambres y otro en redondo por el vientre para limpiarle de retortijones y diarreas.

Y vaya otro milagrejo cocineresco del señor Eliseo.

Vivía éste en Gilgal, y como había hambre en la tierra, habíansele arrimado una porrillada de

de hijos de los profetas, ni más ni menos que allá, cuando Ruiz Zorrilla consignaba en el presupuesto grandes partidas para el culto y clero, pero no pagaba una peseta, se arrimaban á algún párroco pudiente los curas de misa y olla sin olla y sin misa, pero con el estómago en buen uso.

Giezi, que no se por qué me recuerda al Ciuti de *Don Juan Tenorio*, hacia para los tales hijos de los profetas grandes calderados de potaje. Cierta día, parece que alguien trocó los hierbajos componentes y salió una resultante venenosa. Los potajistas, así que cataron la olla, comenzaron á dar grandes alaridos, clamando á Eliseo para que los salvase de la muerte que ya veían próxima. Acude Eliseo, pide un poco de harina, rocía con ella el potaje y éste queda sano y bueno, atracándose de él, que fué una bendición de Dios para sus panzas.

Cierro este capítulo con otro milagro, que no me se ha de quedar en el tintero, para que se persuadan mis lectores á que, en esto de la milagrería, como el rascar, todo es empezar.

Trajo un hombre á Eliseo, como primicias (que estas son tan antiguas como los sacerdotes que de ellas se han cebado), veinte panes de cebada. Mandó Eliseo á Giezi que los repartiese á los potajistas; pero Giezi, lleno de buen sentido, le replica: «¿Como he de poner esto delante de cien hombres?» Mas Eliseo tornó á decir: «Da á la gente para que coman, porque así ha Jehová dicho: Comerán y sobraré. Entonces él lo puso delante de ellos; y comieron y sobróles, conforme á la palabra de Jehová.»

Como más tarde nuestro Señor Jesucristo, con cinco panes dió de comer á cinco mil hombres y sobraron todavía muchos canastos, ¡qué canastos voy á admirar que Giezi, por orden de Eliseo, contentase á cien habrientos con veinte panecillos!

¡Que para mayor ignominia eran de *cebada*!

LXIII

Pues si con la resurrección del chico, la partidura del río, la preñez maravillosa de la sunamita, el saneamiento de la calderada de potaje envenenado, la multiplicación del aceite de la botija y de la cebada de los panes, y la evocación de los osos devoradores de los cuarenta y dos muchachos que le llamaron calvo, crees, lector amable, que he agotado el repertorio milagroso de Eliseo, te engañas de medio á medio, que á mi entender es lo mismo que engañarse de entero á entero, pues aún me quedan unos cuantos milagros que contar para tu recreo y satisfacción de la reciente incredulidad. Mira qué bonito es este que sigue:

Tenía el rey de Siria un general, que venía á ser el Martínez Campos de aquella monarquía, quiero decir, el salvador de la patria. Llamábase este portento Naaman. Y, así como el salvador de acá suele rascarse detrás de la oreja cuando se ve en el apuro de hablar correctamente, el salvador de Siria tenía á todas horas que estarse rascando el cuerpo entero, porque el pobrecillo estaba cubierto de lepra ó sarna de los piés á la cabeza.

La lepra, que ahora la cura el menos avisado de los practicantes de un hospital, en tiempos de Eliseo no se rendía sino á las invocaciones y artes sobrenaturales de los profetas y reveladores. Y como una esclava israelita le hablase á Naaman, de los pasmosos dones proféticos de Eliseo, el general, aunque con gran desconfianza de ser curado, después de pedir recomendaciones á su rey para el rey de Israel, se fué á Samaria, acompañado de mucho dinero y opulentos regalos.

La carta del rey de Siria al de Israel no podía ser más espresiva. «Luego, en llegando á tí estas letras, sabe por ellas que yo envío á tí mi

«siervo Naaman, para que le cures de la lepra.» El israelita, así que leyó la misiva de su camarada siriaco, «rasgó sus vestidos y dijo: ¿Soy yo Dios que mate y dé vida, para que éste envíe á mí á que sane un hombre de su lepra?» Palabras muy bien dichas, á mi modo de ver, así como la interpretación subsiguiente de la carta que toma por un pretexto para armarle camorra.

Afortunadamente, Eliseo, que tantas perrerías había hecho á Joram, así que sabe ahora el apuro en que se ve con el sarnazo del sirio, mandado curar de real orden, suplica que le envíen el general, que él le dejará más limpio que una patena. Fué, en efecto, Naaman á consultar con Eliseo, y éste, por todo medicamento, le ordena zambullirse siete veces, *siete*, en el Jordán. El general leproso, que venía en la creencia de que el profeta, con sólo invocar á Jehová y tocarle, le había de dejar limpio, al oír la patochada de los lavatorios en el Jordán, márchase enojado, llamándose á engaño, y exclamando muy cautamente que, río por río y zambullida por zambullida, en Damasco tenía los ríos Abana y Farfar, algo más caudalosos y cristalinos que el Jordán, en los cuales podía remojarse cuanto en gana le viniere.

Pero los criados de Naaman, discurrendo mejor que su amo, y á la manera que discurren los sostenedores del caballo rojo, coche azul y criado negro de nuestro célebre doctor Garrido, le dicen que siendo cosa tan fácil de hacer la mandada por Eliseo, no debía omitirla, *por si acaso* había en ella encerrado el gato de la divina gracia. Zambúllese, pues, siete veces en el Jordán, sale del río limpio y... agradecido declara que no hay Dios como el Dios Jehova, ni profeta verdadero más que Eliseo, y ofrece un magnífico regalo al curandero. Rehusa éste y se va el general para su tierra, protestando que si de allí en adelante vuelve á entrar en el templo

de Rimmon, el Dios de los sirios, no será por fe, sino por oficio, acompañando á su rey.

Giezi, aquel criado de Eliseo, que he dicho me recuerda al Ciuti del *Tenorio*, así que se fué Naaman, considerando lo tontamente que había obrado su amo rehusando el dinero del sirio, corre tras de éste, le detiene, y le pide un par de talegas (talentos se decía entonces) para una necesidad urgente, sobrevenida á su amo al imprevisto. Naaman se las da, Giezi las esconde, y se presenta á su amo disimulando la picardihuela que acaba de cometer. Pero Giezi no había contado con que, con un profeta de la recámara de Eliseo, no valían disimulos, y éste, que huele la trastada simoniaca de su criado, le endosa para rascarse la lebra de Naaman, con la cláusula expresa de transmisible por juro de heredad á toda su simiente.

De aquí deduzco, que lepra que no se cure, indica claramente que el paciente ha de ser de la simiente de Giezi, pues la palabra bíblica *siempre*, como divina, no puede fallar.

Lo dijo el judío Eliseo, y punto redondo.

Tan redondo como el cerebro del que se traga estas historias hebraico-bíblico-sarnosas.

Y siguen los milagros.

Los hijos de los profetas, que, por lo que aquí se explica, debían ser una especie de fraílucos, hallando estrecho la especie de convento en que con Eliseo habitaban, deciden ir al Jordán y hacerse otro más grande. En honor de la verdad fraíluna, ha de decirse que ellos mismos se fabricaron la casa. Cortando uno un árbol, al golpe fuéle el hierro del hacha al río, y el leñador, dando voces de ser el hierro prestado, se dirigió á Eliseo. Este pregunta: ¿dónde cayó el hacha? Muéstranle el lugar, mete en él un palo, y... el hierro nadó, flotó, surgió... y fué cómodamente recogido.

Archibonito encuentro este milagrejo.

Sigue otro milagrillo muy confuso y muy difuso, sin pizca de gracia, que tuvo lugar en una guerra que sostuvieron el rey de Siria y el de Israel. El protagonista, como siempre, Eliseo, que no acierto á comprender por qué goza tan poca fama habiendo milagreado tanto.

¿Será porque hasta los propios creyentes se han escamado de tanta virtud y de tanto escamoteo?

Quizá. A otro, pues.

Tenia también Eliseo lo que pudiéramos llamar la doble vista, quiero decir, que conocía lo que había de suceder, hasta el punto de poderse suponer racionalmente que no se le ocultó que el canciller Bismarck había de verse metido en cintura diplomática por Fernández, ese que llaman Villaverde.

No autorizan á menos las dos siguientes aventuras proféticas.

Sitiaba Ben-adab, rey de Siria, á Samaria. Tanta hambre había en esta ciudad, que su cuidado rey, recorriendo un día el muro, hubo de enterarse de la querrela que una mujer ponía á otra, porque habiéndose comido en pepitoria entre las dos el hijo de una de ellas, bajo la condición de hacer lo mismo con el chico de la otra, ésta se negaba á rellenar con su pequeñuelo la olla. Y el rey, amoscado de tener tales súbditas y en tamaña estrechura, sin que se explique la razón, manda descabezar á Eliseo. Acuden á obedecerle los verdugos, pero el viejo de los milagros, cenando con otros viejos, les declara lo que pasa fuera, les manda trancar la pueria, y deja al rey con un palmo de narices y las ganas de descabezarle.

Puesto ya á ver en el porvenir, declara ante el pueblo hambriento, que al día siguiente todo irá medio de balde en la repleta ciudad. Cierta príncipe pone en cuarentena la profecía, y Eliseo se atufa y le dice: «lo verás, pero no lo catarás».

Y en efecto, al día siguiente, idos los sirios, amedrentados sin motivo, y dejando atestado el campamento de viandas, los samaritanos, perdido el canguelo á una emboscada, salen y arramplan con todo, metiéndose en la ciudad con tanto atropellamiento que, derribado el incrédulo príncipe, perece miserablemente, mientras sus convecinos sacan las tripas de mal año, según la palabra de Eliseo.

También profetizó una grande hambre de siete años (siete justos) y se lo declaró á la sunamita del milagroso embarazo que, aunque mujer principal en otro capitulo, en este emigra á tierra de filisteos, como una zarramplina al estilo de Ruth.

De vuelta, esta traida y llevada dama, de su emigración voluntaria, es presentada al rey, á quien declara el milagro de su concepción hecho por Eliseo, y el rey, que había querido descabezar al profeta, manda entregar ahora á la sunamita todas las tierras que de ella habían sido.

¡Cosas más raras!

Postrera campaña profética de Eliseo.

Hallábase en Damasco, á donde no sé qué diablos hubiese ido á hacer, cuando, cayendo enfermo el rey Ben-adab, que tanto juego bíblico lleva dado, manda éste que su criado Hazael vaya en su nombre á consultarle si sanaría ó no de la enfermedad.

Eliseo ve á Hazael y le dice: Ben-adab vivirá y morirá, con lo cual quiere significar que no morirá de la enfermedad, sino que Hazael le matará, como así lo hace, ahogándole al llevarle la respuesta y proclamándose por rey, según Eliseo le profetiza.

Además lloró, porque con su doble vista, caló que Hazael había de degollar á muchos israelitas andando el tiempo.

Gran profeta y mal patriota hallo á Eliseo en este pasaje; con haber ahogado á Hazael, denun-

ciándole á Ben-adab, negocio concluido y regicidido frustrado. Pero esto de los regicidios, á Eliseo, como á los jesuitas, en casos de necesidad, no le parecía del todo mal, como adelante se declarará menudamente.

LXIV

Dos artículos sucesivos de estas *Notas* han sido denunciados. Los comentarios sobre los milagros de Eliseo no pasan, donde han pasado los de Elías y Moisés. Alto el fuego, pues, carísimos lectores, que siendo la experienciencia madre de la ciencia, fuera una solemne tontería tirar coces contra el aguijón en forma de lápiz rojo.

Aquí podría encuadrar, como tengo de costumbre, la correspondiente silueta del estorbo en que tropiezan mis arranques bibliófilos, pero yo me sé por qué no lo hago; mas para que tú, lector paciente, que me has seguido atento á través de tanto profeta y patriarca, no salgas perdidoso en materia de gusto, quiero contarte un cuento para que saques el ánima de la pena que pueda causarte mi desgracia.

Hubo en Sevilla un corregidor, hombre serio y enemigo acérrimo de los guasones y de los borrachos. Nada le encrespaba tanto el genio, ya de suyo áspero y cerril, como tener que habérselas con uno de esos cuerpecitos graciosos saturados de manzanilla, que poquito á poco van destilando por la punta de la lengua; de que puede deducirse la bilis que haría en el corregimiento de Sevilla, donde tanto abunda la gente alegre y zumbona, aficionada además á las cañitas. Este tal corregidor, haciendo ronda una noche, tropezó con quien se retiraba tambaleándose y hablando solo, echándole requiebros á las estrellas del cielo y á las lamparillas de los retablos, que á su parecer bailaban por todo lo alto y por todo lo bajo.

Verle el corregidor, calar que estaba chispo y

echarse sobre él con sus alguaciles, fué cosa de un santiamén. Sorprendido el borracho en su soliloquio con las estrellas, á quienes trataba de tú, cuando el corregidor le preguntó cómo se llamaba, se le puso á mirar descaradamente y colocando los brazos en jarras, abriendo un palmo de boca y encorvándose una buena tercia de vara, echó una tremenda risotada envahada de lo añejo de Montilla y exclamó:

—Mía tú, el chavó, ¡que cómo me llamo!

El vaho de la risa, el descaro de la mirada y el chavó de la respuesta, sacaron al corregidor de quicio, y asiendo al borracho y apuchugándole contra la pared con energía, le dijo:

—¡Tunante! ¿Así se responde al corregidor?

A este nombre del corregidor, se le descorrieron un poquito al borracho las telarañas que en la mollera le había tendido el vino y á la nueva interpelación de como se llamaba, respondió:

—Yo, señor, me llamo José, Joseito, Pepe y Pepito.

A la burla, el corregidor, fuera de sí, contestó con mal reprimida cólera, dirigiéndose á los alguaciles:

—¡Sí! Pues á la cárcel, y que allá le tengan quince días por José, otros quince por Joseito, dos semanas por Pepe y otras dos por Pepito.

Pasó el José, Joseito, Pepe y Pepito sus sesenta días en la trena, de donde salió curado de su afición á los muchos nombres, pero no á las muchas copas, y es fama que, de allí en adelante, siempre que estando chispo le preguntaron por su nombre, alargando el brazo derecho, con la mano recogida, mostraba el índice y montando sobre él el pulgar, cogiendo con éste una pizquita de carne junto á la uña y extendiéndole después con rapidez, contestó invariablemente:

—No me llamo ni tanto así de Pepe.

No me llamo ni tanto así de Riofranco, digo yo á mí vez; y si quieren denunciar, que denun-

cien la Biblia, pues yo á copiarla fiel y textualmente me limito.

Dice el capítulo 9.º del 2.º libro de los Jueces, palabra por palabra, esto que sigue:

«Entonces el profeta Eliseo llamó á uno de los hijos de los profetas y díjole: Ciñe tus lomos, y toma esta alcuza de aceite en tu mano, y ve á Ramoth de Galaad. Y cuando llegares allá, verás allá á Jehú, hijo de Josafat, hijo de Namsi; y entrando, haz que se levante de entre sus hermanos y mételo en la recámara. Toma luego la alcuza de aceite, y derrámala sobre su cabeza, y di: Así dice Jehová: Yo te he unjido por rey sobre Israel. Y abriendo la puerta echa á huir y no esperes.»

«Fué pues el mozo, el mozo del profeta, á Ramoth de Galaad: y como él entró, he aquí los príncipes del ejército que estaban sentados. Y él dijo: príncipe, una palabra tengo que decirte. Y Jehú dijo: ¿á cuál de todos nosotros? Y él dijo: á tí, príncipe.

«Y él se levantó y entróse en la casa; y el otro derramó el aceite sobre su cabeza, y díjole: Así dijo Jehová, rey de Israel: Yo te he unjido por rey sobre el pueblo de Jehová, sobre Israel: Y herirás la casa de Achab tu señor, para que yo venga la sangre de mis siervos los profetas, y la sangre de todos los siervos de Jehová, de la mano de Jezabel: Y perecerá toda la casa de Achab, y talaré de Achab todo meante á la pared, así al guardado como al desamparado en Israel: y yo pondré la casa de Achab como la casa de Jeroboam, hijo de Nabat, y como la casa de Baasa, hijo de Ahía: y á Jezabel comerán perros en el campo de Jezreel, y no habrá quien la sepulte. En seguida abrió la puerta y echó á huir.»

«Después salió Jehú á los siervos de su señor, y díjeronle: ¿Hay paz?—¿Para qué entró á tí aquél loco?—Y él les dijo: Vosotros conocéis al

hombre y sus palabras. Y ellos dijeron: mentira; decláranoslo ahora. Y él dijo: así y así me habló diciendo: así ha dicho Jehová: Yo te he unjido por rey sobre Israel. Entonces tomaron prestamente su ropa, y púsola cada uno debajo de él en un trono alto, y tocaron corneta, y dijeron: Jehú es el rey.»

«Conjuró luego Jehú, hijo de Josafat, hijo de Namsi, contra Joram (estaba Joram guardando á Ramoth de Galaad con todo Israel, por causa de Hazael, rey de Siria; habíase empero vuelto el rey Joram á Jezreel, para curarse de las heridas que los sirios le habían hecho peleando contra Hazael, rey de Siria;) y Jehú dijo: si es vuestra voluntad ninguno escape de la ciudad, para ir á dar las nuevas en Jezreel.»

«Entonces Jehú cabalgó, y fuese á Jezreel, porque Joram estaba allí enfermo. También Ozochias, rey de Judá, había descendido allá á visitar á Joram. Y el atalaya que estaba en la torre de Jezreel, vió la cuadrilla de Jehú que venía, y dijo: Yo veo una cuadrilla. Y Joram dijo: Toma uno de á caballo, y envía á reconocerlos, y que les diga: ¿hay paz?—Fué pues el de á caballo á reconocerlos y dijo: El rey dice así: ¿hay paz?—Y Jehú le dijo: ¿qué tienes tú que ver con la paz? Vuélvete tras mí. El atalaya dió luego aviso diciendo: el mensajero llegó hasta ellos, y no vuelve. Entonces envió otro de á caballo, el cual llegando á ellos, dijo: El rey dice así: ¿hay paz?—Y Jehú respondió: ¿qué tienes tú que ver con la paz? Vuélvete tras mí. El atalaya volvió á decir: También este llegó á ellos, y no vuelve, más el marchar del que viene es como el marchar de Jehú, hijo de Namsi, porque viene impetuosamente.»

«Entonces Joram dijo: Unce. Y uncido que fué su carro, salió Joram, rey de Israel y Ozochias, rey de Judá, cada uno en su carro, y salieron á encontrar á Jehú, al cual hallaron en la heredad

de Nabot de Jezreel. Y en viendo Joram á Jehú, dijo: ¡hay paz, Jehú!—Y él respondió: ¿qué paz, con las fornicaciones de Jezabel tu madre, y sus muchas hechicerías? Entonces Joram volviendo la mano huyó, y dijo á Ozochías: Traición Ozochías:»

«Más Jehú flechó del arco, é hirió á Joram, entre las espaldas, y la saeta salió por su corazón, y cayó en su carro. Dijo luego Jehú á Bidkar su capitán: tómalo y échalo á un cabo de la heredad de Nabot de Jezreel. Acuérdate que cuando tú y yo íbamos juntos con la gente de Achab su padre, Jehová pronunció esta sentencia sobre él, diciendo: Que yo he visto ayer las sangres de Nabot, y la sangre de sus hijos, dijo Jehová. Y tengo de darte la paga en esta heredad, dijo Jehová. Tómalo pues ahora, y échalo en la heredad, conforme á la palabra de Jehová.»

«Y viendo esto Ozochías, rey de Judá, huyó por el camino de la casa del huerto. Y siguiólo Jehú, diciendo: herid también á este en el carro. Y le hirieron á la subida de Gur, junto á Ibleam. Y él huyó á Megiddo y murió allí. Y sus siervos lo llevaron en un carro á Jerusalem, y allí lo sepultaron con sus padres, en su sepulcro en la ciudad de David. En el undécimo año de Joram, hijo de Achab, comenzó á reinar Ozochías sobre Judá.»

«Vino después Jehú á Jezreel; y como Jezabel lo oyó, adornó sus ojos con alcohol, y atavió su cabeza, y asomóse á una ventana. Y como entraba Jehú por la puerta, ella dijo: ¿sucedió bien á Zimri, que mató á su señor?—Alzando él entonces su rostro hacia la ventana, dijo: ¿quién es conmigo? Y miraron hacia él dos ó tres eunucos. Y él les dijo: echadla abajo. Y ellos la echaron: y parte de su sangre fué salpicada en la pared, y en los caballos: y él la atropelló. Entró luego, y después que comió y bebió, dijo: Id aho,

ra á ver aquella maldita, y sepultadla, que es hija de rey.»

«Empero cuando fueron para sepultarla, no hallaron de ella la calavera y los pies, y las palmas de las manos. Y volvieron y dijéronselo. Y él dijo: La palabra de Dios es esta, la cual él habló por mano de su siervo Elías Thisbita, diciendo: En la heredad de Jezreel comerán los perros las carnes de Jezabel. Y el cuerpo de Jezabel fué como estiércol sobre la faz de la tierra en la heredad de Jezreel: de manera que nadie puede decir: esta es Jezabel.»

LXV

Al rey Ozochías, ya sabes, lector benévolo, que de un flechazo entre los dos homóplatos, que vienen á ser las espaldillas en términos corrientes, le envió Jehú al otro barrio, quiero decir, al otro mundo, donde estará esperando el día del juicio final, para recoger su individualidad corporal y presentarse en el valle de Josafat.

Lo que tú no sabrás quizá, por más que debieras presumirlo, es que el rey Ozochías tenía una madre, brava hembra, que se llamaba Atalía. La cual hembra Atalía, así que supo que al rey su hijo le habían dado pasaporte, *levantóse, y destruyó toda la simiente real*, palabras con que el señor Espíritu Santo quiere significar, que la tal Atalía mandó degollar á sus nietos y sobrinos y cuantos pudieran impedirle arramplar con la corona, que bonitamente se encasquetó en la cabeza, á ciencia y paciencia de todos los judíos de Judea y todos los jerolimitanos de Jerusalem, que es donde el caso pasó.

Seis años le duró á la señora Atalía el momio régio que tan caro pagaron los principes judíos. Durante ellos gastó y triunfó á sus anchas ó sus estrechas, y quizá se hubiera muerto de vieja en el usurpado trono, á ciencia y paciencia del bondadoso Jehová, que cuando se proponía aguantar

tenía más paciencia que un santo, á no existir entonces en el mundo un sumo pontífice, llamado Joiada, que armó una revolución levítica, ó sea-se clerical, como si dijéramos, carca, que dió con la señora Atalia en el pudridero.

La cosa pasó de esta bíblica manera.

El día de la regia degollina, cuando Atalia andaba á caza de principes, una Josaba, hija del rey Joram, cojió á un chiquillo de Ozochías, que se llamaba JOAS, y le llevó al templo furtivamente. La criatura echó los dientes y pasó el sarampión al amparo de Jehová, sin novedad grave en su importante salud. Es sabido que, el que nace para ochavo, es tonto que se empeñe en llegar á general; pues de igual modo, el que nace para rey, no hay que darle vueltas, aunque le enseñen á zapatero remendón, ceñirá una corona. Esto le sucedió al niño Joas. Apenas había echado los cordales, cuando el sumo sacerdote Joiada, juntando los levitas y los soldados, les mostró el legítimo heredero del trono, les discursó teológicamente y les hizo aclamar estruendosamente en el templo por rey al rapazuelo.

Atalia, que oyó la bulla, acudió presurosa, y viendo á su nieto rodeado de soldados al pie del altar, toda escamada, empezó á gritar, traición, traición. La *Biblia* añade que rasgó sus vestidos, pero ya tengo insinuado que esto no debe ser más que una figura retórica, pues de otra suerte, á los personajes bíblicos habría que representarlos, siempre que se enfadaban, en pelota, y esto decir de una reina madre como la señora Atalia, fuera indecoroso decir.

Joiada era una persona sensible de oído y pulcra de vista. En consecuencia mandó echasen del templo á la reina gritona y que la matasen fuera, porque la sangre le daba horror, cuando no era la sangre de los animales dedicados al culto, que, entonces, como cosa agradable á Jehová, le parecía muy bien. Echáronla, pues, fue-

ra: la dieron largas y... cuando iba á entrar en Palacio ¡zas! la alancearon sin piedad. Y allí quedó Atalia enseñando al orbe católico, que seis años de llevar corona y el haber parido reyes, no le libran á una hembra brava de morir en una callejuela á hierro de lanzas de soldados.

De esta historia bíblica se han hecho tragedias bastante interesantes por cristianos viejos: no ha sido, pues, totalmente inútil el trabajo que en contárnosla, para edificación de monárquicos y republicanos, se tomó el Espíritu Santo.

«Entonces Joiada hizo alianza entre Jehová y el rey y el pueblo, que serían pueblo de Jehová: »y asimismo entre el rey y el pueblo.» Este versículo contiene un montón de pactos sinalagmáticos-conmutativos, bi y trilaterales que no me detengo á especificar, por no mentar la sogá en casa del ahorcado, pactos en que, como si lo viera, la mejor tajada fué la de Joiada, el sumo pontífice. Véase si es antiguo el pacticismo, que se quería hacer pasar por recién nacido, y de que tanto habló ya el gigantesco Benito Spinoza, que fué el que trajo en su tratado *Teológico-político* estas gallinas, cuyos huevos nos sirvió con tomate el gran Juan Jacobo y después, pasados par agua, Pedro José Proudhon.

Recuerdas, lector paciente, aquello de: ¡dijo un disparate el abad! pues zurriagazos al lego. Pues he aquí lo que sucedió después de la muerte de Atalia. Claro es que Jehová es el que habla consentido, como Dios único verdadero que era, la usurpación de la señora Atalia y la degollina de la simiente real. El Dios Baal, Dios de chanfaina y mentirijillas, en su templo se había estado sin moverse, recibiendo sin decir oste ni moste las ofrendas que los bobalicones de sus adoradores le presentaban. Pues bien, los sublevados contra Atalia, así que la alancearon á las puertas mismas del real palacio, la tomaron con el pobrecillo de Baal, como si él tuviera la culpa de estos

estropicios, y no dejaron títere con cabeza, llegando hasta quemar al mismo Dios en persona, quiero decir, en estatua. Después, Joiada montó con su gente la guardia de palacio, y cuando todo se hubo sosegado, enterrados que fueron los muertos y jalgoreado que hubieron los vivos, trasladaron á la casa real y sentaron en el trono de sus mayores á Joas.

La criatura acababa entonces de renovar los dientes: tenía siete años.

Joas, como era lógico, salió un rey que ni de molde para Joiada y los sacerdotes. Dice la *Biblia*, que mientras el pontífice le dirigió, hizo lo que *era recto* en ojos de Jehová, pero que con todo y eso los altos, quiero decir, las falsas supersticiones siguieron.

Como criado en el Templo, Joas le restauró y le puso muy bonito, para lo cual constituyó á los sacerdotes en una especie de alcabaleros religiosos. A porrillo sacaron dinero para las obras de reparación, pero... á los veintitrés años, aún el templo tenía portillos sin tapar. A tal extremo llegó el escándalo, que Joas, para evitar que pasara el dinero por la mano de los sacerdotes, inventó... ¡qué dirás lector querido!... pues inventó... los cepillos; pero no los de ropa, sino esas arquillas con una rendija en la tapa, por donde tantos millones han recibido las benditas ánimas del Purgatorio, sin acusar recibo como es de rúbrica. Algo se remedió con la invención, pero aún parece que había filtraciones é irregularidades, que ahora se dice.

«El dinero por el delito, y el dinero por los pecados, no se metía en la casa de Jehová porque era de los sacerdotes.» Este versículo le entregó todo entero á las disquisiciones de los teólogos. El dinero por los delitos; el dinero por los pecados... ¡Qué quiere decir esto? Que el que cometía un delito, pagaba una cantidad al sacerdote, y *laus deo*. Que el que pecaba, pagaba otra

cantidad, y al avío. Si este no es el mejor sistema penitenciario imaginable, para los sacerdotes, por supuesto, venga Camacho é invente contribuciones más sabrosas. A peseta el pecado; á duro el delito: ¡quién peca ó delinque más?

Aquel Hazael que ramató al rey Ben-adab, de Siria, y se hizo rey, al olorcillo de los tesoros acumulados en el templo, enfló la nariz hacia Jerusalem. Pero el rey Joas, como criado entre levitas, hombre de pocos pantalones, en vez de defenderse, salió á entregarle cuanto deseaba, quiero decir, todos los tesoros que él y sus padres, los reyes Josafat, Joram y Ozochías, habían en el templo acumulado. Con lo cual Hazael se volvió tan contento y tan ufano á su tierra, sin que Jehová se entretuviera en ponerle estorbos en el camino, como hizo con Balaam, el de la burra parlante.

A Joas no le valió el ser amigo de los sacerdotes, ni la invención de los cepillos, ni el ser un cobardote, para morir tranquilo. En esta sagrada historia, los reyes bajan todos dando volteretas á la tumba, haciendo visajes á última hora, ni más ni menos que en la más profana y puerca de las historias. Hallándose muy descansado en su casa de Millo, conjuráronse contra él Simaath y Jozabad, y le asesinaron malamente. Verdad es que después le enterraron con pompa y solemnidad, proclamando rey á Amasías, su hijo, el cual también murió asesinado en Lachis, desde donde, muerto por supuesto, llevaronle á sepultar á Jerusalem, atado sobre unos caballos.

Da gozo vivir en unos diablescos tiempos en que los reyes mueren con más regularidad y son enterrados con más comedimiento que en estos santos tiempos bíblicos. Ahí está en prueba de lo que digo, nuestro rey y señor Don Alfonso XII de Borbón, que se ha muerto tranquilamente en El Pardo, de una tuberculosis, ó séase una tisis que dice *El Estandarte*, periódico monárquico y

católico, que lo tendrá bien averiguado. Yo sólo sé que el doctor Camisón, que debe ser un lince en esto de la tuberculosis y otras menudencias patológicas, nos le dió sano y bueno un lunes y difunto un miércoles á consecuencia de un ataque de disnea, enfermedad que no se estilaba en tiempo de Joas. Y sé además, en probanza de mi aserto, que en vez de llevarle en unos caballos, como á Amasías, para enterrarle en el sepulcro de sus padres, le han llevado en un tren especial, con toda comodidad, aunque sin la cruz alzada que en el coche en la estación se veía, pues el túnel de Torrelodones no la hubiera consentido el paso yendo alzada, rasgo librepensador de este túnel con que yo no había contado, ni quizá el que mandó allí poner la cruz.

Para que mi gozo sea completo al comparar tiempos con tiempos, sábete, lector, que aquel badulaque que me denunció las NOTAS últimas, con el propósito de denunciarme estas también, anda por ahí papando viento y tirándose de las patillas, siendo el hazme reir de los que pensó ¡pobrecillo! hacer llorar, cuando tienen humor bastante para hacerle á él bailar la zarabanda en un pie, si de semejantes pequeñeces les viniera gana de burlarse.

LXVI

Francamente hablando, esta historia de los reyes de Judá é Israel es, además de puerquecita, aburrida y cargante, como la casi totalidad de las historias monárquicas. Son tantos los reyes, que llevar cuenta de ellos al menudeo, es pesado y engorroso; por otra parte, son tan malos, que lo mejor que pudiera hacerse sería quemar los libros que de ellos tratan, como debieran quemarse estos dos que comento, por antonomasia llamados *de los reyes*, á pesar de haber sido escritos por el señor Espíritu Santo, salvo que se considerasen, como yo estoy á veces tentado á con-

siderarlos, como un curso completo de republicanismo. Porque digo yo, que el que no se haga republicano al observar lo desastrosamente que les pintaron los reyes á los judíos, á la fuerza debe ser de la madera de los incon vencibles, para los cuales no se han escrito los libros revelados, ni tampoco los que no son canónicos.

Reanudando el cuento de Israel, siguiendo el orden, quiero decir el desórden de la *Santa Biblia*, que tan pronto nos habla de berzas como de puerros, esto es, de judíos como de samaritanos, tócame ahora hablar de la simiente de aquel bravo despavilador de reyes, reinas y princesas que se llamó Jehú, y dije dió el más grande de los micos imaginables al grande Adonai, lo cual que me costó una denuncia, de parte de aquel pobrete, que en tiempos conservadores oficiaba de fiscalillo de imprenta y la había tomado con estas NOTAS, reconcomido al ver que nunca quise mancharlas con la estampación en ellas de su nombre.

La dinastía de Jehú, abreviando tanta tontería régia, dió cuatro reyes, que fueron Joachaz, que duró diez y siete años en el trono de Samaria; Joas, que se sentó en el supradicho chirimbolo, diez y seis; Jeroboam, segundo de su nombre, que tuvo en él la friolera de cuarenta y un años las posaderas, y un Zacarías á quien sólo le duró la breva seis meses, porque le tocó la china de que en sus días se cumplimentase el decreto jehováico de que, á la cuarta generación, la simiente de Jehú fuese extirpada, rayendo de ella todo meante á la pured.

Todos estos monarcas fueron de lo peorito que puede imaginarse. A Jehová siguieron dándole un perpétuo mico con los toritos de fundición del Jeroboan primero, que fundó el reino de Samaria. En la guerra recibieron varias palizas de los sirios y otros vecinos, pues iba la cosa poniéndose ya tan maleja para los israelitas, que

cualquiera se les atrevía, y entrando en la tierra, sin el menor miramiento al omnipotente Jehová, atrapaban cuanto podían y se largaban con ello, dándose los judíos por muy satisfechos de que á ellos mismos no se los llevasen, lo que no tardó ya en acontecer.

En tiempo del segundo de estos reyes, el señor Joas (q. e. p. d.), le pareció conveniente al pernicioso y morrocotudo Eliseo morir. Y como tanto había milagreado y profetizado en vida, creyéndose obligado á despedirse con algo que fuera piramidal, echó su última profecía é hizo su último milagro correcta y dignamente.

La profecía pasó así. Bajó el rey Joas á que le echara la buena ventura el viejo y moribundo profeta en asunto de guerras. Manda Eliseo al rey que abra una ventana que miraba al Oriente, y que tirara una flecha con su arco por allí. Hizolo el rey, al igual que hubiera podido hacer cualquiera otra tontería, como sonarse los mocos ó darse una palmada en las nalgas, y Eliseo le dijo que derrotaría á los sirios. Después, el profeta mandó al rey que, cogiendo de nuevo las flechas, hiriese con ellas la tierra. El rey lo hace, pero creyéndolo rematadamente tonto, se contentó con dar tres golpazos en seco con las flechas sobre el suelo. Y aquí te quiero escopeta. Eliseo, atufado, llama al rey majadero y borrico, revelándole que por cada golpe de los que hubiera dado, Jehová había determinado que venciese una vez á los sirios, de modo que de no haber sido tonto y dar siete golpazos en vez de tres, siete batallas hubiera ganado. Modo más tonto de perder cuatro batallas no le ha inventado nadie. Honor al señor Espíritu Santo!

Y con esta se acabaron, á Dios gracias, las bobadas que se llamaron profecías de Eliseo, que á mí me han costado dos denuncias, de que me libraré un indulto, que á la vez libraré de ponerse en ridículo á los magistrados españoles;

que, de haberme condenado, no entraran jamás en el paraíso como defensores de la religión que llevó á Cristo, años más adelante, al Calvario.

El milagro póstumo de Eliseo consistió en que, habiéndole enterrado, unos desdichados que iban á enterrar á un pobre hombre, viendo venir sobre ellos una partida de moabitas, echaron al muerto á toda prisa en el sepulcro de Eliseo, para más comodidad de ellos echar á correr. El muerto no profeta, así que tocó al cuerpo del profeta muerto, resucitó, sin que se sepa lo que hizo después. Yo pienso que si era un muerto cortés, al verse vivo, le daría gracias un poco socarronamente al que seguía difunto, pensando que quizá le hubiera sido más útil emplear su gracia milagrosa en resucitarse á sí que al vecino que, tan oportunamente para éste, le habían echado encima.

Al rey Amasías tuve que presentarle de prisa y corriendo en la *Nota* anterior, sobre cuatro caballos en que le llevaron, después que le asesinaron, á enterrarle en el sepulcro de sus padres. Exigencia fué esta del momento, puesto que hube de referirme á la enfermedad y muerte de Alfonso XII y modo que han tenido de transportarle al Escorial en un tren de vapor.

Este AMASÍAS, antes de morir, vivió veintinueve años oficiando de rey en Jerusalén, donde comenzó por ahorcar á cuantos tomaron parte en el asesinato de su señor padre el rey Joas, *mas no mató á los hijos de los que le mataron*, piedad que alaba la *Biblia*, demostrando la razón que debieron tener los otros reyes, que no dejaban meante á la pared de la casa que les había ofendido.

Dió un gran coscorrón á los idumeos, y echándoselas de plancheta, después de este fácil triunfo, desafió á Joas, rey de Israel, el cual le dió á este farsante la gran paliza en Beth-semes, tomando después á Jerusalén y saqueando el fa-

moso templo de Jehová, que es quien siempre pagaba el pato. Después de esta, que fué sonada, aún vivió quince años Amasias, que ya dije murió á puñaladas.

Un hijo de Amasias, llamado AZARIAS, ocupó el trono un montón de años, más de medio siglo, que llevó rascándose, pues al pobre le cayó desde joven encima un sarnazo tremendo, que obligó á sus súbditos á tenerle medio tapiado. De reyes como Azarias es de los únicos que me siento yo capaz de ser súbdito; por el gustazo de verlos dale que dale con la uña, templaría un poco mis ardores republicanos. ¡Y Dios me perdone este mal pensamiento!

Al rey sarnoso sucedió Jothan, hijo suyo, un desdichado sin historia en este libro, porque al Espíritu Santo se le quedó en el tintero, y á Jothan, un idólatra que llama la *Biblia* rematado, de nombre Achaz, de que por seguir paso á paso, letra á letra, el libro santo, me ocuparé más adelante, volviéndome ahora al que descepoó aquel mal sarmiento de Jehú, de nombre ZACARIAS.

Llamóse SALLUM, hijo de Jabes, que, sin andar-se en melindres, le dió catite en presencia del pueblo, y se sentó en el trono; pero de medio ganchete, pues al cabo de un mes, tal vez sin cobrar la nómina, que fuera lo más doloroso, *subió Manahen, hijo de Gadi, de Thirsa, y vino á Samaria é hirió á Saliám... y reinó en su lugar.*

¡Admirablemente encantador!

Manahen reinó diez años entre apuros y sofocaciones. Porque á Ful, rey de Asiria, le dió la ocurrencia de dar un paseo por la tierra de Canaan, y el pobre Manahen, para continuar reinando, hubo de comprarle el permiso á Ful en mil talentos de plata, un dineral para aquellos tiempos, que Manahen hizo sudar á sus súbditos por capitación. Y Ful, tan tranquilo, se volvió á su tierra. Y Jehová, tan pachorrudo, que

no le dijo una palabra. Y Manahen espichó. Y reinó en su lugar PEKAHIA dos años, hasta que le dió mulé un PECA, y no de la cara, sino hijo del capitán Remalias; el cual Peca pecó tan gravemente contra Jehová, que el Sr. Thiglath-pileser (¿qué querrá decir esto?) rey de Asiria, sobreviniendo, tomó un montón de ciudades de Israel, y se llevó para allá, á orillas del río grande, una muchedumbre de israelitas, que ni en la servidumbre se dejaron de morder unos á otros, ni se desmontaron de su asno de juzgarse los elegidos de Dios. Aunque quizá no haya sido asnería en ellos esto de juzgarse los elegidos... para llevar palizas de manos de todo el mundo.

A Peca le mató OSEE, y reinó en su lugar. ¿Puede darse narración más tonta? Fulano mata á Zutano y se sienta en el trono. ¡Oh monarquía! tú, ¿quién lo duda? eres la institución sapientísima que, armonizando el orden con la libertad, puedes presentar en los tronos á la admiración de los majaderos, la caterva más notable de asesinos, así en Judea *aliquando*, como en España, allá en tiempos del rey que rabió, que si no estoy equivocado debió ser Chindasvinto, por no llamarse de mas pulcro y respetable modo.

Pero ahora la monarquía es otra cosa. Hasta á un feto se le tiene consideración, y casi se le hacen honores reales. ¡Lo que es el progreso!

LXVII

Vamos á la historia de ACHAZ, el idólatra rematado, que dice el Espíritu Santo, el cual debió escribirla con el hígado en la garganta, porque, en efecto, hizo el tal Achaz á Jehová perrerías capaces de sacar de quicio á cualquier Dios menos *atufable* que el Dios de los judíos, que sin duda le consintió sentarse dieciséis años en el trono de Judá, por hallarse ocupado en atenciones preferibles á la de cuidar de su pueblo elegido y del Santo Templo que le fabricó Salomón.

Porque Achaz no se contentó con «no hacer lo que era recto en los ojos de Jehová», sino que se entretuvo en trazar delante del mismo Señor toda clase de curvas, tanto en el plano del Templo como en el espacio de los montes, así cerradas como el círculo y la elipse, como abiertas á semejanza de la hipérbolay la parábola. La vida de este reyecito, idólatra de remate, si se hubiera de reducir á dibujo, podría representarse, teológicamente hablando, por uno de esos papeles que emborronan los chiquillos con el lapiz que se les entrega para jugar.

No sólo fué taurómaco, quiero decir, adorador de los toritos que fundió el cuco de Jeroboam en Samaria, sino que al toro grande, que banderilleaban los cananeos, le entregó uno de sus hijos, que se hizo tostón en el vientre de la bestia de bronce, menos bestia, sin embargo, que los que á las entrañas de ella arrojaban por hostia el fruto de las suyas. Además, en los bosquecillos consagrados á dioses de poco más ó menos, y en los picos de los collados, donde se jalgoreaba á divinidades montaraces, el bueno de Achaz hacia alhucemas con excesiva frecuencia y prodigalidad.

He insinuado que Jehová, durante el reinado de Achaz, debió estar distraído ó quizá durmiendo. Ahora diré por qué.

Es de rúbrica en la *Biblia* que, cuando Jehová se atufaba, elegía por palo para apalear á los que se les desmandaban, á cualquiera de los reyes de los pueblos lindantes con los judíos. Entendiéndolo así el señor Resin, rey de Siria, se debió decir para su colete (si por acaso le gustaba). «yo soy el palo de Jehová: subiré á Jerusalem, y á ese Achaz que tantas perrerías hace le daré una tunda y le sacaré algunos dineros.»

El razonamiento no podía ser más lógico ni más bíblico. Pero como no hay lógica en la *Biblia*, ni *Biblia* en la lógica, hete aquí que el se-

ñor Resin, aunque subió á Jerusalem, en compañía del señor Pekaia, el de Samaria, hubo de volverse cantando bajito para su tierra. Digo, cantando bajito ó alto, no afirmaré yo que se volviera; lo que sí aseguro, bajo la fé del Espíritu Santo, notario mayor del Reino de Israel, es que no la tomó, ni dió al rematado idólatra que la regía (esto es propio hablar) la paliza proyectada.

Antes por el contrario, Achaz, sin empacharse en lo más mínimo, se fué al caballero aquel del nombre enrevesado, Sr. Thiglath-pileser, rey de Asiria, y le dijo por medio de embajadores: «mira, compadre, este tal Resin se me ha venido encima pidiendo dinero; toma tú lo que él había de haberseme llevado y deslómale. Thiglath-pileser, que oficia de elefante, echa á andar, llega á Damasco, capital de Siria, la asedia, la toma, coge á Resin y le corta la cabeza, se lleva á los damascenos por esclavos, coge al paso los tesoros ofrecidos por Achaz y...

Viaje redondo.

Mientras Thiglath-pileser estaba en Damasco, se creyó obligado Achaz á hacerle una visita. Y al ver en esta ciudad un altar muy mono, en el que el rey quemaba perfumes á un Dios desconocido de Achaz, este ciudadano, que en cuestión de dioses se parecía á mí en cuestión de mujeres, que en todas hallo algo bueno, cuando menos la feminidad, mandó hacerse un croquis que remitió á su gran sacerdote, de nombre Urias, como el de la carta célebre, con encargo de que para cuando él volviese á Jerusalem, le encontrase establecido en el templo, en el lugar del altar de Hiran, trazado sobre el dibujo que Moisés había calcado de los diseños de Jehová. Por aquella ley física de la impenetrabilidad, vigente hasta en el reino de Judá y en el templo de Jehová, en virtud de la cual, dos cuerpos no pueden ocupar á la vez el mismo lugar, para poner el nuevo

altar, en que Achaz ofreció perfumes á la usanza siríaca, no hubo más remedio que mudar de sitio una porción de cachivaches del culto. Y Jehová, á todo esto, distraído. Y Achaz, cuando le llegó la hora, cerró el ojo, demasiado pronto para él, demasiado tarde para Jehová; tenía treinta y seis años. De vivir cincuenta, no deja en la casa de Dios titere con cabeza.

Ahora toca el tambor bíblico Samaria. Acudo allá y hallo que á PECA, matador de Pekaía, muerto á su vez por Oseas, sucedió este, por ley de asesinato, que es una ley que ha hecho más reyes que la ley sálica.

Este OSEAS fué un baldragas, ni bueno ni malo, pues aunque hizo también lo malo delante de Jehová (textual) no lo hizo tan á la perfección como otros reyes. Sin duda, por horror á estas medianerías del señor Oseas, el caballero Salmanasar (bonito nombre para una charada, pues contiene sarna, sal, mana y nasal, rey de los asirios), dióse un paseito por Samaria y redujo al señor Oseas á tributos, sin que conste las especies que le constituyeron, ni pueda, por consiguiente, averiguarse si entraban en ellas doncellas, como en el tributo que pagó Mauregato á los moros.

Oseas, que nada hacia bien del todo, ni aun el tributo pagó como estaba convenido. Salmanasar que supo que andaba en ratos para ampararse de un rey de Egipto que se llamaba So (quien pierde la esperanza de hallar en las historias un rey que se titule Arret) bonitamente le metió en el Saladero de aquellos tiempos y países, ó sease la cárcel, que ser rey no impide á un hombre, como está averiguado, ser prisionero y criar en los calabozos miseria.

No contento Salmanasar con meter en la treña á Oseas, después de tomar á Samaria, se llevó por delante, hacia su tierra, á todos los samaritanos, repartiéndolos por los pueblos ri-

berreños del río Gazan y en las ciudades de Media. (Esta Media no es la pariente de la calceta, sino una vasta provincia de Asia.)

La Biblia, con la mayor oportunidad del mundo, emplea diez y siete largos versículos en explicar las razones que tuvo Jehová para, después de soportar tantos siglos tantísimas perradas como le hicieron sus elegidos en la tierra de Canaan, ya bajo los caudillos, ya bajo los jueces, ya en tiempos de la monarquía, atufarse definitivamente y llamar á los asirios para que hicieran con ellos este rifirafe y trasportación. Un Salmanasar como éste está pidiendo á gritos cierta provincia que yo me se, y unas gentes que yo conozco. Como le hubiera, yo aseguro que algún Carlos había de llamarse Oseas.

El último de estos diez y siete versículos que es el XXIII, concluye con estas palabras: *é Israel fué transportado á Asiria hasta hoy*, lo que significa evidentemente que este libro de los reyes fué escrito después de esta trasmigración, palabras que apunto y ocuparé de ellas en lugar oportuno, para probar que todos los libros de la Biblia que llevo comentados, desde el Génesis, son obra de la mano del mismo copista ó enciclopedista.

Salmanasar, hombre que entendía de truecos, en vez de los israelitas que se llevó para allá, trajo á la tierra de Canaan gente de Babilonia, Cutha, Ava y Sefarvaim, y la repartió las ciudades de los israelitas. Como en tal mudanza todo anduvo manga por hombro, las fieras de los montes dijeron: esta es la nuestra; y se bajaron por los llanos, y los nuevos pobladores que con ellos topaban, no hallando maldita la gracia á las caricias de sus coimillos, enviaron una respetuosa exposición á Salmanasar, en que decía:

«Las gentes que tu trasportaste, y pusistes en las ciudades de Samaria, no saben las costumbres del Dios de aquella tierra, y él ha echado

do leones en ellas, y hé aquí las matan, porque no saben la costumbre del Dios de la Tierra.»

Esta manera de tratar á Jehová dice más que todo el texto de la *Biblia*, acerca del Dios de la Tierra, que echaba leones á los babilonios.

Salmanasar decretó, al margen de la exposición, lo siguiente:

«Llevad allí alguno de los sacerdotes que trajistéis de allí, y vayan y habiten allí: y enseñenles la costumbre del Dios del país.»

Esto es decretar en rey y en librepensador al mismo tiempo. Caballero Salmanasar, con el debido respeto á tu corona sea dicho: echa esos cinco.

Y vinieron sacerdotes y enseñaron el culto de Jehová, ó sea la costumbre del Dios de la Tierra, pero los asirios, así que los leones se retiraron prudentemente á las montañas, sacaron á relucir sus dioses propios, y Jehová tuvo en Canaan que soportar muchos años la compañía indecorosa de Succoth-benoth, de Nergel, Asima, Nibhaz, Tharthe, Adremalech y Anamolech, porque en materia de dioses, como cuesta poco inventarlos, cada cual, en la antigüedad, y quizá en los tiempos modernos, se ha fabricado el suyo. Un poquito de imaginación y otro poquito de picardía bastan.

LXVIII

En esta ristra de tunantes que vengo presentando á tu librepensadora hilaridad, carísimo y amabilísimo lector, con el título de reyes de Judá, salta, por casualidad, uno que dice la *Biblia* fue bueno, tan requetebueno que añade: *después ni antes de él no hubo otro como él en todos los reyes de Judá.*

Este portentoso se llamó EZECHÍAS, y para conocerle, de cuerpo entero le puedes ver en el patio de los reyes en el Escorial. Es uno de aquellos cuatro mostrencos de piedra que se ven entran-

do de frente, con cetros y coronas de hierro dorado, que sobre sus cuatro repisas están tomando el frío desde el tiempo de Felipe II. Por más señas que perdió hace unos cuantos años la cabeza y se la pusieron nuevecita, de mármol; ¡vaya un pegote que es la tal mollera coronada del señor Ezechías! Digno adorno de la octava maravilla jerónima del mundo.

Vamos á ver lo que realizó este mocito para ser tan bueno. En primer lugar desterró de su reino á todos los dioses, menos al Dios Jehová, lo cual que se lo agradecieron tanto los sacerdotes, que se lo pagaron en floridas palabras, en la historia que de él escribieron á cargo del Espíritu Santo. Además, en su comenzón iconoclasta, hizo añicos una serpiente de bronce que fundió Moisés, á la cual se venían quemando perfumes desde los tiempos de la salida de Egipto y peregrinación por el desierto, lo que demuestra que el mismísimo barbado partidior de las aguas del mar Rojo, se permitió idolillos tan asquerosos y repugnantes como lo es una culebra de bronce, y que en aquello de que antes ni después se levantó nadie como Moisés, ha de entrar, como en todo lo bíblico, el tío Paco con la rebaja. Aquí el tío Paco de Moisés es Ezechías.

El tío Paco de Ezechías seré yo con palabras del Espíritu Santo. A los cuatro años de ser rey fué cuando el caballero Salmanasar tomó á Samaria y se llevó para Media á los israelitas. ¡Tú lector defendistes á estos pobretes de samaritanos hermanos de los judíos? ¡No! Pues el bueno de Ezechías tampoco. Con toda la pachorra de de un buen adorador de Jehová dejó que sus correligionarios, paisanos y parientes fuesen hechos esclavos de los Asirios. En Jerusalem se estuvo viendo tranquilamente pelar las barbas á sus vecinos, sin cuidar siquiera de echar las suyas en remojo, según aconseja el refrán.

Y fué á su vez pelado, pero con navaja fina. El barbero fué el señor Sennacherib, rey de Asiria, que viniéndose sobre Canaan, cercó y tomó todas las ciudades fuertes de Israel. El piadosísimo de Ezechías, con tanto atender al esplendor del Templo, á la restauración del culto, al despedazamiento de las imágenes, se ocupó poco del ejército. Y viendo á Sennacherib cerca, envióle embajadores á Lachis, manifestándole su religiosísimo deseo de darle voluntariamente lo que el asirio se había propuesto robarle.

Sennacherib, que quizá anduviese escaso de dinero por aquellos días, aguzó la oreja á la embajada, y viendo las buenas disposiciones de Ezechías, el buenísimo, le pidió prestada una friolera... trescientos talentos de oro y otros trescientos talentos de plata, para lo cual saquearon de alto abajo el Templo y el Palacio, al punto de que hasta con los clavos y quicios de la casa de Dios cargó el asirio.

Al verse cargado de oro Sennacherib, pensando honradamente que podría quedarle á Ezechías algún piquillo, encargó á su capitán Rabsaces que fuese por él. Rabsaces sitia á Jerusalem, pero más orador que guerrero, entretiéndose en dimes y diretes del campo al muro, dando lugar á que Ezechías, después de rasgarse las vestiduras y revolcarse en ceniza, enviase un recadito á un hombre que estaba en íntimas relaciones con el omnipotente Jehová.

Llamóse esta maravilla profética Isaías, persona por otra parte de muchísimo talento, para mi gusto el más grande escritor que ha producido la raza judaica. Isaías dice á los recadistas que Jehová ha dicho que nones, quiero decir, que Rabsaces no tomará á Jerusalem. Con esto Ezechías cobra ánimos, y supongo que también se vestiría, y, en efecto, después de muchos años de inútil asedio, *el ángel de Jehová* bajó una noche del cielo, á la chita callando, y, cogiendo

adormecidos á los asirios, degüella ciento ochenta y cinco mil de ellos (degollar es!) y se vuelve al empleo sin meter ruido. A la mañana siguiente, los asirios supervivientes á la degollina se despiertan (tres y medio ó cuatro deberían ser.) Y viendo las que gastaba el *ángel de Jehová* ponen pie en polvorosa, quiere decir, que se volvieron á Ninive, donde Sennacherib fué asesinado por sus propios hijos. ¡Bonitos niños!

Púsose enfermo Ezechías. Fué Isaías á verle, y le dijo: muchacho, arregla las cosas, porque de esta te largas, Ezechías entonces volvió la cara á la pared, y, no teniendo cosa más urgente que hacer, se puso á rezar. Jehová, que cuando quería tenía oídos de tísico, aunque Ezechías oraba por lo bajo, le oyó perfectamente, y, llamando á Isaías le dijo: ve y dile á Ezechías que se deje de lloramicos; he cambiado de opinión y determinado que de esta no espiche.

Apresuróse Isaías á llevar tan fausta nueva al rey, pero un poco escamón con Jehová, le encasquetó á Ezechías sobre la llaga que tan al cabo le había puesto, un emplasto de higos secos machacados, tópico que recomiendo á los cirujanos modernos.

Escamón también Ezechías con el pan de higos, pidióle al profeta señal de que lo que decía era cierto, é Isaías entonces

«Clamó á Jehová: é hizo volver la sombra por los grados que había descendido en el reloj de Achab, diez grados atrás.»

Este retroceso de la sombra en un reloj de sol es lo más piramidalmente milagroso que se ha podido inventar. Esto no es ya pararse el sol ó la tierra, sino hacer que los astros bailen un cancan, en honor del pan de higos de la llaga de Ezechías.

Lo más asombroso es que este milagro apenas si se cita entre los teólogos. Y es que sin dudas da vergüenza á los pobrecillos una burla

tan sangrienta como en este versículo les hizo el señor Espíritu Santo. Vaya un pisto. El pan de higos sobre la llaga y el cancán en el cielo para curar las úlceras de Ezechías.

Después de curarse por tan extraordinaria terapéutica, Ezechías recibió un embajador del rey de Babilonia, al cual enseñó todos sus tesoros, que después de lo de los quiciales que se llevó Sennacherib presumo yo no debían ser muy considerables. Isaias se le presenta y le profetiza que todo cuanto al babilonio había enseñado y toda su familia y todo su pueblo, á Babilonia habian de ir á parar.

¡Que no sea en mis días! es cuanto se le ocurrió decir á aquel saco de egoísmo teológico y carcundesco que se llamó Ezechías, el rey retobueno, que como los malos, cuando le llegó la hora, no hubo pan de higos ni cancán celeste que le valiera, sino que se murió como un cualquiera, de cara á la pared.

LXIX

Habia antaño en Málaga un gitano, que ni de Caco se dejó adelantar en cuanto á ladrón, ni de Merlín en listeza. Tenía tres hijos y tres hijas; porque Dios Todopoderoso se complace á veces en santificar el robo cuando va unido al ingenio. Queriendo el gitano disimular ante el público sus malos medios de vida, hacia trabajar á su familia en cestas. Todo el santo día, los tres muchachos estaban aderezando mimbres en toda suerte de preciosos canastos, y canastillos, y canastazos. Y toda la santa noche las muchachas, por orden del gitano, se ocupaban en deshacer los canastazos, canastos y canastillos que sus hermanos hacían por el día, dejando á éstos los mimbres preparados para el siguiente. Ni el ser gitanos libra á los mozos, ni tampoco á las mozas, de reflexionar á veces; y los hijos é hijas del hombre de mi cuento, en cierta ocasión, abu-

rridos ya de tantos canastos hechos y deshechos sin utilidad para ellos apreciable, se atrevieron á interrogar á su padre sobre los propósitos que le movía á emplearlos en tan extraño é improductivo trabajo. El gitano, echando una bocanada de humo, dijo con pausa y flemma:

—*Puz asina vos entretenéis toos.*

* * *

Parecido al trabajo de los hijos é hijas de este gitano fué el de los reyes de Judá. Lo que el uno hacia, deshacíalo el otro; de este modo Jehová, como el gitano, los entretenía á todos.

Has visto, lector discreto, al piadosísimo Ezechías, el requetehueno, desbaratar todo objeto de culto que no perteneciese al culto del omnipotente Jehová, que en honor al pan de higos machacado que le curó la llaga, hizo bailar un cancán al sol. Te hice observar que de su furor inoclusa ni se libró siquiera la serpiente de bronce que el barbudo y cornudo en luz (pues así le pintan) Moisés había fundido en el desierto. Pues bien; MANASES, hijo de Ezechías, reconstruyó cuanto su padre había desbaratado, y Jehová se vió tratado como otro cualquiera de los mil y un diosencillos que por la tierra de Canaan se disputaban las ofrendas de los tontos. El templo de Salomón, que tanto Jehová había encargado se le reservase á él solo, el fuerte, el celoso Jehová le vió imperturbable ser invadido por multitud de pueras divinidades, á quien Manases, rey de ancha manga, daba de comer y beber cumplidamente, para que no le hiciesen algunas jugarreta.

Ninguna farándula teológica omitió Manases: chamuscó sus hijos en honor de Baal, consultó adivinos, instituyó pitonisas, se hizo astrólatra y hasta astrólogo derramando además cuanta sangre inocente pudo, en demostración de que no ha habido aficionado á tantas teologías que no haya sido un tunante.

La cólera de Jehová nunca hubiera estado mejor empleada que contra este canalla de Manases. Pero ¡cosas del Dios hebreo! Jehová se lo llevó todo en paciencia durante cincuenta y cinco años que reinó, contentándose con enviar profetas á porrillo, que anunciaron, no ciertamente á Manases, sino a Jerusalen, cosas horribles para más adelante. ¡Valiente juez Jehová! ¡Ni para un mal juzgado de entrada me serviría á mí, á fe de Ríofranco lo digo!

Resumen: que el malvado de Manases se murió tranquilamente á los sesenta y siete años, y que le sucedió otro tunante, hijo suyo, llamado AMÓN, también idólatra y astrólatra y becerrólatra, al cual, cargados ya de tantas pillerías como hizo, sus propios siervos le asesinaron en su propia casa. El pueblo, amoscado de que le hubieran quitado de enmedio un rey tan bueno, ahorcó á cuantos le asesinaron, é hizo rey á JOSÍAS, hijo de Amón, que tenía ocho años.

¡Bien por los realistas!

Josias, dice la *Biblia*, fué bueno, y de consiguiente retiró todos los chirimbolos ofensivos á Jehová, que habian su padre y su abuelo puesto en el templo, desbaratando cuanto ellos habian hecho también por fuera, viniendo á ser las hijas del gitano del cuentecillo arriba contado.

Josias como todos los buenos bíblicos, restauró el templo, empleando en esto el dinero que á sus manos y á las de los sacerdotes llegaba. Y en vez de consultar con muchos dioses, consultó solo con Jehová, el cual, por medio de una *profetisa* (este oficio no debía ser muy difícil cuando podía desempeñarle una mujer), llamada Hulda, casada con un tal Sallun, empleado en la guardarropía del Templo, le reveló que había de pasar Jerusalen terribles apuros, y la habian de dejar los enemigos más limpia que una escudilla, después de lamida por un hambriento. Afortunadamente para Josias, la limpiadura no se había

de hacer en sus días, por lo cual, agradecido, mandó leer el Deuteronomio, y renovó la alianza entre el pueblo judío y Jehová, aquel famosísimo pacto tan traído y tan llevado, siempre renovado y jamás cumplido, que basta para predisponer contra todo pactismo.

Después de esta lectura fué cuando Josias se ensañó contra todos los dioses menos el suyo. La *Biblia* aprovecha la ocasión para decirnos cuántos y cuáles eran estos dioses usurpadores: allí lo encontrará, capítulo XXIII, el que quiera enterarse de las mil y un brutalidades que han inventado los hombres en cuestión de teología.

Como el rey Josias, dice el Espíritu Santo, no hubo ninguno. Lo creo honradamente. No hubo uno tan majadero, á no ser Ezechias. ¡Por qué? Porque, viendo venir la tempestad, en vez de ejércitos, lo que se ocupó en organizar fueron curas. ¡Ah, *babión!* ¡A quién le guardaron nunca los sacerdotes sus estados! Así sucedió que, viniendo Nécos, rey de Egipto, contra los asirios, á las orillas del Eufrates, Josias, que salió á la defensa de estos, fué derrotado y muerto al primer papirotazo egipciaco en Mejido. ¡No le estuvo mal! ¡Acaso pensó que á los faraones se les detenía á hisopazos!

Sucédele JOACHAZ, mozo á quien Nécos se mereció en un abrir y cerrar de ojos, quitándole el reino, que redujo á tributo, y llevándosele preso á Ribla, donde se murió, quizá de reconcomio.

Nécos dejó en Jerusalen un reyecillo para que le cobrase los tributos y se los mandase con toda puntualidad. Fué este monigote ELIACIM, hijo de Josias, al cual Nécos, que debía ser un guasón. le hizo llamar en adelante Joacim (¡vaya un capricho!) (¡por qué le llamaría Joacim?)

Aún con este mote, los once años que reinó, hizo Joacim *lo malo en ojos de Jehová*. ¡Si sería perro el muchacho! Pero á fe que Jehová, que

contra tantos reyes fuertes había sido débil, se vengó en este pobrecillo á sus anchas. Valiéndose de Nabucodonosor, nombre peligroso, rey de Babilonia, le dió una paliza mayúscula. Tres años se vió Joacim siervo del babilonio, y luego, cuando éste volvió la espalda, se le rebeló. Y aquí, digo, allí fué Troya.

Sube Nabucodonosor echando espuma por la boca, y gracias que Joacim reventó á tiempo, porque de otra suerte le hace salchicha. Halla en vez de él á su hijo JOAQUÍN en el trono de Jerusalen. Sitúa á esta el babilonio, y el bueno de Joaquín, destinado á pagar todas las perradas de los de su casta, queriendo á Jehová darle mico, escapa furtivamente de la ciudad con toda su familia, pero Nabucodonosor le coge de las orejas, y atado codo con codo se lo lleva á Babilonia, así como á sus mujeres, oficiales y servidores.

Razia como aquella se han visto pocas. No dejó un ochavo Nabucodonosor en Jerusalen, ni tampoco un judío de consideración. Todo se lo llevó por delante. Sin embargo, no destruyó la ciudad, sino que, tomando un tío de Joaquín, le hizo rey, como pudiera haberle hecho obispo, mudándole el nombre de Matatías, que llevaba, por el de SEDECÍAS. (Este capricho de Nabucodonosor no le comprendo, como no comprendí el de Necos.) (¿Serían guasitas estos truecos?)

Este Sedecias también salió de mala madera. A los nueve meses de reinado (si aquello puede llamarse reinar) se rebeló contra Nabucodonosor, que sin andarse ya en más contemplaciones, subió á Jerusalen y la cercó. Escápanse, después de pasar una hambre canina, así el rey como todos los soldados, pero Nabucodonosor, que tenía fuertes las pantorrillas, echa á correr tras ellos y los atrapa junto á Jericó.

Y toda aquella canalla judáica, que tan orgullosa se mostraba con su Dios Jehová, que se creía modestamente la elegida entre todas las

naciones de la tierra, la única digna y la única decente; aquel pueblo majadero de profetas y levitas, que se le comían por los pies, explicándole absurdas teologías y fantásticas revelaciones, ni aun defenderse supo del babilonio. Como Don Quijote desbarató el retablo de maese Pedro, desbarató Nabucodonosor al ejército israelita, que en vano imploraba en aquel fiero trance á Jehová. Allí cayó preso el rey, fueron cogidos los príncipes y amarrados los soldados.

Nabucodonosor, harto sin duda de las petulancias hebreas, hizose llevar los prisioneros á Riblia y allí mandó degollar uno á uno á todos los hijos de Sedecias á presencia de éste, á quien después hizo arrancar los ojos, y con una buena cadena amarrado llevó más tarde á Babilonia. Cruel, muy cruel es esto que hizo Nabucodonosor por dar gusto á su enojo. Pero pregunto yo: el que llame bárbaro, encanallado y feroz á Nabucodonosor ¿cómo calificará á Jehová, que mandó por sus profetas degollar cuatro dinastías israelitas, sin dejar de ellas meante á la pared, quiere decir, perros? A menos que el ser Dios le disculpe... saque un católico la consecuencia. De mi librepensadora incumbencia sólo es asentar con solidez las premisas. Además los católicos son tan aficionados á los silogismos, que en punto á consecuencias, se pierden de vista al sacarlas. ¡Pues digo, si han sacado del Purgatorio millones!

Todavía quedaba en Jerusalen la plebe, aquella plebe que se había arrodillado ante Atalia y luego ante los que la alancearon, aquella canalla que tantas veces había pactado con Jehová y le había degollado tantos carneros, bueyes y machos cabríos. Ni el hambre del sitio, ni la teología, habían podido acabar con ella.

Nabucodonosor encargó de este trabajo á Nabuzardán, el cual, con sólo presentarse, tomó la ciudad sacrosanta, de que no dejó en pie cosa

que sobresaliera del suelo. Derribó el muro, quemó el sacrosanto templo de Salomón, hizo pavesas el palacio real, la casa del bosque, las casas de los príncipes y sacerdotes, cuanto, por fin, llamaba la atención. Después, bien formados en interminables cuerdas, llevóse para Babilonia, como esclavos, á todos los elegidos, protegidos y mimados de Jehová, dejando sólo en Jerusalem unos cuantos pobretes para que cuidasen las viñas.

Vasos, calderos y tinajas sagradas, ya de oro, ya de bronce, cuanto valía de una peseta para arriba, bien empaquetado, envióselo Nabuzardan á su señor, remitiéndole además cuantos príncipes y sacerdotes pudo topar de los que se habían antes trasconejado, á los cuales degolló sin cumplimiento alguno Nabucodonosor.

Es horrible, indudablemente, esa tremenda degollina, este feroz apresamiento de todo un pueblo. Hay que abominar de estos tiempos y de estos hombres. Pero ¿no es cierto, lector, que causa risa ver que la *Biblia*, echando el mochuelo de todo lo bueno y lo malo á Jehová, explique estas atrocidades por la atrocidad suprema del enojo de Dios contra sus elegidos? En cien ocasiones se vieron en la antigüedad barbaridades de este calibre en varios pueblos. Todos las explicaron por las causas naturales. Sólo los judíos acudieron á una explicación sobrenatural. ¿Extrañarás que lógicamente fuera monumental la paliza?

De lo que no había sido degollado ó transportado, esto es, de lo que no merecía la pena de ser cogido, hizo Nabucodonosor una especie de rebaño, sombra de pueblo, á quien puso por gobernador á un tal GEDALÍAS. Este pobrecillo llamó á sus compatriotas, suplicándoles encarecidamente que aceptasen la servidumbre caldea. Al poco, los llamados se irritan, vienen á Mispa y degüellan á Gedalias y á los caldeos que le rodeaban.

He ahí, pensarás, lector, unos valientes que, como los compañeros de Pelayo, reconquistaran la tierra. Pues no hay nada de eso. Aquellos valientes que asesinaron á Gedalias, con todos los otros valientes de Judea tomaron á trote largo el camino de Egipto, huyendo de las lanzas babilonias.

Con lo cual da fin el segundo libro de los reyes de Israel, que queda demostrado según me propuse, fueron el uno peor que el otro, y todos juntos unos..... Calificalos tú, lector, que yo ya de estos reyes, y de los otros estoy hasta aquí.

Y me toco la coronilla.

Perdona el modo de señalar.

LXX

LOS PARALIPÓMENOS

¿Se come esta con cuchara ó con tenedor? Se dirá el lector discreto de estas NOTAS, al echarse á la cara la palabreja *Paralipómenos*. Pues no es cosa de comer, le respondo, sino fruto bendito de la mollera del Espíritu Santo, libro infalible de la infalible *Biblia* sacra canónica, lo que *Paralipómenos* se llama, libro hecho dos pedazos, ó tomos ó volúmenes, ó partes.

Estos libros paralipoménicos, que quiere decir cosa como suplementarios ó de añadidura, ni se sabe quien los escribió, ni donde, ni cuando. Pero por lo mismo que, maldita de Dios la falta que hacia averiguar semejante bobada, los doctores católicos y los rabinos judíos, buenos muchachos que se han ganado el pan entreniendo á los tontos, se han devanado los sesos barruntando quien ó quienes, donde y cuando los Paralipómenos se escribieron, viniendo á convenir en que no sabiéndose quien tan mal fecho cometiera, la lógica severa exigía atribuirsele á la propia y palomesca persona del Espíritu Santo, de lo cual no me deja duda verlos perfectamente en-

cuadernados y anotados por el padre Scio en su traducción española de la *Biblia*, que tengo á la vista, provocando mi buen humor con sus ilustraciones, en que aparecen los personajes bíblicos todos liados en una especie de mantas de Palencia.

Los sabidillos *teologizantes* te dirán, lector amable, si les aprietas, que estos libros, aunque infalibles, parto del Espíritu Santo, fué Esdras quien les sirvió de comadrón, y que no lo fué, y que pudo serlo, y que pudo no serlo, pues cuentan cosas que Esdras no vió, y otra multitud de majaderías de que no podrás sacar nada en limpio. Tú ríete de ellas, y de ellos, y de Esdras, y del otro y de los Paralipómenos, como me río yo, y con tal que tengas muchas pesetas, no lo dudes, si te pones á andar delante de las muchachas bonitas, éstas se irán detrás de tí.

El capítulo primero del primero de estos libros de los Paralipómenos, es una indigesta letanía de nombres enrevesados y estrafalarios, mal sonantes, mal olientes, y peores de escribir, que empieza en Adán y acaba en Hifam, dos caballeros á quienes no tuve jamás el gusto de tratar, el primero de los cuales parece que se entretuvo en la placentera ocupación de engendrarlos á tí y á mí, lector discreto, en compañía de una buena hembra llamada Eva, que Dios le regaló para que tuviera quien le espulgara la coronilla. De Hiram, que es el último, nos dice que fué caudillo de Edom. ¡Brava é interesantísima noticia! ¡Acaso no has oído que se murió Fernando VII, apesar de sus narices, que parecían inmortales!

Capítulo II. Segunda letanía indigesta. El ciudadano tal engendra. La ciudadana cual pare. La humanidad solo se ocupa de reproducirse en este capítulo. ¡Si serían nuestros ilustres prede-

cesores picarillos! Pues no digo nada de las predecesoras: paren como conejas.

Capítulo III. Idem del lienzo de la procreación. Los actores son reyes. Las paridoras reinas. El oficio regio no les disminuye en nada el gusto. Se presentan en el horizonte bíblico algunas porquerías incestuosas y adulterinas.

Capítulo IV. Continúa el enjendrar y el parir. Se nombran muchas ciudades que los israelitas, á fuerza de hacer hijos, tuvieron que construir ó conquistar. No hay nada más tonto en el mundo que leer esto, á no ser que el leerlo, como les pasa á los presbíteros, valga dinero.

Capítulo V. Hacen hijos Ruben, Gad y Manases, en tanta abundancia, que fundan dos tribus y media. Se cuentan las ciudades que habitaron estas tribus, la paliza que dieron á los agarenos, y como los apaleadores al fin y á la postre fueron apaleados y llevados cautivos á Asiria. No me detengo en estas necedades, que con más gracia que á aquí, tiene ya contadas en otras partes la *Biblia*, y anotadas yo, su fiel anotador.

Capítulo VI. Los levitas son los que trabajan de padres. Esto de ser en el sexto capítulo donde enjendran los curas judíos me escama respecto de la fidelidad de los curas católicos al sexto mandamiento. El sexto y los curas siempre como la sogá y el caldero: uno detrás de otra.

Capítulo VII. Los ciudadanos Isachar, Benjamín, Neptali, Manases, Efraim y Aser, por no ser menos que los que los enjendraron, enjendran también.

Capítulo VIII. Aquí enjendra solo Benjamín hijos que hacen otros hijos, hasta que uno enjendra á Saul, bravo mozo, que fija un poco más la atención del Espíritu y Santo.

Lo que he hecho con estos ocho capítulos debiera hacer con todos los Paralipómenos, porque en ellos se repite deploramente la *Santa Biblia*. Pero yo soy muy tereco, y no quiero que se me

quede atrás ningún gazapo. Iré, pues, despacito, aunque canse.

Capítulo IX. Ni Dios entiende el primer versículo. Habla de que se contó el pueblo de Israel, pero ni dice cuando, ni tampoco el número de habitantes. Después cuenta quienes fueron los primeros que moraron en Jerusalem, después del cautiverio de Babilonia, los oficios que se repartieron, y otra multitud de cosas, que así nos importan á ti y á mí, como averiguar si nuestro padre Adán padeció ó no padeció de almorranas, se entiende, después de su culpa, que antes de comer la manzana, ni almorranas ni cosa alguna pudo padecer, según la santa Iglesia católica.

El capítulo X cuenta la historia de Saul mucho peor que está contada en el *Libro de los Reyes*. Cuando el Espíritu Santo inspiró esto, debía hallarse muy de prisa ó distraído (¿con quién?)

Capítulo XI. Viene la historia de David, también mal contada. Y en ella un gazapo del Espíritu Santo, que habiendo dicho en el *Libro de los Reyes* que un bárbaro de príncipe, llamado Josbaam, hirió en una sola acción tres mil hombres, ahora, perdida la memoria, ¡pobre hombre! ó quizá, avergonzado de tanto exagerar, ¡pobre Dios! se contenta con que Josbaam hiera en una sola acción trescientos hombres. Aquí podría decirle al Espíritu inspirador: ¡más te valiera estar duermes! pero lo dejo para más alta ocasión. Esto es *peccata minuta*; así como el llamar aquí Semmeth á uno que en *los Reyes* llamó Semma.

En el capítulo XII se cuenta la gente que siguió á David en sus guerras, la cual toda se murió hace muchos años, y por lo tanto, dejo piadosamente descansar en paz: que hartas fatigas y hambres pasaron los pobrecillos, para que yo me permita alharaquear sus nombres, que es todo lo que hace tontamente la infalible *Biblia*, trocándoles algunas veces. En el capítulo XIII se

cuenta la frustrada intentona del traslado del arca.

David, en el capítulo XIV, acumula materiales para construirse un palacio y se propina una buena partida de mujeres de varios pelos, edades y estados, de lo cual tengo ya tomada nota á su debido tiempo. Se hace de Nachon un Chidon, que no es el mismo nombre, pero pudiera serlo, y en consecuencia se debe tener por verdad, revelada á quien quiera que fuese el que escribió estos cacofónicos Paralipómenos.

Capítulo XV. Trata la materia ya por mí tratada de la traslación del arca á Jerusalem, los bailoteos de David con este fausto motivo, y la burla que de él hizo su mujer, digo, una de sus mujeres. En el capítulo XVI se distribuyen los levitas, como pan bendito, un montón de destinos que para ellos crea el bueno de David, á cargo del presupuesto del culto y clero. Estos destinos consistían en cantar y tocar, dando gracias á Dios, y comerse al pueblo por los pies. Además, David canta un himno, cuya música se ha perdido, no sé si decir afortunadamente.

Y basta por ahora de repeticiones paralipómenicas.

LXXI

Quizá debiera haber dicho, en vez de basta por ahora, basta por siempre de *Paralipómenos*, y de las indigestas repeticiones que constituyen la sacra-judáico-tontesta materia que contienen. Pero, si quedara algún gazapo en el campo bíblico, ¡no podría llegar á ser coneja paridora que inundara de nuevo la fantasía popular con imágenes peligrosas al bolsillo, á cuyo perpétuo cerramiento, para todo cura habido y por haber, de toda religión inventada ó por fabricar, dedico honradamente estas *Notas* de estudio, de lo que jamás, jamás, jamás podrá volver á engañar incautos!

Siga, pues, la letanía paralipoménica.

Capítulo XVII. David se decide á construir el templo, Jehová, por medio del embajador, digo, del profeta Nathan, le envía á decir:

«Aquesa obra, gran rey,»
para otro está guardada.»

El otro de esta parodia de nuestro Romancero era... Salomón. David da gracias á Jehová cantando, porque fué un *cantaor* de primera fuerza.

Nota. No se acompañaba con guitarra, como Juan Breva. Se acompañaba con arpa, como los italianos que con arpa se acompañan.

Capítulo XVIII. Habla de las guerras y victorias de David, de los tributos que impuso á las tribus á quienes apaleó, á las cuales el hiperbólico Espíritu Santo llama naciones, y de los ministros y generales que tuvo. ¡A qué detenerme en esto, cuando en los Reyes lo hice y hasta me permití comparaciones judáico - conservadoras que el diablo me perdone?

Gazapo de este capítulo. El verbo *herir* se emplea como sinónimo de derrotar. A un Joram de los *Reyes* se le llama aquí Adoram. A los sirios se les llama idumeos y moabitas, *et sic de cæteris.*

Capítulo XIX. Se cuenta la rasura de cabezas que un rey ammonita ordenó que hicieran por insulto á los embajadores de David, y las desastrosas consecuencias que tuvo esta burla peluqueresca. Véase lo que dije en el lugar correspondiente de los *Reyes*, pues ya que el Espíritu Santo se cita á sí mismo, bien puedo yo permitirme este lujo.

Gazapo. En una batalla contada en los *Reyes*, se dice que el ejército ammonita se componía de 80.000 infantes; aquí, corriéndose el señor Espíritu Santo, presenta en línea la friolera de treinta mil carros. ¡Eche usted *jigos!*

Capítulo XX. Guerras y más guerras con los ammonitas y filisteos. David va de bien en mejor:

Se presenta en escena un gigantón con seis dedos en cada mano y otros seis en cada pie. El P. Scio, sublime matemático, echa la cuenta de tanto dedo, y como no se *manaba* ninguno de los suyos, el preclaro anotador halla que *en todo eran veinticuatro dedos.* ¡Oh pasmo aritmético-teologizante!

Capítulo XXI. El señor David se mete á director de estadística y el Sr. Jehová se atufa, y sobreviene aquello de la peste de que hablé larga y tendidamente en su oportuno lugar.

Gazapo casi conejo. David, el inspirado David, grita en el versículo XIII: *pero más me vale caer en las manos del Señor, porque son muchas sus misericordias, que no en las manos de los hombres.* Algunos siglos después el inspirado San Pablo, en carta á los hebreos, capítulo X, versículo XXXI, exclama: *Horrenda cosa es caer en las manos del Dios vivo.*

¡Ateme V, al señor Espíritu Santo por sus inspiraciones! Al menos que haya una errata en lo dicho por San Pablo, y que deba leerse como yo imagino: *Horrenda cosa es caer en las manos (vuelgo ruedas) del Tio-Vivo, no me atrevo á conciliar los textos ó tiestos supracitados.*

Capítulo XXII. Recomendaciones de David á Salomón y los príncipes de Israel, al primero para que le fabrique á Jehová una buena casita, y á los segundos para que le ayuden en la obra.

Gazapo. Salomón tenía entonces sobre 17 años, y ni por piensos soñaba con la corona de David. Tenía por delante á Amon, Absalom y Adonias y otros caballeritos hijos del rey. Léase, en descargo de mi puntadita al Espíritu Santo, la comedia de Calderón de la Barca *Los cabellos de Absalom*, que, aunque bastante maleja, se atreve á corregir indirectamente este pasaje de la recomendación á Salomón.

Idem de la casta conejil. El bueno de David dice, como si nada dijese, que para la construc-

ción del templo deja acumulados cien mil talentos de oro y un millón de talentos de plata.

Aritmeticemos un poquito.

Cien mil talentos de oro, por un versículo del Exodo, se saca que pesaban trescientas veintiocho mil arroba de oro.

Ahora bien, digo, ahora mal para el Espíritu Santo. 328.000 arrobas castellanias de oro, hacen 131.200.000 onzas de oro y valiendo cada onza de oro 16 duros, componen 2.099 millones de duros, mas el respetable pico de 200.000 dureses. Redueñendo estos duros á reales de vellón, resulta que el pobre David, en oro purísimo, sin liga alguna de cobre, reunió para la construcción del templo

41.984.000.000 de reales.

¡Reales son! Pero sigamos ajustándole las cuentas al Santo Espíritu:

David reunió además

Tres millones doscientas ochenta mil arrobas de plata

Que hacen, poniendo á onza por duro,
26.560.000.000 reales.

Y sumando los reales en oro con los reales en plata, sacamos en plata también

41.984.000.000 oro
26.560.000.000 plata.

68.544.000.000 reales.

Que es la mayor barbaridad, después de la barbaridad de las perdices de que hablé respecto á Moisés en el desierto, de las infinitas barbaridades que ha inspirado el Espíritu Santo.

¡68.544 millones!

Bien se conoce que jamás tuvo en su bolsillo del chaleco el tal Espíritu Santo tres pesetas.

Porque, fijate para que te reias más á tus anchas, lector, fijate y verás, que si la inclita, excelsa y austriaca reina gobernadora que actualmente (13 Enero 1886) nos gobierna á los

españoles, en vez de constitucional fuese absoluta, y absolutamente decretase que todo lo que pagamos los españoles de contribución, incluso lo que le pagamos á ella, su suegra, sus cuñadas, hijas y primos más ó menos de afinidad, lo acumulase Camachito, el Neker fusionero, para construir otro templo á Jehová ú otro cualquier Dios, aunque fuese el Dios Memo, tendria que estar acumulando ochavos, pesetas, duros, centenes, onzas y cuanto cayese en sus garras por espacio de

¡23 AÑOS!

¡Quién se los asegurase á él de vida ministerial á la reina de vida gobernadora y á mí y á tí de vida natural para reinos de estas exageraciones espirituantescas, ó sease barbaridades numeriles; Qué bien dije cuando dije: «el que hambre tiene, con pan sueña.» Como el Espíritu Santo nunca tuvo tres pesetas, al hablar de dinero desbarra.

Cap. XXIII. Hace rey David á Salomón. Se señalan los pretextos ó destinos con que los levitas, ó sean los curas judíos, comían sin trabajar, á costa de los tontos, ni más ni menos que los otros curas de las otras religiones. Como pareciesen pocos todavía los levitas, se les agregan los hijos de Moisés, que, aunque profeta máximo, se dedica á la procreación de un modo que asusta, al ver ahora los que *salieron de sus lomos* ilustres. Esta frase subrayada es bíblica. Lo advierto, porque no quiero pasar por escritor *naturalista*. Allá el Espíritu Santo, Zola y sus imitadores se disputen esta gloria: yo á Cervantes me atengo, y de su *Coloquio de los perros* no paso.

Gazapos. Chiquitos, por lo general, pues consisten en la variación de nombres. El venerable P. Scio, en sus notas, achaca esto al *idiotismo* de la lengua hebrea, y lo creo sin que sal-

ga de su sepulcro á jurármelo. Siempre creí que sólo en una lengua *idiota* pudieran escribirse ciertas cosas de las que voy anotando.

Cap. XXIV. Indigesta, gazapesca y tonta narración de familias sacerdotales y los destinos que desempeñaron.

Cap. XXV. Idem, idem, idem.

Cap. XXVI. Idem, con la única diferencia de que los destinos son de los de escalera abajo, que diríamos hoy, como porteros, perreros, sacristanes, etc.

Cap. XXVII. Se habla de doce caudillos que por meses gobernaban el ejército y otras cosas tan rematadamente tontas como estas, por lo antiguas, y sobre todo, porque el saberlas ó ignorarlas no hace nacer un solo grano de trigo más en los campos de Castilla. Los gazapos genealógicos abundan.

Cap. XXVIII. David, antes de morir, como es natural, echa un largo discurso, diciendo que así que cierre el ojo se haga el Templo y le da á Salomón diseños y dineros.

Texto. Todas estas cosas, dijo, me vinieron á mí escritas de la mano del Señor, para que entendiese todas las otras del diseño.

Esto es piramidal. Jehová escribe á David. ¡Sería por el correo interior ó por el exterior! ¡Oh sublime versículo, digno de las más profundas meditaciones! ¡Quién tuviera luz del cielo suficiente para rastrear en tus líneas si en tiempo de David se pagaba ya cuarto del cartero!

Cap. XXIX. Se cuentan las ofrendas que para la construcción del templo hicieron los príncipes y el pueblo, lo que permite suponer que, si nosotros quisiéramos hacer otro igual, además de acumular Camacho las contribuciones todas de veintitres años, todavía tendríamos que agregar algún donativo voluntario forzosamente. ¡Por Jehová, carísimos compatriotas míos, ilustrisi-

mos y despreocupadísimos españoles, que no se os ocurra semejante atrocidad!

Echa David un montón de bendiciones á Jehová y después le pide... protección para Salomón y para los contribuyentes israelitas, que bien la necesitaban. Después, no teniendo cosa mayor que hacer, se muere.

Y colorín, colorado, el primer libro de los Paralipómenos queda anotado.

LXXII

LIBRO SEGUNDO DE LOS
PARALIPÓMENOS

El segundo de estos mamarrachescos libros, que las *Biblias* protestantes llaman *Crónicas*, quizá por evitar con este nombre vulgar y corriente, el ataque de risa á que predispone el enrevesado de Paralipómenos, es aún menos digno que el primero de mis pedestres comentarios á cosa tan alta, trascendental y superferolítica como es la teología, que Dios funda y el Demonio confunda, en descargo de los manicomios sea dicho.

Consta de treinta y seis capítulos, que tasados á su precio natural, en el mercado del sentido común, apenas valdrían una peseta cabal; porque las pesetas es lo único que hay inmutable en España. Pasan reyes, vienen repúblicas, vuelven reyes, se irán de nuevo, y de nuevo se irán también las repúblicas; pasará hasta la fama de conservador que tantos afanes le ha costado granjearse á Castelar, pasará Carulla, y quizá hasta pase una monedilla falsa de dos duros que me metió hace tres días un honrado canovista, sastre por añadidura y hombre de orden si los hay: lo que no ha pasado, ni pasará en España, es el imperio de la peseta, como unidad para apreciar las cosas que se compran y ven-

den, que son muchas, desde una misa, que vale dos pesetas, hasta una acta de diputado ministerial, que las hay hasta de siete mil quinientas.

Esta peseta de *Biblia* nos cuenta la historia de Salomón, repitiendo malamente el Espíritu Santo lo que nos dijo en los *Libros de los Reyes*, que en las *Biblias* protestantes son dos y en las *Católicas* son cuatro, para que en todo cuanto á la *Biblia* y á la teología se refiere, anden siempre los bonetes por el aire y el buen sentido por los suelos.

Después de la muerte de Salomón, ya sabes que se repartió el reino; y que hubo reyes en Samaria y en Jerusalén, todos malos, muy malos, rematadamente malos, que le hicieron á Jehová infinito número de perrerías, que nos han dado tela larga que reír con nuestros labios. Pues cómo nacieron y se murieron estos reyes, los micos que á Dios le dieron, los palos que dieron ó tomaron, es lo que los Paralipómenos nos cuentan, con alguno que otro detalle insignificante, que se le quedó á Dios en el tintero al *inspirar* LOS REYES. Algún que otro gazapillo salta también en este campo cubierto de espiritual alfalfa, pero no fuera yo quien soy, si me echara la escopeta á la cara por semejantes menudencias, cuando diviso ya el santo monte del Calvario, á que con tanta fatiga me voy encaminando, en que he de hallar caza mayor en tanta abundancia, que temo se me agoten las municiones.

En el último libro de los reyes dejó Jehová á sus israelitas hechos una lástima, recibiendo azotes de los asirios que se los llevaron á Babilonia por esclavos. Aquí en los Paralipómenos, acaba la historia manifestándonos que, después de sesenta años de amolamiento de sus elegidos, para dejar en buen lugar al profeta Jeremías, un llorón con quien ya te haré hacer conocimiento,

lector amigo, Jehová se compadeció de los hebreos (que al fin y la postre Jehová era blando de entrañas, después de ser duro) y tuvo la ocurrencia de *despertar el espíritu de* *Ciro, rey de los persas*, despertamiento de que las historias no inspiradas por el Espíritu Santo, que del buen *Ciro* nos hablan, no dicen una palabra, quizá porque los que las escribieron hacían de Jehová el caso que hago yo y te recomiendo que hagas tú, lector, si quieres vivir sano y morirte de la última enfermedad.

Así que el dormilón de *Ciro*, por voluntad de Jehová se despertó, puso por escrito lo que éste le dictó, y con ello aderezó un decreto, que á tiempo de acabar de inspirar los Paralipómenos, el Espíritu Santo no conocía aún por entero, razón por la cual solo se inserta en ellos la cabeza. El cuerpo de este edicto llegó al fin, años más adelante, á noticias del revelador, y aparece completo en el libro de Esdras.

Y pregunto yo ahora: ¿No es, de todas las majaderías, la mayor, que á estos librotos paralipóménicos y pendejos, se les califique de inspirados por Dios, esenciales á la felicidad humana, indispensables á la pública moralidad, como parte integrante que se hace de ellos de la palabra divina, base y fundamento de toda moral pública y privada? ¿No es de todas las estupideces la estupidez mayor, que para el sostenimiento de instituciones sin otro fundamento histórico ni racional que libros como éste, el pobre labrador de Castilla esté todo el santo día abriendo surcos para hacer producir á la tierra el trigo de que ha de pagar los diezmos y primicias? Contribución del culto y clero se llama esta figura retórica, importante cada un año cuarenta y dos millones de pesetas, que acumulamos los memos, en forma de momios, que disfrutaban los *Momos*. *Quousque tandem soltarevis dineris tontorum españolorum?*

LXXIII

EL LIBRO DE ESDRAS

Es el primero que topo en la *Biblia* con sentido común, y esto por la sencillísima razón de que no le escribió, ni tan siquiera le inspiró el Espíritu Santo, sino persona de mejor mollera que un palomo, como consta que fué el ciudadano Esdras, judío de mucho gancho y de mucho metimiento con Artajerjes, rey de Persia, descendiente de aquel Ciro que despertó Jehová para que diese suelta á sus por setenta años amolados y esclavizados israelitas.

Comienza este libro con el decreto de Ciro, dando permiso á los judíos para regresar á su tierra, y reconstruir en la abatida y desolada Jerusalén el abrasado Templo que Salomón edificó á Jehová el año...

Iba á decir una tontería, porque seguramente, cuantas fechas se leen en la *Biblia* son pura tontería, pues si me atengo al capítulo VI del *Libro I de los Reyes* me dice que fué el año 480 de la salida de Egipto (que el diablo sabrá cuál fué) y si hago al menudeo la cuenta, como la tengo hecha, con argumentos matemáticos de otros libros igualmente canónicos y mentirosos, saco á los 580 de la supradicha salida, que ya llamé á su debido tiempo escapatoria. Y un siglo (cien años de diferencia) me parece razón suficiente para saber que toda fecha bíblica, más que fecha es filfa, cosa útil de saber, pues de saberla se hubiera ahorrado el viejo y bilioso y vidrioso obispo de Avila, el berrenchin que se tomó, cuando mi amigo Morayta le plantó un par de banderillas al sesgo á la fecha, digo, á la filfa de la creación del mundo, que encajó el *Génesis* hace poco más de seis mil años.

Pero volviendo á Ciro y al Templo, diré que el primero dió permiso de reconstruir el segundo,

en un decreto en que dice que Jehová le había dado todos los reinos de la tierra (¡eche usted reinos!) y le había mandado hacer una casa en Jerusalén.

Es gracioso esto de mandar Jehová á un pagano como Ciro que le haga casa, pero es más gracioso ver, como el cuco del rey persa les echa el mochuelo de la albañilería y carpintería á los hebreos sobre las costillas. Y más gracioso aún observar como 42.370 desdichados, hartos de llorar sus penas á orillas del *gran río* (así llaman al Eufrates los libros bíblicos), echan á andar con sus pollinos y caballerías mayores camino de Jerusalén.

Como un judío jamás deja de sacar carne en las uñas, sacan los nuevos emigrantes á Ciro 5.400 chirimbolos de oro y plata, en forma de tazas y tazones para el culto que se proponían restaurar.

Libreme, no Jehová, el de los enfados y desenfadados, sino el Dios que yo me tengo fabricado, que á semejanza del caballo aquel que no comía, ni bebía, ni orinaba, ni relinchaba, es un Dios inofensivo y á la pata la llana, que se conferma de todo en todo con mi buen humor permanente á costa de presbíteros, libreme este Dios, repito, de burlarme de aquellos hijos de la esclavitud, cuando al llegar á Jerusalén en el capítulo III, á las órdenes de Jesuá y Zorobabel, revuelven las cenizas de la ciudad de sus padres para buscar piedras con que alzar un altar á Jehová.

Considero que los pobrecillos tendrían el corazón chiquito como una avellana, y los ojos más húmedos que un mes lluvioso, como el que vamos atravesando, al ver cómo Jehová había sentado en sus posaderas las manos que habíanle hecho levantar las perrerías de sus padres. Y me figuro, además, que de todo corazón se pondrían portarse de allí en adelante, por todos los siglos de los siglos, como buenos muchachos

con un amo irrecusable, que de tan bárbara manera castigaba en los inocentes los delitos de los culpables.

Al fin, al patriotismo, aunque sea el patriotismo de un judío, que no viene á ser más grande que una onza de oro, hay que hacerle un lugar en estas NOTAS, y aquí le encuadro en forma de un morazo peludo y aguileño de nariz, viniendo descalzo y harapiento de Babilonia á Jerusalem por permiso de Ciro, y llorando á moco tendido de rodillas en un estercolero de aquel solar escogido por Jehová por habitación eterna y santísima.

«Genio y figura hasta la sepultura». Esto que se dice de los individuos podría aplicarse á los pueblos. A los dos años de la vuelta á Jerusalem, ya empiezan los levitas á ejercer el inútil y tonto sacerdocio, que se comía al pueblo por los pies, levitas y no levitas á cantar y rezar, á llorar y jalgorear, viendo como los cimientos del nuevo Templo comenzaban á barbear la tierra.

¿Podrá nadie extrañar que un pueblo que en vez de ejército organiza curas, y en vez de fortalezas lo primero que construye es una iglesia, se vea, como hoy se vé, extranjero en todas las naciones y odiado en toda la superficie del planeta?

No: el que lo extrañara demostraria no saber que un teólogo, es de todas las cosas del mundo, la mejor dispuesta á la servidumbre. Pensando en Dios se pone tan ensimismado, que el primero que pasa le caza como á un conejo.

Los descendientes de los traídos por Nabucodonosor á Judea, así que vieron que lo del Templo iba de verdad, pensando, y pensando cuerdamente, que un Templo es una mina, se llamaron á la parte en el trabajo para compartir más tarde las utilidades.

Trato honrado si los hay; pero los judíos dijeron llamarse andana. Con lo cual los otros se

atufaron y les enseñaron los dientes. Resultado: que la obra se paralizó por todo el reinado de Ciro, que por lo que se vé hizo tanto caso del mandato de Jehová, de que en su decreto hablaba, como hice yo de las excomuniones con que me honraron 46 obispos. Cuando muerto éste, el nombre enrevesado de Artajerjes apareció en el trono de Persia, los residentes no judíos á los venidos de este linaje armaron pleito, con una denuncia en carta que al monarca hicieron de estarse reedificando la ciudad y el Templo, y Artajerjes sofocó la nueva intentona de construcción, cosa que aparece un poco confusa en el texto, como es de rigor bíblico.

En el capítulo V aparecen dos profetas, Hageo y Zacarías, que echándose el alma á la espalda y á Jehová en la boca, para que pareciese que cuanto hablaban lo tartamudeaba en sus gargantas el Altísimo (que es uno de los innumerables motes de Jehová) acometen la obra de la reedificación. Sobreviene un capitán persa, titulado Tatnai, acompañado de una especie de bachi-bozu llamado Sethar-boznai, y encarándose con los profetas les pregunta:

«¿Quién os dió mandamiento para edificar esta casa y reedificar estos muros?»

Entonces les dijimos, dice textualmente la Biblia, lo que indica que escriben los que hablaron, es decir Hageo y Zacarías, lo que no es verdad, como más adelante se comprueba. En fin, que en dimes ó diretes, Tatnai se ablanda y se contenta con escribir á Darío, mientras continúan las obras, una carta, que ignoró si le enviaron por el correo ó por propio, pero aparece aquí inserta y puede servir de modelo á cualquier cabo del resguardo que haya urgente necesidad de denunciar alguna conspiración republicana á su majestad la reina gobernadora, que está en el quinto mes de su embarazo, como yo en el V capítulo de este preñado de Aben-Hezra, que la

llaman á Esdras los que lo entienden, el cual aún no ha aparecido en su obra, pues se guarda modestamente para el segundo acto de la representación, cuando la acción dramáticoteológico-patriótica es más interesante.

Darío, al recibir la carta, revolió de alto abajo su biblioteca (capítulo VI) en busca del libro en que se escribieron las fazañas de sus antepasados. Hallóse en Achmeta un mamotreto, en que constaba una *memoria* del decreto de Ciro sobre el Templo, y le contesta á Tatnai muy cortesmente que no sólo dejen él y sus compañeros á los judíos construir tranquilamente su iglesia sobre las ruinas de la antigua, sino que también les suministren animales para los holocaustos y además sal, trigo y aceite, como si fueran alojados con privilegio. Que al que contradiga esta orden le ahorquen en un madero de su propia casa, bonita y santamente en honra y gloria de Dios, á quien los judíos se encargarían de rezar para que mantuviese al rey y su augusta y real familia, sin novedad en su importante salud.

Y así se hizo, aunque no por completo, pues Alejandro el Magno, dejado de la mano de Jehová, pero muy bien acompañado de bravas falanjes macedónicas, dióse un paseito por Asia y alteró gravemente la salud de Darío y de su real familia.

Otro que se encomienda á Jehová y sale con las manos en la cabeza.

LXXIV

En el capítulo VII aparece por fin Esdras diciendo de quién era hijo, nieto, biznieto y tataranieta, sin exhibir documentos legalizados de ninguna clase, quizá porque pensó que esas cosas de ascendencias nadie, y menos el propio interesado, de andar turbias, pudiera ponerlas en claro.

Del texto de este capítulo se deducen dos cosas sin género alguno de duda: la primera, que le escribió Esdras; la segunda, que Esdras no tenía, cuando tal hizo, abuela. Y no precisamente porque fuese muy viejo, y la buena (ó mala) incógnita señora se hubiera naturalmente muerto, pues no consta la edad del nieto, sino porque éste se echa á sí mismo en cada versículo un piropo, y de tener abuela que le alabase, no caería en la ridiculez de la alabancia propia.

El jactancioso judío se llama á sí propio *escriba diligente en la ley de Moisés, doctísimo* y otras cuantas lindezas de este calibre, que estarían mejor dichas por otro. Después de alabarse de palabra lo hace por obra, insertando íntegra una carta, que dice que le escribió el rey Artajerjes *Lonjmano*, que quizá conquistó este mote por lo pesado y machacón que se hacía en sus edictos, si hemos de juzgar los que no conocemos, pero es de presumir que diera, por este en que concede permiso á los judíos para que vuelvan á su tierra con Esdras, y á éste le comisiona que les meta en las molleras la ley de Moisés con razones de horca y apaleamiento, cárcel, multa ó destierro.

Capítulo VIII. Larga é indigesta retahíla de los hijos de sus padres que subieron con Esdras á Jerusalem. Una vez nombrados, cuenta Esdras que reunió toda la canalla trashumante junto al río Ahava, y allí la hizo ayunar antes de emprender el viaje, quizá pensando que llevando los estómagos vacíos andarían más de prisa, lo que es un grave error, si hemos de creer lo que enseña el refran castellano de *tripas llevan corazón, que no corazón tripas*.

Cinco meses tardaron en el camino los ayunadores y su caudillo, el diligente, el doctísimo, por propio testimonio. Como se vé, no corrieron, pero canguelos no les faltaron; pues declara Esdras que, sólo por vergüenza, no pidió á Ar-

tajerjes unas cuantas parejas de la Guardia civil de entonces para que les acompañasen. Al llegar á Jerusalem hicieron la gran cuchipanda teológica: degollaron, en honor de Jehová, 12 becerros, 96 carneros, 77 corderos, 12 machos cabrios, y... una vez satisfecha la religión, se los zamparon bonitamente. Esta parte gastronómica del culto judío me agrada siempre que la encuentro. ¿Quién puede comparar la solidez de estas hostias con las miserables obleas que usan los católicos? ¿Qué paladar medianamente educado no prefiere las primeras?

En el capítulo IX Esdras hace una barrabasa, que de otra suerte no fuera personaje dignamente bíblico. Los príncipes (con esta palabra se designan, no los hijos del rey, que entonces por su fortuna, en medio de su desgracia, los judíos tenían á los reyes en entredicho, sino los *principales*, de los cuales te aseguro, lector, que no consta, pagara ninguno arriba de seis pesetas de contribución territorial), los príncipes se acercan á Esdras y le dicen que, lo mismo el pueblo que los levitas, haciendo un corte de mangas á la ley de Moisés, estaban amancebados con cananeas, y que los más empingorotados en el sacerdocio y en el magisterio tenían las mas guapas de estas perras, que tantas veces habla el buen Jehová mandado exterminar sin piedad.

Esdras que tal oye, se hace pedazos el manto, se desgarran la túnica, se pela las barbas y se mesa los cabellos, según la fórmula bíblica de encorajinarse un varón de pró, celoso del culto. Después de estas tonterías, dice que se *sentó triste...* y debiera añadir... y en pelola.

Estúvose hasta por la tarde *sentado*; después dice se levantó y volvió á rasgar el manto y la túnica, olvidándose de que dos versículos antes los había ya dejado hechos pedazos, y que pudiera venir, andando el tiempo, como ha venido, un *diligente y doctísimo* Riofranco (imitación de

Esdras es esta figura) que le *anotara* el renuncio y la tontería. En seguida se pone á vocear á Dios, y le larga una oración llena de quejidos por la esclavitud sufrida y lamentaciones por las palizas aguantadas, á causa de la perpétua contumacia judaica de hacer de la ley de Moisés el mismo caso que yo de las coplas de Calainos.

A las voces que Esdras dirigía á Dios contestaron los judíos por boca de Sechenias, diciendo que en efecto era un gran pecado el haber tomado mujeres cananeas, pero que podía remediarse muy fácilmente, dándolas á todas pasaporte y... tomando otras menos usadas y no menos bonitas.

La proposición, lo declaro, de ser yo judío y andar en este negocio, me hubiera seducido. Dejar una cananea rubia para tomar una hebrea morena, es un pacto signalagmático trilateral, que cualquier librepensador de buen gusto debe estar dispuesto en toda hora á firmar, máxime sabiendo, como se sabe por la teología dogmática, que en el truco se refocila Jehová en las alturas y dos criaturas en este valle de lágrimas.

El discurso de Sechenias, fué, pues, aplaudido con tanto entusiasmo que Esdras, aprovechándole con arte hizo jurar á los judíos el truco inmediato. Así acordado por los presentes, da orden Esdras de que acudan á Jerusalem todos los benjaministas y judíos para convenir en una medida general y enérgica. El texto dice que el día de la congregación cayeron unos chaparrones terribles que hicieron dar diente con diente á los pecadores con las cananeas. Pensando en qué podrían las israelitas abrugarlos bien y curarles los reumatismos, convienen sin oposición en lo que Esdras pedía, y las cananeas ignoro dónde se irían.

Quizá donde se fué el padre Padilla. Seguramente á llorar su cuita, y renegar á la vez que

de los hombres crueles, que de tan infame manera arrojaban de su lado á las madres de sus hijos, del Dios en cuyo nombre se ejecutaban semejantes canalladas.

Jehová fué su nombre, su mote el Padre Eterno, su emblema un ojo en el centro de un triángulo equilátero, su oficio vago de profesión desde el primer sábado del cómputo eclesiástico, sus explotadores los levitas, sus adoradores los tontos, sus intérpretes unos cuantos chiflados con ribetes de pillos y solapas de tunantes.

Concluye este libro de Esdras con la relación de los que se descasaron, ó se desabarraganaron, dando un puntapié teológico á sus esposas ó concubinas, cananeas, hehecas ó phereceas, jebuseas, ammonitas, moabitas y egipcicas, que eran las *reprobadas* en el examen de santidad de matrices hecho por el altísimo, transmitido por el Espíritu Santo y ejecutado por Esdras, el diligente, el doctísimo.

Aunque bárbaro, este Esdras es un bárbaro auténtico. Yo al menos tengo por cierto que hubo un hombre de carne y hueso, duro de entraña, agudo de entendimiento, feroz de intención, patriota de corazón y fanático por temperamento, que condujo desde Asiria á Jerusalem parte de los esclavos judios que transportó Nabucodonosor y Artajerjes dejó volver á Judea por causas que nos son desconocidas. Y creo más; creo que éste y no otro fué el autor de todos los libros de la *Biblia* que anteceden, y del que sigue, con el nombre de Libro de Nehemias, en que con más razón que en ningún otro se funda mi creencia.

No bastaba restaurar el templo, como había intentado y hecho en parte Zorobabel. Precisaba restaurar las leyes y autorizarlas. Esdras se tomó este trabajo patriótico y literario. Recogiendo tradiciones, extractando historias, sacrificando piadosas leyendas, zurció su obra, que

fué un monumento para el pueblo judío, que la ha conservado cuidadosamente.

Y esta obra de Esdras, todo lo patriótica, todo lo literaria, todo lo santa que se quiera para su nación, es la que la locura cristiana, para autorizar las más estrafalarias concepciones teológicas imaginables, ha llamado y llama revelación divina, y es lo que constituye el fondo de la *Biblia* en su primera parte, el Antiguo Testamento. Y esta es la famosa base del catolicismo, y esta la palabra inmutable, la moral infalible, á título de la cual ¡oh vergüenza! tantos siglos se viene esquilmando, tiranizando, explotando á la Europa y al mundo... y enviando á los manicomios á tantos infelices como se han devanado los sesos por averiguar por qué regla de cálculo uno son tres y tres son uno, ó por qué arte de recosimiento y zurcido de membranas, María fué virgen antes del parto, en el parto y después del parto.

Valiente tanda de azotes en ambas posas daría yo, si á mano le tuviera, al malandrín de Esdras por tanto embuste como redujo á escritura. No, no le había de librar de la azotaina, el que me dijera que él nunca pensó pudieran nacer en el mundo tantos tontos como han creído las mentiras que su ignorancia ó su patriotismo le hizo creer ó inventar.

Aunque bien reflexionando el punto ¿quién más digno del azotamiento? ¿Esdras que hace á Josué parar el sol, porque así se lo contaron ó lo halló escrito, ó el que tiene esta paparrucha por verdad, después que Copérnico y Galileo explicaron la centralidad del sol y el movimiento de la tierra?

Porque al fin y al cabo, si Sancho inventó el encantamiento de Dulcinea, por su interés lo hizo. El que era loco de balde, era Don Quijote.

Nombre común á todos los teólogos, ó mejor dicho, á los que creen á los teólogos.

LXXV

Así como el vulgo dice que el demonio tiene cara de cochino, simil que hallo un tanto desprestigiante para el (de cuernos coronado) monarca del infierno, podría yo decir que la casualidad tiene cara de Nehemias.

La casualidad, en efecto, tiene hace un mes largo á este buen judío (si es que lo de judío y lo de bueno pueden aparejarse) con su libro debajo del brazo, esperando un rato mío desocupado para presentarse á dar cuenta de su persona bíblica en estas NOTAS, en que ni chico ni grande de cuantos parlaron con Jehová ha de quedar sin su correspondiente mamola.

Fué el caso que, cosa hará de un mes, estando á punto de tomar la pluma para comentar el *Libro de Nehemias*, llamado también, según la *Biblia sacra*, *loh piramidal* y sorprendente noticia! *segundo libro de Esdras*, aquel tirano de mi buen humor, que se abriga con mis levitas, presentóse al improvisó y me dijo:

—¿Qué se hace, Ríofranco?

—Pues aquí donde me ves tan serio, me estaba riendo.

—¿Y cómo puede ser eso?

—Me reía hacia dentro.

—¿Reirse hacia dentro! En la vida había oído yo que nadie se riera de ese modo.

—Es que te queda mucho que oír, amigo Ramón. Del propio modo que se mira hacia adentro, testigos todos los krausistas que se pasan la mitad de la vida mirando de esa manera, lo que les vale muchos tropezones, y de igual manera que se habla hacia adentro, con una voz hiposa y bronca, como puedes tú mismo experimentar cuando bien te parezca; y de la forma misma que se escucha hacia adentro (casi siempre que hace esto un tonto oye una deliciosa mú-

sica celestial), el hombre tiene la propiedad de reirse hacia adentro.

—Quizá tengas razón. Pero dime ¿cuando te ries hacia adentro, de quién te ries?

—¡Donosa pregunta! ¿De quién me río? De tí.

—De tí dirás.

—Es lo mismo!

—¡Un cuerno!

—Dos tiene el diablo y es buena persona.

—¡Siquiera no se divierte en mortificar á sus amigos, como te diviertes tú!

—Que es lo que se quería demostrar, como dicen los estudiantes de geometría al acabar de explicar un teorema. Es así que tú me mortificas, siendo como soy tu amigo, luego eres peor persona que el mismísimo Satanás.

—Contigo cargue... y con tu lógica. Pero ¿qué tienes que tan hosco estás?

—¿Qué tengo? Dí qué traes.

—¿Qué traigo? Una buena noticia: que nos vamos esta noche mismo á Valladolid. Al anocheecer tomamos el *express* y hacia la una ya estaremos en la plaza aquella del Ochavo, donde le cortaron la cabeza á D. Alvaro de Luna. ¡Ah! Ríofranco, ¡qué tiempos aquellos! No á los de Don Alvaro me refiero, sino á aquellos en que tú y yo, caballeros en *el Corzo*, ¡te acuerdas? veníamos á galope tendido monte de Torozos adelante para ver yo en el teatro de Lope de Vega *La almoneda del diablo* y tú á una diablesa santomina de ojos negros y pelo rubio, que enseñaba los más blancos y menuditos dientes del mundo, cuando el gracioso decía la relación del burro. ¡Ah, qué tiempos tan felices!

—Como que entonces mandaba yo, todo era risa y alegría. Ahora impones tu carácter serio á nuestra indisoluble sociedad, y todo va manga por hombro, todo se vuelven disgustos y berrinches.

—¡Y qué te se ha perdido por Valladolid, para que haya yo de dejar á Nehemías esperando, Dios sabe cuántas semanas, su encuadramiento en mis *Notas de Estudio sobre la Santa Biblia*?

—¡Que qué se me ha perdido en Valladolid! Lo que en todas partes de España, una República que es preciso rescatar, aunque sea á costa de la propia vida, de manos de los que nos la robaron.

—¡Eche usted jierro, seor prendero! ¡Pero hasta cuándo has de ser niño! ¡Qué nos robaron la República! Di que nos la escamotearon y hablarás con propiedad. Mira tú como yo me explico aquello...

—Déjate, Riofranco, de explicaciones, y arregla la maleta. ¡Ah! Y muchísimo cuidado con la lengua: si hasta quince días después de volver, sueltas una chirigota, cuenta con que...

—¡Ah! tirano de mi risa, déspota de mi buen humor, Herodes de mis chirigotas, Nabucodonosor de mis alegrías...

—¡Qué marmeas, Riofranco!

—Nada, hombre, nada: rezaba la oración del Santo Sudario, que me enseñó tu madre, para casos de entierro, como el presente, en que...

—Déjate de chiquilladas, y haz la maleta.

—Andandito, hombre, andandito, con acompañamiento de guitarra y cante si se consiente.

—Hasta estar en el vagón puedes cantar cuanto gustes.

—Pues canto:

Dentro de mi pecho llevo

Un entierro bien guardado:

El muerto es mi buen humor

Y tú quien me lo has matado.

—Vaya una copla vieja.

—Más vieja es la Iglesia... y cobra.

Más serio, pues, que bragueta de provisor, presentéme en la estación del Norte, husmé un departamento vacío, halléle por fortuna, aco-

modé en él mi maleta y fuime á tomar café. A la vuelta, ¡oh pásmo! ¡oh maravilla! encuentro junto a mi maleta cuatro presbiteros ó frailes; que como era de noche no pude hacer la sutil diferenciación que origina estas dos variedades de la misma especie libertofágica. La alegría me retozó por todo el cuerpo, ante la perspectiva de seis horas de jaleo prebisterial, en que cuando menos me prometia tomar á los frailes el pelo... de sus hopalandas. Ya me consideraba de *incógnito* proponiéndoles enigmas teológicos, bíblicos, dogmáticos y morales, y riéndome de sus narices en sus narices, por no haber sacado por el olor que mi maleta estaba 46 veces excomulgada, cuando al poner el pie en el estribo, una mano me agarró de la capa y cogiéndome después del brazo, á toda prisa me metió en otro departamento.

No necesito decir á quién aquella mano pertenecía, ni que fui ágricamente reprendido, ni que por espacio de diez y siete días de excursión, más otros diez y siete de penitencia, que hoy acaban, en Valladolid, en Tudela de Duero y en Simancas, donde con mi conjunta persona, Ramón Chies ha sido espléndidamente obsequiado y cariñosamente atendido, he tenido que contentarme con reirme hacia adentro, que es como únicamente logro oficiar de serio.

El ser chirigotero no me impide ser agradecido, y aquí quiero dar testimonio de mi agradecimiento, para que dure cuanto duren estas NOTAS, aun haciendo esperar otra semana á Nehemías, el que servía vino á Artajerjes Longimano, menos largo de mano, á pesar de su mote, que largo de corazón ha sido con Ramón y conmigo nuestro huésped en Valladolid, el señor D. Angel María Alvarez Taladriz, á quien Dios prospere sus caminos públicos para gloria de la República y los privados para bien de su apreciable familia. Prospereselos también

á nuestro querido amigo y compañero Juan Ortega y Rubio, ilustrado catedrático de la vallisoletana Universidad, gran extirpador de cuentos, fábulas y sandeces de la Historia, que explica con elegante palabra. Item, pido prosperidades para Salvino Sierra, que, aunque pequerito de estatura y posibilista de afección, es un gran anatómico, que se sabe sin marrar una línea, el lugar preciso que ocupan en el cuerpo humano todos los órganos, músculos, venas, arterias, tendones, nervios, fibras y células, por cuya razón se ríe como un bendito de Dios y de la teología dogmática. Las pido igualmente para D. Lucas Guerra, buen médico y buen republicano federal, que á fuerza de tratar con locos se ha convencido de que no hay un místico que esté cuerdo. Para Valeriano pido á Dios una mina de carbón en propiedad, ya que trabaja honradamente en vender el carbón de las ajenas. Y pido al mismo Señor, y si él no puede dársela, á quien pueda, una tintorería sin rival en España, para mi amigo Damian, importador en Valladolid de este veneno del dogmatismo que se llama las NOTAS DE ESTUDIO Para Pepe Muro, amén de las felicidades que merece su dignísima familia, pido al cielo que salga diputado, ya que esto, por ahora, es en lo que pone empeño, bien contra mi gusto, pues en lo que yo tengo empeño es en verle otra vez de ministro de Estado de la República. Finalmente, para aquel hombre de bien, para aquel excelente amigo que se llama Lorenzo Cantalapiedra, pido a Dios que le deje ver á sus nietos de alcaldes de Valladolid, así como de maquinistas de los globos aerostáticos los suyos á la simpática y apreciable persona de Francisco Alvarez Marin.

Todos ellos, al sentarme á sus mesas, conquistaron mi corazón, que aquí les rinde las pías de una sincera y leal amistad, para cuanto pueda ocurrirse en este valle de lágrimas, y de...

monjas que ya empiezan á desertar de los conventos, como la de Trujillo, y clérigos que se retratan de espalda.

Debo pagar también párias, y las pago, á los periódicos republicanos de Valladolid que nos han tratado con una benevolencia sin límites. Recíbanlas en amores inolvidables *El 11 de Febrero, La Libertad, La Justicia y El Velay*. De sus inteligentes redactores, hay uno, Mario Vianni, que quiero sepa en particular, cuán rendido me tiene á sus obsequios continuados, y cuán deseoso de demostrarle mi aprecio.

Ahora debía emprenderla con Nehemías, que libro en mano me suplica le anote, pero es tarde, y me voy á dormir. Que esperen á otra semana el copero de Artajerjes y sus trapacerías con el rey de Persia y el rey del cielo, y que rabie... como rabian los presbíteros de Valladolid, desde que saben que, durante nuestro viaje, se ha organizado allí una sociedad de librepensadores; se ha fundado una escuela laica, se ha hecho una propaganda anticatólica de cuatrocientos mil demonios.

Resultados que me han hecho reír hacia adentro, pero no de Ramón, como acostumbro cuando me obliga á seriedades, sino del gremio macho que se viste por la cabeza.

LIBRO DE NEHEMÍAS

Cualquiera piensa al ver este rótulo *Libro de Nehemías*, que el tal copero de Artajerjes le escribiría. Al leer debajo *Segundo libro de Esdras*, ocurre la duda de si Esdras, siendo su autor, le titularía de este modo por contener la historia de Nehemías. Ambas cosas son igualmente juiciosas, mas por lo mismo, como se trata de la *Biblia*, resultan desmentidas y sin sentido común.

El texto no admite réplicas: ni Nehemías, ni

Esdras pudieron ser autores de este libraco, que da noticias de tiempos muy posteriores á los que estos pudieron alcanzar, aun cuando se hicieran tan viejos que, de puro serlo, se les cayesen los pantalones, si es que en los días de Artajerjes se usaban, cuestión que dejo integra á la erudición de los sastres.

¿Quién fué, pues, su autor?—Averígüelo Vargas. Los comentaristas católicos, aburridos de mentir á estas alturas bíblicas, se contentan con insinuar (nunca sus noticias alcanzan mayor categoría) que un autor *inspirado* compuso este libro en tiempo de los Macabeos sobre una memoria de Nehemías. ¡Eche usted guindas á esta tarasca de la inspiración!

Nehemías, hijo de Helchías (hijo de alguien había de ser), desempeñaba en Susa, corte de los reyes de Persia, el alto destino de copero. El era el que servía á Artajerjes Longimano el Valdepeñas persico, ó el amontillado babilónico, ó lo que fuera lo que el rey bebía, no especificado por la *Biblia*, con grave perjuicio de la erudición viuculista.

Un tal Hanani (éste no se dice de quién era hijo) vino de Jerusalem á Susa, é hizo una visita á Nehemías, quizá por catarle los vinos á Artajerjes. Esto no lo dice el texto, que lo digo yo, y, como aparece, de un modo puramente hipotético. Tras los trinquis, si los hubo, se hizo conversaci6n del estado de Jerusalem y de los conducidos allá por Esdras. Hanani pintó con tan vivos colores las desgracias de los transportados y la desolaci6n de la ciudad, que Nehemías, que debía tener las curdas lloronas, aparece diciendo:

«Yo, cuando oí semejantes palabras, me senté (claro es que las oíría estando de pie ó echado), y lloré, y estuve de luto muchos días: y ayunaba, y oraba en la presencia del Dios del cielo.»

Después de la sentada, del luto y del ayuno,

Nehemías le larga seis versículos de oración á Jehová, en uno de los cuales, considerando que el Dios del cielo podía andar desmemoriado, le dice: *Acuérdate de la palabra que distes á Moisés, tu siervo...*

No consta que Jehová replicase: quizá se avergonzó de que Nehemías le tuviese que avivar la memoria con un texto del Deuteronomio, donde dicho texto se encajó con este exclusivo objeto.

Mas si Jehová se hizo el tonto, Artajerjes, que además de largo de mano debía serlo de vista, observando que su copero andaba mohino, aburrido y cariacontecido, preguntóle que qué tenía.

Entonces Nehemías le manifestó que la causa de sus tristezas era la desolación en que Jerusalem se hallaba. Y como Artajerjes le replicase con bondad, condoliéndose del mal de los judíos, Nehemías le pidió que le enviase á reedificar la ciudad. Otorgóle el rey la petici6n, y provisto de una escolta y cartas para los sátrapas de algunas provincias, el copero, más alegre que unas castañuelas, se fué para su tierra.

La presencia de Nehemías en Jerusalem reanimó á sus compatriotas. Bajo su gobierno é inspecci6n se reedificaron los muros, las torres y las puertas de la ciudad, no sin oposici6n, ora con cábalas y astucias, ora con las armas, de sus enemigos. Se refieren en este libro cosas que honran á Nehemías; pero que ni nos importan á nosotros, ni ilustran la historia. ¡Qué se me da á mí, en efecto, que fulano edificase tantos codos de muro, ó que mengano levantase tantos palmos de torre, cuando ni muros, ni torres, ni puertas existen ya? Y qué á estas puerilidades las llamen *palabra de Dios, revelaci6n* y demás teológicas gerigonzas! ¡Oh! ¡humana necesidad! ¡Oh, explotaci6n miserable la del que, en estas gerigonzas apoyado, por cada dos pesetas dice sa-

car un alma del purgatorio! El purgatorio no se inventa precisamente en este libro: corresponde al de los *Macabeos*, pero no es todo *Biblia* no es todo filón de una misma mina clerical!

El capítulo V es un escrito rabiosamente socialista. Ya en tiempos de Artajerjes había prestamistas, especie de género sanguijuela que esprime al que se agarra, variedad de la especie de los taumaturgos que da quince y falta al gran taumaturgo que multiplicó los panes y los peces, pues ellos hacen multiplicarse toda suerte de moneda. Estos tales, habiéndose tragado poco á poco el trigo, las casas, los campos del pueblo, y se disponían á tragarse al pueblo mismo. Nehemías los reúne, les echa un discurso á lo Luisa Michel, se da una puñada en el pecho, y los compromete por juramento á saldar de una vez tantas cuentas pendientes. Los señores usureños, viendo que no era posible tirar ya más de la cuerda, convienen, como Micífuf y Zapiron, en no comerse el asador, por ser cargo de conciencia, y se verifica, sin trastorno de ninguna clase, una *liquidación social*, la más antigua que conozco, en que el que se acostó debiendo ciento se levantó *pago* á la madrugada.

Noticia que entrego á las meditaciones de mis buenos amigos de *La Bandera Social*, por si les parece conveniente hacerle punta, y pedir sobre textos bíblicos un Nehemías del Consolidado Inglés.

¡Sería una desgracia ó una fortuna para el pueblo inglés un Nehemías de su enorme deuda! Tente, lengua; digo, tente, pluma, que aún no ha llegado la hora de que hagamos con lo que se llama *propiedad* lo que venimos haciendo con lo que se titula *religión*. Respeta los gazapos del derecho romano, interin perseguimos éstos de la *Biblia Sacra*: deja el *ius utendi et abus-tendi* rellenar el entendimiento de los tontos, bajo la autoridad de Paulo, Papiniano, Modes-

tino y demás *jurisconsultoria* de rúbrica, que, como la vida dure, y dure el humor, horas holgadas han de venir para meter la hoz en esa enmarañada selva de lo tuyo y lo mío, en que enormidad risible y encanallada! la zorra astuta se hace servir la comida y representar saínetes por el noble y poderoso león (un tonto de capirote).

Pero lo que aseguro que sería una felicidad, no ya para el pueblo inglés, sino *hasta* para el español, sería un gobernador como Nehemías. Como él entran pocos en libra de gobernadores. Figúrate, lector, que él con todos sus criados trabajaba en la obra de las murallas, y además sentaba á su mesa *diariamente* ciento cincuenta personas, entre magistrados y amigos, para lo cual mandaba, también *diariamente*, aderezar un *buey* y *seis* carneros escogidos, á más de las aves. ¡Y todo de balde! ¡De Valdivia legítimo! Pues dice el texto: *y además de esto no cobré los estipendios de mi gobierno*.

¡Y pensar que aquí un Xiquena, amén de un montón de duros cada mes, nos cuesta una conspiración *abortiva* cada estación! ¡Hay para renegar del progreso y de Jehová, que tan poco *gangüero* se muestra con nosotros, á pesar de ser los más perfectos (oficialmente hablando) católicos, apostólicos, romanos del universo y sus arrabales!

Nehemías, además de barato, era fino de nariz, cualidad no menos excelente en un copero que en un gobernador, porque ahorra muchas planchas conspiratorias de esas hoy al uso. Así como distinguía el vino del vinagre, distinguía los profetas falsos de los verdaderos; por el olorillo. Porque es de saber que en esto de los profetas siempre se ha dado gato por liebre, y el diablo que conozca uno malo entre muchos buenos, ó viceversa. Engañador y falsario hubo uno, que se llamó Semaias, el cual trató de deprestigar á Nehemías,

metiéndole una buena carga de miedo en el cuerpo. Pero Nehemais, forte que forte, como el portugués del cuento, le envió de paseo, y resistió el canguelo con tanto valor, que sobre su tumba pudiera escribirse aquel famoso epitafio lusitano: *Aqui jaz un cabalheiro que mai hobo pavor*, del que dicen que dijo Carlos I: sin duda este caballero jamás apagó una candela con los dedos.

En el capítulo VII se hace una especie de empadronamiento de los judíos que, vueltos del cautiverio, repoblaron á Jerusalem, y después de una acotación en que se advierte que deja de hablar Nehemias para hacerlo su incógnito historiador ó comentarista, se refieren los donativos que hicieron los príncipes para la obra, y se da como repoblada la antigua tierra de Canaan por los israelitas.

En el VIII, reaparece Esdras, que convoca á todo Israel á una gran junta; en la cual, desde la mañana al mediodía, lee con voz clara y distinta el libro de la ley de Moisés, que el Señor habia ordenado á Israel.

Este texto—indicado lo he á su tiempo oportuno—es de oro. Había un libro de la ley, que se leyó en una mañana ante el pueblo. ¿Podía ser este los cinco mamotretos del Pentateuco? En modo alguno. Luego falso que Moisés escribiese el Pentateuco. Falso que haya Jehová inspirado esos mamotretos. De haber inspirado algo, fué cosa que se podía leer en breve tiempo á todo un pueblo. ¿Quién en este *mare magnum* de mentiras da con lo cierto, que por añadidura es contrario á la razón, que no concibe un Dios que arda en zarzas ni palabrotee entre truenos y relámpagos en la falda de un monte?

La lectura de Esdras, tras la reedificación del templo, equivale á una restauración del culto mosaico, á una refrendación nueva del famoso pacto sinalagmático del Sinai. En esta época y por estos hombres hay que fijar la recopilación

de leyes, usos, costumbres y tradiciones que constituyen cuantos libros bíblicos llevo anotados, ó convenir en que, como los hongos, han brotado espontáneamente impresos en Madrid por Gaspar y Roig, y repletos de notas tontas y comentarios majaderos por el P. Scio de San Miguel.

Esta restauración del culto fué una especie de exaltación teológica, que fácilmente se comprende, dado que para los judíos significaba esta restauración la libertad tras los llores, palos y miserias de Media y Persia. Todo el mundo se hizo en Israel un poco teólogo, que fué el error supremo de este pueblo desdichado, pues de haberse hecho en vez de teólogo guerrero, posible fuera que existiese á la hora presente.

El pueblo en masa ora, canta, llora y ratifica el pacto á la voz de Esdras, dirigido por los levitas. Estas lamentaciones llenan el capítulo IX. En el X se especifican los que firmaron esta alianza con Jehová, que ya no sé el número que la corresponde, y tuvo mejor fortuna que las que la precedieron. Siguen á esta relación de las firmas las promesas solemnes que, chicos y grandes, se hicieron mutuamente, é hicieron á Jehová, de guardar los preceptos del Sinai, no mezclarse con las demás naciones, observar los sábados y el año séptimo, y pagar las primicias, las ofrendas y los diezmos, porque sin tajada para el cura no se comprende religión, y sin nomio para el levita no hay página bíblica posible.

Los capítulos XI y XII son rematadamente tontos. ¿Qué puede interesar á nadie la pesada relación de los que, de vuelta del cautiverio, se repartieron entre Jerusalem y las ciudades medio arruinadas de Judá y Benjamín! ¿Qué los nombres de los sacerdotes y levitas que subieron con Zorobabel y los cargos en que se instalaron?

El último capítulo del libro de Nehemias, que parece pegado, refiere que los judíos echaron de

las ciudades que volvieron á ocupar á los extranjeros, y da noticia de varias cosas, que llama abusos, y son corregidas con barbaridades, como la de azotar á unos infelices judíos y arrancarles los pelos por estar casados con mujeres cananeas.

¡Mira tú, que repelarle á un hombre como si fuera un pavo! Por esto sin duda se dice que hacer una cosa atroz es hacer una *judiada*.

LXXVI

EL LIBRO DE TOBIAS

Tobias era hijo de otro que tal, quiere decir, de otro Tobias. El Tobias padre, aunque era tonto, se metía en casa, ó lo que es lo mismo, aunque prestaba dinero, exigía el recibo correspondiente, aun á los más íntimos amigos.

Desde pequeño comenzó á dar pruebas ostensibles de la chifadura teológica que le aquejó todo el trascurso de su larga y zarandeada vida. Era piadoso hasta el punto de que, entre los becerros famosos de Jeroboán y los angelotes de alas colosales que cobijaban el baul (que no siempre se ha de decir arca) del pacto judáico, prefería decididamente éstos, que eran los ortodoxos chirimbolos religiosos entre los hebreos. Cada año se daba un paseito hasta Jerusalem, donde echaba sus canitas teológicas al aire. De vuelta de uno de ellos, *tomó por mujer á Ana, de su misma tribu, y tuvo de ella un hijo á quien puso su nombre*, texto correctísimo si los hay, y acción laudable, aun en un joven de aficiones teológicas decididas.

Tanta piedad y amor tan matrimoniado como el de Tobias, no podía menos de obtener del cielo la debida recompensa. Y en efecto, cuando Tobias en Neftali se dedicaba al culto de su Dios, y de su Ana, y al cuidado del tierno Tobias, sobreviene Salmanasar, apalea á los unos, mata

á los otros (los unos y los otros eran los judíos) y arrampla con todos y con todo para su corte de Ninive.

Los dos Tobias se vieron esclavos. Mas el Tobias padre se las agenció de manera que hizo del cautiverio filón y se llenó de pesetas. Tantas fueron las que acaparó, que á un tal Gabelo le prestó... ahí es nada... diez talentos... como si dijéramos ahora... cien mil duros.

«El que da lo que tiene buscará lo que le haga falta.» Esto dice un refrán, de que por no acordarme yo, sino cada diez años una vez y por acaso, como ahora, quizá llegue á verme tan espiritado de bolsillo, como ha quedado de influencias el perinclito Romerete Robledete, desde que Cánovas, pontífice bizco y cerdoso, le sacrificó á uno de los innumerables é incalificables é indescandables Silvela. Y esto le pasó á Tobias. Dió además en la flor de enterrar á los muertos, y como esto de morirse ha estado de moda en todo tiempo, apenas si le alcanzaban el día y la noche para cumplir con esta obra de caridad, por la cual jamás ha dado las gracias el directamente interesado. Además, los medos se hartaban de asesinar esclavos israelitas, con lo cual el trabajo de Tobias llegó á hacerse insoportable, amén de peligroso.

Con que, prestando de un lado talentos y de otro matando las horas sin maldita la utilidad (aparte la teológica que es indisputable é indiscutible) llegó Tobias *el enterrador* á verse más pobre que Carracuca. (A este Carracuca solo le conozco de oídas.)

La manía de enterrar obsesionaba á Tobias al extremo de que, cierto día de festín en su casa, oyendo que á un israelita le habían degollado, deja plantados á todos los comensales, se va á la plaza, carga con el muerto y le esconde en su propia habitación para enterrarle de *ocultis*. Los

parientes, es claro, le reprendieron agriamente, pero Tobias... ¡que si quieres!

Jehová recompensó tanto celo. Un día que rendido de echar muertos al hoyo, volvió Tobias á su casa, recostóse junto al muro para descansar, y se quedó dormido. Una pícara golondrina, que andaba á la sazón por el alero revoloteando, quizá había comido algún mosquitillo purgante, al ir á alimentar sus polluelos. Jehová, que es la providencia, consintió que viniese en ganas de desahogar su vientre.

Cayó el estiércol caliente sobre los ojos de Tobias, y quedó ciego.

Meditemos:

Tobias dormía. Tendría, pues, cerrados los ojos. La golondrina dejó caer su estiércol. ¿Cómo le dejó ciego? ¿Acaso por simpatía del un ojo hacia el otro? Porque no creo tan ancha la carga de una golondrina que le cubriera á Tobias los dos ojos. Por aquí me resulta tuerto. ¿Tuerto? ¡Pero la materia fecal de la golondrina basta para quemar un ojo? No: lo más que hace es pegar los párpados como engrudo. Por otra parte, este milagro trae otro más tarde, el de que Tobias echa unas telillas de los ojos, que son cataratas. ¿Cataratas por el estiércol de una golondrina? Unas cataratas milagrosas y providenciales. Sí, lector amable; así lo dice el libro infalible é inmutable, gracias al cual, todo católico d'ja de barbecho su entendimiento, para tragarse simplemente lo de la golondrina de Tobias.

Tobias sobrellevó con cachaza su cruelísima desgracia. Gime y llora al principio, es verdad, pero luego se consuela, pensando sabiamente que Jehová, que le había dejado ciego de tan puerca manera, le hubiera podido también dejar tullido ó tartamudo, y siempre resultaba, mirándolo bien, beneficiado. Ana le gruñía, los amigos le abandonaban, los muertos, que tan á mal traer le habían traído, no le daban siquiera las gra-

cias. Todo era desamparo y motivos de rabiar: pero Tobias, á caballo en su paciencia, meditaba tranquilamente un plan, para sacarle á Gabelo los diez talentos que le tenía prestados.

El plan era sumamente sencillo. Consistía en mandar con el recibo á Tobias el mozo á Rages, donde Gabelo residía. Ana se opuso á este plan con muy maternales razones. Pero Tobias el ciego insiste, é inspirado por Jehová, metido de hoz y de coz, como en todo, en este negocio del viaje, convence á su mujer, le echa un discursazo á su hijo sobre la piedad y el cobro de las deudas, y dispone el viaje.

Faltaba, sin embargo, quien enseñase al mozo Tobias el camino, por módico salario. La dificultad no era chica que digamos: el primer mozo de cuerda de aquellos tiempos servía para el caso. Tobias, hijo, sale á buscarle á la plaza. Pero Jehová, que se entretiene á veces en nimiedades, hace que su ángel Rafael, disfrazado de espolista, *haldas en cinta*, como dice el texto, se le presente al joven y le ofrezca sus servicios. Se cierra pronto el trato, y cádate en seguida á Tobias, al arcángel San Rafael y un perro, en amable paz y compañía anda que te andarás camino de Rages, á presentar un pagaré.

No puedo resistir la tentación de meditar un rato sobre esto del ángel *Rafael, haldas en cinta*, sirviendo de mandadero, guía, espolista ó lo que fuera, á Tobias, hijo de ídem. ¡Comería, bebería y haría aguas mayores y menores el ángel Rafael? Téngolo por indudable: pues de haber notado la supresión de alguna de estas naturalísimas funciones Tobias en su compañero, pronto le hubiera esta enormidad chocado, y entrado en sospechas respecto á su naturaleza angélica, lo que no hizo, apesar de andar tanto tiempo como anduvo en su compañía. Además, el texto inspira la vehemente presunción de que, cuando me-

nos comer lo hacia el ángel, y es sabido que el comer tiene obligadas consecuencias.

Lo de *haldas en cinta* me choca también. ¿Vestía el ángel de mujer y se recogió las enaguillas? Entonces, puesto que parecía un recadista ordinario, los medos machos y andarines vestían, *sin duda por comodidad*, como ahora nuestras hembras.

Además de acompañante fué el ángel *tercero* de Tobías, á quien proporcionó mujer, oficios que hallo bajos para un ángel de la respetabilidad y fecha de Rafael, que ya hizo de centinela en el Paraíso; por todo lo cual, y llamarse en el texto Azarías de mote, que equivale á *Socorro de Dios*, y últimamente porque ángel en griego quiere decir enviado, mensajero, recadista, yo, juro por mi honor de librepensador, y mi fe de católico, que tengo todo esto por un camelo bíblico, como tantos otros. Angeles sí que los tendrá Dios, si bien le parece, pero que los emplee en cosas de este jaez... vamos que... no lo paso. Al menos yo, si me viera de ángel alguna vez, y me comisionaran semejantes pjeterías, presentaba en el acto mi dimisión y... que Tobías se las arreglase como pudiera para cobrar la deuda de Gabelo y agenciarse mujer.

En el camino de Rages sucedieron á Rafael y á Tobías cosas extraordinarias. El perro no entra en escena, meneando la cola, hasta el final del cuento.

A las primeras de cambio, esto es, en la primera posada en que pararon, junto al río Tigris, Tobías, que debía ser limpio, cosa recomendable, va al río á lavarse los pies. Ni antes ni después de aquel momento ha habido en aquel Tigris más que truchas y barbos, ó peces de este tamaño, pero entonces, en honor del ángel indudablemente, aparece un *pez disforme* (especie desconocida) que se arroja sobre Tobías para devorarlo. ¡Caspitina!

Grita el hijo de su padre, acude el ángel, le infunde valor al mozo y miedo al monstruo, y manda á su compañero de viaje que, cogiendo el pez por una agalla, le traiga á tierra.

Habla la *Biblia*:

«Entonces dijo el ángel: Destripa ese pez, y guárdate su corazón, y el higado (la hiel y el higado son cosas distintas); pues estas cosas son necesarias para útiles medicinas. (Ojo, el protomedicato universal, que receta el Espíritu Santo).»

«Entonces Tobías preguntó al ángel: Ruégote, hermano Azarías, que me digas ¿para qué remedio serán buenas estas cosas (el comedido joven no veía la tostada) que me has mandado guardar del pez?»

«Y respondiendo el ángel (vuelvo á suplicar la atención de médicos y boticarios, que habla un infalible), le dijo: Si pusieres sobre las brasas un pedacito del corazón del pez, su humo (¡fumigación se llama esta figura!) ahuyenta todo género de demonios, ya sea de un hombre, ya de una mujer (¡el demonio dentro de una mujer! ¡demonio! ¡demonio!), de manera que no se acercan más á ellos.»

«Y la hiel sirve para ungir los ojos que tuvieran nubes, y sanarán.»

Curso completo de medicina angelica y borri-cal del género católico, al alcance de toda clase de brujas, charlatanes, pillos y majaderos de mayor y menor cuantía, puesto en prosa caldea de orden del Espíritu Santo á no se sabe quién, traducido al latín por setenta cucos, y de este al castellano con notas tontas del padre Scio de San Miguel.

Santa *Biblia* se llama y cuesta empastada en diez tomos cincuenta pesetas. ¿Quién compra un ejemplar? A ver señores, ¿quién se lleva esta sarta de sandeces infalibles y sacrosantas por la friolera de diez duros?

Apenas hubo el angel ó arcángel San Rafael (que en esto de los grados angélicos no estoy muy fuerte que digamos) espetado á Tobias el discursazo médico-farmacéutico-brujesco acerca del hígado, corazón y hiel del sollo descomunal, que me dejó en la nota anterior patidifuso, el andariego mancebo se dirige á su disfrazado recaudista preguntándole con mucha cortesía dónde harían posada.

Ni el texto dice dónde estaban, ni hace al caso, pero el angel contesta: *aquí* hay un buen hombre, pariente tuyo, que tiene una hija única, hembra cruda, que se ha casado siete veces y otra tantas se ha quedado viuda la primera noche de su matrimonio, (esto da lugar á una nota del reverendo P. Scio, que mantiene la doncellidad de la siete veces viuda tras los suposibles siete ataques maritales). Pidela por mujer—continúa el angel—que cargarás con el santo y la limosna, quiere decir, con la doncellidad inverosímil de la hija y las riquezas de su padre, que no son moco de pavo.

Esta imagen no la empleó San Rafael arcángel y espolista, lo que empleó fué arcangélica monita para persuadir á Tobias, que prudentemente se había escamado de la matrimonial proposición, para que no temiera del demonio que le había matado los siete maridos á Sara, su prima, pues con un poquito de rezo y otro poquito de fumigación, el tal demonio se iría echando venablos y estornudando á matarles liendres á viejas y no maridos á muchachas.

Entranse de rondón el angel y Tobias en casa de Gabelo que, filando al mozo, le saca por la pinta que debe ser de la familia. Interviene San Rafael en los dimes y diretes, y al descubrirse el pastel del parentesco hay lágrimas y jaleo. En el acto Tobias pide la mano de la siete veces viuda segura y virgen probable. Rafael declara á su sobrino la mácula de la muchacha, capaz

de cohibir los más ardorosos trasportes maritales del más Tenorio de los judíos y del más judío de los Tenorios, pero el angel oficiando de alcahuete, asegura al honrado viejo que nada malo resultará del casamiento, pues que ya en sus leyes Moisés habla previsto el caso y dispuesto hacía muchos siglos las bodas. Gabelo queda conforme, y cogiendo las manos de los primos, sin más requilorios, como sucede al final de casi todas las malas comedias, los echa una bendición y los deja tan casados como Adán con Eva ó Cristo con su Iglesia. Después llaman á un *notario*, oficio endiablado, eso sí, pero antiguo, por lo que se ve, también.

Incontinenti, esto es, versículo seguido, pues el texto no especifica el tiempo, la vieja Ana, madre de Sara, arregla la cama, hace acostar á la muchacha, la anima, y, así que cena, conduce á Tobias á la cama nupcial, sin cuidarse de cerrar la puerta, gracias á lo cual sabemos lo que allí pasó, que no fué nada que no pueda y deba decirse aun delante de las más castas doncellas. Y fué lo siguiente:

Tobias, así que se vió en el cuarto á solas con Sara, en vez de dirigirse á la cama se fué hacia el brasero, y, sacando de su fardel un pedazo de hígado del famosísimo sollo, lo echó sobre las brasas.

«Entonces el angel Rafael asió al demonio, y lo ató en el desierto del Egipto superior.» (Textual).

La Biblia ¡oh dolor! no nos dice si se liaron á bofetadas ó á brazo partido el angel y el demonio; ni si éste cayó á causa de alguna zancadilla de aquél; ni de qué sogas se valió el arcángel para atar al demonio; ni siquiera si éste sigue atado ó se soltó al poco tiempo, ni por qué arte, cosas á cual más interesantes, que especificadas, ahorrarian muchos calentamientos de cabeza á los tontos, que creyéndose lo principal

de este cuento, aspiran á conocer los detalles de tan diabólico y arcángelico combate, que supone un viaje en globo desde Asiria al Alto Egipto, con morradas y pescozones de añadidura.

Y, ¿todo para qué?

Para que Tobías, fumigada la cámara nupcial, le dijera á su costilla: «Sara, levántate; recemos hoy, mañana y pasado, que después haremos... *vida maritabile*.» Levántase la muchacha y acompaña á su esposo en las oraciones: hasta que, rendiditos de tanto *rosario*, se quedan dormidos *juntamente*, que es como los encontró una de las criadas, á quien Ana, por orden de Raguel, que ya tenía dispuesto el hoyo para enterrar á su sobrino, (sin hacer maldito de Dios el caso de la palabra que poco antes le había dado San Rafael disfrazado), los encontró al decir de texto.

Y allí fué el rezar, el celebrar banquetes, el jolgorear la boda y la colocación definitiva de la muchacha. Las únicas que tuvieron que sentir, fueron dos vacas y cuatro carneros, que se comieron alegremente los novios, los suegros, el arcángel y algunos convidados. Tobías, amén la prima, se alzó, por ante escritura, con la mitad de cuanto poseía el buen Raguel, que exigió á su sobrino y verno no se marchase en dos semanas.

Tobías llama á Azarías aparte, y le dice, con muy cumplidas razones, que le haga el favor final de llegarse hasta Ragues y sacarle á Gabelo los diez talentos, en cuya busca iban. El arcángel, que para atar al demonio en el Egipto superior no había necesitado de nadie, para llegarse hasta Ragues coje dos camellos y cuatro siervos de Raguel, y... vuelvé al poco con los cuartos y con el propio Gabelo, que paga con exactitud y acude al jolgorio de la boda.

Todo había salido á pedir de boca, como era de esperar de negocio tan *arcangeleado* y tan *endemoniado*.

Pero en el entretanto, el viejo Tobías y Ana, su mujer, pasaban las de Cain: el uno con la ceguera que le causó el estiercol de la golondrina, la otra con la pena que le ocasionaba la tardanza de su hijo, á quien se imaginaba ya muerto.

El viejo daba ánimos á la vieja, y ambos salían todas las tardes á las afueras de la ciudad, por ver (la vieja digo que sería la encargada de esto) si aparecían Tobías y su acompañante.

Tras muchos ruegos, instancias y cumplimientos, celebradas las bodas, dejó Raguel marchar á su yerno y á su hija. Nunca viaje más feliz. El que salió pobre y desvalido, volvía casado, rico, con copia de ganados y de siervos, cosa que se me hace un poco cuesta arriba de creer, en quienes ya eran por sí mismos siervos, como les sucedía á estos judíos trasportados.

A instancias del arcángel, Tobías se adelanta á su cortejo ó caravana, y á solas con Rafael, éste le explica cómo untando con la hiel del supradicho y supraadmirado sollo los ojos de su padre, éstos le quedarán como si la maldita golondrina no hubiera volado jamás por encima de su cabeza.

Y una tarde... cádate que la vieja aquella que, en lo alto de un monte, que no se dice cual era, cercano á una ciudad, que no se nombra, atalayaba un camino... divisa... ¿pero qué divisa, que recogidas las enaguillas echa á correr?... Dilo tú, sublime é infalible Espíritu Santo, inspirador de la *Biblia*. Lo que divisó, allá á lo lejos, fué un perro, no sé si pachón ó mastín, de aguas ó galgo, pero en modo alguno rabón, puesto que meneaba la cola. Y como la vieja era Ana, y el perro, el perro de Tobías, su hijo, al que seguía su amo, echó á correr á darle el aviso á su marido. El ciego, agarrado á su lazarrillo, sale al camino... donde tiene lugar la escena de familia que es natural suponer, es-

cena bella, aunque quizá un poco empolvada, á causa de verificarse en el camino.

Acto seguido, Tobías saca la hiel del pez, unta con ella los ojos á su padre, y, ¡oh pasmo! ¡oh maravilla!... comenzó á salir la nube de sus ojos como la telilla de un huevo, y al punto recobró la vista.

Vengo ya tan pasmado, que no me queda cantidad de pasmo disponible para hacer jeribeques delante de este milagro hepático-oftalmológico, realizado en medio de una carretera, delante de un perro que meneaba el rabo, el cual quizá se comió la telilla que Tobías hijo sacó á Tobías padre de los ojos.

De aquí en adelante el cuento marcha al trote largo á su terminación.

Recobrada la vista, Tobías dió gracias á Dios, esperó alegre á su nuera, y cuando ésta llegó se celebró un opiparo banquete, que duró siete días; porque aquellos venerables patriarcas, que tantos años estuvieron esperando en los infiernos la bajada á ellos de nuestro señor Jesucristo, Dios y hombre verdadero, jamás acertaron á honrar á Jehová sin degollar un carnero por lo menos y engullirsele tranquilamente.

Después consulta con su hijo lo que deberían pagar al mandadero de Azarías, que tan buena sombra para ellos había tenido, y convenidos en que le cederían la mitad de lo agradecido en el viaje (supongo que Sara no entraría en el acuerdo) le llaman aparte para remunerarle. A solas los tres, Azarías les descubre el pastel de su arcángelazgo, les echa un arcangélico discurso, y... véase, como en las comedias de magia, por escotillón. Tres horas tuvieron los dos Tobías pegada la cara al suelo, en señal de agradecimiento á Dios. La situación no era muy cómoda, que digamos... pero ponte lector en su caso, y si el primer mozo de cordel que te echaras de acompañante para Cangas ó Rivadavia, te resultara

á la vuelta el arcángel San Rafael en persona, domador del demonio que mataba á los maridos de tu mujer y desfacedor de los entuertos de una golondrina en los ojos de tu padre ¡qué no harías?

Capítulo XII y último. Versículo primero. «Y abriendo su boca Tobías el anciano...» ¡Crees que bostezó? Pues nada de eso. Le echa un speech á Jehová, con sus maldiciones y bendiciones de rúbrica, y los rigorrangos bíblicos de bien aventuranzas y mal aventuranzas, que termina siempre con esta palabra: amén.

Así que cierra la boca Tobías se acaba el libro que lleva su nombre, diciéndonos que después de recobrar milagrosamente la vista, vivió cuarenta y dos años. Por la cuenta estuvo ciego cuatro. Y conoció siete nietos que le proporciónó el otro Tobías, guapos muchachos, á quienes profetizó la ruina de Ninive, porque el exciego, amén de enterrador, dió en la flor, á última hora, de profetizar. Y, al fin y al cabo, se murió como otro cualquiera, después de lo cual Tobías (hijo) se fué casa de su suegro, y á los noventa y nueve años se murió también.

De risa hay para morir leyendo tanta tontería, tanta milagrería y tanta arcangélica zascandilería como la que hemos visto puesta en movimiento en este canónico libro por el estiércol, digámoslo así, de una golondrina.

LXXVII

¡Oh las mujeres, las mujeres! A mí,—ningún trabajo me cuesta confesarlo—me gustan todas en general; pero las dulces, las delicadas, las suaves de piel y de genio, las de caricias angélicas y arcangélicos suspiros en particular. Las hombrunas, llenas de pelos y callos por todas partes, de aires y aposturas asargentados, que lo mismo dan una bofetada que un beso, fuera los casos de extrema necesidad, de esa necesidad

que el vulgo dice tiene cara de cochino, y los eruditos que *caret lege*, de por la vida entera, suya y mía, las declaro bienes mostrencos, que mi pereza me guardará de intentar meter en el número de mis cosas particulares.

Consecuente con estos principios fundamentales de mi estética privada acerca del género femenino, cuando en la historia más ó menos sagrada me salta una dama célebre, más ó menos profana, la hallo simpática, atractiva, digna de loa y laure, si se afamó por cosa propia de la gracia y delicadeza femeniles, del amor, que es el encargo directo que les encomendó la naturaleza, ó del arte, á que tan enérgicamente propenden sus facultades. Así es que Safo, de amores incendiarios, me admira; Beatriz, de ser algo más carnoso que la teología, me encantaría; Laura me entontece; Hipatia me deja absorto; Lucrecia me anonada; Magdalena, apesar del gatuperio de la resurrección, me pone los ojos encandilados con sus sedosos y rubios cabellos, que son la más suave toalla que ha enjugado los pies de un galileo.

Por el contrario, las famosas por alguna barrabasada, no se por qué, diga lo que quiera la historia ó leyenda que las celebre, aparecen en mi fantasía con todos los caracteres típicos del marimacho: anchas de cintura, llanas de cogote, rasgadas de nariz, cejijuntas, patilludas y de pelo crespo con vislumbres de cola de buey bermejo, á semejanza de la cabellera de Maritornes.

¡Y lo que es una preocupación! Ni el mismísimo Espíritu Santo, con ser autor tan autorizado por el concilio de Trento, y otros concilios, que acertaron á convertir sus trabajos literarios en mina inagotable de monedillas de cinco duros, me ha podido persuadir á que Judith no fuera un marimacho, que si usaba de perfumes era para disimular cierto olorillo á hombruno que la denunciaba.

Por que, mira tú, lector discreto, que una mujer que empieza por ser viuda, sin que conste la enfermedad de que muriera su marido, lo que abre un vasto campo de suposiciones á las imaginaciones librepensadoras, y luego se mete en un campamento de más de ciento cincuenta mil asirios, y allí se acomoda en la tienda del general en jefe y se pone á coquetear con él guardando el bulto, para sorprenderle dormido en su cama, borracho por añadidura, y cortarle bonitamente la cabeza, que mete tranquilamente en un saco para enseñársela después á sus paisanos agarrada por los pelos, sino es un marimacho... es un sargento de la Guardia civil.

Puntualizaré este cuento para que te convenzas, constándote desde ahora que esto de ser cuento la historia de este marimacho de Judith no lo digo yo, que lo dicen los protestantes, que por considerarlo así quitaron este libro de Judith de su *Biblia*, así como quitaron el de Tobias y otros... Porque aunque crédulos también ellos, hasta el punto de tragarse los elefantes aquellos del *Genesis*, y del Levítico, y de los Reyes, y de las Crónicas, no son tontos de remate, y hacen ascos á estas moscas de la baja literatura *espiritusantesca*. Digo yo que entre creer que se paró el sol, que se partió el mar Bermejo, que de una piedra brotó una fuente, que retrocedió la sombra de un gnomon, y creer que una hembra brava le cortó la cabeza á un general borracho, me costaría menos trabajo creer esto último; pero los sabios reformadores del siglo XVI y sus partidarios del día opinan lo contrario. ¡Lo que es la teología! ¡Inclinémonos ante los altos juicios de los que la han cultivado, así en la frígida y plana Alemania como en la ardiente y montañosa Judea! ¡Oh! Excelsas y sapientísimas naciones. La una nos dió el Cristo, la otra le cortó el pelo. ¡Qué sería sin ellas la humanidad? ¡Qué podeis oponerlas vosotras, triste Grecia, pobre

Italia, ruin España, mísera Francia, nublada Inglaterra? La filosofía natural, el Arte, el Derecho, la América, la Revolución y la Locomotora ¿no es cierto? ¡Y qué valen esas pequeñeces, ante la sabiduría hebráica que afirma que el Espíritu Santo inspiró el libro de Judith y la sabiduría alemana que lo contradice!

Puntualizaré, dejándome de dibujos internacionales para meterlos en bordados bíblicos.

Judith era de Bethulia, así como escribo, á la erudita, con i y h. ¿Pero dónde estaba Bethulia? Puedes colocarla donde más te acomode, pues ni el Espíritu Santo lo dijo, como que era cosa realmente interesante, ni nadie ha podido todavía averiguarlo. Lo más que te dirán los teólogos es, que caía hacia tal parte, ó debió estar hacia tal lado. Yo opino que existió solamente en la fantasía del que, sobre vagas tradiciones, forjó esta leyenda parecida á la de nuestro romancero. Tenemos, pues, que la tragedia bíblica tiene por escenario una ciudad, ó mítica, ó indeterminable.

La protagonista aparece viuda de un tal Manasés, que, sólo por conjeturas, se puede colocar en un tiempo cercano al del rey de este mismo nombre, si se han de creer ciertos versículos, y de creer á otros, en tiempo del rey que rabió, pues se acocean cronológicamente unos con otros como mulos de arriero descuidado. Y apunta esta otra: la tragedia que no se sabe dónde pasa, tampoco se sabe cuándo pasa.

Mas, si ignoramos esto, sabemos en cambio que hacia ya tres años y seis meses que Judith estaba sin marido cuando Holofernes, general de un rey asirio que tampoco sabemos á punto fijo quien fué, después de haberse comido toda la tierra sin dificultad alguna, se para delante de la imaginaria Bethulia, nada menos que con 150.000 hombres, para la niñada de hacerles confesar á los bethuliotas que no había más Dios ni más Santa Maria que Nabucodonosor,

que es el rey á quien se le cuelga en este libro el sambenito de tener un general de tan feo nombre y tan borracho y tan meleno como resulta el Sr. D. Holofernes.

A los varones de Bethulia naturalmente, á vistas de tantos soldados, se les arrugó el ombligo y decidieron entregarse para conservar la pelleja. Cuando andaban en estos cuerdos pensamientos; hete aquí que Holofernes, tomando vientos sobre los israelitas, pregunta á un tal Achior, jefe de los ammonitas, cómo se las arreglaría para subyugarlos.

Achior le dirige á Holofernes un discurso, que en prueba de mi lealtad comentarista, declaro que es lo mejor que he hallado hasta aquí en la *Biblia*, considerada en cierto modo como documento histórico. Ni el más pintado de catedráticos de historia de las Universidades españolas, explicará á sus alumnos lo sustancial del pueblo hebreo con más claridad que se lo explicó Achior á Holofernes. Esto prueba que no hay libro, por malo que sea, aunque sea la Santa *Biblia*, que no tenga algo bueno.

Oigamos, pues, respetuosamente á Achior.

«Ese pueblo (los hebreos) es del linaje de los caldeos. Habitó primero en la Mesopotamia, por que no quisieron seguir á los dioses de sus padres (de los caldeos). Abandonando, pues, las ceremonias de sus padres, que consistían en multitud de dioses, adoraron á un sólo Dios del cielo, el cual les mandó salir de allí (suprime á Dios y su mandato y quédate con el hecho, lector amable) y morar en Charán. (Tierra de Canaán). Y como hubiese cubierto el hombre toda la tierra descendieron á Egipto (suprime tú, amable lector, como Achior, el cuento de José y sus hermanos) y allí en el espacio de cuatrocientos años se multiplicaron de manera que su ejército no podía contarse (rebaja, lector, y quédate con que eran fuertes.)

»Y como los agravase el rey de Egipto, y los
 »hubiese sujetado á trabajar en barro y ladrillos
 »para edificar sus ciudades, clamaron al señor
 »(porque se insurreccionaron á la sordina), é hi-
 »rió toda la tierra de Egipto con varias plagas,
 »(hambre ó guerra civil ó exterior). Y habiéndolo
 »echado (ojo al verbo) de sí los egipcios, y
 »cesado de ellos la plaga, y como quisieran de
 »nuevo cautivarlos y volverlos á su servicio,
 »huyendo éstos (un demonio que sujete á todo
 »un pueblo insurreccionado en siendo fuerte) el
 »Dios del cielo... (aquí aunque habla Achior
 »describe un judío y desbarra en milagros; por
 »tanto, corto la cita, que sigue afirmando la pe-
 »regrinación por Arabia y la conquista de Ca-
 »naán).»

Concluyó Achior su discurso aconsejándole á
 Holofernes que husmease si los israelitas le ha-
 bían hecho alguna perrada reciente á Jehová,
 que en caso afirmativo los deslomaria, pero que
 de lo contrario no los acometiese, pues cuando
 Dios andaba de buenas con ellos eran invenci-
 bles.

—¡Diosecillos, á mí!—exclamó todo enfurru-
 ñado Holofernes;—aquí no hay más Dios ni más
 Santa María, más rey, ni Roque que Nabuco-
 donosor; y para que á costa de tus costados lo
 aprendas, parlanchín de profeta, por ellos te me-
 teremos nuestras espadas, juntamente con esos
 israelitas protegidos de Jehová. ¡A ver!—conti-
 nuó—atarle á un árbol y entregádsele á los de
 Bethulia.

Dicho y hecho; que Holofernes no admita ré-
 plicas. Atado y abandonado Achior le recogen
 los betuliotas á quienes contó lo que le había pa-
 sado con Holofernes, lo cual les hizo caer los pa-
 los del sombrero, y después de mucho rezar, de-
 cidieron entregarse á los cinco días.

Así lo hubieran hecho aquellos gallinas con
 pantalones, si la providencia de Dios no les hu-

biese deparado una paisana, la señora de Mana-
 sés, viuda Judith, que era un verdadero gallo con
 faldas.

Ya he dicho que llevaba tres años y medio de
 viuda. El Espíritu Santo añade que era muy
 guapa, y que su marido la había dejado una
 buena herencia. Digo que no creo lo de guapa,
 por más que la pinten así, y luego encalabrine á
 Holofernes. Y no lo creo en virtud de mi dere-
 cho natural de meterle la rebaja del Tío Paco á
 las narraciones bíblicas, que todas las heroínas
 las pintan guapas, y supremamente porque ya
 tengo dicho que Judith es para mí una Judith
 de pega, y así como el que la inventó la inventó
 bonita, porque hacía á su cuenta, yo la pinto
 fea, porque conviene á la mía: que no sólo los
 escritores teológicos han de abusar de la imagi-
 nación.

Judith, pues, que se había hecho una especie
 de garita en la azotea, en donde se pasaba la
 vida con sus criadas (esta señora no tenía hijos,
 rasgo de una silueta de marimacho) tan pronto
 como oyó desde el tejado que iban sus acobarda-
 dos paisanos á entregarse al quinto día, temero-
 sa quizá del saqueo y violaciones consiguientes,
 determina anticiparse al peligro y llamó á los
 vejetes Charmi y Chabri, á quienes anuncia, así
 como á Ozochias, que hace de jefe de la ciudad
 sitiada, que ha tomado una grande resolución y
 va á realizarla, para lo cual necesitan salir se-
 cretamente de la ciudad y volver á ella de la
 misma manera.

Ozochias, persona de buenas palabras, como
 suelen serlo todos los que toman la resolución
 que él tomó, de rendir la ciudad, en vez de de-
 cirle: «¡Anda! y que la Magdalena te guie» con-
 testa á la viuda: «vete en paz, y el Señor sea
 contigo para venganza de nuestros enemigos.»

Esto de que sea Dios el que los vengue de sus
 enemigos es muy común entre los cobardes, á

quienes dejaré descansar y pasar hambre y sed en la ciudad, mientras sigo á Judith al campamento de los asirios, donde la primera persona de calidad con quien topa, afortunadamente para su proverbial castidad de viuda, es un eunuco.

LXXVIII

Vagao, en efecto, no es el nombre propio del eunuco de Holofernes, sino el genérico, entre los persas, de la que pudiéramos llamar especie artificial, no obra de la Naturaleza, sino producto de la maldad y depravación humanas.

Con este inofensivo ente genérico fué á topar Judith, después de varias peripecias con los centinelas; y él, cosa muy propia de su clase, el que recibió directamente el encargo de Holofernes de que le engatusara á la hermosa hebrea, para que—según la sencilla y expresiva palabra bíblica—consintiera espontáneamente en cohabitar con él.

Lo que Holofernes añade, en el versículo XI del capítulo XII, es de oro y jazmin, y demuestra que los persas eran gente con quien las señoras no podían impunemente andar en coqueteos. Véase las que gastaban estos súbditos de que fueron los Jerges y Artajerjes.

«Porque es cosa fea entre los asirios—dice Holofernes á Vagao, para justificar la comisión de engatusamiento que le había confiado—es cosa fea que una mujer se burle de un hombre, procurando pasar de largo, sin que él haga nada con ella.»

Esto me deja presumir que Judith, durante los cuatro primeros días de su estancia en el campamento asirio, no había cesado de hacer morisquetas á Holofernes, con apariencias *non sanctas*. La presunción se hace veheméntísima, si se considera además, que antes de salir de Bethulia, se había quitado los pingos y cilicios que de ordinario usaba, se había lavado cuida-

dosamente el cuerpo, se había echado pomadas y aceites por todas partes, y se había encasquetado los trapitos de cristianar, poniéndose tan guapetona que los centinelas y capitanes, considerándola *bocatto di cardinale*, se apresuraron á reservársela á su general en jefe.

¡Lo que hace una mujer *experimentada* para servir á Dios con degollación del prójimo!

Vagao (el eunuco) entra en el apartadillo de la tienda donde había Holofernes mandado alojarle á Judith en compañía de la criada que la viuda había traído consigo, y de sopetón le dice:

—«No tenga recelo *la buena* moza de entrar á mi señor, para que sea honrada en su presencia, y comer con él, y beber vino con alegría.»

Judith, que no debía estar deseando otra cosa, que entrar á Holofernes, haciéndose la gatita mansa, contesta:

—«¿Quién soy yo para oponerme á mi señor? Haré todo lo que fuese bueno y pareciere mejor delante de sus ojos. Y todo lo que á él agradare, eso será para mí lo mejor todos los días de mi vida.»

Vagao debió quedarse un tanto admirado de la facilidad con que había desempeñado su alcahuetil encargo: yo de mi parte me admiro de lo cumplido y meleno que era el general Holofernes, que después de tener cuatro días á su lado una buena moza, que había determinado sacrificar, se andaba de noche con semejantes requilorios.

La escena subsiguiente es pornográfica. Habla, pues, el Espíritu Santo, que yo de pornografías no me hago responsable.

«Adornóse (Judith) con su vestido, y entró á presentarse delante de él. Y el corazón de Holofernes se conmovió: porque se abrasaba en deseos de ella.—Y la dijo Holofernes: bebe ahora, y siéntate á comer alegremente, porque has hallado gracia delante de mí.—Y dijo Judith: Beberé,

señor, porque mi alma ha sido hoy engrandecida más que en todos los días de mi vida.—Y tomó, y comió, y bebió...—Y Holofernes estuvo alegre por causa de ella, y bebió, con mucho exceso, cuanto jamás había bebido en toda su vida.—Y luego que anocheció, se retiraron con presteza sus siervos á sus alojamientos, y Vagao cerró las puertas de la cámara y se fué: porque estaban todos rendidos del viaje; y Judith se quedó sola en la cámara.—Y Holofernes estaba tendido en la cama, profundamente dormido por el mucho vino.»

Judith, que se ha quedado *sola* en un cuarto cerrado cuidadosamente por el eunuco, habla inmediatamente con su criada, sin duda por arte de encantamiento, pues aún no se habían inventado los teléfonos, y después se pone á rezar con toda la efusión de su alma, profundamente religiosa, á la manera israelita, que es la siguiente:

«Y dicho esto (la oración), llegóse al pilar, que estaba á la cabecera de la cama de Holofernes, y desató el puñal, que atado colgaba de él.—Y habiéndolo desenvainado, asió del cabello de la cabeza de él, y dijo: Señor Dios, dame esfuerzo en esta hora.—Y le dió dos golpes en la cerviz, y le cortó la cabeza, y quitó el mosquitero de los pilares, y echó por tierra su cadáver tronco.»

Lo sublime no conviene tocarlo, ya sea lo sublime tonto, como lo de Holofernes emborrachándose para pasar la noche con una buena moza, ya lo sublime criminal como lo de esta buena moza, ayunando, cubriéndose de cilicijos y rezando por prólogo de su aleve y miserable asesinato.

Sigo, pues, mi cuento; digo, el cuento bíblico.

Así que de dos rifrafes corta la cabeza á Holofernes, Judith se sale de la habitación, entrega el sangriento despojo de su crimen á su criada,

y ambas se encaminan hacia Bethulia, donde todo se volvía canguelo y comentarios sobre su salida.

Al que se extrañe de que pueda una mujer matar impunemente á un general en jefe de un ejército de 150.000 hombres, sin que los sordos gruñidos de la víctima adviertan á nadie, y sin que nadie la detenga al bonitamente largarse, debo advertirle que esta observación, eminentemente librepensadora, está bastante bien prevista en el cuentecillo.

Judith, en efecto, había pedido que la dejaran por las noches salir al campo á rezar con su criada, y se le había otorgado esta extraña demanda; sus paseos nocturnos (fuerza de la costumbre de *cuatro días!*) á nadie alarmaban, pues. Y si esto no te satisface, lector, haz lo que quieras; esto dice la *Biblia* y basta. Quien manda manda y cartucho en el cañón.

El Espíritu Santo sigue á Judith camino de su casa y luego vuelve á la tienda de Holofernes. Haré lo mismo yo, que no soy más que su anotador.

La viuda dice á los centinelas de la ciudad que vuelve con la salud de Israel, que la abran las puertas, y avisen á todo el mundo de su vuelta.

Todos los bethuliotas, en efecto, se congregan, y como era de noche cerrada, encienden luminarias. Digo yo que el cuadro tendrá que ver: apuesto á que con la prisa de levantarse, más de cuatro damas andarían en camisa, y más de veinte muchachos en pelota y desgrefiados.

Ante tan iluminado y despavilado auditorio Judith pronuncia una especie de sermón á lo cura de Santa Cruz, en que encarga cuidadosamente alaben todos la bondad inagotable de un Dios que la había inspirado y favorecido tan señaladamente en la comisión de un aleve y villano asesinato. Cuenta con la mayor frescura cómo le había cortado á Holofernes la cabeza, y

para que á nadie le cupiera duda, la agarra de los pelos, y á la luz de las antorchas la enseña con medio palmo de lengua afuera. Afirma, por último, que lo mejor de tal negocio era que no le había costado nada, esto es, que volvía tan limpia y perfumada como se había ido.

En vista de todo, principalmente de la cabeza de su enemigo, el pueblo grita amén; amén: alabado sea Dios.

Aquel Achior á quien Holofernes había dicho que le hundiría la espada en los ijares, cuando vio la cabeza del Asirio, sufrió un síncope, lo que me demuestra que, además de un buen historiador, era una persona sensible.

A este desmayo sigue la proposición que se acepta de Judith, de que al salir el sol los bethuliotas cayeran sobre el campamento asirio. Al amanecer, pues, ármanse los bethuliotas (cuatro gatos de habitantes de una imaginaria ciudad) y caen sobre sus sitiadores como una avalancha.

Los asirios, que eran 150.000 hombres, como si no tuviera su ejército segundo cabo ni coroneles, ni comandantes, ni nadie que pudiera disponer el rechazar una acometida, todos medrosos se dirigen á la tienda de Holofernes. Los que la guardaban, pensando piadosamente que lo que habian de ver, entrando de improviso, no podía ser muy edificante, procuraban hacer ruido á la entrada del departamento del general. Mas éste no despertaba ni se rebullía; que no estaba el pobre para estas bromas. Finalmente, compelido por los demás generales del ejército, Vagao penetra en la estancia de su amo. Comedido ó ruboroso, el eunuco, en vez de dirigirse á la cama donde suponía á la buena moza hebrea, comienza á dar palmadas, mas como no sintiese ruido, corre al fin la cortina, y...

Ante el horrible cuadro, el lecho revuelto, el mosquitero echado en un rincón, el tronco de

Holofernes tendido en el suelo en un charco de sangre, el eunuco comienza á dar gritos.

Un inconcebible pánico se apodera de chicos y grandes en el campamento al saberse la noticia. Y allí fué Troya. Quiero decir que todo el mundo echa á correr, muriendo como chinchas, á filo de las espadas israelitas.

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado. Porque lo de que el marimacho de Judith vivió en honesta viudez una porrillada de años, que se hizo aún más rica de lo que era con el botín que la correspondió del saqueo del campamento asirio y que compuso un romance, no son más que añadiduras de rúbrica en estas gerigonzas de leyendas bíblicas.

Por el fundamento de ella más ó menos probable, no preguntes, hasta después de averiguado el hecho histórico en que se apoya el romance en que el Cid da de puntapiés á la silla de marfil del Rey de Francia á presencia del pontífice romano, ó quien fué el médico que embalsamó el corazón de Durandarte, que envuelto en unos trapos tantos años conservó la señora Belerma.

LXXIX

EL LIBRO DE ESTHER

He sostenido que la fabulosa Judith, degolladora del no menos fabuloso Holofernes, no pudo menos de ser un marimacho. De la misma manera, en virtud de los mismos derechos, apoyado en las mismas razones, afirmo, sostengo y digo que Esther, la legendaria Esther, indudablemente sería una bellísima y graciosa muchacha, que yo para mí quisiera.

De su existencia y peripecias nos da noticias un librito bíblico de pocas páginas que nadie ha podido averiguar hasta el día de hoy quién le escribió, ni dónde le escribió, ni cuándo le escri-

bió, ni siquiera para que te escribió, si para ser representado, ó para ser cantado ó para ser bailado. Tal vez hubiese algo de todo esto, porque como argumento de ópera no tiene precio. Gracias sean dadas por los libretistas al Señor Espíritu Santo, á quien, así los doctores de la internal Sinagoga que crucificó al Cristo, como los del Santo Concilio de Trento, que de haberle podido resucitar lo hubiesen hecho, echaron el mochuelo de la confección de esta historieta un tanto erótica y patibularia.

La cual sucedió en tiempo del Rey Asuero, que tú, lector, podrás decir quien fué, pues yo, esta es la fecha que no he podido averiguar que exista en la lista de los reyes de Persia uno con nombre tan oliente á requesón como éste, que tan bien provisto estaba de mujeres.

¡Carambita con el Rey!—Tenía su mujer como Dios manda á todo el mundo, menos á los curas, á quienes, él sabrá por qué, tiene mandado todo lo contrario: tenía su mujer, digo, que era sumamente linda, y se llamaba Vasthi, nombre un tanto cursi y pedestre para una reina consorte, que por esto del consorcio reinaba, aunque no gobernaba, según la teoría constitucional, sobre 127 provincias, desde la India á la Etiopia, que es un pedacito de tierra regular, así como quien dice de Carabanchel de Arriba á Carabanchel de Abajo.

Este Rey ignaro, que tantas provincias dominaba, se permitía cuchipandas monumentales, que el Espíritu Santo, con los resabios andaluces que de continuo le aquejaron, describe tan al vivo, que ganas dan de volverse príncipe persa para tomar parte en ellas. Por espacio de ciento ochenta días nada menos tuvo de banquete en festín á todos los príncipes de todas estas provincias y á sus oficiales por añadidura; y aún no harto de jolgorio, concluido que hubo con los banquetes de príncipes, hizo uno de siete días

cabales á todo el pueblo de su capital, desde el mayor al más chiquito. El Espíritu Santo, para que ningún hombre sensato deje de dar fe á sus palabras, añade una descripción del lugar de la fiesta que no hay más que pedir. ¡Hasta las camas son de oro!

¡Qué barbaridad!

Tras los ciento ochenta días de banquetear con los príncipes y los siete de banquetear con el pueblo, la cabeza del pobre Asuero estaba hecha una devanadera.—¡Quieres que escriba borracho? Pues ya está escrito, con perdón de su majestad persiana. Estando, pues, borracho perdido, Asuero manda un recadito de atención á su mujer, la reina Wasthi, para que se presentase en el banquete, con objeto de que todo el mundo pudiera ver lo rebonita que era.

Wasthi, que debía tener un poquito más de vergüenza que el borrachón de su marido, á pesar de una orden conminatoria del monarca, no quiso darse en espectáculo delante de tanto bárbaro lleno de mosto. Con lo cual Asuero se emberrenchina, llama á sus sabios (valientes sabios estarían ellos) y los consulta sobre el caso. *Mamuchan* le aconseja repudiar á Wasthi y expedir un decreto que, en efecto, se expidió, para que de allí en adelante en toda casa de Persia mandasen los pantalones y obedeciesen las faldas. ¡De tan remota antigüedad y de tan mostosa ocasión procede, según la *Biblia*, que la mujer esté supeditada al marido! ¡Por supuesto, la que lo está, que de más de cuatro sé yo que los hacen andar de coronilla y los llevan de los cabezones!

Los sabios que esto habían aconsejado, consecuentes en su sabiduría, ordenaron que por todas las 127 provincias de Persia se enviasen *personas que sean muchachas hermosas y vírgenes, y las traigan á la ciudad de Susán y las pongan en la casa de las mujeres, en poder del*

eunuco Egeo, que está encargado de la custodia de las mujeres del rey: y reciban los atavíos mujeres, y lo demás que hubieren menester. Y aquella que entre todas agradare á los ojos del rey, esa reine en lugar de Washi.

La Biblia, con su proverbial sencillez, añade: y pareció bien al rey esta proposición. ¡Pues digo si le parecería bien! El que me niegue que estas siete palabras, cuando menos, están dictadas por la eternal sabiduría, capaz sería de negar que Martos pudiera muy bien gastar patillas, en el caso, no del todo improbable, de que le brotase la barba.

Con la cual, no lo dudo, haría un presidente del Congreso monárquico más respetable, que cuando lo fué de la Asamblea republicana.

¡Pero á qué me habré acordado yo de Martos, al hablar de las mujeres que le buscaron al rey Asuero!

Reflexiona un poco, lector, y dime en conciencia: ¿Qué te parece de los comisionados que salieron á recaudar muchachas hermosas y vírgenes por las consabidas 127 provincias! ¿Qué del eunuco Egeo, que recibió toda esta caterva de hermosuras! ¿Qué de los tiempos aquellos en que al padre que había gastado veinte años en educar una hija, le entraba de rondón un comisionado regio que bonitamente se la llevaba, para ver si le agradaba á Asuero! ¿Qué de éster! ¿Qué de sus sabios! ¿Qué del libro que todo esto nos cuenta, obligándonos á tenerlo por artículo de fe! ¿Qué de la tet Pero... no me lo digas: cállatelo, ó cuéntaselo al primer católico que topes.

Como la infamia engendra infamia, hasta honrados se creían los padres, honradas las hijas, y hasta los parientes de éstas, cuando los abastecedores del rey echaban el gancho á una buena moza.

Por que Mardoqueo, tío de Ester, judío de nación, ninguna pena sintió de que su sobrina for-

mara en el rebaño destinado á Asuero, antes por el contrario, más tieso que un tudesco se paseaba calle arriba, calle abajo, frente al palacio en que su pobrecilla sobrina esperaba el turno riguroso que se guardaba con las recolectadas *ad usum delphini*.

Véase cómo pasaba la cosa, según el sacratísimo libro.

«Y cuando llegó el tiempo en que cada una de las doncellas por su orden debía ser presentada al rey, concluidas todas las cosas, que correspondían á su adorno mujeril, iba ya corriendo el mes duodécimo: por cuanto por seis meses se ungián con óleo de mirra, y por otros seis usaban de ciertos afeites y aromas.—Y cuando habían de entrar al rey, les daban todo cuanto pedían conveniente á su adorno; y ataviándose á su gusto, desde la habitación de las mujeres pasaban á la cámara del rey.—Y la que había entrado por la tarde, salía por la mañana, y de allí era conducida á otra habitación, que estaba al cuidado del eunuco Susagazi que tenía el gobierno de las concubinas del rey, y no podía volver más al rey, si el rey no la deseaba, y por su nombre la mandaba venir.

He querido copiar este largo trozo de literatura *spiritusantesca* para que se convenza el lector de lo abominable que son en primer lugar los tiempos en que esto sucedía; después los gobiernos esencial y genuinamente monárquicos bajo que tenía lugar, y por último el Dios que en su apojeo tales cosas consentía, y á sus elegidas, como la hermosa Ester, hacía pasar los malditísimos ratos que debió llevarse esperando la noche del turno para entrar al rey Asuero.

¡Qué en el infierno estará ardiendo como tantísimos otros reyes!

LXXX

La noche, pues, que la tocó su turno, Ester

fué introducida en la cámara del rey Asuero que, encontrándola apetitosa, se enamoró de ella como un Bartolo, se casó con ella y dió con tan plausible motivo una comilona monumental á toda su gente, concedió grados y títulos á porrillo y, finalmente, condonó algunas contribuciones, en cuyo pago andaban atrasadillos (cosa natural) los miserables súbditos de rey tan amigo de las *euchipandas*.

El tío de la nueva reina, el astuto Mardoqueo, que viene á hacer el papel de barba en esta comedia, había encargado á Esther que ocultara su nacionalidad. Hizolo así la sobrina, lo que me permite burlarme un poco de la respetabilidad de Asuero que ni se ocupó, por lo visto, de pedirle arregladitos los papeles á su egregia esposa, y de la llaneza de aquellos déspotas orientales, que á la primera fregona de buen ver con que topaban hacíanla de la noche á la mañana reina y emperatriz. Verdad es que de la mañana á la noche la daban un puntapie en mala parte, como prueba el caso de la pobre Vasthi, que debía andar con el nuevo matrimonio de Asuero reconcomida é histérica... y váyase lo uno por lo otro.

Decía que por consejo de su tío, que como á hija la había criado, Esther ocultó á Asuero que era judía. Y tengo dicho que Mardoqueo, tieso como un tudeseo, calle arriba, calle abajo, se pasaba las horas muertas rondando á su sobrina, para husmear lo que con Asuero la acontecía. Puede cualquier mal tío imaginarse lo orondo que se pondría al saber que Esther había agradado al rey y sido elevada á la categoría de reina. Quizá se echaría gabán nuevo y se rizaría el pelo, si en Susán se usaban gabanes y tenacillas: no respondo de ello. Respondo únicamente, de que en calidad de tío *por afinidad* del rey, se permitió entablar trato y conversación con los porteros de palacio, y hasta presumo del texto bíblico que le dieron un empleillo de los de escaletas abajo.

Las porterías, ya en aquella respetable antigüedad, eran una nidada de chismes y habladurías. Y como hasta de estas cosas saca partido un judío aprovechado, Mardoqueo se enteró de una conspiración contra la vida de Asuero, que se tratan dos eunucos porteriles, llamados Bagathan y Thares. Mardoqueo se lo avisa secretamente á Esther, ésta se lo dice en intimidad al rey, manda éste averiguar lo que hubiera del negocio, hallan cierto el proyecto de regicidio, y... Bagathan y Thares, bailando en la cuerda de la horca, le fueron á contar al diablo lo finas que tenía las orejas el tío de su sobrina.

Después de esto... Así comienza un capítulo que refiere como Asuero, constituyó en Cánovas ó Sagasta de su reino á un tal Aman, que no sé si sería tan mal poeta como D. Antonio, ni tan boquiabierto como D. Práxedes, pero que ni del primero se dejaba sobrepujar en soberbia ni del segundo en bilis. Toda la que su hígado segregaba, se la dedicaba á los judíos, á quienes tenía montados en la nariz.

Cuando Aman entraba en palacio, todo el porteril enjambre, así los castrados como los no castrados, hincaban la rodilla para adorar al príncipe de los príncipes. Pero Mardoqueo, que en su calidad de judío, odiaba á Aman como descendiente de una familia amalecta, en vez de arrodillarse al paso del ministro se ponía más finchado que un portugués. El príncipe ¡es claro! nunca reparó semejantes niñerías, mas no faltó soplón que le avisó de la porteril irreverencia y del origen hebreo del cogotudo tío de la hermosa Esther.

Toda la bilis se le revolvó á Aman con la noticia, máxime cuando pudo por sus propios ojos reparar que Mardoqueo se las tenía tiesas. Y como la bilis fué siempre consejera de *barrabasadas*, proyectó una pintiparada á la que, con mejor fortuna años adelante, llevó á cabo la tan

alabada Isabel la Católica. La barrabasada de Aman fué persuadir á Asuero de publicar un decreto mandando degollar, en un día dado, todos los judíos esparcidos en sus 128 provincias. Asuero otorga y publicase el decreto.

Leerle Mardoqueo y encenizarse y ponerse á dar ahullidos fué cosa de un momento. Declaro que quizá nadie con más razón que él se lamentó en su tiempo: degollina tamaña bien merecía que llorase, y hasta que revolviere á Roma con Santiago por desbaratar el bárbaro decreto de Aman.

No fué mala la encerrona que al efecto le preparó. Fuése lloramiqueando á palacio á ver á su sobrina, la cual, dicho sea en honor de su judaico patriotismo, á ruegos de su tío se jugó el todo por el todo para librar á los suyos del grave riesgo que corrían.

Era costumbre de aquellos bárbaros asirios que él que sin permiso especial ó especial llamamiento, se presentaba de improviso al rey, pagase con la vida el atrevimiento, á menos que el rey dispusiese lo contrario. Esther, después de componerse lo mejor que supo, atropellando la costumbre, se presentó á Asuero. Este, que tenía de manteca las entrañas para con las niñas bonitas, en vez de mandarla degollar la dió un beso. Yo hubiera hecho otro tanto, y no soy rey, ni asirio, ni siquiera bárbaro en esta ocasión: te lo aseguro, lector discreto.

Esther disculpó ladinamente el objeto de su visita, invitando al rey á un banquete, que dijo tenerle preparado, y al cual le suplicó acudiese acompañado de su Cánovas, digo, de su Sagasta, digo, de su Aman, por fin, del primer ministro.

Ni el rey ni Aman faltaron á la hora fijada. Asuero bebió como una cuba, como tenía por hábito, y, cuando estuvo lleno de vino, dió en la flor de ser cumplimentero con su mujer, echándola mil chicoleos, entre ellos éste, á que Esther se agarró como una lapa: *pide por esa boqui-*

ta de perlas, que cuanto pidas se te dará.

Esther, sobrina de un astuto, se guardó bien de precipitar los sucesos, y se limitó á pedir que Asuero y Aman volviessen á otro banquete que al día siguiente les daría. Cosa que tanto le agradaba á Asuero la concedió fácilmente. Aman no hay que decir, se derretía de gozo al ver su orgullo adulado por la reina.

Signen dos escenas sueltas de este drama bíblico, sumamente interesantes para el mayor efecto estéticamente trágico.

Primera. Aquella noche, Aman da una gran *soirée*, á que asisten su esposa Zares y sus numerosos paniaguados, como si dijéramos, convocó la mayoría con asistencia de su costilla. Y allí, pavoneándose á sus anchas, hizo gala de sus riquezas, de su privanza y de su intimidación con la reina. Solo, dijo, hay un punto negro en el luminoso horizonte de mis grandezas: ese miserable perro judío de Mardoqueo, que no se quiere arrodillar ante mi excelsitud.

Zares y los compinches le aconsejan que mande en el acto preparar una horca de cincuenta codos de alta (¡vaya una horca, caballeros, ni el palo mayor de un navio de tres puentes!) y que en ella pidiese al rey colgasen á Mardoqueo para escarmiento de picaros. Ni los consejeros ni el aconsejado dudaron que el rey dejara de complacer con semejante friolera á su privado, que satisfecha la ira, acudiría alegre al banquete de la reina. La horca se manda, en efecto, disponer, sin que le faltara un codo de los cincuenta que la habían prefijado.

Segunda. Asuero, aburrido y desvelado aquella misma noche, en vez de mandarse traer cualquiera de las mozas buscadas en las 128 provincias, que aguardando la voz bajo llave tenía el eunuco Egeo, hácese traer el libro de las historias de su reinado y manda que se le lean, para ver si de este modo conciliaba el sueño.

El lector, que no se nombra, ni se dice si lo hizo con ó sin intención, en cuyo último supuesto habrá de admirarse en esto la intervención de la santa casualidad, leyó al rey la abortada conspiración de los eunucos porteriles, Bagathan y Thares, que tan cerca habían andado de despojarle la cabeza. Citábase allí la denuncia de Mardoqueo y Asuero, lleno de interés por sí mismo, pregunta qué recompensa se había dado á su salvador. Al contestarle que ninguna, le entró prisa de hacer algo gordo en beneficio del judío.

Jamás tan á propósito llegó ministro para ser consultado, como Aman, que se presenta en la cámara, decidido á pedir el ahorcamiento de Mardoqueo. Asuero que le ve, le dice:—¿Qué ha de hacerse con aquel que el rey quiere honrar?—Aman, que piensa que de quien se trata es de su egregia persona, responde:—Montarle en un caballo del rey, vestido con vestiduras regias y la corona en la frente, y pasearle de este modo por la ciudad, llevando del diestro el caballo el primero de los príncipes.—Hazlo así con Mardoqueo, contesta el rey, que á ese quiero honrar.

Figúrate, lector, la cara que pondría Aman con tal noticia, y la cara de Mardoqueo cuando Aman le paseaba á caballo por Susan: sin precio para lámina de un novelón de esos de á cuarto la entrega.

De vuelta á su casa Aman, su mujer y sus compinches, que le habían aconsejado ahorcar á Mardoqueo, le dicen que se ande con mucho cuidado con el judío que tal pasada le había jugado. Rabiando y tirándose de los pelos, le hallaron los eunucos que el rey le envió, para que le llevaran á palacio á cenar con SS. MM.

Haciendo de tripas corazón acudió á la cita, donde halló á los regios consortes en punto de caramelo. El punto de caramelo era, como se sabe, punto y medio de vino para Asuero. Alegrón y charlatán vuelve á decir á Esther:—¿Qué

pides, boquita de rosas?—La boquita de rosas le descubre que es judía, le denuncia los bárbaros decretos de Aman, y le pide gracia para los judíos.

Asuero queda estupefacto y... se va á pasear al huerto. Aman aprovecha los minutos y se acerca á la cama de Esther (esta señora cenaba por lo visto en la cama), para rogarle le salve la vida del furor del rey, que tan hosco había salido. En esto vuelve el rey, y al ver á su favorito tan cerca de su mujer, lo toma á mala parte y grita:—¡Hasta en mis barbas se atreve este tunante!—Entran los eunucos, cojen á Aman, y recordando uno de ellos, de nombre Harbona, que Aman tenía en su casa preparada una horca para Mardoqueo, se lo indica al rey, que manda ahorquen á su primer ministro del palo que éste tenía dispuesto para el primer portero.

¡Cosa más bonita y mejor arreglada para el teatro no se puede dar! He aquí un cuento tan interesante como dramático, adaptable á la música por añadidura.

Las cosas bien hechas bien parecen. Puesto que Aman había ido á ocupar la horca colosal de Mardoqueo, pareció bien al rey, y á mí no me parece del todo mal, que Mardoqueo viniera á sentarse en aquella silla de Aman que tantos codos se alzaba sobre las de los otros príncipes. Y así se hizo, deshaciéndose lógicamente lo otro, quiero decir el proyecto de universal degollina de los judíos.

Y cádate á los asirios, con todas sus 128 provincias, en que andaban esparcidos como siervos y odiados como prestamistas los judíos, gobernados por uno de estos miseros trasportados, y á una de estas hijas de los apaleados reina de los apaleadores. Mas no bastaba á uno de estos haber escrito esta enormidad: Va al extremo de decir que el día de la proyectada degollina, la carne se convirtió en hacha, esto es, que los ju-

díos, hicieron *razzia* en sus enemigos. Nada menos que 75.000 hombres escribe el Espíritu Santo que mataron los condenados á muerte en dos días.

Esta barbaridad dió origen á una fiesta solemne, que se llamó de las Suertes, instituida por Mardoqueo y Esther, guardada por muchísimos años entre los judíos.

Quizá esta fiesta la tomaron en la emigración de los asirios, y para autorizarla ó explicarla inventaron este novelón, lleno de contrastes, que se llama el *Libro de Esther*, á tal extremo desbarajustado, que una vez concluído en el capítulo IX, aun emplea otros seis en aclaraciones, fe de erratas y otras tonterías que dejan mal parado al Señor Espíritu Santo, que aparece en este escrito al nivel del incógnito poeta que compuso nuestro famoso *Romance de Gerinaldo*, el que no se quiso casar con la hija del rey, después de dormirse con ella porque, según él dijo,

Tengo juramento hecho
A la Virgen de la Estrella
Mujer que mi dama sea
Jamás casarme con ella.

LXXXI

EL LIBRO DE JOB

Vaya, lector, ánimo y buena suerte; porque ha llegado el trance fiero, el terrible momento, el instante crítico; nos hallamos en la escena culminante y terrorífica de la comedia, sainete, tragedia, pasillo, ó como quieras llamar á esta *Santa Biblia*, que tan por menudo y con tan inusitada franqueza vengo hace tres años presentando á tu examen... y risotadas. Si te falta pecho, ó tienes la garganta en mala disposición, suspende la lectura y acuéstate; porque si lo tomas en serio, lo que vas á leer te hará dar diente con diente, y si, por el contrario, como te aconsejo y el caso

requiere, lo echas á risa, vas á necesitar hacer gargarismos con clorato de potasa.

Obligado por la necesidad, tengo que presentarte el..., prepárate á temblar..., tengo que presentarte el Diablo, el cornudo monarca del Infierno en persona, mano á mano con Dios, en conversación larga y tendida, para amolar á un buen hombre.

Tú no crees en el Diablo, ni yo tampoco, que las personas decentes no creen ya en semejantes tonterías; pero esto no impide que el Diablo exista en la *Biblia*, y hasta que hable muy comedidamente por cierto. Te diré del caso todo cuanto consta.

Consta, en primer lugar, que hay un libro que se llama *el Libro de Job*, indubitadamente divino, canónico, reconocido, auténtico y demás jerigonzas de rúbrica en los disparates ó invenciones del Espíritu Santo, redicibles á moneda contante y sonante por la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana. El cual libro nadie ha podido averiguar hasta el día de hoy, ni averiguará hasta la consumación de los siglos quién le escribió, ni cuándo se escribió. Unos dicen que le escribió Moisés, otros que no le escribió: éstos que es un poema dramático, aquéllos que una historia: los de más acá que está incompleto, los de más allá que no le falta una tilde de cuantas el Espíritu Santo le puso.

Después de esto, consta que en el libro de Job hay de todo, prosa y verso, descripción y diálogo, y que en él aparece el Diablo conversando con Dios en el primer capítulo.

El que en vista de estos argumentos no crea en el Diablo, el diablo me lleve si creerá que el Cid ganó batallas después de muerto, y que don Quijote fué á Candaya montado en Clavileño. No más fundamento tiene una que otra creencia: las tres se saben por el mismo conducto; por tres libros. Verdad es que dos de ellos son excelen-

tes; pero no canónicos, y el otro, canónico pero no excelente. Mas ¿quién repara en semejantes niñerías?

El libro de Job, pues, refiere que, en tierra de Hus, allá por entre Arabia é Idumea, no se sabe en qué tiempo vivía un buen hombre que tenía siete hijos y tres hijas, total diez cachorros, y además un montón de ovejas, camellos, bueyes y borricas, con lo cual, como aún no se había inventado la Inquisición, ni siquiera había redimido al mundo nuestro Señor Jesucristo, llevaba Job una vida de canónigo. Toda la semana se la pasaba el buen señor de festín en banquete con sus hijos é hijas, y en cuidar de su hacienda, principalmente, á mi entender, de sus quinientas borricas, que es de suponer le paririan trescientos sesenta y cinco borriquillos por año cuando menos, esto es, asno por día.

Hallábase arrellenado en su casa ó palacio Jehová, cuando *cierto día* (¿qué día sería éste?) se le ocurrió al Diablo hacerle una visita. He aquí el texto de la conversación, taquigráficamente tomada por el Espíritu Santo, según el Santo Concilio Tridentino.

Dios.—¿De dónde vienes?

El Diablo.—He rodeado la tierra y la he recorrido.

Dios.—¿Por ventura has reparado en mi siervo Job, que no hay semejante á él en la tierra, hombre sencillo y recto, y que teme á Dios y se aparta del mal?

El Diablo.—¿Por ventura Job teme á Dios de balde? ¿Acaso no has cercado á él y á su casa, y á su hacienda en rededor, has bendecido las obras de sus manos, y sus posesiones han crecido en la tierra? Mas extiende un poquito tú mano, y toca á todo lo que posee, y verás si no te bendice cara á cara.

Dios.—Mira, que todo lo que tiene está en tu mano, solamente no extiendas tu mano contra él.

En este diálogo el diablo se llama Satanás, viene de paseo, y aparece como una especie de criadillo irrespetuoso y un tantico zumbón de Dios, y que cuanto hace lo hace por misión de Dios, que herido de su burla respecto á Job, le entrega á éste para que le deje más pobre que una rata, pero intacto. Consecuencia obligada de tanto disparate: que el mal que acontece á un hombre es procedente de la voluntad de Dios, no de la del Diablo, y que por lo tanto Dios es fuente de mal y el Diablo un zascandil.

El Diablo se da tan buena maña, que en un mismo día recibe Job sucesivamente las terribles noticias de que sus hijos habían muerto, los Sabeos y Caldeos le habían robado los ganados y degollado sus siervos, y que toda su hacienda había desaparecido. El buen hombre se rasga los vestidos, se echa en el suelo, lo toma en calma y dice: desnudo sali del vientre de mi madre, desnudo volveré allá, cúmplase la voluntad de Dios.

A esto lo llama la *Biblia no pecar*: yo lo llamo conformarse, que es lo mejor que puede hacer el que tiene hígados bastantes para presenciar impasible semejante catástrofe, y no soltar media docena de ternos secos siquiera.

Otro día volvieron á visitar á Dios sus hijos, entre ellos Satanás, con quien el padre entabla un diálogo exactamente igual al del día á que antes se ha hecho referencia, con sólo la variante de que Dios dice que Job aún conserva su inocencia y que ha sido vano incitarle contra él.

A lo cual Satanás replica: *piel por piel y todo cuanto el hombre tiene dará por su vida.*

Amoscado Dios de que el Diablo le viniese con chirigotas sobre la fidelidad de Job, contesta: *he aquí, en tu mano está, mas guarda su vida.*

El Diablo, presto y bien mandado, va ¿y qué hace?—Pues pone al bueno de Job, que de estos dimes y diretes de Dios y su hijo Satanás era el

que pagaba los vidrios rotos, como un San Lázaro bendito.

Hirióle, dice la *Biblia*, con una úlcera muy mala desde la planta del pie hasta lo alto de la cabeza, viniendo á verse en un estercolero tan abandonado, que *con un casco de teja se roía la podre*, y tan hostigado que hasta su mujer le insultaba tachándole de simple por bendecir á Dios, y tres amigos que fueron á visitarle le desconocieron por completo.

Aquí acaba la narración en prosa y comienzan las lamentaciones de Job en verso. Realmente, si Job no se hubiera lamentado habría que procesarle por tonto. ¡Mira tú que rascarse con una teja sobre un estercolero! ¡Oh! poética y bella creación del genio judaico.

LXXXII

INTERMEDIO

El que yo no encuentre bello á Job, *rascándose la podre con un casco de teja sobre un estercolero*, hále crispado los nervios literarios á *Uno* (así se firma el incógnito grande hombre) al punto de haberse creído en la obligación de enviarme una cuartilla de papel, que trasciende á oficio, para decirme en ella cosa así como que soy un pobre hombre y bolonio de comentarista.

Por supuesto, que este guardian de las bellezas judaico-biblico-estercolescas no habla por su cuenta, como le sucede á casi todos los tontos en literatura, sino que, haciendo barricada con los grandes nombres de Rousseau, Voltaire, Chateaubriand, Victor Hugo, Goette, Donoso Cortés (???) y Proudhon, de que sin duda alguna habrá oído hablar, quizá en el Ateneo, me dice que soy digno de compasión por no hallarme en estado de comprender la grandeza sublime y la eterna poesía del libro de Job.

El dogma le deja este caballerete á un lado: lo que á él le interesa es la literatura: precisamente lo contrario de lo que á mí me sucede; que de las bellezas más ó menos literarias de la *Biblia* hago abstracción, como tengo advertido desde el comienzo de estas *Notas*, para interesarme en el dogma, que es lo que reduce la Iglesia Católica á las pesetejas contantes y sonantes del presupuesto del culto y clero, que con permiso, y sin él, de literatos chirles y republicanos *contemporizadores, evolucionistas y melindrosos* aspiro yo, en virtud de mi derecho, á convencer á mis conciudadanos de que le supriman. Porque, el pobre caletre que este *Uno* me concede, y con el cual me conformo, por la sencilla razón de no saber dónde se compran mejores, le empleo yo para discurrir que, si hago reírse á un hombre de bien del Satanás zascandil y del Jehová majadero que aparecen mano á mano hablando en el libro de Job, al exorcista que se le presente después hisopo en ristre y caldero en mano para echarle del cuerpo los *enemiguillos*, súbditos de Satanás, le planta de patitas en la calle, y antes dará dos soplamocos que dos pesetas al que pretenda sacarle con latinajos de entre las garras y dominio del referido Satanás, el alma de un difunto, muerto de muchos días.

Mas con todo y eso de pasar yo por alto las bellezas literarias de la *Biblia*, ya que este *Uno*, que no es *único*, me salta al paso para compadecerme, dígame que por lo que toca á la belleza de Job, me honro mucho con su compasión, y le cedo de grado cuantos diplomas desee de hombre de buen gusto, fino, delicado, pulcro, por extasiarse ante un miserable, á quien el Diablo, por permisión de Dios, tiene tendido en un montón de basura, rasca que te rasca la llaga que le cubre desde los pies á la coronilla. A mí, gracias al cielo, ni el olorcillo de la podre y del estiércol, ni la uña ensangrentada, ni la carne

llena de costras, ni los aullidos, ni los revolcamientos de Job, sin cejas, pelón y flaco como una bacalada, me consienten la admiración estética, antes me revuelven el estómago y me inspiran tantísima piedad, que entro en ganas de acudir á la Casa de socorro próxima á por hilas y medicamentos para curarle.

No me extraña, no, que el *Uno*, cuyo olfato y vista son tan delicados, ante el Job de la *Biblia*, literariamente considerado, confunda en una misma grandeza á Rousseau, Victor Hugo y Donoso Cortés. Al ver juntos estos tres nombres, siento la misma impresión que cuando leo en la tarjeta con escudo, morrión y plumajes de un mi amigo, este rótulo en letra bastardilla: Alejandro Napoleón López, que es la impresión de un salto mortal. Rousseau... Hugo... Donoso. El Donoso me hace el efecto del porrazo. ¡Y todo por qué! ¡Porque Donoso, mar de palabras, acertó á concertar bonitamente éstas en su discurso de entrada en la Academia!

«Quién volverá á lamentarse como Job, cuando tendido en tierra por el brazo excelso que le oprime, hinche con sus lamentos y riega con sus lágrimas los valles de Idumea!»

Frase gongorina é insustancial, si las hay; pero que dejará á *Uno* perlático de admiración, como aquel *aliento de los cadáveres* que se le escapó á Castelar, muy *adonoso* por su desgracia. Porque eso sí, estos anónimos admiradores de las bellezas literarias de la *Biblia*, que no han leído, y citadores de grandes maestros, que no han estudiado, se despepitan por frases rotundas, sonoras, musicales, de aquellas que hicieron escribir en burla á Espronceda, después de cinco admirables octavas, esta otra que deberían todos ellos aprenderse de memoria:

Y resonando... etcétera, que creo
Basta para contar que ha amanecido
Y tanta frase inútil y rodeo

A mi corto entender, no es más que ruido:
Pero también á mí me entra deseo
De echarla de poeta, y el oído
Palabra tras palabra colocada
Con versos regatar sin decir nada.

Ruido, nada más que ruido, es mucho de lo que se dice sobre las bellezas literarias de la *Biblia*, no por aquellos otros grandes maestros, ante cuyo genio me pongo de rodillas, sino por los Donosos de los *valles de Idumea* henchidos por los lamentos de Job, y regados por las lágrimas del mismo, que para realizar estas enormidades del estilo pomposo y campanudo habria de tener pulmones de becerro y por ojos dos bocas de riego del Lozoya.

Ruido, nada más que ruido, son las palabras de pasmo y de éxtasis en que se deshacen los que, como *Uno*, se llenan la boca con párrafos de Donoso, del tenor siguiente:

«Allí está el Dios católico, uno y trino; uno en esencia, trino en personas. El Padre engendra eternamente á su Hijo, y del Padre y del Hijo procede eternamente el Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo es Dios, y el Hijo es Dios, y el Padre es Dios; y Dios no tiene plural, porque no hay más que un Dios, trino en las personas y uno en la esencia. El Espíritu Santo es Dios como el Padre, pero no es Padre; es Dios como el Hijo, pero no es Hijo; el Hijo es Dios como el Espíritu Santo, pero no es el Espíritu Santo; es Dios como el Hijo, pero no es Hijo; es Dios como el Espíritu Santo, pero no es Espíritu Santo.»

Galimatías, *infundio*, monserga aún más ridícula y tonta que aquella de «la razón de la sin razón que á mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura», con que el famoso Feliciano de Silva contribuyó en su tiempo á sorber el seso á *babiones* como el bueno de Don Quijote, que en sacarles la substancia que no tienen,

pasó no menos horas que emplean ciertos admiradores de las bellezas literarias de la *Biblia*, en decir que han oído decir, que oyeron á algunos que habian oído decir á otros tales, ó cuales patchadas sobre el caso.

De estos tales debe ser mi *Uno*, que con la mayor frescura del mundo me dice en su carta que yo he llamado á Goete poeta chirle. Semejante despropósito se funda en la disparatada argumentación siguiente:

Río franco se burla de Satanás y Jehová, cuando los halla compinchándose en el primer capítulo del Libro de Job, para hacer pasar á este pobre hombre las de Caín. Es así que Goete comienza el Fausto de la misma manera. Luego... ¡átame esa mosca por el rabo!... luego Goete es un poeta chirle, según Río franco.

Si no es católico el que así discurre, merecerlo, porque como los católicos, por punto general, habla á trochemoche de lo que no ha leído y se mete en honduras que no entiende.

En primer lugar Goete no comienza su Fausto (cuya idea fundamental no es suya) haciendo hablar mano á mano á Dios con el Diablo. Antes pone una hermosísima dedicatoria, llena de melancólicos recuerdos de una juventud desaparecida, y escribe un precioso *Prólogo en el Teatro* repleto de gracia. En tercer término, solo en tercer término, es cuando se atreve á subir al cielo para tomarle la enroscada barba al Padre Eterno, á quien alaban Rafael, Gabriel y Miguel, los tres arcángeles, coreados por los ejércitos celestiales, y pica y cosquillea Mefistófeles, que sale del cielo diciendo para su capotillo, puesto que con él se presenta en la escena de la ópera de aquí sacada:

«De vez en cuando olvido mis rencillas
Y busco al Viejo, y pláticas entablo.
Pláceme que un señor de campanillas
Trate con atención á un pobre Diablo.»

Este solo pasaje si le hubiera leído, bastara á *Uno* para no disparatar, achacándose lo de haber llamado poeta chirle á Goete. Mi humildad y la grandeza colosal de este maestro insigne, coinciden en esto: en que él y yo, por medio de un diablo zascandil y zumbón, nos burlamos de un Dios zoquete y abartolado. Luego Goete, con su inmenso talento, por medio de Fausto hace mangas y capirotos del Diablo.

El sentido íntimo del grandioso poema alemán no es otro que la destrucción de la creencia en el diablo, por medio del sarcasmo llevado al límite de lo posible. Aquel Satanás del libro de Job, de que tanto dinero ha sacado el catolicismo, y tanto ha hecho temblar al mundo, bajo la pluma de Goete, se hace un ente risible, traído y llevado por Fausto, puesto en apreturas y reducido al papel de alcahuete de un viejo rejuvenecido por la magia. ¡Oh! Goete, maestro soberano, recibe por tu obra gigante el culto de mi admiración, y á ese *Uno*, que quiere que tu obra de destrucción de lo que el libro de Job ha *canonizado*, sea una parodia de aquella pesada é inoportuna discusión de un desdichado leproso con tres sofistas, hazle un *chirlo* para que se le conozca su admiración *chirle* á las bellezas literarias de la *Biblia*.

De que yo no me preocupo en estas NOTAS, y sobre las cuales hay mucho, pero mucho que decir. Como ya que me ha tirado de la lengua este *Uno*, que pudiera ser un *tuno*, procuraré con mi poco ingenio y mucha franqueza hacerlas resaltar contra mi primer propósito, en lo que se refiere á este libro de Job.

¡Qué!—¿Se pretende que respete las bobadas de la palabra, ya que no es posible sostener un día más el respeto á las enormidades de los conceptos bíblicost—¿Se pasa que llame bárbaro á Jehová, cuando decreta el exterminio de una familia ó de una tribu, y no se pasará que califique de

puerca esta frase: *he de raer de tal familia todo meante á la pared que la Biblia pone en labios del Altísimo!*—¡Qué tontería!—No caerá en ella, á pesar del poco caletre que *Uno* le concede, otro que sabe cuando menos cerrar su bolsa á los repetidores asalariados del *in principium erat verbum*, que ya es saber, algo para no figurar en el *numerus stultorum*, y tiene á Minerva, Apolo y Júpiter por creaciones más bellas que á Thamar la incestuosa, Jehová el *raedor* de pueblos, y Job el leproso, que se raía la podre con un casco de teja sobre un estercolero de Idumea.

¡Es cuestión de gustos!

LXXXIII

Cuando ya el diablo, por permisión de Dios, tuvo á Job sin hijos, sin pesetas, sin ganados, reducido á la miseria de un estercolero, cubierto de lepra de piés á cabeza, consumido por la podre, taladrado por el dolor, yo no se si Dios ó el diablo, hicieron que su mujer fuera á insultarle, y que tres amigos le armaran camorra de palabras.

Porque todo el aparatoso y ensalzado poema hebraico, se reduce á los dimes y diretes de Job con estos tres amigos, cuyos nombres hay que sacar á la vergüenza universal; pues precisa á mi entender ser un canalla, amén de un sofista, para ir con argumentos sobre la Providencia, la Gracia, la Predestinación y otras gerigonzas por el estilo, á un pobre hombre á quien agobian horribles dolores, y más necesitado de medicinas que de argumentos.

Estos tres charlatanes, Elifaz, Baldad y Sofar, sacristanes mayores de las cofradías de San Inoportuno y Santa Impertinente, comenzaron, al ver á Job en tan afflictiva situación, por llorar (¡muy bien!), rasgar sus vestidos (¡qué botarata!) y *esparcer polco sobre su cabeza hacia el cielo* (lo cual me parece una porquería, con permiso del *Uno* turulato de admiración por esta

manera de hablar de la *Biblia*, á quien zarandee en la *Nota* precedente.) Después... *estuvieron sentados con él (Job), sin hablarle... siete dias y siete noches.* ¡Posaderas de hierro tendrían estos caballeros, ó chavacana manera de expresarse tiene aquí el Espíritu Santo!

En el capítulo III, Job *maldice su dia*. Estas palabras, en muchos pasajes del libro inmutable que anoto, significan decir el personaje que acciona una sarta de atrocidades, brutalidades é imposibilidades, relativamente al día de su nacimiento.

Véase la clase, véase lo que sin duda tiene por eternamente bello el *Uno* literatero que me saltó á la pista de estas anotaciones.

«Perezca el dia en que naci, y la noche en que se dijo: concebido ha sido un hombre. Conviértase en tinieblas aquel dia, no tenga Dios cuenta de él desde arriba, y no sea esclarecido de lumbre. Obscurézcanle tinieblas y sombra de muerte, ocúpele obscuridad, y sea envuelto en amargura. Tenebroso torbellino posea aquella noche, no sea contada entre los dias del año, ni sea puesta en el número de los meses. Sea solitaria aquella noche, y no digna de alabanza: maldiganla los que maldicen el dia, los que están prontos para despertar á Leviatan: entenebrézcanse las estrellas con su obscuridad: espere la luz y no la vea, ni el nacimiento de la aurora cuando se levanta: porque no cerró las puertas del vientre que me llevó, ni quitó de mis ojos los males. ¿Por qué no he muerto en la matriz, ó luego que sali del vientre no perecí? ¿Por qué fui recibido en las rodillas? ¿Por qué me dieron de mamar los pechos? Pues ahora durmiendo estaría en silencio y en sueño reposaría, juntamente con los reyes y consejeros de la tierra, que edifican soledades para sí: ó con los principes, que poseen oro y llenan sus casas de plata: ó como abortivo que esconden, no subsistiría, ó

como los que habiendo sido concebidos no vieron la luz, etc., que me canso de en hilar atrocidades, todas relativas á quejas de haber nacido, sólo explicables por la picazón horrorosa que se supone en el que las dice. Todo esto en la lengua original, puesto en verso, podrá ser muy musical, todo lo bonito que se quiera: en la prosa vil é indigesta en que yo lo encuentro canonizado, y declarado incontrovertible por el santo Concilio tridentino, es una manera campanuda y atroz de lo que decimos vulgarmente poner el grito en el cielo.

¿Se trata de un justo que sufre con fortaleza la adversidad más cruel? Yo admiro á Job. ¿Se trata de la expresión literaria? El diablo interventor me hace reír; el estercolero me da asco; la padre horror; estas quejas, estos rugidos, que compara el propio Job á aguas que inundan; estas maldiciones espantosamente tontas á un día que fué, las encuentro exageradas, gitanescas, maldiciones, en fin.

A estas lamentaciones, que encuentro sino bellas naturalísimas, como hallo natural sin ser de ordinario bello el terno seco en que prorrumpe aquel á quien le pisan un callo, contesta Elifaz con un discurso de dos capítulos en defensa de la Providencia, tratando de probar á Job que el mal que le affige reconoce por causa sus pecados, pues de haber sido justo como presume, no se vería tan abatido.

En esta peroración sofística é inoportuna á todas luces, se hallan frases de indudable elocuencia, millares de veces citadas ó parodiadas por ilustrísimos escritores, las cuales citaré, para que *Uno* ú otro cualquiera no hablen de referencia.

Dice Elifaz:

«En el horror de la visión nocturna, cuando un profundo sueño suele ocupar á los hombres un espanto y un temblor se apoderó de mí, y to-

dos mis huesos se estremecieron; y pasando por delante de mí un espíritu, erizáronse los pelos de mi carne. Paróseme delante uno, cuyo rostro no conocía, una imagen delante de mis ojos, y oí una voz como de airecillo apacible: ¡Por ventura el hombre en comparación de Dios será justificado, ó el varón será más puro que su Hacedor!»

Esta manera de personificar y exteriorizar la voz de la conciencia es verdaderamente grande y hermosa, como son grandes y hermosas otras frases del discurso, porque para reirme yo de Satanás y de Jehová no necesito desconocer la belleza de lo que es realmente bello; que en más de cuatro ocasiones lo he hecho notar, como cuando presenté á Raquel sacando agua para dar de beber á los camellos de Eliezer.

Job emplea otros dos capítulos en contestar á Elifaz, sosteniendo con energía que no le affige el mal por sus pecados, sino por voluntad de Dios, que permite estas pruebas aun en los justos. En este discurso hay de todo, como en botica. Unas veces el autor encuentra la palabra de eterna belleza; otras emplea la frase de su preocupación de lugar y tiempo, que hoy resulta boba, como por ejemplo:

«Porque las saetas del Señor en mí están, cuya indignación apura mi espíritu, y espantos del Señor militan contra mí.»

«Considerad las veredas de Thema, ó los caminos de Sabá, y aguardad un poco.»

«A la manera que se desvanece una nube y pasa: así el que descende á los infiernos no subirá.»

Pero, en fin, con estos obligados lunares, y sin ellos, y sin que disculpe la elocuencia de Job el pasillo joco-serio de Satanás y Jehová, discursos como el de éste querría yo ver escribir á los que, como *Uno*, se contentan con ser ecos de la ajena admiración. ¡Qué admiraron los grandes

hombres en esta literatura? No el diálogo en el cielo de que me burlaré siempre, sino comparaciones como esta, que siempre admiraré:

«Milicia es la vida del hombre sobre la tierra; »y como días de jornalero sus días: como el siervo desea la sombra, y como el jornalero aguarda el fin de su trabajo: así también yo tuve »meses vacíos y noches trabajosas conté para »mí.»

«Mis días pasaron más velozmente que el tejedor corta la tela, y se han consumido sin alguna esperanza.»

«Acuérdate que mi vida es viento, y que mi ojo no volverá á ver bienes.»

«Ni fortaleza de piedras es mi fortaleza, ni mi carne es de bronce.»

Y otras que así tienen que ver con la teología dogmática, como el buen Gobierno con el régimen hapsburgo-lorénico, encanto de fusionistas.

Baldad, casi *baldado* en romance, más corto de palabras que Elifaz, haciéndole punta al discurso de su compadre sobre la providencia, dando por seguro que las calamidades que Job sufre son pena á sus faltas (éste se conoce que no estaba enterado del diálogo celestial de Satanás y Jehová) aconseja al leproso que se arrepienta de sus pecados y que se deje de hipócritas alabanzas de su justicia. Es el único medio que ve de que sane su amigo. En boca de este sofista decae grandemente la poesía; más parece lo que dice un trozo de un sermón de cuaresma que de un poema de *sublime è imperecedera belleza*.

Job, más necesitado de azufre que de consejos bobos, entre acerbos dolores contesta en sana y recta teología tomista. Dice que Dios es justo en todas las cosas. Pero... también Dios tiene pero... pero amuela lo mismo al inocente que al culpable. El es, dice, uno de los inocentes á quienes Dios pone en apreturas, por el gustazo de ponerlos, que no puede menos de ser un gustazo justí-

simo, como procedente de Dios, que es la justicia misma.

Para definir el ser que de semejante manera procede, Job habla con elocuencia, pero traza el retrato de un loco.

«El (Dios)... es fuerte de bríos: él traslada los montes: él conmueve la tierra de su lugar, y sus columnas se estremecen. El manda al sol, y no sale; y cierra las estrellas como bajo sello: él solo extendió los cielos, y camina sobre las ondas del mar.»

No es de extrañar que Job, en cierto modo mohino de estar sujeto á un ente de humor tan estrafalario, se vuelva á él exclamando:

«Si azota, mate de una vez, y no se ría de las penas de los inocentes.»

Que es exactamente lo que le decía yo al cura de mi pueblo siendo muchacho: Mire usted, don Bonifacio, ¡si son bienaventurados los que lloran, como dice el catecismo, no sé para qué hemos de perder el tiempo en consolar al triste!

LXXXIV

Job continúa ajustándole las cuentas á Dios. A pesar de sus llagas y del casco de teja, se las tiene tiesas al Omnipotente Jehová del estrafalario humor que acaba de describir.

«¡Por ventura—le dice—te parece bien el que me calumniés y me oprimas, obra de tus manos, y que favorezcas el consejo de los impíos?»—En lo cual no hallo nada que objetar, pues verdaderamente es una chirigota divina de mal género eso de crear un hombre para traerle tan arrastrado como muchos se ven, siendo buenos, ó ponerle tan en andas como algunos se miran, siendo más malos *que arrancados*.

Sobre la manera que tuvo Dios de hacerle, se expresa Job de la chusca manera siguiente:

«¡Por ventura no me exprimistes como leche y como queso me cuajastes?» Esto de convertir

á Dios, al ejecutar lo que llamamos pomposamente su obra maestra, en un cabrero que hace un requesón, es lo más rebonito de la literatura universal; y al que de buen grado no lo conceda, le entrego al brazo secular de aquel *Uno* inoportuno, celador mayor y afortunadamente gratuito de las bellezas bíblicas, que se me subió á las barbas comentaristas, por haber hablado con poco comedimiento del pobre Job, como si yo y no Dios nuestro Señor le hubiese puesto en tan pingoso estado como lo encontramos, charlando hasta por los codos.

Pero como el que mucho habla mucho yerra, Job termina su discurso, diciendo cómo es el otro mundo, que describe en esta forma:

«Antes que vaya y no vuelva á la tierra tenebrosa, y cubierta de obscuridad de muerte. Tierra de miseria y de tinieblas, en donde habita sombra de muerte y ningún orden, sino un horror sempiterno.»

Si algo en limpio se puede sacar de este mar de palabras sin sentido, es que Job no sabía lo que ahora sabe cualquier niño de las escuelas católicas, esto es, que el otro mundo se compone de cuatro estados ó reinos, ó margraviatos, que son: el cielo, el infierno, el limbo de los niños y el productivo purgatorio. Para Job, el otro mundo era un lugar, como se ve, muy parecido todo él al infierno, y de donde no se vuelve, contra lo que dice el Credo, que resucitaremos todos en el Valle de Josafat.

Safar, á quien Job no deja meter baza, aprovecha la oportunidad, y después de llamarle *parlero* con palabras muy elegantes, trata de confundirle, diciéndole quién es Dios y las medidas que tiene, las leyes que gasta, etc., etc. Todo este discurso, más es una inectiva que una doctrina contraria á la de Job, que en pocas palabras viene á ser esta: Dios es justo, pero aflige con males á los justos para probarlos, y ensalza

á los malvados para fomentar su ruina; que si no es un Gobierno tan detestable por lo menos como el archihapsburgo lorénico que nos desgobierna, venga la revolución y funde la República.

Pero Job, que si quieres: no se da por convencido á tres tirones. Como si la picazón que se le comía le convirtiera la lengua en un badajo, corta la palabra á Safar y arremete á sus tres contrincantes, argumento en ristre y teología en mano.

Qué: ¿vosotros solos seréis los sabios?—exclama.—*Anch'io sono piktore. Las tiendas de los ladrones están en abundancia. Habla á la tierra y te responderá, y te lo contarán los peces del mar.* Sospecho que el Espíritu Santo escribió estas palabras en espera de aquel San Antonio, á quien salían á escuchar los sermones los peces. En los ancianos está la sabiduría. No se escribe con las canas, sino con el entendimiento, dijo Cervantes, y el burro por ser viejo no deja de ser burro, dice un amigo mío: el Espíritu Santo piensa de distinta manera en boca de Job. Dios, añade éste, *desata la banda de los reyes, y ciñe con cuerda sus riñones*, palabra infalible que quizás se vea en nuestros días cumplida, con ceñimientos de cuerda por algo más arriba de los riñones. Dios, continúa, *hace ir á los sacerdotes sin gloria*, como se ve palpablemente en esos curas de sotana mugrienta y teja alicaída. Y en fin, Dios, según se explica Job, hace y deshace, trastorna y ordena, sube á los unos ahora para bajarlos después, destruye á los otros, multiplica á los de más allá, y se trae un teje maneje con el mundo capaz de volver loco al más tonto de los admiradores de estas bellezas teológico-bíblico-judáicas.

«Ved que todas estas cosas ha visto mi ojo y oído mi oreja, y una por una las he entendido.» Esto dice Job, después de hartarse de acumular

sobre Dios todo el patiburrillo de bienes y males, dichas y desventuras, azares y seguridades de que la vida y el mundo está lleno. Oír y ver es, cabe decir, imitando á un personaje del *Tenorio*. Pero, en fin, como se halla escrito por el Espíritu Santo, no hay más remedio que declarar hermoso é infalible que Dios hizo al hombre como un cabrero hace un requesón.

A continuación, con inaudita arrogancia exclama: «Si yo fuese juzgado, sé que seré hallado justo.» frase que demuestra ser este libro un poema y no una historia, porque no cabe imaginar en hombre cuerdo tamaña petulancia. El santo, ha dicho después el cristianismo, peca siete veces al día, lo que hallo más en armonía con la verdad que la impecabilidad de Job.

Que se encara con Dios de esta manera: «¡Llá-mame y yo te responderé: ó bien yo hablaré y respóndeme tú. ¡Cuántas iniquidades y pecados tengo! Muéstrame mis maldades y delitos.» Claro está, Dios no contesta, ¡qué había de contestar! y Job, viéndole callado, se crece y le dice con gallardía:

«Contra una hoja que es arrebatada del viento,
 »haces alarde de tu poderío y persigues á una
 »paja seca: Pues escribes amarguras contra mí,
 »y me quieres consumir con los pecados de mi ju-
 »ventud. Has puesto un cepo en mis pies, y has
 »observado todas mis sendas, y has considerado
 »las huellas de mis pies. Yo, como la podre, he
 »de ser consumido, y como vestido, que es comido
 »de polilla. El hombre nacido de mujer (¡nacien
 »hombres de las esparragueras!), viviendo bre-
 »ve tiempo, está relleno de muchas miserias.
 »Que como flor sale, y es ajado, y huye como
 »sombra, y jamás permanece en un mismo es-
 »tado.»

Dada la bastarda idea que de Dios Job tenía, sin duda que estas y otras frases de imprecación que le dirige son bellas. Otras en cambio consti-

tuyen conceptillos ridículos y chavacanos, que para que no asusten, van perfecta y tontamente anotados y canónicamente explicados por el reverendo padre Scio de San Miguel en la edición que tengo delante.

Por ejemplo. Dice Job á Dios: Tienes sellados como en un *taleguillo* mis delitos: Y anota el P. Scio: Tú guardas, como se guardan las cosas de más consideración mis pecados. Mira tú, lector, que ser en un *taleguillo* donde todo un Dios tiene guardadas las cosas de más consideración!

LXXXV

Hablar de Dios es hablar de la mar y sus arenas, como se dice vulgarmente de aquello que se considera asunto inagotable. Pero como los hombres se despepitan por disputar sobre lo que no pueden entender, de aquí que se hayan llevado la mejor parte de su tiempo, mayormente los ociosos, en disparatar sobre Dios, de cuyo buen señor han dicho los mayores despropósitos imaginables. Sería cosa curiosa, pero muy curiosa, una recopilación completa de las *atroci-dades* que negros y blancos, salvajes y civilizados, antiguos y modernos han pensado, dicho ó escrito sobre la divinidad, que el *baucena* considera adscrita al pingo que cuelga de un árbol y el *católico* á la oblea con que se desayuna el cura de cualquier pueblo de España.

Job y sus tres amigachos, metidos de hoz y de coz á espigar en las rastrojeras teológicas, se quitan mutuamente la palabra sin cortesía alguna, interrumpiéndose con un *querrás saber tú más que yo* de estas cosas, capaz de graduarlos de doctores en petulancia por Bolonia.

Elifaz, así que Job, quizá fatigado, se pára para tomar aliento, mete una nueva baza, acusando al leproso de jactancia y diciéndole que habla por hablar, *como si hablase al viento*, sin más efecto positivo que el de recalentarse el es-

tómago, frase que ni tres docenas de comentarios me hacen entender. Los que la explican diciendo que es como si supiera *el vientre de Job lleno de viento solano*, la echan evidentemente á perder, pues, por cualquiera parte que hubiera de salir este viento calentón, no podría menos de producir malditísimo efecto al olfato y al oído.

Un argumento más firme que una roca hace el Temita á Job: *¿Eres tú, por ventura, el primer hombre que nació? ¿Acaso oistes el consejo de Dios?* Que es á lo que yo me agarro en mis discusiones con los presbíteros, Caballeros, les digo: pruébenme ustedes que todo eso que me cuentan se lo ha dicho á ustedes el señor Dios en persona, en castellano, á la luz del día y ante testigos y notario, y después... tampoco nos entenderemos.

Elifaz rellena su discurso de frases de efecto, para probar que todos somos *peores*; que Job, no puede, en consecuencia, ser bueno, y que además de rascarse el sarnazo, debe persuadirse de que á sus fechorías le debe, pues Dios siempre es justo y á los hipócritas los pone de chupa de dómine.

Job replica sin quedarse corto en las invectivas. Dice que ya tiene rotos los oídos de oír cosas tan tontas como las que sus amigos le contestan, agravando su pena, y que los que hablan al aire son ellos. Aquí querría yo veros, añade, para escuchar lo que hablábais; también yo me nearía la cabeza sobre vosotros. Pero yo, diga lo que quiera, pica que te picarás, y rasca que te rasca.

Arrogante en su justificación, halla palabras de verdadera elocuencia para describir su inmerecida miseria, y se torna á Dios en súplica de misericordia, pidiéndole que le liberte del enemigo que le oprime. Este canto, que es para mí de lo mejor del poema, es la vergüenza de la teología, pues nunca tan en su punto un milagrejo de

los millares de ellos que en la *Biblia* se cuentan, como en el muladar de Job, para confundir á los tres badulaques de sofistas que le atosigan. La falta de milagro en este pasaje, es una de las mil razones que me tienen convencido de que jamás los hubo, y que aquellos de que llevo hecha mención son pura filfa.

Baldad, con palabras agrias, cae sobre la jactancia de Job, diciendo horrores sobre lo que sucede á los impíos.

«La luz se oscurecerá en su habitación. Le despeñará su consejo. Su pie caerá en el cepo. Debilitará el hambre su fuerza. La muerte *primogénita* devorará su hermosura. Olerá á azufre su habitación. Se secarán *abajo* sus raíces; *arriba* su mies será destruida. No subsistirá su linaje.»

Todas estas cosas y algunas otras más, dice Baldad que acontecen al que no conoce á Dios. Y como yo no he tenido el gusto de ver á este caballero, ni aun por la espalda, como le vió Moisés; y como me figuro, lector querido, que tú tampoco has podido lograr de él ni siquiera un retrato como el que pedía á D. Quijote el mercader zumbón para confesar la hermosura de Dulcinea, que recordarás le exigía tamaño como un grano de trigo, estoy que doy diente con diente de miedo, no sólo por mí sino por tí también. El mejor día ó la peor noche, por falta de este conocimiento, nos hallamos con que, como dice Baldad, *se esconde en tierra nuestra pihuela y nuestro orzuelo sobre nuestra senda*: que esto halló escrito en el versículo X, y lo entrego, sin entenderlo, á la admiración de las gentes.

«*Hasta cuándo angustiareis mi alma, y me molereis con vuestros discursos?* Así comienza la réplica Job, el modelo cristiano de la paciencia, que pinta su abandono y su desamparo con energía admirable y vivísimo colorido. *Mi mujer—exclama,—tuvo asco de mi hálito, y*

tenta que rogar á los hijos de mis entrañas.

Estos hijos á quienes Job rogaba, como Satanás los había matado antes del sarnazo, siendo el Espíritu Santo infalible, pero no incontradecible, han armado un lío de todos los diablos entre los comentaristas. Quien los supone hijos de sus concubinas, convirtiendo al santo varón en una especie de sultán con su serrallo correspondiente. Otros dicen que estos hijos no son hijos, sino nietos, y otros dicen otras tonterías; porque el disparatar es libre y obligado en estos negocios de la revelación.

»A mi piel, consumidas las carnes, se han pegado mis huesos, y sólo me han quedado mis labios alrededor de mis dientes.» Este retrato de cuerpo entero, que de sí propio Job hace, le entregó á aquel *Uno* bobalicón, repleto de alfalfa *lamartiniana*, que me hablaba de la eterna belleza del leproso bíblico, para ver si persuade á algún artista de genio, no *catoliquero*, á que le traslade al lienzo ó le esculpa en la piedra.

Después Job establece de golpe y porrazo la Resurrección, deseando que sus palabras sean gravadas en mármoles y en bronces, deseo que por cierto se ha visto muy bien cumplido, pues diez y nueve siglos se lleva repitiendo la humanidad aquella sandez del «creo en la resurrección de los muertos y en la vida perdurable. Amén.»

Hé aquí el texto *infalible*.

»Pues yo sé que mi Redentor vive, y que en el último día he de resucitar de la tierra: y de nuevo he de ser rodeado de mi piel. Y en mi carne veré á mi Dios. A quien he de ver yo mismo, y mis ojos le han de mirar, y no otro.»

La cosa no tiene réplica. La piel de Job, ande por donde quiera, aunque haya sido cien veces piel de burro y tambor de regimiento, al sonar de la trompeta, reunidos sus átomos, arregladi-

tos los pelos, en su lugar los costurones y cicatrices que pudiera tener, acudirá á recubrir los huesos del leproso, que con ella sobre ellos se paseará todo orondo por los jardinillos presuntivos del valle de Josafat. Y como allá yo también he de acudir sin remedio, no hay cuidado que me olvide de acercarme á verle, para observar si se resucita joven ó viejo, canoso ó de pelo negro ó rubio. Entre tanto no creeré una palabra sobre el caso, porque encuentro más divertido reirme de los inocentes que creen á los que han hecho de estos versos disparatados de un poema oriental un dogma, que trae aparejada una contribución, cuando el propio Job dice que toda esta música no es otra cosa que *una esperanza que hay depositada en su pecho*.

Esta esperanza de un desdichado, que no entendía una palabra de química orgánica, elevada á dogma por la Iglesia, y cotizada en pesetas y céntimos en el presupuesto del culto y clero, esta jerigonza, en fin, de la Resurrección de la carne, me tiene asegurado un buen rato en la consumación de los siglos. Más aún de lo que me tengo reído en los días de mi vida de los presbíteros, que no es poco, espero reirme el día de no sé cuantas horas en que se celebre el juicio final. Como los átomos dan tantas vueltas, espero ver más de cuatro arzobispos reclamándose á papirotazos partículas de ciertas partes que les hayan sido comunes, para poder presentarse decentemente al Tribunal de Jehová, que asistido de su Unigénito, cómodamente sentado á su derecha, y sintiendo sobre su cabeza el alinear del palomo del Espíritu Santo, se ha de ver y se ha de desear para fallar el pleito grave de cuál de los metropolitanos es el verdadero propietario y de algún músculo erectil en pleito, ó de las membranas de algún esfínter disputado.

LXXXVI

Desde el momento que Job deja establecido el grande y disparatado dogma de la Resurrección de la carne, la batalla de palabras en que viene empeñado con sus tres amigachos, comienza á inclinarse visiblemente del lado del leproso. No podía suceder otra cosa. Desde el instante en que se admite otro mundo, en que hemos de vivir con los mismos cuerpos y almas que en este hayamos tenido, todos los gatuperios de la Providencia de Dios que aquí vemos y observamos, pueden allá tener enmienda. ¿Es acá uno malo y prospera?—Pues con que allá Dios le emplume, cuenta zanjada.—¿Un hombre honrado se ve aquí acabado de dolores, miserias é injusticias? Dios en la otra vida le mima y le regala y... *en pata*, que decíamos de chicos en mi pueblo, para significar, al liarnos á cachetes, que tanto habíamos dado como recibido.

Sofar, al replicar, en vez de emprenderla con la Resurrección, se limita á divagar en palabras altisonantes sobre esta tésis:

«Que se sabe desde que el hombre fué puesto sobre la tierra, que es breve la alabanza de los impíos y el gozo del hipócrita como de un momento.»

Y como es de rúbrica en este poema, no aduce un solo argumento, ni grande, ni chico, ni fuerte, ni flojo, contentándose con declamaciones poéticas tan sucias como las siguientes:

«Vomitara (el imple) las riquezas que devoró, y de su vientre las sacará Dios. Chupará cabeza de áspidez, y lengua de víbora lo matará», con otras cuantas atrocidades por el estilo, que demuestran que este Sofar debía ser tonto de remate, pues no sabía que hay muchos pillos que medran y prosperan, y se rien en su prosperidad de los buenos que andan por el mundo á la cuarta pregunta.

Esto es lo que Job viene á contestarle, empujando el ordinario método de las exageradas pinturas del bien ó del mal que goza ó sufre el hombre, y afirmando sin ton ni son cosas como estas:

«Pasan (los impíos) en bienes sus días, y en un punto descienden á los infiernos.» Basta que usted lo diga, caballero Job, basta que usted lo diga... para que la Iglesia lo afirme y lo explote.

«Dios reservará para los hijos la pena del padre», frase bárbara en que sin duda no han reparado los atolondrados admiradores de este viejo poema.

A continuación establece este problema:

«Uno muere robusto y sano, rico y feliz: sus entrañas están cubiertas de grosura y sus huesos están regados de tuétanos: y otro muere en amargura de alma sin algunos bienes: y con todo esto dormirán juntos en el polvo, y gusanos los cubrirán»; problema que me declaro impotente para resolver, pero que Job resuelve por medio de un Jehová falsificado evidentemente, quizá por los traductores, pues dice de él:

«Que fué dulce á las arenas del Cocyto»; cuyo Cocyto, si no los has á mal, lector discreto, fué un río de la Arcadia, provincia puramente griega, que nacía de la laguna Estigia, también de legítima procedencia helénica, y corría por el Infierno en que Minos, Eaco y Radamanto juzgaban á los muertos, infierno hace muchos siglos puesto tan en ridículo, como dentro de pocos años lo estará el Infierno de los católicos y todas las demás jerigonzas teológicas.

Entra á hablar Elifaz y pone á su desdichado amigo de oro y azul. De creerle, habría que rectificar mucho de lo que Job dice justificándose, y declarar á éste no sólo petulante, sino malvado.

«Tú sin causa—le increpa con valentía—sa-

»caste prenda á tus hermanos, y á los desnudos
»despojastes de sus vestidos (átame esta mosca,
»del desnudar al que está en cueros, por el rabo).
»No distes agua al cansado, y quitastes el pan al
»hambriento. Con la fuerza de tu brazo poseías
»la tierra, y por ser más poderoso te alzabas con
»ella. (Si esto no es acusar de ladrón á Job ven-
»ga Dios y véalo). Enviastes vacías á las viudas,
»y quebrantastes los brazos de los huérfanos.»
De no haber en esto la exageración gitanesca
que resplandece en todo el poema, habríamos de
confesar que Job había sido un tunante, y que su
sarnazo, antes que piedad debía inspirar alegría.
Mas lo único que me permito de mi cuenta decir
es que Dios ó el diablo me libren de consolado-
res como el tal Elifaz.

Al rechazar estas inculpaciones, cuando me-
nos inoportunas, Job alcanza la mayor elocuen-
cia, invocando á Dios para un juicio de equidad
entre sus pecados y sus dolores. Leyendo estos
versículos sólo me ocurre decir, como Hamlet, al
leer otro libro de teología: Palabras, palabras,
todo palabras.

Lo que no son palabras, sino pinturas precio-
sísimas de los tiempos de Job, cuando los ánge-
les y Dios en persona se andaban bajando á la
tierra para disputar con los sabios, es lo que Job
dice que hacían muchos canallas, que era robar,
adulterar, quedarse con lo ajeno á título de pren-
da, etc., etc., cosas todas que me tienen suma-
mente contento de haber nacido en estos años de
impiedad, en que no se hace un milagro por un
ojo de la cara, y en que la única aparición, que
ha sido la de la Virgen de Lourdes, hasta los ni-
ños saben que ha sido una filfa clerical, con ob-
jeto de sacar dinero á los tontos.

Baldad intercalaba una interrupción brevísi-
ma, en refuerzo de sus teorías de la impureza de
todo, hasta de la luna, respecto de Dios, que no
puede menos de ser justo en todo y para todos,

quedando á su entender en pura jactancia, por
consiguiente, las alharacas de justificación del
leproso.

Que la toma largo y tendido por espacio de
cinco pesadísimos capítulos, que rematan con
estas palabras en latín: *finita sunt verba Job*.

A la multitud de cosas que dice, las llama la
Biblia parábola, y yo, trocando una sola letra y
cambiando el acento diría *pura bola*.

En prueba de lo cual, allá van unas cuantas
muestras de este discurso, que titulan grave y
sentencioso.

*Mira que los gigantes gimen debajo de las
aguas.* Ni con un candil que se alumbrara Bal-
dad hubiera visto los tales gigantes gimiendo
debajo de las aguas. Por lo demás, la frase es
elocuentísima.

«Dios es el que extiende el aquilón sobre el va-
cío, y cuelga la tierra sobre la nada.» Al que en-
tienda esta jerigonza del vacío y de la nada le
parecerá esto superfino: á mi tonto.

«Su espíritu (el espíritu de Dios, de cuyo cuer-
po no hay noticias) adornó los cielos: y par-
teando su mano, fué sacada á luz la tortuosa cu-
lebra.» Morrocotudo esto de ser Dios un comar-
drón de culebras.

«El hierro se saca de la tierra: y la piedra re-
dretida con el fuego, se convierte en cobre.»
Aprobado Job, por este solo versículo, en meta-
lurgia superior.

Después de un hermoso ditirambo á la sabidu-
ría, define ésta diciendo, que es *el temor de Dios*,
concepto chavacano, pero que ha valido muchos
millones á los que este temor de Dios han explo-
tado.

Cuando Job recuerda sus grandezas pasadas,
dice que entonces *se lavaba los pies con mante-
ca*, lo que me parece una de las mayores por que-
rías del mundo.

Y al verse en la indigencia exclama: «mas

«ahora se burlan de mí los menores de edad, cuyos padres me desdennaba ponerlos con los perros de mi ganado», confesión que viene á dar razón cumplida á Badal, cuando increpaba al leproso de malvado. ¡Pues ahí es nada el desdén de Job, al desdennarse de poner á sus semejantes con los perros de su ganado! ¡Te parece, lector, que un hombre así, es digno del nombre de justo que con tanta arrogancia él se daba, y del de santo que ordinariamente le damos, siguiendo la rutina católica?

Y sigue la pintura del estado social de aquellos tiempos de *revelaciones*, en que los hombres comían yerbas, cortezas de árboles y raíces de enebro; habitaban en los barrancos de los arroyos, en las cavernas de la tierra, ó sobre las arenas; gente á quien Job llama «insensata y despreciable, y que absolutamente no se dejan ver sobre la tierra».

En su justificación llega Job á frases descarnadas, como la siguiente: «si mi corazón fué seducido por causa de mujer, y si puse asechanza á la puerta de mi amigo, sea manceba de otro mi mujer y encórvense otros sobre ella», que no comento, pues es de aquellas cosas de que dijo Don Quijote: peor es meneallo. En otro versículo, defendiéndose de haber conspirado contra los huérfanos, exclama: «mi hombro se desprenda de su coyuntura, y mi brazo se quiebre con sus huesos», modo de hablar que solo se emplea en la *Biblia* y en las disputas de las comadres mal habladas de algunos pueblos, donde no es difícil oír: si yo he cogido tal cosa, que ahora mismo se me quiebra el espinazo ó se me caigan los dientes.

En fin, que Job se defiende galana, aunque muy petulantemente, echando el mochuelo del sarnazo que se trae por el muladar rodando, no á sus picardías, sino á la Divina Providencia, que á las veces gasta bromas pesadas con sus *providenciados*.

Sobre esto de la Providencia corre un cuento muy bonito por cierto. Dicen que era un mozo que, madrugando un día por acaso, yendo á misa se encontró una bolsa con dinero. Al presentársela á su padre, éste le alabó el madrugón, y le dijo que el hallazgo era un premio providencial á la diligencia que en levantarse había empleado, pues como dice el refrán *al que madruga Dios le ayuda*. El joven discretísimo, pensando que no debía haberse levantado muy tarde el perdidoso, hizo esta pregunta: Diga usted, padre: ¿y él que perdió esta bolsa no había madrugado? ¿O acaso para él no rige lo de la Providencia de Dios?

LXXXVII

Sin que pueda averiguarse de dónde haya venido, aparece ahora charlando por espacio de seis capítulos un tal Eliu, mozo desgarrado de lengua y presumido como un Romero Robledo, que arremete con Job por jactancioso y con Badal, Sofar y Elifaz por mentecatos, que no han acertado á meter en cintura de argumentos al leproso.

El primero de estos capítulos es un puro exordio repleto de petulancias y bobadas, que dice acerca de su sabiduría el orador de muladar que discursa, el cual, después de explicar porqué ha estado tanto rato callado, pinta su comezón de hablar con estas palabras: «he aquí mi vientre, está como mosto que no tiene respiradero, el cual rompe las vasijas nuevas», que es una de las más sucias, malsonantes y peor olientes de las imágenes que hayan podido hacerse desde la invención de los tropos hasta los días estos en que Salmerón de una *manguzá* retórica le ha metido al olímpico Cánovas cuarta y media de soberbia en el cuerpo.

A seguida del exordio, Eliu entra en materia —es un decir,—explicando cómo y cuándo Dios,

que le debía ser muy conocido, instruye, avisa y corrige á los hombres. He aquí sus textuales palabras:

«Por sueño en visión nocturna, cuando profundo sueño se eche sobre los hombres, y están durmiendo en su lecho:—entonces (Dios) abre las orejas de los hombres y amaestrándolos, los instruye en lo que deben saber, para apartar al hombre de aquello que haga, y librarle de la soberbia:—librando su alma de la corrupción; y su vida para que no pase al cuchillo.»

Esta declaración de Eliu supongo, lector discreto, que te bastará para tomarle el pulso de su necesidad á este sabio, así como el alabado poema semítico que la contiene. Decir que el sueño disparatado de una pesadilla es la cátedra en que la divinidad instruye al hombre, es el colmo del disparatar teológico, es la autorización de cuantas estupideces, maldades, crímenes, porquerías y bobadas se han dicho, hecho y canonizado á título de ciencia de Dios, juicios de Dios, arcanos de la Providencia y decretos del Destino.

Debiera aquí acabar con Eliu y con Job, pero me he propuesto ser no menos machacón que este texto, fundamento de tantas teológicas, socialinas y literarias tonterías; por lo que leo, ciertamente una serie de bobadas, y luego esta sentencia:

He aquí, que todas estas cosas obra Dios tres veces con cada uno: lo que me deja patidifuso, por lo de ser tres precisamente los avisos, ni más ni menos; lo que da lugar á notas y contranotas laberínticas acerca de la interpretación de pasaje tan trinatrio como D. Trinitario Capdepón, flamante fusionista, electorero célebre y gobernador caído en desuso.

Eliu, á pesar de oficiarse de medio tonto en este poema, pues la tontera completa se halla en él á cargo de Baldad, Sofar y Elifaz, establece sentencias á lo Pero Grullo, que á la mano cerrada

la llamaba puño. Véase la clase: *Porque la oreja examina las palabras, y el paladar discierne los manjares por el gusto:* curso completo de acústica y fisiología.

Otras veces se entretiene (sabiamente por supuesto) en decir disparates mayúsculos, como este: «El (Dios) es el que hace que reine un hombre hipócrita por los pecados del pueblo», achacando á la justicia de Dios el reinado de un miserable, cuando es evidente, de toda evidencia, que toda monarquía, ya la de un hipócrita, ya la de un santo, no se funda en otra cosa que en la estupidez de los hombres, ó en las benevolencias de Castelar, ó en las apostasias de Martos, ó en las codicias ministeriales de esa medianta afortunada que se llama Práxedes, que con ser nombre tan feo aún es más pasadero que su propietario.

Todo el discurso de Eliu, con ser largo, carece de substancia, por estar lleno de contradicciones. De querer en él demostrarse algo, es que Job hace mal al acusar de injusto á Dios por haberle echado encima, sin motivo, el sarnazo que le tiene en el muladar. Para esto Eliu se vanagloria de conocer la justicia de Dios. Pues bien, á fuerza de darle vueltas á la lengua, pone en ella este versículo:

«¿Quién podrá escudriñar sus caminos? (Los caminos de Dios.) ¿O quién puede decirle: injusticia has hecho? Acuérdate que no comprendes su obra, de la cual cantaron los hombres.»

Palabras de un positivismo tal, que derriban como un castillo de naipes, así el discurso de Eliu como el de sus tres compadres los sofistas, y las lamentaciones de Job. Porque si no podemos decir á Dios: en esto has sido injusto, menos podemos decirle: justo has sido en esto. Y si no comprendemos su obra, ¿qué caso debemos hacer de lo que sobre ella han disparatado los que la cantaron? ¡La Biblia llamándose á sí propia un can-

tar! ¡Música la había yo llamado muchas veces!

El mismo hombre que, como al descuido, acaba de decir tan admirable verdad, por el puro gusto de *cantar*, se mete en honduras teológicas, y dice:

Dios pone un sello en la mano de todos los hombres. Yo me miro y me remiro: hombre me hallo, pero lo que es el sello ni en la zurda ni en la derecha me le encuentro, con grande burla de la infalibilidad bíblica y de la sabiduría tan fantaseada de Eliu.

«De lugares retirados saldrá la tempestad, y del Arcturo el frío. Al soplo de Dios se cuaja el cielo, y de nuevo se difunden las aguas en grande abundancia.» palabras que entrego á la meditación y comentarios de mi ilustrado amigo y compañero José Macpherson, que en esto de la meteorología es una maravilla y dirá quién de los dos, si Eliu que dice esto, ó yo que me burlo de él y de ello, hablamos más al *tun tun* de lo que no entendemos.

Ahora se mete el tal Eliu en materias astronómicas. Oído al parche, caballeros:

«En sus manos esconde (Dios) la luz, y la manda que venga de nuevo.» Esto de echar y recoger Dios la luz, á modo que un escamoteador una cinta, es piramidal y bíblico á un mismo tiempo.

«¡Acaso, tú, juntamente con él, fabricastes los cielos, que son muy sólidos, COMO SI FUEREN VACIADOS DE BRONCE.» ¡Cielos duros! ¡Tan duros como el caballo esparrancado que en la Castellana monta el marqués del Duero! Tan ridículo encuentro á Eliu diciendo esto, como al que á Concha alzó una estatua ecuestre en donde aún no la tienen ni Gonzalo de Córdoba ni Hernán Cortés.

«Del Septentrion viene el Oro y la temerosa alabanza de Dios.» ¡Sin comentarios! Esto, Inés, llo se alaba—no es menester alaballo.

Calla Eliu, cansado, sin duda de tanto *majaderear* y sobreviene... ¡quién dirás, lector!... pues nada menos que el mismísimo señor Dios, que entra á hablar sin pedir la palabra y dice... ¡Ay! que gusto: tener á Dios en la tribuna para poder silbarle, si lo hace mal, como es de esperar.

LXXXVIII

DISCURSO DE DIOS

Pronunciado desde un torbellino, sobre un muladar de Idumea (en que Job se rascaba un sarnazo que le había regalado Satanás), para dirimir la contienda de palabras en que el leproso se hallaba empeñado con tres sofistas y un charlatan. No constan ni el año ni la lengua en que se pronunció esta oración.

¿Quién es ese, que envueve sentencias con indoctos discursos?—*Ciñete como varón tus lomos: te preguntaré y respóndeme.*

No veo la necesidad de que nadie tenga que ponerse un cinturón para hablar, y mucho menos el pobre Job, lleno de lepra, que no podía aguantar sobre su carne más que las uñas, con que rascándose se consolaba.

¿Dónde estabas cuando yo echaba los cimientos de la tierra? *Házmelo saber si tienes inteligencia.*

¿Y cuáles son estos cimientos? pregunto yo al señor Dios á mi vez.

¿Quién echó las medidas de ella, si lo sabes? ¿O quién estendió sobre ella la cuerda? ¿Sobre qué están apoyadas sus casas?

Pues si no las tiene, ¿que falta hace que estén apoyadas?

¿O quién asentó su piedra angular?

No hay tal piedra angular, ni tales carneros.

¿Cuándo me alababan á una los astros de la mañana, y se regocijaban todos los hijos de Dios?

¿Quién encerró con puertas el mar, cuando salía fuera como el que sale de la matriz?

Comparación sucia de primera fuerza.

¿Cuando yo le ponía una nube por vestidura y le entolbía en obscuridad como con entolturnas de infancia?

Esto de envolver el mar en sombras como se envuelve un niño en las mantillas, es soberbio y tonto á la vez.

Le cerré dentro de mis términos y le puse cerrojo y puertas.

¡Puertas y cerrojos el mar!

Y dije: hasta aquí llegarás y no pasarás más allá y aquí quebrantarás tus ondas hinchadas.

Dios diría lo que quisiera. Pero consta que de su dicho ha hecho tanto caso el mar como *monsieur Lesseps*. Este, á las hondas hinchadas que habían de romperse en Suez, las ha abierto camino hasta el Mediterráneo, y de cien partes el mar se ha retirado y se está retirando, rodando sobre otras que antes estaban en seco.

¿Por ventura, después de tu nacimiento, diste ley al alba y mostraste á la aurora su lugar? ¿Y tomastes la tierra por sus extremidades y sacudistes de ella á los impíos?

En vista de que los impíos, quiere decir, los que no somos católicos, somos la casi totalidad de los hombres, hay que declarar que ni Job, ni Dios, han sacudido la tierra como se sacuden con una vara unos pantalones empolvados.

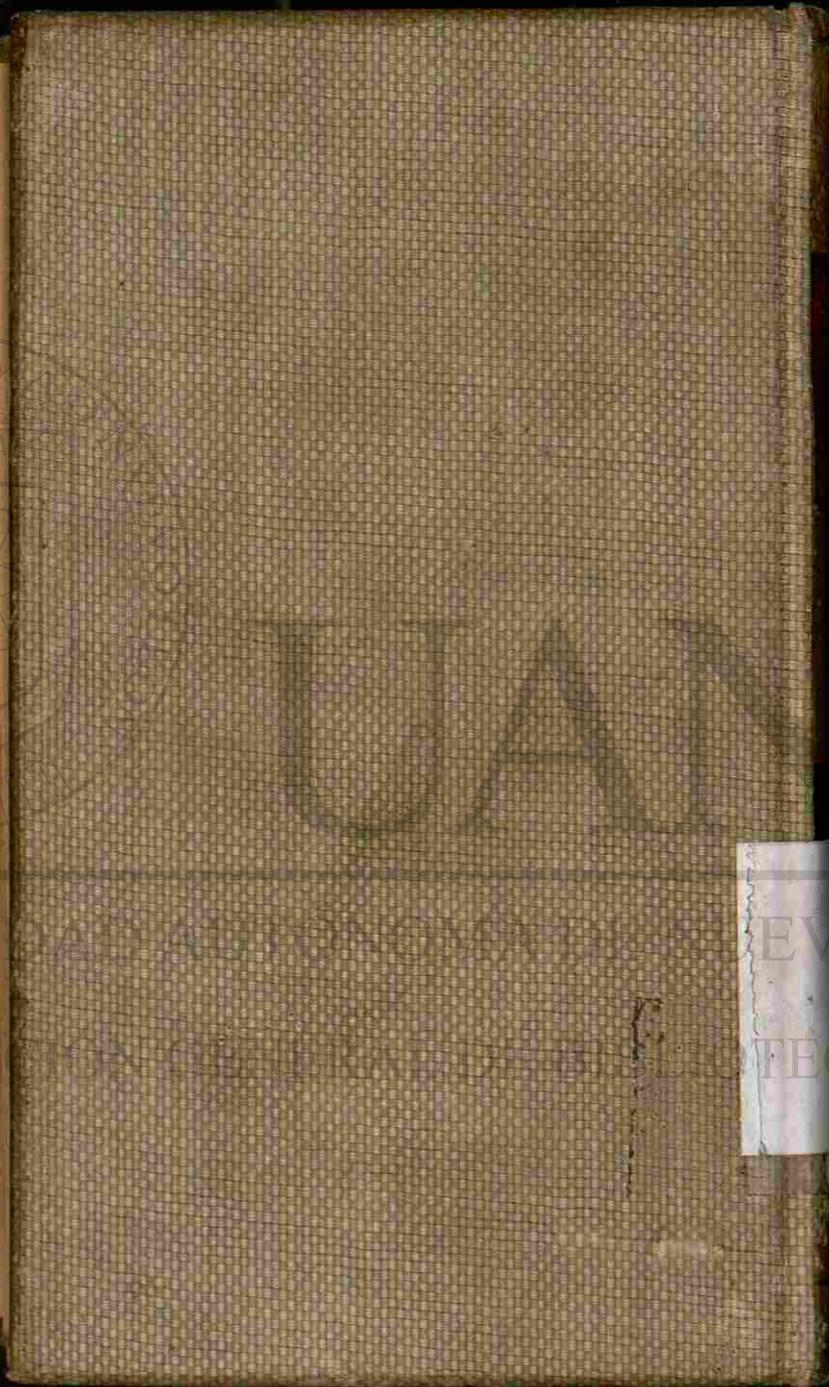
El sello será restablecido como lodo y subsistirá como un vestido.

Aun no ha nacido el tonto que ha de sacarle á este versículo el meollo.

Será quitada á los impíos su luz y su brazo alto será quebrantado.

¿Acaso has entrado en las profundidades de la mar y te has paseado por lo más hondo del abismo?

Sí, señor, y tengo la seguridad de que con una



EV
TEC